

EL NACIMIENTO
DEL MUNDO
MODERNO
1780-1914
C. A. BAYLY
PREMIO WOLFSON DE HISTORIA
«Una obra maestra» Niall Ferguson

CHRISTOPHER A. BAYLY

EL NACIMIENTO DEL MUNDO MODERNO 1780-1914

CONEXIONES Y COMPARACIONES GLOBALES





España
México
Argentina

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Menéndez Pidal, 3 bis. 28036 Madrid
www.sigloxxieditores.com

Traducción de C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914,* 1.ª ed., 2004
Primera edición en inglés: Blackwell Publishing, 2004

Esta edición se ha publicado con el acuerdo de Blackwell Publishing Ltd, Oxford, y ha sido traducida por Siglo XXI de España Editores a partir de la versión original en inglés. El rigor de la traducción es responsabilidad única de Siglo XXI de España Editores, no de Blackwell Publishing Ltd.

© De la traducción: Richard García Nye, 2007
Revisión de la traducción: Mónica Palacios, 2009

Diseño de cubierta: Miller Craig and Cocking
Ilustración de cubierta: *Retrato de Jean-Baptiste Belley,* por Anne-Louise Cirodet, 1797, óleo sobre lienzo. Château de Versailles et de Trianon, foto RMN

ISBN: 978-84-323-1325-7

Depósito Legal: S. 58-2010
Imprime: Gráficas VARONA, S.A.
37008 Salamanca

Este libro está dedicado a Elfreda M. Bayly,
que ha vivido las consecuencias de estos
acontecimientos históricos.

los historiadores y que suponen la base de los libros de historia. Los ejemplos dejan claro que hay historiadores trabajando en distintas regiones que desconocen que especialistas en otros campos presentan argumentos parecidos y que, de hecho, los procesos históricos que describen están interconectados. En otros casos, los historiadores conocen muy bien las analogías y conexiones con los avances en esos otros campos de estudio —por ejemplo, entre la construcción del Estado en Japón y en Vietnam—, pero no han creído necesario incorporar un contexto más amplio. Más que nada, este libro intenta iniciar diálogos entre historiadores e historiografías para poder comprender mejor las diferencias y similitudes entre procesos sociales.

Es inevitable que en esta obra haya numerosos nombres propios. Poner las fechas de nacimiento y defunción de todos habría creado una especie de «sopa de fechas», por lo que sólo aporto fechas para algunos personajes importantes.

En esta obra empleo mucho la palabra «sociedad». No son sólo los políticos conservadores sino también muchos experimentados antropólogos los que niegan la existencia de «sociedades» o, al menos, recomiendan usar el término con cautela. Con esta palabra no pretendo referirme a entidades esenciales con una cultura claramente definida, sino más bien a grandes grupos con tendencias históricas de comportamiento humano establecido que se pueden ver en un área geográfica concreta. Emplear este término me permite hacer un análisis exhaustivo a un nivel por debajo de lo global, pero por encima de lo local. Sería posible, en teoría, claro está, reducir toda entidad social al nivel de aldea, o incluso a las redes individuales dentro de cada aldea del mundo. Sin embargo, como ya dijeron los filósofos clásicos, «hay átomos hasta el final».

INTRODUCCIÓN

Este libro es una historia temática del mundo desde 1780, el comienzo de la era revolucionaria, hasta 1914, el principio de la Primera Guerra Mundial, que rompió el sistema contemporáneo de imperios y estados. Muestra cómo las tendencias históricas y las secuencias de acontecimientos, que las historias locales y nacionales tratan por separado, se pueden unificar. Esto nos enseña que existen interconexiones e interdependencias entre los cambios sociales y políticos del mundo mucho antes del supuesto comienzo a partir de 1945 de la fase de globalización actual. Por una parte, las repercusiones de acontecimientos mundiales críticos, como las revoluciones europeas de 1789 y 1848, se expandieron y mezclaron con las convulsiones de otras sociedades mundiales. Por otra, los acontecimientos externos al núcleo emergente del mundo industrializado de Europa y América, como las rebeliones hacia mediados del siglo XIX en China e India, impactaron en ese núcleo, moldeando sus ideologías y creando nuevos conflictos políticos y sociales. A medida que los acontecimientos se iban interconectando y entrelazando, las formas humanas de actuar se ajustaron unas a otras y empezaron a parecerse en todo el mundo. Por eso, este libro traza el auge de la *uniformidad* global del Estado, la religión, las ideologías políticas y la vida económica, según se desarrollaron a lo largo del siglo XIX. Este auge de la uniformidad se vio no sólo en las grandes instituciones como la Iglesia, las cortes reales o los sistemas judiciales, sino que también se dio en lo que llamaré «hábitos físicos»: la forma de vestir, de hablar, de comer y las relaciones familiares de la gente.

Estas conexiones entre las distintas sociedades estuvieron en desarrollo constante durante el siglo XIX y crearon muchas constituciones híbridas, muchas ideologías mixtas y muchas formas complejas de actividad económica. Sin embargo, a veces estas conexiones dieron al mismo tiempo una sensación de *diferencia,* e incluso de antagonismo, entre los pueblos de las distintas sociedades y, sobre todo, entre sus élites. Por ejemplo, los japoneses, indios y norteamericanos sacaron cada vez más

fuerzas de un creciente sentido de la identidad nacional, religiosa y cultural heredado en el momento de afrontar los graves retos de la nueva economía global y, sobre todo, del imperialismo europeo. Las ciencias sociales contemporáneas conocen muy bien la paradoja de que las fuerzas globales y las locales se «canibalizaban» o comían unas a otras, como dijo el teórico social Arjun Appadurai[1]. Pero esta relación ambivalente entre lo global y lo local, lo general y lo específico, ya tenía una larga historia antes de la Edad Moderna. Así fue como en el siglo XIX las naciones-estado e imperios territoriales se delimitaron con más claridad y se volvieron más antagonistas justo en el momento en el que proliferaban las similitudes y conexiones entre ellos. Las grandes fuerzas del cambio mundial potenciaron las diferencias aparentes entre las comunidades humanas. Pero esas diferencias las expresaban de una manera cada vez más parecida.

Este libro mantiene que toda historia local, nacional o regional tiene que ser, en aspectos importantes, una historia global. Realmente ya no se puede escribir historia europea ni norteamericana en un sentido limitado, y es esperanzador que muchos historiadores empiecen a adoptar esta postura. En las décadas de 1950 y 1960, la escuela de historia francesa de los Annales, liderada por Fernand Braudel, fue pionera en un tipo de historia social y económica global de la Edad Moderna[2]. La necesidad de sobrepasar las fronteras de estados y zonas ecológicas es todavía más clara aplicada al siglo XIX. Esto es cierto sobre todo para la historia de los estados imperiales europeos, tanto para los imperios territoriales, como el ruso, como para los marítimos, como el francés o el británico. Historiadores como Linda Colley[3] y Catherine Hall[4], en el caso de Gran Bretaña, y Geoffrey Hosking[5] y Dominic Lieven[6], en el de Rusia, han sido pioneros en demostrar que la experiencia imperial (en un sentido amplio) fue básica para la formación del modelo de nación-estado. Por otra parte, R. Bin Wong[7], Kenneth Pomeranz[8], Wang Gung Wu[9] y Joanna Waley-Cohen[10] han empezado a escribir la historia de China como una historia global, tomando muy en cuenta las diásporas chinas que antecedieron a y persistieron bajo la superficie de la hegemonía imperial occidental.

¿Cuáles fueron las fuerzas motrices que impulsaron la creciente interconexión y uniformidad en el «largo» siglo XIX? Ninguna historia mundial de este periodo puede ignorar la importancia central del progresivo dominio económico de Europa occidental y de Norteamérica. En 1780, los imperios chino y otomano seguían siendo entidades poderosas a nivel mundial, y la mayor parte de África y del Pacífico estaba

gobernada por sus pueblos indígenas. En 1914, sin embargo, China y el Estado otomano estaban en fragmentación, y África había sido brutalmente subyugada por los gobiernos, empresas comerciales y compañías mineras de Europa. Entre 1780 y 1914, los europeos expropiaron una enorme cantidad de tierras a los indígenas, sobre todo en el norte y sur de África, en Norteamérica, Asia Central, Siberia y Australasia. Si la renta per cápita en Europa occidental y en la parte costera de Norteamérica era, como mucho, dos veces la del sur de Asia y poco más alta que la de China en 1800, la diferencia un siglo más tarde era de diez veces mayor. La mayoría de las partes del mundo que no estaban directamente controladas por Europa o Estados Unidos formaban parte de lo que los historiadores llaman «imperios informales», en los que existía disparidad de poder entre los indígenas y los foráneos sin que se hubiera llegado a la anexión directa.

El dominio físico iba acompañado de diferentes grados de dependencia ideológica. Los conceptos, instituciones y procedimientos pulidos a lo largo de las feroces guerras y contiendas entre europeos se convirtieron en controladores y en ejemplos a seguir para los pueblos no europeos. Sin embargo, esos mismos pueblos no eran sujetos pasivos de la bondad occidental, ni tampoco eran meras víctimas supinas de Occidente. Recibieron y adaptaron las ideas y técnicas occidentales a sus propias vidas, limitando la naturaleza y extensión del dominio del poder europeo. A comienzos del periodo que abarca este libro, el mundo seguía siendo policéntrico. Asia oriental, el sur asiático y África mantenían su dinamismo e iniciativa en distintas áreas de la vida social y económica, por mucho que Europa y sus colonos ya sacaran jugosas ventajas competitivas. Hacia finales de este periodo, tras el auge de Japón y los principios del nacionalismo extraeuropeo, el «liderazgo» de Europa se vio bastante amenazado. Por esta razón, una historia de este periodo ha de demostrar una serie de cosas diferentes y aparentemente contradictorias. Este libro tiene que cartografiar la interconexión de los acontecimientos mundiales, pero aceptar, a la vez, el dominio bruto de Occidente. Al mismo tiempo, tiene que poner de manifiesto que, en muchas partes del mundo, ese dominio europeo fue sólo parcial y temporal.

ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

El nacimiento del mundo moderno, más que una narración, es una reflexión acerca de la historia mundial. Los capítulos 3, 4, 6 y último tratan

de construir una historia de acontecimientos mundiales en secciones cronológicas para el largo periodo comprendido entre 1780 y 1914. Contrasta periodos de relativa estabilidad con otros de crisis mundial. El objetivo es seleccionar y recalcar ciertos vínculos entre amplias sucesiones de cambios políticos y económicos. El capítulo 3, por ejemplo, resalta los vínculos ideológicos y políticos entre la era revolucionaria en Europa y Norteamérica de la generación posterior a 1776 y el auge del dominio europeo sobre los no europeos en la «primera época del imperialismo global». Las reinterpretaciones recientes de las revoluciones de 1848 en Europa han hecho posible ver otros grandes eventos, como las convulsiones en China de mediados de siglo o la gran rebelión de 1857-1859 en India, desde una misma perspectiva. El capítulo 4 considera la Guerra de Secesión norteamericana como un acontecimiento global, no como una mera crisis norteamericana. En el capítulo 6 se analizan el nacionalismo de finales del siglo XIX, el imperialismo y la exclusión étnica desde la misma base y no, como se suele hacer, por separado.

Estos capítulos resaltan la propuesta de que las historias nacionales y los estudios regionales necesitan tomar más en cuenta los cambios mundiales en su totalidad. Las ideas y movimientos políticos surcaron los océanos y saltaron las fronteras de un país a otro. Por ejemplo, en 1865, el final de la Guerra de Secesión estadounidense permitió a los liberales de Estados Unidos apoyar al gobierno mexicano radical de Benito Juárez contra los asaltos de los conservadores apoyados por Francia. Los radicales mexicanos ya habían recibido el apoyo entusiasta de Giuseppe Garibaldi y de otros revolucionarios, héroes de las rebeliones contra la autoridad en Europa en 1848[11]. Las experiencias comunes dieron lugar a un frente unido en todo el mundo. Pero, al mismo tiempo, exponerse a cambios globales empujaba a veces a los literatos, los políticos y la gente común a resaltar las diferencias, en vez de las similitudes. En 1880, por ejemplo, el impacto de los misioneros cristianos y de los productos occidentales había conseguido que los indios, árabes y chinos fueran más conscientes de sus costumbres distintivas, de sus rasgos físicos y de su excelente artesanía. Con el paso del tiempo, esta sensibilidad a la diferencia creó más vínculos globales. Los artistas indios pensaban que sus coetáneos japoneses eran los herederos de una tradición estética pura, e incorporaron su estilo a sus obras. El objetivo de este libro es combinar lo que podemos llamar «historia lateral» de este tipo —la historia de los vínculos— con la «historia vertical», el desarrollo de instituciones e ideologías específicas.

Los capítulos 1, 2 y 5 y la segunda mitad del libro son más temáticos en su aproximación. Estos capítulos analizan los grandes conceptos sociales que usaron los historiadores decimonónicos, y también los escritores y publicistas, para caracterizar los cambios dominantes del siglo XIX. Entre estos conceptos los más importantes parecen ser el auge del Estado moderno, la industrialización, el liberalismo, la ciencia y la «religión». El propósito de estos capítulos es reunir material de una diversidad de historias regionales y nacionales para demostrar cómo estas ideologías e instituciones arraigaron y tomaron carta de naturaleza en diferentes lugares y periodos. Tratan de presentar una historia de interconexiones y procesos sin caer en la perspectiva simplista de la difusión de la modernidad desde un centro dominante y racional europeo o norteamericano. Pero el libro hace también hincapié en la importancia de la actividad de los pueblos colonizados y semicolonizados no europeos y de grupos subordinados en la sociedad europea y norteamericana para la formación del orden mundial contemporáneo. Así, por ejemplo, la reconstitución de la jerarquía católica europea después de 1870 fue parte de un proceso mucho más amplio para construir «religiones mundiales» que tuvo lugar en las órbitas hindúes, confucianas y budistas, además de en la cristiana. No se trata de una simple analogía, sino de causalidad directa. Las iglesias cristianas empezaron a cooperar y a crear nuevas organizaciones domésticas precisamente porque necesitaban ser solidarias entre ellas en las misiones de ultramar, donde las presionaban un islam revitalizado y otras tradiciones religiosas que volvían a crecer entre sus súbditos, antaño dependientes.

El libro termina con una visión del periodo previo a la Primera Guerra Mundial, cuando las rivalidades diplomáticas y los cambios económicos internacionales acechaban al sistema de estados e imperios con nuevas presiones. Como comenta Hew Strachan[12], la Primera Guerra Mundial fue una guerra realmente global, si bien empezó como una guerra civil en el núcleo europeo del sistema mundial. Ese conflicto no era inevitable, pero su fuerza explosiva, que repercutiría a lo largo del siglo XX, fue el resultado de múltiples crisis locales, muchas de ellas extraeuropeas.

Escribir historia mundial conlleva muchos y agudos problemas de interpretación y presentación. Consideraremos tres de ellos antes de empezar el debate viendo el crecimiento de la uniformidad en un área en concreto: el ámbito de los hábitos físicos humanos.

PRIMER PROBLEMA: LAS «PRIMERAS FUERZAS MOTRICES» Y EL FACTOR ECONÓMICO

La mayoría de los historiadores profesionales tienen en mente la pregunta: «¿Por qué cambiaron las cosas?». Los historiadores y filósofos del siglo XIX solían pensar que la historia avanzaba a causa de grandes razones espirituales e intelectuales. Creían que Dios, o la Razón, o el Deseo de la Libertad movían el mundo. Algunos sostenían la idea de la «misión civilizadora» del cristianismo europeo. Otros mantenían que las razas y civilizaciones prosperaban y declinaban a causa de las leyes naturales de la competencia, la supervivencia y la decadencia. En el siglo XX, predominaban las teorías materialistas del cambio. Para 1950, la mayoría de los historiadores importantes estaban condicionados por teorías socialistas y pensaban que la lógica del capitalismo industrializado era la explicación de los cambios en las actividades humanas a partir de 1750. Esta perspectiva sigue siendo central. A un nivel, debe de ser cierto que el cambio crítico de la historia en el siglo XIX fue la adopción del industrialismo urbano por parte de los estados y sociedades más poderosos. El deseo de los capitalistas de maximizar sus ingresos y de subordinar a sus trabajadores fue una fuerza inexorable para el cambio, no sólo en Occidente, sino también en Asia y África.

La historia mejor escrita y consistente de todas las que se han publicado en inglés, los cuatro tomos de Eric Hobsbawm[13], deja esto bien claro, sobre todo en *The Age of Capital*. Sin embargo, como comentó Perry Anderson tras la publicación de la biografía de Hobsbawm en 2002, los grandes avances intelectuales y políticos del siglo XIX no siempre siguen una cronografía que refleje el crecimiento del poder del capital industrial[14]. Los movimientos económicos, ideológicos y estatales no eran siempre sincrónicos. Solían ser interactivos. El acontecimiento dominante del periodo, la Revolución Francesa, ocurrió antes de que la industrialización fuera significativa incluso en Gran Bretaña y ya pocos historiadores la consideran un triunfo de la «burguesía». Por supuesto, muchos abogados y miembros de la clase «mediana» participaron en la revolución, pero más bien eran parasitarios de los nobles y de las asambleas regionales, no capitalistas incipientes. Incluso en 1870 —según Hobsbawm, el apogeo del capital—, la aristocracia y los terratenientes seguían ostentando el poder en la mayoría de las sociedades. Los últimos años del siglo fueron, de hecho, la «era del capital», pero ni siquiera podemos «reducir» este periodo al capital. También fue la era de los nobles, de los terratenientes, de los curas y, en muchas partes del mundo, de los campesinos.

A la vista de estos problemas, algunos historiadores de finales del siglo XX proyectan el Estado y el «gubernamentalismo» —sobre todo el Estado dominante de estilo occidental— como la «fuerza motriz» en sus dramas históricos. Pero esto tampoco resuelve el problema. Está claro que, a un cierto nivel, la carrera del Estado moderno está causalmente vinculada a los grandes cambios económicos, pero no determinada rígidamente por ellos. Además, resaltar el auge del Estado y del gubernamentalismo en un sentido más amplio nos deja con la pregunta de fondo: ¿por qué se desarrolló el Estado moderno? El problema se nos vuelve todavía más complicado si pensamos que el proyecto más nuevo de la época, los Estados Unidos, apenas empezó a industrializarse antes de 1830, y que su estructura y su constitución representan una exitosa revolución contra el Estado dominante europeo.

Este libro no está diseñado para debatir estos temas de causalidad profunda. Lo que sí propone, sin embargo, es que una historia mundial debe postular una interacción más compleja entre la organización política, las ideas políticas y la actividad económica. Desde luego, la economía es la protagonista del debate. Las tendencias a la intensificación de la economía local fueron los principales motores del cambio incluso antes de la industrialización a gran escala. El capítulo 2 propone que el concepto de la «revolución industriosa» del historiador de la economía Jan de Vries puede aplicarse a muchas formas de intensificación económica que tuvieron lugar en el mundo a partir de 1650. A lo largo del siglo XVIII, las «revoluciones industriosas» reconfiguraban las sociedades en muchos sitios. El capital y la mano de obra se veían obligados a trabajar más desde China a Massachusetts. Las innovaciones tecnológicas a pequeña escala se veían reflejadas en las modificaciones en la distribución de los bienes materiales y en los hábitos de la gente. Familias de campesinos se convirtieron en prósperos granjeros. Los pequeños tenderos, en burgueses urbanos en Ámsterdam, Malaca y Fez. Buscaban comida y ropa de mejor calidad, más honor y más estatus social.

Sin embargo, recalcar la importancia de las revoluciones industriosas, como hace este libro, no es necesariamente dar prioridad en la causalidad histórica a otro tipo de motor económico. Porque las revoluciones industriosas no eran meros cambios brutos en la distribución de los bienes materiales. Fueron también revoluciones de «diálogo», para usar el término moderno. Los horizontes de deseo de la gente cambiaron, porque la información sobre las ideas y estilos de vida de los grupos gobernantes empezaba a circular con más rapidez. La clase media quería emular el consumismo de las cortes reales, que se representaban de

manera complaciente y persuasiva. Esta serie de cambios conceptuales dio poder a los tenderos, creó demanda de mano de obra y envió a los comerciantes allende los mares en busca de lujos. A su vez, nuevos estados más agresivos, sobre todo en Europa occidental, se aprovecharon de estos cambios y empezaron a conectar las revoluciones industriosas del mundo con su marina y sus monopolios. El sistema de esclavitud caribeño representaba el no va más de las revoluciones industriosas forzadas.

Estos cambios sociales y económicos fueron asimétricos y desconcertantes. Crearon diferencias entre grupos y sociedades. Engendraron codicia, envidia y desconfianza entre vecinos. Llevaron a guerras ultramarinas, impuestos desiguales, conflicto social y a cuestionar las autoridades reales y religiosas establecidas. El caos fue a escala mundial. Los filósofos franceses y los líderes religiosos árabes sentían por igual el impacto de los nuevos vínculos y de la turbulencia desatada. En este contexto, muchos conflictos locales se descontrolaron a lo largo de todo el mundo entre 1720 y 1820, pero sobre todo después de 1780. El agresivo Estado revolucionario francés engendró muchos enemigos feroces. Los estados europeos, sus colonias y los no europeos colindantes, sobre todo los imperios otomano y chino y el Japón Tokugawa, se vieron obligados a ampliar sus puntos de mira. Los líderes de estos estados tuvieron que asimilar y modificar las nuevas ideologías. Tuvieron que inmiscuirse en ámbitos sociales que hasta entonces eran autónomos.

Los cambios políticos e ideológicos de la era revolucionaria fueron, por lo tanto, catastróficos, en el sentido de que no se pudieron prever ni explicar simplemente a raíz de los conflictos y contradicciones del Antiguo Régimen, y ni siquiera a raíz del desarrollo del capitalismo. El Estado, impulsado por las nuevas ideologías generadas por la crisis, desarrolló una especie de elefantiasis. Las élites batallaron durante la primera parte del siglo XIX contra los problemas de orden y legitimidad que esta situación trajo. De hecho, el conflicto ideológico y político había alcanzado un nivel global incluso antes de que la uniformidad económica se instaurara en el mundo. El auge del capital no fue, por lo tanto, una fuerza motriz en sí misma. Se expandió en una ecología social que ya había sido creada por las aspiraciones de poder, territorio, justicia y santidad.

Sólo a partir de 1840, el deshilvanado pero ya inexorable movimiento hacia la industrialización empezó a asentarse a nivel global. Fue en un momento en el que otra serie de crisis había agitado el orden mundial: las revoluciones europeas de 1848, las revueltas masivas en

Asia y la Guerra de Secesión norteamericana. Los grupos gobernantes trataban de estabilizar el orden social promoviendo la industrialización o, por lo menos, creando un marco para ella. La industrialización ofrecía al Estado nuevos recursos, y a sus ejércitos, nuevas armas. En 1870, la era del capital había llegado, como concluye Hobsbawm. Pero los hombres del capital sólo podían adquirir estatus y respetabilidad compartiendo su influencia con reyes, aristócratas, terratenientes y con los burócratas que controlaban las oficinas de las nuevas naciones-estado. La era del capital fue también, por lo tanto, un periodo en el que la jerarquía se perpetuó y en el que las religiones se volvieron más poderosas e insistentes, como veremos en los capítulos 9 y 11.

En un sentido amplio, el desarrollo histórico parece haber sido determinado por un paralelogramo complejo de fuerzas constituidas por los cambios económicos, la construcción ideológica y los mecanismos del Estado. El desarrollo de la economía mundial no parece haber sido anterior al desarrollo ideológico y político. Todos ellos se interpenetraron e influyeron entre sí en mayor o menor grado y en momentos diferentes. Así, hubo periodos en que el Estado y las narrativas que la gente creó a su alrededor fueron las fuerzas motrices del cambio histórico. También hubo periodos de flujo y de fluidez, como entre 1815 y 1850. Y, de hecho, también hubo momentos de reestructuración económica importante que determinaron acumulativamente la dirección del gubernamentalismo y de sus ideologías. Y, de la misma manera en que difería de periodo en periodo, el equilibrio de estos elementos difería de sociedad en sociedad y de continente en continente.

SEGUNDO PROBLEMA: HISTORIA GLOBAL Y POSTMODERNISMO

El segundo problema a la hora de escribir una historia global nos viene, sin embargo, de la reciente fama de ciertos historiadores que no piensan de esta forma y que suelen rechazar todas las «grandes narrativas» del capital, el Estado e, incluso, de los cambios ideológicos. A partir de 1980, algunos historiadores se dejaron influir por tendencias que se han llamado postmodernistas[15] o postcoloniales. Los autores que adoptan estas posturas son, a menudo, hostiles a las historias comparadas, las llamadas metanarrativas, las cuales, argumentan, son cómplices de los procesos imperialistas y capitalistas que tratan de describir. Las descripciones del Estado y del capital que describimos arriba son dos de las

dianas de estos autores. Estos historiadores intentan recuperar la voz «descentrada» de los pueblos sin poder. Mantienen que estos pueblos fueron sojuzgados por el capitalismo machista de Europa y Estados Unidos, que escribieron los discursos políticos y los anales de su gobierno, por lo cual sus voces fueron sistemáticamente expurgadas de las grandes narrativas de la historia mundial descritas por los historiadores posteriores. El enfoque postmodernista ha creado, por lo tanto, una tensión. La demanda académica y popular de historias mundiales parece estar creciendo muchísimo a medida que la «globalización» se pone de moda. Sin embargo, la esencia de la historia moderna ha sido criticada con dureza por los postmodernistas con el argumento de que homogeneiza la experiencia humana y borra de la historia a los pueblos sin voz.

No existe razón alguna por la que todas las ciencias humanas deban adoptar la misma metodología. Este tipo de polémica puede ser muy productiva. La historia siempre ha florecido cuando obras distintas han compartido estantería, cuando ante las explicaciones sobre «lo que pasó» uno se pregunta: «¿Quién lo dice?» o «¿Qué significó?». Esto fue cierto sobre todo en los años setenta y ochenta del siglo pasado, cuando cierto grupo de marxistas influyentes sufrieron el ataque de los historiadores neoconservadores en Europa y Norteamérica. Una cosa está clara: incluso cuando escriben acerca de los pobres, de la mujer sojuzgada o del nativo, los historiadores postmodernistas y postcoloniales se refieren constantemente al Estado, a la religión y al colonialismo, conceptos todos amplios, pero que ellos dan por sentados en sus respectivas versiones. Las obras postmodernistas, por lo tanto, suelen esconder su metanarrativa, que es política y moralista en su origen y en lo que implica. Muchas de estas historias suponen, por ejemplo, que habría sobrevenido un mundo mejor de no ser por el dominio histórico de la maquinaria del Estado unitario, el patriarcado o la razón ilustrada occidental. Toda historia, entonces, incluso la historia fragmentaria, es implícitamente historia universal. Escribir historia global ayuda, pues, a destapar una variedad de metanarrativas. Éste es el caso sobre todo en lo que a causalidad se refiere. El por qué cambian las cosas siempre ha sido un tema de preocupación para los historiadores. Por eso sigue siendo importante mirar los recursos, las estrategias y las colisiones mutuas de los grupos dominantes y de sus acólitos a escala global-histórica, y a la vez cartografiar la experiencia de los pueblos sin historia[16].

Dicho lo cual, con esto no se quiere argumentar que la historia de la experiencia individual y de los grupos aislados de los principales centros de producción de historia no sea importante. Lo marginal siempre

ha servido para construir la gran narrativa tanto como lo contrario. Antes de mediados del siglo XIX, sobre todo, era normal que la gente de las fronteras se volviera el núcleo de cada sociedad. Los nómadas y guerreros tribales se convertían en generales imperiales. Los barberos se convertían en científicos. Las bailarinas, en reinas. La gente cruzaba con facilidad las fronteras flexibles del estatus y de la nacionalidad. Los resultados históricos estaban sin definir. Está claro que insistir solamente en el auge del capitalismo y del Estado moderno, o en una idea de la nación, sería esconder o excluir muchas cosas interesantes de la realidad del cambio histórico. Es difícil, sin embargo, negar (de hecho muy pocos postmodernistas lo hacen) la importancia del cambio hacia la uniformidad durante el largo siglo XIX.

Por supuesto, en 1914, lo heterodoxo, lo transgresor y lo incierto eran ubicuos. El triunfo del cristianismo moderno sufrió ataques provenientes del florecer del espiritualismo esotérico y de otros cultos de salud, incluso en su corazón en Europa. El auge del islamismo ortodoxo se vio retado por la ambigüedad generalizada que permitía a los budistas, hindúes o curanderos africanos mezclarse con los fieles musulmanes en sus templos. Proliferaban nuevas bases de poder que denegaban la victoria al Estado moderno y al nacionalismo, entre ellos la poderosa falange del sindicalismo. Al mismo tiempo, estas formas impredecibles e irregulares de la vida y del pensamiento humano se vieron cada vez más marcadas por la impronta del gubernamentalismo. Se vieron influidas por las ideas comunes acerca de la nación y de los mercados de capital internacionales. Los visionarios y espiritistas acudieron a la imprenta, mientras que los organizadores sindicales llevaban libros de cuentas y de actas como las grandes corporaciones. Aquí se rechaza el punto de vista de que exista una contradicción entre el estudio del fragmento social o de los sin poder y el de los amplios procesos que constituyeron la modernidad.

TERCER PROBLEMA: EL PERSISTENTE «ACERTIJO DE LA MODERNIDAD»

Merece la pena mirar en detalle el tema de lo «moderno», término que emplea el título de este libro, y que también emplean todas las ciencias humanas contemporáneas. En los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, S. N. Eisenstadt[17] y otros emplearon la palabra para describir una serie de desarrollos globales que se combinaron y supusieron un paso hacia delante en la organización y la experiencia del ser humano que llamaron «modernidad». Los cambios que analizaron afectaban a

muchos ámbitos de la vida humana. Estos incluían la sustitución de los grandes clanes familiares por pequeñas familias nucleares, cambio que asociaban con la creciente urbanización. Abarcaban la industrialización, la idea de los derechos políticos del individuo y la secularización —el supuesto declive de la mentalidad religiosa—. En muchos sentidos, se apoyaron en la obra de Max Weber, el sociólogo alemán que escribiera su obra seminal cincuenta años antes. Weber siempre tenía en mente a Karl Marx, aunque resaltó en sus teorías el papel individual del cambio ideológico. En consecuencia, la cronología de Eisenstadt y de otros escritores liberales de la época tenía mucho en común con los marxistas. Todos situaban los orígenes de la modernidad en el siglo XVI, pero consideraban el siglo XIX como fase crítica. Y todos situaban a Occidente en el lugar privilegiado, pues era la fuente de todos los cambios globales, relegando al resto del mundo a mero recipiente que, con el tiempo, llegaría a ese nivel.

Hacia 1980, los teóricos «modernistas» de la posguerra sufrieron los ataques de varias escuelas mutuamente enemistadas. Los demógrafos empezaron a dudar del cambio de los clanes familiares a la familia nuclear. Los economistas empezaron a dudar de que la evolución humana necesitara pasar por una fase de industrialización. Los sociólogos señalaban la revolución islámica de Irán de 1979 o el auge del cristianismo evangélico en Estados Unidos para rebatir la idea del triunfo secular. A partir de 1980, los estudiosos empezaron a hablar de «modernidad múltiple», con la implicación de que la modernidad occidental era muy distinta a, digamos, la senegalesa o la indonesia. Claro está que argumentaban lo mismo que los políticos e intelectuales en Rusia, Alemania y China, que ya en el siglo XIX hablaban de una modernidad «a nuestra manera». En esta primera década del siglo XXI, el tema sigue siendo confuso. El filósofo postmodernista Bruno Latour dijo: «Nunca hemos sido modernos», tratando de indicar que las sensibilidades, emociones y nociones mágicas perduran y contradicen la idea de que el tema del individuo burgués sea todavía dominante. Mientras tanto, otros teóricos sociales, especialmente Ernest Gellner[18], Alan Macfarlane[19] y David Landes[20], insisten con resolución en que el «acertijo de lo moderno» es el paso hacia delante definitivo para la humanidad.

En primer lugar, este libro acepta la idea de que una parte esencial de ser moderno es pensar que se es moderno. La modernidad es el deseo de estar con los tiempos. Fue un proceso de imitación y de mutua prestación. Parece difícil negar que entre 1780 y 1914 un número de personas cada vez mayor decidió que era moderna, o que, le gustase o no, vivía

en un mundo moderno. Los filósofos escoceses y franceses del siglo XVIII pensaban que gran parte del pensamiento humano anterior podía desecharse. A finales del XIX, los iconos de la modernización técnica —el coche, el avión, el teléfono— dramatizaban este sentimiento. Hacia 1900, la élite de Asia y África también llegó a pensar que vivía en una época en la que la costumbre, la tradición, el patriarcado y los viejos estilos de religión y de comunidad se erosionaban, y tenían que erosionarse más. Por otra parte, una minoría de pensadores empezó a deplorar estos desarrollos, aunque también creían en el diluvio de lo moderno.

A cierto nivel, entonces, el siglo XIX fue la Edad Moderna porque un número considerable de pensadores, estadistas y científicos, que dominaba el orden de la sociedad, pensaba que era así. También lo fue porque la gente pobre y sojuzgada del mundo pensaba que podía mejorar su estatus y sus posibilidades adoptando los símbolos de esta modernidad, ya fueran relojes con leontina, paraguas o nuevos textos religiosos.

Esto no implica que la gente de antes del siglo XIX no fuera consciente de los cambios históricos de su época. Eran conscientes de los cambios en la historia humana, pero, en general, explicaban y describían estos eventos de dos maneras que no implicaban el mismo tipo de paso hacia delante de la humanidad en lo secular, tan central en la idea de modernidad. Estos comentaristas entendían los cambios en la sociedad humana como «renovaciones». Los eruditos de la Europa renacentista, por ejemplo, creían que el saber perfecto de la Antigüedad clásica estaba siendo restaurado, a pesar de que ellos mismos cambiaban la forma de entender la historia y difundían sus ideas por el nuevo medio de la imprenta. De la misma forma, los eruditos chinos del siglo XVIII pensaban que el mundo pío y sabio de los tiempos antiguos se estaba restaurando bajo la tutela del trascendente reino de la dinastía Qing, a pesar de que esa dinastía reinaba a una escala muy superior a la de las monarquías anteriores.

Otra forma de ver los principales cambios en la historia humana fue el milenarismo. Desde esta sensibilidad, la gente pensaba que, de alguna manera, lo celestial se había mezclado con la historia humana para crear una nueva era de santidad, virtud y profecía. Esto difería de la idea del cambio secular hacia la modernidad que tanto obsesionó a muchos pensadores y estadistas a partir de 1760. Estos dos sistemas de pensamiento persistieron en el siglo XIX y tiñeron el concepto de lo moderno. De hecho, uno de los aspectos más curiosos del periodo es la forma en la que estas sensibilidades se aliaron. Así, por ejemplo, el

pensamiento científico moderno marxista todavía contiene algo de la idea de restablecer el Paraíso en la Tierra. También los líderes milenaristas con sus viejas ideologías, como los rebeldes Taiping a mediados de siglo en China, trataron de conseguir barcos con cañones y líneas de telégrafo porque eran símbolos de la modernidad, no sólo porque eran prácticos. Aspirar a ser moderno era algo nuevo.

Sin embargo, para los historiadores no basta con decir que algo fue así porque la gente creía que era así. ¿Hasta qué punto podemos recuperar las tendencias políticas, sociales y económicas que había ahí afuera, latentes tras los discursos, textos e ideologías, para apoyar la idea de que algo llamado modernidad estaba naciendo en este periodo? Esta obra adopta el punto de vista de que los cambios contemporáneos fueron tan rápidos, y se interconectaron tan profundamente, que podemos llamar a este periodo «el nacimiento del mundo moderno». Abarcaba el auge de la nación-estado, con la centralización del poder y la lealtad hacia una solidaridad étnica, y también una expansión masiva de vínculos comerciales y económicos globales. La extensión internacional de la industrialización y un nuevo estilo de vida urbano se mezclaron con estos importantes desarrollos. Y la mezcla de todos estos factores y tendencias indica un cambio importante en la organización social humana. La escala y el alcance del cambio aumentaron espectacularmente. La modernidad, entonces, no sólo fue un proceso, sino también un *periodo* que empezó a finales del siglo XVIII y que continúa hasta ahora.

Entonces, ¿dónde nació la modernidad? Los pensadores del siglo XIX solían argumentar que las sociedades evolucionaban para convertirse en organismos más complejos, casi como un ser vivo. Las sociedades más complejas, las de Occidente, sobrevivían porque eran las más fuertes. Este libro acepta que algunas sociedades occidentales tenían ventajas competitivas a medio plazo por la manera en que hacían la guerra, los negocios y porque debatían su política públicamente. Sin embargo, no eran ventajas intrínsecas. Eran contingentes, interactivas y de escasa duración. Los estados y las sociedades extraeuropeos se adaptaron rápidamente a las nuevas formas de acción política y social. Por eso, este libro presenta la «revolución de la modernidad» de manera relativa, demostrando que muchas fuerzas e ideologías a lo largo del mundo le dieron poder de formas distintas y en periodos diferentes. Las viejas empresas familiares chinas fueron igual de influyentes que los burgueses capitalistas de Hamburgo o Nueva York a la hora de expandir el comercio global en los mares de la China y el sureste asiático. Los imanes islámicos del oeste de África, que volvían la mirada a los tiempos del

Profeta, fueron los agentes que establecieron la ley y el orden y la palabra escrita en aquella región. El cambio hacia la modernidad ocurrió bastante antes y, en principio, fue mucho mayor en Europa occidental y en sus colonias norteamericanas. Antes de 1914, los pueblos de todo el mundo luchaban de formas bien distintas para asumir la modernidad común, y no eran meros imitadores de Occidente. Durante un tiempo, Occidente fue simultáneamente ejemplo y controlador de la modernidad. Hacia mediados del siglo XIX, había muchísimos ejemplos y controladores nuevos en el mundo, entre los cuales destacaba la modernidad parcialmente autodiseñada de Japón.

A lo largo de los ciento cuarenta años que abarca este libro, las sociedades de todo el mundo se volvieron más uniformes. Procesos de cambio comparables llevaban sucediéndose durante milenios, por supuesto. La expansión de las religiones mundiales había provocado cierta uniformidad, sobre todo en lo que se refiere a los hábitos físicos. A partir de 1750, sin embargo, la escala de la organización social y sus aspiraciones crecieron enormemente en el transcurso de quizás sólo dos generaciones. Unas comunicaciones más rápidas, unas entidades políticas más grandes y unas ideologías de «civilización» más ambiciosas —tanto en Occidente como fuera— impulsaron este cambio. Al mismo tiempo, las sociedades se volvieron más complejas y más estratificadas por dentro. Las diferencias de riqueza y poder entre sociedades se hicieron más descaradas. Este fenómeno es lo que la gente de muchas sociedades diferentes entiende por «lo moderno». Estas generalizaciones ofrecen un punto de partida para una historia analítica que pretende reunir los cambios políticos, culturales y económicos para demostrar cómo se influyeron unos a otros, pero sin dar preponderancia a ninguno de ellos.

AJUSTARSE A LA NORMA SOCIAL: HÁBITOS FÍSICOS

Este capítulo presenta ahora un ejemplo de uniformidad obvio: la ropa y la presencia física. Por supuesto, la gente puede pensar y creer cosas completamente diferentes aunque vistan y se comporten de forma parecida. No obstante, la creación de uniformidad en este ámbito indica por lo menos la poderosa necesidad de las personas de presentarse públicamente de una manera parecida. En 1780, los hombres más poderosos del mundo vestían una variedad enorme de tipos de prenda, desde las

batas mandarinas chinas hasta la desnudez ritual en el Pacífico y partes de África, pasando por las levitas bordadas francesas. En 1914, gran parte de los hombres importantes del ámbito público vestían a lo occidental donde fuera que vivieran. Los nacionalistas chinos y los líderes del nuevo Japón llevaban la chistera y la levita negra que prevalecieron durante el revivir del cristianismo evangélico a comienzos del siglo XIX en Gran Bretaña y Norteamérica.

Esta sobriedad representaba responsabilidad y autodisciplina, contrastando con el lujo complejo de la vestimenta masculina de la vieja aristocracia y de la mujer contemporánea. Vino junto con el abandono de otras prácticas como los duelos y los banquetes desmesurados. Es importante notar que este cambio se apreció no sólo en el hecho de que se adoptaran explícitamente prendas occidentales, sino también en la uniformidad análoga en las prendas no occidentales: en China y Japón, los movimientos para la reforma de la vestimenta trataron de imponer diseños para quimonos y túnicas. La creciente uniformidad a la hora de



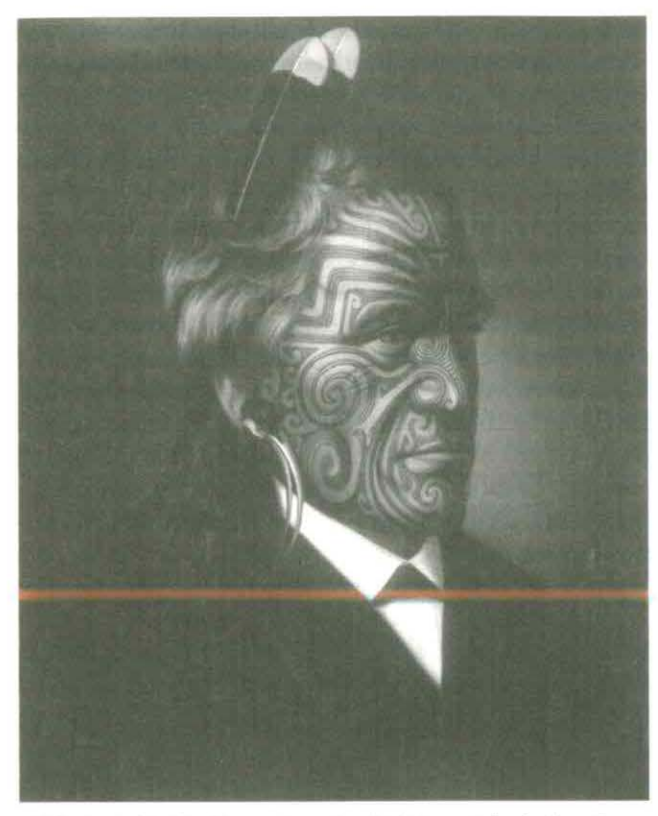
1. Uniformidad en el vestir: mujer japonesa vestida a lo occidental ante una máquina de coser Singer. Litografía japonesa del siglo XIX.

vestir iba acompañada de un intento de eliminar todo tipo de comportamiento erótico o transgresor. Los reformadores indios, por ejemplo, intentaron prohibir canciones obscenas en público durante el festival de Holi.

Esta uniformidad llegó disfrazada de ciertas formas, evidentemente, porque la gente quería mantener la diferencia por determinadas razones. La uniformidad no es lo mismo que la homogeneidad. La uniformidad significa ajustar los hábitos para crear similitudes a gran escala. Los retratos de los jefes maoríes de finales del siglo XIX colgados en la National Gallery de Auckland, Nueva Zelanda, muestran sus tatuajes rituales abigarrados, pero varios jefes visten chaqueta negra y corbata blanca (véase ilustración 2). Las fotos contemporáneas muestran al gran jefe guerrero indio Gerónimo (Goyathlay) vestido de traje y posando con un rifle. En su madurez se ganó la vida vendiendo fotos autografiadas[21].

Las prendas militares también empezaron a ser similares, aunque con modificaciones. La armadura y el casco metálico de los samuráis, de los jenízaros otomanos de la guardia palaciega o de los coraceros austriacos a caballo empezaban a ser reemplazados por ropas militares prácticas y monótonas. Típico de esto fue la ropa parda que el ejército anglo-indio llamó «caqui». Había ofrecido a los soldados cierta protección contra las balas de los francotiradores en la guerra de Sudáfrica de 1899-1902. Al mismo tiempo, la ropa tradicional de la élite se volvía más uniforme. Los reformistas de Egipto, Argelia y Malasia llevaban el fez otomano. Era una adaptación del sombrero occidental. Valía para los rezos islámicos, pero era de una pieza, con lo que se evitaba el fastidioso proceso de colocarse el turbante.

Esta tendencia a la uniformidad era menos notable entre la clase trabajadora, los campesinos y los hombres subordinados. El estudio del historiador Richard Cobb[22] de los pobres que murieron en París en tiempos de la revolución muestra que vestían prendas de varios estilos y épocas, remendadas con esmero. En 1900, la mayoría de los pobres no se podía permitir mucho más. Pero las condiciones en las fábricas y la influencia de la reforma social y de movimientos religiosos aseguraron que los hombres del ámbito público empezaran a vestir de una manera cada vez más parecida, sin tener en cuenta diferencias de región y cultura. Los zapatos de cuero, la gorra, la camisa y el pantalón empezaron a sustituir a las faldas, *dhotis,* calzones, quimonos y sayos que prevalecían en 1780. Los «uniformes» de la clase baja llegaban a los mineros de África y a los indios de Sudamérica. Por el contrario, en algunas partes del mundo, sobre todo en el Pacífico y África, los colonizadores y



2. Formalidad e individualismo: Tomika Te Mutu, jefe de la tribu ngaiterangi, de la bahía de Plenty, Nueva Zelanda. Cuadro de Gottfried Lindauer, *c.* 1880.

los administradores coloniales habían decidido deliberadamente marcar la inferioridad racial y social de los «no blancos», insistiendo en que vistieran con ropa indígena. Por ejemplo, los funcionarios británicos de Nyasalandia se opusieron a que los africanos llevaran zapatos. Pero estas imposiciones legales obviaban las costumbres antiguas en lo relativo a la vestimenta para imponer su propia uniformidad servil.

La ropa de las mujeres de las élites aún no había convergido tanto. Muchos reformistas masculinos propusieron modificar la vestimenta tradicional de sus mujeres en vez de adoptar prendas occidentales. La modernidad, un proceso y una aspiración peligrosos, se consideraba más

apropiada para los hombres que para las mujeres. En muchas sociedades, se esperaba que éstas habitaran un espacio doméstico más rigurosamente separado del ámbito masculino que en 1780. La idea de la domesticidad era un producto de la uniformidad pública. La ropa femenina seguía siendo ornamental y poco práctica. La costumbre china de vendar los pies era parecida al uso de corsés y canesús en Europa. Pero, incluso para las mujeres, la tendencia era la uniformidad. En 1780, el pudor requería desde Bengala hasta Fiyi que las mujeres llevaran los pechos al descubierto. En 1914, los misioneros cristianos y los moralistas indígenas se habían asegurado de que los pechos descubiertos se consideraran indecentes. Este hecho fue en sí mismo un vuelco en los hábitos físicos. En el mundo musulmán, el burka islámico, que cubría todo el cuerpo de la mujer, empezó a ser más popular. En el Occidente moderno se considera equivocadamente un símbolo del oscurantismo medieval cuando, en realidad, el burka era una prenda moderna que permitió a las mujeres salir de la reclusión de sus casas para participar, hasta cierto punto, en la vida pública y comercial. Incluso en tal insistencia en la tradición se atisba la creciente convergencia global.

Esta tendencia hacia la uniformidad llegó en parte por la moda y en parte por la publicidad. La expansión de los productos manufacturados y el crecimiento del comercio exterior europeo y norteamericano ayudaron a difundir estilos comunes. Pero el papel del Estado y de sus organismos[23] y un deseo general de modernidad fueron factores igual de importantes que los imperativos económicos. La uniformidad representó un cambio intelectual en las aspiraciones del individuo de una importancia parecida a la expansión industrial e imperial. En Japón en 1894, por ejemplo, el nuevo régimen Meiji, haciéndose valer entre las naciones modernas, decretó que sus funcionarios trabajaran con atuendo occidental. Incluso en sociedades con gobiernos poco intervencionistas como Estados Unidos, la expansión del concepto de respetabilidad, más que las normativas del sistema judicial, consiguió que los canosos magistrados fueran al juzgado vestidos con levita. La uniformidad a la hora de vestir era una expresión externa de la uniformidad de los procesos burocráticos y un símbolo de la respetabilidad y fiabilidad internas.

No todos aplaudieron la llegada de la uniformidad. La esencia del proceso era ser controvertido y cuestionado. Los occidentales satirizaban a los nativos que los imitaban[24], mientras que los nacionalistas culturales se oponían a la imitación servil de los extranjeros. Un musulmán otomano conservador dijo en la década de 1880: «La falacia de que



3. Personificación de los valores comunes: amerindia vestida a lo occidental. Fotografiada por los Royal Engineers en el paralelo 49, *c.* 1870.

todo lo que existe en Europa occidental es copiable aquí se ha convertido en una tradición política. Por ejemplo, al introducir simultáneamente uniformes rusos, rifles belgas, gorras turcas, sillas de montar húngaras, espadas inglesas y maniobras francesas hemos creado un ejército que es una parodia grotesca de Europa»[25]. Podría haber añadido irónicamente que el fez, la prenda otomana conocida en todo el mundo,

se fabricaba en Austria, hasta que un boicot en 1908 reavivó la manufactura de gorras de piel de camello en Siria[26].

El cuerpo es un lugar en el cual los antropólogos e historiadores sociales miden la influencia del Estado y otros métodos de disciplina social que se convirtieron en normas globales en el siglo XIX[27]. Aparte de la uniformidad de ropas, otro importante apartado de los hábitos físicos fue la puntualidad y los horarios fijos. Ya a finales del siglo XVII y principios del XVIII, el uso de un pequeño reloj se extendió por Europa y sus colonias. Las plantaciones de esclavos, donde se habían inventado tantas prácticas de control metódico y brutal del trabajo, se regían a base de campanas cronometradas por el reloj del amo. En 1750, los pequeños granjeros y los trabajadores cualificados de las Trece Colonias y de las partes más ricas de Europa, como Inglaterra, el norte de Alemania y Holanda, podían comprarse relojes. Y en todo el mundo, la hora que mostraban estos relojes empezó a converger. La expansión rusa en Siberia y, más tarde, el norte de China, requería una coordinación de la medida del tiempo. Según se desarrolló el siglo XIX, se hizo necesaria en las sociedades no europeas dependientes una forma de medir el tiempo más precisa y sincronizada. El telégrafo eléctrico permitió estandarizar la hora por todo el mundo, incluso en poblaciones densas como China e India, donde los sistemas locales de la hora seguían en vigor en el siglo XVIII. En las ciudades costeras chinas e indias, los burgueses importantes empezaron a invertir no ya en mezquitas o templos, sino en grandes relojes públicos, para regular los horarios de los bazares y las oficinas.

En 1900, los idiomas humanos, otra vertiente de los hábitos físicos, también empezaron a parecerse. Los administradores, misioneros y educadores occidentales querían que los idiomas se redujeran a unas reglas sencillas que, a ser posible, siguieran el patrón de las lenguas europeas. También lo querían los estadistas y educadores autóctonos, que buscaban idiomas nacionales. La estructura de las frases de las lenguas comunes emergentes en la India —hindi y urdu, por ejemplo— empezó a copiar la del inglés. Incluso las recién formadas lenguas híbridas, producto de la emigración, la esclavitud y la globalización —el criollo, el swahili y el pidgin—, se proveyeron de gramáticas y reglas. A medida que el hombre público marcaba su territorio político, religioso y científico en el mundo, también buscaba una voz pública. El discurso político y el sermón adoptaron fórmulas parecidas desde Filadelfia y Roma hasta Kioto y Fiyi. Los modelos no eran sólo cristianos y occidentales,

también lo fueron los sermones islámicos sobre la vida del Profeta o los cuentos impresos que narraban la vida de Buda.

Otra consecuencia de la creciente uniformidad global se puede ver en los nombres. Los nombres propios se estandarizaron a medida que los medios impresos y los movimientos de cambios religiosos y culturales florecían por las sociedades y eliminaban las diferencias onomásticas. El Estado tuvo gran influencia porque los administradores querían etiquetar y censar a la gente por razones impositivas y de servicio militar. Pero no sólo fue por medios coercitivos. La gente de a pie tenía que seguir las formalidades del Estado para obtener ayuda parroquial, educación y pasajes de emigración. También la religión desempeñó un importante papel. Más y más indios tuvieron nombres de atributos del gran dios Visnú, sobre todo de sus avatares (formas reencarnadas) como Rama y Krishna. En las sociedades islámicas de Asia y África, los nombres del Profeta y de su consorte Aisha se empleaban cada vez más, según se adoptaban prácticas islámicas más normalizadas por los imanes y gobiernos. Sus esfuerzos se vieron apoyados por los contactos globales que generaban las peregrinaciones a La Meca y a Medina. Los dos «igualadores», la esclavitud y las misiones cristianas, llevaron nombres cristianos, la gran mayoría judíos, claro está, a millones de africanos, amerindios y gentes del Pacífico durante el siglo XIX. Al mismo tiempo, el funcionamiento del gobierno y de los juzgados requería que todo el mundo tuviera un nombre y un apellido estándar para temas oficiales. Esto tuvo algunos resultados anómalos. En los países escandinavos, por ejemplo, significó que cientos de miles de personas se llamaran «Johanssen» y «Christiansen», mientras que en Birmania la mayor parte de la población tenía nombre de día birmano o de símbolo astrológico.

La comida empezó a parecerse en diferentes partes del mundo. El pan de trigo y la ternera eran la comida típica de Gran Bretaña y Alemania a principios de los tiempos modernos. Esta dieta se exportó a las colonias británicas de América y, más adelante, a Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Los pueblos indígenas que entraban en contacto con los misioneros o que empezaban a vivir en ciudades europeas adoptaban la comida occidental en parte porque era lo que había en el mercado y en parte porque se veían obligados a adoptar las costumbres de sus nuevos amos. A finales del siglo XIX, cuando los gobiernos reformistas y las élites occidentalizadas ostentaban el poder en Asia y África, surgieron nuevas presiones para imponer una comida estándar. Los japoneses empezaron a comer ternera cuando antes su religión budista se lo prohibía y así apareció el sukiyaki de ternera. Pensaban que así

potenciarían su fibra racial y podrían hacer frente al imperialismo occidental. Mahatma Gandhi también sopesó la idea de un régimen a base de carne para hacer fuertes a los indios, a los que, pensaba, habían «afeminado» el imperialismo y los malos hábitos domésticos. Luego, él y su generación rechazaron esta idea. Aun así, los indios se adaptaban rápidamente a los tomates, las patatas y los pimientos picantes, todos ellos originarios de las Américas y repartidos por el mundo por los conquistadores españoles y portugueses durante los siglos XVI y XVII.

Este último ejemplo demuestra que no se trató sólo de una adopción unidireccional de las costumbres europeas. Los imperios y la expansión económica habían creado vínculos multilaterales entre distintas sociedades del mundo que promovían mayor uniformidad. Así, por ejemplo, los esclavos caribeños y norteamericanos comían arroz blanco asiático y vestían ropas de algodón indio. Los jefes de África occidental atesoraban las telas estampadas de Asia. Esta conexión entre las plantaciones atlánticas y el comercio asiático se creó a raíz del expansionismo europeo. Con el tiempo, los tejedores indios y los mercaderes africanos se involucraron en el proceso.

A finales del siglo XIX, la uniformidad ya se expresaba en otro ámbito: el deporte y el ocio. El caótico e improvisado espíritu de los viejos juegos tenía ya orden y reglas, dirigidas por federaciones mundiales. Incluso la forma de esas típicas exportaciones británicas al resto del mundo —fútbol, rugby y *cricket*— parecía teñida de ese fuerte deseo de disciplinar el cuerpo que también se veía en las fábricas y en los campos de batalla. Incluso los juegos que se trasladaron de Asia a Occidente, como el hockey y el polo, dejaron de ser un tumulto caótico y se convirtieron en competiciones ordenadas. Mientras tanto, el disciplinado modelo culinario y gastronómico francés, las normas diplomáticas francesas y el concepto alemán de la correcta clasificación del conocimiento científico y humano se expandían por el mundo siguiendo trayectorias similares.

CONSTRUIR A PARTIR DEL CUERPO: LAS COMUNICACIONES Y LA COMPLEJIDAD

Esta creciente uniformidad en los hábitos físicos y en los signos externos de identidad tenía su paralelo en el mundo de las ideas. Los sistemas ideológicos y discursivos que generaba el poder político-económico empezaban a converger en todo el mundo. El siglo XIX —llamado

también «el siglo de la industrialización y del imperio»— fue también la era de la comunicación global. La publicación de libros aumentó enormemente en todo el mundo. Las sociedades tradicionalmente poco literarias empezaron a ser sensibles a los medios impresos. No siempre estaba Europa al frente. En 1800, se publicaron más títulos en Calcuta que en San Petersburgo o Viena. En 1828 se calculaba que se editaban unos 3.168 periódicos en todo el mundo, casi la mitad en los países anglófonos. Pero ya en 1831, *Le Moniteur Ottoman* estaba a la altura de *The Times* de Londres. En 1900, el número total de periódicos alcanzaba los 31.026, muchos de ellos con tiradas de cientos de miles. El total para 1900 incluía 600 en India, 195 en África y 150 en Japón[28]. La progresión casi geométrica de la expansión por el mundo de la información estandarizada se puede apreciar si recordamos que la gente prestaba y robaba periódicos. En algunas sociedades, un hombre leía los periódicos en voz alta para los analfabetos. En otras, había escribanos que los copiaban en forma de manuscrito.

El telégrafo eléctrico desarrolló un sistema internacional tras la inauguración del cable Europa-Asia en 1863 y la de los dos cables atlánticos en 1866. El tren, el barco a vapor y, más tarde, el teléfono revolucionaron la velocidad de las comunicaciones. Sería equivocado negar la sofisticación de la comunicación anterior al telégrafo y la prensa en África y Asia, pero sí es cierto que la nueva densidad de mensajes hizo posible una difusión de ideas comunes sin paralelo. El nacionalismo moderno —un producto de la Revolución Francesa y las guerras posteriores— se globalizó en la generación posterior a 1850. Los nacionalistas irlandeses, indios, chinos y egipcios se ponían en contacto por telégrafo y se reunían en París, Tokio, Londres, San Francisco y Shangai. Las ideas científicas y médicas daban la vuelta al mundo con la misma velocidad.

Por supuesto, el argumento no debe llevarse demasiado lejos. Un análisis profundo demuestra que la similitud formal y la traducibilidad encubrían a veces diferencias importantes de estilo intrínseco. La creciente tendencia hacia la uniformidad era contestada, parcial y de resultado incierto, más que una fuerza homogeneizante todopoderosa. Incluso en 1880, un norteamericano quería decir algo muy diferente a un europeo cuando hablaba de libertad, aunque los partidos que dominaban a ambos lados del Atlántico compartieran conceptos y filosofías aparentemente similares. En el islam y el hinduismo, la uniformidad religiosa significaba un rito común, en lugar de una uniformidad doctrinal como en las iglesias cristianas. Aun así, mantengo que el islam y

el hinduismo se parecían más al cristianismo en 1914 que en 1780, aunque sólo fuera porque ahora eran más fácilmente distinguibles entre sí. Mientras tanto, los representantes religiosos se habían reunido y habían debatido en el famoso Parlamento Mundial de la Religión en Chicago en 1893. Lo que debatieron probablemente fuera menos importante que el hecho de que las tradiciones, que habían sido una colección de derechos, ritos chamanísticos y antiguos axiomas, ahora se consideraran religiones con su propio ámbito de influencia y, supuestamente, características uniformes.

El segundo tema principal de este libro es el crecimiento de la complejidad interna de las sociedades mundiales, que se desarrolló paralelamente a la tendencia a la uniformidad externa. Esta complejidad de funcionamiento era muy diferente a la variedad cultural local del Antiguo Régimen. Hacia finales del siglo XIX, la mayoría de las sociedades de primer orden ya tenía una amplia gama de profesiones especializadas, con sus propios tipos de formación y sus ritos solidarios. Las asociaciones de este tipo hacían más trabajo social que las solidaridades creadas por el matrimonio y la familia. La administración se había desvinculado del éxito militar, algo que en 1780 sólo ocurría en China y, hasta cierto punto, en Europa. Incluso las sociedades en las que los militares aún tenían mucho peso, como en el Oriente Medio islámico, habían creado grupos de administradores civiles que ocupaban un espacio entre los militares y los religiosos, los dos polos de la autoridad del Antiguo Régimen. Se había establecido un cuerpo jurídico en la mayoría de las colonias, en los puertos francos de China y en Japón, donde un siglo antes las disputas legales eran conducidas por los funcionarios religiosos o por intermediarios cultos empleados privadamente por las familias. Los sistemas médicos se habían formalizado y puesto por escrito. Incluso la medicina tradicional asiática, norteafricana y de Oriente Medio tenía sus propias academias y sus practicantes titulados. El mundo empezaba a ser gobernado por grupos de diferenciados aunque interrelacionados expertos.

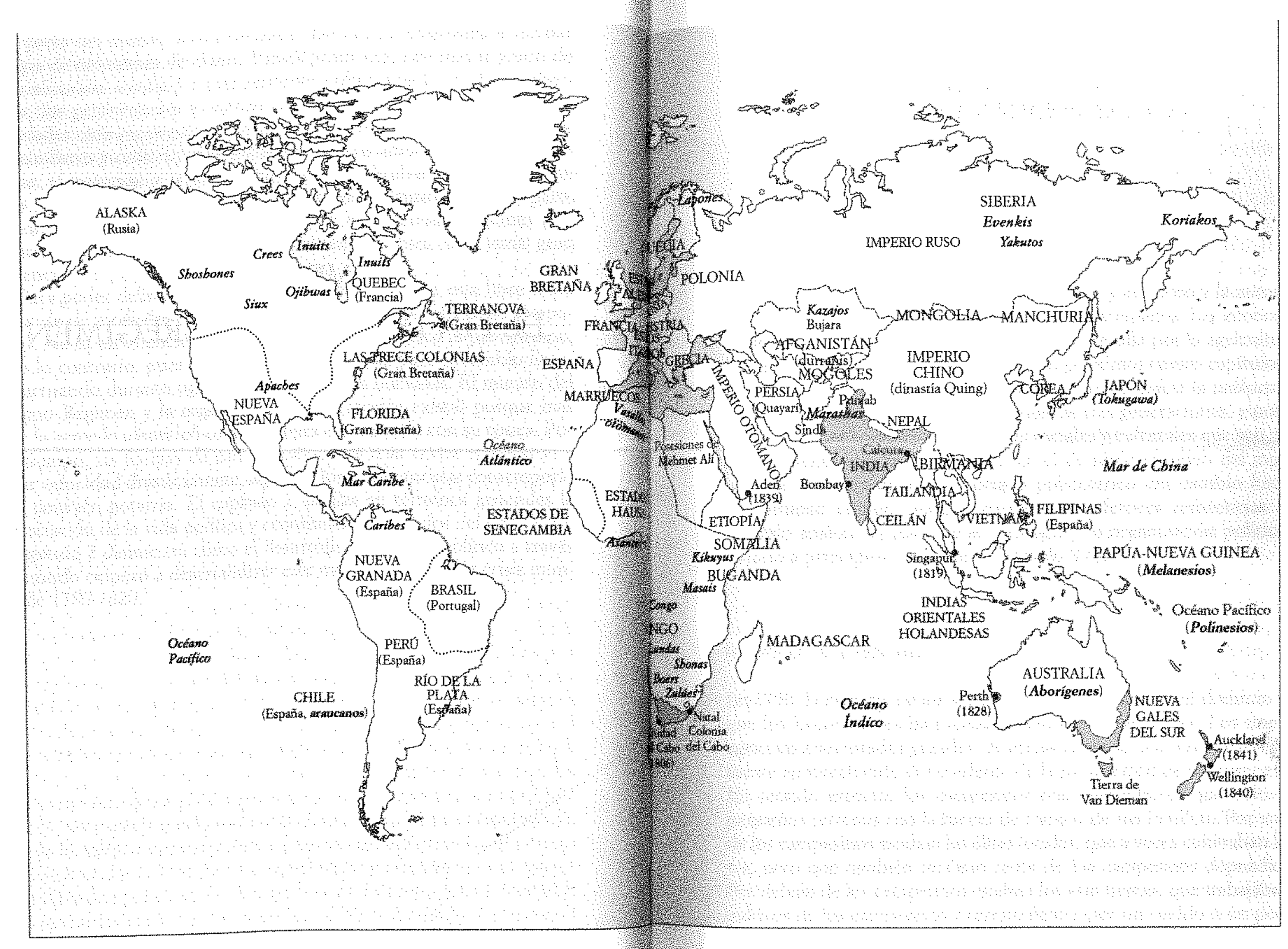
En el ámbito económico, grupos especializados de agentes, contables y corredores de seguros existían en todas las grandes urbes. El gestor y el propietario dejaron de ser la misma persona, y apareció el *marketing*. Los especuladores financieros, que hacia 1780 sólo actuaban en Londres, París y Ámsterdam, surgieron en ciudades como Shangai, Teherán y Nagasaki. Para la gente normal, el trabajo se había especializado. En particular, el nexo milenario entre la agricultura estacionaria y el trabajo en la ciudad se había roto para los trabajadores urbanos en

gran parte del mundo industrializado. De hecho, empezaba a asomar un tipo de estructura de clases. Paradójicamente, este mayor grado de especialización condujo a una aparente uniformidad. La clase gobernante, los profesionales e, incluso, las clases obreras de las diferentes sociedades cada vez se parecían más, cada vez eran sometidos a presiones más similares y cada vez más tenían las mismas ambiciones. La convergencia, el parecido y la uniformidad no significaban —insisto— que todas estas personas pensaran y obraran de la misma manera; pero, cuando menos, apreciaban y expresaban los intereses comunes que traspasaban los límites de la nación-estado, si bien ésta tenía gran influencia.

Para poder delinear estas tendencias generalizadas, este libro toma el mundo de mediados del siglo XVIII como punto de referencia comparativo. No es mi intención presentar un mundo estático ni provinciano. Todo lo contrario, puesto que poderosas fuerzas para el cambio llevaban actuando durante siglos en las sociedades humanas. El mundo del Antiguo Régimen y la organización social arcaica existió porque más tarde la gente lo identificó como tal, para contrastarlo con su época. Por este tiempo, las fuerzas de cambio esbozadas más arriba empezaron a tomar velocidad drásticamente, algo que los comentaristas contemporáneos también notaron. El capítulo 1 analiza en términos generales la organización de la vida política y económica a mediados del siglo XVIII. El capítulo 2 demuestra cómo el desarrollo material y político a través del mundo empezó a desestabilizar este modelo antes de la crisis mundial de 1780-1820.

PRIMERA PARTE

EL FIN DEL ANTIGUO RÉGIMEN



Mapa 1.1 El mundo en el Antiguo Régimen, *c.* 1750

1

LOS ANTIGUOS REGÍMENES Y LA «GLOBALIZACIÓN ARCAICA»

En el mundo del siglo XVIII, el poder político y religioso y la autoridad cultural eran muy variados y tenían vínculos complejos. Las economías, sin embargo, estaban dominadas de forma sencilla por la agricultura, y dependían de las estaciones anuales. Los próximos cuatro capítulos tratan de explicar cómo y por qué hubo un cambio hacia la uniformidad política y cultural mundial en poco más de tres generaciones, y por qué surgieron unas complejas tendencias sociales y culturales que son, reconociblemente, modernas. Destacarán el dominio europeo del mundo, pero, a la vez, aceptarán el origen policéntrico del cambio hacia la modernidad común, aunque enfrentado a feroces resistencias. Este capítulo analiza aspectos de la ideología y la organización política del mundo a principios y mediados del siglo XVIII.

CAMPESINOS Y SEÑORES

En 1750, la mayoría de los seres humanos vivía aún en el dominio de lo que los historiadores han llamado «imperios agrícolas». Los imperios agrícolas eran estados grandes, de etnias diversas, que subsistían básicamente aprovechando el excedente de la producción de los campesinos. En sentido estricto, los campesinos eran agricultores que cultivaban pequeños terrenos con la fuerza de trabajo de sus familias. Por encima de los campesinos estaban las élites locales, que a veces cultivaban la tierra, pero que también recibían renta de los campesinos dependientes. Por debajo de los campesinos estaban los «sin tierra», que trabajaban los cultivos de los campesinos y terratenientes por un sueldo o un porcentaje de la cosecha. Culturalmente, sin embargo, el señor, el artesano y el campesino estaban ligados unos a otros y compartían los mismos valores.

Los imperios agrícolas de la China de la dinastía Qing, la India mogol, el Japón Tokugawa, el Irán Safawí, Java, el Imperio Otomano, el Imperio Ruso y la monarquía de los Habsburgo reunían en conjunto un 70% de la población mundial. Muchas partes de los territorios de la Corona española en el sur y el centro de América las labraban aún los descendientes de las poblaciones amerindias originales. También había sociedades que practicaban el cultivo con regularidad esparcidas por África, y subsistían en complejas relaciones con los nómadas y los bosquimanos. Los campesinos, en términos generales, constituían un 80% de la población, aunque en algunas zonas la aparición de ciertos nodos de comercio capitalista elevó el total de la población urbana hasta un 20%. Éste parece haber sido el caso, por ejemplo, del noroeste de Europa, las zonas marítimas y fluviales de China y la costa de Japón.

El orden político y religioso de estas entidades políticas seguía siendo fragmentario y, de una forma u otra, complejo. Pero las sociedades y las economías que las mantenían eran relativamente sencillas comparadas con las del siglo XIX, que ya experimentaban la industrialización y el auge del Estado. Como la mayoría de la gente que vivía allí eran campesinos, agricultores, terratenientes o mercaderes que dependían de la agricultura, la calidad de la cosecha dominaba la vida cotidiana como había venido siendo durante miles de años. Muchos agricultores del sur y oeste de Europa apenas eran más ricos que sus prójimos de Asia o África, y muchas veces tenían menos comida. John Komlos[1] ha propuesto, de manera convincente, que gran parte de Europa central padeció malnutrición durante el siglo XVIII. Incluso la Francia sofisticada y cultural sufrió constantes *crises de subsistence* («crisis de subsistencia») a lo largo del siglo XVIII. La mayoría de las sociedades asiáticas y africanas y muchas de las europeas padecieron debilitantes escaseces o hambrunas cada veinte años. Estas hambrunas se vieron complicadas por guerras e invasiones extranjeras, tanto de nómadas a la vieja usanza llegados de la estepa y el desierto, como de los nuevos ejércitos europeos.

Sin embargo, sólo en el sentido más amplio puede decirse que los campesinos del mundo fueran una única clase. Los estilos de vida de los señores y los campesinos de las diferentes sociedades del mundo se parecían mucho, de hecho, pero también se diferenciaban mucho en los detalles. Las diferencias dependían hasta cierto punto de los tipos de cultivo que producían. Por ejemplo, los arrozales del sur de China, el sudeste asiático y los valles fluviales indios necesitaban de grandes esfuerzos de la población local para mantener los sistemas de irrigación que inundaban los cultivos. Las zonas de los arrozales intensivos alimentaban a

muchos siervos y campesinos pobres, que limpiaban las zanjas y mantenían el cultivo. El norte de China, el norte de India, Oriente Próximo, Europa occidental y sus colonias americanas, en cambio, eran zonas de cereales y de pastoreo con una población menos densa. Aquí, los agricultores eran más independientes, pero, a menudo, pobres por falta de regadíos o de mercados, o se veían endeudados por usureros y otros magnates. Entre estos polos opuestos existían innumerables combinaciones locales, en las que el tipo de agricultura dependía de una mezcla específica de cultivos o microecología y del equilibrio entre la agricultura, la ganadería y el pastoreo. Incluso en las zonas donde los campesinos cultivaban cosas similares, las normas sociales variaban mucho. Las instituciones religiosas y las pautas de organización de las élites políticas dictaban las leyes complejas de ocupación de la tierra y la subordinación que conllevaban. Además, los campesinos eran a tiempo parcial artesanos, arrieros o soldados, y no estaban tan atados a la tierra como a veces pensaban los primeros sociólogos. Hasta que aparecieron la agricultura mecanizada y la nutrición agrícola científica hacia finales del siglo XIX, existían diferencias básicas en la manera de vivir de los señores y de los campesinos y en la forma de relacionarse.

Los campesinos no eran tan burdos como algunas personas cultas de la época creían; ni, en sentido opuesto, eran los encantadores habitantes de una Arcadia virgen, como aseveraban muchos literatos de finales del siglo XVIII. Tampoco estaban en guerra permanente con los terratenientes y el Estado, como mantienen muchos historiadores modernos radicales. Por supuesto que hubo alzamientos violentos de campesinos y el final del siglo XVIII estuvo repleto de ellos; pero estas rebeliones normalmente reflejaban la desesperación de los campesinos ante el cúmulo de abusos e injusticias apilado sobre la población rural, y no una tendencia innata a la resistencia o violencia. Las comunidades campesinas tenían un fuerte sentido de la moralidad propia y de la trapacería de los demás. No obstante, la mayoría de las familias campesinas eran emprendedoras. Querían más tierra, más dinero y más honor. Trataban de maximizar sus oportunidades. Esto proporcionaba un enorme fondo de talento para aprovechar los momentos políticos y económicos propicios. En muchas partes del mundo, sobre todo en el sur y el este de Europa y Japón, fue el desarrollo del enorme potencial de los campesinos (en el Nuevo Mundo fue el de aquellos trasplantados allí) lo que animó el dinamismo económico del siglo XIX.

Por lo general, las jerarquías sociales del viejo orden eran mucho más flexibles de lo que muchos comentaristas mantienen. El Antiguo

Régimen se veía limitado por el estatus, pero no era rígido. Esto era cierto incluso en China, India, Japón y Oriente Próximo, considerados por los europeos del siglo XVIII como reinos de tradición y conservadurismo invariables. En la mayoría de las sociedades, gente de clase media e incluso campesinos ricos podían y llegaban a ocupar cargos importantes y obtenían tierras y privilegios en el transcurso de una o dos generaciones. Hasta existen ejemplos de campesinos pobres de estatus social bajo que llegaron al poder. Aun así, la jerarquía social era bien sencilla: campesinos, mercaderes, terratenientes, aristocracia. En la medida en que algunas profesiones empezaban a emerger en algunas sociedades, todavía estaban sin organizar y eran más bien hereditarias. Incluso los grupos de artesanos especializados asiáticos y europeos que dominaban el creciente comercio intercontinental dependían de la protección de los señores locales y de la cosecha.

LA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA

En 1960, varios historiadores, liderados por Marshall Hodgson[2], empezaron a hablar de los «imperios de la pólvora» del islamismo moderno en Oriente Próximo, la India y el sudeste asiático. Algunos comentaristas extienden la categoría más allá y mantienen que la dinastía Qing en China (*c.* 1664-1911) había evolucionado de forma parecida a los otomanos (*c.* 1326-1922), safawíes (*c.* 1501-1763) y mogoles (1526-1858). Todos se habían transformado de «grandes kanes», líderes de pastores nómadas, arqueros a caballo y soldados tipo cosaco a emperadores ilustrados de grandes dominios agrarios[3]. Incluso se ha llegado a decir que los zares rusos y, desde cierta perspectiva, los Habsburgo austriacos representaban una versión cristiana de este tipo de desarrollo. Los historiadores del boato cortesano han llegado a encontrar emocionantes parecidos entre la ideología y el ritual cortesanos de Luis XIV, del emperador chino Qianlong (1736-1799) y de Pedro el Grande de Rusia[4].

Estos amplios «parecidos familiares» entre muchos de los regímenes políticos de Eurasia y el norte y el oeste de África hay que tenerlos en cuenta, porque estos sistemas políticos contrastan con el mundo de naciones-estado y colonias provinciales de cien años después. Las últimas historias, sin embargo, prefieren destacar las diferencias entre los antiguos regímenes. En los imperios agrarios, y también en las regiones en auge económico de Europa occidental, existía una gran variedad de

sistemas políticos e ideológicos; muchos de ellos se vieron suprimidos o se uniformaron a lo largo del siglo. Por ejemplo, Italia y Alemania, que serían dos nuevas naciones en el siglo siguiente, eran por entonces unidades lingüísticas y culturales, pero estaban fragmentadas en un montón de reinos, grandes ducados, estados papales y, en el caso de Alemania, limitadas jurisdicciones imperiales.

Estamos acostumbrados a pensar en el Antiguo Régimen de la Francia prerrevolucionaria, cuyo símbolo era el ritual del palacio de Versalles, como un Estado autocrático y centralizado en el que los grandes funcionarios reales intervenían constantemente en la sociedad local. De modo similar, tenemos la idea del «despotismo oriental», una noción propia de la Europa moderna, cuando hablamos de los imperios Qing y Mogol en China e India. De hecho, y no debemos olvidarlo, había aspectos sociales y económicos en los que los emperadores y los reyes intervenían periódicamente. Por ejemplo, William Beik[5] ha demostrado que la monarquía francesa del siglo XVIII era eficaz a la hora de recaudar impuestos, incluso en el sur mediterráneo. Era más poderosa en París y sus alrededores y en el nordeste. En Europa, antes del siglo XIX, los reyes tenían potestad específica sobre las carreteras, los puertos y los servicios de correo. También las zonas comprendidas en un radio de 1.000 kilómetros desde el Estambul otomano —como el norte de Siria, los Balcanes y Anatolia occidental— eran gobernadas estrictamente[6], por lo menos comparadas con Egipto y las regiones árabes en los márgenes del imperio, sin hablar del Irán safawíe o la India mogol[7].

Incluso en Persia y el sur de Asia los emperadores eran los responsables del mantenimiento del sistema de canales que regaban las zonas semiáridas de sus dominios. Y en China, los emperadores controlaban directamente los sistemas de irrigación del río Amarillo, y mantenían el Gran Canal al norte de Nanking que proveía al centro del imperio de trigo[8]. Basándose en estos ejemplos, algunos historiadores europeos desarrollaron la idea de que estos sistemas políticos eran «sociedades hidráulicas», en las que el abastecimiento de agua requería la centralización del poder. En estos reinos era normal que hubiera unos amplios territorios reales. Así, en los dominios árabes e islámicos se distinguía el territorio real o *khalisa* de otras provincias gobernadas con menos formalidad. En China, los territorios manchúes y los cotos de caza imperiales gozaban de un estatus parecido[9]. También en África varios estados precoloniales mostraban alguna centralización. El reino asante del oeste de África (en la Ghana moderna) desarrolló un sistema burocrático, unas organizaciones de comercio estatales y un código legal común[10]. El

gobierno mantenía con esmero un sistema de comunicaciones y tenía una idea bastante clara de sus fronteras.

Pero estos ejemplos sólo sirven para reforzar la regla general. Y ésta dice que los viejos centros imperiales y burocráticos sólo intervenían en el funcionamiento de la sociedad y de la economía en casos específicos y en zonas geográficas limitadas. No es que los antiguos estados fueran todos débiles, más bien ahorraban su autoridad moral y física para tareas específicas. Por ejemplo, probablemente en todo el mundo los sistemas de riego y las carreteras eran mantenidos por las comunidades y los magnates locales. Las áreas en que existían muchos privilegios y derechos reales era normal que se separaran, pasando a ser patrimonio de otros príncipes y nobles. A los reyes y emperadores les resultaba lucrativo «prestar» sus derechos al mayor postor para ganar dinero. Incluso en la fiscalmente centralizada Francia, el Estado entregaba a contratas de impuestos y a magnates lo que exprimía a los inquietos campesinos. Tanto allí como en el resto de Europa, fueron las desavenencias respecto a las imposiciones de estos vicarios emprendedores, y no los impuestos reales, las que provocaron revueltas rurales. En el Nuevo Mundo español, los gobernadores y alcaldes locales se resistieron a los repetidos intentos de la Corona de centralizar el poder, puesto que se enriquecían no a través del mercado libre, sino forzando la venta de bienes y requisando mano de obra de los campesinos indios. No sorprende que los «abusos tiránicos», como los llamaban los oficiales españoles, provocaran numerosas revueltas locales[11].

En Asia, la situación era parecida. En China, en 1800, los graneros reales, el Gran Canal y el sistema de diques del río Amarillo se estaban yendo a pique[12]. Otras instituciones reales estaban mal. En un principio, los emperadores se contentaron con ceder poder en una zona para reforzarlo en otra. A largo plazo, sin embargo, la decadencia de estas funciones imperiales puso en grave peligro la legitimidad del régimen. Estudios recientes sobre el Estado asante del oeste de África han demostrado que este centro de poder con ambiciones centralizadoras se vio muy limitado por feudos y grupos de linaje, y que, allí, el pueblo desarrolló contactos comerciales con el mercado global a pesar de y no gracias a los intereses del gobierno.

Así, el gobierno de estos grandes estados era como un truco de magia. El poder del Estado era fuerte y dirigido hacia ciertas zonas, aunque hacía falta una vigilancia permanente para que no se lo quedaran los magnates y comunidades locales. En otras partes, era deshilachado y contingente. Había extensas zonas en las que no se imponía deliberadamente.

A los gobernantes les era difícil movilizar a las fuerzas militares con rapidez. En las zonas monzónicas de Asia, donde los reyes presumían de magnificencia, la guerra y la recaudación de impuestos se estancaban cada año cuando las carreteras se quedaban intransitables. El Estado sólo podía enviar un número limitado de funcionarios o ejercer justicia en ciertos casos. Por lo general, los gobernantes sólo estaban empezando a saber quiénes y cuántos eran sus súbditos, en qué parte de sus dominios vivían, qué idioma hablaban y qué religiones practicaban. Dada la historia de persecución religiosa en Europa, la mayoría de los regímenes, incluso aquí, evitaban «abrir ventanas en las almas de los hombres». En las sociedades asiáticas y musulmanas, lo que se requería era reconocer el culto del emperador, y no una uniformidad de creencias. En todas partes, por tanto, el poder del Estado y el poder imperial residían, a largo plazo, en la cooptación de las élites locales y de las comunidades autogobernadas y el respeto a ellas. Los reyes tenían que aprovechar y aceptar los sistemas políticos y religiones locales y dejarlos hacer.

Las maneras de cooptar eran múltiples. Los teóricos sociales alemanes del siglo XIX, principalmente el sociólogo Max Weber, analizaron los dos extremos del espectro. Por una parte, estaba la aristocracia militar. Las grandes dinastías de militares y controladores de territorios eran básicamente los señores de sus tierras, siempre y cuando rindieran homenaje al líder supremo y proporcionaran recursos y hombres para las guerras de conquista o las defensivas. Esto, por ejemplo, es verdad en el caso de la nobleza húngara en el Imperio Austrohúngaro. Parecido era el territorio indio de Rajastán, controlado por reyes y por la nobleza local, que le debía gran tributo al emperador mogol de Delhi. Por otra parte, estaban las viejas burocracias. En China se daban las complicadas jerarquías de magistrados civiles entrenados en la escuela confuciana clásica por medio del linaje y de los colegios imperiales y luego destinados a los confines del imperio para establecer el orden y conseguir la abundancia en zonas agrarias. Era un tipo ideal de burocracia arcaica. En Francia, donde la nobleza era de «espada», elegida de entre las grandes familias que habían luchado por la corona de san Luis desde el Medioevo, el caso era todo lo contrario. Pero, en la práctica, la aristocracia militar necesitaba administradores que se encargaran de los papeles e información, mientras que, en los sistemas burocráticos, los funcionarios sustentaban su propio poder como gerentes de las tierras a nivel local. Así, en Francia, una sociedad en la que tenía que existir un gobierno instruido y tacaño, había una *noblesse de robe:* una nobleza

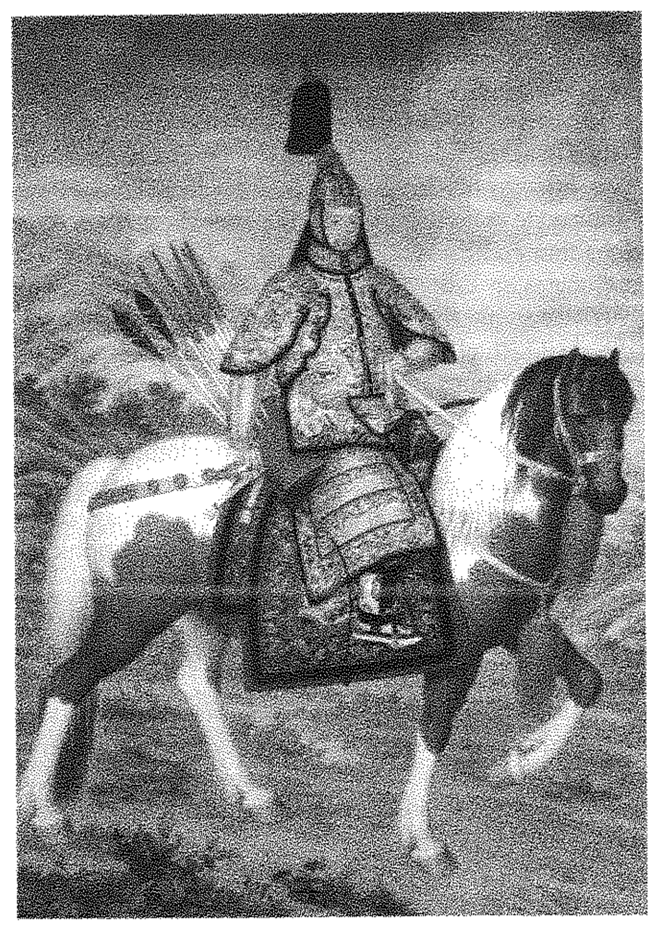
civil y burocrática, escogida entre los comerciantes y abogados de la clase baja. Sin embargo, en China, la dinastía Qing gobernante tuvo que dejar que los impuestos territoriales se fijaran a perpetuidad cuando consolidó su poder a mediados del siglo XVII. Esto significó que las familias eruditas de las que salían los burócratas acumularon más tierras y los beneficios del comercio en sus propios territorios, convirtiéndose en terratenientes y comerciantes por derecho propio. Los señores cultivados se dejaron llevar por los vientos locales que soplaban. En las fronteras del Estado vietnamita, los miembros de su mandarinato de estilo chino se casaron con la minoría tay para estabilizar las zonas fronterizas peligrosas. Así pues, en realidad, los distintos estereotipos de burócrata, guerrero terrateniente y hombre religioso se mezclaron de forma compleja.

Incluso los emperadores agrarios más poderosos tenían que tratar con una mezcolanza de derechos, privilegios, autonomías locales y «círculos familiares», heredados de tiempo atrás o creados a raíz de la consolidación del poder político real o imperial. Para citar a William Doyle, incluso en Europa «la realidad del Antiguo Régimen era una confusión intensa de poderes y un perpetuo solapamiento de competencias desiguales, en la cual el rey, en vez de imponer una autoridad irresistible, se veía obligado a negociar con sus súbditos a muchos niveles»[13]. A finales del siglo XVIII, la autoridad de los reyes supuestamente absolutistas de Francia seguía limitada por cortes regionales o *parlements* con jurisdicción apelativa y por «estados» dotados de derechos recaudatorios. Rusia era un caso extremo en «Europa», donde la teórica autocracia del zar era, en la práctica, muy limitada. En 1763, el gobierno ruso empleaba 16.500 funcionarios, mientras que Prusia, con una extensión del 1% de Rusia, empleaba 1.400[14]. En Rusia, por tanto, a pesar de que los terratenientes no acumulaban derechos feudales en la proporción en que lo hacían en Europa occidental, controlaban este enorme imperio. De nuevo, no se debía a una mera cuestión de debilidad. A veces, los monarcas podían desplegar estratégicamente los recursos de estos poderes y jurisdicciones para obtener sus fines políticos. Los zares podían utilizar unos poderes arbitrarios formidables cuando querían. Pero tampoco interesaba siempre a los gobernantes eliminar estas jurisdicciones particulares. Los reyes ingleses y sus ministros, por ejemplo, se aprovechaban del estatus especial de Irlanda y su clientelismo como recurso para lubricar la política de los reinos de Inglaterra, Escocia y la propia Irlanda.

Una característica de los antiguos regímenes que a menudo comentan los historiadores era la tendencia a pasar por «ciclos de desarrollo», en los que periodos de relativa centralización venían seguidos de descentralización, y luego de intentos de recentralización. En algunos casos, el «exceso imperial» ya era aparente en el siglo XVIII y los grandes reyes y monarcas habían cedido gran parte de los poderes adquiridos en épocas de conquista. Para 1700, los gobernantes otomanos de Estambul habían cedido virtualmente el mando a poderosos *ayan,* o señores regionales en Egipto, Siria, la provincia del monte Líbano y el norte de África aunque seguían siendo fuertes en el centro del imperio. En la India de 1720, el emperador mogol sólo podía contar con una recaudación y un tributo de sus prepotentes súbditos hindúes, sijs y musulmanes, decrecientes en reinos en expansión lejos de Delhi. El Imperio Habsburgo de Austria era «un conglomerado de unidades territoriales separadas, la mayoría de ellas con raíces individuales importantes y profundamente arraigadas»[15] y, por debajo del nivel central, casi toda la autoridad recaía en los terratenientes nobles, la Iglesia y las ciudades semiautónomas al menos hasta mediados del siglo XVIII. Los creadores del Estado alemán del siglo XIX veían esta imagen de poderes descentralizados y solapados en los imperios alemán y austrohúngaro como algo frustrante, casi ridículo.

El poder ideológico dentro de los viejos estados estaba tan fragmentado y era tan complejo como el poder político, y, por lo general, estaban entremezclados. Más que un Estado meramente budista, confuciano o taoísta, el Imperio Chino era un imperio de espíritu cósmico. Los emperadores Qing mantenían lazos estrechos con el poder espiritual del Dalai Lama y del Pachen Lama del Tíbet y con los chamanes sagrados de Mongolia, como ya habían hecho sus ancestros esteparios. De nuevo, no debemos achacar esto a la «debilidad» ideológica de estos poderes. Todo lo contrario, se puede decir que las grandes dinastías a menudo promovían estas diferencias. La historiadora de China, Pamela Crossley, mantiene que los últimos Qing gobernaron a base de fomentar la separación étnica bajo cabecillas que eran también los líderes de cultos religiosos[16]. La ideología imperial Qing —sobre todo bajo el emperador Qianlong— llevó al emperador a desempeñar un papel trascendente e imparcial. Su misma grandeza se reflejaba en su monarquía universal como gran kan de los mongoles y manchúes, y como padre confuciano de los chinos Han (véase ilustración 1.1).

Lo mismo se puede decir de la dinastía otomana. El sultán era el kan otomano, el césar o el emperador para los romanos y, más adelante, el

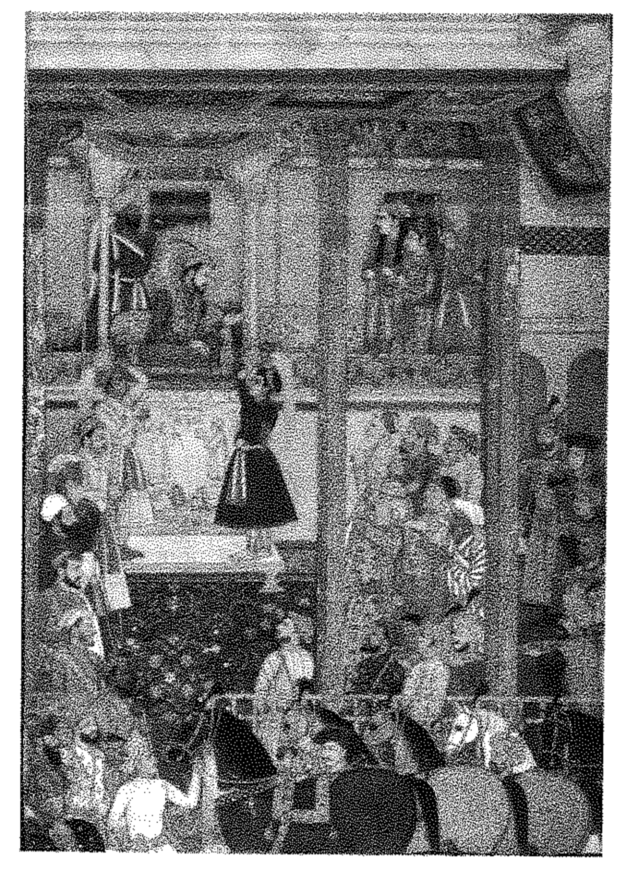


1.1 Conservar las diferencias: el emperador chino Qianlong inspecciona a sus tropas, por Giuseppe Castiglione.

califa o sucesor del Profeta, y el rey universal al estilo de Alejandro[17]. Como líder musulmán, no podía liderar otros cultos, pero patrocinaba las instituciones judías, drusas y cristianas. El emperador musulmán mogol, regente de Dios en la Tierra y sucesor del sagrado Profeta, bendecía habitualmente a las hordas de hombres sagrados hindúes desnudos que se reunían bajo las murallas del fuerte rojo de Delhi a orillas del río Yamuna o Jumna. Y esto a pesar de que eran la mismísima encarnación del «politeísmo» hindú. En los ejércitos del emperador se consolidaron las

categorías sociales como las de los «rajputs»[18], «mogoles», «turcos» y persas, antaño en cambio. En ciertos casos, queda claro que las comunidades religiosas y étnicas locales eran lo bastante poderosas para rechazar la ideología y la política imperiales. Pero estos ejemplos nos recuerdan que los regímenes antiguos tenían ideales y objetivos culturales muy diferentes a los de la mayoría de los imperios y naciones-estado del siglo XIX. Ayudaron a crear —incluso se vanagloriaban de ello— diferencias y complejidades.

Incluso en la Europa cristiana, donde la religión se asociaba más íntimamente con la identidad del Estado, los gobernantes trataban de



1.2 Un imperio multiétnico: el emperador Sha Jahan recibe al general persa Ali Mardan Kan, 1638. Miniatura mogol.

reflejar su poder patrocinando a diferentes grupos religiosos. Después de Pedro el Grande, los monarcas rusos intentaron presentarse como la encarnación ilustrada de la razón europea, como los reyes sagrados de la Iglesia ortodoxa cristiana y como los grandes kanes de sus cada vez más numerosos súbditos musulmanes y mongoles. Tuvieron que tratar con la intransigente vieja guardia ortodoxa y, a partir de 1800, con los católicos polacos y lituanos y con los musulmanes de Asia Central. En las tierras austriacas y alemanas, la «tolerancia» hacia las diversas creencias había quedado regulada para la paz de Westfalia de 1648. En la frontera este de Austria, Viena gobernaba comunidades cristianas ortodoxas y judías. Quisieran o no, los monarcas Habsburgo tenían que mantener a bordo a católicos, protestantes, cristianos ortodoxos y uniatas; judíos e, incluso, a algunos musulmanes rezagados.

La relación entre las monarquías católicas del oeste y el sur de Europa y el papado era compleja y cauta. El obispo de Roma podía redirigir a través de los Alpes el poder del soberano francés incluso en el apogeo del llamado despotismo ilustrado. Hasta en Gran Bretaña, donde los católicos tenían prohibido acceder a la mayoría de los cargos públicos, el monarca era el líder de una Iglesia episcopal en Inglaterra y de otra presbiteriana en Escocia, a pesar de que los clérigos de éstas profesaban doctrinas diferentes y mutuamente antagónicas. Para 1815, el rey inglés gobernaba a católicos en Québec y Malta, a cristianos ortodoxos en las islas griegas, y a hindúes, musulmanes y budistas en el sur y el sudeste de Asia.

Todas estas características del «viejo orden» de los siglos XVII y XVIII realzan la importancia de los cambios que ocurrirían a comienzos del siglo XX. Los conceptos de Estado, nación, «minoría étnica», ciencia y corporaciones profesionales salieron del o fueron impuestos al mundo más cambiante e ideológicamente complejo, aunque económicamente más sencillo, que los precedió.

LOS PODERES EN LAS FRONTERAS DE LOS ESTADOS

Si bien los espacios agrarios interiores de la mayoría de los dominios del siglo XVIII estaban poblados por poderosos terratenientes independientes, hábiles burócratas y ciudades de libre comercio, los perímetros eran porosos e indefinidos. Los regímenes sobrevivían más tiempo si incorporaban a soldados y administradores de recursos oriundos de fuera de su



1.3 Sacro, romano, emperador y empelucado: el emperador del Sacro Imperio Romano Carlos VI, estatua de Matthias Bernhard Braun, sita en el castillo de Loxenberg, Niederösterreich, Austria.

reino. Gente de las actuales Albania y Rumania gobernaron el Imperio Otomano y fundaron una nueva dinastía en Egipto en fecha tan tardía como 1802. Una dinastía armenia gobernó lo que actualmente es Iraq. El Imperio Chino era, en gran medida, un dominio manchú, que seguía incorporando como administradores a jefes mongoles, uigures y tibetanos de más allá de la Gran Muralla[19]. El emperador Qianlong aprendió supuestamente el idioma uigur para poder conversar con más facilidad con sus comandantes fronterizos. Los jinetes cosacos y los campesinos

«pioneros» empezaban a ser herramientas fiables del Imperio Ruso. Pero, en el fondo, muchas familias nobles eran de descendencia mongol o turca, los viejos enemigos de Moscovia, que fueron incorporados a la expansión de Rusia. Minorías cualificadas y poderosas venidas de fuera de las fronteras establecieron círculos detentadores de poder. Alemanes del Báltico gobernaban en Rusia. Alemanes de Hannover lo hacían en Inglaterra, y entre sus jefes militares había irlandeses y escoceses. Los padres y abuelos de estos hombres habían sido católicos y enemigos tribales de Inglaterra. Si muchas sociedades europeas y no europeas vieron florecer un sentimiento patriótico, como veremos, fue en parte porque sus gobernantes eran extranjeros. En la India distinguían entre los «locales» *(deshis),* los «extranjeros» *(bideshis)* y una categoría de «forasteros conocidos del otro lado de la difusa frontera» *(pardeshis).* Los *pardeshis* gobernaban gran parte del mundo en 1780.

La mayoría de los grandes imperios vivían en una pugna simbiótica con diversas ciudades comerciales, asociaciones de comercio marítimas o estados marítimos que controlaban su comercio exterior o «sacaban tajada» de él. Los corsarios florecían en el Atlántico y los mares del Este. En el Mediterráneo, una variopinta colección de potencias navales —desde los caballeros de San Juan de Malta y los beyes de Argel, hasta la República de Venecia— detentaban el poder. En los mares orientales, los buques mercantes de Muscat y Omán navegaban por las costas de África e India, mientras que los bugis, una enorme corporación de príncipes portuarios y navieras sudasiáticas, competían por el control comercial con los «holandeses» de Batavia y sus descendientes mestizos[20]. Algunos estudios han descubierto que, incluso en los imperios agrarios, poderosas organizaciones de comerciantes y la aristocracia local controlaban de hecho las ciudades portuarias que formalmente dominaban los soldados y administradores imperiales. Para eliminar este tipo de creciente autonomía y el ascenso del «Rey Plata» o la avaricia comercial, a partir del siglo XVI, los emperadores chinos trataron de cerrar el comercio marítimo chino si no estaba bajo el control directo de compañías mercantiles del Estado[21]. Es fácil, sin embargo, subestimar la importancia de estos poderes marítimos porque a mediados del siglo XIX habían desaparecido o habían sido sojuzgados. Padecieron una última humillación al ser a menudo tachados de «piratas» por los capitanes de la Armada británica.

Tradicionalmente, los historiadores han contemplado el mundo desde la perspectiva de los grandes regímenes y de sus cronistas, o desde el punto de vista de las naciones-estado emergentes de Europa occidental. Pero recientemente han prestado más atención a las grandes poblaciones

que no vivían en ninguno de estos contextos. En África existían complejas sociedades agrarias como los imperios Oyo, Gran Zimbabue y Asante. Sin embargo, otros muchos africanos, sobre todo en el este y el sur del continente, vivían en lo que se han denominado «sociedades sin Estado», y subsistían gracias a la explotación agraria, forestal y pastoril[22]. En el norte y oeste de África había bastantes ciudades, pero en el sur y el este había pocas, excepto en las zonas colonizadas por los árabes y los europeos. En gran parte del continente se desconocían la rueda y el arado, o por lo menos no se usaban, y como había mucha tierra, las jerarquías africanas se basaban más en la edad que en las tierras y la riqueza, como en Eurasia.

En gran parte de África, como en la América nativa y en el Pacífico, el aparato del «Estado» no existía como entidad. Estas sociedades se regulaban internamente mediante cabezas de familia que representaban los intereses de los distintos «segmentos» de la sociedad organizados en clanes familiares reales o adoptados. Muchos «grandes» reyes africanos se veían limitados por el consejo de los jefes de los grandes linajes. Más que controlar recursos, su poder era ritual y de mediación con el mundo espiritual. En estas sociedades, los conflictos se producían más entre los grupos de edad representados por los cabezas de familia que entre clases o etnias[23]. Incluso en estas sociedades había, por supuesto, grupos dependientes. A veces eran descendientes de esclavos; otras eran personas cuyos padres habían comprometido sus bienes a cambio de ayuda en tiempos difíciles. Pero más que esclavos de plantaciones o siervos al estilo de los que había en América y el Caribe, estas personas eran sirvientes de las familias superiores.

Lo mismo se puede decir de los pueblos indígenas de Norteamérica, Australasia y el Pacífico sur, que proporcionaban muchos ejemplos de poblaciones de cazadores nómadas y habitantes de los bosques. Eran culturalmente sofisticados, con lenguas diversas, aunque más vinculados a los ciclos naturales que los habitantes de los imperios agrarios. La vida social y religiosa no era predecible ni estaba regularizada. El género era una fuerza importante en las relaciones sociales. En el Pacífico polinesio, por ejemplo, las comunidades formaban alianzas intercambiando mujeres, a menudo a través de largas distancias[24]. Pero en otras regiones, como entre los maoríes, la sociedad quedaba conformada por grupos que luchaban entre sí liderados por cuerpos de hombres guerreros. La actividad religiosa se basaba en cultos y misterios más que en prédicas o ritos regulares. Es difícil exagerar el impacto que supuso la

llegada de los misioneros y las administraciones y unidades militares europeas a estos pueblos.

Incluso los grandes reinos agrarios de Eurasia limitaban con o contenían este tipo de sociedades y mantenían una simbiosis con ellas, en ocasiones interrumpida por guerras o invasiones. La Eurasia interior mantenía sociedades nómadas: subsistían los poderosos pastores manchúes, de los que tiempo atrás había salido el gran conquistador del mundo Gengis Kan. En Arabia estaban las tribus nómadas de camelleros que habían sido los soldados del Profeta y que, incluso en el siglo XVIII, fueron la base de la resistencia wahhabí en nombre del islam puro contra el Imperio Otomano. En la Persia del siglo XVIII, fueron familias de las tribus seminómadas zend y qayarí quienes llegaron al poder[25]. No obstante, ésta fue casi la última generación en la que los recios grupos nómadas del desierto lograron irrumpir en estados asentados, para revitalizar el gobierno y purificar la religión siguiendo el proceso clásico descrito por el gran filósofo medieval islámico, Ibn Jaldún. En los márgenes de los estados europeos del oeste de Eurasia, los pastores de renos lapones o los pastores de ovejas kazajos ofrecían recursos, aunque también problemas, a los reinos asentados. Los campesinos «colonos» y los soldados cosacos formaban un poderoso grupo de intereses en los márgenes del Imperio Ruso. Cuando en la década de 1770 algunos cosacos se rebelaron contra la emperatriz, los ejércitos de campesinos del pretendiente Pugachev, que se autoproclamaba zar Pedro III, camparon a sus anchas por el imperio durante varios años[26].

Las sociedades de los bosques que vivían de los animales y la madera, o de vender su experiencia como zapadores, mineros y expertos forestales a los reyes y administradores de los pueblos colonizados representaban otro tipo de sistema de gobierno. Los historiadores han demostrado que, incluso en un momento tan tardío como el siglo XVIII, los jefes de las tribus forestales y que habitaban en refugios trataban con los estados agrarios de las estepas desde una base de igualdad. Era el caso de las tribus forestales de la India, Birmania, Tailandia y el archipiélago indonesio, e incluso de la frontera siberiana, donde estos pueblos no sólo ofrecían recursos escasos y fuerza militar sino que también eran vistos con cierto respeto como magos blancos y curanderos. En Norteamérica, los anales históricos están dominados por las guerras entre colonos e indios. Pero existen otros tantos ejemplos de cooperación e interacción, por lo menos hasta la llegada después de 1812 de políticas discriminatorias más enérgicas.

LOS PRECURSORES DE LAS NUEVAS FORMACIONES POLÍTICAS

Por último, debemos considerar aquellos sistemas de gobierno que serían críticos durante los siguientes cien años a nivel internacional, y que analizaremos con más detalle en el próximo capítulo. Me refiero a las sociedades comerciales emergentes densamente concentradas en el noroeste de Europa, pero que también habían establecido ramas coloniales en el Caribe y Norteamérica. En lo que a actividad económica, estilo de vida y actitud se refiere, gran parte de la población del noroeste de Europa no había cambiado mucho desde sus orígenes campesinos. La teoría de que el desarrollo de Europa occidental fue excepcional en la historia mundial ya no está de moda. Sin embargo, sobrepasó en escala y estilo el crecimiento de otras sociedades emprendedoras que habían surgido en muchas partes del mundo. Para empezar, las sociedades rurales y urbanas de estas regiones estaban mucho más especializadas que la de los centros comerciales del valle central del Yangtsé, de las zonas rurales de Bengala o del interior de Estambul. Los únicos casos equivalentes convincentes eran Japón y partes de la costa china.

Incluso en el siglo XVII, el centro de Holanda, que Jan de Vries describe como la primera economía moderna[27], importaba más de un tercio de sus alimentos desde lejos. La desarrollada especialización regional también fue una característica del sur de Inglaterra, donde Londres era un mercado enorme que en el siglo XVIII importaba fruta y verduras del sur de Irlanda y carbón desde un punto tan septentrional como Newcastle. Los instrumentos financieros y crediticios también estaban muy desarrollados, y el capital empezaba a ser transnacional. Por ejemplo, los financieros holandeses invirtieron en acciones de la Compañía de las Indias inglesa, The Levant Company y también en el Caribe británico, a pesar de que Holanda y Gran Bretaña eran rivales. En cierta manera, las plantaciones esclavistas del sur de Norteamérica y del Caribe eran la forma más avanzada de especialización económica y la inversión de capital a más larga distancia. La violencia y crueldad de la trata de esclavos y de la explotación de los mismos no deben impedir ver que era una forma de brutalidad humana flexible, sofisticada en términos financieros, orientada al consumidor y tecnológicamente innovadora.

Allá donde los europeos viajaron a ultramar, podrían haber seguido practicando sus antiguas normas comunitarias y religiosas, como hicieron, por ejemplo, los agricultores holandeses que se asentaron en Sudáfrica a partir de 1650. Pero casi nunca se convirtieron en campesinos en el sentido clásico de la palabra. Había demasiada tierra en estas colonias. La gente había emigrado para tener sus propias tierras, no

para convertirse de nuevo en campesinos dominados por terratenientes. Por tanto, en el Nuevo Mundo y luego en Australasia, por lo general los grandes terratenientes estaban enfrentados con los aparceros y con los pequeños granjeros. Incluso en el cabo de Buena Esperanza, la población negra era más bien una reserva de mano de obra que unos campesinos cultivando sus propiedades familiares.

Estas formas modernas de mercados de mano de obra, de producción y de capitales en estos centros de crecimiento global no siempre iban acompañadas de sistemas políticos en los que el poder estatal estuviera claramente delineado. En Holanda e Inglaterra persistían muchos subsistemas legales y de estatus, anacronismos curiosos que hasta se potenciaron con la expansión del mercado. Alemania seguía siendo una mezcla de principados, obispados, ciudades libres, etcétera. Aunque, por lo general, las economías más especializadas y comerciales acabaron desarrollando un Estado más especializado y poderoso. La transparencia del poder siempre atrae a los mercaderes y a los terratenientes comerciales. Sin embargo, en 1780 la levadura del crecimiento comercial sólo había tenido unos efectos limitados, incluso en los núcleos de Europa occidental y sus colonias atlánticas del norte.

LA PREHISTORIA DE LA «GLOBALIZACIÓN»

Uno de los temas principales de este libro es el crecimiento de una sociedad internacional más integrada a lo largo del extenso siglo XIX, dominado, a medio plazo, por Occidente. Podemos usar el término «internacional» para el siglo XIX. Fue, sobre todo, un periodo de «internacionalización del nacionalismo», en el que las ideas y las prácticas de la nación-estado arraigaron entre todas las élites de las culturas principales del mundo. Sin embargo, es importante considerar la naturaleza de la globalización en los siglos XVII y XVIII, antes del auge de la nación-estado. La crisis mundial de 1780-1820 fue climatérica precisamente porque las ondas del terremoto político e ideológico iban y venían entre los núcleos de un mundo ya interconectado. Además, los sistemas de lo que aquí llamo «globalización arcaica» y «primera globalización moderna» persistieron bajo el sistema internacional durante el siglo XIX. A veces lo fortalecieron; otras, lo desafiaron.

En esta sección empleamos la expresión «globalización arcaica»[28] para describir las viejas redes y dominios creados por la expansión

geográfica de las ideas y de las fuerzas sociales desde un nivel local y regional a uno interregional e intercontinental. Como venimos diciendo en páginas anteriores, la globalización arcaica tuvo muchos focos. En sus principios, la expansión europea más que un sistema global naciente sólo fue uno más de varios ejemplos posibles de globalización contemporánea. Sin embargo, podemos detectar unos principios comunes subyacentes en estas tendencias, desde la antigüedad clásica hasta el inicio del periodo moderno. Durante este tiempo ocurrieron enormes cambios económicos y políticos. En el siglo XVII, el nuevo sistema cultural y económico de la trata de esclavos y la plata del Nuevo Mundo establecían el primer periodo de globalización capitalista en parte de la región atlántica. Sin embargo, en 1750, la ideología subyacente de las redes globales humanas, de las transacciones monetarias y de ideas de la mayor parte de la población europea del Mediterráneo, de Asia y de África, era muy parecida a la que había existido cinco o incluso diez siglos antes.

Los pueblos siempre han contactado unos con otros, incluso a larga distancia, con la intención de sacar beneficio, llevados por ambiciones de poder, y como fruto de la simple curiosidad. En el mundo de los antiguos regímenes, estos impulsos presentaban diferencias sutiles con respecto a los del sistema internacional moderno. Tres principios fundamentales subyacían a la globalización arcaica. El primero, la universalidad de la realeza. El segundo, el deseo expansivo de la religión cósmica. Y el tercero, las interpretaciones morales o aceptadas de la salud. Estas fuerzas crearon tendencias subyacentes en el intercambio global de ideas, personas y materias primas.

En primer lugar, la noción del derecho universal de los reyes llevó a los monarcas, a sus soldados y a sus gestores a recorrer enormes distancias en búsqueda de honor individual o familiar, ya fuera en nombre del más cristiano Imperio Español, o de la supremacía manchú. Como ya indicamos en el apartado anterior, las cortes reales de estos conquistadores mundiales valoraban la diferencia y apreciaban a los «hombres de fuera»[29]. Sus reyes y gerentes valoraban a los representantes de cada pueblo por sus cualidades: los turcos por su resistencia; los cristianos, por su ciencia; los persas por su refinamiento, etcétera. Las grandes cortes y sus pequeñas imitaciones, bajando hasta el nivel de los pueblos grandes, también eran como imanes para las materias primas prestigiosas que llegaban de lejos: chales de Cachemira, sedas chinas, caballos árabes y gemas de todo tipo se apreciaban en todas partes y eran la base del comercio a larga distancia. Incluso en las zonas más aisladas del

mundo, como el Pacífico, los grandes reyes buscaban objetos y comidas exóticas y carismáticas para simbolizar su grandeza. Este tipo de comercio de prestigio encajaba en una tendencia mucho más amplia, en la cual las relaciones sociales se construían a base del intercambio de bienes valiosos a larga distancia entre las diferentes comunidades[30]. Como comenta el antropólogo Marshall Sahlins, esta valoración de bienes escasos llevó a los jefes hawaianos, una vez establecidos los primeros contactos, a negociar con avidez para conseguir productos como telas americanas o europeas, porcelana china y sándalo.

Las intelectualidades del mundo arcaico transmitían mitologías y sistemas éticos que complementaban estas ideologías políticas. En Eurasia y África, la evocación del carisma de Roma o «Rum» solía ir acompañado de la historia de Alejandro Magno. Los reyes mogoles del siglo XVII, en sus reuniones con los abjuros hindúes, imitaban el supuesto comportamiento de Alejandro frente a los abjuros griegos ascetas, los cínicos, y a los brahmanes apóstatas indios[31]. Incluso en el siglo XIX, los británicos que viajaban por los pasos de montaña de Afganistán buscaban la descendencia del ejército alejandrino entre las tribus[32]. La filosofía del maestro de Alejandro, Aristóteles, también se mantuvo fuerte en grandes áreas cristianas e islámicas, incluso en el siglo XVIII. La ética aristotélica había pasado de mano de los escritores islámicos medievales al lenguaje moral cotidiano del mundo indo-islámico. En las cortes de muchos gobernantes islámicos se leían a diario obras de ética islámica basadas en Aristóteles. Formaban la opinión de los jueces locales[33]. Mientras tanto, Aristóteles y sus discípulos siguieron siendo un elemento importante en el panorama intelectual de Europa y de sus colonias hasta el siglo XIX. En una fecha tan tardía como 1860, los clérigos de la América anglófona e hispanohablante usaban a Aristóteles para justificar la esclavitud.

La idea de la tradición filosófica del «republicano cívico» ha informado la historiografía intelectual europea y los inicios de la americana desde la obra seminal de John Pocock en la década de 1960[34]. Según su punto de vista, la mayoría de los filósofos todavía echaban la vista atrás al mundo antiguo y ensalzaban sus sólidos valores aún no corrompidos por el Estado o por el mercado. Quizás, sin embargo, podamos atisbar también otra tradición republicana cívica más amplia, que limitaba el poder de los reyes de Asia y el norte de África. Igual que en la tradición republicana europea, los reyes debían gobernar bien para preservar el equilibrio del sistema ideal, protegiendo a los beatos propietarios y equilibrando los intereses de las diferentes profesiones. Estos elementos

comunes del mundo mitológico y de la ideología política suponían puntos de contacto entre los europeos, los asiáticos y los africanos hasta mediados del siglo XIX, incluso en situaciones por otro lado caracterizadas por la explotación sin piedad y el conflicto religioso. Analizaremos con mayor detalle este tema en el capítulo 7.

En segundo lugar, incluso después del crecimiento del tráfico de esclavos y de la migración en el Atlántico, muchos de los mayores movimientos globales humanos eran peregrinaciones y andanzas de visionarios en busca de Dios. Éstas reflejaban los imperativos de la religión cósmica. Jerusalén y Roma, por ejemplo, retuvieron su magnetismo para los cristianos de la Ilustración. Por ejemplo, tanto Napoleón como el revolucionario irlandés de 1798 Wolfe Tone se tomaron tiempo cuando otros problemas más importantes acechaban, para buscar la forma de devolver a los judíos al Templo de Jerusalén[35]. Para los gobernantes islámicos desde Sumatra hasta Nigeria, organizar peregrinaciones a los lugares santos era el deber principal de su política exterior. La expansión del movimiento místico sufí dentro del islamismo, sobre todo del movimiento «místico» Chishti, parecía una analogía religiosa de la globalización de los reyes. Incluso en el mundo atlántico, la fe cristiana creó tendencias de migración sagrada a larga distancia. La diáspora de los franciscanos y los jesuitas, la expansión de los mormones o los viajes habituales de los cuáqueros ingleses e irlandeses cruzando el Atlántico en el siglo XVIII son casos a tener en cuenta.

En tercer lugar, los hábitos físicos ayudaron a promover la fuerza subyacente de la globalización arcaica. La transmisión de ideas promocionó el intercambio de bienes materiales y esto, a su vez, promocionó la difusión de ideas nuevas. Los sistemas biomédicos del mundo, griegos, islámicos, hindúes, taoístas y confucianos, se solapaban. Los especialistas se leían unos a otros. Buscaban las mismas sustancias animales, especias y gemas para potenciar el sexo, la reproducción y la salud física. Junto con los símbolos reales, como los metales preciosos, el armamento y los caballos, la búsqueda de medicinas valiosas impuso tendencias profundas a los desplazamientos y al comercio de los pueblos[36]. Ayudaron a crear la «etnoscopia» arcaica, otra expresión de Arjan Appadauri[37], una tendencia global a la mezcla cultural. En el siglo XVIII, por ejemplo, gran parte del comercio exterior chino se dedicaba a conseguir productos para alargar la vida, así como símbolos reales. El té, el tabaco y, luego, el opio entraron en China como productos medicinales. Después, todos ellos se convirtieron en símbolos de ocio y, más adelante, en el siglo XIX, en bienes de patológico consumo masivo. Hasta

cierto punto, esto también se dio en Europa occidental y en el mundo atlántico.

La globalización arcaica funcionaba, entonces, de varias maneras diferentes que se reforzaban mutuamente. En el nivel más amplio, estaba la ideología de la supuesta comunidad del Viejo Mundo, erigida por la realeza universal y la religión cósmica. A un nivel intermedio estaban los desiguales patrones de las dispersas comunidades comerciantes, militares y de especialistas generadas por este sistema de valores. Fueron éstos los vínculos que diseminaron a los mercaderes armenios desde el reino húngaro hasta los mares del sur de China. Por último, en lo que respecta a los hábitos físicos, el ser humano construyó nexos globales a través de la transformación biomoral de sustancias y bienes. La lógica de tal consumo era la de consumir estratégicamente bienes diversos. Esta tendencia a coleccionar objetos carismáticos era muy diferente a la uniformidad impuesta por el mercado en el mundo actual.

GLOBALIZACIÓN ARCAICA Y PRIMERA GLOBALIZACIÓN MODERNA

El comercio interregional de té, tabaco y opio representa el segundo nivel, la fase de transición, en el surgimiento del orden moderno internacional. Supuso la primera expansión capitalista, que empezó en el Atlántico en el siglo XVII y que, para 1830, se había expandido por gran parte del resto del mundo. Esta fase estuvo asociada con la trata de esclavos en el Atlántico. También fue el periodo del auge de las compañías colegiadas europeas —los brazos mercantiles del poder estatal— y de las reales sociedades de comercio creadas en Asia para controlar este negocio creciente. La globalización protocapitalista se desarrolló engordando y parasitando —«canibalizando», como dice, de nuevo, Arjan Appadauri— los vínculos anteriormente creados por la globalización arcaica. Por ejemplo, la captura de esclavos, en su momento una estrategia de la formación de la gran comunidad familiar arcaica de África y del mundo otomano, se convirtió en una brutal industria protocapitalista.

Estas nuevas entidades globalizadoras trataban de subordinar y redistribuir metódicamente la mano de obra a una escala mayor. Como se demostrará en el siguiente capítulo, intentaron conectar y explotar las reorientaciones regionales de producción y consumo de lo que

De Vries llama «revoluciones industriosas». Aun así, el cambio fue desigual. En el ámbito de los hábitos físicos y del comportamiento personal, la transformación fue especialmente lenta. En Europa y fuera de ella, las empresas comerciales mantuvieron la reputación cultural y biomoral de lo que en un principio fueron productos carismáticos, sustancias que tenían fama de cambiar el cuerpo y el espíritu de la gente. El tabaco se consideraba, y se considera, un estímulo a la capacidad mental. Los gustos aristocráticos y burgueses preservaron los rituales de sociabilidad y el aura de excepcionalidad subsecuente de lo que eran ya bienes industriales, por lo menos en lo que a producción se refiere.

La primera etapa del auténtico imperialismo global, 1760-1830, la veremos en el capítulo 3. Si consideramos las fuerzas que promovieron la interconexión global, fue un periodo en el que se miró tanto hacia delante como hacia atrás. Surgieron nuevos elementos, sobre todo en la economía atlántica europea. Por primera vez, los cambios en las Américas afectaron directamente a Asia. Por ejemplo, la Revolución Americana cambió el comercio asiático de forma considerable al obligar a la Compañía de las Indias Orientales inglesa a redoblar la compra de té en China y, eventualmente, a introducir opio indio en el territorio Qing. Pero durante esta misma etapa, los instrumentos del arte del gobierno internacional y las ideologías que los informaban mantuvieron características arcaicas.

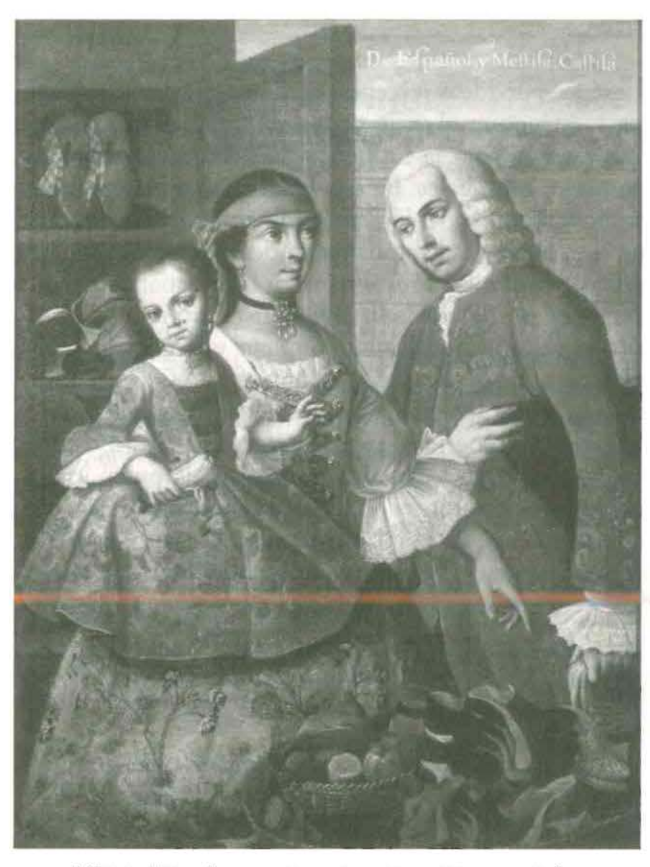
A nivel ideológico, la hibridación y la mezcla caracterizaron estos años. Por una parte, el almirante francés Louis Antoine de Bougainville (1729-1811) y el capitán inglés James Cook (1718-1779), que exploraron el Pacífico, usaron sistemas racionales y metódicos de investigación. Los hombres cultos de las Reales Academias Orientales de Francia y Gran Bretaña intentaron hacer un «mapa de toda la humanidad», mediante el cual pudieran clasificarse todas las especies, pueblos y productos[38]. Por otra parte, seguían prevaleciendo ideologías arcaicas. Por ejemplo, los que viajaban a Egipto trataban de encontrar el poder cósmico de las pirámides. Lo que los egiptólogos modernos denominan ahora «piramidiotez» tiene una larga tradición. En la década de 1790, un oficial anglo-alemán destacado en la India creyó haber descubierto una descripción de las antiguas islas británicas de los tiempos de José de Arimatea en unos textos sánscritos[39]. En este mismo periodo, un escocés se convirtió en rey de Honduras, y un oficial angloindio llevaba con él imágenes de las deidades hindúes. Un oficial anglo-irlandés, sir William Jonhson (1715-1774), aprendió lenguas indígenas amerindias, se casó con indias y se erigió en «padre» de su pueblo. En general, la

práctica religiosa siguió siendo ritualizada y flexible. En los mundos británico y norteamericano, el requisito para ser funcionario no era ni la raza ni el color, sino simplemente el estar bautizado. Incluso en los dominios centrales islámicos, los sultanes hacían regalos reales a los monasterios cristianos y a las sinagogas.

En referencia a los hábitos físicos, las fronteras de la nación-estado étnica no estaban todavía en vigor. En la práctica no se controlaban demasiado las relaciones sexuales. En todo el mundo se desarrollaron grandes comunidades euroasiáticas, afroasiáticas y, más adelante, euroaustralianas. La gente usaba una gran variedad de medios para fortalecer y proteger sus cuerpos. A pesar del nacimiento de la nueva profesión médica en Europa, la mayoría de la gente prefería seguir utilizando una variedad de tratamientos médicos, reforzados por la oración y la magia. El consumo de hierbas exóticas y carismáticas y de otros productos potenció el intercambio de información biomoral a escala global. La viruela viajó desde Persia hasta Inglaterra. Desde allí, se diseminó por contacto físico directo a las bases comerciales europeas de la India y de los puertos de China y, de ahí, a los centros reales del interior.

¿Cómo se asignaban el honor y la importancia a la gente durante esta interconexión global? Todavía no dominaba el concepto de la raza ni la nacionalidad, tal como se entendían a finales del siglo XIX. Más bien, lo que caracterizó este periodo fue una serie de clases interconectadas en lo que a estatus, honor, pureza y linaje se refiere. Era un «sistema de castas» en el sentido original portugués del término. En tal esquema, la pureza de sangre de la aristocracia europea era un polo del estatus, así como ser descendiente de esclavos era el otro. Como explica el manual de pedigrí mexicano del siglo XVIII *Las castas mexicanas*[40], todos los de-más grupos humanos se diferenciaban según una complicada jerarquía que se extendía entre ambos polos (véase ilustración 1.4). Esta noción arcaica de casta o raza prevaleció en los mundos caribeño, ibérico y angloamericano. La noción de casta también se usaba en el mundo musulmán y en el asiático, porque era allí compatible con la idea que se tenía del estatus.

En la India, las ideas predominantes de pureza e impureza encajaban en el sistema de castas de las ciudades de la costa oeste, donde los portugueses se asentaron a partir del siglo XVI. Los musulmanes podían identificar, más o menos, el sistema de «castas» europeo a su propia manera de entender el estatus. Ésta se basaba en principios humorales y en la proximidad histórica con la familia del Profeta. A su vez, los mercaderes chinos de las ciudades portuarias adaptaron las categorías



1.4 Castas en el Viejo Mundo: matrimonio mixto. Un español, su esposa india mexicana y su hijo. Cuadro de Miguel Cabrera.

euroasiáticas e islámicas a su propio concepto de refinamiento y barbarie. Como demuestra Frank Dikotter en su libro sobre la raza en la China moderna, el sistema clásico biomoral chino asignaba el mayor valor a la raza amarilla. A los blancos los asociaba con la torpeza mental y a los negros, con las pasiones incontroladas[41]. La casta como medida global del estatus que se detentaba fue la clave discriminatoria en la interacción entre las personas durante la diáspora arcaica y la primera diáspora moderna. Operaba a un nivel más profundo que la nacionalidad, que durante este periodo fue una categoría flexible y poco definida.

PERSPECTIVAS

Estas conexiones de ideas, creencias religiosas y consumo material dieron forma y estructura al viejo orden mundial cuando éste empezó a acelerar su cambio bajo la influencia del comercio atlántico y de los grandes imperios mundiales. Pero al igual que los fuertes cambios materiales, los movimientos ideológicos también extendían el conflicto y la incertidumbre. Sanjay Subrahmanyam, desarrollando una idea de Jean Aubin, demostró que los musulmanes y los cristianos del siglo XVI se vieron afectados por la corriente milenarista, que podía utilizarse para justificar la expansión política, el conflicto y la guerra. La llegada del primer milenio y medio desde el nacimiento de Cristo había despertado nerviosismo entre los cristianos. La llegada del milenio del mensaje del Profeta había despertado expectativas entre los musulmanes. Los ecos de estas ansiedades y aspiraciones se mezclaron en lo que Subrahmanyam llama «la coyuntura milenarista»[42]. Esto es algo importante para este libro ya que, de la misma manera, las aspiraciones milenarias de los sijs, los budistas y los musulmanes, muy fuertes a partir de 1720, tuvieron efecto e interactuaron con el milenarismo que emanó de la Revolución Francesa. En este caso, los estados e imperios eran más grandes y estaban más enfrascados en la guerra que en el siglo XVI. El caos político resultante fue aumentando de generación en generación a partir de 1780.

Los efectos de esta «coyuntura milenarista» fueron muy fuertes, en parte porque el mundo en 1780 estaba al borde de lo que el historiador de China, Kenneth Pomeranz, ha llamado «la gran divergencia»[43]. El futuro social y económico de la raza humana empezaba a apuntar en direcciones muy diferentes. El siguiente capítulo analiza con más detalle las crecientes divergencias entre la actividad económica de las diferentes sociedades del mundo, sobre todo entre Europa occidental y el resto. Luego examina las diferencias más sutiles que emergieron en la organización de los estados y sociedades civiles en los diferentes continentes.

2

TRANSICIONES DE LOS ANTIGUOS REGÍMENES A LA MODERNIDAD

Hace cincuenta años, si a los historiadores profesionales y a los estudiantes se les hubiera preguntado cuál fue el principal factor económico mundial de la segunda mitad del siglo XVIII, probablemente hubieran respondido que la Revolución Industrial y el comienzo de la producción mecanizada en Gran Bretaña. Nadie puede dudar de la importancia a largo plazo de la industrialización y de sus efectos sobre la manera en que vivía la gente en todo el mundo. Pero ahora muchos historiadores son escépticos respecto a que la Revolución Industrial hubiera progresado mucho en 1800, y han desestimado su importancia incluso en la mayor parte de Europa occidental y América antes de 1830.

LAS ÚLTIMAS «GRANDES DOMESTICACIONES» Y LAS «REVOLUCIONES INDUSTRIOSAS»

Desde una perspectiva global, hay otros dos tipos de cambio social y económico más importantes para la historia mundial que la industrialización, por lo menos antes de 1830. El primero de estos cambios fue la fase final de lo que podríamos llamar la «gran domesticación». Varios miles de años antes, el ser humano empezó a pasar del pastoreo nómada y la recolección, con algo de agricultura a pequeña escala, a la explotación agraria regular e intensiva. El proceso entró en una fase final y muy rápida en las fronteras nómadas que quedaban hacia 1650[1]. Hubo varias razones para ello. La población humana empezó a crecer mucho más rápidamente a causa del fin de las grandes plagas pandémicas como la peste bubónica. Incluso en el centro y el sur de América, donde las enfermedades importadas por los europeos habían recortado drásticamente la población, ésta empezó a recuperarse. Las enfermedades se

volvieron endémicas en poblaciones más resistentes. Tras los «descubrimientos» españoles y portugueses en el centro y el sur de América, nuevas variedades de alimentos más nutritivos empezaron a llegar al Viejo Mundo, mejorando la fertilidad y la resistencia a las enfermedades. Según crecía la población, los campesinos pioneros salieron de los nódulos ya asentados de agricultura y se diseminaron por las tierras forestales y de pastoreo menos habitadas, poniéndolas en cultivo.

Desde las islas indonesias hasta el norte de Escandinavia, el crecimiento de estados más grandes animó la expansión de los cultivos y el asentamiento de pueblos nómadas y de grupos agrónomos dedicados a la tala y quema. Era más fácil recaudar impuestos de un pueblo asentado, y el Estado necesitaba soldados, mano de obra y dinero. Por ejemplo, con el exterminio de la mayoría de los animales que daban pieles en la Siberia rusa hacia 1700, los campesinos pioneros empezaron a adentrarse en este vasto territorio anexo a Europa. En todas partes de Europa, la agricultura empezó a extenderse por sus márgenes forestales, montañosos y pantanosos. La destrucción de los bosques en Escocia y la división de las turberas en la Irlanda gaélica fueron parte de este proceso. Más o menos al mismo tiempo, los colonos europeos en Norteamérica empezaron a cultivar más tierra adentro, avanzando desde las zonas costeras del Atlántico por los valles fluviales, donde los pueblos indígenas se habían dedicado básicamente al pastoreo y la caza. Durante el siglo XVIII, la exportación de cultivos comerciales como el grano, el azúcar y el tabaco desde los puertos de Latinoamérica y el Caribe se incrementó drásticamente. El cultivo de estos productos se extendió también a zonas que hasta entonces habían sido bosques y pampas. En las cercanías de Buenos Aires, a medida que el negocio de la piel de vacuno experimentó un *boom* a finales del siglo XVIII, los nómadas indígenas se vieron obligados a abandonar las mejores zonas de pasto o a asentarse como sirvientes en los ranchos. Aquí, la vieja «domesticación» se asoció con una nueva forma de comercio: se importaban esclavos africanos y se exportaba cuero[2].

Estos cambios en la agricultura fueron acompañados por lo común por la expansión de las comunidades de pioneros. A lo largo de las fronteras internas y externas del mundo islámico asentado, los hospicios de los místicos sufíes estimularon a menudo el asentamiento de comunidades agrarias en sus entornos, como pasó igualmente con las redes de misiones y de monasterios cristianos en el centro y el sur de América y en Sudáfrica. Un comercio exterior fuerte actuaba a veces como un importante estímulo al cultivo intensivo, pero generalmente fueron más

importantes el incremento de población y los avances en agricultura en sociedades individuales. El deseo de ocupar, colonizar y abonar tierras había sido la principal fuerza motriz en África desde el siglo XI. En el este y el sur de África, sobre todo, existía una antigua relación entre las formas eficaces de cría de animales y el cultivo intensivo[3]. La isla de Madagascar es un buen ejemplo de la naturaleza básicamente interna de estos cambios. La influencia del comercio exterior y del crecimiento del Estado musulmán en la costa del este de África fue mínima. Sin embargo, desde el siglo XV al XVIII, la producción de arroz en Madagascar se incrementó mucho[4]. En este tipo de domesticación forzada, la mano de obra provenía de la población de siervos dependientes de los pueblos conquistados. Los pequeños jefes con ambiciones de derrotar a sus enemigos y de convertirse en reyes fomentaron estos cambios al tratar de enriquecerse. Sería más tarde cuando estos nuevos tipos de actividad económica se vieron reforzados por el comercio de esclavos con el mundo exterior y con la llegada de los dólares de plata de María Teresa a los mercados de Madagascar.

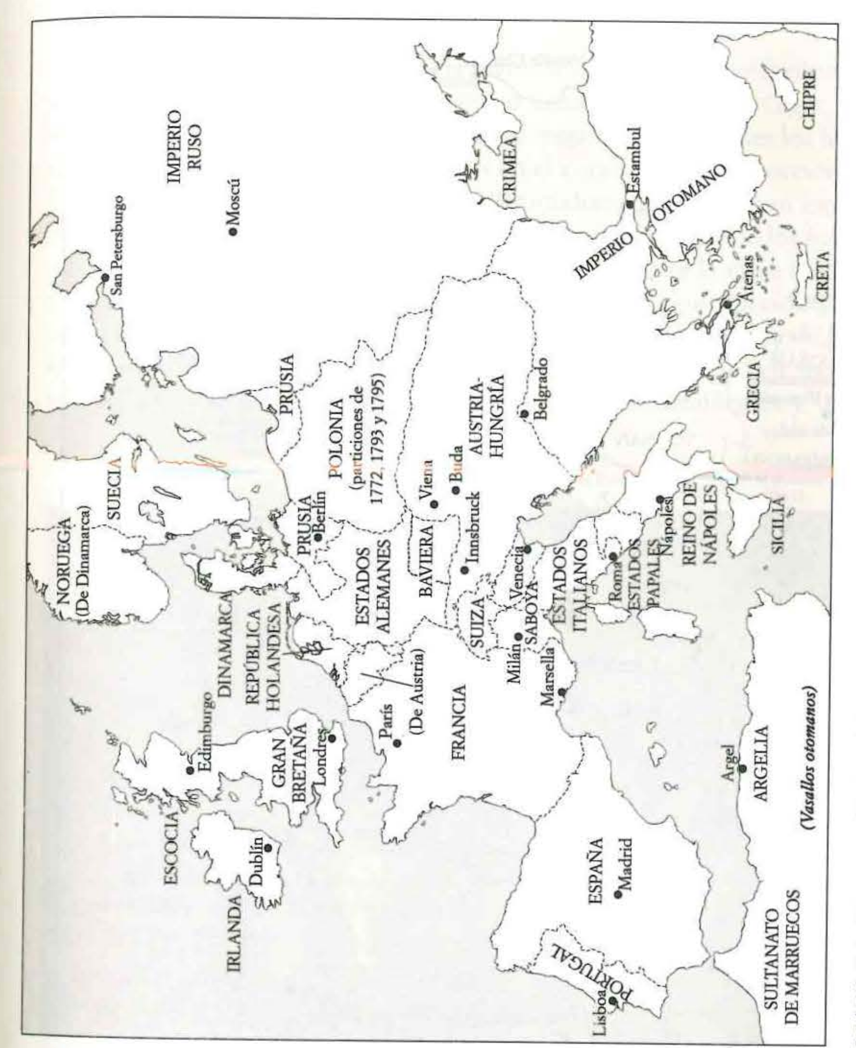
Un ejemplo de un mundo todavía más autónomo es el Pacífico. Aquí, a medida que los maoríes ocuparon la isla norte de Nueva Zelanda entre 1500 y 1800, se fueron talando bosques, exterminando las especies autóctonas y desplazando a otros colonos anteriores para convertir grandes áreas en cultivos de boniatos[5]. Incluso en ciertos enclaves de Australia, la ganadería porcina y la horticultura habían llegado desde Nueva Guinea en el pasado reciente precolonial, modificando los estilos de vida de los aborígenes[6].

En muchas partes del mundo, la última gran domesticación —el más rápido cultivo de las praderas, junglas y estepas y la intrusión de campesinos pioneros en los bosques— generó materias primas y mano de obra para las nuevas economías comerciales del siglo XIX. Los antiguos habitantes de los bosques y los pastores asentados o «sedentarizados» se convirtieron en «culíes» y trabajadores contratados por las poblaciones blancas dominantes en el mundo decimonónico. Pero esta gran domesticación había ido cogiendo ritmo durante muchas generaciones anteriores y ya no se limitaba sólo a las zonas de dominio europeo. Iba a ser una fuerza formativa en la creación de las sociedades modernas desde Indochina hasta el centro de África.

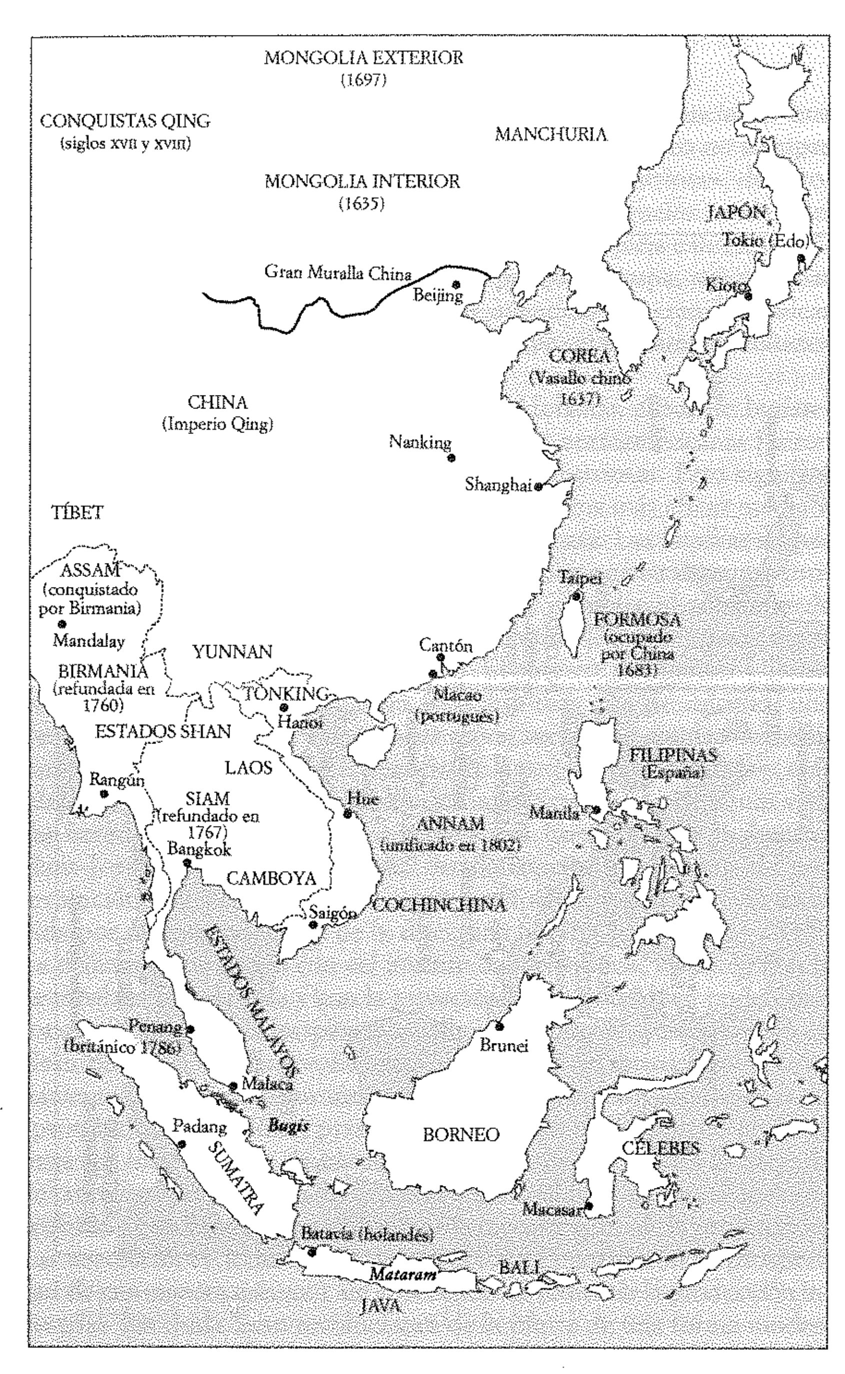
Otra serie de grandes cambios culturales y económicos distintos a la domesticación, aunque relacionados con ella, tuvieron lugar en el corazón de las viejas sociedades agrarias. Fueron los cambios que se han llamado «revoluciones industriosas». En algunas zonas, la reorganización

de la demanda y de los recursos fue un complemento esencial de una revolución industrial que iba naciendo poco a poco. Pero no siempre fue ése el caso. El concepto de una «revolución industriosa», desarrollado por el historiador holandés Jan de Vries, ha vuelto la idea del intercambio económico en el Viejo Mundo más compleja e interesante[7]. Pero también la ha hecho más incierta, porque Europa, sus colonias americanas y las economías esclavistas atlánticas no eran las únicas regiones del mundo que experimentaron lo que cabría llamar revoluciones industriosas en los siglos XVII y XVIII.

De Vries mantiene que los pueblos de Holanda, el sur de Inglaterra, el norte de Alemania y las Trece Colonias norteamericanas fueron experimentando una serie de revoluciones industriosas. Esto significó la utilización de la mano de obra familiar de forma más eficaz mediante la compra de bienes y servicios de fuera de casa. Las familias adquirían nuevos «paquetes» de bienes de consumo, que generaban más productividad y mayor satisfacción social[8]. Por ejemplo, el consumo de café, y más adelante de té, conllevaría la compra de azúcar, panes especiales y platos baratos con que tomarlo. El paquete resultante —llamémoslo «desayuno»— significó un consumo más alto de calorías, una nueva disciplina horaria y una nueva moda social que emular domésticamente. Fomentó también el negocio de la comida especializada y, más adelante, el de vajillas desechables que sustituyeron a las antiguas vajillas heredadas de generación en generación. En el caso de Inglaterra, Hans-Joachim Voth ha estudiado detalladamente un aspecto de una revolución industriosa para demostrar que toda la sociedad se vio invadida por un nuevo sentido de la disciplina horaria entre 1750 y 1830[9]. La demanda que surgió con «el invento del desayuno», así como con la de muebles para la casa y con la privacidad doméstica, bien pudo crear consumidores para la incipiente revolución industrial, como ocurrió en Gran Bretaña; pero las revoluciones industriosas no provocaban necesariamente una industrialización temprana. No siempre fueron formas de «protoindustrialización», para usar un término más ambiguo en boga entre los historiadores de las décadas de 1960 y 1970. Para la mayoría de las interpretaciones, la Revolución Industrial fue una «revolución de la oferta», que llegó como resultado de la mecanización de la producción. Las revoluciones industriosas, en cambio, incrementaron la prosperidad de una manera más sutil, sin el beneficio de fomentar la producción industrial. Sin duda, eran revoluciones de la oferta de una forma modesta, pero también reflejaban cambios en la demanda y en los hábitos del consumidor que llenaban dicha demanda. Esta tendencia favorable a las



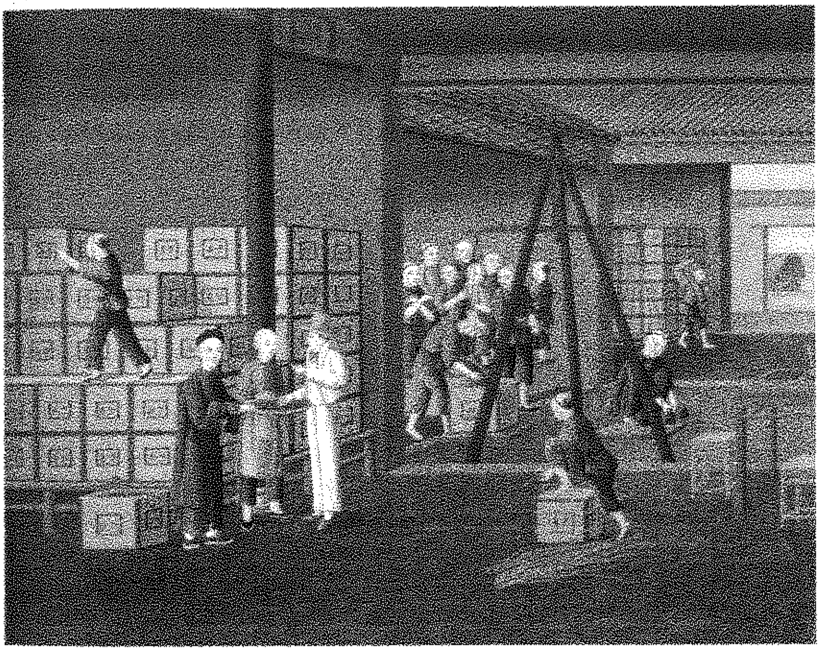
MAPA 2.1. Europa a finales del siglo XVIII.



MAPA 2.2. El Este asiático en el siglo XVIII.

revoluciones industriosas sin industrialización temprana fue característica de los Países Bajos, Alemania y la costa de Norteamérica, pero también se dio en partes del valle de México y en la costa de Brasil antes de 1850. Estas zonas sólo desarrollarían una auténtica producción industrial a gran escala mucho más tarde.

Este capítulo amplía la idea de la revolución industriosa enfocándola geográficamente y dándole un aspecto cultural. En primer lugar, es útil extender el concepto a regiones extraeuropeas, en las cuales los historiadores ya han identificado cambios en el consumo, la producción y la distribución local. Los valores del consumidor, claro está, eran específicamente culturales. En China fue el anhelo por disfrutar de los lujos refinados de la élite mandarina lo que se extendió entre la clase media y los mercaderes. Esta demanda ayudó a reorientar la producción y la mano de obra de muchas zonas. En Japón, el estilo aristocrático de los samuráis generó ciertos códigos de vestir y de llevar espada por motivos de estatus social. Esto fomentó la producción metalúrgica y una



2.1 La China industriosa: interior de una tienda de té. Cuadro chino del siglo XIX.

especialización interregional como había ocurrido en Europa. La «objetivización del lujo» tomó formas muy diferentes en cada continente. Aun así, ciertos cambios sociales parecidos fueron fruto de las revoluciones industriosas. Como la gente había oído hablar de maravillosas sustancias de tierras lejanas, y era aficionada a lo exótico, se introdujeron en las tendencias de la globalización arcaica y empezaron a transformarlas.

En segundo lugar, estos microcambios contribuyeron a una nueva dinámica proclive a la expansión comercial. Los capitalistas mercantiles de muchas sociedades percibieron rápidamente el potencial de los nuevos mercados y los nuevos productores, y empezaron a conectarlos dando lugar a nuevas vías de comercio mundial. Esto ocurrió antes de que en Europa se hubiera producido una industrialización significativa. Es curioso también que algunas de las materias primas claves de las revoluciones industriosas de Europa y de América fueran productos tropicales: azúcar, tabaco, café y té. Como corolario, esto significó que los europeos y sus colonos americanos fueron los mayores beneficiarios del sistema. Desde luego, los mercaderes chinos, árabes y africanos se enriquecieron, pero los que se llevaron el mayor «valor añadido» fueron los europeos.

Hay varias razones que explican esto. Desde un periodo muy temprano, las operaciones mineras y de explotación de las Américas otorgaron ventajas competitivas a los europeos en el comercio global. La expansión del sistema de producción esclavista les dio otra gran ventaja. A veces, las revoluciones industriosas de De Vries parecen domésticas y dóciles, con fragancia a vasijas de Delft y a las vacas felices del pintor holandés Cuyp. Pero éste no fue el caso. En el Caribe, productor de dos de los componentes básicos del desayuno, la brutalidad y la represión eran el plato del día. Esta violenta y forzada revolución industriosa acrecentó las flotas armadas europeas y puso a punto las técnicas de España, Holanda, Francia y Gran Bretaña para proyectar su poder por el mundo. Por último, tal como se verá en las secciones finales de este capítulo, Europa y las colonias norteamericanas eran sociedades informadas, en las que la curiosidad y la codicia convirtieron la información en una herramienta para la exploración del mundo y, más adelante, para su conquista. Esto, sin embargo, es adelantarnos a los acontecimientos. La siguiente sección analiza las fortalezas y las debilidades de las revoluciones industriosas fuera de Europa occidental.

NUEVAS TENDENCIAS DE LA CULTURA MATERIAL, LA PRODUCCIÓN Y EL COMERCIO AFROASIÁTICOS

Los historiadores siempre se han preguntado por qué China, con su experiencia tecnológica y su complejo sistema de *marketing* interior, entró en el siglo XIX en un clima de crisis social creciente. La Rebelión del Loto Blanco, que llegó a un punto crítico entre 1796 y 1804, parecía ser la primera de varias rebeliones milenarias de campesinos que debilitaron y empobrecieron a China frente a la agresión occidental. Esta pregunta se ha vuelto aún más importante en la última década. Una serie de historiadores de la China del siglo XVIII ha presentado un panorama que modifica la visión del declive de ésta. Describen un comercio vivo, una especialización interregional y un contacto positivo de la aristocracia y los campesinos con el mercado emergente[10]. Por supuesto, todas estas son características típicas de las revoluciones industriosas de Europa, aunque el contexto cultural era muy diferente. Incluso se ha dicho que en una fecha tan tardía como 1820, la economía china presentaba una abundante producción sin que hubiera urbanización masiva[11]. La mano de obra era cada vez más libre y flexible, mientras que se expandió el crédito por medio del cada vez mayor desembolso que realizaron los pequeños prestamistas y comerciantes de la plata del Nuevo Mundo en el interior.

En China, como en las revoluciones industriosas de Europa, un avance crucial fue la reorganización de los sistemas de trabajo doméstico y, lo que es más importante aún, del consumo. Cada vez más mujeres trabajaban como artesanas, incrementando los ingresos familiares con recursos ajenos. Desde el siglo XVI al XVIII el consumo de artesanía refinada se extendió desde la aristocracia docta a los señores de clase más baja, a las familias de clase media y hasta a algunos campesinos enriquecidos. Las familias campesinas pobres encontraron entre ellos un mercado para bienes y productos como pañuelos estampados y cajas laqueadas para dulces. Un testigo del siglo XVII habla de un cambio en los hábitos de consumo, que continuó durante el siglo XVIII. Observó: «Ahora, hasta los oficiales de menor rango empezaron a usar muebles de maderas nobles y los ebanistas abrían tiendas donde vendían muebles para bodas y otros objetos»[12]. Lo mismo ocurrió con la porcelana ligeramente floreada de colores rosa y azul que asociamos con el reino de Qianlong. Los anticuarios de Europa y Norteamérica siguen vendiendo grandes cantidades de estos objetos, que atestiguan el floreciente comercio que tenían con China las compañías inglesas y holandesas. Los mercaderes chinos también exportaron grandes cantidades al Sudeste Asiático.

Sin embargo, una inmensa cantidad de la producción de porcelana en el centro y el sur de China en el siglo XVIII iba destinada al mercado interior, para el consumo de la clase media y la burguesía comercial. El lujo se convirtió en un fin en sí mismo, que se expresaba no, como hasta entonces, mediante el control del pueblo por magistrados justos sino adquiriendo bienes. El lujo, de hecho, se «objetivizó» como un motor básico de las revoluciones industriosas de dentro y de fuera de Europa.

Tendencias similares aparecieron en Japón a finales de los siglos XVII y XVIII. El crecimiento económico no era tan rápido como había sido en el siglo XVII, y a menudo eran las zonas rurales las que prosperaban, y no las grandes ciudades. Así, aumentó el número de mercados en la relativamente pacífica campiña. La mano de obra se especializó y la élite suburbana acumuló bienes como también hacía en zonas del norte de Europa. La clase de los caballeros o samuráis establecía las modas de consumo. Los mercaderes y los campesinos ricos compraban más sedas y objetos metálicos. Floreció la cerámica de forma extraordinaria cuando los samuráis y los mercaderes japoneses adoptaron y adaptaron la ceremonia china del té a partir de 1600. La demanda de espadas especiales y de armaduras ceremoniales mantenía ocupados a los artesanos. Es posible que en 1730 la población del imperio alcanzara los 26 millones de habitantes[13]. La baja tasa de crecimiento demográfico de Japón, causada por el aborto y el matrimonio tardío, aseguró que las lentas mejoras en la productividad no fueran absorbidas por demasiadas bocas nuevas. El constante aumento de la demanda ayudó a mantener las mejoras técnicas, sobre todo en áreas como la pesca y la agricultura. No se produjeron inventos importantes —como fueron en Inglaterra el torno para hilar o el motor a vapor—, pero los agricultores, pescadores y mercaderes, ya seguros de sus propiedades, hicieron muchas pequeñas mejoras en los métodos de producción y en la inversión de capital. El mercado japonés se tornó más interconexo, aunque el poder político estaba disperso entre los muchos señores regionales.

Quizás más sorprendente es, en términos de la vieja literatura histórica, la impresión de que partes de India y Oriente Medio experimentaron también condiciones económicas favorables por lo menos hasta mediados del siglo XVIII. Tradicionalmente, los historiadores de la India, el Irán y el Imperio Otomano del siglo XVIII han considerado las economías de estos países como «economías de tributo», en las cuales las ciudades eran parasitarias del campo, y los campesinos sólo producían porque se veían obligados a pagar impuestos al Estado o rentas sobre sus tierras. Esta interpretación se ha vuelto últimamente menos sostenible. Grandes zonas del sur y el oeste de Asia experimentaron cierta prosperidad incluso durante los tumultos políticos de principios del siglo XVIII. En las tierras altas de la India occidental, donde emergían nuevos sistemas políticos tras el declive del poder mogol, hay pruebas de que los miembros de la población rural operaban como empresarios, comprando y vendiendo en los mercados locales. Prasannan Parthasarathi ha calculado que, en términos reales, el nivel de vida de los tejedores del sur de la India era más alto que el de sus contemporáneos británicos a mediados del siglo XVIII[14]. Otros escritores han demostrado que, a lo largo del siglo, la población rural de clase baja adquirió riqueza y prestigio, contradiciendo la vieja noción de que la India precolonial era rígidamente clasista.

En todo el sur y el oeste de Asia, la revolución política distorsionó la sociedad y la producción, y es fácil exagerar los efectos de dicha distorsión. Si algunos caciques guerreros destruían a veces su propio patrimonio o el de otros en pos de sus batallas con los señores o con sus vasallos, otros trataban de capturar artesanos y campesinos para fundar sus propias industrias locales o sus zonas de agricultura intensiva. En una situación en la que escaseaba la mano de obra y no la tierra, atraían a artesanos y campesinos con la promesa de un mejor trato. Más que destruirla, las guerras desplazaban la producción a otras zonas. Unos nuevos aspirantes a consumidores aparecieron para reemplazar a los que hasta entonces descollaban, a las «más altas amapolas» que iban siendo podadas por las guerras y las invasiones. Por ejemplo, aunque las ciudades mogoles y safawíes entraron en declive, nuevos pueblos como los marathas de la India occidental o los zends y qayaríes persas compraban sedas finas, algodones, caballos y arroz a finales del siglo XVIII[15].

LOS LÍMITES INTERNOS Y EXTERNOS DE LAS «REVOLUCIONES INDUSTRIOSAS» AFROASIÁTICAS

Muchas historias, sobre todo las que escriben nacionalistas asiáticos y africanos, se siguen preguntando: «Entonces, ¿qué salió mal?». ¿Por qué los asiáticos y africanos no supieron aprovechar los brotes de desarrollo que tuvieron en 1700 e incluso en 1750? Normalmente la pregunta la hacían refiriéndose a la Revolución Industrial, a la mecanización, y no a las revoluciones industriosas. Esto ocurre porque hasta

hace poco la mayoría de los historiadores económicos se interesaban por la distribución de bienes materiales más que por la demanda. Las respuestas de los historiadores para explicar el declive relativo se referían a ciertos factores internos. Entre ellos, los problemas de comunicación, el papel tributario del Estado, que esquilmaba la riqueza del pueblo, sobre todo de los campesinos, y los efectos destructivos de las rebeliones campesinas contra los señores del viejo orden.

Estos historiadores acusaron luego a la expansión de Occidente y al capitalismo de asestar un golpe mortal a la ya debilitada víctima que condenó a Asia y África a un siglo de opresión y miseria. La trata de esclavos, dicen, secó el potencial para el desarrollo del oeste y el centro de África, que, si bien no se hallaba a punto de una revolución industrial, sí experimentaba un crecimiento y una expansión del comercio y del consumo locales. En India, la Compañía de las Indias Orientales arrumbó los grandes centros textiles al rebajar a la fuerza el sueldo de los tejedores y, en último extremo, al dejar de comprar y de exportar productos indios. Algo parecido ocurrió con los pequeños sectores productivos textiles y metalúrgicos otomanos y norteafricanos, que ya estaban sufriendo la corrosiva competencia de Italia y Francia en el siglo XVIII. André Gunder Frank ha resucitado recientemente este argumento, yendo incluso más lejos al afirmar que Europa no tenía nada de especial[16]. Lo que ocurrió fue que una serie de crisis extraeuropeas casi fortuitas dieron la impresión del «auge de Europa».

Hay que equilibrar ambas partes del argumento. En primer lugar, el «declive de los demás» sólo fue un proceso parcial y limitado. Sin duda, hay pruebas de que el crecimiento comercial y agrario que mencionamos en la sección anterior ya empezaba a detenerse en 1770 en muchas partes del mundo, exceptuando el noroeste de Europa y Norteamérica. Los sistemas políticos de Asia y África experimentaron dificultades para mantener la expansión económica, y esto tuvo su impacto en las regiones «industriosas» y prósperas. Para estas fechas, por ejemplo, el régimen Qing mostraba síntomas de «sobredimensionamiento imperial». Dedicaba cada vez más recursos a las guerras fronterizas, sobre todo en la valiosa Asia interior. Mientras tanto, parece ser que hubo un decrecimiento del comercio interior chino porque las zonas costeras miraban a ultramar y las del interior se hicieron más autónomas[17]. Algunas zonas del país empezaron a tener también problemas ecológicos graves. Por otra parte, los estudios recientes de R. Bin Wong y Kenneth Pomeranz, entre otros, indican que la expansión comercial y agraria de

China continuó por lo menos hasta la crisis que siguió a la guerra del opio de 1839-1842.

Hay razones que aconsejan no ser demasiado optimista con el sur de Asia del siglo XVIII. Por muy fuertes que fueran algunas economías regionales de la India, el subcontinente parece haber estado sumido en un juego de beneficio cero en el cual la gente, el capital y los recursos iban circulando de zona en zona sin que hubiera un crecimiento económico sostenido en ninguna región específica[18]. En el Imperio Otomano, el progreso económico se vio frenado por los constantes contenciosos entre, de una parte, los señores regionales, las ciudades y las «tribus» y, de otra, las autoridades centrales, que trataban de imponer un férreo control administrativo sobre el aprovisionamiento y abastecimiento de sus ciudades[19]. Los ataques periódicos —mejor dicho, las incursiones— por parte de tribus cuyos monarcas aspiraban a ser reyes universales, como vimos en el capítulo anterior, indican que la periferia de África y Asia no estaba lo bastante controlada. Las revoluciones industriosas incipientes no pudieron arraigar a raíz de esta incertidumbre política y geográfica.

Nada de esto, sin embargo, indica un «declive de los demás» consonante con la gran diferencia de riqueza, productividad y esperanza de vida que existía entre Occidente y el resto del mundo en 1900. La primera parte del siglo XIX fue un periodo de adaptación positiva a los cambios globales para gran parte del Imperio Otomano, sobre todo Egipto. En el sur de Asia, el sector textil sobrevivió hasta por lo menos 1820, y partes del subcontinente siguieron siendo relativamente prósperas hasta la depresión agrícola de la década de 1830, a pesar del «drenaje de riqueza» hacia Gran Bretaña.

La idea del «declive de los demás» puede, por tanto, caer en la exageración, y tampoco se debe insistir demasiado en el desarrollo excepcional de Europa. El «auge» de Europa y de la América europea entre 1750 y 1850 fue algo más que un mero resultado del relativo «fracaso» de Asia y África, aunque tampoco hemos de situar el dinamismo del noroeste de Europa y Norteamérica sólo en el ámbito económico. Se puede explicar también por ciertas características del Estado y de la sociedad. El particular estilo de las revoluciones industriosas de Europa noroccidental —y, más adelante, de sus revoluciones industriales— provenía de un contexto económico y social que les otorgaba una mayor fuerza acumulativa para el cambio que lo que ocurría en Europa del sur y del este y en el resto del mundo. A corto y medio plazo, por lo menos, significó que estas pequeñas transformaciones económicas y

sociales fueron más duraderas que en África y Asia. El resto de este capítulo considera aspectos del dinamismo financiero de Europa y su esencial contexto ideológico y social.

COMERCIO, FINANZAS E INNOVACIÓN: VENTAJAS COMPETITIVAS EUROPEAS

En el capítulo 1 ya se ha aludido a algunas de las características que dieron este dinamismo económico adicional a Europa Occidental en su transición hacia lo que la gente empezó a llamar la modernidad. En primer lugar, como dice Kenneth Pomeranz[20], Europa disponía de una enorme fuente de recursos infrautilizados en comparación con China e India, tanto en el propio continente como en las Américas. Además, se hizo con mano de obra y con recursos gracias a la expansión del sistema esclavista de plantaciones, que le proporcionó unas enormes provincias de producción agraria barata. A lo largo del siglo XVIII, se talaron enormes áreas de bosque en Europa occidental, Siberia, Norteamérica y, más adelante, en la costa occidental de la India, Birmania y el norte de Australia para aprovisionar de madera a la industria naval. Ya en el siglo XVIII, Europa exportaba su excedente de población a las Américas, con lo que redujo los problemas de densidad de población que afectaron cada vez más a partes de Asia en el siglo XIX.

La productividad agrícola probablemente fue mayor en partes de India y China que en Europa durante el siglo XVII. Pero nuevos tipos de cultivo y una producción más intensiva permitieron a partes de Europa dar un salto hacia delante en el siglo XVIII, aunque seguía habiendo un déficit entre la producción y el consumo. También importaba ciertos alimentos como azúcar y pescado rico en proteínas del Caribe, el Atlántico y América. Así, el noroeste de Europa era capaz de alimentar a una creciente población urbana, que aumentó mucho más rápidamente que la población urbana de China, India y Oriente Medio a lo largo del siglo. Aparte de Japón y de áreas de la costa china, los asiáticos y los norteafricanos no parecen haber importado mucha comida. En Europa se incrementó la inversión en el transporte, mientras que en China el transporte y el comercio interior cayeron en una «trampa de equilibrio a alto nivel»[21]. Eran lo suficientemente eficaces como para satisfacer la demanda a un bajo nivel, pero no para promover un gran avance.

Como también comenta Pomeranz, el noroeste de Europa avanzó rápida y eficientemente para explotar el uso del carbón. Este producto se transportaba a larga distancia para servir de combustible en las revoluciones industriosas regionales y, más adelante, en la producción industrial. Los recursos de combustibles fósiles chinos, sin embargo, estaban aislados en el norte y en Manchuria y no se podían explotar tan eficazmente. El carbón provocó otra cadena de avances en Gran Bretaña. Las minas necesitaban bombas de vacío. A su vez, el desarrollo de sistemas de bombeo alimentó la fundición de hierro y ayudó a entender mejor las características del vacío, lo que sería clave para el gran avance en la energía de vapor. Aunque inventos como el torno para hilar y la máquina de vapor tardaron mucho en incrementar el crecimiento global de la economía, como mantienen algunos historiadores ahora, hacia las décadas de 1820 y 1830 empezaron a dar a los europeos una mayor ventaja en tecnología militar[22].

El noroeste de Europa y sus colonias norteamericanas sacaron cada vez más partido de otras tres ventajas que eran más de índole sociopolítica que económica, pero que ayudaron a sus pueblos a proyectarse internacionalmente. Hemos de analizarlas en conjunto con las condiciones económicas señaladas por Pomeranz. En primer lugar, unas instituciones legales relativamente estables garantizaban que los avances económicos rindieran sus correspondientes beneficios. Fuera de Gran Bretaña, el derecho de propiedad intelectual tardó en evolucionar, pero el derecho consuetudinario inglés y el derecho romano europeo garantizaban en general la propiedad familiar y privada. Los inventores e innovadores podían ganar mucho dinero si sabían jugar bien sus cartas. Por lo menos en la Europa occidental, las propiedades rurales y urbanas estaban protegidas frente a la confiscación por el Estado. La estabilidad geográfica de los grupos dominantes incentivó la inversión paulatina en pequeños avances generación tras generación. La herencia de las guerras ideológicas europeas del siglo XVII implicó un acuerdo tácito entre los gobiernos y las élites para no andar jugando demasiado con los derechos de propiedad. Incluso durante la Revolución Francesa y las europeas, sólo la Iglesia y pequeños grupos de la nobleza se vieron afectados permanentemente por la confiscación de tierras y privilegios. Pero, tras 1815, estas familias pudieron reclamar sus propiedades.

En las sociedades del este de Europa, Oriente Medio, Asia y África, la propiedad era más vulnerable a la intervención del Estado. Tampoco debemos exagerar esto demasiado como hicieron los teóricos del «despotismo oriental», como el autor del siglo XVII François Bernier.

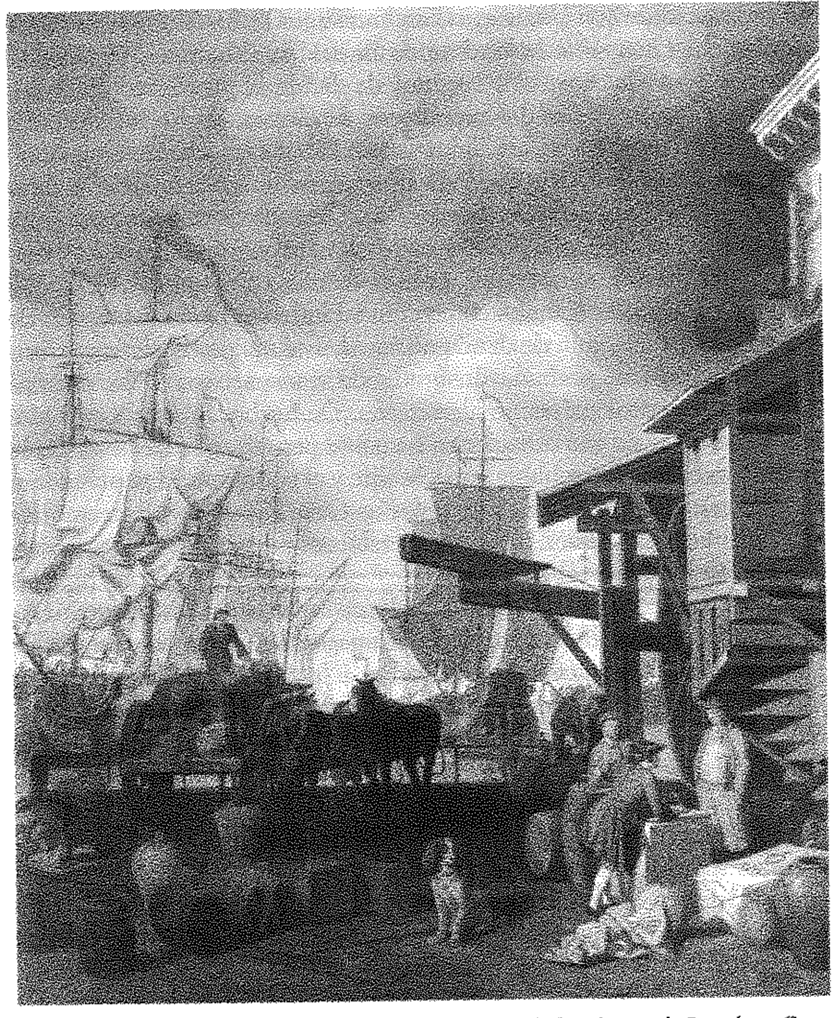
Pero seguía habiendo una diferencia importante entre Europa Occidental y sus competidores. Las dinastías reinantes de Asia y África frustraban a menudo el desarrollo de la riqueza fuera de sus más inmediatos allegados. Entre los asantes, por ejemplo, excluían a los esclavos y a los plebeyos de las oportunidades controladas por el Estado para prosperar, y castigaban a las familias ricas con impuestos de sucesión leoninos[23]. Los sultanes otomanos imponían a las mayores familias de comerciantes unos contratos estatales que acababan por arruinarlas[24]. En China, al parecer, esto pasaba menos, pues los cambios políticos no afectaban a los derechos de linaje. Sin embargo, en tiempos de crisis, los mercaderes ricos se veían «requeridos» a hacer donaciones al Estado. También el sistema de herencia múltiple dividía las tierras y podaba «las más altas amapolas», es decir, a los mayores terratenientes, generación tras generación. En el sur de Asia y en Oriente Medio, a pesar de los constantes cambios dinásticos, aparecieron poderosos grupos de consumidores que reinvertían. Sin embargo, la relocalización geográfica de los centros políticos y comerciales a partir de 1680 hizo que estas inversiones de capital no produjeran los mismos beneficios a largo plazo que en algunas zonas de Europa occidental.

En este momento, Rusia estaba más próxima al modelo otomano que al de Europa occidental. Richard Pipes ha demostrado que el Estado elegía a ciertos comerciantes por el mismo procedimiento, y que por eso eran a veces vulnerables al cambio político[25]. Pero desde Pedro el Grande en adelante, parece que varias regiones de Rusia, sobre todo los recién adquiridos territorios bálticos, prosperaron a raíz del crecimiento preindustrial localizado que, más que ahogar, fomentaba el Estado. Por supuesto, la tendencia del Estado a sobreexplotar la clase comercial emergente no era típica fuera de Europa. Japón, por ejemplo, mantenía una forma de primogenitura y su clase política era estable y estaba muy arraigada geográficamente. El país logró cierta estabilidad económica y se benefició de una mano de obra flexible y móvil. Esto aseguró que, a largo plazo, los líderes japoneses se encontraran en una mejor situación para afrontar los cambios globales del siglo XIX y para planificar su propia industrialización apoyada en una robusta revolución industriosa ya existente.

Otra ventaja competitiva a medio plazo de la que disfrutaron los europeos noroccidentales y los norteamericanos se situaba en el ámbito comercial. Habían logrado desarrollar instituciones financieras independientes de las fortunas de los grandes mercaderes y de los caprichos del gobierno. Los holandeses fueron pioneros con la figura de la sociedad por acciones con la que evitaban los riesgos en los largos viajes mercantiles. La Compañía holandesa de las Indias Orientales instauró el procedimiento de compartir riesgos y de dividir la propiedad de la gestión, un proceso básico del capitalismo moderno. De hecho, desde la aparición de las primeras ciudades-estado italianas modernas en adelante, Europa occidental parece haber sostenido una reacción en cadena de constantes innovaciones comerciales. Todo lo contrario hacían las empresas chinas más dinámicas y exitosas, al proteger su capital manteniendo su gestión dentro del ámbito familiar. En Gran Bretaña, el Banco de Inglaterra actuaba como control independiente del estado de la economía. La noción de deuda nacional, avalada por la clase mercantil y terrateniente, permitía un grado de transparencia a las cuentas públicas que otros países no alcanzaron. De hecho, la deuda nacional era una especie de icono nacional. La gente pensaba que demostraba la perfecta confianza que había entre la élite y el gobierno. El papel moneda y la aparición de bancos regionales en Gran Bretaña y Norteamérica facilitaron los préstamos. Todos estos factores permitieron a los gobiernos y las instituciones de Europa aprovecharse no sólo de sus propias revoluciones industriosas, sino también de las de otros continentes. Sus hambrientas fauces devoraron la porcelana y el té chinos, las especias de Java y los productos textiles de la India.

Historiadores recientes señalan la relativa sofisticación de los grandes comerciantes de Asia y Oriente Medio. En una fecha tan tardía como es principios del siglo XVIII, los mercaderes de la India, China y Oriente Medio estaban sin duda entre los más ricos del mundo. Sus técnicas de contabilidad y sus métodos empresariales no tenían nada que envidiar a los de Europa[26]. Sin embargo, fue el marco legal y de organización corporativa en el que pudieron operar las grandes empresas lo que permitió que Europa occidental y, quizás, Japón, tomaran ventaja. Irónicamente, fue el Estado colonial del siglo XIX, normalmente indiferente ante el progreso económico de Asia y África, el que dio a los comerciantes y financieros indígenas garantías legales y estabilidad en los derechos de propiedad.

La última ventaja de que disfrutaban partes de Europa provenía de la relación entre la guerra y las finanzas. Básicamente, los europeos mejoraron su habilidad para matar a la gente. Las salvajes guerras ideológicas en la Europa del siglo XVII habían creado vínculos entre la guerra, las finanzas y la innovación comercial, que beneficiaron simultáneamente a las tres actividades. Le dieron a Europa una ventaja bruta en los conflictos globales que estallaron en el siglo XVIII. La maquinaria



2.2 Las primeras multinacionales: *El viejo muelle de la aduana de Londres*. Cuadro de Samuel Scott, *c.* 1756.

bélica de Europa occidental era especialmente cara y complicada por ser anfibia. Los gobiernos tenían que proyectar su poder por mar y por tierra. Para financiar y abastecer simultáneamente a las armadas y a los ejércitos hacía falta un sistema muy sofisticado de financiación. Para 1750, la producción agrícola de las plantaciones negreras del Caribe era

tan valiosa que se invirtieron grandes sumas de dinero en crear sistemas para mantener y abastecer los navíos que protegían las islas. Los británicos, en particular, redujeron su vulnerabilidad ante una invasión estacionando una flota permanente en sus costas occidentales[27]. Esto requirió un alto nivel de sistemas de abastecimiento y control, pero también dio origen a una flota de barcos permanente que podía ser enviada al Caribe o a Oriente. Cualquier armada europea en contacto militar con la flota inglesa, por muy lejos que estuviera de las Islas Británicas, necesitaba ponerse al día. Pedro el Grande modernizó su ejército y su armada a principios del siglo XVIII, como harían los gobernantes japoneses un siglo y medio después. Cuanto más lejano, sin embargo, menor era el estímulo para mejorar. Los poderes asiáticos y otomanos podían reunir, claro está, grandes flotas, pero los métodos para mantenerlos en alta mar durante largos periodos estaban menos desarrollados. Su tecnología naval también se quedó por detrás de la de Occidente a partir de 1700. Un historiador del Imperio Otomano ha señalado que en el siglo XVIII los sultanes tenían una armada magnífica, pero para luchar en una guerra del siglo XVII.

Los mutuos conflictos entre estados europeos medianos incentivó la innovación de nuevos métodos de combate por tierra, el desarrollo de nuevas armas, más mortíferas, y también de sistemas de financiación para mantener el creciente número de soldados profesionales. A la vez, esto dio una gran ventaja al comercio internacional europeo o controlado por Europa. Las naves y las empresas europeas se beneficiaron del valor añadido de la expansión del comercio global del siglo XVIII, y no así los productores asiáticos y africanos de esclavos, especias, percales y porcelanas, porque eran los europeos quienes controlaban el transporte y el comercio en los grandes mercados del mundo. Además, como mantiene Niels Steensgaard[28], la venta de protección y ayuda militar a las potencias no europeas permitió a Europa equilibrar su comercio global. Esto era cierto incluso antes de las revoluciones industriales, cuando los productos europeos eran más caros y menos cotizados a nivel mundial que los de Asia y el norte de África. Europa conectaba, sojuzgaba y hacía tributarias las revoluciones industriosas de otros pueblos.

EVOLUCIONA EL ESTADO ACTIVISTA Y PATRIÓTICO

Además de tener economías flexibles y en expansión dentro de un marco institucional relativamente benigno, Europa empezaba a desarrollar,

para bien y para mal, estados modernos imbuidos de una gran variedad de patriotismos locales. Durante la crisis revolucionaria, éstos se irían atemperando hasta fraguar en las agresivas naciones-estado decimonónicas. Esto, de nuevo, dio una ventaja competitiva a Europa, aunque sólo pasajera, pues entremedias de la fluidez de identidades políticas y de los complejos sistemas de poder que prevalecían, en algunas zonas de Asia y África parece que había movimientos similares. Pero en historia cincuenta años es mucho tiempo.

Como ya sugerimos en el capítulo 1, en 1790 las fronteras de muchos países europeos eran tan borrosas como lo eran en Asia y África. Su estructura interna era compleja y variada, con formas de poder y autoridad solapadas entre sí, sin un control centralizado. En un extremo estaba Rusia, de la que se decía a menudo que era más parecida al Imperio Chino que a Europa, y en la que en 1897, sólo un 44% de los súbditos del zar eran rusos[29]. Si los zares intervenían de manera muy agresiva en sus dominios más lejanos, corrían el riesgo de provocar a los jefes y patriarcas tribales que mantenían unido el imperio. A pesar del despertar de un fuerte nacionalismo cultural, Alemania seguía fragmentada. A Goethe, el principal poeta y erudito romántico alemán, se le suele asociar con el nacimiento del nacionalismo alemán. Sin embargo, hasta 1793, Goethe era defensor a ultranza del Sacro Imperio Romano, ente que encarnaba perfectamente las viejas supremacías. Robespierre, que sería el icono del Estado francés centralizado que conquistó todo, empezó como portavoz del patriotismo regional de la región de Artois[30], algo que probablemente trató de olvidar más adelante.

Incluso Gran Bretaña y Francia, que tipificarían los nuevos y agresivos estados nacionales e imperiales del siglo XIX, exhibían algunas de estas características antiguas. El Ascendancy Parliament irlandés era una de las anomalías del caso británico: retenía sus poderes, pero a la vez estaba atado por el ejecutivo en Londres y limitado por la Corona. En una fecha tan tardía como 1793, la fragmentación del Estado francés era evidente. Los *parlements* locales mantenían su poder en muchas regiones y trataban de subvertir la autoridad de París. Gran Bretaña y Francia siguieron siendo multiculturales hasta bien entrado el siglo XIX. En el archipiélago británico se hablaba el gaélico, el irlandés, el galés, el manés e, incluso, el córnico, mientras que en Francia más de un tercio de la población era incapaz de hablar el idioma que encarnaría más adelante la perfección cultural de la nación francesa. A pesar de un historial de guerras internas, expansión imperial y homogeneidad, España era una sociedad profundamente provincial en el siglo XVIII.

Aun así, hubo desarrollos a largo plazo que ayudaron a crear vínculos más amplios y a que la gente tuviera una cultura, unas costumbres y una actividad política más uniforme tanto en Gran Bretaña como en Francia. Estos procesos operaron a velocidades y maneras diferentes a nivel ideológico, social y económico, pero fueron importantes porque dieron sustancia a las nuevas ideas de nación y Estado, cuando éstas se expresaron con más coherencia y vigor tras las revoluciones francesa y europea. Los mismos procesos operaban de forma más irregular en otros sistemas políticos europeos, e incluso fuera de Europa y sus pujantes colonias.

A los historiadores y teóricos del nacionalismo ya no les convencen las explicaciones económicas como raíz del auge del sentimiento nacional. Sin embargo, al emerger grandes mercados regionales integrados, la gente empezó a conocerse y se estableció una solidaridad regional que transcendía los intereses de la clase social local. Una economía, al fin y al cabo, tiene tanto de cultura, vínculos sociales, discursos y representaciones como de materialismo bruto. El dinero es un fenómeno sumamente figurativo: no tiene ningún valor excepto el que representa. E. A. Wrigley demostró hace unos años cómo llegó Londres a dominar gran parte de Inglaterra en una fecha tan temprana como el siglo XVII[31]. Los comerciantes y granjeros locales —apenas quedaban campesinos— veían la capital como el mercado y la fuente de abastecimiento del último recurso. De forma parecida, las redes de especialización agrícola y protoindustrial llevaban comida y otros productos a la capital o los distribuían desde ella. La creciente exportación inglesa a Escocia facilitó la unión de los dos países en 1707, creando una especie de «economía patriótica» británica. En menor grado, l'Île de France había conseguido un dominio económico en Francia, aunque las guerras revolucionarias demostraron cuán fácil era de socavar. Este largo y lento proceso de integración económica sustentaba un sentido creciente de patriotismo entre la nobleza y la clase comercial. Cada vez más, compartían formas de educación y sistemas legales parecidos, y las mismas tendencias de consumo y ocio. Los rituales de la corte francesa llevaban a la nobleza a residir durante largos periodos de tiempo en los *hôtels* de París, creando una identidad común.

La religión y la guerra fueron otras dos fuerzas que aceleraron la paulatina construcción a retazos de estas patrias. Las identidades se forjaron ante la amenaza de peligrosos «otros», gente con creencias, idiomas y valores diferentes. Muchos historiadores se remontan hasta la Plena Edad Media para encontrar un claro sentimiento de identidad y

de Estado ingleses, incluso un carácter nacional[32]. Según esta perspectiva, más tarde, las guerras con Francia del siglo XV espolearon un virulento sentimiento patriótico. Esto es algo controvertido, pero sobre lo que sí hay ahora consenso entre los historiadores es en que la Reforma y las largas guerras del siglo XVIII transformaron este sentimiento, generalizándolo en algo llamado cada vez más lo «británico». Se invocaba el cristianismo protestante británico durante las guerras contra enemigos católicos y extranjeros del siglo XVIII. Todavía se sentían los ecos de las guerras de religión. De la misma manera, la identidad francesa se forjó alrededor de un sentido del pueblo de ser el bastión de una forma específica de Estado católico. Este Estado acababa de quitarse de encima la amenaza del separatismo regional protestante.

Adrian Hastings ha señalado que la consolidación de la «francesidad» fue tanto una cuestión de idioma como de religión y política. Su núcleo fue la ciudad de París más que la corte de Versalles. Un síntoma de este creciente sentido de identidad francesa fue el generalizado uso del francés para las oraciones y el sermón tras la misa dicha en latín en las iglesias durante el siglo XVIII[33]. La combinación de un patriotismo feroz con la convicción de que Francia defendía una misión espiritual universal tomó rápidamente un cariz laico durante las guerras revolucionarias. Para los revolucionarios, Francia era un lugar especialmente virtuoso a la vez que garante de los valores humanos universales. Este tipo de cambio ocurriría también en otros sistemas políticos más complejos aún que el francés. En la extensa área germana, los novelistas y dramaturgos elogiaban a los antiguos héroes y reforzaban el sentimiento nacional de «germanidad» frente al «otro» francés[34]. Esto ocurría incluso cuando el orden político alemán permanecía fragmentado en un centenar de pequeños estados.

En el siglo XVIII, un sentido más cohesivo de la identidad patriótica asociado a la guerra parece haber sido típico de los estados europeos y de sus colonias americanas, por lo menos entre los grupos dominantes. La política territorial sustituía a la política dinástica. La retórica francófoba de las asociaciones antifrancesas de Gran Bretaña tuvo su correspondencia en las denuncias antibritánicas en Francia. Los franceses trataron enérgicamente de aprovechar la hostilidad de los patriotas protestantes y católicos irlandeses contra el enemigo británico. Movilizaron a los colonos franceses en Canadá contra las colonias protestantes del sur. Aunque la Prusia de Federico el Grande seguía siendo un Estado dinástico en guerra y la gran masa de campesinos no se sentía identificada con él, el conflicto internacional fomentaba un sentimiento

de «prusianidad» entre los súbditos más privilegiados. Durante la Guerra de los Siete Años emergió un movimiento de voluntarios en Prusia con la intención de reemplazar a los caídos en batalla por deber patriótico[35]. Como ha demostrado T. C. W. Blanning, el sentimiento antifrancés encajaba en la antigua retórica alemana contra el «invasor» que se remontaba hasta el Renacimiento, cuando las viejas hazañas germanas contra el imperialismo romano se habían reflejado en clave patriótica. Incluso el brillante mosaico de poderes que formaba Italia no impedía que hubiera ciertas unidades. Como dice John A. Davis respecto al siglo XIX «el nacionalismo no era nuevo y, desde tiempos atrás, un sentimiento bien definido de identidad histórica y cultural compartida, derivada del idioma y los hábitos, de la forma de vestir y de comer, del ocio y de la religión, distinguía a los italianos»[36].

También hay evidencia de que la protección por parte de los gobernantes de las lejanas tierras dinásticas cedía ante un sentimiento geopolítico más arraigado en Europa. Los gobiernos luchaban cada vez más por proteger «sus» tierras y abandonaban las antiguas alianzas basadas en matrimonios reales. En 1749, los ministros austriacos apoyaron una alianza con el viejo enemigo, Francia, contra el peligro de una Prusia reavivada que parecía una amenaza más directa al corazón de Austria[37]. Este mismo ejemplo, sin embargo, nos avisa de que la aparición de las patrias fue un proceso complejo. La geopolítica y la cultura no apuntaban en la misma dirección. Aunque Federico el Grande consolidaba una patria prusiana que un día sería el núcleo de la nación alemana, desdeñaba el idioma alemán, que consideraba una lengua ruda y campesina, y hablaba francés. De forma similar, los ministros austriacos desarrollaban un sentimiento más fuerte de Austria como patria geopolítica, pero se aliaron con Francia en el momento en el que emergía un sentido de la cultura alemana común, tanto en la Prusia protestante como en la Austria católica. La ironía final fue que la nueva alianza con el antiguo enemigo Habsburgo fue una de las principales acusaciones de los revolucionarios franceses contra el gobierno real en 1793 y espoleó la movilización patriótica en Francia.

Sin embargo, este emergente sentido elitista de la nacionalidad, que se solapaba de modo irregular con una identidad cultural, se solidificó y rompió las fronteras entre las diferentes clases de la alta y la pequeña nobleza, la burguesía y los comerciantes en algunas de las grandes ciudades regionalmente dominantes: Berlín, San Petersburgo, Turín y París. Los campesinos seguían luchando por los reyes, los iconos y las reliquias, pero la gente de las ciudades exhibía un creciente patriotismo solidario independiente del régimen. Kathleen Wilson ha demostrado

que un asunto tan mundano como el derecho a pescar en el Mar del Norte pudo convertirse en objeto de pasión nacional cuando entraron en competencia Francia y España a mediados del siglo XVIII[38]. Canciones patrióticas como «Rule, Britannia!» o los cuadros del Palais Royale en París y de los Vauxhall Gardens de Londres[39] representaban las conquistas de ultramar e indicaban el avance de un patriotismo más agresivo y expansionista.

La guerra y el mercado integrado protonacional eran, sin duda, importantes, pero determinados actos benéficos de los gobernantes también ayudaron a crear identidades en la Europa del siglo XVIII. Por ejemplo, los llamados déspotas ilustrados empezaron a promover la educación pública. Al final del reinado de la emperatriz María Teresa en Austria, «el Estado tenía más de 6.000 colegios y 200.000 estudiantes»[40]. Prusia y Rusia fueron pioneras de la enseñanza pública, y aunque esto tuvo el efecto de diseminar las ideas europeas comunes, también ayudó a construir idiomas estandarizados y a establecer un sentimiento de comunidad en los viejos regímenes dinásticos. Los jesuitas de los territorios de los Habsburgo y los pietistas cristianos de los estados alemanes alfabetizaban a un nivel más bajo. Aunque en origen tenían una misión religiosa, estos grupos contribuyeron a la creación de un profundo sentimiento patriótico de comunidad regional. Una vez que las autoridades adoptaron un ideal común de enseñanza, éste se tradujo casi inevitablemente en la regularización de la educación y de la expresión de la alfabetización. «La cultura impresa» del nacionalismo, que ha descrito el teórico Benedict Anderson, se diseminó a través del aula tanto como de los periódicos.

Estos argumentos no pretenden restar importancia a la Revolución Francesa, que agudizó las nociones de ciudadanía y nacionalidad territorial. Después de 1793, Europa se vio envuelta en cambios ideológicos mucho más generalizados y en conflictos armados entre estados que arrastraron a millones de jóvenes a luchar por las autoproclamadas naciones. Los ideólogos y políticos promovieron el concepto más unitario y sólido de la nación soberana, con fronteras más nítidas y políticas más vigorosas de supresión o exclusión de religiones y etnias «ajenas». Sin embargo, la interacción de los primeros patriotismos colaboró en la creación de un contexto para las nuevas naciones-estado del siglo XIX. Éstas no aparecieron de la nada. Desde la Alta Edad Media, Europa fue testigo de una transformación paulatina, a menudo imperceptible y siempre ambigua, de los viejos símbolos de la identidad dinástica y religiosa hacia algo que presentaba un aspecto más popular y patriótico.

No es de extrañar que las guerras comerciales y la creación de mercados nacionales en el siglo XVIII hicieran que estos procesos fueran más visibles.

Sin embargo, cuando los historiadores resaltan el patrón irregular, contradictorio y cambiante de la aparición de identidades patrióticas en la Europa premoderna, lo que realmente hacen es disminuir la diferencia entre Europa y el resto del mundo. Por supuesto, los teóricos e historiadores se han aferrado tradicionalmente a un relato de la historia de la humanidad que mantiene que el nacionalismo ya totalmente formado se exportó al resto del mundo durante el siglo XIX. Las colisiones y conflictos mutuos entre europeos, asiáticos y africanos esparcieron las semillas del nacionalismo por todo el globo. Supuestamente, el bagaje cultural nacionalista hizo aparición en Egipto y en India hacia 1880, en China en la década de 1900, y en el Imperio Otomano y el norte de África después de la Primera Guerra Mundial. De alguna manera, alcanzó las costas japonesas en fechas anteriores. El África subsahariana, sin embargo, lo recibió demasiado tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, y además lo utilizó mal. Ésta versión es el argumento básico de los ideólogos victorianos e imperiales, que deploraban o elogiaban a Europa y Norteamérica por exportar el nacionalismo al este y al sur como parte del bagaje de los gobiernos coloniales y la enseñanza occidentales. Esta teoría ha recobrado vida recientemente entre intelectuales africanos y asiáticos. Detestan el capitalismo global del que son productos e intentan retratar sus propias historias como la historia de unos pueblos benévolos, descentralizados, de identidades campesinas cambiantes sólo rotas más tarde por los nacionalismos monolíticos y las etnicidades impuestos por Occidente y sus acólitos.

No hay duda de que el gobierno de Gran Bretaña creó la India; el de Francia, Argelia y Vietnam; el de Holanda, Indonesia; y los de España y Estados Unidos, Filipinas, como espacios nacionales claramente delimitados. Los jesuitas describían China como una cultura «confuciana», y los misioneros en África asignaban «tribus» a sus territorios natales específicos y tomaban nota de «sus» lenguas. Las fronteras, los pasaportes, las divisas nacionales y los servicios penitenciarios nacionales emanaban del dominio europeo. Los conflictos internacionales del siglo XIX hicieron que los líderes políticos de todo el mundo fueran conscientes de «sus» fronteras y «sus» poblaciones. En Asia y África, sin embargo, igual que en Europa, antes de la expansión europea, o en su inicio ya se formaban, disolvían y se volvían a formar identidades más centradas y territorios patrióticos que eran fieles a valores más amplios que una

sencilla lealtad a una dinastía. Estas formas y procesos sociales serían agentes activos en la creación de los nacionalismos de África y Asia durante los siglos XIX y XX. No eran meras «tradiciones inventadas» ni falsas conciencias desatadas por la egoísta *inteligentsia* occidentalizada. Tampoco se integraron siempre felizmente en el posterior nacionalismo popular como ocurrió con los patriotismos europeos de los siglos XVII y XVIII. Aunque el patriotismo irlandés del siglo XVIII era antiinglés, también era en general anticatólico y poco tenía que ver con el nacionalismo católico de los campesinos del siglo XIX. De la misma manera, en el siglo XVIII, el patriotismo de los marathas del oeste de la India era demasiado elitista y de casta demasiado alta para encajar en los patrones de la movilización popular de los siglos XIX y XX.

Las actividades de los estados, mercados y profesores religiosos ya habían dotado a muchas zonas extraeuropeas de un tipo de identidad patriótica fluida antes del diluvio colonial del siglo XIX. Esto se ve en las colonias europeas del Nuevo Mundo y el sur de África, donde los criollos allí nacidos, americanos y «africanos» ofrecían una fuerte resistencia a los gobernadores europeos que llegaban y a sus intereses comerciales mucho antes de 1776. También ocurrió en ciertos reinos asiáticos, donde la promoción de la idea de «nacionalidad» y etnicidad provenía a veces de los mismos gobernantes. El emperador Qianlong celebraba las hazañas de los soldados chinos Han, liderados por su dinastía manchú, pero al hacerlo pareció haber perpetuado la idea de una identidad china Han[41]. Ésta se contradecía con la solidaridad manchú. Se había transmitido de familia a familia, estaba latente en los textos confucianos y se manifestaba en la forma de vestir y de llevar el pelo dictados por los manchúes para los chinos.

Este sentido de la identidad, sin embargo, a menudo era más fuerte en las zonas periféricas y los territorios más pequeños, vulnerables debido a su distancia y a los enemigos extranjeros. Los jefes y nobles de Sri Lanka llevaban mucho tiempo incubando un sentimiento de orgullo local contra los tamiles del sur de la India y contra los saqueos de los portugueses[42]. Los birmanos, coreanos y vietnamitas —por lo menos, los del norte— también mostraban un sentimiento de identidad nacida de ritos religiosos específicos, un idioma común y largas guerras contra vecinos agresivos, todo antes del siglo XIX. Para estas culturas y sistemas políticos, China era un ejemplo a seguir, pero también a mantener a distancia, según emergía un sentimiento patriótico más fuerte. El patriotismo envolvente de los japoneses también florecía desde hacía años. Se distinguían de «los bárbaros» de fuera y también de «los bárbaros» de

dentro como los ainos, a los que paulatinamente empujaron a las partes más aisladas de la isla de Hokkaido durante la «gran domesticación» japonesa entre los siglos XV y XVIII[43].

En estos casos, un sentimiento nacional preexistente en Asia sirvió como base para la irregular aparición de sistemas políticos nacionales. En otras partes, nuevos reinos crearon espacios donde las nuevas identidades pudieron florecer. A finales del siglo XVIII surgieron una serie de reinos regionales definidos en el ámbito de los antiguos imperios: el Nepal de los gurkhas, la nueva Birmania unificada, la nueva Tailandia de Rama I, y el Irán qayarí emergieron en la periferia de los dominios chino, mogol y safawí. Los gobernadores de Egipto trataron de establecer monopolios estatales de producción, mientras que al oeste de los antiguos dominios otomanos, Sidi Mohamed empleó técnicas militares occidentales para tratar de defender su reino de las incursiones costeras españolas y portuguesas[44]. Esto era crear un Estado dinástico y no, como en Japón o China, reconfigurar las antiguas entidades culturales. Sin embargo, creó un espacio en el que la gente alfabetizada del siglo XIX se podía autodefinir como naciones.

Aunque los estados basados en el linaje con limitados poderes centrales reales seguían predominando en la mayoría del África subsahariana, incluso aquí hubo cambios a mediados del siglo XVIII. Algunos reyes y grupos gobernantes consiguieron una incierta victoria temporal sobre sus parientes y líderes de clanes. Los yoruba del oeste de África y los baganda del este mostraban su sentido de identidad dentro de su flexible sistema político mucho antes del impacto colonial. Como dice un historiador:

> Si en el siglo XIX había alguna nación-estado en el África negra, Buganda era el mejor candidato. Creció durante siglos, tenía un fuerte sentido de su propia historia, un gobierno centralizado, una división efectiva del territorio en condados *(saza)* y su organización de clanes daba a la sociedad una horizontalidad de la conciencia social que equilibraba la verticalidad del poder real y burocrático[45].

Los gobiernos del este y el centro de África habían empezado a crear estados en los que se recaudaban impuestos y se movilizaba a los hombres para la guerra, un proceso que aumentaba la identidad grupal. Hay cierto riesgo de creer que esto fue un cambio «progresivo», dado que los europeos, los asiáticos y otros grupos africanos habían dado este paso varios miles de años antes. Desde luego, la existencia de sistemas políticos más centralizados y belicosos ayudó a algunos pueblos africanos

a resistir la invasión europea, aunque sólo temporalmente. Otros, como Benin y Congo, colaboraron con los europeos y temporalmente se hicieron más fuertes. Sin embargo, los antropólogos nos recuerdan que las condiciones de vida eran en muchos sentidos mejores en las sociedades descentralizadas extraestatales, en las que era más fácil acceder a los bienes y al honor. Cuando llegó el estatalismo y la formación de identidades, fue, a veces, como resultado de los contactos limitados con sociedades árabes o criollas europeas donde se conocía el Estado, como en las zonas portuguesas del este y el oeste de África o en las colonias holandesas del Cabo. Los gobernantes, impulsados por la ambición o previendo un futuro práctico en la trata de esclavos, el marfil o los diamantes, se aprovecharon de la hostilidad de los hombres jóvenes hacia los jefes de clan que tenían un acceso privilegiado a mujeres y honores. Crearon sus propias guardias pretorianas[46]. El caso clásico es Basutolandia en la frontera de la zona europea del Cabo a principios del siglo XIX, cuyo jefe Mthethwa, Shaka (muerto en 1828) reunió un ejército de jóvenes armados con lanzas y creó un sistema político grande y autoritario, un Estado conocido como reino Zulú por los europeos[47]. El testimonio de los posteriores observadores europeos sugiere que la guerra y el reparto del honor en estos reinos crearon cierto grado de orgullo local e identidad compartida entre sus habitantes. Algunos historiadores también mantienen que en el Pacífico empezaron a surgir sistemas políticos más grandes con identidades más fuertes antes de la invasión colonial. El lento crecimiento de la población, el comercio y el conocimiento demuestran que estas sociedades «precontacto» no eran estáticas.

Lo distintivo del ejemplo europeo occidental no fue siempre, por tanto, la existencia de estados fuertes y definidos, ni de identidades patrióticas heredadas aunque en evolución. Lo que hay que destacar es que éstos coincidieron con el dinamismo económico, un aparato militar bien preparado y una rivalidad feroz entre sistemas políticos medianos. Europa fue «excepcional» temporalmente no a causa de un solo factor, sino a raíz de la impredecible acumulación de muchas características que se dieron por separado en otras partes del mundo. Es significativo, por ejemplo, que la zona de Asia donde las identidades precoloniales estaban más establecidas fuera la zona continental del Sureste, donde los conflictos entre los reinos medianos tenían una larga historia. Y, claro está, el «excepcionalismo» de Europa era un bien que se desgastaba. Ya en 1870, Japón había vislumbrado su propio camino paralelo a la modernidad. Sin embargo, si sólo nos centramos en las contingencias económicas, las identidades patrióticas y el poder estatal, nos falta un elemento importante: la textura social que se desarrollaba con rapidez en la Europa y la Norteamérica del siglo XVIII y que permitía a los individuos reunirse, debatir, adaptar sus instituciones y, en última instancia, hacer de ellas herramientas más eficaces para acumular dinero, poder y conocimiento. La próxima sección analiza lo que los sociólogos han llamado «la sociedad civil» o «la esfera pública».

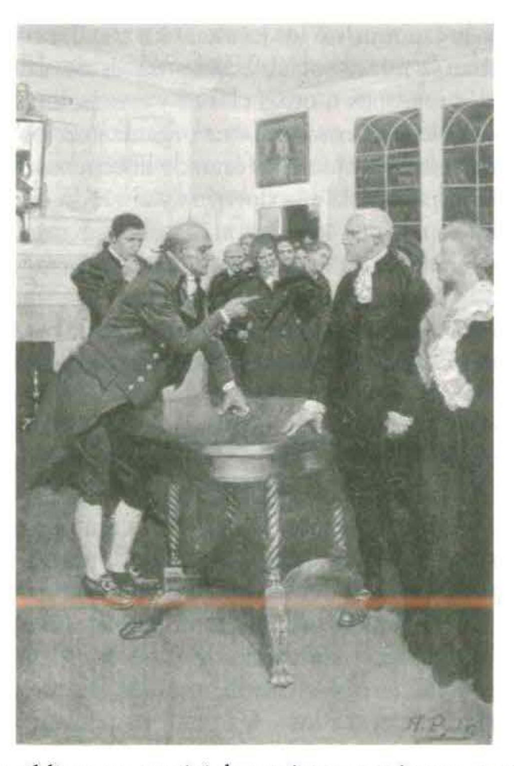
PÚBLICOS CRÍTICOS

Hasta la década de 1970 la mayoría de los historiadores del Antiguo Régimen se centraban en intentar describir las fuerzas sociales y políticas que lo derrumbaron: las crisis fiscales y políticas de los imperios y monarquías europeos, o la expansión del comercio europeo en Oriente. A partir de esa fecha, las ideas del sociólogo alemán Jürgen Habermas[48] acerca de la aparición de una sociedad civil como nexo entre Estado y sociedad empezaron lentamente a influir a los académicos. Muy pronto empezaron a considerar al «público crítico» como el principal disolvente del Antiguo Régimen. Como análisis histórico, la teoría de Habermas no era muy nueva. Los historiadores británicos llevaban mucho tiempo escribiendo acerca de este tipo de desarrollo. Pero, como eran alérgicos a la teoría de la ciencia social y reacios a utilizar palabras pretenciosas, nadie se había fijado en lo que decían[49]. A partir de 1970, los estudiosos de la historia de Francia, sobre todo en los Estados Unidos, empezaron a investigar temas de cultura popular y representación, tratando de discernir el surgimiento de un nuevo estilo político entre las revueltas populares y las manifestaciones del Antiguo Régimen y los primeros años de la República. Estos cambios confluyeron con el «giro lingüístico» del pensamiento contemporáneo. Para los historiadores de las décadas de 1980 y 1990, el intercambio de ideas, la creación de vínculos culturales y la invención de ceremonias se convirtieron en acontecimientos sociales por derecho propio, tan importantes para ellos como lo habían sido los flujos de capital y la integración de los mercados para los primeros liberales e historiadores marxistas. Esta preocupación por la modernización de los discursos y representaciones sustituyó a los estudios anteriores, que habían destacado la modernización de las economías o de las ideologías formales. Tradicionalmente, la modernización intelectual fue un proceso que supuestamente surgió en

Occidente y se extendió desde allí. Pero ¿hasta qué punto se puede mantener esta idea en la era de la historia global?

A primera vista parece que hubo algo distintivo en el deseo occidental de crear clubes, sociedades y lugares de encuentro durante el siglo XVIII. Por ejemplo, si tomamos la autobiografía del padre fundador norteamericano Benjamin Franklin (1706-1790), atisbamos un mundo en el que convergen las ideas religiosas, el uso de la imprenta y las ideas de libertad con una asombrosa proclividad a establecer clubes y sociedades para debatir y conversar[50]. Franklin provenía de una inteligente familia de artesanos y granjeros. Fuera donde fuera, instaba a las autoridades a hacer pequeñas mejoras prácticas. Además de sus famosos experimentos con electricidad, escribió monografías sobre el alumbrado y la limpieza de las calles en Londres, y sobre cómo mejorar la recaudación de impuestos y el sistema antiincendios de Filadelfia. Este tipo de vínculo entre la teoría científica y la aplicación práctica parece haberse dado por hecho en el mundo atlántico. Pero es más difícil de ver en otras grandes civilizaciones, donde normalmente los debates eran más respetuosos con la tradición y la religión.

Esto no significa que la religión no tuviera importancia para los *philosophes* prácticos de Occidente del siglo XVIII. Los sociólogos desdeñan ahora el vínculo entre el protestantismo y el capitalismo que estableció Max Weber. Pero es más difícil desechar la idea de que la organización celular y los códigos individualistas de las iglesias protestantes —y de las católicas influidas por las protestantes— crearon una atmósfera adecuada y grata para las ideas del republicanismo cívico. Las raíces del pensamiento de Franklin sobre la virtud pública, por ejemplo, se encontraban en su educación protestante e inconformista, una educación que insistía en la mejora de la moralidad personal a través de la sociabilidad y la fraternidad. Más adelante, Franklin se rebeló contra el puritanismo estricto y se hizo deísta, o creyente en una deidad trascendental y racional, en vez de en la divinidad de Cristo. También parece que se dejó influir por la cultura cuáquera de Filadelfia. Franklin reconocía a los metodistas, baptistas y moravos alemanes como sus hermanos en la virtud. Fue socio fundador de un club llamado Junto, dedicado a mejorar la sociedad y la persona. Más adelante ayudó a fundar otra sociedad cuyo principal cometido fue fundar más clubes para debatir las buenas causas y el nuevo conocimiento. Era inevitable que, como uno de los primeros periodistas públicos de la historia, participara en la Revolución Americana. Su insistencia en la sociabilidad de a pie conllevaba una nueva noción de la libertad, mientras que su insistencia



2.3 Las esferas públicas: un comité de patriotas americanos entrega un ultimátum al consejero del rey. Copia de la ilustración de Howard Pyle publicada en el *Harper's Magazine,* 1908.

en la frugalidad y la iniciativa personal hizo de los impuestos estatales sin representación un problema perenne para él. Franklin apenas empleó la palabra «rey» en su obra, aunque aceptó el mecenazgo de los gobernadores británicos en Nueva York, Boston y Filadelfia.

A todo lo largo de Europa y de sus colonias se establecían sociedades parecidas que reunían a miembros de la clase media y a artesanos ambulantes en ascenso. En Inglaterra, el mecenazgo de la aristocracia y de la realeza seguía siendo importante, pero plebeyos y familias de mercaderes tomaron parte en la fundación de un gran número de nuevos clubes que se dedicaron a la sociabilidad, la enseñanza, el comercio y el deporte durante los siglos XVII y XVIII. En Francia y otros países

católicos, la Iglesia (aunque no los jesuitas) los trataba con recelo, sobre todo si expresaban la nueva sociabilidad a través de asociaciones cuasi místicas, como los masones u otros clubes y asociaciones que se burlaban del orden establecido, como los que organizaron los *philosophes* de Francia. No todas estas asociaciones eran de librepensadores ni de deístas, que restaran importancia a la doctrina y el credo. En tierras alemanas, los cristianos pietistas ampliaron mucho su organización entre 1770 y 1820. No obstante, la expansión de las asociaciones, con sus suscripciones, actas y boletines impresos, jugó un importante papel en el establecimiento de una base para una clase política más amplia y un público más crítico que se consolidó lentamente durante los años de guerra global.

Al no prestar la atención debida a los que se quedaron excluidos de estas nuevas asociaciones y de la nueva noción de sociedad, los teóricos sociales e historiadores de las décadas de 1970 y 1980 ofrecieron una descripción incompleta. A veces, las mujeres eran el foco de un salón que debatía los males del Estado y la sociedad, pero sólo las mujeres aristocráticas y las de mala reputación podían entrar en estos enclaves masculinos. Los trabajadores empezaron a organizarse en asociaciones amistosas y de autoayuda para combatir el declive de las viejas industrias artesanales y las terribles condiciones de las nuevas. Pero todo intento de asociación contra los jefes para mejorar las condiciones se recibió con hostilidad y, a partir de 1789, fue reprimido con severidad. Los esclavos, inevitablemente, se quedaron al margen de la visión social que proclamaban la mayoría de estas asociaciones, aunque muchos cuáqueros, metodistas y otros humanitaristas insistían en su emancipación ya desde la década de 1770. Las minorías religiosas —por ejemplo, los católicos en Gran Bretaña y los judíos casi en todas partes— también estaban excluidos. La población indígena de las colonias de blancos también fue excluida. El virtuoso Franklin describió a unos indios americanos borrachos y bailando felices como una visión del infierno y parecía tener la esperanza de que el alcohol los exterminara para dejar más tierras para los honrados y laboriosos colonos blancos. En la Calcuta británica, donde las fronteras raciales eran fluidas y los hombres europeos se casaban con indias, mantenían a los indios al margen de los espacios públicos y las arenas de debate europeos.

Mientras que los historiadores empezaban a dibujar una imagen de la sociedad civil demasiada optimista y homogénea, no hay duda de que la proliferación de asociaciones y sociedades autoorganizadas dio a la sociedad occidental una considerable fuerza y solidez tanto para la cohesión

interna como para la agresión externa. Esto se arraigaba en la rápida movilidad social que nació gracias a la expansión de la producción interna y del comercio externo durante el siglo XVIII. Reflejaba la expansión y el desarrollo de la enseñanza cristiana y humanista, y las ideas de responsabilidad personal en una sociedad que tenía más acceso a ellas en una época en la que las técnicas de impresión se difundían rápidamente. A su vez, la expansión de la sociabilidad facilitó la posterior expansión del capitalismo por medio de asociaciones amistosas, las bolsas de valores y agentes de seguros. La esfera pública creó una opinión experta que criticaba y ridiculizaba con una precisión letal los actos del Estado, del rey y de los nobles, y que ayudó a hacer que las instituciones políticas funcionaran con más eficacia y mayor dinamismo. En Gran Bretaña y Estados Unidos, el derecho consuetudinario, con su lenta acumulación de sentencias y de diferentes perspectivas legales, era perfecto para beneficiarse de y para expandir esta sociedad civil.

Hasta aquí esta situación parece dar la razón a David Landes[51], que argumenta que Occidente tenía unas ventajas decisivas sobre el resto del mundo a principios del periodo moderno. Lo cual es cierto, pero sólo hasta cierto punto. El vínculo entre la formación de capital, la sociabilidad, la cultura impresa, la guerra y la organización de las finanzas estatales en Europa occidental y las colonias de Norteamérica sugiere que tenían una ventaja estructural y no simplemente una relativa situación favorable creada por los problemas a corto plazo de Asia y África. Pero el tema es bastante más complejo. La debilidad del argumento de Landes reside en su regreso a la vieja idea del estancamiento asiático: «ciclos de Catay» o «la India eterna». Como ya hemos visto, los historiadores africanos y asiáticos presentan una versión mucho más dinámica del siglo XVIII. Durante este siglo, el grave declive económico y social de algunas zonas se vio acompañado por cambios culturales, estabilidad económica y adaptación a la modernidad global en otras. Quizás sea mejor hablar de adaptaciones al cambio diferentes o más lentas en Asia y África que decir que estas sociedades «fracasaron». Formas sociales con algunas similitudes a las de que hemos visto en Occidente —nuevos tipos de sociabilidad, modelos de comercio más integrado y algunas innovaciones tecnológicas— también se pudieron ver en África y Asia. Al fin y al cabo, estos continentes también se vieron sometidos a los mismos tipos de comercio internacional, a la difusión de armamentos e, incluso, a la difusión de las ideas que afectaron a Europa y Norteamérica entre 1600 y 1800. De hecho, fue la habilidad

agrícola de los amerindios y los africanos, con cultivos como el arroz, la que permitió a los europeos establecer plantaciones lucrativas en las Carolinas y en el Caribe en primer lugar.

En Asia y en África, sin embargo, la relación Estado-sociedad estaba organizada no necesariamente de una forma mejor, pero sí distinta de la que prevalecía en el modelo europeo occidental. Irónicamente, el éxito de los grandes reinos de Asia y del norte de África durante los siglos XVI y XVII hizo más difícil su adaptación a los rápidos cambios del siglo XVIII. Sus reyes retuvieron su autoridad carismática, pero sus regímenes eran menos intervencionistas que los de Europa después de la Reforma. Incluso el emperador mogol Aurangzeb (1658-1707), ampliamente denunciado en el siglo XIX por su fanatismo islámico, no se preocupaba, por lo general, del credo de la gente. Su objetivo principal fue establecer la soberanía del islam sunita, no tanto su práctica religiosa. Los imperios continuaban incorporando a los grupos hostiles en lugar de exterminarlos, como por ejemplo hizo la monarquía francesa con los hugonotes protestantes. El Estado en estas tierras africanas y asiáticas se ocupaba más de proteger a los campesinos que de garantizar la riqueza comercial. Tampoco se centró de forma resuelta en acumular más y más armamento para guerras de agresión contra sus vecinos pequeños.

Los estados africanos y asiáticos evitaron, por lo general, el equivalente de las guerras religiosas de Europa. Pero sus propios problemas de sobredimensionamiento y de distribución de recursos en el siglo XVIII empeoraron muchísimo a raíz de la intervención de aquellos mismos europeos que habían aprendido a dominar nuevas herramientas de agresión y organización social en el curso de las guerras de religión. Algunos aspectos de aquellos procesos de adaptación se cancelaron o entraron en regresión durante la época de los imperios europeos que le seguiría. Otros los llevaron a cabo los imperios occidentales para su propio beneficio. Pero en Japón pudieron avanzar rápidamente hasta su fin bajo la protección de un gobierno autóctono.

EL DESARROLLO DE LOS PÚBLICOS AFRICANO Y ASIÁTICO

Cambios importantes en la organización social se sucedieron en las sociedades asiática y africana incluso durante las revueltas del siglo XVIII y principios del XIX. Nunca los hemos valorado como es debido porque los historiadores los han catalogado bajo la rúbrica de «religión». Como los reyes, nobles y la *inteligentsia* expresaban la necesidad y su deseo de

cambio en términos religiosos —ya fueran musulmanes, confucianos o budistas—, se han considerado como modificaciones del orden tradicional. Sin embargo, Benjamin Franklin entendía su modernidad en términos de sus residuos protestantes y deístas, mientras que Isaac Newton, el astrónomo y físico inglés, describió un mundo nuevo a pesar de seguir creyendo en la astrología y la alquimia. Pero en la literatura histórica general no se les retrata como hombres tradicionales.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII, los movimientos de sociabilidad y los modos de pensamiento crítico siguieron desarrollándose en África y Asia. Esto permitió a la gente armarse social y espiritualmente para afrontar los vertiginosos cambios que se producían a su alrededor. Las críticas al orden político establecido se expresaban en términos religiosos, pero esto no significaba que los críticos miraran simplemente hacia atrás. En el mundo islámico, el fin del primer milenio desde la revelación del Profeta condujo a una poderosa revaluación del Estado y de la sociedad, acompañado de movimientos de purificación y de ataques contra la lasitud moral de los gobernantes mundiales. Incluso antes del siglo XIX, la intelectualidad otomana se había dado cuenta de que estaba decayendo ante un Occidente rejuvenecido, en este caso, el de la Rusia de Catalina la Grande. Muchos remedios intelectuales y políticos para frenar el declive que se aplicaron después de 1830 ya se debatían en la generación anterior. Mucho antes del siglo XIX se habían formado redes de intelectuales en diferentes sociedades de todo el mundo que debatían la necesidad de cambiar y que a menudo lo habían hecho entre ellos.

En el siglo XVIII, los monoteístas radicales de la península arábiga iniciaron su ataque contra la interpretación tradicional y las costumbres árabes y musulmanas que continuaría en el siglo XX y que se ha extendido a África y Asia central. Los llamados wahhabíes conocían desde la distancia los problemas del Imperio Otomano. Por su parte, los pensadores más globalizadores de El Cairo y el norte de África, que creían en la eficacia de las enseñanzas de la mística sufí, reformularon y reforzaron sus propias tradiciones. Los cambios se recibieron y reinterpretaron en el norte y el oeste de África, donde un grupo de reformadores musulmanes cultos trataron de construir estados que esperaban que garantizaran una forma de vida musulmana más ordenada. No buscaban desencadenar una «guerra santa» reaccionaria, sino un proceso de lucha y debate que estableciera una sociedad islámica moderna en el norte de África, en vez de la sociedad mixta y sincrética que veían a su alrededor. Reaccionaban ante el cambio y trataban de imponer su propio tipo de modernidad[52].

En la India del siglo XVIII, los eruditos habían creado nuevos sistemas de enseñanza diseñados para ayudar a los musulmanes a desenvolverse en un complejo mundo burocrático. Uno de los maestros islámicos más importantes del sur de Asia, Sha Wali-Allah, se fijó en el declive relativo del poder musulmán en la India y trató de reinterpretar la ley islámica, impulsando una amalgama de las diferentes escuelas y una purga de la tradición mística[53]. Resaltó la importancia de la educación, incluida la de las mujeres. Su programa iba dirigido a un modelo de regeneración social, no sólo a la pureza religiosa. Durante décadas antes de la llegada de los gobiernos europeos, los profesores del islam de Malasia e Indonesia habían criticado los derechos consuetudinarios y el comportamiento de los gobernantes autóctonos. En este sentido, la esfera pública islámica, que siempre tuvo como centro los debates de los hombres píos en la plaza de la mezquita, la *madina,* fue espoleada hasta nuevos niveles de intensidad por los desastres y problemas que padecieron los musulmanes en el siglo XVIII. Los mahometanos fundaron nuevas asociaciones, resaltaron la importancia de la enseñanza y del alfabetismo y elogiaron la disciplina personal y social. Estos movimientos no fueron, pues, meros productos del «impacto occidental». Representaban una respuesta al cambio global tan profunda como el auge del nacionalismo y la centralización del Estado en Europa, y un cambio que puede que haya sido más duradero que el europeo.

Los musulmanes también estaban alerta a los cambios en el mundo exterior. Los gobernantes del centro de Asia, de la India postmogol y del norte de África continuaron perfeccionando los cánones médicos y astronómicos mediante la observación y la práctica. Hacia finales del siglo XVIII, las obras astronómicas europeas se tradujeron al árabe y al persa, cambiando así el flujo de conocimientos de la Baja Edad Media. La reevaluación de lo antiguo continuó y las doctrinas de Copérnico se aceptaron gradualmente en gran parte de Asia y África. Este tráfico de ideas y prácticas no fue de ningún modo unidireccional. Por ejemplo, las técnicas asiáticas para teñir y para hacer cristal y las medicinas herbales de los indígenas africanos y sudamericanos aún se seguían asumiendo y adaptando por los europeos en el siglo XVIII. Los historiadores poco a poco se han dado cuenta de que muchos de los pequeños avances técnicos que se asocian a la Revolución Industrial del mundo europeo se basaron originalmente en ejemplos extraeuropeos.

El mundo islámico llevaba muchos siglos en conflicto y diálogo intelectual con los mundos cristiano y judío. Pero no ocurrió lo mismo más al Este. Aquí, irónicamente, a menudo fue la continua expansión

islámica la que empujó a otras tradiciones a reevaluarse y reorganizarse. La sociedad india se galvanizaba periódicamente a causa de movimientos que proclamaban el advenimiento del reino justo *(dharma).* Estos movimientos se solían centrar en maestros carismáticos o gurús que predicaban la insignificancia de las jerarquías mundanas, incluidas las restricciones estrictas que el sistema de castas imponía a la sociabilidad. Durante la paz relativa del gobierno mogol, estos movimientos se redoblaron; algunos presentaban claras influencias del monoteísmo islámico. También crearon nuevos tipos de congregación y asociación que permitieron conexiones y contactos entre las comunidades comerciales del sur y el sudeste de Asia. Un importante movimiento religioso reformador de este tipo fue el de los sijs del norte de la India, cuyo credo era tan radical que ellos mismos se consideraban técnicamente fuera del mundo hindú. Durante el siglo XVIII, el movimiento sij se expandió no sólo entre las clases comerciales, sino también entre las grandes castas de campesinos del norte de la India[54]. Todos estos movimientos eran religiosos en el sentido de que dirigían a la gente hacia la salvación espiritual; pero también ofrecían soluciones a los problemas sociales y políticos de la época. Mostraban a los asiáticos luchando con su propia modernidad con la misma energía que los masones y *philosophes* de Eurasia occidental.

Los historiadores también han reinterpretado el mundo de la China del siglo XVIII. El Imperio Chino y su comercio habían seguido en expansión a lo largo del siglo XVIII. Ni China estaba a punto del colapso político ni estaba estancada intelectualmente. El largo periodo de paz bajo los emperadores Kangxi y Qianlong fue testigo de una amplia reinterpretación de los clásicos confucianos[55]. Los emperadores se centraron en el estadismo y el gobierno, y fundaron academias del saber que asimilaron ideas occidentales a través de los jesuitas. Los eruditos rechazaron las elevadas teorías metafísicas de los primeros años de la dinastía y se centraron en la «investigación práctica y empírica», buscando datos concretos, como ocurría en los campos de la astronomía, la lingüística, la matemática y la geografía. La nueva metodología fue tipificada por Gu Yanwu (1613-1682), que viajó por toda China anotando aspectos de la tecnología local, cartografiando el terreno y recogiendo viejas inscripciones. Gu trató de desarrollar un cuerpo de escritos racionalistas para contrarrestar lo que él consideraba «el vacío de las escuelas confucianas dominantes y su énfasis en el dualismo metafísico y la iniciación»[56]. Más adelante, los oficiales y eruditos de esta tendencia trataron de reformar el sistema de exámenes de admisión de burócratas,

que pensaban estaba agotado y caduco. Estos movimientos no se limitaban en absoluto a una pequeña élite. Gente perteneciente a la clase no oficial, sobre todo comerciantes, patrocinaron esta investigación racional y en ocasiones hasta contribuyeron a ella. Los historiadores destacan que se incrementó el número de cartas cruzadas entre intelectuales de una región a otra.

Esto sugiere que la legendaria «república de las cartas» de la Europa del siglo XVIII tuvo su contrapartida en otros lugares. El arte y la caligrafía alcanzaron en China nuevos niveles, mientras que las imprentas y los libreros florecieron, abasteciendo a este nuevo público más amplio. Por supuesto, esta filosofía racional miraba hacia atrás en el sentido de que su objetivo principal era corregir las ediciones de los clásicos y coleccionar artefactos de los sabios ancestros. Sin embargo, ¿no fueron los estudios clásicos el cenit del pensamiento europeo en esta misma época, y no fue una de las grandes investigaciones prácticas de la Europa del siglo XVIII el descubrimiento de las ciudades soterradas de Pompeya y Herculano? Aunque el pasado estaba muy presente, es difícil no sacar la conclusión de que toda esta nueva enumeración, clasificación y análisis fueron impulsados por la creciente escala del gobierno manchú y del comercio interno y exterior. Este esfuerzo por lograr un sentido más concreto de tierras y gentes se reflejó en los reinos satélites de China, a la que reverenciaban y temían. En Corea, por ejemplo, los literatos adheridos a la «sabiduría del Norte» anhelaban mantenerse al mismo nivel de conocimientos que China. Pero querían estos conocimientos para mejorar el sistema educativo coreano, y sus sucesores se centraron cada vez más en estudios detallados sobre la propia patria coreana[57].

Es más fácil entender la historia global si abandonamos la idea de una China y sus satélites en parálisis intelectual. También es importante olvidar la idea de un «Japón feudal» esperando el beso de marinero del almirante norteamericano Matthew C. Perry, que invadió las aguas territoriales japonesas en 1854. Ésta fue una idea fomentada no sólo por los británicos y americanos a mediados del siglo XIX, sino también por los jóvenes reformadores japoneses de la década de 1870, que querían oscurecer la imagen del Antiguo Régimen. Dos generaciones de estudiosos modernos han trabajado para demostrar que el Japón del siglo XVIII permaneció adaptable a pesar de su descentralización política estigmatizada como «feudalismo». Su economía era fuerte y los conocimientos «holandeses» —medicina y botánica tradicionales de Europa occidental— penetraron en Japón a través de las escuelas de samuráis

de los diversos dominios. Igual que en Europa, se dio una interesante conjunción entre la imprenta, el comercio y el conocimiento. Las grandes empresas japonesas desarrollaron su propio sistema de informes comerciales y análisis de mercado, que a veces publicaban y vendían. La cultura japonesa del honor aristocrático aseguraba el estatus de los eruditos que se mantenían «al día» de las últimas ideas de China o, con más problemas, de Occidente. Los samuráis y el pueblo criticaban al gobierno Tokugawa, comparándolo con los reinos idealizados del pasado japonés y chino. No obstante, las críticas se centraban en los males, abusos e ineficiencias del presente[58].

Estos ejemplos han visto la luz durante los últimos veinte años de investigación histórica y demuestran que las culturas no occidentales respondían a los cambios políticos y económicos globales de los siglos XVIII y principios del XIX. Detrás de los «renacimientos» de la sabiduría confuciana y de las «controversias doctrinales» islámicas podemos discernir los esfuerzos de los gobiernos y de los intelectuales para afrontar los problemas de organizar la sociedad y la experiencia humana. Todo esto ayuda a explicar la complejidad y riqueza del pensamiento no europeo durante el siglo XIX. Nunca fue un mero derivado de las normas occidentales, sino que estaba fuertemente influido por las versiones creativas de múltiples tradiciones. No hay duda de que las ideas y técnicas occidentales, sobre todo en los campos de la optimización de tiempo y la guerra, se estaban haciendo muy influyentes en todo el mundo. Los sistemas de conocimiento siempre han sido interactivos, como por ejemplo, cuando los eruditos chinos entraron en contacto con Aristóteles gracias a la buena labor de los jesuitas. Pero los líderes e intelectuales indígenas, que adoptaron y emplearon las ideas europeas, ya trataban de forjar sus propias herramientas intelectuales para afrontar su propia «temprana modernidad».

Dicho esto, la representación del esfuerzo intelectual global no puede ser hecha de modo completamente relativo. Hay que repetir que había diferencias competitivas, por lo menos a medio plazo, entre Occidente, Asia y África. Aunque la ciencia como doctrina moderna e integrada apenas existió en Occidente hasta mediados del siglo XIX, ciertas rutinas intelectuales eran comunes en Europa occidental y Norteamérica en el siglo XVIII. Esto potenció de forma significante el dinamismo de sus instituciones políticas y económicas.

La compleja y contrastada esfera pública que se desarrolló en Europa occidental a raíz de su cultura de asociaciones e imprentas contribuyó a crear lo que se ha llamado «egotismo científico». En Asia y en África,

los eruditos se veían limitados por los comités de rituales chinos y las escuelas islámicas o sus equivalentes. Por el contrario, los europeos y americanos podían hacerse famosos y ricos con polémicas públicas sobre astronomía, mecánica y medicina. Las universidades europeas fueron mucho más activas e innovadoras en el siglo XVIII de lo que se piensa. Su conformismo religioso era más bien bastante superficial. Pero la densa red de asociaciones de filósofos y aristócratas entusiastas, ya fueran catedráticos universitarios o no, marcaron el paso. Esto es cierto tanto para el esfuerzo que supuso la creación del mapa de especies de plantas del biólogo Carl von Linneo (Carolus Linnaeus) como en la urgencia por cartografiar el sistema solar. El Estado contribuyó, sobre todo con su aprovisionamiento militar y naval. Sin embargo, el impulso salió de los nobles-eruditos, uniformados o no. En Gran Bretaña y Estados Unidos, la lenta aparición de un sistema para patentar inventos y una economía de mercado bien desarrollada redujeron la distancia entre la innovación artesanal y este mundo de eruditos. Incluso los pensadores del Almirantazgo y de la British Royal Society desdeñaron los avances en tecnología naval cuando se les presentaron por primera vez; los *amateurs* ilustrados y los comandantes de la Royal Navy finalmente los aceptaron. Cuando se trataba de hacer dinero, era imposible mantener aparte la ciencia práctica y la teórica, ya fuera para descargar más rápido los barcos o para cultivar el mejor trigo de la localidad. Por el contrario, en China e India, la distancia entre el artesano y los fabricantes de la Corte Real parecía ser mayor. Probablemente debamos buscar la más importante diferencia en la vivacidad intelectual de la idea europea del avance del conocimiento y de sus recompensas materiales, y no en la aplicación práctica de una tecnología específica. También en las emergentes ciencias sociales surgieron nuevas formas de pensamiento tanto en los gabinetes de los caballeros como en las universidades o en las cortes reales. Giambattista Vico (1668-1744), cuyas teorías de la evolución histórica humana fueron tan importantes a su modo como la física de Isaac Newton, fue profesor en Nápoles. Pero su vida intelectual se nutrió de las redes de eruditos de toda Italia y Europa.

CONCLUSIÓN: «RETRASOS», DEMORAS Y COYUNTURAS

Lo que hemos visto en todos estos casos es gente de dentro y de fuera de Europa enfrentándose a problemas relacionados y conexos. Estos problemas surgieron del conflicto entre un ideal justo y un orden social en evolución. Surgieron también de la distribución desigual de la riqueza, resultante de un crecimiento económico irregular. Todas estas personas luchaban por crear su propia modernidad a base de criticar la disposición del poder político. Las primeras revoluciones que trataron de resolver estos conflictos intolerables se analizan en el próximo capítulo y los siguientes. Llegaron en fechas distintas. En tierras árabes, llegaron en la década de 1740. En Francia y gran parte de Europa y las Américas, las fechas clave fueron 1776 y 1789. En Gran Bretaña, fue en 1832; en Japón, la restauración Meiji de 1868 tuvo el mismo efecto rejuvenecedor en el viejo orden. Los nacionalismos coloniales de 1880 en India y China, y una gran cantidad de movimientos parecidos de reforma religiosa, tenían los mismos fines.

Los historiadores han llegado a apreciar que muchas de las grandes ventajas que sus predecesores atribuían a los europeos y norteamericanos para explicar su aclamado dominio global en el siglo XIX, existían de alguna manera en muchas partes de Asia y África incluso ya a mediados del siglo XVIII. Como resaltan K. N. Chaudhuri[59] y Janet Abu Lughod[60], los asiáticos llevaban siglos usando sistemas flexibles de contabilidad mercantil y créditos. El Estado y los eruditos tenían instituciones para procesar y organizar la información. Se acumulaban los cambios tecnológicos y las innovaciones en los archivos árabes y chinos. El gobierno era más eficaz, si no más responsable, gracias a las críticas de grupos de sabios y expertos religiosos y administrativos. El comercio y los conocimientos prácticos no eran sólo prerrogativa de Europa y América.

Aun así, el relativamente largo predominio de Europa y Norteamérica en innovación técnica, política y social no se puede explicar sólo por el mero hecho de los fallos políticos a corto plazo de Asia y África a finales del siglo XVII y durante el XVIII. El atraso relativo en innovaciones se debió a ciertas causas más generales y de mayor recorrido temporal. Ya hemos mencionado alguna. En primer lugar, los europeos en general estaban más movilizados para la guerra y eran más despiadados a la hora de hacerla que los asiáticos, africanos y polinesios. La geografía europea requería una adaptación rápida de la guerra naval a la terrestre, de la llanura a la montaña, en el frío gélido y en el calor sofocante. Unidades políticas relativamente pequeñas tuvieron que innovar constantemente para adaptarse a estos cambios de terreno y clima, mientras que en los grandes imperios del Sur y del Este se desarrollaron tipos de ejércitos menos entrelazados y especializados para controlar enormes extensiones de territorio. En Europa, la rivalidad feroz en un

área relativamente pequeña obligó a los estados a gastar más en el desarrollo técnico militar para asegurarse de que su armamento era parecido al de sus enemigos. Los ejércitos asiáticos, africanos y, en un principio, rusos a menudo incorporaban una tremenda variedad de tropas subordinadas con su propio armamento y sus propios caballos. Estos ejércitos eran enormes, pero muy difíciles de controlar. La financiación militar empujó a los estados a través de Eurasia, pero también surgieron sistemas de pagos y recaudación mejorados para afrontar las endémicas guerras europeas. De alguna manera, la paz relativa de Asia durante el siglo XVII fue su perdición.

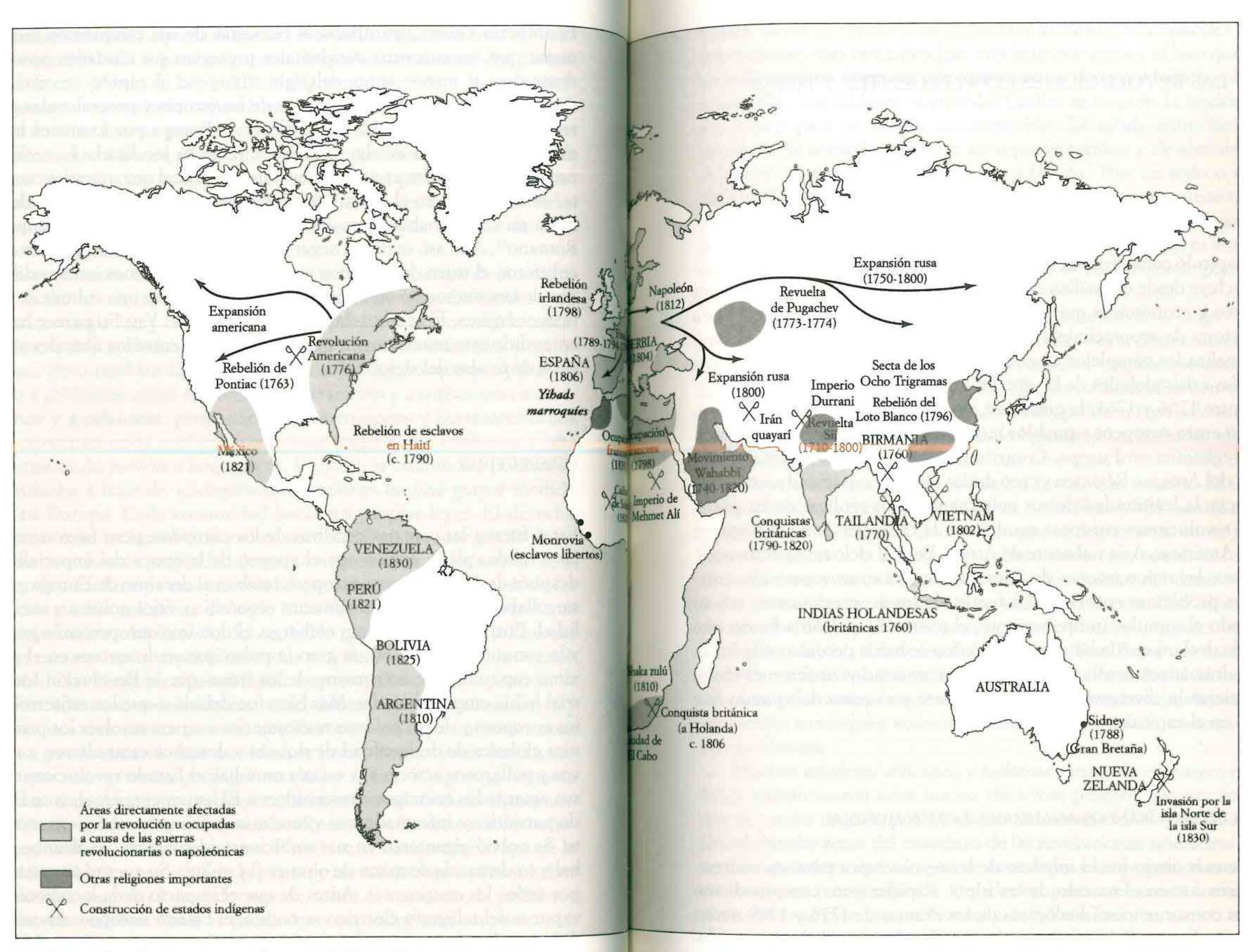
Este dominio militar europeo alimentó otros aspectos de la economía, facilitando la labor de los líderes a la hora de recaudar fondos y de abastecer ciudades, y facilitando a sus empresarios la innovación metalúrgica, química, de fabricación de cristal y de otras industrias premodernas. Pero también la aparición de códigos legales que se aplicaban tanto a gobiernos como a súbditos, a extranjeros y a autóctonos, a campesinos y a urbanitas, proporcionó a los europeos y norteamericanos una estructura en la cual pudieron crear un clima de confianza y una expectativa de justicia a largo plazo. En Asia, la estabilidad política se garantizaba a base de «delegar» jurisdicciones en una mayor medida que en Europa. Cada comunidad hacía sus propias leyes. El derecho religioso solía incluir el civil y el comercial. El emperador podía derogar los derechos de propiedad de sus sirvientes, si no de los terratenientes locales. En Europa esta práctica había caído en desuso después de las grandes guerras religiosas del siglo XVII. Fue la estructura general que garantizaba la multiplicación del capital lo que le dio ventaja a Europa, no las características específicas de las prácticas comerciales, la organización de las ciudades o la habilidad empresarial de los campesinos.

Por último, si nos distanciamos del debate sobre la sociedad civil y las asociaciones, parece otra vez que Europa y sus colonias americanas tenían, por lo general, una densidad de instituciones civiles extra estatales que aún no tenían parangón en Asia y África. Ningún gobernante de Asia ni de África era un déspota, ilustrado o no. Incluso el emperador Qianlong tuvo que ajustarse a las demandas e intereses de los señores regionales y de los mercaderes. Pero la articulación en Europa de la opinión pública por medio de la prensa y las asociaciones parece haber tenido otra magnitud. La información sobre el comercio, la política y los descubrimientos útiles se producían y reproducían a un ritmo creciente y de alcance masivo. Esto no quiere decir, como interpretaban los victorianos, que otras culturas estuvieran atrasadas moral y políticamente.

El Imperio Chino garantizaba el bienestar de sus campesinos mucho mejor que los europeos occidentales protegían sus ciudades protoindustriales, al menos antes del siglo XIX, pese al rápido crecimiento demográfico. Los indios se libraron de las feroces y generalizadas guerras religiosas y comerciales que afligieron Europa por lo menos hasta el siglo XVIII a pesar de alguna rebelión religiosa localizada. Las religiones africanas y asiáticas evitan la agresividad moral que, paradójicamente, se encuentra en el centro del cristianismo, una religión que desde hacía mucho se había acomodado a la ética de conquista del Imperio Romano[61]. Aun así, es difícil negar que fueran los europeos quienes descubrieron el truco de combinar esta agresividad con unos estados definidos de tamaño medio con un comercio floreciente y una cultura de críticas enérgicas. El erudito darwinista social chino Yan Fu parece haber entendido esto mucho mejor que sus coetáneos entre los liberales europeos de finales del siglo XIX[62].

PERSPECTIVAS

Estas fueron las ventajas decisivas de los europeos, pero fueron ventajas a medio plazo. Incluso en el apogeo de la época del imperialismo después de 1850, los extraeuropeos retaban al dominio de Europa y desarrollaban su propio conocimiento económico, ética política y sociabilidad. Entre 1780 y 1820, sin embargo, el dominio europeo en la guerra y la conquista recibieron un gran impulso que analizaremos en el próximo capítulo. Éste no provino de los frutos que la Revolución Industrial había empezado a dar. Más bien fue debido a que los esfuerzos de los europeos y de sus colonos norteamericanos para resolver los problemas globales de desigualdad de riqueza y derechos catapultaron a nuevos y peligrosos actores a la escena mundial: el Estado revolucionario y sus amargados enemigos conservadores. El lentamente emergente Estado patriótico e informado que vimos más arriba se hinchó enormemente. Se volvió gigantesco en sus ambiciones ideológicas, su alcance global y su demanda de mano de obra civil y militar. Su apetito se extendió por todos los continentes. Antes de que el impacto de la locomotora a vapor o del telégrafo eléctrico se notara, el Estado europeo, sus soldados y sus burócratas se volvieron hiperactivos en una «época axial» de la historia mundial.



MAPA 3.1 Revolución e imperialismo, *c.* 1780-1830.

3

LAS REVOLUCIONES CONVERGENTES, 1780-1820

Este capítulo considera «la Era de las Revoluciones» en su contexto global. Incluye desde un análisis de los cambios a largo plazo en los procesos políticos y económicos que se comentaron en los capítulos 1 y 2 hasta «la historia de acontecimientos» que influyó en esos procesos. El capítulo analiza los complejos vínculos económicos, militares e ideológicos entre las crisis globales de las épocas revolucionaria y napoleónica.

Entre 1756 y 1763, la guerra en las Américas y en Asia entre europeos, o entre europeos y pueblos indígenas, aceleró la crisis de los antiguos regímenes en Europa. Contribuyó al crack de los sistemas financieros del Antiguo Régimen y creó dudas sobre la capacidad y, en última instancia, la legitimidad de sus gobernantes. Las réplicas de las posteriores revoluciones europeas agudizaron la crisis del Antiguo Régimen en las Américas, Asia y el norte de África. Pero el ciclo no se detuvo allí. A su vez, las repercusiones de estos conflictos extraeuropeos alimentaron los problemas europeos. La fuerza de los acontecimientos rebotó por todo el mundo. Indirectamente, el mismo Napoleón admitió esto cuando declaró que la batalla de Waterloo se había perdido en la India. Estos dramáticos conflictos sociales interconectados tuvieron el efecto de acelerar la divergencia entre Occidente y el resto del mundo que vimos en el capítulo 2.

LOS CONTEMPORÁNEOS ANALIZAN LA CRISIS MUNDIAL

Donde más obvio fue el impacto de las revoluciones para sus contemporáneos fue en el mundo de las ideas. Rápidamente comprendieron que las consecuencias ideológicas de los dramas de 1776 y 1789 tenían importancia mundial y no eran sólo revueltas locales. Pensadores visionarios anunciaron que la Revolución Americana presagiaba «un Nuevo

Orden de los Tiempos» para toda la humanidad[1]. Los radicales jacobinos franceses más tarde proclamaron la importancia y el hito que supuso la Revolución Francesa mientras trataban de extenderla por Europa y más allá. Los esclavos negros del Caribe asumieron la noción de la revolución para su propia emancipación. La nítida enunciación del principio de «ningún impuesto sin representación» y de «los derechos del hombre» tuvo un impacto extraordinario. Tras un siglo o más de debate filosófico, el contenido de estos «derechos» no parece tan sorprendente. Lo que resultaba asombroso era que se pensara que estos derechos eran «manifiestos» e independientes: ningún rey, ni autoridad divina, ni interés imperial, ni superioridad de raza ni credo podía anularlos.

Los ecos de estas doctrinas se dejaron sentir a todo lo largo del siglo XIX. Los intelectuales de derecha e izquierda —esta distinción empezaba a estructurar la política en todo el mundo— seguían pensando que la Declaración de los Derechos del Hombre amenazaba con destruir todas las viejas formas de autoridad moral y política. Para sobrevivir, los derechos feudales, las supremacías religiosas y las lealtades al clan o casta locales tenían que redefinirse con referencia a este nuevo concepto de los derechos universales, fuera a favor, o en contra. El filósofo inglés liberal más conocido de la época, John Stuart Mill, sentía de niño que «la gloria más trascendente» que podría lograr sería como revolucionario francés a la inglesa: «un girondino en un contexto inglés»[2]. Simón Bolívar y otros libertadores de Latinoamérica del dominio español analizaron las lecciones de la Revolución Francesa. En Calcuta en la década de 1840, la primera generación de jóvenes bengalíes educada por ingleses leyó *Los derechos del hombre* de Tom Paine y se mofó de la autoridad y de los prejuicios de casta de sus mayores. Los asiáticos y los africanos pronto empezaron a argumentar que los derechos humanos se anteponían a cualquier «misión civilizadora» que anunciaran sus gobernantes blancos.

Muchos asiáticos, africanos y sudamericanos, sin embargo, recibieron y transformaron estas nuevas doctrinas peligrosas en un contexto que *ya* estaba rasgado por conflictos entre otras ideologías de alcance global. Mucho antes del comienzo de las revoluciones americana y francesa, los grandes imperios agrarios mundiales y los pequeños estados en sus márgenes (véase capítulo 1) padecían graves tensiones sociales. En parte, éstas surgían por problemas parecidos a los que proporcionaron el contexto de las revueltas de la época en Europa: impuestos, financiación de la guerra y legitimidad. Pero en parte, surgían de problemas

más específicos de cohesión ideológica e incorporación, que resultaron de la imposición de grandes estados sobre las diversas culturas de sus respectivas regiones. Movimientos de resistencia muy localizados podían acceder ahora a ideas universales de divinidad y usarlas contra los grandes imperios mundiales.

A principios del siglo XVIII, por ejemplo, los sijs del norte de la India anunciaron una revolución del *dharma,* o la virtud, que les enfrentó al poder mogol. El contexto fue el intento por parte de la élite mogol de apoderarse de los recursos del rico y laborioso Punjab. Sin embargo, el creciente sentimiento sij de que pertenecían a una comunidad separada y militante, una «cuarta vía» tras el hinduismo, el cristianismo y el islam, sembró las semillas de un conflicto moral más grande. Poco después, en Arabia central, los puristas musulmanes wahhabíes proclamaron una nueva era de lucha espiritual para volver al antiguo islam puro, que amenazó el establecimiento político y religioso de los otomanos, El Cairo y los Emiratos africanos. Ya en la década de 1760, en China, algunos sectarios empezaron a proclamar que el emperador Qianlong ya no poseía el «mandato celestial», dado que la magistratura era corrupta y el pueblo estaba oprimido. Los asiáticos y los africanos anunciaron su propio «nuevo orden de los tiempos». Como en las colonias europeas, era el pueblo de las provincias que anhelaba sus viejas creencias sagradas el que se resistía a los imperios intrusos y el que empezó a despedazar los grandes sistemas políticos y a rehacer los vínculos globales que habían surgido bajo su dominio.

Europa y Norteamérica no fueron los únicos lugares en que se inauguraron las nuevas y peligrosas doctrinas de la época revolucionaria. No obstante, las repercusiones ideológicas de las revoluciones europeas, y la nueva agresividad que engendraron sus estados, se extendieron por el mundo y agudizaron estos conflictos. La Revolución Americana, por ejemplo, aceleró el avance desenfrenado de los colonos blancos en Norteamérica e, indirectamente, en el Pacífico central. Las invasiones europeas de Egipto y la acelerada expansión del poder europeo en India, el sudeste asiático y el sur de África fueron consecuencias directas de la Revolución Francesa[3]. Muchos musulmanes temían una nueva era de cruzadas cristianas tras la llegada de Napoleón a las mezquitas de El Cairo en 1798. Mientras tanto, en Oriente, las guerras napoleónicas empujaron a Gran Bretaña y Holanda a ocupar el centro de Java[4]. El colapso de las antiguas supremacías y la irrupción repentina de extranjeros agresivos rompió la historia indígena en todo el mundo. En muchos sitios, la revolución era una invasión cristiana. Creó un vacío

espiritual, comprometiendo el poder de los grandes reyes y destruyendo ancestrales casas espirituales. Aún peor, en partes del Pacífico la importación de enfermedades euroasiáticas por los soldados, los marineros y los comerciantes esparcidos por todo el mundo a raíz de la guerra mundial incrementó la tasa de mortalidad llegando a matar a la mitad de la población.

Los regímenes de principios del siglo XIX tuvieron que afrontar los efectos a largo plazo de este caos social e ideológico. La creación de estados todavía más intrusivos y poderosos, tanto en Europa y sus colonias como fuera de ésta, fue el legado más importante de la época revolucionaria. Pero también hubo otras consecuencias que tradicionalmente se consideran más «progresistas», o incluso benignas. El liberalismo y un sentimiento nacional más agudizado se arraigaron en muchas sociedades del mundo, aunque sus consecuencias tardaron más en florecer. Los acontecimientos del periodo 1780-1820, por lo tanto, aceleraron considerablemente dos de los cambios a largo plazo que examinamos en el capítulo 1: la aparición de naciones-estados resueltas, agresivas y modernas, y el auge de «sociedades educadas, industriosas y comerciales» en todo el mundo.

RESUMEN ANATÓMICO DE LA CRISIS MUNDIAL, 1780-1820

Los historiadores usan la palabra «crisis» con demasiada frecuencia. Señalar una crisis histórica parece indicar que las sociedades y sistemas políticos son normales la mayor parte del tiempo y que, de repente, entran en crisis. De hecho, el conflicto es una parte integral de las sociedades humanas y es erróneo retratarlas como «sistemas en equilibrio». No obstante, parece acertado emplear el término «crisis» para los cambios que sucedieron entre los años 1780 y 1820. El nivel de conflicto se incrementó mucho y brotaron profundos conflictos ideológicos y luchas por los recursos materiales. Lo asombroso es la interconexión de las turbulencias políticas y económicas de esta época. Éstas culminaron en cambios radicales en la forma de gobernar, en la regulación económica para una gran parte de la humanidad y en la pérdida de autonomía local para la otra gran parte.

Este capítulo examina primero la interconexión de las crisis financiera y militar en el mundo. Prosigue analizando el caos ideológico de la era revolucionaria y los nuevos principios que impulsaron al Estado

postrevolucionario. Después analiza la «revolución educada y comercial» que maduró bajo la superficie de estos dramáticos acontecimientos.

El fin de la larga paz: Asia y norte de África

Por lo general, el periodo que va desde 1660 hasta aproximadamente 1720 había disfrutado de un incremento de la actividad comercial en el mundo y de una paz y estabilidad relativas tras la consolidación de los grandes estados agrarios de Asia y África descritos en el capítulo 1. Sus poblaciones se beneficiaron de la consolidación de los imperios Qing, el Imperio Javanés de Mataram, mogol, otomano, safawí y zarista. Aunque las Indias orientales sufrieron una depresión comercial durante el siglo XVII, no parece que ésta afectara seriamente al sur y el este de Asia. También Europa había pasado ya por sus guerras religiosas. El comercio interior floreció. Las ciudades crecieron rápidamente mientras que las enfermedades mortales de otros tiempos se volvieron endémicas en las poblaciones, más que epidémicas. En beneficio de Europa y en detrimento de África, la economía de las plantaciones de esclavos del Atlántico se aceleraron y las colonias europeas en América se expandieron y se sofisticaron.

Las primeras fisuras en esta aparente estabilidad y expansión aparecieron no tanto en Europa como en Oriente Medio y el sur de Asia a principios del siglo XVIII. Los historiadores llevan tiempo debatiendo las causas. Por lo general, los sistemas políticos de Asia y Oriente Medio padecieron lo que Paul Kennedy ha llamado «sobredimensionamiento imperial». Se vieron obligados a librar guerras en las fronteras internas y externas de sus reinos, pero no tenían ni los recursos financieros ni los hombres suficientes para ello. Otra teoría es que la expansión del comercio mundial había dejado dinero y poder en manos de hombres locales y jefes campesinos que ya no toleraban el control imperial, o se rebelaron contra él cuando los gobernantes trataban de subir los impuestos. Fue el éxito de estos grandes regímenes lo que supuso su declive.

Con todo, el colapso simultáneo de dos regímenes orientales tuvo graves consecuencias para sus vecinos y también para los intereses comerciales europeos en su periferia. Después de 1722, el régimen centenario del Irán safawí se desplomó[5]. Su caída desencadenó más de un siglo de guerras entre los diferentes gobiernos de las tribus locales. Las bellas ciudades y el arte safawíes se resintieron o desaparecieron. Aproximadamente al mismo tiempo, el dominio mogol del sur de Asia

empezó a fragmentarse. Las provincias se hicieron semi-independientes, mientras que los ejércitos persa y afgano invadieron el norte de India en 1739 y 1759[6]. Delhi fue saqueada y desvalijada: «Cambió la faz del cielo y de la tierra», como dijo un poeta mogol. Empezó una larga lucha entre los aventureros musulmanes del norte y los reinos guerreros del oeste hindú de los marathas, todos ellos con intención de asimilar la riqueza de Delhi. El declive de los safawíes y los mogoles desató una gran oleada de turbulencias que se extendió desde Mesopotamia en Occidente hasta Tailandia en Oriente. Los principales beneficiarios fueron las potencias europeas que esperaban hambrientas en la periferia. Entre 1757 y 1765, la Compañía de las Indias Orientales inglesa se hizo con el rico territorio de Bengala y su industria textil y sus arrozales. La situación y los conflictos locales lo posibilitaron. Pero el hecho tuvo repercusiones de importancia global. Gran Bretaña ya podía formar un ejército en la India. Esto cambió sutilmente la balanza del poder global bastante antes del auge de la Revolución Industrial.

Los regímenes de Asia oriental sobrevivieron más que los del sur, el oeste e, incluso, Europa. Pero hasta en esto había señales de alarma. En Japón, la hegemonía Tokugawa estaba presionada pero aguantó setenta años más. Durante el reinado del emperador Qianlong, China siguió expandiendo su territorio, aunque ya había presagios del declive de las instituciones imperiales incluso en la década de 1760. Philip Khun ha demostrado cómo en esa década una alarma causada por «hechiceros» casi se le fue de las manos al emperador porque no tenía suficiente poder a nivel local para aplastar a los monjes disidentes, líderes de sectas y bandidos[7]. En el sur, la tensión creció considerablemente. El expansionismo de China se añadió a las presiones que sufrían sus vecinos del sur. El rápido desarrollo del comercio en las costas del sudeste asiático, por los deltas fluviales, y el consiguiente movimiento de poblaciones había cambiado los modelos políticos de la zona. La expansión de formas de guerra europeas y otomanas avivó la competencia económica y política en una región que había sido escenario de guerras entre reinos étnicos. A mediados del siglo XVIII, Birmania y Tailandia se vieron acosadas por una guerra salvaje. Lo que después sería Vietnam también experimentó rebeliones campesinas y conflictos prolongados entre los señores de la guerra regionales. El conflicto duró hasta 1802, cuando el reino se reunificó. En las Indias orientales, el poder holandés se benefició de un largo ciclo de fragmentación y declive en el Estado Mataram de Java, igual que los británicos se aprovecharon del declive político del centro mogol en la India.

Más al oeste, el Imperio Otomano había caído en un serio punto muerto político y económico a finales del siglo XVIII. A largo plazo, los otomanos aguantaron más que los mogoles, los safawíes, y puede que los Qing. Pero los fracasos militares contra los austriacos y rusos en las décadas de 1690 y 1760 habían humillado al régimen y minado sus recursos. Estos desastres externos se vieron acompañados por una serie de graves luchas de poder internas entre el centro y los poderosos magnates regionales. A lo largo del siglo XVIII, Egipto, la provincia más rica del imperio, fue prácticamente independiente. El poder otomano en el norte de África, si no la autoridad, desapareció, mientras que los impuestos y las estafas difuminaron la posibilidad de expansión económica[8].

Todos estos impactantes acontecimientos tenían vínculos directos, aunque lejanos, con las invasiones militares, el ambicioso deseo de los señores de la guerra de emularse entre ellos y la interrupción del comercio tras el paso de los ejércitos. Por ejemplo, el colapso de los safawíes iraníes desató las inmensas ambiciones del conquistador persa Nadir Shah, que invadió la India en 1739. Esto debilitó los regímenes autóctonos indios a la hora de afrontar la expansión europea. El posterior declive económico de la Persia de Nadir desestabilizó por consiguiente las provincias orientales del Imperio Otomano. El conflicto estalló hacia fuera y atrajo a las costas la codicia y la ambición europeas.

Por lo tanto, la crisis era realmente global. De alguna manera, quizás fuera la primera crisis global. ¿Pero podemos ver bajo la miríada de formas externas de estas convulsiones una tendencia común subyacente? Parte de la respuesta se desprende implícitamente de lo dicho en la sección anterior: los regímenes de todo el mundo eran especialmente vulnerables a las presiones financieras de las guerras de la época. La «revolución militar» en Europa descrita por el historiador Geoffrey Parker[9] tuvo su dimensión global[10]. Los cambios en la tecnología militar, algunos de origen europeo y otros foráneos, parecen haber presionado cada vez más las finanzas de los imperios musulmanes e incluso de China desde finales del siglo XVII en adelante. Asia y los otomanos perdieron el liderazgo en la guerra de artillería y galeras ante los europeos, que a la vez desarrollaron nuevos tipos de armas ligeras y nuevos sistemas de fortificación.

El coste de la guerra había aumentado mucho. Esto fue un problema en particular para los imperios musulmanes y China, desunidos y absortos en el interior de sus fronteras precisamente para tratar de incorporar y acomodar a los jefes locales. El clima económico general

tampoco era propicio. La continua llegada de plata del Nuevo Mundo a lo largo de los siglos XVI y XVII había incrementado los precios. Algunas partes del noroeste de Europa pudieron contrarrestar estos costes con la mayor productividad de las revoluciones industriosas. A pesar de los graves problemas de control político, la economía rusa marchó bien a lo largo de estos siglos. En gran parte del sur de Europa y del oeste y sur de Asia, sin embargo, los gobiernos y los grupos dirigentes se vieron presionados. El coste de la guerra y de los bienes estratégicos aumentaba, pero no se contrarrestaba con una mayor productividad. Además, los grandes reinos de Asia estaban maniatados por su organización interna. Si los gobernantes subían los impuestos demasiado, se arriesgaban a que los campesinos abandonaran los campos y a que estallaran revueltas entre los magnates locales. Si expandían las fronteras para ocupar nuevas zonas de comercio y agricultura para explotarlas y recaudar impuestos, se arriesgaban a provocar inacabables guerras en las fronteras, y éstas, de nuevo, incrementarían los gastos del Estado.

Esta situación sin salida fue justo la que tuvo que encarar el imperio mogol. A partir de 1670, el emperador Aurangzeb se vio inmerso en una larga guerra de ocupación contra los marathas del oeste de la India y, a la vez, tuvo que afrontar la deserción y rebelión de campesinos en las cercanías de la capital imperial. Los gastos militares de Aurangzeb aumentaron, pero a la vez la recaudación de impuestos se interrumpió; un caso clásico de sobredimensionamiento imperial. Sus sucesores del siglo XVIII se vieron obligados a buscar soluciones extremas para resolver el problema «militar-fiscal». La subida de los costes de la guerra, con la llegada del nuevo estilo de armamento europeo y otomano, complicó aún más la situación. Los emperadores podían contratar a peligrosos mercenarios afganos, abisinios o, peor, europeos, para luchar por ellos. Podían dedicar parte de sus ingresos a estos extranjeros peligrosos, o «ceder» sus rentas a sus súbditos poderosos con el fin de ganar dinero para comprar armas. También podían gastar dinero y sangre en constantes campañas de pacificación interna contra sus nobles locales y campesinos. Todas estas soluciones se les podían ir de las manos, y así ocurrió. Los mismos problemas acechaban a los demás regímenes afroasiáticos en este periodo. Primero cayeron los safawíes y los javaneses. Los otomanos aguantaron hasta el siglo XIX, pero mientras tuvieron que ceder sus provincias más ricas a súbditos poderosos. De hecho, estaban atrapados en la misma dicotomía del incremento del gasto militar y la pérdida o el estancamiento de sus ingresos.

Guerra y finanzas en Europa

Un dilema similar y vinculado afectaba a los gobiernos europeos contemporáneos. En 1700, sus sistemas de impuestos y de control interno eran por lo general más grandes que los de los estados asiáticos y del norte de África. Pero, a la vez, tenían intereses globales más extensos que provocaban regularmente conflictos entre ellos y con Asia y África. Mientras que durante el siglo XVII las guerras europeas fueron por religión y en aras del poder del Estado para suprimir la disidencia y la herejía, las del siglo XVIII serían por recursos dinásticos y por el control de las ciudades, el comercio y los aranceles. Las élites europeas empezaron a suplementar sus ingresos como terratenientes con los beneficios de las plantaciones de esclavos del Atlántico, y comerciando con el Mediterráneo y con Asia. Las grandes corporaciones, como las compañías de las Indias Orientales inglesa, francesa y holandesa, así como las sucursales de agencias españolas y portuguesas en Sudamérica, ganaron gran importancia política. El comercio ultramarino, por tanto, afectaba directamente al crédito europeo de una manera que los políticos y economistas políticos de Europa tenían que tomar en cuenta. Las guerras europeas de las décadas de 1740 y 1760 se convirtieron en guerras del litoral asiático y norteamericano, mientras que Gran Bretaña con frecuencia negoció privilegios con las potencias continentales usando los fuertes y mercados capturados en Asia y América.

Este tipo de guerra era especialmente costoso: suponía «romper ventanas con guineas», como dijo el primer ministro británico, William Pitt el Viejo. Las fuerzas navales engullían enormes recursos. El buque insignia de Nelson, *HMS Victory,* costó cinco veces más que la planta metalúrgica de Abraham Crowley, una de las inversiones más importantes de la Revolución Industrial[11]. Los efectos de las nuevas técnicas militares y armas convencionales —como el fusil de chispa, inventado entre 1680 y 1730— ya formaban parte de todos los conflictos. Federico el Grande de Prusia introdujo métodos disciplinados de uso de las armas de fuego. Algunas potencias europeas y no europeas más pequeñas empezaron a emplear métodos europeos y a construir nuevas fortalezas defensivas diseñadas con ingeniería científica hacia mediados del siglo XVIII. Todo esto incrementó los costes de la guerra.

Un último incremento de los costes bélicos en todo el mundo resultó de la Revolución Francesa. Napoleón adaptó y extendió la idea de una leva masiva de jóvenes para defender la patria. El emperador envió enormes ejércitos de hombres contra Austria, Prusia y Rusia. Esto exigía

una respuesta de estados como Gran Bretaña, con un número inferior de hombres jóvenes en edad militar. En la batalla de Minden de 1759, Gran Bretaña desplegó sólo 5.000 soldados de infantería. En Waterloo en 1815, tuvieron que desplegar 21.000, un número relativamente pequeño comparado con los ejércitos de Alemania, Francia y Rusia[12]. Los ingleses gastaban más dinero que sangre. Usaron su poder fiscal para dar enormes subsidios a sus aliados para mantenerlos involucrados en la guerra.

El problema de los estados europeos era que aunque se veían forzados a librar guerras globales, éstas costaban tanto en hombres y en tesoro, que la mayoría no contaba con recursos suficientes para llevarlas a cabo. Desde mediados del siglo XVIII hasta finales, la expansión económica se desaceleró. De hecho, el crecimiento de la población parece haber dejado atrás la capacidad agraria para innovar en muchas partes de Europa. Los gobiernos seguían dependiendo de camarillas de grandes terratenientes, incluso en las sociedades relativamente comerciales del norte de Europa. Los efectos generadores de riqueza de la industrialización aún no se apreciaban, y así sería durante dos generaciones más. Los gobiernos que libraban guerras dentro y fuera de Europa con recursos militares y navales apenas podían reclamar los beneficios de los grandes terratenientes. Esto habría supuesto arriesgarse a una rebelión o a minar la posición de ministros ante las asambleas parlamentarias que operaban de manera irregular en casi toda Europa, con más seriedad en Gran Bretaña y sus dominios irlandeses y norteamericanos. Al mismo tiempo, dado el crecimiento de grandes ciudades indisciplinadas que dependían del comercio y de los empleos gubernamentales, las autoridades difícilmente podían recaudar impuestos de las clases urbanas medias-bajas y obreras. Las revueltas continuas a causa de los impuestos, los aranceles y el precio del pan se lo hacían saber a los gobiernos europeos. Este tipo de problemas llevó a los llamados déspotas ilustrados de Alemania, Rusia y Austria y a sus aliados intelectuales a tratar de reformar las viejas autocracias europeas. Y, como se sabe, los gobiernos reformistas son extremadamente vulnerables.

Llega a Europa la crisis fiscal y militar, 1756-1789

En la década de 1760, estas discretas bolsas de turbulencia en Eurasia y las Américas confluyeron con más fuerza, agudizando los conflictos tanto dentro como fuera de Europa. Los acontecimientos en la zona

europeo-atlántica fueron críticos. La Guerra de los Siete Años (1756-1763), en la que participaron Austria, Rusia, Prusia, Francia y Gran Bretaña, presionó a todos los estados europeos. Dentro de Europa, la guerra destapó la debilidad económica y militar de las grandes monarquías. Fuera de Europa, se convirtió en un costoso juego de colonización. En ambos casos, la experiencia de la guerra empujó a gobiernos a arriesgadas reformas políticas internas y a la expansión exterior. La monarquía española trató de recuperar el honor y los ingresos tras la derrota ante Gran Bretaña remozando su imperio americano. Sin embargo, España no tenía el suficiente poder para imponer un control firme en sus ricas y pobladas colonias, cuya población más importante se identificaba cada vez más con América y no con el Viejo Mundo. La independencia latinoamericana no fue una posibilidad real hasta que Napoleón invadió España treinta años después, pero ya en las décadas de 1770 y 1780 las diferencias entre los colonos criollos y los partidos imperialistas de Sudamérica estaban bien definidas. Los recursos españoles se vieron mermados por el esfuerzo de gobernar su imperio y de sofocar las revueltas amerindias que brotaban por su política de obtener dinero[13] exprimiendo a los campesinos.

Otra fisura del sistema internacional que se ensanchó después de 1757 fue la casi constante guerra entre Gran Bretaña y Francia. Lucharon en el Caribe, en Canadá y en la India. Tras una serie de victorias sorprendentes contra Francia, a Gran Bretaña le llegó su propio némesis. Después de la guerra contra Francia y España de 1763, trató de recuperar el coste de la contienda en Norteamérica. El ministerio británico se empecinó en subir los impuestos en América y desplegó un enorme ejército real en las Trece Colonias norteamericanas para vigilar los territorios recién conquistados a Francia y protegerlos de los posibles ataques indios en el Oeste. Esto ofendió a la legislatura local, ferozmente independiente, para quien el gobierno real centralizado, sobre todo el gobierno real de la alta Iglesia anglicana, era un anatema. Los panfletistas americanos recelaban sobre todo de la Compañía de las Indias Orientales, que monopolizaba el comercio en el este. La consideraban una máquina corrupta que gozaba de protección especial desde Londres[14]. La Revolución Americana empezó a pequeña escala, como una revuelta contra los impuestos y la tiranía local. Su objetivo era restaurar los poderes de las asambleas locales, erosionados por la intrusión de la Corona. Los americanos recelaban perder su libertad religiosa y dudaban de la buena fe del gobierno británico que había otorgado amplios derechos a los católicos franceses de Canadá. Sin embargo, la entrada en la guerra de Francia y España del lado norteamericano en 1779 asegu-

ró la derrota británica y transformó un conflicto regional en una convulsión mundial. Los franceses vieron la oportunidad de romper el creciente monopolio británico del comercio internacional, sólo tan obvio tras sus victorias en Canadá e India[15].

La pérdida de las colonias no resultó letal para el sistema político británico, en parte porque Gran Bretaña retuvo las ricas islas caribeñas[16]. Sin embargo, la derrota en América causó cambios importantes en la política imperial de Gran Bretaña, que echó leña al creciente fuego de la crisis en Oriente. El gobierno británico se volvió más posesivo e intervencionista en Asia. Una generación de historiadores del sur de Asia mantiene que la expansión de la Compañía de las Indias Orientales desde su base en Bengala hasta conquistar gran parte de la India entre 1783 y 1818 se debió a su voraz necesidad de financiar sus fuerzas militares. La Compañía obligaba a los jefes indios a pagar los sueldos de las tropas o, si no, se quedaba con los territorios más productivos. El valor del comercio indio era insignificante comparado con las riquezas producidas por sus rentas territoriales. Los británicos empezaron a mirar también hacia China, sólo diez años después de la derrota en América. El comercio con China empezó a dominar las cuentas de la Compañía de las Indias, que necesitaba desesperadamente dinero. Había una demanda casi insaciable de té chino en Gran Bretaña, y el algodón crudo y el opio indios eran recursos valiosos para comprar. Gran Bretaña navegó con éxito por la tormenta desatada por su derrota en América a base de explotar sus colonias caribeñas y asiáticas.

Irónicamente, las víctimas más visibles de los problemas financieros y controversias políticas que creó la guerra americana fueron la monarquía y las clases gobernantes francesas, supuestos vencedores, y no los británicos. Un cambio ideológico importante también estaba en el aire. El lema norteamericano de «ningún impuesto sin representación» tenía especial significado en Francia. Los voluntarios franceses movilizados por el héroe de la guerra americana, el marqués de Lafayette, cantaban canciones patrióticas americanas en sus desfiles en Francia. El ejemplo norteamericano trajo a Europa ideas de reforma y representatividad a través de asambleas populares que pronto arraigaron en Francia. El filósofo del libre comercio Condorcet escribió: «El espectáculo de la igualdad que impera en los Estados Unidos... será útil para Europa»[17]. Menos romántico, el enorme aval financiero que asumió la Corona francesa para ayudar a los norteamericanos llevó a los ministros reales a poner en práctica arriesgados pero incoherentes programas de reforma. Estos minaron paulatinamente la base de la monarquía. Para poder llevar a cabo los cambios políticos, los ministros necesitaban el apoyo de la élite

y del pueblo. Pero no se atrevían a confiar en los viejos poderes y asambleas, ni supieron ver la importancia de buscar el apoyo de los abogados y de las nuevos profesionales en París y el resto de las grandes ciudades. Al final, las reformas simplemente provocaron mayor oposición. Para resolver esta crisis, muchos expertos abogaron por una nueva asamblea constituyente al estilo norteamericano. Pero, al no haber consenso, en 1789 se reunió el más antiguo y poco ágil cuerpo representativo, los Estados Generales. Como los Estados Generales funcionaban según el arcaico principio de representación de los estamentos sociales, los conflictos entre la nobleza, la Iglesia y las clases medias se agudizaron.

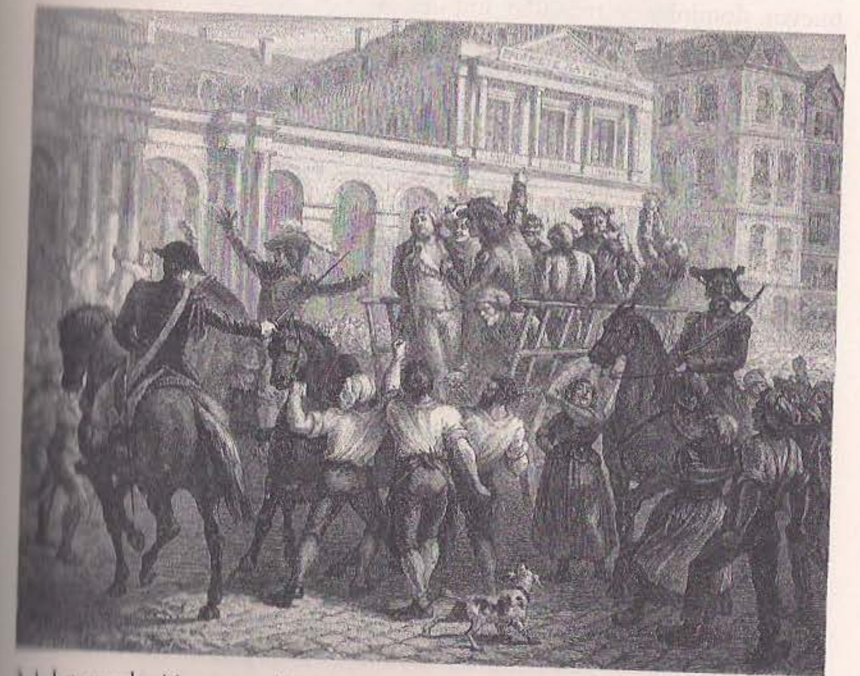
El punto muerto del gobierno central francés resultante permitió entre 1789 y 1790 que se encendiera todo tipo de revueltas locales y de conflictos sociales, que acabaron en cierto sentido por nacionalizarse[18]. Las protestas de los campesinos, las revueltas anticlericales y los constantes brotes de desorden público en París y otras grandes ciudades sacudieron a una serie de ministros que se vieron obligados a tomar posiciones cada vez más radicales. Ya hacia 1792, los elementos de la próxima contienda estaban bien definidos. La fragmentación del Antiguo Régimen dio rienda suelta a los fuertes sentimientos de autonomía regional y local que siempre existieron bajo la superficie del gobierno real. Los «federalistas», representados en París por los llamados girondinos, tenían en frente un bloque de centralistas radicales, los jacobinos. Éstos pensaban que un gobierno fuerte podría crear «una república virtuosa» y deshacerse de la Iglesia, la nobleza y la monarquía de un solo golpe. Las impredecibles multitudes de París y de otras grandes ciudades, que a lo largo de previas generaciones se habían hecho cada vez más activas en la calle, avivaron la sensación de pánico. La reacción conservadora, sobre todo en el noroeste del país, donde los terratenientes, clérigos y campesinos religiosos trataban de frustrar los ánimos de los republicanos anticlericales, enfureció a los radicales y les llevó a instituir las sangrientas masacres del Terror en 1793[19].

Fase climatérica: la reexportación de la revolución mundial desde Francia, 1789-1815

Lo que más radicalizó la Revolución fue la invasión de Francia por parte de las grandes potencias, horrorizadas por la ejecución del rey y de la aristocracia, pero también ansiosas de conseguir las tierras, las colonias y los territorios a los que venían echando el ojo a lo largo de

las guerras del siglo anterior. La presencia de ejércitos extranjeros en suelo francés desató una ola de resistencia que arrastró a la Revolución y, más adelante, a los ejércitos de Napoleón Bonaparte a cruzar las fronteras de Francia e incluso de Europa. Los radicales adheridos a los ideales de la Declaración de los Derechos del Hombre se aliaron con los campesinos ricos y la burguesía temerosos de perder las tierras de la aristocracia y de la Iglesia que habían ocupado. Juntos desataron una extraordinaria explosión de energía política y militar. El peligro de invasión por extranjeros fue un poderoso incentivo para el alistamiento en los enormes ejércitos de la República y, más adelante, del Imperio.

Los ejércitos revolucionarios e imperiales fueron a todas partes, a las tierras del Rin, Italia, España, los estados alemanes, el este de Europa e incluso Egipto. En todos estos países encontraron gente que deseaba



3.1 La revolución transatlántica: ejecución del duque de Orleans, 1793. Litografía contemporánea.

cambios. Comerciantes envidiosos de los monopolios estatales o de las asociaciones, campesinos resistentes a los impuestos feudales, anticlericales que miraban con odio los privilegios de la Iglesia..., todos apoyaron a los procónsules franceses y príncipes de la familia de Napoleón, que más tarde acabó por gobernar Europa[20]. Antes de que el aspecto dominante del imperialismo francés resultara inevitable, los jóvenes radicales de todo el mundo pensaban que era «una delicia estar vivo» mientras caían a su alrededor las antiguas y corruptas supremacías.

Los historiadores modernos han tratado cautelosamente de demostrar que el Imperio que crearon los ejércitos revolucionarios y napoleónicos en Europa, Egipto e, incluso, en las distantes Indias Holandesas, sólo tuvo efectos sociales limitados. Fuera de Francia y de las áreas cercanas de Bélgica, Holanda e Italia, dicen, la aristocracia se reorganizó con astucia para preservar sus tierras y sus privilegios. Como pasó con la Compañía de las Indias inglesa, los invasores, por muy revolucionarias que fueran sus intenciones, se vieron obligados a pactar con la gente importante de la sociedad simplemente para poder estabilizar sus nuevos dominios y recaudar impuestos. Los generales napoleónicos buscaban ante todo el orden, ya fuera cuando dispersaban las multitudes parisinas en 1795, o al sofocar las revueltas en los bazares de El Cairo tras la invasión de Napoleón de Egipto en 1798. Buscaban a los jefes locales para preservar la paz.

No obstante, hubo cambios. El nuevo Estado era posesivo e intrusivo. Por lo menos, se fundió y alió con diferentes elementos de la antigua élite. El Estado napoleónico en Europa, y brevemente en Egipto, es un buen ejemplo de la misma combinación explosiva de ambición militar y necesidad financiera que había provocado originalmente la crisis mundial[21]. La intención de la corta pero radical transformación de Europa y de sus fronteras impulsada por Napoleón fue consecuencia de las necesidades estratégicas e ideológicas del Estado revolucionario francés. Pero el imperio, conquistado por la transformación de la leva masiva revolucionaria alistada en un ejército de 2.000.000 de soldados, pronto desarrolló su propio impulso. Las enormes recompensas y subsidios que exigió Francia a los países conquistados o amedrentados y a sus ejércitos aliados ayudaron a paliar el coste de la guerra. El control de las economías europeas también compensó a Francia por la pérdida de tantas colonias y territorios de ultramar a manos de los británicos. A Venecia le quitaron seis millones de francos y sus posesiones más valiosas en 1797. Otros estados derrotados se vieron reorganizados para que sus economías financiaran los posteriores avances del Gran Ejército



3.2 Napoleón en toda su gloria: *Napoleón en el trono imperial.* Cuadro de Jean-Auguste-Dominique Ingres, *c.* 1806.

francés. Durante la breve ocupación francesa de Egipto, las rentas de sus tierras fueron reorganizadas para proveer un millón de francos al mes a Napoleón.

El gobierno ilustrado francés supuestamente barrería la corrupción y la venalidad del viejo orden. Pero, irónicamente, muchas veces creó un sistema de estipendios y subsidios para el mantenimiento del Ejército que se parecía muchísimo a los de los otomanos, rusos y mogoles y sus sucesores británicos en la India. Napoleón estableció un sistema de «donaciones» e «implicaciones» en los territorios conquistados para mantener a sus soldados y administradores. Por ejemplo, el rico territorio del Véneto quedó asignado al reino de Italia controlado por Francia

con la condición de que un 10% de sus rentas fueran para este tipo de subsidio. Se implementaron políticas parecidas en el centro y el este de Europa. El emperador tenía que mantener y aplacar a la gran cantidad de oficiales franceses y de otras nacionalidades que comandaban sus ejércitos y englobaban sus administraciones satélites. Hacia 1814, 5.000 personas recibían este tipo de subsidio, con un coste total de más de 30 millones de francos al mes[22]. Esto aparte de los muchos oficiales del ejército regular y de administradores a los que mantenían con los subsidios y tributos varios que pagaban al Estado francés los territorios conquistados. Como ocurría con otros estados en guerra, la economía continental europea se mantenía gracias a lo que los británicos llamaban «la vieja corrupción». Los contratistas y empresarios militares hicieron enormes fortunas. G. J. Ouvrard, por ejemplo, un socio de la emperatriz Josefina, creó un destartalado ejército de subcontratados y clientes que se extendía por todo el imperio y, a través de Madrid, enlazaba con otro grupo de empresarios de México y Perú[23].

El impacto del Estado revolucionario y napoleónico alcanzó mucho más allá de la zona conquistada por Francia. En el Caribe, la pronta liberación de los esclavos decretada por la Revolución fue derogada por Napoleón. Pero, en todas partes, la revuelta de esclavos, que ya hervía peligrosamente antes de la Revolución, adoptó una nueva dimensión ideológica. En Haití, los ejércitos del esclavo revolucionario Touissant L'Ouverture, el gran «jacobino negro», ayudaron incluso a salvar a la Revolución de sus enemigos en Europa al absorber a casi 100.000 soldados ingleses, la mayoría de los cuales murieron a causa de enfermedades tropicales[24]. Más adelante, cuando Napoleón trató de reintroducir la esclavitud en 1800, sus ejércitos sufrieron su primera derrota terrestre en Haití, lo que desaceleró el crecimiento del nuevo imperio. Éstos son ejemplos muy buenos de cómo el resto del mundo no aceptó la crisis europea pasivamente, sino que ésta «rebotó» hacia Europa, donde provocó nuevas oleadas de cambios. Como la famosa metáfora de la mariposa revoloteando en Tokio que provoca un vendaval en el Central Park neoyorquino, las ondas expansivas se hicieron sentir muy lejos. La caída de España ante los ejércitos napoleónicos desencadenó la revuelta de las colonias americanas españolas. A su vez, la interrupción del tráfico de esclavos y de la producción de plata en México y Perú provocó cambios en el oeste de África y en Asia, sobre todo en China, que dependía de la importación de plata mexicana[25]. También en el sur de África, las intensas guerras europeas y los conflictos ideológicos entre

los colonos europeos tuvo un efecto dominó en los reinos africanos colindantes, ya de por sí más militarizados y agresivos[26].

Por su parte, los británicos endurecieron su control en Irlanda tras la rebelión de 1798, respaldada por Francia. También remodelaron su régimen en Canadá tras la guerra de 1812 contra Estados Unidos, que había estallado por el bloqueo de la Europa napoleónica. Mientras tanto, en Oriente, la guerra internacional permitió a los agresivos comandantes locales aplastar a los restantes estados independientes indios. En actos de «subimperialismo» local, los británicos también invadieron las Indias holandesas, aliadas de Napoleón a través de su señor colonial, la república holandesa de Batavia.

En todo el mundo, el nuevo vigor militar y la agresividad de los estados europeos, revolucionarios y reaccionarios, ayudaron por tanto a intensificar los conflictos internos y las contradicciones que arrastraban los viejos estados asiáticos desde 1700. El Imperio Otomano, perdido Egipto y acosado militarmente por una Rusia rejuvenecida por la victoria del zar ante Napoleón en 1812, se vio obligado a reformarse o morir. Nuevos y agresivos mininapoleones británicos y rusos se repartieron la India mogol y el Asia central. China estaba a punto de encontrarse con una ofensiva británica mucho más atrevida y prepotente que la desastrosa misión de lord Macartney a Beijing entre 1793-1795, cuando le dijeron que los reinos medios no necesitaban «baratijas occidentales».

Incluso en el lejano océano Pacífico se notaron, indirecta pero igualmente poderosos, los efectos de la era revolucionaria global. De diversas formas, las ondas expansivas de las crisis militares, económicas e ideológicas impactaron en Australia, Nueva Zelanda y las islas de la Polinesia. Parte del gran potencial naval europeo y norteamericano se desplegó por la zona. La rivalidad comercial durante el «bloqueo continental» británico del imperio napoleónico intensificó la búsqueda de aceite de ballena en los mares del sur, enviando balleneros y «raqueros» a sus costas. Las colonias penales y las misiones británicas en Australia fueron productos relacionados con la nueva definición del Estado y de la religión evangélica que resultó de los conflictos revolucionarios. Los misioneros norteamericanos llegaron a Hawai, simbolizando su agradecimiento a Dios por crear una república virtuosa. También aquí las armas y las ideologías europeas se combinaron para provocar cambios de poder internos. Los grupos maoríes de la isla norte de Nueva Zelanda fueron los primeros en aprender a manejar la nueva tecnología militar europea. Esto les permitió invadir la isla sur y derrocar a sus jefes.

MINAR LA LEGITIMIDAD DEL ESTADO: DE FRANCIA A CHINA

Como sugerimos en la sección anterior, el argumento de que la crisis mundial de 1780-1820 tuvo origen en el desequilibrio militar y financiero de los estados es convincente. Esta tensión afectó primero a los grandes estados multiétnicos y porosos del sur y el oeste asiáticos. A partir de 1760, apareció en Europa y en sus colonias americanas, hasta que provocó el desmoronamiento de todo el edificio monárquico europeo después de 1789. De entonces en adelante, la necesidad de financiación militar motivó a los estados agresivos tanto en Europa como fuera.

Sin embargo, esto no puede explicar totalmente lo que los contemporáneos llamaron «el naufragio universal de las naciones». Por supuesto, las crisis financieras y las derrotas militares han sido las principales razones causantes de la caída de regímenes a lo largo de la historia. Como ocurrió entre 1780 y 1820, estas convulsiones desataron como de costumbre las tensiones económicas subyacentes, que habían sido consecuencia de un crecimiento económico lento o de una distribución desigual de recompensas y penalizaciones económicas. Sin embargo, la crisis mundial de este periodo fue más profunda y más fundamental de lo que esta explicación materialista parece decir. Esta sección analiza la conexión entre las crisis sociales y los modos de oposición a la autoridad en las diferentes sociedades del mundo.

En todo el mundo, la pobreza, la privación y el conflicto social plantearon preguntas fundamentales acerca del derecho de los gobernantes a gobernar. No existe una diferencia real entre «cultura» y «economía», sobre todo en sociedades que se mueren de hambre. La gran proliferación de asociaciones de prensa y políticas en Europa y América en el siglo XVIII, que mencionamos en el capítulo anterior, hizo a la gente más escéptica y más hostil hacia la autoridad establecida. Para explicar las diferentes manifestaciones de esta hostilidad es preciso analizar las historias de conflictos ideológicos y de las creencias populares. La naturaleza de «la cultura de la oposición» en diferentes contextos parece haber sido clave a la hora de convertir los conflictos económicos en crisis sociales generales. Esto nos ayudará a entender por qué diferentes sociedades tomaron rumbos distintos en el transcurso de una época de revoluciones que tuvo diferentes orígenes, pero también amplias consecuencias globales. También nos ayudará a sanar la brecha entre la antigua historia de los procesos económicos y políticos y las nuevas historias de representación y discursos. Aunque es probable que muchos de los adherentes de estas escuelas antepuestas nieguen que esto sea posi-

ble, o incluso aconsejable, el material histórico ya está disponible para hacerlo.

En el caso de América, algunos de los más profundos linajes de oposición habían surgido alrededor de la hostilidad hacia la «tiranía» y el catolicismo romano. En la década de 1770, esto se avivó debido a los favores británicos a los recién conquistados católicos de Canadá. Fue fácil «vincular» esto con el resentimiento por los impuestos. El Primer Congreso Continental denunció que:

> El acto aprobado en la misma sesión [del Parlamento británico] para establecer la religión católica romana en la provincia de Québec, aboliendo allí el sistema equitativo de las leyes inglesas y erigiendo una tiranía, que hace peligrar (por la total disparidad de religión, derecho y gobierno) las vecinas colonias británicas, con cuya sangre y tesoro ayudaron a conquistar dicha tierra a Francia[27].

Historiadores recientes han demostrado que, de una forma parecida, la incompetencia financiera real en Francia se volvió un tema moral. Si la corte era avariciosa y recaudaba impuestos de manera irresponsable lo hacía porque era lujuriosa, degenerada y sexualmente pervertida. Al investigar qué leían los franceses en las dos o tres décadas anteriores a la Revolución, Robert Darnton descubrió todo un mundo de libros prohibidos, debates y rumores[28]. Éstos erosionaron sistemáticamente la base moral de la monarquía, la aristocracia y la Iglesia, por medio de obscenidades y calumnias políticas. La gente estaba tan acostumbrada a pensar en la corte como algo corrupto, egoísta e incluso ridículo que, cuando la crisis política llegó a su punto más alto en 1791-1792, se creía todo. Darnton y Mona Ozouf han demostrado que muchas representaciones de corrupción eran expresadas en términos de género. Panfletos y anécdotas groseros jugaban persistentemente con los rumores de la supuesta lascivia y perversión de la reina María Antonieta. Una libertina extranjera, como se creía, podía corromper con facilidad a su marido, el rey, y empujarle a traicionar al nuevo y dinámico patriotismo francés que crecía en París y las ciudades grandes, tan lejanas de la corte real de Versalles[29].

La rígida doctrina de la soberanía popular, alimentada por intelectuales radicales distanciados del proceso de gobierno, llenó un vacío en el que ya no había autoridad. Como los ritos reales, nobles y eclesiásticos habían quedado tan desprestigiados, se tuvieron que inventar unos completamente nuevos basados en fuentes clásicas o milenarias, como demostró Lynn Hunt en la década de 1980[30]. Es difícil pensar en una ruptura mental más profunda que el abandono del calendario cristiano

que brevemente lograron los revolucionarios. Una vez caídos los símbolos huecos y discursos del viejo orden en Francia, la crisis se aceleró. La feroz resistencia de los resentidos católicos y círculos leales causó contraataques y más terror, porque ningún discurso moderador de legalidad, religión o política logró establecerse como legítimo durante unos pocos pero devastadores años.

A lo largo de los últimos veinte años, Robert Darnton, Keith Baker, François Furet[31] y Gwynne Lewis han mantenido que la propia naturaleza de la autocracia francesa y de su arcaica pero implacable policía ayudó a magnificar la importancia del libelo y el escándalo en la cultura popular. En Gran Bretaña también abundaban las caricaturas políticas y las sátiras brutales. Sin embargo, el Parlamento y la prensa londinenses actuaban como un punto de presión en el que la ira política y el desdén se concentraban y se disipaban. Los historiadores han demostrado que la antigua tradición violenta de revueltas y protestas radicales en Gran Bretaña estaba en realidad siendo domesticada durante los años de la Revolución. La Sociedad de la Correspondencia de Londres de la década de 1790, una asociación reformista de intelectuales y artesanos tildada de subversiva por los conservadores era, de hecho, un foro de debate educado y tranquilo, el verdadero bisabuelo del socialismo británico. Una vez comenzada la guerra, un poderoso sistema de comunicación extendió el miedo a Francia, al catolicismo y al jacobinismo entre un grupo variado de burguesía acomodada y comerciantes con un interés específico en el orden social, aunque desdeñaran la corte y la capital. Poca gente se atrevía a situarse fuera de la ley. La lealtad a la Corona adquirió una importancia independiente de las actividades de la extraña e impopular familia real. Incluso las deudas del gobierno, que en Francia fueron motivo para desdeñar a la corte, se interpretaron en Gran Bretaña como símbolo de la madurez nacional. La existencia de «La deuda nacional» se usaba como prueba de que los británicos estaban unidos por un contrato social irrompible y no como prueba de la disipación y el libertinaje de la aristocracia.

De una forma similar, las dudas acerca de la Iglesia que expresaban los filósofos populares y los fervorosos reformadores evangélicos no desembocaron en un ataque frontal contra la ella como sucedió en Francia. Muchos pensadores de la Ilustración Gran Bretaña —y Alemania— querían «relegar a Dios al asiento de atrás», pero pocos querían deshacerse de Él por completo. Al contrario, los evangélicos y metodistas británicos y los protestantes alemanes reformistas, llamados neopietistas, aspiraban a una Ilustración conservadora. Estos notables querían

mejorar la sociedad aplicando la benevolencia racional a los problemas de la pobreza y la ignorancia. Libres del anticlericalismo explosivo de la Francia y del norte de Italia católicos, los metodistas británicos y los pietistas alemanes y escandinavos no se alinearon con la revolución social y la expropiación de tierras. Esta moderación no se había visto veinte años antes en las colonias británicas de Norteamérica. Allí, la rutinaria oposición y la demandas de un gobierno recto y se oponían a la administración real que, para la mayoría de la población, no tenía más legitimidad que el gobierno real en Francia. La Corona era vista como un tirano, no como un defensor de las libertades religiosas y de las comunidades.

Así, la cultura popular, las creencias y la representación de la política nos dan una importante etapa media del «modelo» de revolución, entre la tensión social y el desmoronamiento radical político. Eran una especie de «acelerador» conceptual que llevaban los conflictos sociales y políticos fundamentales hasta el caos. Y la gran fuerza de esta nueva «historia de las representaciones» es que se puede aplicar a cualquier sociedad humana. La obra de Furet, Ozouf y Darnton tiene paralelos en historias del mundo extraeuropeo. Una interpretación parecida puede, por lo tanto, aplicarse a otros acontecimientos claves de la crisis mundial, el declive de los grandes reinos de Asia y del norte de África. Movimientos que pretendían purgar el poder y someterlo a las antiguas virtudes universales ya existían en varias partes de Asia y Africa. Así, *Soulstealers,* la obra de Philip Khun, presenta una visión de la China de Qianlong muy distinta a la de las historias políticas y económicas tradicionales. Aunque China siguió creciendo económicamente y expandiendo sus fronteras imperiales durante el siglo XVIII, como señalan muchos historiadores, ya en 1767 el régimen chino tuvo que afrontar graves problemas con movimientos disidentes que agudizaron y se alimentaron de los problemas económicos.

Khun nos muestra una cultura popular china de rumores apocalípticos, siempre alerta a la aparición de hechiceros o espíritus malignos. Monjes nómadas extendieron las ideologías del budismo milenarista: la idea de que la salvación llegaría pronto a la Tierra y de que los poderes terrenales iban a desaparecer muy pronto[32]. Esto ayudó a erosionar la legitimidad de los estudiosos burgueses confucianos, sobre todo en las zonas fronterizas, de una manera parecida a la de los libelos que minaron a la nobleza, la Iglesia y la corte de Francia. El mismísimo Imperio Chino había promovido la diferencia entre lo manchú y lo chino, entre la clase dirigente y el budismo popular. Beijing insistía en la prioridad

de los manchúes en la obtención de empleos y puestos oficiales, y fomentaba la religión tibetana y lamaísta de Asia central en la corte, provocando el resentimiento de la etnia china. La muerte del emperador Qianlong en 1799 desveló el alcance de la corrupción en el gobierno cuando distintas facciones de los nobles manchúes lucharon por los privilegios de los puestos oficiales y por controlar al nuevo monarca. Algunos estudiosos empezaron a insinuar que, a pesar de ser mejores que la dinastía Ming, los Qing empezaban a perder el mandato divino. Durante los siguientes veinte años una serie de revueltas estallaron en el norte y el sur de China. Los rebeldes reclamaban la legitimidad basándose en ideologías varias: budismo milenarista, bandidaje «social», taoísmo popular, religión espiritista china y milenarismo cristiano local. Todas estas ideologías compartían una idea central: las autoridades corruptas y el mal gobierno habían violado la economía moral de la clase media y de los pobres.

Sin embargo, las primeras rebeliones del nuevo siglo eran una premonición de la turbulencia y no el comienzo del desmoronamiento del imperio Qing. Al igual que la llamada «Amenaza de los hechiceros» de la década de 1760, revelaban la tensión que crecía en la sociedad china. También mostraban cómo esta tensión se agudizaba por las repercusiones económicas y políticas de las revoluciones europeas y atlánticas. Sin embargo, hasta 1900, algunos estudiosos de la burguesía china siguieron apoyando al régimen. El discurso crítico se dirigía más a la corrupción burocrática que a la corte, no como en Francia. La dinastía china no estuvo nunca herida de gravedad en lo que a legitimidad se refiere, por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX. Los líderes mesiánicos budistas y taoístas atacaban al emperador, desde luego, pero los movimientos con más éxito de la época centraron sus invectivas contra los burócratas locales, predicando con frecuencia una especie de cisma en el que la gente de dios debía marcharse y vivir en las fronteras. Para recapitular, los rituales de resistencia probados variaban de sociedad en sociedad y afectaban a la escala de los movimientos de protesta independientemente del nivel de pobreza material.

Sin llevar la idea demasiado lejos, hay ciertas analogías entre Gran Bretaña y Japón, igual que había entre Francia y China. Japón no fue inmune a las tensiones de la era de las revoluciones. A lo largo de las tres generaciones posteriores a 1789, Japón iba a sufrir una guerra civil, varios ataques extranjeros y un cambio dinástico. Está claro que el país experimentó graves tensiones sociales. La expansión económica decreció, y las quejas sobre la incompetencia y la legitimidad del régimen

Tokugawa se hicieron cada vez más insistentes. Las rebeliones campesinas se sucedían en el mundo rural y las ciudades estaban intranquilas. Por ejemplo, una gran revuelta tuvo lugar en Edo en 1787, y los historiadores la han comparado con las revueltas del pan ritualizadas en el París de la misma época, descritas primorosamente por el historiador Richard Cobb. Un testigo de los acontecimientos de Edo describió a las multitudes embravecidas: «Día y noche, sin parar, entraban en las tiendas y arrojaban sacos de grano a la calle y los rasgaban»[33].

Pero la transición de Japón al estatus de potencia industrial iba a ser mucho más fácil y rápida que la de China. Evitó la ocupación extranjera, la bancarrota del gobierno y los millones de muertes que padeció China. Hasta cierto punto esto refleja las diferencias económicas subyacentes que mencioné en el capítulo 2. La población de Japón creció mucho más despacio que la de China y sus economías locales siguieron interconectadas y se complementaban a pesar de la descentralización política. Sin embargo, hay otras explicaciones para esta divergencia que encontramos en la cultura política e ideológica. Los intelectuales y administradores de finales del régimen Tokugawa aparentemente supieron contrarrestar los movimientos disidentes y heterodoxos mejor que la élite china[34]. El poder estatal en el Japón Tokugawa estaba bastante descentralizado, pero el gobierno y los sistemas de comunicación a escala de los pueblos y aldeas eran más densos que en China. Al fin y al cabo, Japón era una sociedad más pequeña y con menor población. El orden establecido de los samuráis y mercaderes ricos pudo ejercer su liderazgo y controlar la disidencia a través de programas educativos y movimientos de reforma religiosa. Incluso en el momento de la gran revolución antiTokugawa de 1868 —la «Revolución Francesa» de Japón— los grupos gobernantes recuperaron el control con bastante rapidez.

La pregunta de por qué prevaleció el Estado no se puede contestar, pues, sólo con referencia a «factores» económicos o políticos. Cuando las antiguas formas de poder y civismo experimentaron una revolución o *inquilab* (término que se utiliza para designar los cataclismos políticos en Persia y el sur de Asia), es preciso que los historiadores examinen las ideologías y discursos en contienda[35]. También deben tener en cuenta la comunicación entre estos discursos a través de sistemas locales de sociabilidad. En Gran Bretaña, «los caballeros se asustaron por completo» ante los ecos de la Revolución Francesa. Las tensiones sociales se extendieron por todo el país, así como las constantes revueltas en el campo y en las ciudades antes y después de la guerra. Es fácil exagerar

la diferencia entre la «estabilidad» inglesa y el «caos» francés, italiano o alemán. No obstante, los caballeros ingleses contaban a su favor, como ya dije, con una generalizada confianza popular en la ley y una preocupación por la propiedad y el orden. Esto unió a la clase media, la comercial y la gente de a pie. Dos décadas de panfletos procaces y de ridiculización pública educaron a los franceses a pensar en la autoridad, la Iglesia y la ley como algo básicamente corrupto. Igualmente en Japón, los señores o samuráis vieron cómo sus ingresos fueron mermando debido al crecimiento comercial. Pero pudieron asumir su papel de líderes sociales y controlar los nuevos movimientos religiosos, sociales y educativos que surgieron de la sensación de intranquilidad popular generalizada.

Por el contrario, la dinastía reinante en India y la élite indo-musulmana no pudieron controlar políticamente la creciente rebeldía de los emergentes poderes locales, que proclamaban una nueva legitimidad. Por ejemplo, el movimiento sij del norte de la India del siglo XVIII no se inspiraba sólo en la pobreza campesina. Como hemos dicho, era también una campaña moral para establecer el *dharma* o reino justo en el mundo, según los cánones de los gurús, los maestros sijs. Los gobernantes de Delhi, por lo general musulmanes tolerantes, estaban en desventaja tanto militar como ideológicamente al enfrentarse a los sijs. Por una parte, los nuevos regímenes sij e hindú se apropiaron de ciertos aspectos adecuados del viejo carisma mogol. Por otra, sus seguidores más apasionados reclamaron un nuevo orden del bien en el que, explícita o implícitamente, no cabían los musulmanes[36].

El Imperio Otomano estaba a medio camino entre estos extremos. Los sultanes perdieron el poder en sus provincias marginales. Sin embargo, a partir de 1832, los unidos cuadros administrativos de Estambul, enfrentados a Rusia y a Occidente durante largos años, pudieron coordinar un movimiento de reformas, el Tanzimat[37]. Éste concordaba con hacer sobrevivir el sultanato y proteger la religión. Aun así, los retos radicales a la naturaleza de la forma de la comunidad islámica desatados en la época revolucionaria seguían amenazando a los gobiernos y a la cúpula religiosa en todo el mundo. Como ya comentamos en la primera sección del capítulo, el movimiento purista wahhabí que se originó en Arabia Saudita se había convertido en una amenaza para el Imperio Otomano incluso antes de las revoluciones europeas. En cierta manera, fue la «revolución» del mundo islámico y, como las revoluciones europeas, la repelieron, pero nunca la frenaron. Abd al-Wahhab, su instigador, condenó las «innovaciones» religiosas y la

corrupción en las ciudades árabes que se enriquecían con la expansión comercial. Era anticuado porque buscaba una renovación de la vieja y divina Medina del Profeta. Pero el mensaje de Abd al-Wahhab también era político, dirigido a los pobres urbanos y a los austeros nómadas árabes. Un cronista árabe escribió:

> Y los jefes y opresores de las ciudades sólo sabían oprimir a su gente y tiranizarla y luchar entre ellos. Cuando el jeque [Abd al-Wahhab] entendió qué era la unidad [de Dios] y qué era su negación, y las innovaciones equívocas en las que había caído la gente, empezó a negar estas cosas[38].

Ibn Saud, un jefe tribal local, juró que extendería la doctrina wahhabí y que crearía una nueva «sede para el islam». A pesar de ser una doctrina profundamente conservadora, el wahhabismo se convirtió en símbolo de la modernidad para las generaciones posteriores. Tras una campaña inicial de conquistas que les llevó hasta lo que hoy es el Irak, los wahhabíes fueron frenados por los ejércitos otomanos. Pero maestros religiosos influidos por el monoteísmo radical aparecieron a lo largo de los dos siglos siguientes en sitios tan lejanos como el centro de la India, la frontera china y el oeste de África.

En todos estos casos, el discurso moral y los procesos sociales actuaron conjuntamente con resultados políticos diversos. A primera vista, el «cambio representacional» y lingüístico de la historia en los últimos veinte años ha complicado la tarea de explicar los diferentes destinos de las sociedades mundiales durante la crisis mundial de 1780-1820. Ninguna gran narrativa historiográfica parece convincente. Esto se debe en parte a que los historiadores del discurso y de la representación del poder a través de los ritos, la prensa o el arte se han mostrado menos interesados en las causas originales de los cambios que sus predecesores. Quizás piensen que su método sea demasiado limitado para crear un «modelo» del cambio. Era más fácil en las décadas de 1960 y 1970, cuando los historiadores podían contrastar con poco éxito la profundidad de la crisis de subsistencia en Francia con la revolución agraria en Gran Bretaña, o comparar los niveles de crecimiento de población de China y Japón. Sin embargo, la tarea no es imposible, porque la diferencia entre lo económico, lo político y lo lingüístico reside más en las cabezas de los historiadores que en las de los contemporáneos. La legitimidad de los gobernantes dependía de su habilidad para aparentar equidad a la hora de dirigir la economía moral. Ésta, a su vez, experimentaba fluctuaciones creadas no sólo por los cambios de las expectativas

populares, sino por las consecuencias no intencionadas de los cambios en el intercambio de bienes, servicios y mano de obra.

LOS ORÍGENES IDEOLÓGICOS DE LA IZQUIERDA Y DEL ESTADO MODERNO

Las corrientes de turbulencia y disidencia ideológica, que fluyeron con mayor fuerza a partir de 1789, obligaron a los grupos gobernantes a reconstituir los fundamentos ideológicos del Estado y a modernizarlo parcialmente. Se basaron en una serie de fuentes, sobre todo en la visión de una humanidad unida y en la posibilidad de «mejora» anunciada por los pensadores de la Ilustración en Europa. Pero los grupos gobernantes indígenas de Asia y África también pudieron reconfigurar aspectos de la ciencia racional en el islam y en el código de comportamiento chino estatal y personal, para poder confrontar el caos político global e incluso las invasiones. Esta sección analiza el rearme moral del Estado durante los años de crisis mundial.

Como dijimos al principio, los contemporaneos y comentaristas de principios del siglo XIX resaltaron el efecto liberador de las ideologías revolucionarias. El Estado parecía un beneficiario improbable. La idea de la soberanía popular parecía haber triunfado de forma decisiva. Desde la perspectiva de la mayoría de los liberales, el deseo de igualdad, dirigido y controlado, podía beneficiar a la humanidad. La superstición había caído, víctima de los filósofos franceses. La corrupción y el monopolio se vieron acosados por las ideas de los economistas escoceses y sus equivalentes continentales. Las ideologías libertarias que surgieron de (o que se parecían a) las de los *philosophes* y revolucionarios, se dejaban ver en las exigencias laborales y la demanda de liberalización que afectaron a la mayor parte de las sociedades comerciales durante la generación siguiente. La noción de una ciudadanía masiva de individuos ilustrados fue irresistible en Estados Unidos. En Europa, la continua ola de revoluciones que se extendió desde España (1820) a Nápoles y Sicilia (1820), al Piamonte (1821)[39], hasta llegar a Francia (1830), fue testamento del inagotable llamamiento a la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ideas parecidas entusiasmaron a jóvenes de escenarios tan lejanos como la India y la América española, que querían sacudirse el yugo de la aristocracia, la casta y los privilegios de la Iglesia. Se manifestaron

en los movimientos antiesclavistas de Gran Bretaña, Francia y, más adelante, Estados Unidos.

Quizás el símbolo del «pueblo» en sí mismo fuera más importante que ninguna filosofía política. La idea de que el pueblo tenía derechos y podía actuar como una fuerza política creativa e incluso revolucionaria se globalizó. Creó una especie de molde cultural que acentuaba y reforzaba las ideas de recompensa justa y resistencia a la opresión en cualquier parte. Los esclavos rebeldes del Caribe, los activistas de la casta baja de la India y los artesanos rebeldes de Génova podían reclamar los derechos del «pueblo» y ser comprendidos, y hasta temidos lejos de sus regiones. No importa que los historiadores hayan demostrado que muchas de estas revueltas populares no fueron lideradas por «los pobres del mundo» y que los revolucionarios solían ser hombres resentidos pero relativamente privilegiados. Lo importante es que en todo el mundo se recurría a la idea del «pueblo». Ésta fue una característica nueva de la era postrevolucionaria, si bien tenía precedentes en la idea del pueblo de Dios surgida en luchas anteriores entre el cristianismo y el islam.

El radicalismo no siempre se salió con la suya, claro. La libertad, igualdad y fraternidad tenían su reverso. Según el pensador conservador anglo-irlandés Edmund Burke, la revolución había conducido directamente a la tiranía de la multitud y a la locura del Terror de 1793, cuando el gobierno jacobino francés masacró a miles de sus conciudadanos. De hecho, la revolución adoptó explícitamente una forma de pensar activa y conservadora, distinta a la «política de la diferencia» del Antiguo Régimen. No sólo fueron los privilegiados quienes respondieron a las nuevas corrientes. La ola revolucionaria supuso un sobresalto enorme y trajo como consecuencia cambios económicos en las corporaciones, sobre todo en los gremios de artesanos. El estatus y el honor de esta gente pobre pero respetable se vieron minados. En algunos casos, las mujeres empezaron a trabajar y esto supuso una rebaja general de los salarios. A largo plazo, el resentimiento de los tejedores, artesanos y pobres respetables supuso un impulso importante de las ideologías corporativistas que exigían la vuelta de la protección y de la justicia social. En Europa, las ideologías comunales se reavivaron en reacción a los cambios revolucionarios. Resaltaban los valores de las pequeñas comunidades y las antiguas maneras de hacer las cosas. A veces alimentaron el antimodernismo y el antisemitismo derechista[40]. En otras ocasiones, alimentaron formas muy conservadoras del joven socialismo. Fuera de Europa, los cambios económicos y la racionalización legislativa que acabó

con las corporaciones prepararon el camino para el surgimiento del proteccionismo económico nativo. Por ejemplo, en India los intelectuales empezaron a reclamar la necesidad de proteger «nuestros valiosos productos» *(swadeshi)*. En Egipto y el Imperio Otomano, que tuvieron que competir con Europa y además padecieron los esfuerzos postrevolucionarios para disciplinar los gremios urbanos, los artesanos se alistaron en movimientos islámicos puristas y antioccidentales al ver que destruían su medio de vida. Los mercaderes píos y los sobrios artesanos que, desde comienzos del siglo anterior, habían aprobado los movimientos que trataban de disciplinar los «excesos» del misticismo, ahora reclamaban sus propios tipos de honor, civismo y modernidad[41].

Sin embargo, fue el Estado el que más aprendió y el que más se benefició del caos ideológico posterior a 1780. La única excepción, justo al inicio de este periodo, fueron los Estados Unidos. La Revolución Americana fue una «revolución contra el Estado», en parte, por lo menos, porque la nueva nación no se vio envuelta en una larga guerra de supervivencia después de 1783. En otras partes, el Estado se volvió a «imponer», incluso en los focos de revolución más turbulentos. Esto no se debió sólo a que la gente buscaba protección ni a que los conquistadores reaccionarios reimpusieran el viejo orden. En gran parte, fue porque la época revolucionaria, irónicamente, había entregado al Estado europeo doméstico y colonial unas herramientas ideológicas nuevas. Cercana a la idea de los derechos universales del hombre estaba la del estándar universal de la ilustración y la benevolencia. Los nuevos y vigorosos estados surgidos de las guerras de revolución e imperialismo supieron usar estas ideas. Por lo general, a los nuevos imperios de militarismo fiscal les importaban menos la ortodoxia religiosa que a los regímenes antiguos, en los que el monarca era defensor de la fe. El mismo Napoleón declaró que quería gobernar a los pueblos como ellos querían:

> Gané la Guerra de la Vendée [la guerra contrarrevolucionaria en el oeste de Francia] haciéndome católico, me establecí en Egipto haciéndome musulmán, me hice con los corazones de la gente en Italia haciéndome ultramontano [devoto del Papa]. Si gobernara al pueblo judío reconstruiría el templo de Salomón[42].

La intervención de este nuevo y extraño tipo de gobernación creó en todo el mundo dudas acerca del origen de la legitimidad política, incluso cuando los cambios sociales inmediatos fueron limitados. Como ha demostrado Stuart Wolf, Napoleón resaltó en primer lugar la raza y la etnia en lugar de la dinastía y la tradición a la hora de reorganizar

Europa[43]. Esto tuvo un efecto importante en la manera de verse de los europeos a partir de entonces. Napoleón fue la figura postdinástica más importante. Modeló una nueva justificación para la jerarquía y la estabilidad imitando a Nadir Shah, el persa que conquistó Delhi, y a los americanos George Washington y Thomas Jefferson. Napoleón, como estas figuras postdinásticas previas, utilizó aspectos del Antiguo Régimen, pero, a la vez, se proclamó representante de los principios puros de la razón revolucionaria o imperial, sin el beneficio del derecho divino de los reyes ni el beneplácito de la tradición. El ejemplo de Napoleón fue, a su vez, importante. Los déspotas ilustrados, Mehmet Alí en Egipto a principios del siglo XIX, Bernadotte, el general napoleónico que gobernó en Suecia, e incluso los estadistas de la Alemania reorganizada postnapoleónica o de la América Latina postborbónica, apelaron con mayor vigor a la «razón de Estado» y la modernización.



3.3 Un Napoleón iraní: Fath Alí Sha, rey de Persia. Cuadro de Mirza Baba, principios del siglo XIX.

con las corporaciones prepararon el camino para el surgimiento del proteccionismo económico nativo. Por ejemplo, en India los intelectuales empezaron a reclamar la necesidad de proteger «nuestros valiosos productos» *(swadeshi)*. En Egipto y el Imperio Otomano, que tuvieron que competir con Europa y además padecieron los esfuerzos postrevolucionarios para disciplinar los gremios urbanos, los artesanos se alistaron en movimientos islámicos puristas y antioccidentales al ver que destruían su medio de vida. Los mercaderes píos y los sobrios artesanos que, desde comienzos del siglo anterior, habían aprobado los movimientos que trataban de disciplinar los «excesos» del misticismo, ahora reclamaban sus propios tipos de honor, civismo y modernidad[41].

Sin embargo, fue el Estado el que más aprendió y el que más se benefició del caos ideológico posterior a 1780. La única excepción, justo al inicio de este periodo, fueron los Estados Unidos. La Revolución Americana fue una «revolución contra el Estado», en parte, por lo menos, porque la nueva nación no se vio envuelta en una larga guerra de supervivencia después de 1783. En otras partes, el Estado se volvió a «imponer», incluso en los focos de revolución más turbulentos. Esto no se debió sólo a que la gente buscaba protección ni a que los conquistadores reaccionarios reimpusieran el viejo orden. En gran parte, fue porque la época revolucionaria, irónicamente, había entregado al Estado europeo doméstico y colonial unas herramientas ideológicas nuevas. Cercana a la idea de los derechos universales del hombre estaba la del estándar universal de la ilustración y la benevolencia. Los nuevos y vigorosos estados surgidos de las guerras de revolución e imperialismo supieron usar estas ideas. Por lo general, a los nuevos imperios de militarismo fiscal les importaban menos la ortodoxia religiosa que a los regímenes antiguos, en los que el monarca era defensor de la fe. El mismo Napoleón declaró que quería gobernar a los pueblos como ellos querían:

> Gané la Guerra de la Vendée [la guerra contrarrevolucionaria en el oeste de Francia] haciéndome católico, me establecí en Egipto haciéndome musulmán, me hice con los corazones de la gente en Italia haciéndome ultramontano [devoto del Papa]. Si gobernara al pueblo judío reconstruiría el templo de Salomón[42].

La intervención de este nuevo y extraño tipo de gobernación creó en todo el mundo dudas acerca del origen de la legitimidad política, incluso cuando los cambios sociales inmediatos fueron limitados. Como ha demostrado Stuart Wolf, Napoleón resaltó en primer lugar la raza y la etnia en lugar de la dinastía y la tradición a la hora de reorganizar

Europa[43]. Esto tuvo un efecto importante en la manera de verse de los europeos a partir de entonces. Napoleón fue la figura postdinástica más importante. Modeló una nueva justificación para la jerarquía y la estabilidad imitando a Nadir Shah, el persa que conquistó Delhi, y a los americanos George Washington y Thomas Jefferson. Napoleón, como estas figuras postdinásticas previas, utilizó aspectos del Antiguo Régimen, pero, a la vez, se proclamó representante de los principios puros de la razón revolucionaria o imperial, sin el beneficio del derecho divino de los reyes ni el beneplácito de la tradición. El ejemplo de Napoleón fue, a su vez, importante. Los déspotas ilustrados, Mehmet Alí en Egipto a principios del siglo XIX, Bernadotte, el general napoleónico que gobernó en Suecia, e incluso los estadistas de la Alemania reorganizada postnapoleónica o de la América Latina postborbónica, apelaron con mayor vigor a la «razón de Estado» y la modernización.



3.3 Un Napoleón iraní: Fath Alí Sha, rey de Persia. Cuadro de Mirza Baba, principios del siglo XIX.

Los regímenes revolucionarios de otras partes de Europa empezaron cautelosamente a liberar a los judíos de los guetos y a desmontar las discriminaciones religiosas de la época anterior. Incluso las monarquías restauradas en Francia, Italia y los estados alemanes se vieron obligados a ello a regañadientes. Aunque seguía revestido de anglicanismo, el Imperio Británico empezó a aceptar la diversidad religiosa precisamente para poder establecer un tipo de ciudadanía uniforme. Tras haber luchado durante años en las filas de la Compañía de las Indias, los católicos fueron aceptados en el ejército británico. La emancipación de los católicos irlandeses tardó otros veinte años en llegar, pero una parte importante de la clase dirigente, especialmente los imperialistas Lord Cornwallis y Lord Wellesley, antiguos gobernadores de la India, ya pensaban que era inevitable. Los disidentes de India y de las nuevas colonias británicas como Canadá, Australia y El Cabo lograron una influencia social y política que parecía imposible en la generación anterior. Empezó a parecer absurdo que un Estado imperial cuyo ejército reclutaba hindúes y musulmanes excluyera todavía a otras variantes cristianas.

La postura relativamente relajada de los nuevos estados e imperios frente a la filiación religiosa no significó, sin embargo, que no tomaran en cuenta las diferencias. Aparecieron nuevas teorías de la historia y la sociedad. Éstas instaban a las élites gobernantes a clasificar a los pueblos, razas, culturas y religiones según los peldaños que habían subido o bajado en una escalera que representaba el estándar universal de juicio para toda la humanidad. Los filósofos de la Ilustración, sobre todo Adam Smith y William Robertson, formularon algunos fundamentos teóricos para estas ideologías administrativas. Se aceptó una jerarquía implícita en la que los pueblos tribales y los africanos representaban las sociedades menos desarrolladas al no haber creado una sociedad comercial ni un Estado reconocible. En este esquema, las culturas islámica, hindú y china estaban al nivel de racionalidad de los antiguos griegos y romanos, pero no podían avanzar sin la ayuda benévola de otras razas superiores[44].

Estas actitudes raciales no se basaban sistemáticamente en teorías biológicas y evolucionistas. El discurso intelectual del periodo tenía como fin el trazado de todo «el mapa de la humanidad». Se descubrieron vínculos además de diferencias. Por ejemplo, el trabajo de William Jones con los antiguos idiomas indio y persa desveló vínculos con las lenguas clásicas y europeas, que los eruditos alemanes de principios del siglo XIX investigaron detalladamente. La observación se volvió un fin en sí misma. Los viajes al Pacífico del capitán Cook y del almirante

Bougainville descubrieron todo un nuevo marco para la historia natural y humana. Las observaciones se recopilaban en grandes enciclopedias y grandes empresas cartográficas como el mapa de India, y el de Irlanda, que combinaron las habilidades de la cartografía militar con la precisión de la nueva ciencia de la astronomía[45]. Los proyectos gubernamentales para recabar información se volvieron más grandes y más coherentes. Napoleón se llevó a los sabios de la Academia francesa a Egipto, mientras que en Gran Bretaña sir Joseph Banks, en principio un viajero particular que acompañó a Cook, organizó un sistema de encuestas e investigaciones científicas patrocinadas a través de la Royal Society, el Almirantazgo y la Compañía de las Indias Orientales[46]. El dominio terrestre y marítimo de los ejércitos y flotas postnapoleónicos facilitó la labor de recabar datos en comparación con los antiguos regímenes.

Aunque tenían patrocinio oficial, estos primeros intentos de sistematizar datos antropológicos y de historia natural no siempre tenían un propósito práctico. A veces parecen haber sido declaratorios más que prácticos: quiero decir que mostraban el poder, los conocimientos y la ilustración de una nación particular, un Estado, o un gobierno. Pero, como ha demostrado Richard Drayton, los teóricos de moda de la época deseaban «mejorar» a los pueblos y territorios conquistados a partir de la década de 1780. Si los pueblos nativos eran tan irremediablemente primitivos y corruptos y si estaban atrapados en el nivel de los antiguos, los británicos, franceses, norteamericanos y alemanes tenían que llevarles los beneficios del Estado, el comercio y el libre intercambio de mercancías. Estudios recientes de los ejércitos y el gobierno napoleónicos en Italia demuestran que estaban totalmente convencidos de que los italianos eran degenerados, incapaces de moverse más allá de los valores primitivos de la familia y corruptos. Según los condescendientes administradores franceses, carecían de una sociedad civil y de un sentido de «lo mío» y «lo tuyo». Sus instituciones cívicas debían ser purgadas de los viejos privilegios, su sociedad liberada del feudalismo y los terratenientes protegidos por unos derechos de propiedad fuertes y transparentes.

Estas ideologías se pusieron en práctica con políticas prácticas durante el breve gobierno francés en Egipto y, a partir de 1830, en Argelia. Eran la norma en la India británica, donde lord Cornwallis expulsó a gente mestiza y a indios de los cargos administrativos importantes con la excusa de que siglos de tiranía los habían «corrompido». También creó un sistema territorial en Bengala que concedía derechos a propietarios *whig* y supuestamente liberalizaba el comercio. Ranajit

Guha argumentó en 1963 que el acuerdo permanente de rentas de Cornwallis en Bengala en 1793 debía bastante a las ideas francesas de la «fisiocracia» —la teoría de que los valores sociales surgirían de un control benigno de las tierras por parte de hombres cuyos impuestos fueran fijos y moderados[47]—. Los sistemas de rentas implantados desde El Cabo hasta India, pasando por Europa continental, se parecían cada vez más. Esto ayudó al Estado al proporcionarle un grupo estable de notables en quien delegar la responsabilidad local. Los más adeptos de la vieja clase señorial supieron manipular las intenciones del nuevo Estado para proteger su propio poder. Los terratenientes *(zamindar)* creados por Cornwallis y sus sucesores en Bengala se adaptaron con rapidez a los nuevos impuestos que les impusieron. Pero el marco legal e institucional creado por los británicos les daba poder sobre los campesinos por debajo de ellos. Esto creó una sociedad agraria poco equitativa y víctima de frecuentes rebeliones campesinas.

El nuevo Estado conquistador de Napoleón implementó ideas parecidas en las condiciones muy diferentes de las tierras del Rin. Los franceses podaron los viejos derechos e impuestos y basaron su administración «modernizada» en los terratenientes. Durante este proceso, los terratenientes acumularon nuevos poderes sobre los campesinos y arrendados[48]. Su dominio de la economía y la política de las tierras del Rin se mantuvo virtualmente sin cuestionar hasta 1870. De hecho, la creación de un estándar universal para los derechos de propiedad fue uno de los cambios más importantes de la época, y un cambio que se confirmaría durante la segunda oleada de revoluciones a partir de 1848. De una manera crucial, precedió a la aparición de una nuevo estrato comercial en gran parte de Eurasia y Sudamérica. Fue producto de los proyectos ideológicos del revigorizado nuevo Estado y, más que fundarse en ella, facilitó el «auge de la clase media».

En los asentamientos europeos, estas nuevas definiciones de los derechos de propiedad se podían usar como instrumento con que coaccionar a los débiles. Posibilitaron que los colonos blancos, y a veces ciertas élites indígenas, expropiaran las tierras comunales y la mano de obra de los habitantes originales. En Hawai, todas las tierras se privatizaron en 1841. En Australia y Nueva Zelanda, los colonos blancos cercaron y vallaron tierras y trataron de imponer su dominio absoluto. Tarde o temprano, esto llevó a conflictos con los habitantes originales, que seguían creyendo que la tierra era un bien común para el uso de todos[49]. La lista de los beneficiados y los perdedores no es sencillamente racial. Algunos grupos de élites indígenas tomaron parte en la organización y

codificación del nuevo orden social que siguió al resurgir del Estado. Eran administradores o informadores en los niveles más bajos del gobierno. Algunos intelectuales nativos adoptaron y adaptaron los conceptos de civilización y barbarismo que sus conquistadores les habían impuesto.

NACIONALIDADES *VERSUS* ESTADOS E IMPERIOS

El éxito del nuevo tipo de Estado e imperio creó sus propios opositores y críticos. El caos de la época revolucionaria, con enormes ejércitos cruzando vastos territorios, saqueando y conquistando, reforzó el sentimiento de identidad de la gente que vivió el cataclismo. Desde hace tiempo se reconoce en las historias de Europa y Sudamérica que las guerras revolucionarias y, más todavía, la ocupación napoleónica empezaron a galvanizar los informes patriotismos del siglo XVIII hacia las claras demarcaciones de la nación-estado moderna. De una manera menos obvia, los «imperialismos revolucionarios» engendraron una nueva sensación más definida de identidad nacional entre los intelectuales indígenas y líderes políticos de ultramar.

Tracemos las corrientes de estas nuevas identidades en los diferentes continentes. Por supuesto, fueron más intensos en Europa. Por muy fuertes que hubieran sido los viejos patriotismos del siglo XVIII, la conquista y la ocupación del ejército francés avivaron enormemente el sentimiento nacional. De niño, el patriota italiano Giuseppe Mazzini se enteró del concepto de «Italia» y de la libertad en los periódicos franceses[50]. Pronto abandonó su flirteo con la libertad universal de la revolución para centrarse en el honor de la patria italiana, a la cual definió como la tierra de la lengua de Dante y heredera del arte de Giotto. Igualmente, fue la movilización masiva contra Napoleón la que convirtió a Rusia en un país y no en el reino del zar y la sede de la Iglesia ortodoxa. La aristocracia rusa «descubrió» a los campesinos en los campos de batalla de 1812. Un oficial que luego sería un líder noble radical le comentó al zar: «Debería estar orgulloso de ellos, porque cada campesino es un patriota»[51]. Algo parecido sucedió en Alemania. A partir de 1793, tras la derrota de los estados alemanes a manos de Francia, Goethe ya no se fijaba en el Sacro Imperio Romano sino en el *Volk* alemán. Incluso en Gran Bretaña y América, un fuerte sentimiento nacional se fraguó de nuevo con el reclutamiento popular durante las guerras napoleónicas.

Las victorias de Waterloo y Trafalgar, y la quema de Washington por las tropas británicas reforzaron el sentimiento nacional en estos países.

Los líderes de los pueblos subordinados de Europa empezaron a considerarse profetas de las futuras naciones. La partición de Polonia por parte de Rusia en 1795, dio alas al aguerrido sentimiento «polaco» que iría aumentando a lo largo del siglo XIX. Desaparecido el viejo orden de nobleza y asambleas, a los polacos sólo les quedaba imaginar su futuro como nación. Entre 1780 y 1820, de nuevo el patriotismo protestante irlandés que dio lugar a un parlamento irlandés en 1780 fue suplantado por un sentimiento de identidad específica católica irlandesa. Se originó entre la clase media y empezó a arraigar entre los campesinos. Dos cambios críticos lo promovieron. En primer lugar, en plena guerra revolucionaria, Irlanda estaba unida políticamente a Gran Bretaña, lo que creó a largo plazo muchos agravios entre los irlandeses. En segundo lugar, la actividad de los misioneros protestantes entre los campesinos católicos generó una reacción religiosa que se convirtió en un importante estímulo para el nacionalismo más amplio.

Este fenómeno se pudo ver en todo el mundo. En el norte de África, India y Ceilán, las guerras revolucionarias y el imperialismo global reforzaron las identidades patrióticas hasta entonces inciertas, imbuyéndolas, a veces, de un sentido religioso renacido. En Marruecos y Argelia, los musulmanes vieron en Napoleón y sus sucesores nuevos cruzados, y empezaron a identificar su fe con su patria. La *yihad*, o guerra santa, se convirtió en un imperativo patriótico además de religioso. Empleando una versión más débil de este sentimiento, Mehmet Alí inculcó conscientemente un sentimiento de identidad local en su recién reorganizada satrapía de Egipto[52]. Los estudiosos del lenguaje árabe empezaron a hablar de «Egipto» y de su historia. Ante la conquista británica, los líderes de los estados regionales de la India apelaron a un sentimiento de patriotismo regional implícito —lealtad a la casa, el hogar, la costumbre— para galvanizar a sus súbditos contra la invasión. Incluso si a menudo no había vínculos directos entre estos patriotas acorralados y los nacionalistas de educación occidental posteriores, los actos heroicos de los antepasados se convirtieron en un poderoso residuo de símbolos emocionales para los futuros líderes[53]. El nuevo reino unificado vietnamita desconfiaba profundamente de las expediciones comerciales y misioneras de los británicos y franceses, e invocaba a los espíritus de la tierra, resaltando su identidad como reino vietnamita y confuciano. En China, Vietnam, Japón y Corea, los líderes e intelectuales

de la década de 1830 tenían una idea más clara del mundo exterior y de las peligrosas razas extranjeras que acechaban sus reinos[54].

Como pasó en Europa, la apertura del mundo y la expansión de la comunicación, así como las conquistas repentinas, ayudaron a forjar las nuevas identidades. Hacia finales de la década de 1820, los bengalíes de la nueva ciudad de Calcuta, liderados por el rajá Ram Mohun Roy, empezaron a descubrir lo que llamaron «la raza hindú» y, más adelante, «la India». Empezaron a pensar que esta raza o cultura tenía derechos y necesitaba representación, y señalaban el pasado hindú y el presente europeo. Los periódicos, que se alimentaban de los acontecimientos de la crisis global, les informaban de las luchas postrevolucionarias de los irlandeses y los genoveses. Si había grupos de personas llamados irlandeses y genoveses que tenían derechos como pueblo, entonces tenía que haber derechos también para los «indios».

Incluso en el siglo XIX, los historiadores aseveraban que las épocas revolucionaria y napoleónica vieron nacer un nuevo tipo de nación y de Estado en Europa y en sus colonias. La sección anterior acepta en líneas generales esta afirmación, aunque argumenta que fue un fenómeno global. La crisis del viejo orden tuvo sus orígenes en Asia, África y América, así como en Europa. Las consecuencias también fueron globales. Los estados más exigentes y las nacionalidades más resueltas que emergieron del caos revolucionario se basaron, desde luego, en las filosofías de la Ilustración europea. Pero en distintas partes del mundo utilizaron también ideas musulmanas, hindúes, budistas y de otros sistemas filosóficos. Estas formas incipientes de identidad nacional y regional atraían a la nueva clase media acomodada y a la clase administrativa. A lo largo del siglo posterior, las ideologías de la identidad nacional y del poder estatal, que se forjaron en las guerras revolucionarias e imperiales, se vieron profundamente unificadas para crear una herramienta poderosa, y a veces destructiva, puesta en manos de los líderes políticos del mundo.

LA TERCERA REVOLUCIÓN: LA GENTE EDUCADA Y COMERCIAL DEL MUNDO

El impacto de la primera era de imperialismo global y el de la revolución política en Europa y las Américas se vio acompañado por una tercera revolución más calmada entre 1780 y 1830. Ésta fue la aparición en

el noroeste de Europa y en Norteamérica, así como en otros puntos importantes de la economía global, de una clase media comercial con sus propios valores. Este desarrollo aún no se asociaba con una revolución profunda en la producción industrial. La industria moderna, antes de los primeros ferrocarriles, todavía se limitaba fundamentalmente a una zona pequeña del norte y el centro de Inglaterra. Allí la industria ya funcionaba como acelerador para la expansión comercial, pero en otras partes el auge de una clase media comercial se debió más a la reorganización y la globalización de los patrones de consumo y a la acumulación de cambios en los sectores artesanales de la economía. En la medida en que se trataba de una «revolución industrial», dependió más de las racionalizaciones de los maestros tejedores y de los dueños de plantaciones de esclavos que del torno para hilar y de la máquina a vapor. Era más bien una forma acelerada de revolución industriosa, motivada por las consecuencias económicas de los acontecimientos de la era revolucionaria. La lucha mundial esparció soldados europeos, marineros, comerciantes y colonos por Asia, África y el Pacífico, donde crearon nuevos modelos de explotación de recursos, de la mano de obra y del comercio.

Estados Unidos es el mejor ejemplo de esta tercera revolución. Incluso en 1830, la joven república era mayormente agraria y sólo Nueva York tenía una población superior a los 100.000 habitantes. Esto llevó a algunos historiadores de mediados del siglo XX a desestimar la importancia de los años 1780-1830, insistiendo en que la sociedad colonial era móvil y comercial y en que el cambio real sólo llegó con la industrialización y el tren. Últimamente la idea ha cambiado. La sociedad colonial postrera era todavía de estilo aristocrático y clasista, si bien no en sus métodos de producción. Durante las siguientes dos generaciones, dicen actualmente los historiadores, ocurrió un cambio lento pero fundamental. En 1780, sólo había media docena de corporaciones comerciales en las Trece Colonias. Hacia 1830, había ya cientos de miles: «un porcentaje asombroso de la población, por lo menos fuera del Sur, se dedicaba a comprar y a vender.... La gente empezó a darse cuenta de que una sociedad podía enriquecerse no sólo vendiendo al extranjero, sino también a sí misma»[55]. Individualmente, los estados crearon numerosos bancos nuevos, que imprimían el papel moneda que posibilitó esta expansión comercial. El consumo privado floreció y las familias normales ahora podían permitirse comprar porcelana, utensilios de cocina elegantes y colchas.

Ésta fue una de las más poderosas y continuas revoluciones industriosas de Jan de Vries, y se sustentó no tanto en la producción industrial masiva sino en las mejoras en la actividad artesanal a pequeña escala. Esta división «virtuosa» de la mano de obra, parecida a la que aconsejaba Adam Smith, se vio acompañada de un importante incremento en la población, concentrada sobre todo en pequeñas ciudades. Entre 1790 y 1820, la población del Estado de Nueva York se cuadruplicó y la de Kentucky se multiplicó por ocho[56]. Aunque la inmigración desde Europa sólo empezó a aumentar a partir de 1815, «en una generación, los americanos ocuparon más territorio que durante los ciento cincuenta años del periodo colonial». Al norte, las colonias británicas de Canadá se expandieron explosivamente en su territorio. Esta enorme expansión de hectáreas de terreno liberó cantidades masivas de recursos provenientes de los bosques vírgenes para el cultivo y el pastoreo, la explotación maderera y minera. A escala más pequeña, Sidney y Ciudad de El Cabo crecieron de forma parecida.

El crecimiento de la población, del consumo y del negocio en Estados Unidos vino acompañado de cambios en la vida social, política e intelectual que fueron más profundos, si bien no se anunciaron con el vigor de la primera Declaración de Independencia. Hacia 1830, el sufragio universal de hombres blancos adultos se extendió en las elecciones estatales. El alfabetismo había alcanzado un nivel alto y había muchos periódicos en todo el país. A pesar de sus dogmas y doctrinas arcaicas, los líderes de los partidos Whig y Demócrata trataban con el que fue el primer electorado masivo educado. La idea de la conciencia individual prevaleció discretamente gracias a la separación del Estado y de la Iglesia anglicana y con el florecimiento de baptistas, metodistas y católicos. Los norteamericanos remodelaron las ciudades y los paisajes y empezaron a ver la cultura como un producto de consumo popular para la mayoría y no como el dominio de una élite intelectual republicana tal y como lo había sido hasta 1783. Las ya antiguas ideas revolucionarias norteamericanas de igualdad se reforzaron con la llegada de las nuevas ideas europeas. La presión económica empezó a generar más inmigración, y estos emigrantes venían influidos, conscientemente o no, por las ideas de libertad e igualdad definidas de forma nítida por la experiencia revolucionaria en Europa continental.

Cuando los habitantes de otras colonias o asentamientos británicos e irlandeses —en Canadá, Australia y Nueva Zelanda— descubrieron su propia identidad política en las décadas de 1840 y 1850, mostraron una mentalidad bastante parecida a la de los norteamericanos de una

generación antes[57]. La imagen de la temprana colonización de Australia como un asentamiento de brutal colonialismo penal fue exagerada por los historiadores de izquierdas en la década de 1960, como ha demostrado Alan Atkinson con coherencia[58]. Ciertos aspectos de la filosofía ilustrada del siglo XVIII estaban presentes desde el principio. En la Australia blanca, además, la doctrina del comerciante respetable llegó más adelante para coexistir y cuestionar la idea de que el granjero independiente era la fuente de la virtud. Aquí, como en Estados Unidos, los terratenientes habían abandonado el manto aristocrático. La Iglesia se había desvinculado del Estado y las iglesias locales implantaron su propia noción de autoayuda y respetabilidad.

Este tipo de sociedad de clase media y consumista se desarrolló al mismo ritmo en Gran Bretaña que en Estados Unidos, con la diferencia de que se encontró entre medias de la aún poderosa aristocracia terrateniente por encima y una clase de campesinos pobres y de obreros urbanos por debajo. Los historiadores modernos británicos de todas las épocas vislumbraban la aparición de la clase media de forma manifiesta. Pero la evidencia sugiere que emergió durante estos años. El tipo de consumo cambió y la gente normal empezó a vestir ropa producida en las nuevas fábricas. Wedgewood es famoso por producir estilos de porcelana china clásica para el consumo masivo, que una generación antes sólo podría haber comprado la aristocracia. En el norte y el este de Londres, en las emergentes ciudades industriales y en los viejos puertos se construyó una gran cantidad de casas modestas pero limpias para gente de ingresos medios.

Este cambio social también se pudo apreciar, una vez más, en el ámbito intelectual y político. El auge del cristianismo evangélico, como en Estados Unidos y en la Alemania del norte comercial, se vio acompañado por un nuevo interés por la educación y la sociabilidad y por la fundación de asociaciones políticas y morales. Las iglesias oficiales mantuvieron el dominio doctrinal, pero personas emprendedoras y capaces se esforzaron en mandar misiones a las zonas pobres y a los paganos de ultramar. Los evangélicos creían que el mundo estaba en una fase premilenaria y que la conversión masiva de los no creyentes era precursora del inminente segundo Advenimiento de Cristo. La domesticación del alma salvaje del mundo se vería acompañada de la domesticación de la naturaleza salvaje por parte de los productores de productos industriales y por los piadosos patriarcas familiares. El esfuerzo misionero global de las sociedades de Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Holanda y Suecia durante la primera mitad del siglo XIX tuvo un

impacto en los modelos sociales y económicos a largo plazo en grandes partes del mundo, sobre todo en Sudáfrica, regiones del Pacífico y Asia. Las subscripciones a revistas misioneras y moralizantes y a otras de «información útil» llegaron a niveles masivos. Aunque se debilitó entre 1807 y 1825, el movimiento antiesclavista se convirtió en el mayor movimiento voluntario de reforma moral del mundo. Las preocupaciones de la clase media trabajadora se vieron reflejadas políticamente en la Ley de Reformas de 1832. No creó un electorado masivo como el estadounidense, pero sí impulsó la reorganización del gobierno local y la ley de pobres, la expansión de la enseñanza y el libre comercio en el imperio. También condujo directamente a la abolición de la esclavitud. En Irlanda, las demandas de la mayoría expresadas por la nueva clase media de Cork y Dublín, organizadas por Daniel O'Connell, impulsaron de forma irresistible la emancipación de los católicos a finales de la década de 1820.



14 Educados, piadosos y laboriosos: seguidores noruegos de Hans Nelson Hauge durante una reunión para orar. Ilustración de Adolf Tideman, 1852.

En la mayor parte del norte de Europa, tras las guerras revolucionarias, emergió una clase media con intereses parecidos. Hamburgo empezó a establecerse como un centro comercial a escala mundial desde 1783, cuando se aseguró el derecho de comerciar directamente con los nuevos Estados Unidos independientes. Tuvo graves problemas durante las últimas etapas de las guerras napoleónicas, pero se rehizo rápidamente en 1815. En 1816, el primer barco de vapor apareció en el río Elba tras las alarmas y tumultos de la guerra. El estímulo que supuso la guerra para ciertos centros de producción y la posterior vuelta a la prosperidad agrícola de la década de 1820 fueron importantes, no hay duda. Pero la expansión del Estado y la abolición de la vieja sociedad de clases y grados por los revolucionarios y los lugartenientes de Napoleón también fueron importantes. Fuera de Hamburgo y otras ciudades con puertos comerciales, la clase media alemana se nutrió de abogados, maestros y administradores. Hasta la Revolución Francesa de 1830, la actividad política fue limitada en la mayor parte de la Europa continental, pero los frenéticos negocios editoriales que florecieron durante la Revolución siguieron prosperando durante la década de 1820.

Algunos cambios relacionados tuvieron lugar fuera de Europa, sus colonias y de Norteamérica. Incluso antes de la gran reforma administrativa de las Tanzimat o la reorganización del Imperio Otomano en la década de 1830, nuevos funcionarios educados habían surgido como una clase diferente a la de los antiguos oficiales militares y cortesanos. Crearon escuelas, bibliotecas y asociaciones de debate, que fueron tan influyentes como los planificados en los nuevos y galvanizados estados. En las ciudades comerciales griegas, judías y sirias de los márgenes del Imperio Otomano, una discreta y próspera clase media se había enriquecido con la expansión del comercio mediterráneo. Beirut[59] y Alejandría[60] empezaron a expandir y a bullir de ideas modernas, mientras que las viejas ciudades del interior se estancaban. En las colonias europeas, los colonos trataban incómodamente con representantes indígenas que se habían enriquecido aliados con los europeos. Antes de 1820, una pequeña pero enérgica clase media india y del sudeste asiático emergió en ciudades portuarias como Calcuta, Bombay, Penang y Batavia. Se diferenciaban de las anteriores comunidades mercantiles de estas sociedades en que leían inglés y holandés para obtener información política y no sólo por motivos comerciales. Organizaron asociaciones, clubes y bibliotecas para demandar reformas educativas y religiosas. Los intelectuales y los profesionales que frecuentaban estas asociaciones empezaron a ser conscientes las unas de las otras y a adoptar ideas y tácticas de

las demás. Empezó a emerger lo que los teóricos denominan una «sociedad civil internacional». La constituían unas redes de información y de apoyos políticos que, aunque menos obvias que el nacimiento de los estados nacionales e imperiales, no eran un producto menos importante de la Ilustración y la Revolución. De nuevo las misiones cristianas que se extendieron rápidamente por el mundo a partir de 1800 estimularon (positiva y negativamente) a los intelectuales nativos. Los misioneros fueron pioneros de las bibliotecas, las imprentas, las polémicas y los debates políticos. Empezaron a investigar a los clásicos asiáticos y las leyendas africanas. Los intelectuales locales adoptaron sus métodos, a menudo para protegerse.

Los modelos importados de Europa occidental y de Norteamérica fueron importantes para este autodesarrollo, pero el imperativo era un cambio profundo en la organización estatal y comercial global, que necesitaba que los hombres públicos y de negocios se comportaran de una manera sobria y racional si querían participar. La participación era muy desigual. En muchos aspectos, la segregación de género se vio reforzada en las ciudades postrevolucionarias. Mientras que la retórica formal de la Revolución Francesa convertía a las mujeres en símbolos, pero las confinaba al ámbito doméstico, siguiendo el ejemplo de Portia, la mujer del senador romano Brutus, la revolución silenciosa empezó a abrir pequeñas puertas para que la mujer se infiltrara en la sociedad civil. Eran más activas en las esferas de la religión, la educación y la caridad, pero sólo en Estados Unidos y en las nuevas sociedades británicas y europeas y en sus colonias. De forma similar, estas nuevas sociedades educadas y sobrias solían ser más ciegamente racistas que las viejas «sociedades mestizas» de las plantaciones de los aristócratas y comerciantes, que se regulaban por los principios de casta portugueses, indios o de las asociaciones chinas. En la nueva era, los europeos empezaron a recluirse en los barrios residenciales de las ciudades comerciales. Excluyeron a los chinos, indios y árabes.

La era revolucionaria había acelerado dramáticamente los dos cambios en la vida humana que mencionamos al principio del libro: la creciente uniformidad de las sociedades y su creciente complejidad. Los modelos de derechos de propiedad de terrenos y bienes raíces, la actividad comercial, el gobierno e, incluso, la ideología empezaron a parecerse en gran parte del mundo. A su vez, las conquistas europeas habían extendido conocimientos más complejos y especializados a nuevas partes del mundo. Hacia 1830, las obras de filósofos franceses y escoceses se encontraban en las bibliotecas públicas de Madrás, hasta Penang o

Sidney, y en lugares donde los conceptos de lo público, de biblioteca y hasta de libro eran totalmente nuevos.

Otra característica del largo siglo XIX, la expansión del dominio europeo y norteamericano de las economías y los pueblos del mundo, también había avanzado mucho. Una gran parte de la humanidad se había convertido en un conglomerado de perdedores a largo plazo durante la lucha por los recursos y la dignidad. Las sociedades mercantiles y educadas de Londres, Boston y de los puertos de Bretaña florecieron en parte gracias al enorme volumen de materia prima barata que producían esclavos y campesinos dependientes en gran parte del mundo para pagar sus impuestos y sus obligaciones tras la independencia nacional o la conquista colonial. Brasil incrementó significativamente su producción de café en las primeras décadas posteriores a las guerras mundiales a expensas de un creciente número de esclavos. Los campesinos indios e indonesios cosechaban cultivos comerciales, a menudo en detrimento de los cultivos comestibles, para servir a sus nuevos amos coloniales.

El final de la guerra también liberó a grandes cantidades de colonos blancos en zonas del mundo donde la población indígena era todavía más vulnerable: Sudáfrica, el Pacífico y las fronteras norteamericanas. Aquí entraron en conflicto con los pueblos nativos, muchos de ellos también desplazados. Algunos de estos colonos eran refugiados políticos. Otros eran emigrantes económicos que huían de la crisis postbélica. Y otros fueron trasladados por sumisos gobiernos ansiosos por reducir la rebelde clase obrera y los campesinos o librarse de criminales de poca monta. En Australia, la población europea alcanzó los 30.000 individuos hacia 1821. Los colonos y su ganado ya habían expulsado de sus tierras a los aborígenes y ya había informes de masacres de los que se resistieron[61]. La sociedad en la tierra de origen de los colonos estaba cada vez más polarizada. Incluso en lo que a crecimiento industrial se refiere, los historiadores han vuelto a desplazar el péndulo y ahora mantienen que la creciente clase obrera industrial vivía peor que la anterior comunidad artesanal.

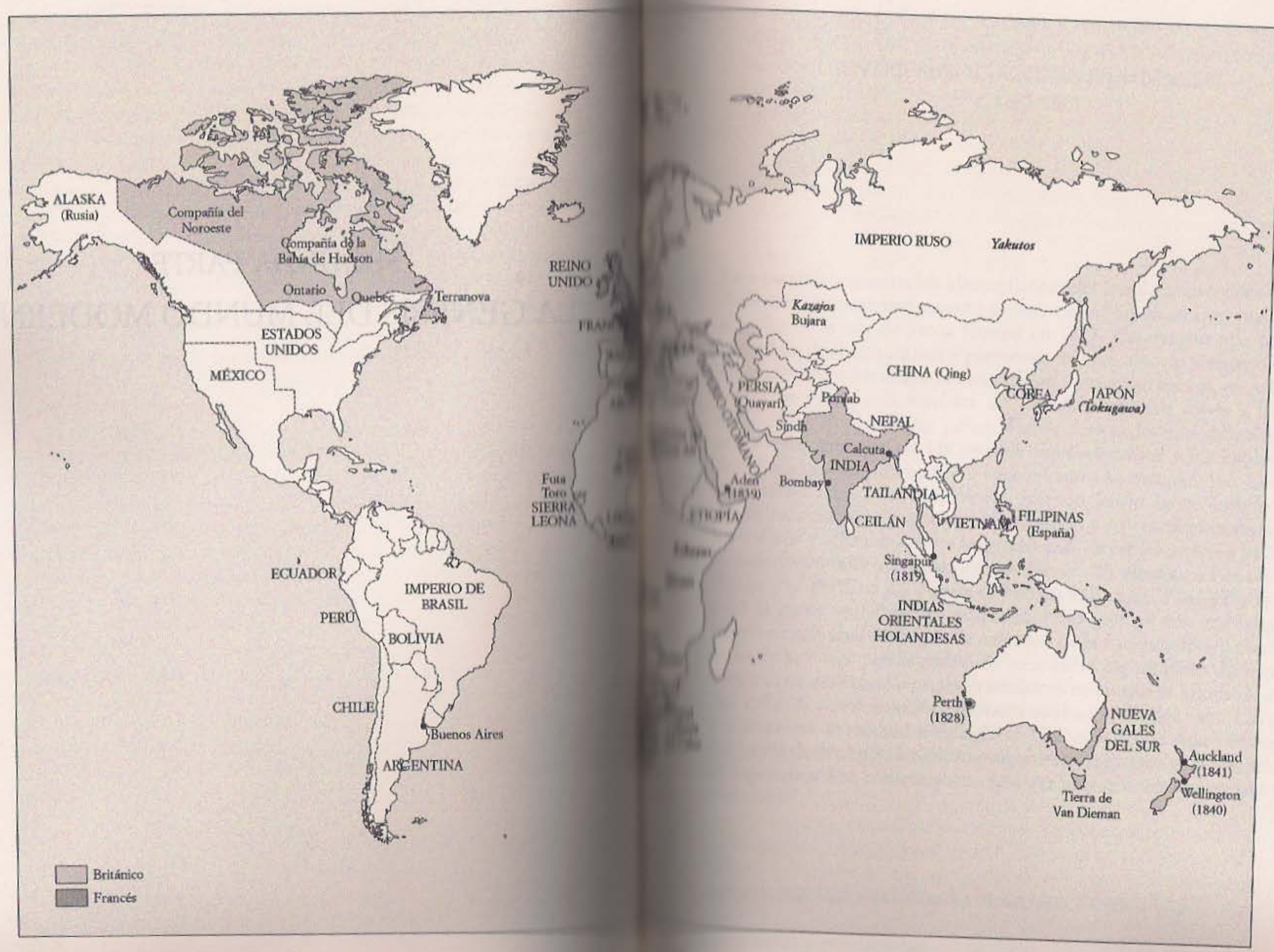
PERSPECTIVAS

Todas estas desigualdades sociales y regionales aseguraron que la época posterior a la «restauración del orden» en Europa y en el resto del

mundo tras las grandes guerras fuera una época de, en el mejor de los casos, equilibrio político y, en el peor, de flujos y paréntesis. Esto lo analizaremos en el siguiente capítulo. El contrapeso entre control y revolución, prosperidad y hambruna, liberalismo y represión, estaba sutilmente equilibrado en todo el mundo. El Estado hiperactivo postrevolucionario e imperial que hemos visto en este capítulo se fue desinflando a partir de 1815. Muchas de las tendencias establecidas en el mundo por las revoluciones industriosas volvieron a arraigar. Los primeros efectos industriales empezaron a notarse. Pero ningún tipo de poder estatal, ya fuera democrático o neoabsolutista, logró establecerse de manera decisiva en Europa ni fuera. No obstante, Europa y Norteamérica consolidaron su dominio mundial entre 1815 y 1860.

SEGUNDA PARTE

LA GÉNESIS DEL MUNDO MODERNO



MAPA 4.1 Los regímenes restaurados, *c.* 1830

4

ENTRE REVOLUCIONES MUNDIALES, *c.* 1815-1865

Este capítulo examina los alineamientos del frágil «nuevo orden mundial» que se construyó cuando el derrotado Napoleón fue consignado al exilio en la isla de Santa Helena en 1815. Caracterizo este periodo como uno de fluctuaciones y paréntesis, cuando nuevas formas de Estado, economía e ideología se anunciaban pero no se habían consolidado aún. Una forma más modesta del Estado patriótico volvía a florecer hacia 1820. Pero a duras penas. Había derrotado, con dificultad, las ambiciones globales de los estados revolucionarios y las explosiones populares que acompañaron su surgimiento y su desaparición. Las antiguas autocracias se reconvirtieron introduciendo en su ámbito a un grupo reducido de expertos administrativos y representantes de la clase «comercial y educada». Pero los problemas de representación política e igualdad económica seguían sin resolverse. En algunas zonas de Asia, África y el Pacífico los europeos habían sustituido a los jefes locales, pero la gente rechazaba su gobierno, cuyo control aún era frágil. Su supervivencia descansaba en la amenaza de la fuerza y apoyo condicionado de sectores privilegiados de sociedades en conflicto. El capítulo continúa examinando las nuevas tensiones en las que se hundió la sociedad colonial postrevolucionaria hacia mediados del siglo XIX. Las grandes revueltas de mediados de siglo en China, el sur de Asia y Europa, y la Guerra de Secesión americana supusieron impactos globales, además de regionales. Las consecuencias una vez más se entrelazaron por todo el mundo.

EVALUACIÓN DEL «NAUFRAGIO DE LAS NACIONES»

Las guerras y revoluciones del periodo 1780-1820 se cobraron un alto coste en vidas humanas y en trastornos económicos. Conflictos anteriores

ya habían visto a europeos luchando en otros continentes, pero esas guerras se habían librado en las costas, las islas, o en los límites de las zonas agrícolas. Las consecuencias de la crisis global tras el declive de los viejos regímenes asiáticos y tras las revoluciones americana y francesa tuvieron impacto en el interior de todos los continentes. El Cairo, Moscú, Delhi, Jogyakarta y París, todos grandes y famosos centros políticos y comerciales, habían sido conquistados. Los británicos habían quemado Washington, la nueva capital norteamericana. Según el desalentador recuento de Charles Tilly, el número de muertos en batalla se incrementó diez veces entre las guerras europeas de las décadas de 1750 y 1800[1].

La escasez mundial de plata surgida a raíz de la lucha entre las tropas españolas y los criollos rebeldes de México, agudizó el daño económico causado por la guerra. La repentina falta de numerario a partir de 1810 desató tensiones económicas en los precarios sistemas políticos eurasiáticos y africanos, desde el este de Europa hasta Java. En China empezaron a aparecer los síntomas de la larga turbulencia económica y política que caracterizó el sombrío siglo XIX. En Europa, las heridas de la guerra dieron paso a problemas agrarios e industriales con la caída de la demanda que acompañó de forma inevitable a la paz. Soldados licenciados en busca de trabajo se enfrentaron a milicias. Los terratenientes que habían prosperado gracias al elevado precio del grano durante la guerra se enfrentaron ahora a los agricultores arrendatarios que tuvieron que afrontar de nuevo la austeridad o que se encontraron otra vez con cargas feudales. Los trabajadores industriales que empezaban a formar sindicatos para pedir mejores condiciones y salarios fueron tratados como conspiradores criminales.

La dislocación económica que atravesó el mundo entre 1800 y 1820 sólo se vio superada por el revulsivo ideológico y doctrinal que supuso la revolución y la guerra mundial. Los líderes de la nueva república norteamericana habían roto deliberadamente con el protocolo aristocrático (uno de ellos recibía a los embajadores extranjeros en zapatillas y bata). De forma más siniestra, el esplendor original de la Revolución Francesa se convirtió en la primera purga política sistemática y secular efectuada por un aclamado gobierno popular. El asesinato de la familia real y de la aristocracia francesa tuvo ecos menos sangrientos en todo el continente. Expulsaron al Papa de Roma. La república milenaria de Venecia desapareció y saquearon sus tesoros artísticos. La guerra había dejado patente las debilidades de las autocracias y aristocracias de Prusia, Austria, e incluso de Rusia.

Y, entonces, el cambio revolucionario se detuvo en seco. Muchos grupos que se habían ilusionado al principio de la revolución se sintieron defraudados. Los radicales sintieron horror al ver cómo a partir de 1815 se restablecían los estados policiales dinásticos. Los católicos irlandeses se sentían traicionados porque la abolición de su inhabilitación religiosa no llegó con la unión con Gran Bretaña de 1801. La vieja república polaca se vio repartida entre Austria, Rusia y Prusia en 1795. Los esclavos que habían atisbado la libertad durante la Revolución Francesa se enfrentaban a una nueva era de esclavitud. Surgieron periódicamente revueltas de esclavos en Barbados, Jamaica, Carolina del Sur y Brasil. La visión de Simón Bolívar, el libertador, de un gobierno constitucional y liberal no prevaleció en la América española. El gran continente sureño de la libertad se dividió en seudo-naciones en conflicto. Durante dos décadas, las ciudades comerciales en expansión se vieron amenazadas por virulentos jefes militares rurales, los caudillos[2]. La revolución, además, se había vuelto rápidamente patriarcal y el régimen napoleónico había frenado una incorporación más completa de la mujer a la vida pública, algo que parecía posible después de 1789.

Fuera de Europa y de las Américas, no sólo las antiguas supremacías estaban amenazadas, sino la confianza y la autonomía de civilizaciones enteras. Temporalmente, los infieles franceses controlaron la mezquita de al-Azhar de El Cairo, la institución educativa más importante del mundo musulmán. Unos años más tarde, celotes puristas musulmanes saquearon la Meca, Medina y Karbala, los enclaves más sagrados del islam. Los británicos habían capturado al Gran Mogol, y se apropiaron de la reliquia del diente del Buda en Ceilán. Los holandeses y los británicos profanaron los recintos reales de los palacios de Java, los *kratons*. A principios del nuevo siglo, además, empezaron a sufrir también otros pueblos denominados por los teóricos europeos como «tribus salvajes». En el Pacífico y las Américas, la cultura y los lugares sagrados de los pueblos indígenas se vieron amenazados por la tala de árboles, el exterminio de la fauna por exceso de caza y el empuje colonizador de nuevos inmigrantes blancos que escapaban del desastre postbélico de Europa. El gobierno británico y, temporalmente, el francés habían prohibido la trata de esclavos. Pero la esclavitud continuó y la trata de esclavos simplemente se transfirió a otros puertos y a las naves españolas y portuguesas. Este comercio de personas siguió distorsionando la sociedad africana, dilapidando los recursos productivos, provocando guerras internas y extendiendo la esclavitud por todo el continente. La esclavitud persistió también en el Caribe y en los estados sureños de

Norteamérica, a pesar de su condena por reformadores negros y blancos como mal humano primordial.

Por todo el mundo, los gobiernos y gobernantes trataban de responder a las consecuencias del «naufragio de las naciones» que había desmoronado radicalmente los antiguos supuestos de deferencia y razón en que, teóricamente, se basaba el viejo orden. Los pensadores, desde el conservador liberal francés Alexis de Tocqueville[3] hasta el teólogo más importante de Delhi, Sha Abd-al Aziz[4], trataron de incorporar cambios mientras preservaban simultáneamente lo que podían de las prácticas y creencias. En China, He Chang Ling trató de resumir lo mejor del estadismo Qing, para reparar el Gran Canal y reconstruir la legitimidad de la dinastía, consciente de que se aproximaban peligrosos extranjeros[5]. Durante la primera parte del siglo XIX, los gobernantes e intelectuales buscaron formas —políticas, económicas e ideológicas— de maniatar las desatadas fuerzas del cambio. Hasta cierto punto, lo consiguieron. Es mejor ver este periodo como uno de «pluralismo inestable», cuando pequeñas economías industriales y gobiernos representativos (de forma limitada) de Europa occidental convivían con un mosaico de estados dinásticos, tronos imperiales protegidos y provincias coloniales europeas de dudosa legitimidad.

Sin embargo, si tomamos en cuenta los conflictos menores y los golpes de Estado que siguieron, los artífices del tratado de paz de Europa de 1815 y sus equivalentes en América, África, Asia y el Pacífico, sólo tuvieron éxito en parte, y a medio plazo. Hacia las décadas de 1840 y 1850 estaba claro que los intentos de mantener el viejo sistema de estados, si bien en un formato más estilizado, habían fracasado. En gran parte de Europa y de sus colonias, este orden fue roto en mil pedazos en 1848, el segundo gran año revolucionario tras el de 1789, por un nuevo radicalismo de artesanos y campesinos. Una serie de brutales guerras entre blancos y no blancos se desató cuando los chinos, los indios y los nativos de Norteamérica, Australasia y Sudáfrica antepusieron su última gran resistencia a los asaltos europeos a sus religiones, sus monarquías y sus territorios. Los regímenes de las décadas de 1860 y 1870 eran muy diferentes a los de 1820. Incluso aquéllos que parecían sostener la marca del viejo orden, como la Alemania de Bismarck, Rusia o China, se vieron obligados a ceder poder a los burócratas, a la burguesía y a la idea de nacionalidad. En las colonias europeas, el poder estaba claramente en manos de europeos expatriados. La ilusión de la soberanía compartida entre gobernantes indígenas y un número limitado de europeos se había descartado.

LA SUPREMACÍA MARÍTIMA BRITÁNICA, EL COMERCIO MUNDIAL Y EL RENACIMIENTO DE LA AGRICULTURA

Cuando los estadistas que dominaban el mundo al finalizar las guerras napoleónicas trataron de asegurar una mayor estabilidad internacional y doméstica para su generación, idearon sistemas políticos que maniataran el radicalismo político y las tensiones culturales y de clases que habían aumentado durante y después de las guerras globales. Los gobernantes necesitaban desesperadamente un rápido crecimiento comercial para sacar la economía internacional de la depresión postbélica. Esto restauraría sus finanzas y les ganaría el apoyo de los comerciantes y campesinos ricos. La prosperidad, está claro, no garantizaría automáticamente la aquiescencia política, pero el hambre y la pobreza justificarían la causa radical. Durante algún tiempo, los gobernantes conservadores pudieron contar con la ayuda de ciertos avances políticos y tecnológicos. Las dos primeras secciones de este capítulo analizan los orígenes políticos, económicos e ideológicos de la estabilidad —y la inestabilidad— del mundo a principios del siglo XIX.

En primer lugar, Gran Bretaña se había convertido en la potencia marítima sin rival tras derrotar a las armadas francesa, española y holandesa. Esto eliminó una de las grandes causas de tensión internacional del siglo anterior: el conflicto entre naciones comerciales europeas armadas que, a su vez, arrastraba a los no europeos a la guerra. Aunque la guerra terrestre en la península Ibérica y en el mundo entre 1806-1814 había llevado al límite los recursos militares británicos, el país salió de la paz de 1815 como el árbitro comercial del mundo. Por supuesto, la supremacía británica no era completa. Rusia salió de la guerra con una flota sorprendentemente grande en el Báltico y en el Mar Negro, con las que mantuvo en suspense a otomanos y británicos. En las aguas de Norteamérica, la doctrina Monroe, que teóricamente prohibía la intervención europea en el hemisferio occidental, creó una zona de influencia para los nuevos Estados Unidos. Pero los británicos dominaban las aguas de Sudamérica y del Pacífico[6].

Tras la guerra anglo-americana de 1812-1814, la relación entre los dos países mejoró muy deprisa, basándose en su mutuo interés en el comercio trasatlántico, la migración y el evangelismo protestante. Gran Bretaña mantuvo el papel dominante en las nuevas repúblicas de Sudamérica. La restaurada monarquía francesa mantuvo algo de influencia en el Mediterráneo occidental y en la costa oeste de África. En otras partes, sin embargo, la Royal Navy y la marina mercante británica, junto con sus representantes árabes e indios y sus clientes chinos de

ultramar, controlaban con firmeza los mares. Los nuevos puertos militares y de avituallamiento —Ciudad de El Cabo (1806), Fernando Poo en la costa africana (en la década de 1820), Malta (1802), Aden (1839), Singapur (1819) y las colonias en desarrollo de Australia y Nueva Zelanda— permitieron a Gran Bretaña desplegar su poder anfibio por todo el mundo. En estas rutas, las fuerzas navales suprimieron a los reyes portuarios independientes que hasta 1815 habían controlado las actividades mercantes de sus dominios marítimos y cobrado impuestos sobre ellas. Los británicos los tildaron de «piratas». Incluso antes de la instalación del telégrafo eléctrico o el desarrollo del barco a vapor, la transmisión de información comercial y estratégica mejoró en el mundo europeo a principios de siglo[7]. Las empresas privadas almacenaban datos comerciales y desplegaban agentes en ciudades portuarias que antes fueron inaccesibles. A su vez, los seguros marítimos baratos y los intentos de mejora en las condiciones de a bordo por las autoridades, impulsaron la transparencia y la fiabilidad mercantiles. El comercio mundial se expandió en la década de 1820 y, de nuevo, en la década de 1840, aunque entre medias se produjo un paréntesis importante.

A pesar de sus volátiles vaivenes, la recuperación comercial permitió a las dinastías y gobiernos imperiales que luchaban contra la situación postrevolucionaria aliarse con mercaderes, terratenientes astutos y agricultores calculadores. Gran parte de este comercio en expansión se dedicó a vestir y alimentar a la población, que seguía creciendo tras padecer la crisis de subsistencia del siglo XVIII. Las poblaciones de Europa, América y el este de Asia crecieron rápidamente durante este periodo, aunque las de Oriente Medio, África y el sur de Asia padecieron hambrunas y enfermedades. Nuevas provincias que exportaban cultivos comerciales aparecieron siguiendo el patrón de los viejos mercados de materias primas. Donde la lana y el lino habían sido la base del consumo y comercio locales, en el siglo XIX «reinaba el algodón». Los cultivadores de algodón y las plantaciones de esclavos abastecían de materia prima a cientos de miles de tejedores artesanos del mundo y también a un número cada vez mayor de telares mecánicos.

Egipto es un buen ejemplo de cómo el crecimiento económico estaba ligado a la estabilidad política a medio plazo. La provincia llevaba años produciendo grano para el Imperio Otomano y los puertos mediterráneos del sur de Europa. Tras la invasión francesa de 1798-1800, Mehmet Alí, el representante del sultán otomano, de origen albanés, asumió el poder y eliminó a la antigua clase terrateniente[8]. Su objetivo era convertir al país en una temible potencia militar a base de exportar

cultivos comerciales e invertir los beneficios en obras públicas y en un ejército al estilo europeo. En 1840, Egipto era un exportador clave de algodón a Francia y Gran Bretaña. El delta egipcio se convirtió en un enorme campo de algodón. Alejandría, que desde la caída del imperio romano había sido un tranquilo puerto mediterráneo, empezó a convertirse en uno de los clásicos puertos híbridos de la Eurasia del siglo XIX. El régimen de Mehmet Alí fue lo bastante fuerte para mantener a sus vecinos amedrentados y para aplastar la disidencia interna, a pesar de que los franceses y los británicos frenaron sus planes de invadir Palestina. Todo fue posible gracias a los ingresos que producía el algodón.

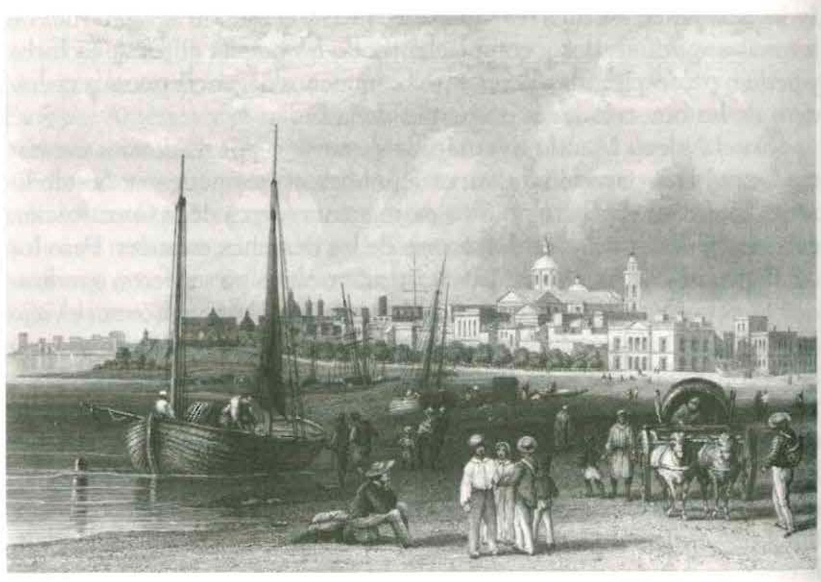
También hacia 1850 un importante comercio de algodón crudo salía de los puertos del sur y el oeste de India[9]. La mayor parte servía para sustituir la baja producción de China, cuya población seguía creciendo. Pero otra parte iba destinada a los telares mecánicos de Gran Bretaña y del noroeste de Europa, cuando la demanda era especialmente alta. Los exportadores y productores de algodón y otros cultivos comerciales de la costa india sirvieron a los gobiernos imperiales británicos como apoyo —algunos eran neutrales— contra los hostiles y hoscos moradores de los viejos centros regios indios del interior, ahora en profundo declive. Los comerciantes parsis zoroástricos de Bombay jugaron un importante papel en la exportación de algodón y opio de la India occidental a China, el sudeste asiático y el este de África. Eran de los más anglicanizados y complacientes de las nuevas élites de la India y pedían proteccionismo económico con menos urgencia que sus coetáneos de las otras ciudades portuarias de la India.

En el Nuevo Mundo, una rápida expansión por territorios escasamente poblados ayudó a la nueva república norteamericana a estabilizarse. Hubo un conflicto político permanente acerca de la Constitución entre los federalistas y los defensores de los derechos estatales. Pero los conflictos ideológicos y políticos norteamericanos no se vieron agudizados por conflictos sociales por tierras y recursos como pasó en el Viejo Mundo. También ayudaba el comercio exterior. Los estados sureños de la Unión exportaban algodón crudo, cosechado por esclavos, a las fábricas de Gran Bretaña y el noroeste de Europa[10]. Las plantaciones de esclavos del Sur habían exportado arroz al Caribe y tabaco e índigo a Europa. Pero estas materias primas ya se encontraban en otras partes del mundo, y el Sur dejó de expandir sus exportaciones. El algodón era una nueva materia prima de gran demanda que, temporalmente, evitó la crisis económica e ideológica del Sur norteamericano. Durante medio siglo, permitió a sus líderes tratar de igual a igual en la política federal

a los de los estados norteños, que ya empezaban a industrializarse a mediados de siglo. El algodón también ayudó a perpetuar el sistema esclavista, al ser un incentivo para que los amos establecieran un mínimo de ayuda social para sus trabajadores.

A escala más pequeña, esto también ocurrió en otras partes del continente americano. Incluso en zonas remotas de Centro y Sudamérica, el algodón producido por los campesinos amerindios para los mercados lejanos y ocasionalmente, a partir de 1840, para las fábricas algodoneras locales fue un recurso estabilizador para los comerciantes, las ciudades y los terratenientes durante un periodo de turbulencia política constante. El mayor éxito lo obtuvo Brasil, que emergió como uno de los mayores exportadores de café del mundo. Esto permitió que Brasil financiara sus deudas mejor que las antiguas colonias españolas y que evitara, en parte, las crisis políticas que afectaron a éstas a lo largo del siglo[11].

El creciente comercio de materias primas ayudó a los agricultores y comerciantes de otras regiones productoras vulnerables. Los beneficios de este comercio también ayudaron a las enfermizas economías europeas.



4.1 El comercio mundial en expansión: Buenos Aires. Grabado, 1840.

A comienzos de siglo, por ejemplo, Holanda se salvó de la extinción gracias a los impuestos que cobraba a los campesinos de Java y haciéndoles producir tabaco, azúcar y arroz para el mercado mundial bajo el llamado «sistema de cultivos»[12]. El Piamonte y la Toscana, por contra, dependían de la demanda agraria de los volátiles mercados de Francia y Gran Bretaña[13]. A su vez, los jefes bushatis de Albania exportaban algodón crudo a Italia a finales del siglo XVIII y principios del XIX. El Cabo de Buena Esperanza, desde 1806 una frágil y problemática colonia de Gran Bretaña, producía vino y cuero para el mercado europeo, por lo menos hasta que se restablecieron las exportaciones francesas en la década de 1820[14]. Incluso las nuevas colonias y asentamientos militares de Australia se vieron transformadas al descubrir, repentinamente a finales de la década de 1830, que una producción intensiva de lana les otorgaba un lugar en la nueva economía mundial más allá de ser colonias penitenciarias[15]. Los asentamientos británicos de la costa oeste de África empezaron a desarrollar poco a poco su exportación de materias primas básicas como por ejemplo aceite de palma. Hubo, incluso, un momento en el que los mercaderes negros emprendedores de Lagos y Accra parecieron ser iguales que los colonos europeos para la dispensa racial del Imperio Británico[16]. Este llamado comercio legítimo también fue un recurso clave para los reinos del interior, como el de los asantes, que habían empezado a sufrir tras la abolición de la trata de esclavos por parte de los británicos en 1807.

Las innovaciones técnicas de la época ayudaron a los terratenientes y empresarios en la ciudad y en el campo. La mecanización de la cosecha y de la trilla estaban bien establecidas en Europa occidental y Norteamérica hacia la década de 1820. Más tarde, hacia la década de 1840, el ferrocarril empezó a dar acceso a los mercados regionales a los agricultores y terratenientes que pudieran pagarlo. Las praderas de Norteamérica abastecían a las ciudades de la Costa Este por medio del ferrocarril, y sus productos se exportaban en masa a Europa[17]. Los sistemas de canales y carreteras de Europa del Este, mejorados por razones de seguridad durante las guerras napoleónicas, siguieron creciendo por razones comerciales. La aparición del barco a vapor a partir de 1830 en los grandes ríos de Europa del Este, Oriente Medio e India potenció el comercio de grano. La producción de tabaco, algodón y arroz aumentó con la aparición de los famosos barcos a vapor del Mississippi.

También el marco legal de la agricultura se modificó en todo el mundo. En muchas zonas, esto significó la creación de un auténtico mercado de la tierra. Los gobiernos postrevolucionarios del este de Europa

abolieron muchos viejos derechos y deberes feudales y los diezmos de la Iglesia, que tanto irritaron a los campesinos el siglo anterior. Estas medidas legales sirvieron para estabilizar las comunidades agrícolas. En las colonias británicas de Canadá, Sudáfrica y Australia los títulos legales otorgaron el control de sus tierras a los granjeros allí asentados, cuando antes lo normal era que grandes terratenientes se las alquilaran a sus «ocupantes». Por supuesto, los pueblos nativos fueron excluidos de estas provisiones legales o, como mucho, fueron recluidos en menguantes reservas, como pasó en Estados Unidos. En la colonia de El Cabo y Natal, la legislación británica reforzó el poder de los terratenientes y les permitió adentrarse en las tierras de campesinos y pastores africanos. En Ceilán, las provisiones legales a favor de los terratenientes facilitaron el surgimiento de un nuevo sistema de plantaciones en la meseta central.

Los imperios terrestres europeos también lograron una estabilidad temporal. En Austria y otros estados germanófonos, los efectos de la moderada reforma territorial de finales del siglo XVIII empezaron a pacificar la sociedad rural una vez que la economía empezó a recuperarse de la depresión postbélica[18]. Por lo general, se beneficiaron los terratenientes, que fueron recompensados por perder sus rentas, y no los campesinos. Aun así, muchas de las peores causas de malestar en las zonas agrarias fueron aliviadas a corto plazo. Incluso en regiones como Prusia Oriental, donde la reforma tardó en llegar, las mejoras en comunicaciones y el crecimiento del mercado urbano impulsó a algunos terratenientes y granjeros más pequeños a invertir en agricultura y a mejorar la producción. En el sur, Venecia y el Véneto habían sido muy valoradas por el dominio lombardo, que las había controlado bajo Napoleón. Esta rica región vinícola, que también producía aceite y maíz, pagaba ahora sus impuestos a regañadientes a sus nuevos amos de Viena. Sin embargo, las demandas de dinero y de soldados de los Habsburgo eran menos exigentes que los del primer imperio, y los jefes austriacos mantuvieron algunas medidas eficaces de la administración francesa, como la gendarmería[19].

LA EMIGRACIÓN: ¿UNA VÁLVULA DE ESCAPE?

Una consecuencia derivada de la exportación de materias primas fue la exportación de personas[20]. La esclavización de africanos persistió

durante la primera mitad del siglo XIX, e incluso se incrementó, como veremos en el capítulo 11. La abolición británica de la trata de esclavos en 1807 no supuso precisamente una revolución. Simplemente desplazó la trata a los barcos de otras naciones, sobre todo de España y Portugal. De hecho, la esclavitud como institución no se abolió en el Imperio Británico hasta 1834, y perduró bajo otro cariz hasta mediados de la década de 1840. En Estados Unidos, Cuba y Brasil duró varias décadas más. La nueva faceta de la exportación de personas en la primera mitad del siglo fue la escalada emigratoria de individuos «libres» de regiones como Gran Bretaña, Irlanda y el noroeste de Europa a otras partes del mundo. La depresión comercial postbélica y los relatos de personas que hacían fortuna en las Américas, Sudáfrica y, más adelante, Australia y Nueva Zelanda, atrajo a cientos de miles de personas que buscaban mejorar sus vidas. Los gobiernos europeos esperaban que así se librarían de radicales y revolucionarios. Hasta cierto punto, así fue.

El éxodo europeo hacia Norteamérica y otras zonas de colonización «blanca» iba acompañado de otro éxodo igual de masivo, aunque menos conocido, de asiáticos que cruzaron los mares en todo tipo de condiciones, desde la semiesclavitud hasta la emigración libre[21]. Esto alivió la tensión territorial y mantuvo activos los puertos de la costa asiática. Los chinos se extendieron por el sudeste asiático como mano de obra y como mercaderes. Más adelante, los chinos y japoneses cruzaron el Pacífico y emigraron a las Américas. El historiador indio Rajat K. Ray mantiene que el renacer de la antigua economía de bazares en Asia[22] fue crucial en la aparición de la nueva economía, tan crucial a su modo como la industrialización. Trabajadores indios contratados fueron a Ceilán, Isla Mauricio, el Caribe y, más adelante, Fiyi y Natal, donde producían café, té y azúcar. Como debían a sus jefes el coste del viaje y la subsistencia , se trataba realmente de un «nuevo sistema de esclavitud» virtual[23]. La emigración por fronteras terrestres también se aceleró, sobre todo a partir de 1840. Colonos rusos se adentraron en la estepa y en Siberia, al crecer la población en las primeras décadas del siglo. A partir de 1830, los colonos franceses se asentaron en el norte de África, y los holandeses de El Cabo se mudaron tierra adentro para escapar de las irritantes restricciones de la administración británica en la Colonia de El Cabo y del desprecio cultural que se les mostraba[24].

CUADRO 4.1 *El origen regional de los inmigrantes llegados a Estados Unidos, 1820-1930.*

Continente de origen	*Número de emigrantes entre 1820-1930*
Europa	32.121.210
Asia	1.058.331
Sudamérica	4.241.429
Total	37.420.970

Fuente: Chris Cook y David Waller, *Longman Handbook of Modern American History 1763-1996,* Londres, 1997.

Esta aceleración de los movimientos migratorios sirvió para apuntalar la nueva división del trabajo, en la que Europa proveía bienes manufacturados y semimanufacturados y el resto del mundo producía materias primas básicas. Aparecieron gran número de pueblos comerciales y regiones productoras, algunas de las cuales llegaban hasta el interior de India y de Norte y Sudamérica. El movimiento masivo de personas alivió la presión demográfica en Europa noroccidental y China, y, como creían los conservadores, redujo el riesgo de radicalización popular en el Viejo Mundo.

Sin embargo, las tendencias estabilizadoras tenían su contrapunto en los conflictos nacidos de la emigración. Las autoridades españolas y británicas ya sabían que una vigorosa población criolla ultramarina se desharía de su vínculo con su patria original para convertirse en competencia económica. Los gobernadores provinciales y los jefes militares franceses y británicos también sabían que el hambre de los colonos en lugares como Argelia (francesa a partir de 1830), Sudáfrica, Canadá y Australia provocaba guerras endémicas con la población de las «primeras naciones» que desesperadamente trataba de proteger su patrimonio de los invasores. El escenario quedó dispuesto para la serie de guerras entre nativos y colonos que estallarían en las décadas de 1850 y 1860[25]. El equilibrio entre la seguridad socioeconómica y las tendencias al conflicto y el colapso económico era precario en todo el mundo.

LOS PERDEDORES DEL «NUEVO ORDEN MUNDIAL», 1815-1865

Esta sección pasa a analizar las áreas de conflicto y decadencia que amenazaban la frágil estabilidad de las colonias postbélicas y que anticiparon

los conflictos de orden superior tras 1848. En primer lugar, algunas de las viejas zonas de producción, que en el siglo XVIII habían sido centros de producción mundiales, entraron en declive. No se beneficiaron de la nueva división internacional del trabajo. Las islas azucareras del Caribe, por ejemplo, entraron en una larga decadencia a causa de las rebeliones de esclavos y de la competencia de otros productores mundiales entre las décadas de 1820 y 1830. En la década de 1820, la exportación textil de la India cayó mucho antes de que los productos manufacturados británicos, llegados en barcos de vapor y ferrocarril, inundaran el mercado. Los expatriados británicos dejaron de utilizar la industria textil como método de remitir sus sospechosos beneficios a Europa. El comercio con especies en el sudeste asiático entró en declive. Sin embargo, los problemas de estas víctimas de la primera globalización no se extendieron a otras regiones como hubiera pasado en el siglo XVIII antes del dominio marítimo británico.

En muchas partes del mundo, las comunidades campesinas tardaron mucho en notar las mejoras, o éstas se notaron de forma muy parcial. Las economías rurales eran vulnerables a los ciclos de mal tiempo y durante la década de 1780 hubo una racha de desastres naturales que empeoró el conflicto en Europa y Asia. Los años 1815-1818 fueron de miseria en Europa, con malas cosechas que coincidieron con la reducción de la demanda al finalizar la guerra. Las décadas de 1830 y 1840 también fueron testigos de malas cosechas y hambrunas en Eurasia. Las inundaciones y sequías periódicas agravaron las epidemias. Durante 1847 y 1848, una enfermedad en Europa continental, Escocia e Irlanda afectó la cosecha de la patata. En Irlanda, que dependía de este tubérculo, murió más de un millón de personas[26]. El problema de la economía rural irlandesa fue sintomático de un problema más extendido. El resurgimiento del crecimiento de la población, sobre todo en las grandes economías asiáticas, redujo las tierras de los agricultores pobres, que se vieron cosechando terrenos cada vez más pequeños. A su vez, el relativo declive de las viejas artesanías en todo el mundo ante el avance de la industrialización británica y, más adelante, de la Europa continental, obligó cada vez a más gente a depender de la agricultura como medio de vida.

Los comienzos del siglo XIX no eran el mundo ideal que el filósofo y economista escocés Adam Smith describió con la esperanza de que una división virtuosa del trabajo produjera un incremento de la virtud humana. Graves conflictos persistían dentro del sistema comercial mundial. Estos condujeron a las crisis internacionales de las décadas de

1840 y 1850, que veremos en la segunda parte de este capítulo. En primer lugar, esta «integración» del comercio mundial (usando el término propio de los economistas) daba sus primeros pasos. La información económica, aunque más fiable que cincuenta años antes, no era perfecta. El telégrafo eléctrico sólo empezó a estabilizar los precios al principio de la década de 1850, y la comunicación rápida a veces daba lugar al pánico o a brotes de «exuberancia irracional» entre los inversores. La mayoría de las materias primas claves de la exportación eran agrícolas y, por tanto, estaban sujetas al clima, a la productividad campesina y a las condiciones políticas locales. A veces se producían enormes atascos de sobreproducción que luego se derrumbaban haciendo inciertos los futuros beneficios e, incluso, la supervivencia. Los campesinos podían ganar mucho un año y endeudarse el siguiente. Algunos productos de mayor volumen comercial, como el tinte azul extraído del índigo y el tabaco, servían para remitir a casa las fortunas de soldados o las ganancias sospechosas de los gobernantes coloniales de los imperios holandés, francés y británico. Esto significó que este tipo de comercio nunca estuvo sujeto a las leyes normales de la producción y la demanda. Ésta podía cambiar repentinamente de una materia prima a otra. Y como la producción estaba estimulada artificialmente, los campesinos podían encontrarse de repente sin mercado para sus cosechas ni los artesanos para sus productos. Así, incluso donde el nivel de vida mejoró, la desigualdad entre diferentes grupos se incrementó.

Por lo general, fueron los comerciantes, navieros y aseguradores europeos quienes ganaron más dinero. Los únicos nativos que salían bien parados eran los prestamistas de dinero o los grandes comerciantes, como los parsis de Bombay, los griegos, los sirios cristianos y los malteses de Alejandría, Beirut y Estambul, o los españoles metropolitanos, los portugueses y los británicos de Río de Janeiro y Valparaíso. El comercio pasaba por frenéticos ciclos de beneficios y pérdidas. Toda la economía pasó por una grave depresión a finales de la década de 1820, cuando la sobreproducción de índigo y algodón de Asia y el norte de África coincidió con la deceleración comercial europea. A mediados de la década de 1840 sucedió lo mismo pero con consecuencias más graves. El algodón era una materia prima especialmente volátil ya antes de que el parón en la producción norteamericana durante la Guerra de Secesión distorsionara el negocio. El equilibrio entre producción y consumo de materias primas seguía siendo imperfecto en todo el mundo.

Los conflictos asociados a estos negocios de principios del siglo XIX no se limitaban a beneficios y pérdidas. También afectaban a la ideología y

la política. Las guerras en el extranjero del siglo XVIII habían girado alrededor del «mercantilismo». Los políticos y teóricos del antiguo régimen habían pensado que la riqueza mundial era finita y que se contaba en oro. Si alguien se llevaba un trozo más grande del pastel, otro se quedaría con uno más pequeño. Por eso los gobiernos apoyaban ferozmente a sus empresas y comercios nacionales para intentar establecer monopolios. En el nuevo siglo, sin embargo, los británicos y los norteamericanos de los estados sureños, en particular, empezaron a creer en las virtudes del libre comercio y en los males que conllevaba el monopolio. Esto no era una mera teoría económica como en los libros del economista escocés Adam Smith y su equivalente francés, François Quesnay. Se convirtió en un artículo de fe hasta tal punto que algunos estadistas y teóricos llegaron a creer que las leyes del libre mercado eran la piedra angular del plan divino para la humanidad. Los regímenes que mantenían monopolios comerciales internos o externos eran tildados de maléficos, y no sólo de incompetentes económicamente. En 1845-1846 se desató una fuerte polémica en Gran Bretaña sobre las arcaicas Leyes del Grano. Estas medidas restrictivas ayudaban a los terratenientes británicos productores de cereales al imponer impuestos a las importaciones. La ley databa de los tiempos de Napoleón, cuando Gran Bretaña temía no poder alimentar a su propia población y quiso impulsar la producción autóctona. A los que apoyaban el libre comercio de las décadas de 1830 y 1840 estas leyes les parecían anacrónicas. La abolición de las Leyes del Grano dividió al gobierno del partido conservador y fue el comienzo de una política económica popular bajo la forma de Ligas antiLeyes del Grano[27]. De aquí en adelante, Gran Bretaña trató de abastecer a su creciente población industrializada con alimentos y materias primas de todo el mundo.

La riqueza nacional de Gran Bretaña dependía cada vez más de la exportación de productos manufacturados y de la importación de materias primas y alimentos del extranjero. En consecuencia, el deseo de acceder a los grandes mercados de Asia, África y Latinoamérica sin pagar grandes tarifas se convirtió en un aspecto clave de su política. Los estadistas británicos en general, y lord Palmerston (ministro de Asuntos Exteriores y luego primer ministro) en particular, deseaban liberalizar el comercio mundial y creían que era su derecho hacerlo por la fuerza si era necesario. A medida que esta cruda política de abrir los mercados a la fuerza se intensificaba, también crecía el riesgo de un conflicto armado con cualquier régimen o empresa comercial que no se beneficiara del libre comercio. La tensión en Europa y fuera de ésta se incrementó.

Algunas élites recientemente emancipadas de Europa y Latinoamérica confiaban ciegamente en el comercio libre, a veces en contra de sus propios intereses. En otros lugares había resistencia. En Alemania, Friedrich List se dio cuenta de que Gran Bretaña era adicta al libre comercio porque era beneficioso para ella como potencia industrial dominante, y escribió a favor de un sistema de «economía política nacional»[28]. Este sistema instaba a los pequeños productores a mantener aranceles altos, para permitir que las industrias nacientes pudieran echar a andar sin la dañina competencia exterior. Copias y traducciones de la obra de List se extendieron por el mundo, y líderes políticos desde Hungría[29] hasta Irlanda y la India entendieron los méritos de su propuesta para proteger su producción indígena atacada por las importaciones europeas.

Se libraron guerras por el acceso a los mercados. Ronald Robinson y John Gallagher argumentaron en la década de 1950 que la hegemonía económica que Gran Bretaña trató de imponer forzando a otros regímenes a adoptar el libre comercio era una especie de «imperio informal». Bajo este tipo de imperialismo, Gran Bretaña no controlaba el territorio como tal, pero su poder militar y su influencia política limitaban la independencia de estos regímenes hasta tal punto que se puede hablar de imperio[30]. Durante las décadas de 1820 y 1830, por ejemplo, el gobierno británico estuvo en conflicto permanente con las autoridades de algunos estados independientes de Latinoamérica que no se adscribían al libre comercio, a causa de los aranceles e impuestos que tenían que pagar los comerciantes británicos para importar sus productos. En 1840, lord Palmerston envió una flota a la bahía de Nápoles para obligar al gobierno Borbón napolitano a rebajar sus tarifas. La depresión comercial y el desempleo que provocó el resultante diluvio de productos británicos fueron factores importantes en la revolución de 1848 en el reino[31]. Oriente Medio es otro buen ejemplo de la actuación del «imperio del libre comercio». Las potencias obligaron a los otomanos a rebajar tarifas en todas partes. Ésta fue una de las razones por las cuales apoyaron la independencia de Grecia de Estambul. Una vez que Francia y Gran Bretaña habían obligado a los otomanos a rebajar aranceles en 1838, los esfuerzos de los sultanes y los gobernadores de Egipto de impulsar pequeñas industrias que compitieran con Occidente se vieron abocados al fracaso[32].

El ejemplo más llamativo del conflicto entre el moralismo interesado de los británicos a propósito del libre comercio y los intereses de los gobiernos no europeos fue la Guerra del Opio con China entre 1839 y

1842. Desde la década de 1820, el gobierno chino estaba preocupado con el éxodo de plata del país. La plata se usaba para pagar el creciente consumo de opio en China, un opio importado desde la India por la Compañía de las Indias Orientales inglesa. El opio estaba causando problemas en el ejército chino y su uso también se estaba extendiendo entre los campesinos. La crisis llegó en 1834. Ese año, comerciantes libres consiguieron la abolición del monopolio de la Compañía de las Indias Orientales para exportar opio de la India a China. El resultado fue que los comerciantes norteamericanos y británicos que tomaron control del comercio de opio empezaron a inundar aún más el país con sus productos. Las autoridades chinas debatieron ferozmente entre ellas si debían legalizar el comercio de opio o, como querían los conservadores, restablecer su control y prohibirlo del todo. El opio de contrabando se acumulaba en el puerto de Cantón, y la corte imperial china envió un magistrado a destruirlo. Este ataque a una propiedad británica provocó una respuesta militar por parte del gobierno británico.

Gran Bretaña declaró la guerra a China y aceleró el fin de su frágil dinastía porque quería mantener las exportaciones de opio indio al país. Estaban en peligro los ingresos del gobierno indio y, por tanto, del británico. Los impuestos sobre el opio representaban un 20% de la recaudación total de la India. Los productos chinos vendidos en el mercado internacional garantizaban que Gran Bretaña pudiera comprar otras materias primas, como algodón norteamericano. También peligraban los negocios de los muchos europeos y americanos que habían entrado en el mercado chino tras su liberalización en 1834. Un segundo conflicto relativo al proyecto de «abrir China al comercio» —esto es, vender opio y otras materias primas en el creciente mercado chino— se produjo entre 1856 y 1860. Éste fue la Guerra de la Flecha, llamada así en alusión al barco británico *Arrow*, supuesta causa del conflicto bélico[33]. En esta ocasión las tropas británicas quemaron el palacio de verano del emperador chino, un acto de vandalismo imperial sin igual. Los británicos volvieron a utilizar el lema del «comercio libre» y el derecho internacional para justificar su política de penetración económica en interés de un monopolio subyacente.

Si bien el comercio internacional del siglo XIX evitó las grandes guerras intraeuropeas del siglo XVIII, no obstante sí fue testigo de la subordinación económica de pueblos fuera del núcleo del desarrollo europeo noroccidental. A menudo se trataba sencillamente de un asunto de fuerza militar. Los europeos estaban demasiado bien armados para permitir que los gobiernos indígenas frustraran sus planes como habían hecho

en el siglo XVIII los mogoles a los británicos y los beyes de Argel a los franceses. A veces fue porque los comerciantes indios, chinos o árabes no podían acceder a la información, las técnicas mercantiles, el capital y los seguros que desplegaban las grandes empresas y navieras europeas y americanas. Irónicamente, cuando los dominantes británicos empezaron a legislar para mejorar la seguridad y las condiciones de a bordo a partir de 1815, esto dificultó las posibilidades de competir de los barcos mal equipados de los mercantes indígenas. Esta subordinación económica impulsó el declive de las industrias artesanales indígenas tanto como el lento proceso de mecanización de Europa y Norteamérica. Los comerciantes europeos usaban ahora la exportación de los cultivos comerciales primarios para remitir ganancias a Europa o para llenar las bodegas para el viaje de vuelta. Ya no compraban los productos artesanales del sur y el este de Asia o de Oriente Medio que habían sido tan populares en la Europa del siglo XVIII. Los artesanos indígenas no tenían ni el capital ni los medios para exportar por su cuenta. Además, cada vez era mayor la desventaja comercial puesto que más y más regiones empezaban a producir los productos valiosos de antaño: té, opio, especias, café, tabaco y azúcar. Con la aceleración industrial europea, las «condiciones comerciales» se volvieron decisivamente en contra de las zonas externas al núcleo económico.

Éste fue, pues, el periodo clave, cuando la producción industrial fue repatriada a Europa y Norteamérica. Ya en el siglo XVIII, las fuerzas navales europea y norteamericana habían permitido a los comerciantes en estas tierras quedarse con un porcentaje desmesurado del valor añadido al comercio mundial por las revoluciones industriosas. A principios del siglo XIX esta disparidad de poder se amplió al volverse incontestable la fuerza militar europea y al despegar la industrialización. A largo plazo, estos acontecimientos reforzaron la diferencia de ingresos per cápita a nivel internacional entre lo que ahora llamaríamos el «Norte» rico y el «Sur» pobre.

LOS PROBLEMAS DE LA LEGITIMIDAD HÍBRIDA: ¿A QUIÉN PERTENECE EL ESTADO?

Esta sección pasa de las condiciones económicas que permitieron la precaria estabilidad política de los regímenes de la restauración a considerar su legitimidad y su ideología. No era suficiente para los gobiernos

encontrar formas de evitar la hambruna y de garantizar a algunos de sus súbditos cierto grado de prosperidad. Tras los violentos debates de la época revolucionaria sobre la naturaleza del buen gobierno, y dada la continuada oposición radical a su autoridad, necesitaban más que nunca aparentar que actuaban con autoridad divina y humana.

Los sistemas estatales que resurgieron en 1815 consiguieron neutralizar a sus oponentes ideológicos más radicales de todo el mundo. Era difícil mantener el equilibrio y, después de 1848, éste se subvirtió. A medio plazo, sin embargo, la monarquía y la aristocracia se vieron despojados de sus derechos más abusivos y limitados por una nueva clase de abogados y burócratas. La gente seguía siendo religiosa y se seguía creyendo que los reyes derivaban su autoridad de Dios. El orden también se mantuvo ayudado por el miedo a la continua anarquía y por la prosperidad irregular que citamos en el capítulo anterior.

Irónicamente, fue Napoleón quien empezó a enfrentarse a los problemas de la legitimidad y estabilidad postrevolucionaria tanto en Francia como en su Gran Imperio. Para asegurar su poder, había reprimido enérgicamente a las turbas revolucionarias de París y otras ciudades. Por otra parte, aceptó y consolidó a los nuevos terratenientes salidos de la toma de las tierras eclesiásticas y aristocráticas por los revolucionarios. El Concordato de Napoleón con el Papado aseguró que la Iglesia aceptara la pérdida de terrenos como un hecho y esto facilitó la restauración de los monarcas Borbones tras 1815[34]. Napoleón reformó el sistema judicial francés con el célebre Código Napoleónico, y perfeccionó el gobierno centralizado con su sistema de prefecturas. Estos servicios siguieron siendo el marco político de la Francia metropolitana y su imperio durante el siglo XIX. Incluso donde se restauró la posición de los terratenientes aristocráticos después de 1815, en el centro de Italia, las tierras del Rin, el este de Europa y Egipto, el Estado tenía unos rasgos más definidos y «racionales» que en el siglo XVIII. Además, Napoleón había concedido implícitamente un papel a la Iglesia y al principio dinástico. Entre 1806 y 1809 trató desesperadamente de llegar a una alianza matrimonial con la casa real de Austria, e instaló a su familia como reyes, princesas y príncipes de los territorios conquistados. El republicanismo se vio muy debilitado y, en 1815, los Borbones se reinstauraron en el sistema con pocos problemas sociales y con purgas mínimas.

El enemigo más flexible de Napoleón, Gran Bretaña, también trató de eliminar la amenaza radical, para lo que reinventó su monarquía y purgó los abusos políticos más flagrantes. Linda Colley ha descrito cómo se estableció un nuevo culto a la monarquía alrededor de la poco

propicia figura del rey Jorge III, un perturbado mental. Jorge IV, vividor, mujeriego y hasta peor representante de la dignidad real, trató de crear una corte más fastuosa y espectacular, como las de sus contemporáneos continentales. Tampoco tuvo éxito dados los rumores de inmoralidad y el notorio divorcio de su mujer, la reina Carolina. Aun así, antes de la reforma parlamentaria de 1832 y la extensión del voto a la clase media de las ciudades importantes y a algunos granjeros ricos, los reformadores habían tomado algunas medidas para hacer más aceptable el sistema político británico y para tranquilizar a su revoltosa población[35]. Podría decirse que la reforma parlamentaria, la abolición de la esclavitud y la emancipación católica entre 1829 y 1835 salvaron a Gran Bretaña y a su imperio de los peligros revolucionarios de la década de 1840. Sin embargo, la «reforma» británica de este período fue impulsada por asociaciones voluntarias y activistas aristócratas individuales más que por el Estado. En Alemania, sin embargo, y sobre todo en Prusia, pasó lo contrario[36].

La unión con Inglaterra eliminó la conocida corrupción del reino irlandés, aunque esto ayudó a los católicos irlandeses sólo a corto plazo. La reforma humanitaria erradicó algunas barbaridades del sistema legal, mientras que el gobierno imperial salió reforzado. Algunos de los peores excesos del sistema de plantaciones esclavistas también desaparecieron con la abolición de la esclavitud por parte de Gran Bretaña en 1807, y el gobierno restó privilegios a la Compañía de las Indias Orientales en 1813. Nada de esto silenció a los radicales, ni siquiera a los reformadores *whig*, pero sí dio vida al Antiguo Régimen y tranquilizó a la creciente clase media evangélica antes de que el país se rejuveneciera con la nueva riqueza a gran escala de la Revolución Industrial.

Con sus vigorosos intentos de establecer un equilibrio político, los hombres de Viena y los veteranos de Waterloo que ahora controlaban las provincias imperiales francesas y británicas tenían varias ventajas clave, aparte de las puramente económicas. En primer lugar, los recuerdos del caos revolucionario significaban que los regímenes conservadores podían contar normalmente con el apoyo de la clase media y de los ciudadanos urbanos para combatir a los anarquistas, protosocialistas y secesionistas. A pesar de sus protestas ultralealistas, la mayoría de los gobiernos postbélicos mostraron una inteligente flexibilidad que nacía de sus miedos al desorden. Cuando un gobierno conservador perdía legitimidad, como pasó con el parlamento sin reformar del duque de Wellington en Gran Bretaña a finales de la década de 1820; en España con el régimen Borbón en 1820[37], y, finalmente, en Francia en 1830,

fueron reemplazados por gobiernos ligeramente menos conservadores, que apoyaban al gobierno representativo, aunque sólo de boquilla. En el imperio austriaco, las asambleas representativas (las dietas de Hungría y Transilvania) impulsaron algunas ligeras reformas a partir de 1825[38]. En el Piamonte, la dinastía en última instancia se vio forzada a una serie de reformas apresuradas y poco sistemáticas, como el nuevo código legal de 1837, a causa de una serie de golpes de Estado fallidos organizados por el incansable revolucionario Giuseppe Mazzini. La autocracia tuvo que aceptar el liberalismo a su pesar. Una proclama anónima que apareció en París en el verano de 1830 refleja el compromiso. Decía: «El duque de Orleáns es un príncipe leal a la causa revolucionaria... El duque de Orleáns es un ciudadano-rey. El duque de Orleáns se ha declarado y acepta el estatuto que siempre hemos querido. Su corona se la entrega el pueblo francés»[39].

Donde los movimientos nacionalistas se hicieron irresistibles, como en Irlanda y Grecia, se les hacían concesiones. Las potencias reconocieron la independencia de Grecia durante la década de 1820, mientras que la emancipación de los católicos de 1830 tranquilizó, temporalmente, a Irlanda. En Francia domesticaron la tradición revolucionaria y la nueva monarquía Orleáns adoptó parte de la tradición napoleónica y reconoció la soberanía popular. En Austria, Italia y España, una alianza de clerecía, terratenientes y burócratas mantuvo a raya a las fuerzas nacionalistas y republicanas otra década aproximadamente.

En España, los campesinos católicos del norte se rebelaron contra los liberales de Madrid para defender lo que entendían como el verdadero principio de sucesión dinástica. Esta llamada Guerra Carlista representó el mayor movimiento contrarrevolucionario de Europa del siglo XIX y acabó con la muerte de más del 3% de la población. Un comentarista liberal escribió:

> Muchas cosas contribuyeron al alzamiento de los navarros. El espíritu religioso supersticioso es una gran influencia en Navarra. Los habitantes, sobre todo en las montañas, aún guardan, junto con su idioma, una sencillez primitiva que no se encuentra en el resto de la península. Son tan ciegamente crédulos y están tan sujetos a la voluntad de los curas que ni ven ni pueden ver otro consejero para sus decisiones[40].

En otras partes, las fuerzas del orden permanecieron fuertes. Durante la primera parte del siglo XIX, Rusia fue una enorme reserva de conservadurismo en las fronteras de Europa. La invasión napoleónica había provocado un mayor sentimiento nacional en la Rusia urbana,

aunque para los campesinos el sentimiento patriótico se centraba en el zar y en la Iglesia ortodoxa. El crecimiento de la población y la explotación de los territorios de la frontera este habían mejorado la potencia económica del imperio. Una burocracia creciente, de gustos europeos, empezó a soldar las provincias controladas por los terratenientes y los asentamientos militares. Sin embargo, la sociedad seguía siendo demasiado jerárquica y rural para satisfacer a los radicales y liberales de ciudades como Moscú, San Petersburgo, Riga y Varsovia. El Estado se enfrentaba a un dilema. Aunque Alejandro I y Nicolás I concedieran temporalmente ciertos avances constitucionales a los polacos, no podían hacer lo mismo en Rusia, ya que eso sólo reforzaría el poder de los nobles, amos de los siervos. La autocracia se reforzó y se reparó, pero no tuvo poder para enfrentarse a los intereses locales, atrincherados hasta la década de 1860. La fuerza de este conservadurismo reactivado sirvió para controlar el liberalismo y el nacionalismo antiruso en Polonia, donde se aplastó una rebelión mayor en 1831 y en el este de Europa. También intimidó a los alemanes y a los húngaros en Austria. Y, eventualmente, sirvió de contrapeso militar a la revolución europea de 1848-1851[41].

También fuera de Europa se eliminaron o evitaron algunas de las causas de los ataques más radicales contra el viejo orden que habían estallado durante las crisis revolucionarias. En Latinoamérica, los nuevos gobernantes tuvieron problemas para legitimar su poder y para suprimir las revueltas de los amerindios y criollos pobres que llegaron con la independencia. En los primeros años mantenían el absurdo argumento de que eran los descendientes de las antiguas monarquías prehispánicas azteca e inca. Más adelante, a partir de la década de 1830, trataron de convertir a Bolívar y otros líderes de su generación en iconos de la virtud republicana, como hicieron los franceses al recuperar gradualmente a Napoleón y su familia. En el Imperio Otomano, se remodeló la autocracia con el resultado del decreto de reorganización (Tanzimat) de 1839, que daba un mayor papel en el gobierno a la burocracia civil, y que pareció haber conseguido gobernar los extremos orientales del imperio de forma eficaz por primera vez[42]. En todo el imperio empezaron a controlar a los nobles poderosos que impusieron su autonomía durante el siglo XVIII. Los virreyes otomanos suprimieron el movimiento purista wahhabí entre los árabes y limitaron las rebeliones milenaristas de los musulmanes de Sudán, que amenazaban no sólo al Estado, sino también a la jerarquía religiosa.

Allí donde grupos pequeños de europeos reinaban sobre enormes poblaciones no europeas, el problema de la legitimidad era aún peor. Los gobernadores coloniales trataban a veces de mantener las viejas cortes reales. Esta táctica era peligrosa ya que a menudo se convertían en focos de disidencia. En India, bajo el gobernador general Wellesley y sus sucesores, la administración británica reconoció temporalmente la autoridad mogol, aunque fuera sólo formalmente. También reconstruyeron algunos principados para mantener el viejo orden, sólo en apariencia. En Mysore, por ejemplo, la gallina de los huevos de oro de la Compañía de las Indias Orientales, se restauró «la vieja Constitución hindú», aunque respetaron los cambios políticos efectuados en el siglo XVIII[43]. A su vez, los gobernadores coloniales trabajaban con los terratenientes para sofocar los movimientos milenaristas y las revueltas campesinas. Otra táctica consistía en europeizar la cultura y los valores de las élites indígenas. Incluso antes de la gran rebelión de 1857, los llamados pensadores modernistas ya reclamaban una unión de los conocimientos occidentales y la fe islámica en varias sociedades musulmanas del sur y el sudeste asiático y de Oriente Medio. Además, los movimientos contrarios, puristas islámicos, rara vez pedían una guerra santa contra los infieles. Es cierto que en 1804 Sha Abd-al Aziz, el líder del islam sunita en el subcontinente, declaró que la India era una «tierra de guerra» y que ya no era «casa del islam». Implícitamente dio permiso a sus seguidores para unirse al servicio de los británicos ya que ninguna de las condiciones para ganar una guerra santa se cumplía en la India. De hecho, la mayoría del clero musulmán del mundo era pacífico. Cuando en la década de 1820 Sayed Ahmed Barelvi proclamó una *yihad* en el sudeste de Asia, no se atacó al gobierno de la Compañía de las Indias, sino a los sijs del Punjab. Los clérigos indios predicaban la reforma desde dentro. Deseaban paliar los efectos sociales e intelectuales de la crisis mundial antes de tratar de alcanzar el gobierno político.

En el resto de los regímenes independientes en China, Japón, Vietnam y el Imperio Otomano, el problema era el contrario. Cualquier desviación de la ortodoxia religiosa y política animaría a los peligrosos extranjeros y a sus agentes. Aunque tuvieron que aceptar algún cambio. A medio plazo, se mantuvo una estabilidad precaria. En China, los eruditos conservadores confucianos y los señores locales predicaban lealtad al imperio, cuando los primeros movimientos budistas de cariz milenarista empezaron a caer tras 1803. Hay pocos estudios recientes del periodo 1800-1850. Parece erróneo, sin embargo, buscar los orígenes de la crisis de la Rebelión Taiping de la década de 1850 en los

comienzos del siglo. El régimen parece haberse recuperado muy bien después de una generación tras la Rebelión del Loto Blanco. Se consolidó política y culturalmente en el centro de Asia y en el Tíbet, ganando la admiración del agente británico en Nepal, Brian Hodgson. La mayoría de los señores cultos seguían apoyando el imperio. Aunque la economía no era fuerte, todavía no era un caos. Fue en la segunda parte del siglo cuando comenzaron los problemas ecológicos y sus peligrosas implicaciones respecto al mandato divino. Durante la década de 1820, el gobernador general de Cantón estableció una «Sala del Mar de los Conocimientos» donde se centralizaron todos los conocimientos prácticos y el arte de gobernar a favor de la dinastía. También se enfrentó al contrabando de opio de manera sutil pero vigorosa[44]. Los monarcas Qing eran mucho más que conejos cegados y paralizados por los focos del expansionismo occidental. El ataque a la legitimidad del mandato divino Manchú sólo comenzó a partir de 1842, cuando el régimen empezó a sufrir derrotas devastadoras a manos de las potencias occidentales y, más adelante, de Japón.

EL ESTADO SE FORTALECE, PERO NO LO SUFICIENTE

Los regímenes remodelados del siglo XVIII retuvieron algo de legitimidad y espacio para maniobrar. Sin embargo, la fuerza seguía siendo el último árbitro del poder estatal. En términos militares, las monarquías e imperios restaurados ejercían, por lo general, más control sobre sus fronteras internas que sus predecesores antes de las guerras globales. La experiencia de desplegar a millones de hombres armados contra enemigos extranjeros les ayudó a suprimir la disidencia interna y a extender el control imperial. Después de 1815, había una gran cantidad de caballería y de infantería disponibles. Se usaron para aplastar a los activistas británicos de clase trabajadora en la infame Masacre de Peterloo de 1819 (véase ilustración 4.2). Las tropas francesas derrocaron a las peligrosas repúblicas radicales española y genovesa, que recordaban 1789 a los gobernantes conservadores. Las fuerzas movilizadas para combatir a Napoleón en Austria, Prusia y el Imperio Ruso sirvieron además para eliminar a los radicales urbanos que seguían apoyando las ideas revolucionarias. También sirvieron para controlar las turbulentas fronteras imperiales. El emperador Alejandro I repartió colonias de soldados jubilados con derecho a tierras por Ucrania y el centro de Asia. Como



4.2 Entre la represión y la reforma: *¡La masacre de Peterloo! O una muestra de la libertad inglesa. 16 de agosto de 1819.* Aguafuerte de J. L. Marks.

asentamientos agrícolas no tuvieron mucho éxito, pero ayudaron a domar las tumultuosas fronteras agrarias[45].

Los desechos militares de la guerra global también contribuyeron a esparcir los imperios europeos de ultramar. Cuando el gobierno francés decidió anexionarse Argelia en 1830 como distracción de sus problemas domésticos, utilizó oficiales inactivos y descontentos que recordaban la gloria de las campañas napoleónicas. El Imperio Británico, desde la India, pasando por Ciudad de El Cabo, hasta Canadá, era gobernado por hombres que lucharon contra Napoleón en Waterloo. Soldados irlandeses, muchos de ellos rebeldes participantes en la revuelta de 1798, reforzaban sin querer los músculos del poder mundial británico. La táctica de emplear las columnas de la caballería ligera y rápida contra la resistencia de los africanos en El Cabo de Buena Esperanza se modeló en los comandos de la guerra peninsular en España. Fuerzas militares irregulares de khoisán y de razas mixtas patrullaban las fronteras contra invasiones de los xhosa del norte. Incluso en Norteamérica, las alarmas de las guerras anglo-americana e india produjeron un

Estado militar más preparado de lo que había sido normal en el mundo anglosajón. El norte y el oeste de Canadá fueron conquistados por militares y por la paramilitar Policía Montada, así como por medio de la colonización. En Estados Unidos, el ejército salió de las guerras, que a menudo tomaba parte en campañas de protección contra las incursiones indias, con más poder y más burocratizado. La combinación de control militar y logístico, y las nuevas maneras de desplegar la fuerza, permitieron a los gobiernos nacionales y coloniales un mayor dominio del campo y sus recursos que en el siglo anterior.

Los abogados y los burócratas se beneficiaron a largo plazo de la época de las guerras globales. Prosperaban y avanzaban bajo todo tipo de gobierno, porque todos los gobiernos necesitaban subir los impuestos. El paradigma fueron los principados alemanes. Parece que en 1815 se restableció el viejo sistema de estados, aunque reducidos en número y mermados algunos de los abusos, lo que duró hasta 1848. En realidad, los príncipes restaurados dependían mucho más de los abogados universitarios y de los leguleyos. Esta mayor actividad del Estado a la hora de cobrar impuestos y regular se vio acompañada por una creciente inclinación a teorizar sobre él y sobre el progreso que fomentaría. El príncipe Metternich y el duque de Tayllerand, supervivientes aristocráticos del viejo orden, son figuras típicas de la época, pero Hegel, gran teórico académico del Estado y sus ideas sobre el progreso, es igual de representativo. Francia era diferente. Allí, una de las causas de la revolución había sido la compleja jungla legal del Antiguo Régimen, con sus distintas cortes y profesionales jurídicos. A medio plazo, el número de juicios, jurisdicciones separadas y abogados se redujo. Sin embargo, a partir de 1830, la rápida comercialización creó muchas nuevas oportunidades, y la tribu legal regresó crecida. Hacia 1876, había 30.341 miembros de la profesión jurídica en Francia[46].

Los abogados también florecieron en el Imperio Británico. En Inglaterra su número y fortuna se incrementaron mucho más que la media de población entre 1800 y 1850, debido al impulso que recibió el mercado de bienes raíces gracias a la expansión del sistema de canales y ferrocarriles[47]. Los abogados aprovecharon las oportunidades en las colonias. A mediados de siglo, la India y la mayoría de las colonias dependientes tenían un cuerpo legal floreciente, compuesto de expatriados y unos pocos nativos educados. Estos abogados hicieron fortuna gracias a litigios territoriales y especialmente a la compraventa de derechos de propiedad expropiados a los nativos. A medida que la justicia de la Corona empezó a tener jurisdicción criminal en las poblaciones

locales, también floreció esta parte del trabajo legal. Algo parecido prevalecía en Estados Unidos, donde desde un periodo anterior las disputas constitucionales, sociales y económicas, eran resueltas tan a menudo por los abogados como por los políticos.

Un aspecto más que siniestro del despliegue del poder estatal fue el surgimiento de la policía, sobre todo la policía secreta. Bajo los antiguos regímenes había agentes secretos del gobierno y policía montada. Pero el concepto de una agencia paramilitar y burocrática de vigilancia era algo nuevo en muchas sociedades antes del siglo XIX. A finales del siglo XVIII, José II de Austria, un «déspota ilustrado», se adelantó a su tiempo en este tema como en otros. Estableció una red de policía política para vigilar a sus enemigos internos. Joseph Fouché (1763-1820), ministro de la policía y jefe del espionaje bajo Napoleón, creó un nuevo tipo de policía secreta para controlar la subversión revolucionaria y se hizo famoso por sus «trucos sucios» en toda Europa. La policía política no investigaba solo los delitos sino también la sedición y las ideas heterodoxas.

Sin embargo, fueron los periodos de reacción posteriores a las revoluciones de 1830 y 1848 los testigos del auge del poder y de la eficacia de las policías civiles y secretas. Mientras Napoleón III imponía su imperio en Francia a principios de la década de 1850, los *procureurs généraux*, policías-burócratas, efectuaron más de 26.000 detenciones políticas. Muchas de las víctimas fueron exiliadas a Argelia[48]. Mientras tanto, la gendarmería revolucionaria francesa fue el modelo de la policía normal, para controlar multitudes y recopilar información. Ya antes de 1830, muchos estados alemanes, Rusia e Italia tenían este tipo de cuerpos, mientras que Irlanda, Sindh y la policía de Hong Kong representaban la versión policial en el Imperio Británico. Incluso en Inglaterra y en Estados Unidos, donde el pueblo asociaba el concepto de policía central al despotismo «continental», la policía fue reemplazando gradualmente a los agentes informales para cobrar deudas e investigar los crímenes, si bien bajo el control de las autoridades locales.

Todo esto nos muestra a los gobiernos de comienzos del siglo XIX tratando de imponer su control sobre la justicia y la violencia dentro de sus dominios y tratando de localizar y controlar la disidencia. Para lograrlo, se aliaron con los poderosos restos de autoridad de los magnates restaurados, aunque, hasta cierto punto, también se vieron obligados a acomodar a las nuevas clases profesionales y comerciales. Es importante destacar que estos objetivos sólo se cumplieron en parte. Aparte del creciente tronar de la disidencia y la revolución que veremos

en este capítulo, grandes áreas de la vida social seguían fuera del control de la autoridad central. Facciones militaristas y terratenientes heredaron los regímenes revolucionarios de México y Sudamérica. Los esclavistas de los estados sureños y los grupos de terratenientes e intermediarios de gran parte de Eurasia controlaban el poder y el patrocinio, aunque esto fuera anatema para los teóricos y para los administradores del régimen. Que el poder de las autoridades era incompleto y estaba supeditado queda claro al considerar el auge de los «pánicos informativos» acerca de las perversas y turbias actividades de ciertos grupos de súbditos malinterpretados. En las florecientes ciudades británicas, la élite tenía miedo de los garroteros que estrangulaban a los viajeros incautos, de los chatarreros irlandeses y supuestas «bandas» criminales que robaban a la gente de bien. Francia y otros países católicos temían el siniestro poder de los masones o, si salían de la tradición revolucionaria, a los jesuitas y otros supuestos grupos reaccionarios. A las autoridades alemanas les preocupaba la persistencia de los clubes revolucionarios en los que se practicaban actividades militares, mientras que los italianos temían las sociedades secretas radicales de los carbonari. En los imperios coloniales europeos, una colección de fanáticos islamistas, thugs (también estranguladores), triadas chinas y malayos «enajenados» asustaban a los débiles regímenes coloniales que confiaban en los soplones nativos y en una policía rudimentaria. Incluso en Estados Unidos se extendió el miedo a que las grandes corporaciones, los rapaces inmigrantes o las revueltas de esclavos pusieran en peligro la Constitución.

Una de las causas de estos estallidos de pánico periódicos fue la continua incapacidad física de las autoridades para controlar suficientes recursos sociales y personal educado para imponer un control más férreo. El gobierno central y su poder económico perdieron fuerza en Gran Bretaña entre 1820 y 1870, cuando los terratenientes forzaron la eliminación de los altos impuestos que habían pagado durante las guerras globales. En Estados Unidos, el poder seguía dividido entre los estados y el gobierno federal, que levantaba suspicacias entre los herederos de la revolución. Sin embargo, en gran parte del mundo, como hemos visto en los dos capítulos anteriores, la continua insuficiencia de recursos de los estados venía reflejada en su fragilidad ideológica. En Europa a partir de 1789, y en otras partes del mundo después de la destrucción o debilitamiento de los centros de autoridad durante las guerras, se produjo un vacío de poder, una extendida crisis de legitimidad. La soberanía popular se había cuestionado, aunque los viejos grupos gober-

nantes se habían reinventado tanto en sus propios países como a través de los acuerdos internacionales, de los cuales la Sagrada Alianza contra la revolución en Europa es el ejemplo más claro. El Papado, las órdenes de la Iglesia y la ortodoxia monárquica habían sido cuestionados, pero, por razones de intereses, miedos o fe, y sobre todo en zonas rurales, aún disfrutaban de credibilidad.

En las nuevas repúblicas de Latinoamérica se promulgaron farragosas constituciones que reflejaban el lenguaje de la República francesa. Sin embargo, una generación de líderes militares alcanzó el poder antes de que su dependencia del apoyo inestable de camarillas de terratenientes les hiciera caer de nuevo. Antonio López de Santa Anna (1794-1876), once veces presidente de México, es el mejor ejemplo de esta montaña rusa política. Aclamado en el balcón del palacio presidencial tantas veces como expulsado por la puerta de atrás, perdió enormes extensiones del país, incluido Texas, ante los Estados Unidos. Al no tener una fuente de autoridad política, se ofrecía a sí mismo. Santa Anna, «al haber perdido una pierna luchando contra los invasores franceses en 1835, la hizo desenterrar en 1842 para volver a enterrarla en una ceremonia funeral en Ciudad de México[49]». Algunos años más tarde, cuando Santa Anna ya no ostentaba el poder, una turba enfurecida invadió la iglesia y destrozó la tumba donde yacía su pierna.

Este periodo de fluctuaciones y paréntesis llegó a su fin con una serie de conflictos concurrentes en Europa, el sur y el este de Asia y Norteamérica. El grado de turbulencia fue impresionante. Su carácter cumulativo suele olvidarse en las historias europeas que tienden a ver el siglo XIX como una época de estabilidad relativa entre los cataclismos de 1789 y 1917. El año 1848 en Europa fue testigo de una actividad revolucionaria y rebelde comparable a las revoluciones francesa y rusas, si bien sus efectos serían contrarrestados. Las consecuencias ideológicas de 1848 en cuanto al anuncio de una temprana declaración de socialismo revolucionario basada en la clase social fueron importantísimas, si bien las guerras que provocaron fueron menos destructivas. Aun así, la pérdida de vidas y propiedades a nivel global fue enorme. La Rebelión Taiping en China y la Rebelión de los Cipayos en la década siguiente fueron de las guerras civiles más destructivas de la historia. La Guerra de Secesión americana, una década después, fue testigo de la destrucción de una antigua cultura y un sistema económico cuyos ecos económicos se sintieron en todo el mundo, ya que afectaron a la mayoría de regiones de cultivos comerciales de las que hablamos al principio de

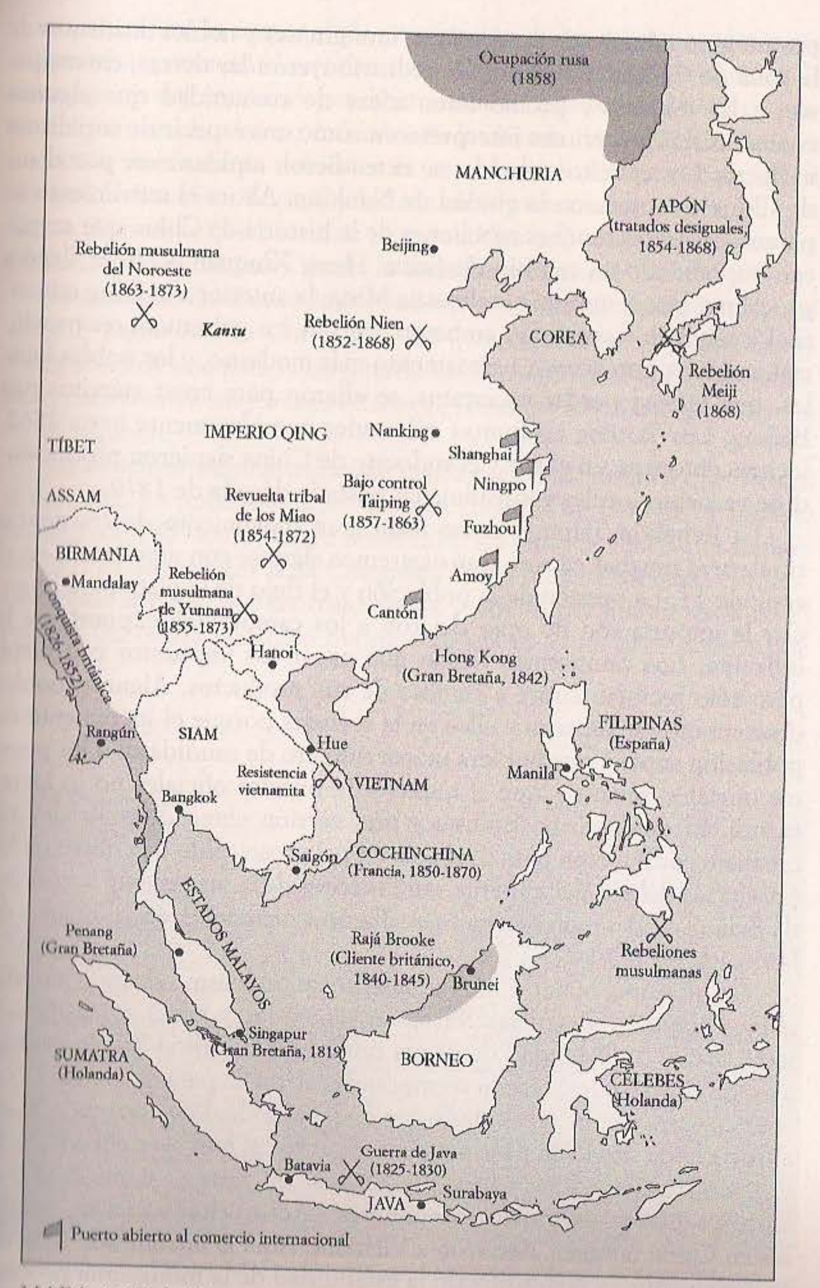
este capítulo. Las repercusiones ideológicas fueron aún más importantes, si bien solo registradas sutilmente.

Las últimas secciones de este capítulo examinarán estas concatenaciones de conflictos por separado, para tratar de identificar rasgos comunes y especificar las diferencias entre estos periodos climatéricos de mediados del siglo XIX. A largo plazo, ayudaron con el avance de la nación-estado, el colonialismo occidental y la sociedad civil internacional.

LAS GUERRAS DE LEGITIMIDAD EN ASIA: UN RESUMEN

Como dijimos en la sección anterior, las fuerzas de disolución y reconstrucción estaban muy equitativamente equilibradas en Asia, África y Oriente Medio a principios del siglo XIX. Entre las décadas de 1820 y 1840, el Imperio Otomano se vio azotado por una serie de golpes de Estado internos, que dieron como resultado la reorganización de las instituciones estatales y la abolición de los sistemas militares y burocráticos que le habían servido durante trescientos años. Entre 1827 y 1831, sufrió una derrota humillante a manos de las potencias europeas durante las guerras de independencia griegas. Algunos musulmanes atisbaron una crisis mayor para sus correligionarios. Entre 1825 y 1830, los reyes musulmanes del centro de Java libraron y perdieron una última guerra de liberación contra el gobierno colonial holandés. En 1848, en Persia, la secta milenarista babi organizó una rebelión armada contra la persecución y proclamó la llegada del «mesías» islámico (el Mahdi). De aquí en adelante, sin embargo, el ritmo revolucionario se aceleró exponencialmente por toda Asia. En 1851, en el sur de China comenzó la rebelión milenarista Taiping contra la dinastía Qing. A lo largo de los siguientes quince años, según se ha estimado, esta rebelión causó la muerte de veinte millones de personas, destrozó las finanzas del Imperio Chino y lo debilitó mortalmente frente a las agresiones británicas de la Segunda Guerra del Opio de 1856-1860. Todos estos acontecimientos tuvieron graves consecuencias políticas. También iniciaron las crisis morales colectivas para pueblos cuyos iconos y creencias habían sido desarraigados por el creciente avance del cambio global.

La Rebelión Taiping empezó a finales de 1851[50], cuando un místico religioso proclamó una nueva religión, que mezclaba ideas cristianas con las aspiraciones milenaristas budistas de crear un nuevo orden terrenal. Los Taiping o seguidores del «camino celestial» se vieron apoyados



MAPA 4.2 Rebelión e imperio en Asia oriental, *c.* 1825-1870

por un gran número de campesinos, inmigrantes y nobles disidentes de la zona de Cantón. Al principio, redistribuyeron las tierras, emanciparon a las mujeres y promovieron ideas de comunidad que algunos comentaristas posteriores interpretaron como una especie de socialismo indígena. Los ejércitos rebeldes se extendieron rápidamente por el sur de China y capturaron la ciudad de Nanking. Ahora el movimiento se parecía más a las muchas rebeliones de la historia de China que acabaron imponiendo un cambio dinástico. Hong Xiuquan, su líder, llegó a proclamar que restauraría la dinastía Ming, la anterior a la Qing reinante. La rebelión fracasó, sin embargo, porque los gobernadores provinciales chinos, con acceso a armamento más moderno, y los nobles locales, que temían perder su estatus, se aliaron para crear ejércitos pro Beijing. Los Taiping no fueron aplastados completamente hasta 1862, incluso entonces, en el sur y el sudoeste de China siguieron produciéndose revueltas locales y musulmanas hasta la década de 1870.

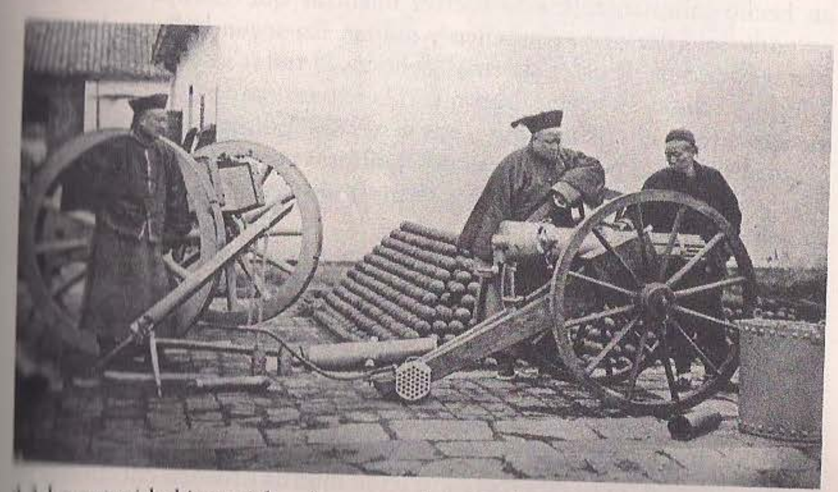
La Rebelión Taiping, como todo gran movimiento de resistencia rural, tuvo muchas causas, y analizaremos algunas con más detalle en el capítulo 11. La presión de la población y el flujo de la plata para financiar la importación de opio dejaron a los campesinos expuestos a la inflación. Los campesinos tenían que pagar sus impuestos con plata, pero sólo recibían cobre a cambio de sus productos. Algunos nobles descontentos se unieron a ellos en la revuelta porque el incremento de población supuso que hubiera mayor número de candidatos a los puestos oficiales, mientras que el número de puestos oficiales no se incrementó. El milenarismo budista y una versión china del milenarismo cristiano confluyeron para preparar un peligroso caldo de cultivo en las provincias del sur del imperio, tan distantes de la menguante autoridad de Beijing. Todas estas tensiones estallaron violentamente a principios de la década de 1850.

No obstante, la Rebelión Taiping fue un cataclismo asiático, no sólo chino. También afectó las relaciones entre las potencias europeas a largo plazo. La debilidad de China durante la Rebelión Taiping animó a los británicos y franceses a reemprender su lucha para dominar el Este asiático y proyectó su rivalidad a través del mundo. Poco después, Rusia aprovechó la situación para ocupar territorios al noroeste del continente. Esto intensificó la rivalidad anglo-rusa en Eurasia y causó alarma entre los jóvenes nacionalistas japoneses. Las revueltas sociales y religiosas en China también afectaron a Vietnam. Aquí la intromisión francesa se incrementó[51] y comprometió la estabilidad de la monarquía neoconfuciana vietnamita. En 1859, el segundo imperio francés, más seguro de

sí mismo, utilizó la excusa de la persecución de los cristianos vietnamitas para intervenir en el territorio sur de Cochinchina. Más al oeste, la mayor parte del reino independiente de Birmania logró sobrevivir gracias al permiso británico. A finales de la década de 1870, Birmania se encontró sin finanzas debido a la ruptura del comercio con China durante la Rebelión Taiping y las revueltas posteriores en el sureste de China. A medida que Birmania se endeudaba cada vez más, la amenaza de una invasión británica desde la India aumentaba[52].

El conflicto en el mundo extraeuropeo no se limitó a los feudos del antiguo Reino Medio Chino. En 1854, el comodoro norteamericano Perry abrió de una patada las puertas del cerrado reino Tokugawa japonés y convenció a sus jóvenes líderes de la bancarrota moral y comercial de su régimen.

La Rebelión Taiping coincidió con la otra crisis asiática que dividió el siglo XIX. La Rebelión de los Cipayos en India de 1857-1859 empezó en mayo de 1857 en forma de revuelta de los cipayos o soldados indígenas del ejército bengalí de la Compañía de las Indias Orientales. Protestaban por la paga, por las condiciones y por su pérdida de estatus. El colapso del poder británico permitió rebelarse a una gran variedad de



4.3 La autoridad imperial resiste: arsenal de Nanking. Foto de John Thomson, c. 1868.

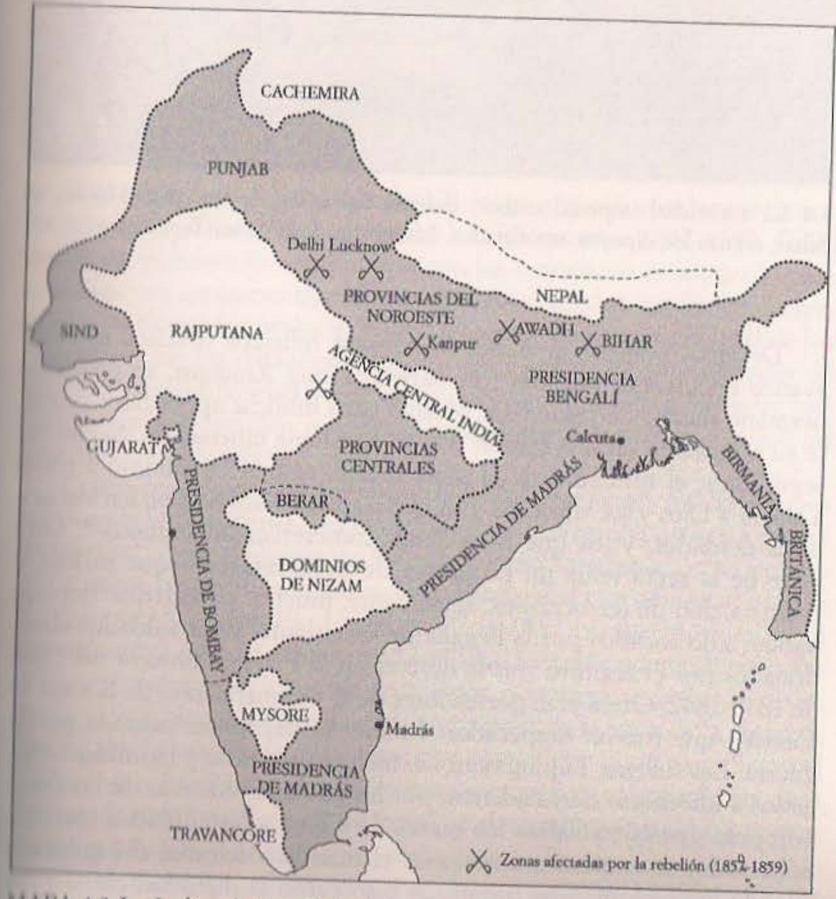
movimientos campesinos, terratenientes desposeídos y artesanos urbanos. El emperador mogol, ya sin poder real y confinado en Delhi por los británicos, se convirtió en el principal símbolo y en el centro de las protestas. Otros herederos de los príncipes regionales desposeídos en el siglo XVIII también se enfrentaron a los ejércitos británicos que trataban de reconquistar el país. Los británicos vencieron, en parte porque la rebelión se limitó a la zona centro-norte de la India, y en parte porque pudieron utilizar los ejércitos de otras provincias indias y otras fuerzas que estaban en tránsito marítimo para ayudar al emperador chino contra los Taiping.

LAS RAÍCES IDEOLÓGICAS Y ECONÓMICAS DE LAS REVOLUCIONES ASIÁTICAS

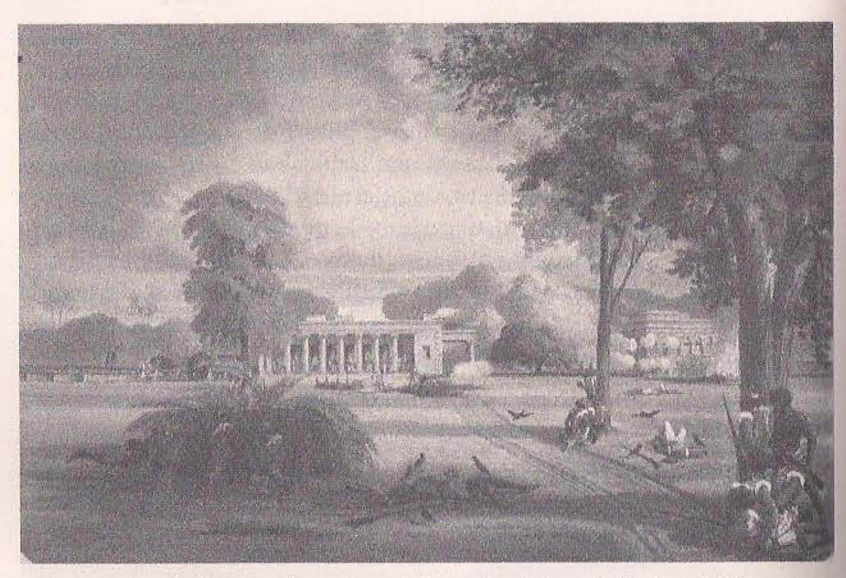
Todos estos movimientos tuvieron causas ideológicas y sociales profundas, y profundamente diferentes. Aun así, tenían cosas en común. Tres grupos de condiciones parecen haber sido importantes. En primer lugar, las rebeliones eran una reacción ante la expansión global del colonialismo occidental y ante las nuevas formas de gobierno, comercio y actividad económica que ello imponía. Desde los conflictos anteriores que presagiaron la crisis mundial de 1789-1820, estas presiones se habían hecho infinitamente más fuertes mientras que Europa occidental extendía su liderazgo económico y militar. En segundo lugar, los problemas internos de estos sistemas políticos al tratar a sus comunidades étnicas y religiosas se agudizaron con la expansión de nuevas ideologías, sobre todo el cristianismo y sus versiones indígenas. Por último, el crecimiento de la población y el desequilibrio económico regional, sólo vinculado indirectamente con el sistema internacional, también jugaron un papel importante.

La combinación explosiva de estos ingredientes ya se anunció antes del periodo climatérico de las décadas de 1850 y 1860. Rusia, una potencia semioccidental, presionaba al Imperio Otomano y al Irán qayarí desde las guerras mundiales napoleónicas. Surgió una lucha interna en estos estados para redefinir la estructura del gobierno y crear una burocracia nueva, unos sistemas impositivos más transparentes, unos ejércitos modernos y unas academias militares con que poder encarar la amenaza occidental. Pero esta reorganización interna provocó cuestiones de legitimidad de los gobernantes. ¿Seguían siendo reyes musulmanes el sultán y el padishá persa? Si no, ¿quién protegería a partir de entonces

la fe? Cuando apareció la modernización, también aparecieron muchos modernizadores. La rebelión babi de Persia de 1848 y la subsecuente aparición de la fe bahaí, por ejemplo, sucedieron en una zona muy presionada por los británicos y los rusos. Algunos de sus partidarios más fanáticos eran empleados y obreros que trabajaban en las nuevas líneas telegráficas y habían conocido una modernidad extranjera que querían hacer propia. En el Imperio Otomano, la reorganización del Estado sembró de dudas la relación entre musulmanes y cristianos. Las provincias balcánicas otomanas se vieron sacudidas por revueltas durante la década de 1860. La población cristiana sabía muy bien que al norte y al oeste crecía el poder de Rusia y Austria.



MAPA 4.3 La India y la Rebelión de los Cipayos, 1857-1859.



4.4 La autoridad imperial resiste: defensa británica de la Arrah House, en Bihar, contra los cipayos amotinados. Litografía de William Taylor.

De igual manera, la Rebelión Taiping reflejaba muchos ecos del avance occidental. Su líder milenarista, Hong Xiuquan, se proclamó hermano menor de Jesucristo. Mezcló citas bíblicas aprendidas durante su educación en una misión con su ideología milenarista. Según sus seguidores, el fundador de la secta murió, resucitó y «animó a todos a alabar a Dios y ser virtuosos. Los que alaben a Dios no pueden alabar a otras deidades, y los que lo hicieran cometerían un crimen»[53]. Otro líder de la secta tenía un programa de modernización que incluía la construcción de ferrocarriles. Igualmente, muchos partidarios Taipings habían sido tocados por la llegada de Occidente. Eran soldados abandonados por el régimen tras la derrota en la Primera Guerra del Opio de 1839-1842. Otros eran porteadores de té y comerciantes de la zona de Cantón, que fueron despedidos durante la depresión causada por la guerra. Las fuerzas Taiping también incluían a piratas y bandidos, obligados a internarse tierra adentro por las patrullas costeras de las flotas europeas que controlaban los mares de China y las ciudades costeras. Sobretodo, se empezó a cuestionar el mandato celestial del gobierno cuando los diplomáticos británicos pisotearon la dignidad china y sus naves destrozaron los juncos ligeros chinos.

La India había padecido más de cerca que China la presión de un gobierno europeo y su penetración económica. Como en el resto del mundo, los cambios radicales de la época napoleónica habían dado paso a un periodo de cautela, y las viejas supremacías indias se habían preservado en parte junto al nuevo sistema estatal de la Compañía de las Indias Orientales[54]. Resultaba más barato gobernar la India con indios. Muchos oficiales de la Compañía de las Indias pensaban que al mantener a los reyes, terratenientes y sacerdotes indios en sus cargos, el pueblo indio aceptaría su presencia. A partir de 1848, sin embargo, una nueva generación de políticos británicos se impacientó con el politiqueo y la pertinaz independencia financiera de los estados indios. Desdeñaban la «autosuficiencia» de las cortes postmogoles y recelaban del gremial ejército británico bengalí. En la distancia, estas actitudes anglo-indias reflejaban vagamente el auge de la confianza victoriana de una Gran Bretaña en fase de industrialización. Una nueva ola de adquisiciones territoriales y de ajustes en el ejército, combinada con el evidente desdén hacia las costumbres y la realeza indias, creó una inflamable pira de desavenencias a punto de arder. El fuego empezó con los motines y las rebeliones del ejército contra los británicos entre 1857-1859. Estos conflictos políticos se combinaron con las numerosas tensiones locales causadas por un nuevo tipo de terrateniente, con los conflictos derivados de las tierras forestales y de los nómadas y con la desigualdad de los impuestos. En las ciudades del norte de la India, las comunidades de artesanos empobrecidos por la competencia con las manufacturas británicas jugaron también un papel. Aquí la rebelión a veces asumió un tinte islámico populista.

Como ocurrió en Persia, el Imperio Chino y Java[55], las diferencias religiosas y la autoafirmación patriótica fueron otras importantes causas de estas rebeliones. Quizás no fueran protonacionalistas, como proponen algunos historiadores indios. Pero sí reflejaban un compromiso con la comunidad y la patria. La rebelión de 1857 no fue ni «hindú» ni «musulmana», pero sí reflejó una hostilidad bastante universal hacia los cristianos, tanto indios, como indo-lusos o europeos, derivada de su estatus como facciones privilegiadas separadas de la ética de la comunidad local y favorecidas por la autoridad extranjera. En el caso chino, el milenarismo budista y el cristianismo evangélico se mezclaron para reforzar la proclama Taiping de expulsar al extranjero manchú e instaurar un nuevo reino de armonía y justicia en la Tierra.

Por su parte, los gobernantes manchúes y sus ejércitos liderados por nobles chinos Han declararon su hostilidad hacia la religión cristiana y

extranjera, de forma que los movimientos patrióticos de China, pasando por la rebelión Boxer de 1900 y las posteriores, siempre tuvieron un cariz anticristiano. En Vietnam, los emperadores de principios del siglo XIX veían en la creciente población cristiana nidos de sedición. Incluso en Indonesia, donde los gobernantes holandeses tuvieron poca actividad misionera, las revueltas de la década de 1830 en Java y, posteriormente, en la isla de Sumatra, usaban un lenguaje mesiánico islámico que hablaba del «retorno del Rey Justo» y de la restauración de una sociedad religiosa. Sin embargo, la reacción de las antiguas religiones y de las comunidades locales en contra de la pluralidad religiosa no fue sólo una respuesta asiática al desafío europeo. Formaba parte de algo más extenso: un recelo de las consecuencias de la globalización del cristianismo y sus nuevas costumbres. La mayoría de los agentes cristianos eran nativos, no eran misioneros ni administradores europeos. Por eso, aunque fue un punto en común, no debemos exagerar el papel de la influencia europea en el origen de las guerras de legitimidad en Asia.

Las crisis asiáticas de mediados de siglo acabaron por mostrar definitivamente el cúmulo de tensiones agrarias y sociales. Estos conflictos pusieron en evidencia profundos problemas de derechos económicos, y no sólo los efectos de la expansión occidental. El prolongado crecimiento de la población china alcanzó los 450 millones de habitantes a mediados de siglo. La mayor parte de este crecimiento fue previo a 1700, y resultó de la paz y de una mejor nutrición. Esto creó problemas con los recursos agrícolas, sobre todo en el sur de China, donde pequeños problemas climáticos o revueltas internas podían crear graves dificultades. La inmigración interna a las zonas agrícolas estables del sur redujo el nivel de vida y aumentó los problemas entre la población local y los inmigrantes. Esta fue una causa importante de la Rebelión Taiping y de la consecuente pérdida de autoridad del gobierno central. El factor poblacional también fue importante en India. Los viejos campesinos dominantes del norte de la India se vieron afectados por un prolongado declive de sus rentas a causa del incremento del número de arrendados. Su frágil estatus se vio amenazado por cambios sociales internos, tanto como por las actividades de los recaudadores de impuestos británicos.

Sin embargo, incluso en el caso de estas profundas tensiones sociales y económicas es útil comparar y contrastar las regiones. La rápida expansión del comercio y la población a partir de finales del siglo XVII en adelante había sido un fenómeno global e interrelacionado. Las ventajas de Europa para afrontar esta presión sobre los recursos, que

comentamos en el capítulo 2, habían crecido a principios del siglo XIX. Por ejemplo, el aumento demográfico europeo se notó menos al verse diluido por la emigración a las Américas y a Australasia, y por los efectos de la cada vez más rápida urbanización. Esto evitó en gran medida la peligrosa caída del nivel de vida. Muchos agricultores del norte de Europa supieron responder a las revoluciones industriosas que reorientaron el consumo y el trabajo. En Asia, África y Sudamérica, estos cambios se introdujeron sólo a medias, y muchas veces la intrusión europea los abortó. Los historiadores anteriores han trabajado mucho buscando culpables. Dependiendo de su posición política, han culpado al gobierno colonial o a la pereza nativa. Hay que decir, sin embargo, que la diferencia entre Europa y Asia ha sido exagerada. Las más que tentativas transformaciones europeas fueron posibles gracias a que varios factores coincidieron y elevaron el nivel de vida, no se debieron sólo a un progreso económico europeo inexorable. Como demuestran los conflictos que culminaron en las revoluciones europeas de 1848, ni Europa ni sus colonias estaban exentas de los problemas de adaptación social y política. Sin embargo, el hecho de que las potencias europeas y Estados Unidos tuvieran una enorme red de comercio global, arraigado en el dominio colonial directo, les ayudó con esta adaptación.

LOS AÑOS DEL HAMBRE Y LA REVOLUCIÓN EN EUROPA, 1848-1851

Hemos mencionado ciertos factores claves para explicar la turbulencia de mediados de siglo en Asia: la institución de nuevos sistemas de gobierno extranjeros, la reacción de las comunidades locales al perder antiguos derechos, una resistencia al cambio religioso y la oposición a un desarrollo económico y demográfico desigual. Hasta 1980, los historiadores veían las revoluciones europeas de 1848 como «guerras de progreso» y no como movimientos retrospectivos de este tipo. Siguiendo las formulaciones clásicas del mismísimo Karl Marx, se consideraban conflictos de clase, que reflejaban la autoafirmación del nuevo proletariado industrial y de las vanguardias de radicales intelectuales. Estas revoluciones prefiguraban la revolución de 1917, y no miraban hacia atrás, hacia las revueltas religiosas ni campesinas del antaño europeo. Los cambios en la historiografía reciente han disminuido aquí, como en otros muchos casos, la diferencia entre Europa, Asia y África, si bien no la han eliminado del todo. Entre otras cosas, los historiadores actuales

se centran en el campo. Las revueltas de las *inteligentsias* radicales, de los artesanos y de los jóvenes nacionalistas de las ciudades que estallaron en la primavera de 1848 amenazaron a los gobiernos y derrocaron algunos de ellos. Tiene gran importancia simbólica que ocurrieran en París, Berlín, Múnich, Viena, Budapest y Venecia, los grandes centros del viejo orden. Sin embargo, las revueltas urbanas eran fáciles de sofocar por las fuerzas armadas conservadoras apoyadas por la ciudadanía rica, que todavía recordaba 1789. Pero estas revueltas urbanas sólo eran parte del relato[56].

Lo más peligroso para los gobiernos fue que los estallidos revolucionarios ocurrieron a la vez que los extendidos movimientos de protestas campesinas. Los disturbios rurales eran más difíciles de sofocar porque las autoridades tenían menos control sobre el campo. Los movimientos de protesta rural y las campañas para abolir los arrendamientos de tierras amenazaban a los terratenientes a la antigua usanza que habían sobrevivido sobre todo en el sur y el este de Europa y aún imponían sus rentas señoriales. También amenazaban a los nuevos magnates comerciales rurales que habían aparecido después de 1815 y que apoyaban a los gobiernos neoconservadores. Una causa importante del descontento rural fue que se limitaran los usos forestales, donde la comunidad campesina encontraba leña, pasto y comida. Los campesinos centroeuropeos e italianos invadieron los bosques que habían sido comunales, pero que habían pasado a manos de grandes terratenientes. Atacaron a los guardabosques y a los empleados del gobierno. Talaron las nuevas variedades de árboles comerciales recién plantadas que no servían de alimento para los animales y soltaron su ganado para que deambulara libre en los pastos. En otras partes, los campesinos reocuparon tierras que habían sido divididas y arrancaron vallas y mojones. Se produjeron numerosos ataques a usureros y a campesinos ricos que habían prestado dinero y trataban de recuperarlo por vía judicial. No había casi vínculos entre estos movimientos rurales y las revueltas democráticas urbanas. La gente del campo solía utilizar el lenguaje de la libertad y desfilaba con la bandera tricolor de las aspirantes a naciones-estados proclamadas en las plazas de las ciudades. Pero los habitantes de las ciudades denunciaban a los campesinos como rebeldes y anarquistas que malinterpretaban el lenguaje de la libertad. Fue el miedo al campo indómito, tanto como a las revueltas urbanas, el que empujó en última instancia a muchos liberales a apoyar a las fuerzas de la ley y el orden a partir de 1849.

Las revueltas de nacionalistas y liberales en las ciudades más importantes iban acompañadas de revueltas entre los pobres urbanos. Algo que no parece haber pasado en gran medida, sin embargo, fue la participación activa del nuevo proletariado industrial, como mantuvo el mito de la historiografía socialista. Exceptuando Bélgica, el Ruhr y partes de Renania, donde las revoluciones no tuvieron mucho éxito, apenas había industrialización en 1848. En otras partes, los trabajadores de las fábricas se mostraban reacios a la huelga y al sabotaje industrial. El núcleo de las revueltas era más bien la antigua comunidad artesanal y los empleados por el sistema de subcontratación por el cual los grandes fabricantes distribuían contratos entre pequeñas unidades de base familiar. Los orígenes del malestar estaban relacionados en su mayoría con la pérdida de control por parte de las familias de artesanos y sus organizaciones sobre mercado laboral. Los ataques contra la maquinaria fueron sólo una parte. Los trabajadores se unieron en las hasta entonces asociaciones ilegales o sindicatos, trataron de intimidar a los dueños y atacaron a la policía que les protegía. En una ciudad del sur de Alemania, miles de tejedores atacaron a un comerciante que llevaba años estafándolos al comprar la tela que producían. Igual que pasaba con las comunas de campesinos, el impulso procedía de la sensación de que las nuevas prácticas laborales y las fuerzas impersonales del mercado violaban «la economía moral de la multitud», como dijo el historiador radical inglés E. P. Thompson. Si «los huesos de los tejedores indios se decoloran sobre las llanuras de Indostán», como había dicho el gobernador general de la India unos años antes, los tejedores del centro y este de Europa se desangraban a la vez.

Estos estallidos también reflejaban conflictos culturales y religiosos en Europa. Un aspecto que comentan últimamente los historiadores fue el generalizado antisemitismo de las revueltas de 1848, tanto del campo como de la ciudad. Al ser los prestamistas, mercaderes locales y mayoristas más visibles en muchos lugares, los judíos eran los chivos expiatorios de las pequeñas economías capitalistas que se implantaban en el campo y la ciudad. Los judíos atrajeron la violencia igual que los prestamistas *bania* en la India en 1857 y los nobles prestamistas en la China Taiping. Estas tensiones, sin embargo, iban más allá de lo económico[57]. Las nuevas asambleas representativas de las ciudades limaban las diferencias sociales. Algunas emanciparon a los judíos y marginaron a los grupos religiosos dominantes. Estas medidas despertaron oscuros recelos hacia los «otros», alimentados de los miedos políticos y morales acumulados en los treinta años anteriores[58]. En zonas del sur de Europa

hubo reyertas entre católicos y protestantes. En todo el este de Europa se propagaron los conflictos entre inmigrantes y locales, otro punto en común con las revueltas contemporáneas de Asia. Sin embargo, en Europa la crisis de legitimidad tenía un lado secular y otro eclesiástico. En Italia, el odio hacia el gobierno austriaco llevó a la turba al anticlericalismo. Fue la Iglesia la que había apoyado con más fuerza a los gobernantes austriacos por miedo a los liberales nativos y radicales. Tras la restauración de 1815, la Iglesia tuvo la habilidad de llenar el vacío de legitimidad durante un tiempo. Pero el papa Gregorio XVI (1831-1846) había sido un profundo reaccionario que abortó todo cambio en sus territorios y exportó políticas conservadoras a otras regiones. Su sucesor, el «papa liberal» Pío IX, estremeció a la Iglesia dos veces, primero al apoyar la unificación de Italia y después por su rápido abandono del liberalismo[59].

Sería erróneo, claro está, insistir sólo en los aspectos populares, comunales y religiosos de las revoluciones de 1848, y no tomar en cuenta las demandas políticas y nacionalistas. Éstas eran las principales motivaciones de la gente instruida que participó en ellas, y hasta hace treinta años, el tema principal de los historiadores que comentaban el periodo. Los líderes de 1848 reclamaban reformas en el sufragio y autodeterminación. El lenguaje de los derechos del hombre y la invocación de la tradición revolucionaria distingue estas revoluciones del patriotismo amorfo de los acontecimientos casi contemporáneos de Asia. Por supuesto, Bengala contaba con jóvenes radicales urbanos —«Bengala joven»—. Hacia la década de 1850, los chinos que hablaban idiomas europeos en ciudades como Penang y Hong Kong también empezaron a hablar el idioma del radicalismo occidental y a reflexionar sobre su propia modernidad. Sin embargo, los vínculos entre éstos y las revoluciones contemporáneas rurales del interior (en el norte de la India o en la provincia china de Guangxi, donde comenzó la Rebelión Taiping) eran menores que los vínculos entre los rebeldes rurales y urbanos de Europa.

Por el contrario, en Europa el malestar urbano ya se había convertido en revolución nacionalista urbana. En Italia, dejando de lado la ocupación de tierras por la fuerza y los ataques a los comerciantes de telas, las revoluciones fueron rebeliones contra la dominación de Austria, cuyo dominio fue reimpuesto tras Napoleón, por parte de abogados patrióticos, comerciantes y terratenientes liberales. Carlos Alberto, rey del Piamonte, exigió el fin de la ocupación extranjera de las tierras italianas, y otras ciudades y provincias italianas siguieron su ejemplo.

En Alemania, el nuevo ministerio liberal de Berlín apoyaba el movimiento para la unificación y el fin de la ocupación danesa de zonas fronterizas. En Viena, un modesto régimen liberal sustituyó al prolongado gobierno del príncipe Metternich y apoyó, con cautela, la cruzada panalemana para unificar a todos los pueblos germano-hablantes. El patriotismo local también brotó en Polonia y Hungría, ambas gobernadas por regímenes extranjeros. Ayudado por naciones pequeñas pero políticamente fuertes unidas por la prensa emergente, una sociedad de tabernas y cafeterías y una cultura de asociaciones científicas y «filantrópicas», el nacionalismo liberal tuvo su breve apogeo entre 1848 y 1851.

Este brote de nacionalismo fue internacional, más, incluso, que el de la década de 1790. Los radicales alemanes, italianos y, sobre todo, polacos se encontraban en las barricadas de unos y otros países, y muchos huyeron, finalmente, a América. Ludowig Mieroslawski (1814-1878), por ejemplo, empezó su carrera en el movimiento de la Polonia joven y en los carbonari. Entre 1846 y 1850 lideró movimientos radicales en Berlín, París, Hungría, Sicilia, Posen, Baden y, por último, en la Comuna de París de 1871, todo ello sin grandes resultados[60].

Los movimientos radicales de 1848-1851 fueron derrotados rotundamente. Se restableció la autoridad monárquica, aunque con compromisos con los intereses de las coaliciones de terratenientes y magnates comerciales. La causa de esto fue la lealtad de los soldados fieles al zar de Rusia, al imperio austriaco y a Luis-Napoleón Bonaparte. La autoridad militar aguantó en todos estos regímenes como no lo hizo en 1789 ni en 1917[61]. Los revolucionarios húngaros, liderados por Lajos Kossuth, habían derrotado al ejército imperial austriaco una y otra vez, pero no pudieron también con un millón de soldados rusos. La reacción tuvo éxito, en parte, debido a que la gente recordaba y temía las consecuencias de 1789, porque la multitud volvió a tomar las calles. Y en parte fue porque las ideas radicales eran controladas por el miedo de las monarquías restauradas y a causa de un sentido del deber de raíz religiosa. Los revolucionarios estaban divididos por clase, ideología y etnia. Algunos de los objetivos de los activistas de 1848 se obtuvieron veinte años más tarde gracias a las unificaciones italiana y alemana y a la formación de la Tercera República en Francia. Pero los ideales democráticos y de justicia social proclamados por los revolucionarios de 1848 eran ya menos fuertes.

Un país que no siguió el patrón de 1848 fue Gran Bretaña, aunque debemos hacer una excepción parcial con Irlanda. La Gran Bretaña

rural se transformó en una economía de arrendatarios y peones agrícolas bastante antes que el resto de Europa. La revuelta contra la maquinaria de la década de 1810 había sido el último cartucho de la reacción de las comunidades agrarias locales. Fuera de Irlanda, la era del cambio pasó rápidamente a ser la era de las mejoras. El crecimiento del empleo industrial en las ciudades a partir de 1820 y la emigración aliviaron las tensiones sociales en las zonas rurales que azotaron al resto del continente europeo. Administraciones de terratenientes liberales habían pasado a reconocer cierto grado de representatividad en el gobierno en 1832, y la cultura de asociaciones sociales y religiosas sirvió para paliar el desarrollo del radicalismo político. El movimiento cartista de 1846-1847, que reclamaba el sufragio universal masculino, fue el primer movimiento político masivo de Gran Bretaña. Las ideologías que lo promovieron, sin embargo, no representaban un prototipo temprano de socialismo de clase, sino una reclamación contra los impuestos y la corrupción, cuyos orígenes se remontaban al siglo XVIII. Los cartistas radicales promovían una visión de comunidades virtuosas de piadosos propietarios. Se oponían al gobierno, pero no a la propiedad y a la riqueza privada bien empleadas.

Sin embargo, como aduce Miles Taylor, el Imperio Británico sí fue testigo de turbulencia social en la década de 1840. Esto modifica la propuesta de que Inglaterra fue una excepción y exige hacer comparaciones con las condiciones del resto de Europa. Entre las décadas de 1840 y 1860 se volvió a incrementar la tensión social y racial en el Caribe, sobre todo en Jamaica[62]. Los esclavos emancipados resultaron ser una mano de obra difícil de contener por los dueños de las plantaciones. Las ideas de su derecho a las tierras y a obtener representación política cuajaron entre ellos. Al mismo tiempo, la situación económica de las islas se deterioró. Los partidarios británicos del libre comercio habían conseguido igualar los aranceles sobre el azúcar en todo el imperio. Esto, y el creciente coste de la mano de obra en comparación con los sistemas que aún mantenían esclavos, como Cuba y Brasil, dañaron la competitividad. También cayó la demanda debido a las crisis europeas de la década de 1840.

Espoleados por la mala situación económica y por el resentimiento hacia el arcaico gobierno colonial, los patriotas canadienses, australianos y sudafricanos también se mostraron activos en esta década. Las divisiones étnicas entre los colonos holandeses y británicos en Sudáfrica, y los colonos franceses y británicos en Canadá, creaban un peligro añadido a estos movimientos desde el punto de vista de la autoridad.

Eran sociedades de individualistas que buscaban prosperar, y las ideologías de autodeterminación de los radicales europeos contemporáneos arraigaron entre ellos. En los años anteriores a las revoluciones europeas, Irlanda, que era parte del Imperio Británico pero también de la sociedad doméstica británica, mostraba todos los síntomas del malestar urbano y rural y, a la vez, un nacionalismo de base religiosa. De hecho, hubo una pequeña revuelta rural en 1848. Sólo la hambruna devastadora que mató a un millón de personas evitó una revuelta generalizada ese año. Irlanda padecía el mismo triste patrón de hambrunas que la India en la década de 1830, aunque no la violenta de 1857, pese a que muchos radicales irlandeses admiraban a los amotinados indios.

Antes de dejar a un lado las guerras de mediados de siglo en Eurasia y el norte de África, merece la pena repetir que estos acontecimientos no sólo son comparables en la distancia por sus orígenes sociales, sino que también estaban conectados directamente por cadenas de causas. Por ejemplo, a partir de 1850, Luis Napoleón trató de estabilizar su régimen postrevolucionario apelando al sentimiento católico de Francia. En parte lo hizo promoviendo una política de misiones más agresiva en Oriente Medio y el Este asiático. Por un lado, esta política involucró a Francia en guerras contra el reino de Vietnam. Por otro, los conflictos ruso-franceses por los lugares sagrados de Palestina fueron una causa importante de la Guerra de Crimea de 1853 entre Francia, Gran Bretaña y el Imperio Ruso. La Guerra de Crimea desencadenó una nueva serie de consecuencias. Obligó a Rusia a acelerar su modernización y a los británicos a reestructurar sus ejércitos tanto domésticos como en el extranjero. Los torpes intentos de remodelación del ejército de Bengala de la Compañía de las Indias Orientales provocaron la Rebelión de los Cipayos de 1857-1859 en la India. Los acontecimientos se sucedieron en una espiral sin control en un mundo ya globalizado.

Las cadenas de causalidad funcionaban también en la dirección contraria. Los acontecimientos en Asia tuvieron impacto en Europa, si bien menos directamente que aquellos de la década de 1750 y posteriores. Sin embargo, se notaban cambios sutiles en las ideologías y las organizaciones. Por ejemplo, los problemas británicos durante la Rebelión de los Cipayos animaron a los radicales de Irlanda y Norteamérica. Quizás por primera vez, algunos radicales blancos vieron la similitud entre su situación política y la de un «pueblo» no blanco en rebelión. Esta analogía ya la habían visto los representantes del «pueblo» indio algunos años antes. Sin embargo, la rebelión provocó un nuevo tipo de racismo en el mundo anglófono. De nuevo, la competición entre Francia y Gran

Bretaña durante y después de la Rebelión Taiping, intensificó la rivalidad anglo-francesa en Europa y el Pacífico. La aparición de la influencia francesa en esta última región empujó a los británicos a consolidar su dominio en Nueva Zelanda y obligó a las colonias australianas a considerar un mayor grado de cooperación, si bien se negaron a federarse durante esta generación.

LA GUERRA DE SECESIÓN NORTEAMERICANA COMO SUCESO GLOBAL

La tercera convulsión interregional que dividió el siglo XIX fue la Guerra de Secesión americana. Con una cifra de muertos de 600.000 sobre una población de 40 millones, el porcentaje es menos severo que el de la Rebelión Taiping. Pero sus ramificaciones fueron más extensas al tener lugar en una sociedad semi-industrializada y al utilizarse un armamento más moderno[63]. ¿Qué justificación tiene comparar esta «guerra de estados» con los eventos en Asia y Europa que acabamos de ver? Aunque últimamente los historiadores han difuminado las líneas divisorias entre lo que se conocía como sociedades «atrasadas» asiáticas y «modernas» europeas en el periodo entre las décadas de 1840 y 1850, las similitudes intrínsecas entre los conflictos eurasiáticos y los norteamericanos son limitadas. Para empezar, la mayor parte de Estados Unidos estaba poblada por granjeros prósperos y no, como en Asia, por campesinos pobres dominados por terratenientes. Las instituciones políticas estadounidenses eran de reciente creación y los problemas étnicos y religiosos limitados, por lo menos entre los blancos. A pesar de que los círculos conservadores de Europa simpatizaban con los confederados del Sur, la Guerra de Secesión no se convirtió en global porque ni Francia ni Gran Bretaña tenían interés en intervenir directamente[64].

Pero la Guerra de Secesión americana tuvo grandes consecuencias en Eurasia y en Centro y Sudamérica. Ésta es otra prueba de la vinculación cada vez más cercana de la economía y la diplomacia globales. Por ejemplo, la distracción de Estados Unidos durante la guerra permitió a México una breve independencia en política exterior. También animó a Francia a una intervención en el territorio sacrosanto de la doctrina Monroe con su fallido intento de crear un imperio mexicano francófilo en 1862-1863. El final de la Guerra de Secesión presionó a los invasores franceses y salvó la república liberal de México. La intervención extranjera directa motivó a los campesinos patriotas mexicanos, y

este sentimiento perduró hasta la Revolución Mexicana de 1911. Mientras tanto, el fracaso de la aventura de Napoleón mostró a sus competidores europeos, sobre todo a Bismarck, las limitaciones del poder francés. La Guerra de Secesión americana también abortó una política expansionista americana más agresiva en el Pacífico y el Lejano Oriente, dándole a Japón un breve, pero importante, respiro en la presión occidental.

Podemos seguir las espirales de causalidad económica que emanaron de este foco de turbulencia occidental. Por ejemplo, la derrota del Sur provocó una depresión comercial en Cuba una vez que se reanudaron las exportaciones de algodón crudo y tabaco norteamericanas. Esto reforzó las demandas de independencia de los criollos cubanos, hartos del molesto gobierno español. A su vez, la revuelta cubana ayudó a derrocar el régimen liberal en España, protegido por el emperador francés Napoleón III. Mientras tanto, los revolucionarios cubanos habían implantado la llama de la guerra y la revolución en la República Dominicana.

El dominio británico del comercio trasatlántico, que en 1861 parecía estar amenazado, se recuperó durante la Guerra de Secesión americana[65]. También experimentaron un *boom* las fábricas de algodón británicas. Tras un breve periodo de dificultades causado por el repentino corte de las importaciones de algodón, la industria textil se recuperó, y la sobreproducción de algodón crudo quedó eliminada. Gran Bretaña, la gran importadora de algodón norteamericano, buscó otras fuentes al estar bloqueados los puertos de los estados sureños por la guerra. El algodón largo egipcio era el mejor sustituto, aunque también hubo una gran demanda mundial del algodón corto indio. Los exportadores de algodón de India y Oriente Medio hicieron grandes fortunas. El gobierno egipcio de Ismail Bajá pidió más préstamos en el mercado europeo para mantener su ambicioso programa de modernización militar y de obras públicas. Empresarios británicos trataron de implantar el cultivo del algodón en la Anatolia otomana. El periodo de la Guerra de Secesión americana se convirtió en el punto culminante del *boom* económico del Imperio Británico a mediados de la época victoriana. El crecimiento económico se vio impulsado tanto por la subida del precio del algodón y del tabaco como por el descubrimiento de oro en el sur de Australia y el oeste de Norteamérica. Los comerciantes construyeron enormes palacios neogóticos en Melbourne, Bombay y Alejandría. Se rumoreaba que los nuevos ricos cultivadores de algodón de la India forraban las ruedas de sus carros con plata.

Cuando llegó el crac comercial con la reanudación de la producción americana, éste fue severo y arrastró a la economía mundial a la larga depresión de las décadas de 1870 y 1880. La caída del precio del algodón a partir de 1867 fue una herida letal para las finanzas egipcias, y provocó la crisis constitucional que asoló el país en la década de 1870. El colapso del precio del algodón en la India coincidió con hambrunas consecutivas y tal combinación fomentó la nueva militancia en el campo y la ciudad. Aunque los vínculos eran indirectos, la prevalencia de la pobreza en las áreas de cultivo de algodón promovió el nacionalismo antibritánico en el oeste de la India. Incluso en la lejana Rusia, la peligrosa dependencia de las importaciones de algodón norteamericano quedó clara durante la Guerra de Secesión y ofreció una excusa a los militaristas rusos para anexionarse las ricas tierras negras del centro de Asia, ideales para el cultivo del algodón.

Por tanto, la Guerra de Secesión americana fue un acontecimiento global como la Rebelión Taiping y las revoluciones de 1848, porque los vínculos directos entre el gobierno, el comercio y la ideología se propagaron por el mundo. Pero ¿tenían alguna conexión genérica sus orígenes y el desenlace con los acontecimientos contemporáneos de Asia y Europa? Parece que hubo similitudes lejanas. Al aplastar al emergente Estado confederado, la Unión aseguró su permanencia y contribuyó a la nueva realineación de las grandes naciones unificadas y de las supremacías centralizadas y sofisticadas económicamente que suplantaron los diversos sistemas políticos poco unificados de principios del siglo XIX. En los estados norteños de América asomaba una nación más consciente de sí misma política y económicamente. Los del norte temían la rivalidad de un «Estado esclavista» al sur y al oeste, porque podría ser influido por extranjeros. Al igual que los ciudadanos de la emergente Alemania, eran proteccionistas que buscaban desarrollar sus nacientes industrias y recelaban del libre comercio del Sur y de sus vínculos con Gran Bretaña.

Antes de 1860, el gobierno federal norteamericano era una institución débil, incluso comparada con los gobiernos europeos contemporáneos. Ésta fue una de las razones por las que el Sur se separó de la Unión con tanta facilidad. Para librar la guerra, el presidente Abraham Lincoln pidió a los estados norteños ayuda armada. La guerra creó, por lo menos temporalmente, un gobierno más centralizado, más poderoso y más armado, con una clara política intervencionista y una burocracia más amplia. Pero, incluso cuando el poder del gobierno central volvió a menguar, muchos estados individuales mantuvieron los nuevos sistemas de gobierno desarrollados durante la guerra. En un sentido más amplio, empezaba a asomar algo parecido al nacionalismo norteamericano, si bien aún supeditado a la lealtad al Estado local. Este parto sangriento de una Norteamérica federal más fuerte tuvo vínculos lejanos con los movimientos para la unificación de Italia o Alemania, y la modernización de Japón. En el mundo anglosajón, la confederación canadiense de 1868 y la consolidación de la Nueva Zelanda británica del mismo periodo fueron acontecimientos paralelos. Los cambios económicos parecían reclamar la creación de naciones-estado más grandes y más unidas. La clase media, más consciente y más educada, deseaba la protección psicológica que este tipo de Estado ofrecía. Hubo excepciones, claro. Las colonias británicas esparcidas por Australia no se unieron hasta el siglo siguiente. Aquí, en el gran continente del sur, la creación del Estado empezó lentamente y desde abajo, a medida que los colonos se daban cuenta de que tenían cosas en común cuando comerciaban, legislaban o rezaban juntos. Su patrón de desarrollo se parecía al que podría haber tenido Estados Unidos de no ser por dos temas explosivos: la esclavitud y la expansión hacia el Oeste.

La Guerra de Secesión americana también significó el fin para una parte central de la rama occidental del viejo sistema económico británico del siglo XVIII. Tiene importancia simbólica que muchas de las grandes plantaciones de los estados sureños, fundadas principalmente por británicos, desaparecieran en los diez años posteriores a la caída de esa otra institución británica clave del siglo XVIII, la Compañía de las Indias Orientales. Había quedado de manifiesto que ese viejo y corrupto monopolio era incompetente incluso para las pocas funciones militares y gubernamentales que aún mantenía. Para los reformadores liberales americanos, la esclavitud y la posesión de esclavos eran tan corruptas como ineficaces. La esclavitud, esa «peculiar institución» de control del trabajo externa al mercado, no podía arraigarse en los nuevos territorios que la república iba ocupando al oeste del continente. Aunque los derechos de cada Estado estaban protegidos por la Constitución, ya no se podía apelar a la historia ni a la cultura para proteger sistemas sociales aborrecidos por la nueva opinión dominante compartida por republicanos y demócratas en el norte.

Los movimientos reformistas a ambos lados del Atlántico estaban a menudo vinculados directamente porque todos mezclaban argumentos morales y económicos. Las revoluciones europeas de 1848, el movimiento cartista de Gran Bretaña, el auge de los fenianos en Irlanda y el movimiento abolicionista de Estados Unidos compartían ideologías similares.

A cierto nivel, todos se preocupaban del derecho del individuo como ciudadano. El intercambio de activistas y libros de un lado del Atlántico al otro conectó movimientos antiesclavistas con otros antialcohol, movimientos feministas con otros de índole religiosa. El Ejército de Salvación apareció en Estados Unidos al mismo tiempo que en Gran Bretaña y su imperio.

El efecto moral de la visión de la emancipación de las masas, aunque no sucediera en la práctica, no se debe subestimar. John Bright, un radical británico, presentó la guerra americana como un ejemplo de la lucha global «por la democracia, la libertad y la dignidad laboral»[66]. Bright, y después el mismísimo Gladstone, vieron analogías entre la emancipación de esclavos en Norteamérica y la concesión del derecho de voto a los trabajadores y a los pequeños granjeros británicos, que se llevó a cabo entre 1867 y 1885. Un nuevo tono carismático animó la política popular de la Europa protestante, y ese tono se originó en el discurso moral del abolicionismo. Este rearme moral se vio reforzado por duros problemas políticos. En un principio, los problemas industriales causados por la crisis del algodón parecían presagiar la vuelta del radicalismo laboral. Pero las clases trabajadoras de Lancashire no causaron disturbios o revueltas, y muchos trabajadores apoyaban a la Unión a pesar de que iba en contra de sus intereses. Esta madurez política de los trabajadores textiles persuadió a los políticos liberales y conservadores de que era el momento de ampliar el derecho a voto[67]. Por todo el Imperio Británico, los primeros colonos nacionalistas también se vieron, aunque de forma distante, poderosamente afectados por la Guerra de Secesión americana. Después de los problemas de 1848-1851, la democracia, o por lo menos el gobierno representativo, parecía avanzar de nuevo.

Inevitablemente, sin embargo, los efectos más importantes y duraderos de la Guerra de Secesión americana afectaron al arte de la guerra. En muchos aspectos, fue la primera guerra mecanizada de la historia. La artillería pesada diezmó las formaciones de infantería y los bombardeos destrozaron ciudades enteras. Además, ya había cámaras fotográficas para retratar el sufrimiento y estimular el patriotismo. Los jefes militares europeos aprendieron rápido. Un enorme incremento en la producción armamentística esparció las nuevas armas, sobre todo de pequeño calibre, por todo el mundo. Legales o de contrabando, estas armas aparecieron en Europa, Asia y África, reforzando a los ejércitos reales y coloniales, aunque también a revolucionarios, anarquistas y campesinos rebeldes.



4.5 El terrorista honrado: *John Brown (1800-1859), abolicionista.* Daguerrotipo de Augustus Washington, *c.* 1846-1847.

¿CONVERGENCIA O DIFERENCIA?

Este capítulo ha comparado los vínculos directos e indirectos de los grandes conflictos que dividieron el siglo XIX. No trata de «homogeneizar» la historia global. Incluso en nuestra era de la comunicación electrónica y del movimiento instantáneo de capital de un continente a otro, sociólogos como Arjun Appadaurai mantienen que el localismo aún es formativo, que «canibaliza» e incorpora cosas del mundo externo. A mediados del siglo XIX, lo particular y lo «fragmentario» eran mucho más importantes. La gente atrapada en la Guerra de Secesión americana, en la Rebelión Taiping o en la Rebelión de los Cipayos de la India entendía estos acontecimientos bajo el prisma de las geografías sociales y míticas de sus distritos o países. Sus líderes eran señores locales o piadosos artesanos. En muchos de los movimientos que hemos analizado en este capítulo, el colapso de la más amplia autoridad central permitió la autoafirmación de los pobres, cuyas reivindicaciones morales tenían

poco o nada que ver con las ideologías de los grupos dominantes de la sociedad, o incluso de sus enemigos entre la alta burguesía y el asentado campesinado disidentes. En India, China y el sureste de Asia, durante la década de 1850, los pueblos «tribales» se aprovecharon de la turbulencia para reclamar su derecho a la tierra y a la producción que durante décadas se les había negado. En los movimientos europeos de la década de 1840, también vemos a muchos grupos marginados reclamar sus derechos, grupos de trabajadores no cualificados, las primeras feministas, sectas religiosas y anarquistas socialistas. La «guerra entre los estados» abrió brevemente una vía de salida a esclavos afroamericanos que huyeron de las plantaciones y se alistaron en el ejército de la Unión.

Incluso entre los principales protagonistas de las guerras de mediados de siglo, las posiciones ideológicas eran mucho más difusas de lo que serían cincuenta años más tarde, en 1917, cuando los campesinos o los habitantes de ciudades distantes de los frentes de guerra se enteraban muy rápido de la revolución bolchevique o del derrocamiento del califa otomano. Entre las décadas de 1850 y 1860, la influencia de la religión milenarista siguió siendo poderosa. Hombres y mujeres hablaban del retorno del Buda Maitreya, o del hermano pequeño de Cristo en China. Vaticinaban el advenimiento de la era final, la Kali Yuga, en India, y de la venganza del Señor contra los pecadores esclavistas en Estados Unidos. Como experiencia histórica, la serie de revoluciones que marcó el fin de la era del cambio fue un mosaico de momentos inconexos y de historias especiales que no debemos encajar con demasiada facilidad en un mismo patrón. Los historiadores partidarios del «fragmento» tienen razón.

Este capítulo plantea, sin embargo, que los historiadores deben examinar también las conexiones morales y materiales entre los fragmentos, lo que sale a la luz con fuerza cuando se adopta una perspectiva global. Consideremos el caso de algunos de los líderes de las revoluciones de la década de 1850. El principal profeta de la Rebelión Taiping se educó en una escuela misionera cristiana. Nana Sahib, el rebelde de Kanpur en la India, había aprendido a leer novelas en inglés y en francés de sus tutores británicos. Estos dos líderes esperaban que Francia y Estados Unidos intervinieran en sus conflictos. Los líderes principales de los movimientos populares europeos de 1848, y sus contemporáneos que abogaban por la independencia en las colonias, heredaron una visión del mundo en la cual la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre eran acontecimientos fundamentales. Ambos bandos de la Guerra de Secesión americana utilizaron la Declaración de Independencia como una carta universal de derechos humanos. Comparemos esto con el pasado. Sesenta años antes, al principio de la primera gran era del imperialismo global, las cosas habían sido muy distintas. Entonces, en la década de 1780, el emperador mogol, Sha Alam, y el general George Washington se habían opuesto, a sus maneras bien distintas, al poder global británico, buscando el contrapeso de Francia y España. Su forma de entender el mundo también era muy diferente. Había muy poco que vinculara el concepto chino del Reino Medio, el concepto mogol del carisma Timurí y la vieja ideología republicana de los *whigs* en versión norteamericana. Pero hacia las décadas de 1840 y 1850, los líderes de las grandes disidencias que barrieron el mundo y, quizás, algunos de sus más importantes seguidores entendían con más claridad las hegemonías globales a las que se enfrentaban.

La izquierda emergente se fijó en la emancipación de los esclavos y en las rebeliones contemporáneas de Asia. Quizás fuera el mismísimo Karl Marx el primer contemporáneo en analizar las revoluciones europeas y asiáticas usando los mismos conceptos; si así fue, al final relegó «Oriente» a un casillero diferente. Este capítulo y los anteriores han ofrecido una imagen bastante mixta de las implicaciones de las revueltas populares o «subalternas» en la historia global. No se puede descartar su importancia directa, claro. Las rebeliones afectaron profundamente a las estructuras políticas y a la explotación económica en todo el mundo. Entre 1789 y 1793 y en 1848, la turba parisina ayudó a destruir las viejas autocracias. Los esclavos rebeldes del Caribe en 1815 y 1831 debilitaron para siempre el sistema de plantaciones. Las revueltas campesinas en Rusia en la década de 1770 y en India en la década de 1850 dañaron irreparablemente los sistemas de explotación existentes. Pero, en general, sólo tuvieron efecto cuando estas instituciones ya estaban debilitadas debido a las críticas reiteradas y la subversión de activistas de la élite y de la «clase media». Hubo muchas revueltas urbanas y campesinas y de esclavos que no tuvieron efecto alguno o que, al contrario, reforzaron el *statu quo*, en casos en los que las instituciones gubernamentales no estaban debilitadas previamente por ataques de la élite.

Por tanto, es un mito que la rebelión popular o subalterna se convirtiera en una fuerza del cambio irresistible durante el siglo XIX. Sin embargo, fue justo esta cualidad mítica la que convirtió la idea de la rebelión popular en un arma política tan poderosa a nivel global. Ya en las décadas de 1850 y 1860, los radicales y los primeros socialistas

establecían conexiones entre las revoluciones de los irlandeses oprimidos y los «amotinados» indios, o entre la lucha de los negros americanos y las clases trabajadoras europeas de 1848. El concepto de una lucha global del «Pueblo» de cualquier raza ya había arraigado. A largo plazo, el poder generador de historia de este mito se dejaría sentir en muchos centros alejados del núcleo económico mundial temporalmente dominante. Las revoluciones se producirían en China y en las lejanas minas de Rusia. Los movimientos masivos se producirían en las ciudades indias y en las plantaciones africanas. Sería de enorme importancia que estas rebeliones se consideraran parte de un movimiento global a pesar de que, en realidad, los vínculos reales fueran escasos.

Por último, ¿cuál fue la conexión entre estos acontecimientos y el futuro estallido de conflictos? Las guerras para la construcción de naciones que se siguieron en Alemania, Italia, Japón y México, entre las décadas de 1860 y 1870, representaron de muy diversas maneras la solución de problemas que todavía persistían de la turbulencia final de la era del cambio. Mientras tanto, el Estado se hacía fuerte gracias a un rápido crecimiento económico y se dotaba de una mayor definición y un propósito más concreto. Bismarck, Cavour y los reformadores meiji de Japón sabían con mucha más precisión a dónde querían llegar y qué querían conseguir que los campesinos, los intelectuales y los poetas rebeldes de unos años atrás. El significado de nación era más estrecho, menos inclusivo; y el Estado, más intrusivo.

Debemos poner en contexto una última serie de cosas. A partir de 1860, se empezaron a librar en todo el mundo guerras de conquista cada vez más feroces, guerras entre colonos europeos de un lado y pueblos nómadas, forestales y pastoriles en el otro. El capítulo 12 entra a fondo en esta cuestión. La tierra era el premio, pero muchas veces la causa bélica fue el choque de las ideas europeas de Estado, soberanía y uso de la tierra con las ideas de los pueblos indígenas. A partir de 1846, las guerras xhosa y zulú en el sur de África y la guerra anglo-maorí en Nueva Zelanda tuvieron su paralelo en las nuevas invasiones de las praderas americanas y la selva brasileña. Los ataques a los derechos de los hawaianos y otros isleños del Pacífico se convirtieron en invasiones aniquiladoras en busca del dominio exclusivo de las tierras. En los países asiáticos, el expolio de los nativos por parte de los nuevos colonos se incrementó, mientras que los empresarios coloniales demandaban sin piedad madera para las vías ferroviarias y productos minerales para las nuevas industrias.

Las revueltas descritas en este capítulo actuaron como un catalizador de estas guerras coloniales para obtener tierras. La gran «hambruna» europea y las revoluciones tras 1848 aceleraron la emigración hacia territorios vírgenes. Los veteranos británicos de la Rebelión de los Cipayos en la India participaron en las guerras de Nueva Zelanda y Sudáfrica. En la Nueva Caledonia francesa, la rebelión del pueblo nativo canaco no llegó hasta 1878. Pero las tensiones políticas y agrarias que la provocaron empezaron a principios de la década de 1850 con el incremento de la inmigración postrevolucionaria. A los miles de presos franceses de la colonia se unieron los presos políticos de la Comuna parisina de 1871[68]. De manera similar, la Guerra de Secesión americana abrió las puertas para la invasión masiva de los restantes territorios indios. Incluso en China, el colapso del régimen durante las revoluciones de mediados de siglo desató una oleada de diásporas campesinas que ocuparon las colinas y las mesetas de las fronteras del imperio, sobre todo en Yunnan y Manchuria. Todo esto sirve para recordarnos que cualquier intento de delimitar con precisión los periodos de la historia global, ya sean económicos o culturales, es muy difícil. Las consecuencias no intencionadas de decisiones políticas y económicas anteriores salían en una creciente e incontrolada espiral de los centros de poder y mutaban al ser asimiladas a conflictos locales sobre derechos, honor y recursos.

REPASANDO EL ARGUMENTO

Los orígenes de la crisis mundial de mediados del siglo XIX fueron, de muy diversas maneras, una extensión del anterior «naufragio de las naciones» de 1780-1820. De nuevo entre 1848 y 1865, un crecimiento económico desigual y las cuestiones acerca de la legitimidad de toda forma de poder, formaron un crisol de conflictos mundiales. Los europeos y los norteamericanos resolvieron estas crisis con grandes masacres. Muchas instituciones antiguas fueron derrocadas. Sin embargo, en Occidente, el Estado salió reforzado y pudo proyectar su poder en ultramar con más eficacia que antes. Los asiáticos, africanos, sudamericanos y habitantes del Pacífico pasaron por guerras, conflictos y revoluciones de una virulencia comparable. Hubo vínculos globales claros entre estas turbulencias. A veces los efectos de las guerras asiáticas y africanas «revertían» en la crisis occidental y la empeoraban, como ya había pasado entre 1780 y 1820. Por lo general, sin embargo, el flujo de

acontecimientos era cada vez más unidireccional desde Europa y Norteamérica hacia el exterior.

Por supuesto, los no europeos seguían siendo actores activos que se apropiaban, transformaban o se resistían a las fuerzas externas. Sin embargo, la diferencia de poder y de uso de conocimientos entre Occidente y el resto del mundo era ya mucho más amplia que en 1780. Alcanzó su máximo entre 1860 y 1900. En parte, la diferencia se debió al refinamiento del armamento europeo y también del arte de gobernar. Hacia 1850, sin embargo, se discernían grandes cambios económicos. En el capítulo 2 ya argüí que las «revoluciones industriosas» y el crecimiento interrelacionado del comercio mundial fueron la tendencia dominante en la historia social global a finales del siglo XVIII más que el inicio de la industrialización. Los europeos y los norteamericanos se habían beneficiado de estos acontecimientos especialmente bien y la naturaleza de sus sociedades civiles reflejaba este beneficio. Sin embargo, no fueron únicos.

Cuando se inauguró en 1851 la gran exposición del Crystal Palace a las afueras de Londres, la industrialización a gran escala había empezado a transformar lo que ya era un orden internacional. Esto no significa que los capitalistas industriales y sus agentes asumieran de repente el poder político, como mantendrían algunos marxistas. En términos generales, la industrialización vino a ayudar a los reyes, aristócratas y sacerdotes. Hasta finales de siglo, incluso Occidente fue gobernado por una combinación de terratenientes, burócratas de clase media, industriales y comerciantes. Aun así, los europeos, sus colonos y sus ex colonos de Estados Unidos veían a su alrededor el telégrafo eléctrico, el motor a vapor, las nuevas ciudades planificadas y una enorme acumulación de saber en las universidades, departamentos del gobierno, museos y galerías de arte. Empezaron a creer fervientemente que habían dado ese paso hacia adelante sin vuelta atrás en dirección a la era moderna que mencionamos en la introducción. Para entender el trasfondo de esto, el siguiente capítulo deja la historia de los procesos políticos globales para examinar los cambios subyacentes en la organización de la producción y de la vida urbana.

5

LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA NUEVA CIUDAD

La industrialización se produjo de una forma dispar a lo largo del mundo, creando nuevas potencias, nuevas dependencias y nuevas maneras de vivir. Hacia mediados del siglo XIX, sus efectos transformadores se apreciaban ya con claridad. Este capítulo se pregunta por qué el desarrollo de la industria moderna fue errático y por qué benefició especialmente a ciertas partes de Occidente. También examina los cambios en la forma de vida urbana que produjeron las nuevas maneras de producción y las nuevas manifestaciones del poder político. El capítulo 6 analizará el apogeo del nacionalismo, que coincidió con las dos generaciones que experimentaron el nacimiento de la sociedad industrial.

LOS HISTORIADORES, LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA CIUDAD

De todos los cambios dinámicos que la gente de la segunda mitad del siglo XIX asociaba con su tiempo, la industrialización y la aparición de enormes metrópolis impersonales fueron los que mayor impacto tuvieron sobre ellos. Muchas veces los dos fenómenos se asociaron, aunque, en realidad, gran parte de la primera industrialización tuvo lugar en el campo y las grandes «ciudades fábrica» se desarrollaron más tarde. Sin embargo, ambos fenómenos estaban vinculados en un sentido más amplio porque representaban una nueva forma de producción, consumo y vida, diferente de la que había sido característica ciento cincuenta años antes. Esto explica por qué tanta energía intelectual del siglo se dedicó a tratar de entender estos fenómenos. A comienzos de este periodo las ideas de Adam Smith sobre la especialización económica y la economía de escala ofrecieron herramientas intelectuales para analizar la aceleración del crecimiento económico, aunque los avances claves en las manufacturas llegaron después de su muerte. Hacia finales del

siglo XIX, economistas como Alfred Marshall habían desarrollado una ciencia con que estudiar los ritmos de la sociedad industrial.

Las reflexiones sobre la industrialización y la ciudad se extendieron a todos los aspectos de la vida social y cultural. Marx y Engels llegaron a argumentar que la industrialización había creado un nuevo tipo de ser humano, el proletario, sin ninguna posesión salvo su propia fuerza de trabajo. Los moralistas públicos y los poetas del norte de Europa y de Norteamérica denunciaron los vicios de la ciudad industrial: alcoholismo, enfermedades, prostitución, irreligiosidad y pobreza. La primera generación de sociólogos, en particular Emile Durkheim, ponderaron los efectos de la alienante vida urbana sobre la solidaridad social. En Francia, Gran Bretaña y Alemania, la nueva ciencia de la estadística se desarrolló para vigilar el número de habitantes y la salud de las florecientes poblaciones urbanas. Pintores como Toulouse-Lautrec retrataron a los habitantes exóticos y eróticos de la ciudad. Supuestamente, Richard Wagner inspiró su lúgubre mundo de los míticos Nibelungos en su operístico ciclo del «Anillo» en sus recuerdos del gris y deprimente horizonte industrial de Londres que había conocido en la década de 1840. Otros acogieron el nuevo mundo con entusiasmo. Antes de finalizar el siglo, arquitectos norteamericanos habían creado con los rascacielos un nuevo tipo de máquina para vivir en la ciudad industrial moderna.

Los historiadores del último tercio del siglo XX tendieron a infravalorar la importancia de la industrialización cuando hablaban del siglo XIX. Muchos historiadores de la economía mantienen que la industrialización tuvo poca importancia fuera de Gran Bretaña y Bélgica hasta mediados de la década de 1850, y aseguran que los niveles de producción agraria siguieron siendo el factor determinante de la vida económica y social. La teoría de una dilatada protoindustrialización que dio comienzo en la Edad Media, desarrollada por Franklin Mendel en la década de 1970, también implica que la acumulación paulatina de las condiciones para la industrialización fue más importante que cualquier aceleración repentina. Como comentamos en el capítulo 2, Jan de Vries inventó el concepto de la «revolución industriosa» para resaltar la eficacia y la reorientación de los patrones de consumo como algo independiente de la Revolución Industrial. La mayoría de los historiadores parecen estar de acuerdo en que, fuera de Estados Unidos, las fortunas industriales simplemente consolidaron la jerarquía social existente en vez de revolucionarla. En el caso de Gran Bretaña, considerada una vez la «primera nación industrializada», Peter Cain y Anthony Hopkins emplean el término «capitalismo aristocrático» para defender que la característica dominante de la economía doméstica e imperial del país fueron sus servicios financieros, sus bancos y su bolsa, más que la producción industrial[1]. Martin Wiener[2] trató de demostrar que los valores antiindustriales eliminaron la empresa industrial británica antes de que se pusiera en marcha. Patrick O'Brien, entre otros, ha hecho complejos análisis estadísticos de la economía británica que sugieren que el crecimiento del producto interior bruto se mantuvo alrededor de un discreto 1,5% anual durante la mayor parte del periodo entre 1780 y 1861[3]. Mientras que antes hablaban de una Revolución Industrial, los historiadores de la economía ahora estarían de acuerdo en que hubo una leve tendencia al crecimiento. Señalan lo que podría llamarse, en el mejor de los casos, una «evolución industrial».

Estos últimos años, los historiadores se han vuelto más escépticos acerca del impacto político de la industrialización y la urbanización. En los capítulos anteriores hemos comentado que los historiadores socialistas, e incluso los conservadores, pusieron al trabajador industrial en la vanguardia del cambio político, mientras que los historiadores actuales argumentan que las revoluciones de 1848 y la Comuna de París fueron realmente provocadas por desposeídos artesanos a la vieja usanza. En las historias sobre la Revolución Rusa de 1905 son los soldados y campesinos quienes tienen el protagonismo, más que los trabajadores industriales. En los casos de Rusia, India y China, los historiadores han insistido a partir de la década de 1970 en que las diminutas clases trabajadoras industriales del siglo XIX eran realmente «campesinos disfrazados» más que un auténtico proletariado urbano. Tenían mentalidad preindustrial y agraria.

Como demuestran otros capítulos de este libro, muchas características del viejo orden político y agrario sobrevivieron hasta principios del siglo XX. Sin embargo, insistir que la revolución en los medios de producción y los estilos de vida se expandió lentamente, y sólo reveló su verdadero potencial poco a poco, no es lo mismo que aseverar que no hubo revolución alguna. En este capítulo mantendremos que, a finales del siglo XIX, el porcentaje del producto interior bruto generado por la producción industrial en los países dominantes era considerable. Los políticos y líderes urbanos se vieron obligados a fomentar, controlar y abastecer las necesidades de la creciente industria. Se hicieron dependientes de los productos industriales de base científica para librar sus guerras y de los impuestos recaudados en la industria para financiarlas. Los efectos de la industrialización se extendieron mucho más allá de las

fronteras de las pequeñas zonas industrializadas. La agricultura de los países en vías de industrialización se había transformado a causa de los nuevos y enormes mercados urbanos y de la mecanización. Los sectores más dinámicos de las economías agrarias eran los que producían bienes que exportaban al mundo industrializado. Éstos eran aceite de palma y cacao del oeste de África, algodón de Egipto e India, y las «cadenas proteínicas» que enviaban carne a Europa o a la costa este de Estados Unidos desde Australia, Nueva Zelanda, Argentina y el medio oeste de Norteamérica para alimentar a la creciente clase trabajadora industrial.

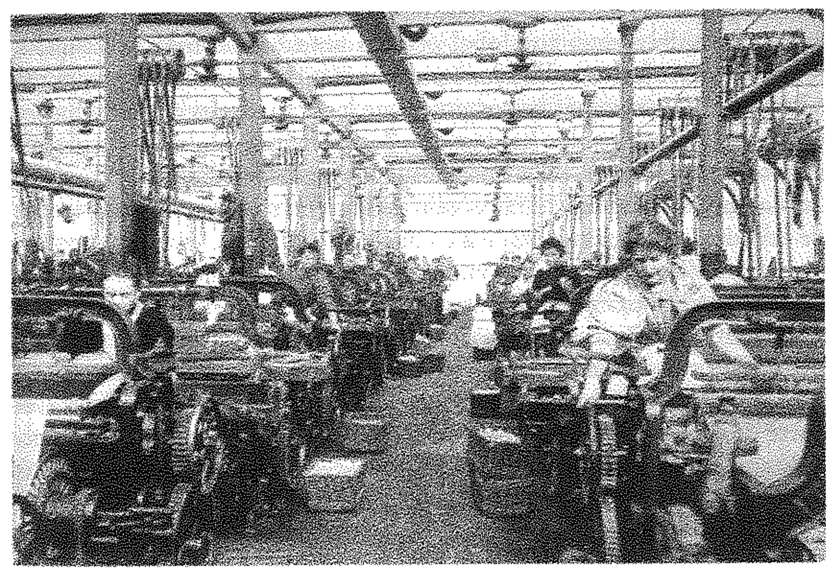
Fuera del noroeste de Europa y de los Estados Unidos, había muy pocas ciudades realmente industriales en 1880. Pero muchas ciudades, como Nápoles, Alejandría, Calcuta, Shangai, Lagos o Buenos Aires, ya se habían convertido en centros de almacenamiento y productores de comida para la exportación y en centros de distribución de los productos industriales importados. Sus clases dirigentes estaban tan involucradas en el sistema industrial mundial como las élites occidentales. Pero, sobre todo, éste fue el periodo en el que las profundas diferencias a largo plazo en el desarrollo industrial ampliaron la brecha entre el nivel de vida de las zonas ricas y las pobres del mundo. Entre 1780 y 1820, antes de la gran industrialización, las diferencias internacionales en el poder y la riqueza ya aumentaban. Hacia 1880 eran enormes y la industrialización fue una razón clave para que continuaran aumentando. En este capítulo también veremos cómo el estilo de vida moderno y urbano, asociado con la industrialización, se convirtió en un punto de referencia para los intelectuales y los líderes políticos de todo el mundo, incluso en los lugares menos afectados.

EL PROGRESO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

La industrialización británica sigue siendo el punto de partida para un estudio general de la industrialización, aunque los historiadores británicos insisten en que la industrialización no significó un hecho crucial ni en Gran Bretaña ni en la historia global. Aun así, la transición hacia la industria fue impactante. Hacia 1881, el 44% de la mano de obra británica trabajaba en la industria o en ocupaciones directamente asociadas con la industria, a comparar con el 26% de los Estados Unidos y el 36% de Alemania[4]. Lo más sorprendente es que ese año sólo un 13% de los trabajadores británicos trabajaban en la agricultura, mientras que

en Estados Unidos eran un 52% y un 43% en Alemania[5]. Incluso si aceptamos que la agricultura británica estaba comercializada desde hacía mucho tiempo, el cambio desde la década de 1780 era enorme. Hacia 1881, muchos trabajadores británicos no industriales trabajaban en el transporte, que incluía el ferrocarril, o en el comercio, que incluía la venta de comida y ropa de producción industrial. Además, hacia 1840, el 45% de la producción industrial mundial provenía de Gran Bretaña, e incluso en 1880, la cifra se mantenía en un 30% aproximadamente. Los cálculos recientes sugieren que entre 1815 y 1861 la producción industrial británica crecía a un ritmo del 3,5% anual[6]. Puede que comparado con los niveles de las economías emergentes de hoy en día parezca poco, pero para la época era extraordinario.

Algunos historiadores atribuyen la temprana industrialización británica a los avances técnicos: los altos hornos, la locomotora a vapor y el torno para hilar. Otros señalan la escasez relativa de mano de obra cualificada en Gran Bretaña, sobre todo durante las guerras napoleónicas, como impulsora de la mecanización[7]. El gran historiador francés



5.1 La era de la industria: mujeres trabajando en una planta textil de algodón de Lancashire, 1897.

Fernand Baudel propuso en la década de 1970 que su situación en los márgenes de Europa fue lo que convirtió a Gran Bretaña en emprendedora en ultramar. Prasannan Parthasarathi desarrolló más tarde la teoría de que la industrialización británica fue una respuesta a la eficaz producción textil artesanal de otras partes del mundo, sobre todo de Francia e India[8]. Los trabajadores textiles de la India fabricaban productos de gran calidad a bajo coste y amenazaban la industria textil británica. La respuesta de los productores británicos de mediados del siglo XVIII fue tratar de excluir los productos indios. Hacia 1800, la respuesta a la competencia externa fue utilizar maquinaria que abarataba los costes de la producción textil. Esto es interesante porque deja claro que los cambios tecnológicos, «industriales» o «industriosos» fueron policéntricos y globales desde el principio. También demuestra que los cambios estaban arraigados socialmente: los cambios tecnológicos eran también, inevitablemente, cambios sociales. Esto también es importante a la hora de considerar la creación de capital para inversiones industriales. La riqueza producida en ultramar por la trata de esclavos, el comercio azucarero o las actividades comerciales y fiscales de la Compañía de las Indias Orientales se añadió al creciente capital inversor de Gran Bretaña. Probablemente nunca se sepa si representaba un 5, un 10 o un 15% del total[9]. Es importante recordar, sin embargo, que este incremento del comercio global ocurrió antes de la industrialización, reflejando los efectos culturales y económicos de las revoluciones industriosas. Y, lo que es más importante, que las actividades de estas corporaciones internacionales habían creado un mercado global donde los nuevos industriales podían buscar nuevos mercados.

La mejor solución a estas posturas diferentes acerca de los orígenes de la industrialización británica es dar por hecho que las presiones sobre el trabajo y la producción durante las guerras del periodo entre 1793 y 1815 convirtieron unos avances tecnológicos diversos en una lenta y amplia transformación de la estructura económica. Hacia 1750, la agricultura y la minería británicas ya estaban altamente comercializadas y reunidas en un mercado nacional. Fuera del norte de Escocia, el norte de Gales e Irlanda, no quedaban campesinos y la tierra se comercializaba libremente. La propiedad y el capital estaban protegidos gracias a un largo periodo de paz doméstica y al benevolente afán de venganza del derecho consuetudinario. Y, sobre todo, Gran Bretaña disfrutaba desde la década de 1680 de un mercado de capitales flexible que proporcionaba grandes sumas de dinero para inversiones. Cuando las revoluciones industriosas agudizaron la falta de mano de obra y la creciente

demanda del consumo familiar, la manufactura se volvió rentable y atractiva para empresarios, inventores y financieros, que se lanzaron a invertir en la industria para obtener beneficios. Como siempre, hubo grandes inversiones en tecnología militar y naval. Los nuevos buques de guerra, la artillería y los barcos de vapor armados sirvieron para abrir paso a los mercados proteccionistas en el Imperio Otomano, China y Sudamérica.

Poco después, la industrialización norteamericana siguió un camino parecido, pero a una escala mucho mayor. Hacia 1885, Estados Unidos producía un 30% del total mundial de productos industriales, una cifra similar a la británica[10]. Igual que en Gran Bretaña, la industrialización fue resultado de las inversiones de capital en la producción mecanizada por parte de comerciantes atlánticos y terratenientes ricos, todo en el marco de un mercado de capitales flexible. Los productos industriales americanos tenían como objetivo el próspero mercado de consumo que crecía a gran velocidad. La sustitución de la importación —Gran Bretaña había sido el mayor proveedor anteriormente— se produjo muy deprisa una vez que el ferrocarril abrió la enorme economía interna del oeste y el sur del país a los estados industriales del noreste y, más adelante, el medio oeste[11]. Antes de la década de 1890, sin embargo, la manufactura industrial americana se distinguía de sus homólogas británica, belga y francesa. En estos países pioneros de la industrialización, la propiedad y la dirección casi siempre recaían en las mismas manos, sobre todo en industrias punteras como la textil o la de maquinaria. En Estados Unidos, la dirección de las empresas empezó a distinguirse de los dueños, que eran los accionistas mayoritarios. Al distanciarse de los dueños, los directivos de las empresas norteamericanas pudieron centrarse en innovar en la producción y en el *marketing* sin el estorbo de los intereses familiares y personales. Las primeras etapas de industrialización masiva produjeron rápidamente innovaciones en la organización del trabajo. Un acontecimiento clave fue la invención en 1896 de la cadena de montaje para automóviles por parte de Henry Ford, que permitió un funcionamiento más flexible de la dirección y de los trabajadores[12].

En el caso de la industrialización de Alemania, Austria, Italia y Rusia, los historiadores han hecho siempre hincapié en el papel jugado por el Estado como inversor y como promotor del sector industrial, sobre todo en la industria pesada y en las de defensa. No debe exagerarse. En las zonas del Sarre, el Ruhr y Carintia, la inversión privada por parte de terratenientes y empresarios parece haber sido igual de importante que

en Gran Bretaña y Estados Unidos. Los estados alemanes realmente contribuyeron a crear unas condiciones que favorecieron la formación de un mercado interno grande y protegido, primero a través de la unificación de aduanas de 1834 y, más adelante, por medio del sistema preferencial dentro del Imperio Alemán[13]. Pero la clara distinción del papel del Estado en estos lugares ya no parece tan nítida. Al fin y al cabo, incluso en Gran Bretaña fue la intervención del Estado imperial en ultramar la que facilitó las condiciones para la industria. La enorme economía del sistema de esclavos atlántico fue uno de los motores del crecimiento y de la creación de mercados a lo largo del siglo XVIII. Bajo la tapadera de la Royal Navy, el Estado protegió este sistema, y a un coste enorme. En el siglo XIX, la expansión imperial creó lucrativos mercados subsidiarios para los fabricantes de armamento y productos textiles británicos, si bien Norteamérica y Europa seguían siendo el mercado principal para los productos manufacturados. En Escocia, la industrialización estaba ligada al imperio y, por tanto, con las actividades de Gran Bretaña.

Bélgica fue el primer país continental europeo en industrializarse. En este caso, la necesidad desesperada de un Estado débil y de legitimidad dudosa fue el acicate de la inversión. La situación geográfica de Bélgica y sus recursos también fueron favorables. Al estar cerca de los puertos británicos del Canal de la Mancha y al ser de los primeros países en importar su tecnología ferroviaria, Bélgica también poseía grandes recursos de carbón y hierro, algo que los historiadores consideran de máxima importancia para la primera industrialización de Europa. Además, Bélgica tenía acceso a un enorme mercado interno en el noroeste de Europa, en Francia, Alemania y Holanda, países que eran relativamente prósperos gracias a la agricultura y las industrias artesanales, pero que todavía no se habían industrializado.

Sin embargo, el centro de la industrialización de la Europa continental fue el arco de tierra que se extendía desde el Ruhr hasta las provincias occidentales del Imperio Austriaco. Aunque los alemanes, austriacos, húngaros y checos eran relativamente prósperos para los estándares mundiales a comienzos del siglo XIX, una serie de cambios ocurridos a partir de la década de 1850, después del trauma de las revoluciones, despertó su potencial productivo. Las cosechas entre 1850-1860 fueron mucho mejores que durante la década anterior. Como parte del movimiento de unificación política, el gobierno alemán, e incluso el austriaco, continuaron eliminando las barreras internas para liberalizar el comercio, mientras su preocupación por la competencia

británica disminuyó. Los cambios globales también fueron importantes. La llegada del oro californiano y australiano impulsó el comercio mundial. Las crisis asiáticas y la Guerra de Secesión americana potenciaron realmente la economía alemana, como también hicieron con la británica. En los treinta años posteriores a 1850, la manufactura textil, la minería y la industria metalúrgica crecieron a un ritmo trepidante. Por ejemplo, el número de empleados en las minas de carbón del Ruhr creció de 13.000 a 51.000 entre 1850 y 1870[14]. Más adelante, entre las décadas de 1880 y 1890, se desarrollaron rápidamente las industrias químicas, eléctricas, ópticas y de herramientas de precisión que siempre se han asociado con la potencia económica alemana. La disponibilidad de depósitos químicos como los de potasio eran un bien importante, pero Alemania también disfrutaba de una mano de obra entrenada y formada. Un flujo continuo de licenciados científicos y de ingenieros dio fe de la modernización de la universidad alemana causada por las necesidades de la guerra y por el rápido crecimiento de las ciencias puras y aplicadas.

También en Francia, la década de 1850 fue clave para la industrialización, y aquí también, el Estado le dio un empujón. Luis Napoleón declaró cínicamente, convirtiendo la espada de Bonaparte en un arado, que «el imperio significa paz... Tenemos enormes tierras sin cultivar, carreteras por construir, puertos por crear, ríos que rehacer, canales que acabar y un sistema ferroviario por completar. Estas son las conquistas que ambiciono y todos vosotros... sois mis soldados»[15].

En Francia fue la zona de Lille la que se pareció a Gran Bretaña y Bélgica, mientras que Lyon capitalizó su artesanía textil de la seda para modernizarla a finales del siglo XIX. La producción textil con seda era una industria fácil de modernizar con una inversión barata en maquinaria. En este caso, el suministro de seda de las colonias francesas del Próximo y el Lejano Oriente demostró la importancia de los vínculos comerciales internacionales de Francia.

Desde la década de 1850 se establecieron núcleos de actividad industrial en otras partes de Europa. El norte de Italia, sobre todo el Piamonte, desarrolló sus propias industrias textiles y metalúrgicas, y se convirtió en el corazón industrial de la nueva Italia. La inversión estatal durante las guerras de unificación fue importante, como también lo fue la existencia de trabajadores artesanos cualificados y de un buen sistema de transportes.

Por el contrario, Rusia se industrializó muy despacio, aunque a partir de 1890 el proceso se aceleró. Entre 1890 y 1900, la producción rusa de hierro en lingotes se incrementó en un 200%, y la red ferroviaria en

un 70%. En muchos aspectos, Rusia es más comparable con China y con los territorios de los imperios coloniales europeos que con Europa occidental. De hecho, en 1900 había más plantas textiles mecanizadas en India que en Rusia. Ésta tenía los problemas del terrible clima, de una deficiente red de transportes, de la falta de inversiones y de unos trabajadores sin formar. Incluso en 1900, la mayoría de los trabajadores fabriles vivían en el campo. Cuando se desarrollaban industrias, como, por ejemplo, las minas de carbón en la zona del Don y la metalurgia en la de Smolensk, necesitaban expertos y directivos extranjeros para montarlas. Esta debilidad en la capacidad industrial fue una de las razones por las que el Imperio Ruso tuvo tantos altibajos militares en los conflictos internacionales del siglo XIX, a pesar de sus enormes recursos humanos y materiales. Perdió la Guerra de Crimea contra Gran Bretaña y Francia, y los japoneses hundieron su flota en 1905.

POBREZA Y CARENCIA DE INDUSTRIA

¿Cuáles fueron los factores que aceleraron o retrasaron la industrialización? La industrialización fue mucho más que la construcción de fábricas. Significó establecer sistemas de dirección y control de la mano de obra cualificada, buscar materias primas y establecer una red de transportes y de mercados. Un régimen de gobierno y de tarifas favorable era clave. Sin embargo, precisamente qué tipo de intervención gubernamental colaboró o retrasó la industrialización sigue siendo una polémica ideológica entre historiadores y economistas. Si dejamos Europa y Norteamérica a un lado y miramos el 15% de producción industrial mundial que aportaron en 1895 los ahora llamados «países en desarrollo»[16], los factores externos y políticos cobran aún más importancia. Gran parte de ese 15% consistía en procesar productos primarios en los regímenes de cultivo comercial o producción minera. Ejemplos típicos fueron las plantas de enlatado de zonas exportadoras de carne, como Australia o Sudamérica, o las de algodón en zonas subtropicales. En un mundo perfecto, estos productores primarios podían avanzar desde estos procesos industriales básicos hasta una industria pesada. Hasta cierto punto esto ocurrió en los dominios británicos y en Sudamérica, donde las plantas de enlatado de carne y fruta complementaban la exportación de estas materias primas. A finales del siglo XVIII, el estatus de productor primario no significaba automáticamente un bajo

nivel de vida. De hecho, según algunos cálculos, hacia 1900, Argentina, un país que producía carne y grano y con relativamente poca industria, tenía una de las rentas per cápita más altas del mundo. Algunas regiones de Brasil se beneficiaron mucho a raíz del incremento internacional del consumo de café y la consiguiente inversión británica en puertos y ferrocarriles, mientras que otras regiones se estancaron debido al crecimiento demográfico. Por el contrario, los políticos de los dominios británicos que visitaban Gran Bretaña comentaban la mala salud, la mala nutrición y los pocos servicios de los trabajadores británicos en comparación con la prodigalidad existente en sus países de destino, aún principalmente agrarios.

Una combinación de circunstancias parece haber condenado a gran parte del mundo en desarrollo a una pobreza relativa. Ser productor agrario empobrecía un país, pero sólo si su política de comercio exterior no protegía la industria local. Por otra parte, tener una amplia mano de obra artesanal y cualificada —como en gran parte del sur y el este de Asia— era una ventaja, pero sólo si el Estado podía y estaba dispuesto a ayudar en la transición. También era importante quién era el dueño de las nuevas empresas y bancos. Si el control de la marina mercante local, de la banca y de los servicios financieros era cosa de emigrantes, el valor añadido obtenido de la participación en el comercio internacional acababa en su mayoría en los bolsillos de los extranjeros. Por último, otros factores internos, como el rápido crecimiento de la población, la relativa inmovilidad de la mano de obra y el deficiente sistema de enseñanza, eran importantes más allá del tipo de régimen externo imperial o semi-imperial.

Quizás México fuera el único país latinoamericano que trató de industrializarse diez años después aproximadamente de su independencia de España en la década de 1820. Hacia 1850, ya tenía una floreciente industria textil, aunque al principio dependía mucho de la financiación gubernamental. Sin embargo, este esfuerzo no se extendió a otras industrias, en parte porque los regímenes exteriores de aranceles no eran favorables, y en parte porque los líderes económicos mexicanos se dejaron influir por la ideología británica del libre mercado y recelaron de la intervención gubernamental[17]. A partir de 1880, una gran inversión extranjera en transporte e infraestructura ayudó a convertir el país en un importante exportador de alimentos y de materias primas antes de 1900. Pero la falta relativa de industrias secundarias dificultó que México mantuviera su alto nivel de vida durante el siglo XX, y tampoco pudo combatir la pobreza de las zonas rurales. Estas circunstancias, y

los conflictos culturales y religiosos, establecieron el marco de las décadas revolucionarias en México a partir de 1911.

El régimen de libre comercio internacional impulsado por Gran Bretaña tuvo, por lo general, un efecto sofocante excepto en las regiones del noroeste de Europa y de Norteamérica, que ya se estaban industrializando con rapidez. Los primeros esfuerzos de empresarios indígenas para montar plantas de manufacturas en el Imperio Otomano, Persia y China por ejemplo, se vieron abortados por el régimen de tarifas que les impusieron las grandes potencias, lideradas por Gran Bretaña, que abogaron inflexiblemente por el libre comercio hasta la década de 1890. La convención otomana de aranceles de 1838, que redujo los impuestos sobre productos manufacturados de importación en todo el imperio, destrozó los esfuerzos de Mehmet Alí para desarrollar industrias secundarias de producción algodonera y militar en Egipto, y también debilitó la industrialización en otras regiones del Imperio[18]. Las importaciones del extranjero aplastaron las industrias domésticas, y la poca capacidad industrial existente en la región en 1895 estaba en manos extranjeras. Un problema especial en Oriente Medio fue la existencia de las capitulaciones —barrios de ciudades reservados para extranjeros europeos residentes que se beneficiaban de códigos legales y de un sistema impositivo especial—. Los empresarios locales se encontraron en una situación de desventaja legal, económica y cultural. El rapidísimo crecimiento de la población en Egipto empeoró la situación. Aunque también hay que decir que el Estado otomano no siempre intervino de manera acertada en el mercado. La burocracia imperial parecía más interesada en recuperar el control sobre los magnates, comerciantes y gremios provinciales, que en impulsar el desarrollo de nuevas herramientas financieras e de iniciativas económicas. Incluso a mediados del siglo XIX, el remozado Estado otomano recelaba de los industriales ricos y trataba de bajarles los humos con impuestos punitivos, o endosándoles contratos de suministro estatal imposibles de cumplir. La mayoría de las empresas comerciales prometedoras se encontraban, por lo tanto, lejos de Estambul, en los Balcanes, en manos de judíos o de los súbditos imperiales cristianos, cada vez más rebeldes.

De todos los sistemas políticos no occidentales, quizás China se asemejara más al Imperio Otomano, aunque Kenneth Pomeranz argumenta que estaba en una posición mucho más fuerte a comienzos del siglo XIX[19]. A pesar de la creencia occidental de que «la mente confuciana» se resistía a la modernidad, China trató de adaptarse a la nueva tecnología militar y naval tras enfrentarse a ella en serio durante las Guerras del Opio.

La aristocracia y los oficiales Qing se opusieron a la industrialización, no porque fueran conservadores implacables en general, sino porque la importación de la tecnología, los métodos y las técnicas europeas suponía una pérdida de autoridad judicial y moral sobre sus ciudadanos. Donde ese control se podía mantener, recibieron la tecnología moderna con los brazos abiertos. En las décadas de 1870 y 1880, el virrey Li Hongzhang trató de reconstruir el poder de China modernizando la costa sur. Construyó arsenales y trató de desarrollar una industria carbonífera moderna. Fundó la Compañía de Marina Mercante china gracias a inversiones privadas y estatales[20]. Los reformadores chinos de 1898 y 1911 querían desarrollar la infraestructura industrial del país, sobre todo dadas las enormes reservas de carbón y hierro del norte, que Japón ya observaba con envidia. Pero China tuvo grandes problemas para hacer crecer su naciente industria. Empresas de expatriados europeos y americanos y, más adelante, japonesas, competían ferozmente. La dependencia de China de los préstamos extranjeros y de sus impuestos marítimos —también recaudados por extranjeros— dificultaba el aumento de los aranceles a las importaciones extranjeras. El sistema de puertos francos, que instaló la jurisdicción de potencias extranjeras



5.2 Exportación de cultivos comerciales, Surabaya, Indias Orientales Holandesas, en la década de 1880.

en las ciudades costeras, otorgaba aún más ventajas a los extranjeros. El gobierno chino no gozaba de la misma independencia financiera que el japonés a la hora de planificar la inversión directa en empresas industriales. Sin embargo, las ataduras externas del desarrollo industrial chino no abortaron del todo el cambio interno. Los historiadores han apuntado la extensión de talleres artesanales, de propiedad privada, que fabricaban seda, algodón, papel, etcétera, sobre todo en la última parte del siglo XIX. Estos negocios eran atendidos por una enorme mano de obra muy proletarizada, contratada inicialmente entre los trabajadores del sistema de transportes interno y entre los campesinos desplazados[21].

Japón siempre ha sido considerado un ejemplo de «sociedad no europea que triunfó», en el sentido de que hacia 1895 su producción industrial representaba más del 1% del total mundial, algo comparable con la producción industrial per cápita de Rusia en el mismo periodo[22]. El éxito relativo de Japón resalta la importancia de que una serie de circunstancias favorables coincidieran para facilitar el crecimiento de un sector económico moderno. Las dotaciones internas, exageradas por los historiadores de la economía de las décadas de 1960 y 1970, se combinaron con un régimen de comercio exterior más benigno, que también exageraron los «teóricos de los sistemas mundiales» de las décadas de 1980 y 1990. Está claro que Japón contaba con una antigua tradición de producción metalúrgica, de hilado de seda y de tintes[23]. Tenía también una mano de obra entrenada, formada, disciplinada y móvil. La población crecía, pero no a un ritmo que absorbiera todos los beneficios del crecimiento. Sus grandes firmas comerciales sabían desde hacía mucho tiempo cómo satisfacer los gustos del consumo local y cómo crear estructuras de mercado. El gobierno japonés, incluso a finales del periodo Tokugawa, había enviado legaciones a Europa y Estados Unidos para recabar nuevas tecnologías militares e industriales. Aunque a veces describamos a sus líderes como «feudales», tenían un fuerte sentido de la lealtad nacional y un instinto muy competitivo frente a Occidente.

Tras la «revolución» de 1868, el nuevo régimen Meiji[24] se encontró en la afortunada situación de disponer de un «fondo para el desarrollo» (esto es, dinero recaudado a los antiguos aristócratas samuráis a cambio de una pensión estatal). Las finanzas estatales chinas y otomanas mermaron con los pagos a magnates locales o al arcaico estandarte manchú y a los ejércitos del estandarte verde[25] por un lado, y por otro a los recaudadores otomanos. En Japón, en cambio, la tradicional autoridad política rural aseguró al nuevo Estado un mayor control de la sociedad.

Los líderes Meiji pudieron impulsar inversiones en astilleros, ferrocarriles y en la industria de municiones. Algunos historiadores mantienen que hubieran hecho mejor dejando estas inversiones en manos privadas, pero esto subestima quizás la fragilidad de los «instintos animales» de estos potenciales inversores antes de 1905. Fue crucial también el impulso de la autoridad, especialmente de los ministros del emperador.

CUADRO 5.1 *Población mundial estimada, 1800-1900 (en millones)*

	1800 (a)	*1800 (b)*	*1850 (a)*	*1850 (b)*	*1900 (a)*	*1900 (b)*
África	90	100	95	100	120	141
Norteamérica	6	6	26	26	81	81
Latinoamérica	19	23	33	33	63	63
Asia	597	595	741	656	915	857
Europa y Rusia	192	193	274	274	423	423
Oceanía	2	2	2	2	6	6
Total	906	919	1.171	1.091	1.608	1.571

(a) Cifras tomadas de A. M. Carr-Saunders, *World Population,* Londres, 1936, pp. 30-45.
(b) Cifras tomadas de W. F. Wilcox, «Population of the world and its modern increase», *Studies in American Demography,* Itaca, Nueva York, 1940, pp. 22-51 y 511-540.
Fuente: A. J. H. Latham, *The Internacional Economy and the Undeveloped World 1865-1914,* Londres, 1978, p. 104.

Aun así, ciertos aspectos de la industrialización relativamente rápida de Japón fueron contingentes, determinados por factores favorables políticos y económicos externos y fuera de su control. Por ejemplo, Japón tuvo suerte en que la demanda mundial de seda se mantuviera alta durante la última parte del siglo XIX. Al introducir pequeños cambios tecnológicos en la producción y procesado de la seda, Japón pudo mantener la balanza comercial externa bajo control. También favorecieron circunstancias diplomáticas externas de carácter fortuito. A diferencia de China, Japón nunca sufrió un ataque total por parte de las potencias imperialistas, exceptuando la apertura de Japón forzada por el comodoro Perry en la década de 1850. La enorme indemnización que recibió de China tras la guerra imperialista de 1895 también ayudó al gobierno japonés a mantener las arcas llenas durante un tiempo. Diez años más adelante, su emergente poderío industrial permitió a Japón aplastar a Rusia. A su vez, esto provocó una serie de inversiones extran-

jeras beneficiosas para la industria japonesa. El interés británico por mantener un aliado que había derrotado a China y a Rusia se combinó con el deseo de las empresas británicas, sobre todo de las escocesas, de exportar técnicas y herramientas. Parece, pues, que el desarrollo japonés se debió a una mezcla fortuita de iniciativas estatales y de la experiencia y la habilidad locales. El ejemplo japonés sugiere que, para explicar la industrialización a nivel global como un fenómeno de cambios intelectuales y políticos, hay que combinar los modelos difusores del cambio con otros que insistan en la importancia de las inversiones y el desarrollo endógenos.

CUADRO 5.2 *Población de algunos países importantes (en millones)*

Año	*Austria**	*Gran Bretaña*	*Francia*	*Alemania*	*EE.UU.*	*Imperio Otomano*	*China*	*Japón*	*India*	*Latinoamérica*
1750	—	7,4 (incluye Escocia)	21,0	18,0	1,59		179,5	26	100	
1800	14,0	10,5 (excluye Irlanda)	27,4	23,0	5,3		295,3			12
1850	17,82 (A); 31,10 (A-H)	20,8 (excluye Irlanda)	35,8	33,4	23,26	36	429,9		206,2 (1872)	
1900	26,15	37 (excluye Irlanda)	38,5	56,4	76,09			44	294,3 (1901)	

*Austria = Austria-Hungría (A-H) 1760-1860, y Austria (A) 1830-1910).
Fuentes: Austria y EE.UU., de Mann, *Sources of Social Power*, vol. 2, y de Colin McEvedy y Richard Jones, *Atlas of World Population History*, Harmondsworth, 1978; Gran Bretaña, Francia y Alemania, de Cook y Waller, *Longman Handbook*. China, de Ping-ti Ho, *Ladder of Success*. Japón, de J. D. Durand, *Historical Estimates of World Population*, Filadelfia, 1974. India, del mismo y de *Census of India*, 1872, 1901. Imperio Otomano, de Davison, *Reform in the Ottoman Empire*.

En el mundo colonial, la situación estuvo marcada por un desarrollo industrial muy lento porque las potencias coloniales no querían fomentar la competencia a sus productores industriales nacionales. Los gobiernos coloniales británico, holandés y francés impusieron unos aran-

celes muy leves a los productos importados, tarifas insuficientes para proteger las nacientes industrias de estos países. No obstante, sí hubo algo de crecimiento. La primera actividad industrial a largo plazo de la India fue, obviamente, la producción en la zona de Calcuta de armones de artillería y de acero para uso militar a instancias del ejército colonial. La necesidad de proveerse localmente se contraponía a los recelos de que la tecnología militar cayera en manos de indios disidentes o, al principio, de rebeldes europeos. Dada la enorme demanda textil potencial de la India, no sorprende que empresarios tanto británicos como indios abrieran fábricas textiles incluso con aranceles externos hostiles. En 1895, India tenía un número considerable de telares mecanizados concentrados en las ciudades de Bombay y Ahmedabad. Bengala tenía una gran industria de procesado de yute, si bien de propiedad extranjera[26]. Los empresarios indios habían empezado a invertir en industria ya en la década de 1850, y pudieron abrirse un hueco en el mercado de textiles baratos de producción masiva, donde la competencia británica era menor. Aunque el argumento sea algo vago, parece ser que la cultura de fiabilidad comercial y de cooperación entre las familias de comerciantes tradicionales del oeste y el sur de India favoreció a los nuevos empresarios industriales del país. Los empresarios británicos también invirtieron en la producción textil barata y de baja calidad para sacar beneficios rápidos[27]. A pesar de la negligencia colonial, India entró en el siglo XX con alguna industria viable. El problema radicó en que tuvo poco efecto sobre la enorme herencia de pobreza rural.

Una de las aseveraciones clave de los nacionalistas coloniales fue que la importación de productos manufacturados en Europa y América devastó la industria artesanal indígena. En 1800, estas industrias seguían produciendo importantes materias primas para el mercado internacional, a la vez que dominaban el mercado local. No hay duda de que el crecimiento industrial europeo concentró la producción en Occidente y redujo la producción artesanal no europea a un estatus marginal tanto en el mercado europeo como en el mundial. Pero no debemos descartar del todo la producción textil artesanal indígena. Como en Europa, la industria artesanal se adaptó hasta cierto punto a la mecanización, y aprovechó algunas innovaciones tecnológicas de bajo nivel. Comunidades de tejedores semimodernizados y otras comunidades de artesanos siguieron teniendo importancia social en la mayor parte del mundo incluso mucho tiempo después de la industrialización. Algunas han sobrevivido y florecen en esta era postindustrial de producción casera a pequeña escala. Los historiadores económicos se han

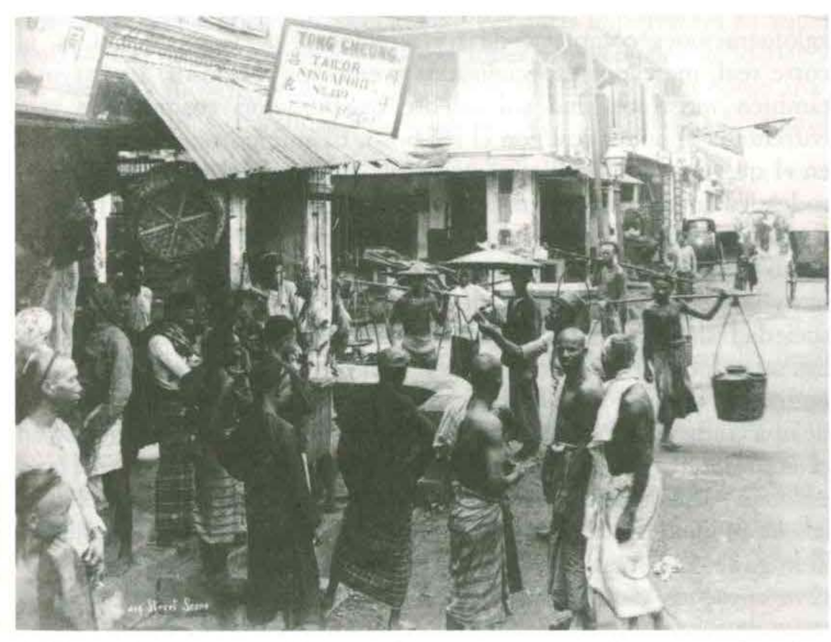
puesto de acuerdo en que no fue absolutamente necesario para las sociedades industriales la concentración en enormes fábricas. Como hemos visto, había ejemplos de industrias artesanales dispersas, como las industrias tejedoras de seda en Lyon y Japón, que se modernizaron sin una gran concentración de fábricas. Se trataba más de mantener disciplinada la mano de obra que de productividad en sí misma. Si éste es el caso, de nuevo el contraste entre la producción «atrasada» artesanal de África, Asia y el sur de Europa y la producción «avanzada» de las fábricas del norte de Europa y de Norteamérica parece difuminarse. Las enormes disparidades de niveles de vida que eran obvias a finales del siglo XIX se debían más a los regímenes externos que controlaban el dinero y la fuerza militar que al relativo progreso técnico. El estilo de vida industrial tenía más que ver con el deseo de los ricos de controlar a los pobres que con la eficacia productiva en sí.

Por tanto, los historiadores han llegado a argumentar que la producción masiva en fábricas no representa una «fase» esencial del desarrollo de la sociedad humana. Ahora la industrialización, igual que el dominio occidental, se define como un proceso más lento y fragmentario que hace unas generaciones. También sus efectos sociales urbanísticos y el desarrollo de políticas basadas en las diferencias de clase se ven con mayor escepticismo. Es difícil encontrar un equilibrio. Está claro que en el pasado se veía la fuerza del nacionalismo, el urbanismo y la industrialización como algo monolítico e inevitable. Su capacidad para transformar pequeñas comunidades también se exageraba, y su origen se databa demasiado pronto. El resultado ha sido insistir demasiado en el estancamiento del viejo orden y en el dinamismo de la «era de la industria y el imperio». Este libro mantiene que sí hubo cambios rápidos y reales, sobre todo en los últimos diez o veinte años del siglo XIX y en la primera década del XX. Los diferentes sistemas jerárquicos y locales, muchos de ellos supervivientes modificados del viejo orden, supieron, de forma sorprendente, asumir estos cambios.

LAS CIUDADES COMO CENTROS PRODUCTIVOS, DE CONSUMO Y POLÍTICOS

El término «urbanización» describe un proceso. Se usa para referirse al incremento porcentual de la población que vive en ciudades con más de 10.000 habitantes, pero también se refiere a un cambio cultural que implica el dominio de los valores urbanos sobre los rurales. En el primer

sentido de la palabra, el ritmo de urbanización se incrementó mucho durante el siglo XIX, aunque lo hizo de forma muy desigual. En Norteamérica, el África subsahariana y la región del Pacífico, donde las ciudades habían sido pequeñas o no habían existido hasta la colonización blanca, el proceso fue rápido. En las grandes sociedades agrarias de China, India y Oriente Medio, donde la población general crecía a un ritmo alto durante el siglo XIX, el porcentaje de habitantes de las áreas urbanas sólo se incrementó un poco. Sí es cierto que aparecieron nuevos tipos de ciudad comercial y semi-industrializada, pero su crecimiento se compensó con el declive de antiguos centros de población. Sin embargo, en el segundo sentido, los efectos de la urbanización fueron profundos y tuvieron un alcance que sobrepasó lo meramente económico. Las ciudades más grandes impulsaron un nuevo tipo de relación social y aceleraron la circulación de la información. La «cultura asociativa», típica de la clase media urbana de finales del siglo XVIII, arraigó entre clases sociales más bajas y en las mujeres. Esta sección analizará el cambio de la ciudad a nivel global, también los cambios culturales y políticos que arrastraron consigo la urbanización y la producción industrial urbana.



5.3 Trabajadores indios y chinos charlan en una de las recién construidas calles de viviendas-comercios de Singapur, *c.* 1890.

En 1780, el patrón básico de la organización espacial, las funciones y la cultura ciudadanas era parecido al del comienzo de la gran expansión económica global del siglo XVI y del desarrollo simultáneo de estados enormes e imponentes. Muchas ciudades eran emporios portuarios o moles de interior dominados por comunidades de mercaderes ricos y por terratenientes del interior. Otras ciudades eran centros del poder político, la mayoría fundadas en la antigüedad, y ahora mucho más grandes debido a la expansión de la vida de la corte real y los inicios de su burocracia. Algunas ciudades del noroeste de Europa y de Asia oriental, sobre todo Londres, Ámsterdam y, posiblemente, Edo, habían engendrado nuevos tipos de entidades financieras —bolsa, banco nacional, aseguradoras— durante los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, todas estaban cortadas por el mismo patrón. En 1600, aproximadamente un 9% de la población mundial vivía en las ciudades. Hacia 1800, la cifra podría rondar el 12%, aunque el ritmo de crecimiento aún era lento. Gran Bretaña fue uno de los pocos países en el que el crecimiento de la población urbana fue más rápido que el de la población total, incluso en las tres primeras décadas del siglo XIX.

En el siglo XVIII, la mayoría de los centros de poder del interior eran aglomeraciones complejas de fortificaciones, casas aristocráticas, la corte real, mercados especializados y edificios religiosos. La mayoría también mostraba una subyacente organización cosmológica que enfrentaba el poder real con el religioso. El antiguo esquema cristiano en el que la iglesia-basílica se construía enfrente del palacio-fortaleza, rodeados ambos de las mansiones de la nobleza y caminos de peregrinación, se había exportado a Centro y Sudamérica, e incluso a lugares como Goa, Malaca y Macao, en Oriente. La mezquita, el palacio del sultán y la medina (plaza de la ciudad) formaban un trío parecido en la sociedad islámica. En las ciudades indias o de influencia india, las familias sacerdotales de los brahmanes tenían prioridad residencial, y vivían en barrios «puros» alrededor del templo. En China, la idea tradicional de una ciudad como «eje de cuatro cuadrantes», se mantenía incluso en el enorme área territorial de Beijing. La mayoría de los aristócratas pasaban parte del año en la corte y el resto en sus ancestrales sedes rurales, un modelo institucionalizado por el sistema *sankin-kotai* del Japón Tokugawa. El gobernante japonés, el sogún, igual que sus contemporáneos europeos y otomanos, tenía controlados a los grandes nobles si parte de sus familias y posesiones estaban cerca de la corte. La vida en la corte y estar cerca del centro de poder tenían su propio atractivo. En París, los *hôtels*, en el sentido original de gran casa urbana, eran los

palacios metropolitanos de las élites regionales. En Londres empezaron a aparecer clubes para la diversión y ocupación de los jóvenes aristócratas en la ciudad. En las ciudades chinas o de influencia china, la vida social urbana se estructuraba en torno a los gremios o asociaciones de personas que provenían de la misma región.

La población urbana del sur de Asia, el sudeste asiático y África seguía siendo bastante móvil, y grandes grupos de soldados, sirvientes, y sus familias, seguían al gobernante en sus visitas y campañas por sus territorios. En India, el campamento móvil mogol, llegó a tener en ocasiones la mitad de la población de Delhi, la capital, que en proporción tenía una población reducida. Muchas ciudades presentaban claras características rurales, sobre todo en las afueras donde las familias campesinas mantenían fuertes vínculos con las aldeas que les abastecían de comida y esposos/esposas. En tiempos de calamidad o de guerra, gran parte de la población de las ciudades se retiraba al campo. En estas ciudades, como en los emporios portuarios y los centros de almacenaje del interior, la pequeña producción artesanal siguió siendo importante. Los maestros artesanos, financiados por los comerciantes locales, usaban productos domésticos y, de hecho, eran personas importantes en aquel ámbito. Por medio de gremios y asociaciones profesionales, ayudaban a los pobres y subvencionaban instituciones religiosas locales como abadías o conventos, comunas sufíes, monasterios budistas u hospicios para gurús.

EL IMPACTO URBANO DE LA CRISIS GLOBAL, 1780-1820

La primera gran ruptura con estas formas de ciudad tradicionales llegó no tanto con la industrialización sino con las guerras revolucionarias y la expansión imperial europea entre 1776 y 1815. Algunas de las grandes ciudades del viejo orden se vieron reducidas. Otras siguieron creciendo lentamente, pero vieron cómo se limitaba su primacía cultural y política. A un nivel más profundo, la expansión del comercio global y de la industrialización enriqueció gradualmente a las ciudades comerciales y creó nuevas conglomerados de clase trabajadora. Estas «nuevas» ciudades desarrollaron su propia forma de vida cultural y social, que era más conscientemente moderna que la de los centros de población antiguos. Aquí el crecimiento económico impulsó la rápida

urbanización y creó ciudades divididas por clase social además de por estatus.

En la mayor parte de Europa occidental, las ciudades sufrieron durante las guerras revolucionarias, pero siguieron creciendo. Lo más impactante fueron los conflictos políticos e ideológicos sobre el uso de los espacios. En París, grandes áreas de residencias reales y aristocráticas, entre las que destacaban el Louvre, el Palacio Real y la plaza des Vosges, se convirtieron en espacios públicos, museos y casas de vecinos durante la Revolución y el Imperio. Las tumbas reales de la iglesia de Saint Denys fueron profanadas. Algo parecido ocurrió con los palacios ducales y las capillas del norte de Italia y de zonas de Alemania. En la América española, los nuevos líderes políticos criollos ocuparon los palacios reales y se proclamaron presidentes y gobernadores de las nuevas repúblicas a partir de 1820. Está claro que la época revolucionaria abrió más espacios urbanos al público burgués. A su vez, la experiencia de la guerra y la revolución impulsó un lento proceso por el cual las élites trataron de alejarse de las zonas pobres y, a la vez, de controlarlas más efectivamente. En otros aspectos, la época revolucionaria abrió el uso del espacio urbano.

En algunas partes de Asia y África, el cambio fue más abrupto. Las grandes ciudades mogoles —Delhi, Agra y Murshidabad, en Bengala— ya estaban en decadencia antes del desmoronamiento del imperio, y la huida de la nobleza las redujo a meras sombras de lo que habían sido[28]. Esto pasó también en Irán y Java, donde el declive imperial y las invasiones extranjeras sumieron en la decadencia a otras antiguas ciudades. Las luchas entre los sultanes y los magnates regionales dañaron algunos de los grandes centros urbanos de Oriente Medio. Las ciudades persas de Isfahan, Qom y Shiraz, hogares de fábula de los grandes sabios coránicos y de la poesía de Saadi, cayeron en el abandono ante el crecimiento de la nueva capital, Teherán, creada al modo de una capital provincial rusa. Durante un siglo, El Cairo perdió importancia ante la típica metrópolis mediterránea de Alejandría durante más de un siglo, aunque siguió creciendo lentamente y mantuvo su estatus de centro religioso y real. Alejandría se convirtió en la sede de una oligarquía comercial adinerada, medio egipcia y medio europea. Su cultura urbana en desarrollo reflejaba más influencias «europeas» que «islámicas».

Una amenaza más sutil y poderosa a la integridad de estas ciudades antiguas fue la dirección que tomó el desarrollo económico general. Incluso antes de la industrialización, el gran crecimiento comercial comenzaba a otorgar grandes ventajas a los nuevos centros económicos.

El mundo atlántico fue testigo del rápido crecimiento de Nantes, Bristol, Glasgow, Burdeos y Boston. En el Mediterráneo crecieron mucho Beirut y Alejandría. En el océano Índico y los mares de China, Bombay, Calcuta, Madrás, Shangai, Singapur y, más adelante, Hong Kong, Tianjin o Tientsin, Darien y Port Arthur desafiaron el predominio cultural de las ciudades más antiguas del interior y se convirtieron en las sedes de las nuevas ideas y los nuevos estilos mucho antes de que se impusiera el gobierno colonial directo. Los cánones de la sobriedad burguesa establecidos en Boston y Nueva York fueron el modelo social de la nueva república. En Gran Bretaña, la aristocracia y los terratenientes no sólo sobrevivieron sino que florecieron durante el siglo XIX. Pero aquí, como en otras partes del norte de Europa, la ciudad burguesa empezó a cobrar importancia cultural y política. El movimiento antiesclavista de Gran Bretaña y Francia estaba directamente vinculado al auge de nuevos centros de comercio como Liverpool y Nantes. Las exigencias de reforma constitucional en Gran Bretaña también provinieron predominantemente de estas zonas.

En las zonas costeras de África y Asia, el comercio, ya en expansión antes de la industrialización, había creado una clase comercial adinerada que recreó las independientes ciudades-estado del pasado, incluso dentro de un ámbito colonial o semicolonial. Manila y Batavia, centros surasiáticos español y holandés, respectivamente, emergieron como nuevas ciudades híbridas. Las fuerzas navales europeas con base en ellas obligaban o atraían a los comerciantes locales a comerciar en estos puertos. En la generación que fue desde 1770 a 1800, Calcuta, Madrás y Bombay sobrepasaron en tamaño incluso los centros políticos más grandes del interior sudasiático. Sus príncipes mercantiles construyeron palacios e inventaron un nuevo estilo de culto público hinduista y una nueva forma de ostentación aristocrática híbrida. Fueron estos *bhadralog* o alta burguesía, como sus coetáneos de Liverpool, Cork y Boston, quienes demandaron por primera vez algún tipo limitado de representatividad política indígena. También pidieron que los poderes coloniales y los misioneros dejaran en paz sus costumbres religiosas. Estos poderosos magnates comerciales tuvieron sus equivalentes en todos los grandes puertos: Singapur, Cantón, Aden, Alejandría y Beirut. Los centros de comunicación del interior, dominados todavía por los terratenientes, también crearon una clase media comercial y política, ávida de información política y económica, y que se adaptó con presteza a la imprenta, el ferrocarril y el telégrafo eléctrico. Manaos, en el Amazonas, Chongqing o Chungking en el río Yangtsé, y Kanpur en el río Yamuna o

Jumna fueron ejemplos de lo que podríamos denominar «ciudades portuarias del interior». También participaban de la nueva vida moderna que se había extendido por las ciudades costeras.

Las ciudades en las que predominaba el sector industrial tardaron en desarrollarse, como ya sugerimos en la sección anterior. Esto se debió en parte a que la industrialización tardó en llegar, y en parte a que la mayor parte de la primera industrialización comenzó en los «enclaves verdes», alrededor de las minas de carbón o en las cabeceras ferroviarias. Manchester, Birmingham, Lieja y Essen comenzaron a destacar en la década de 1850. Durante la década siguiente brotaron con gran rapidez ciudades mineras y fabriles en Estados Unidos y partes de Europa. La fiebre del oro y de los diamantes crearon ciudades como Melbourne, San Francisco y Kimberley. En la década de 1860, en la India occidental se construyeron fábricas de algodón, y en el este indio, plantas de procesamiento de yute, con empresarios indios que empezaban a reclamar protección ante las importaciones textiles británicas. Entre 1870 y 1900, el ritmo de urbanización mundial se aceleró bastante, con un incremento que fue desde el 12 al 20%. En ese mismo periodo, la clase trabajadora industrial se incrementó de 15 a 50 millones.

El cambio fue particularmente asombroso en el África subsahariana y en Australia. Ya habían existido grandes ciudades comerciales tradicionalmente en el norte de Nigeria, y se recordaba la existencia de grandes centros reales en Ghana y Zimbabue antes del siglo XIX. Las costas suajili y guineanas tenían ciudades-estado que comerciaban con esclavos. Pero en la zona que se convirtió en la Unión Sudafricana, la población urbana creció de un 7% a un 25% del total entre 1865 y 1904, al establecerse grandes asentamientos mineros y enclaves de intercambio agrarios. Ciudad de El Cabo, Durban y Kimberley adelantaron de repente a las ciudades costeras del oeste y el este de África como las más grandes al sur del Sahara. Un *boom* urbano similar ya había comenzado en Australia. En 1871, los treinta y seis pueblos de minas de oro de Victoria tenían una población total de 146.000 habitantes, aunque muchos cayeron en declive más tarde[29]. En Australasia, algunos asentamientos maoríes tenían características urbanas, pero la ciudad era una importación puramente europea, en mayor medida aún que en el sur y el este de África.

LAS RAZAS Y LAS CLASES SOCIALES EN LAS NUEVAS CIUDADES

Estas ciudades fueron testigo de un cambio social y económico que, si bien no tan profundo como lo que aseveran aquellos socialistas y sociólogos que sólo ven alienación y anomia, fue intenso en cualquier caso. Las estructuras familiares cambiaron con la urbanización, aunque este cambio también se ha exagerado en el pasado. En muchas partes del mundo, la gran familia extensa del pasado se fragmentó en unidades más pequeñas, aunque la gente seguía en contacto con sus parientes rurales por razones de seguridad y matrimoniales. Hacia 1900, la mayoría de la inmigración interna de Gran Bretaña y Bélgica era de ciudad en ciudad, más que del campo a la ciudad. Se desarrolló la urbanización masiva y barata, a menudo con viviendas que carecían de alcantarillado y agua corriente. Las incomodidades de la nueva vida urbana se agudizaron para los pobres a causa de la polución industrial, las largas jornadas laborales y la falta de servicios médicos. Aunque muy pocos historiadores niegan que se abriera un abismo entre el nivel de vida de ricos y pobres, hay un feroz debate acerca de las condiciones de vida de la clase trabajadora en Europa y Norteamérica. Los últimos estudios tienden de nuevo hacia el pesimismo: la esperanza de vida, la nutrición y la salud decrecieron durante la primera fase de la industrialización, incluso aunque la gente tenía acceso a más productos. La tasa de mortalidad variaba mucho entre las clases sociales. Por ejemplo, un estudio sobre Berlín entre 1855 y 1860 muestra que la clase profesional llegaba, como media de vida, a los cincuenta y cuatro años, mientras que los trabajadores industriales sólo a los cuarenta y dos[30]. La situación era mucho peor en el mundo extraeuropeo. Las distinciones universales entre ricos y pobres se vieron complicadas con la rápida aparición de una desigualdad entre el «Norte» rico y el «Sur» pobre, que ha perdurado hasta hoy. En gran medida, estas crecientes diferencias reflejaban las condiciones adversas del comercio entre Europa y Norteamérica, que generaban productos de avanzada tecnología, y Asia y África, que producían principalmente materias primas agrarias y minerales, cuyo valor añadido en el comercio mundial era menor.

Las fuerzas institucionales, sin embargo, eran igual de importantes. Fuera de Europa, en las zonas donde los trabajadores indígenas tenían menos influencia con sus jefes extranjeros o criollos, la situación de los obreros se deterioró rápidamente en las ciudades, y su situación económica se hizo aún más dura que la de los campesinos. La concentración de la población en las nuevas ciudades la hacía particularmente vulnerable a las enfermedades. Las muertes por malnutrición se mantuvieron

tenazmente altas, año tras año, porque la población de las ciudades no tenía fácil acceso a redes sociales que las abastecieran de alimentos, como sí ocurría en el mundo rural menos en los más excepcionales años de hambruna. Los trabajadores urbanos temporales de las sociedades coloniales y semicoloniales padecían una carencia estructural del derecho a comida, bienes y servicios. La esperanza media de vida entre los pobres de ciudades coloniales como Shangai, Bombay o Batavia era tan baja como los veintiocho años, más baja incluso que la de los campesinos en el campo circundante.

CUADRO 5.3 *Población de algunas ciudades importantes (en miles)*

Año	*Berlín*	*Bombay*	*Calcuta*	*Edimburgo*	*Londres*	*Nueva York*	*Sidney*	*Edo/Tokio*
1800	172	—	—	83	1.117	60,5	—	1.200
1850	419	644,4 (1872)	633 (1872)	194	2.685	515,5	54	500 (1863)
1900	1.889	776 (1901)	847,8 (1901)	394	6.586	3.437	500	1.750 (1908)

El número y la pobreza de la clase trabajadora urbana a partir de 1870 preocupaban a la clase media y a las autoridades de las ciudades. Pánicos a causa del sindicalismo sedicioso, el crimen, la mendicidad y la violencia convulsionaba a la mayoría de las sociedades urbanas periódicamente[31]. Las ciudades coloniales europeas encarcelaban a un alto porcentaje de la población masculina joven y urbana, una práctica inicialmente aplicada a los presos políticos importantes. Se extendía el miedo al «crimen», pero se encarcelaba a cualquiera, desde drogadictos hasta místicos religiosos, o indígenas tribales sin voz que vagaban por la ciudad; todos podían acabar encerrados en imponentes cárceles neoclásicas o neogóticas. En las décadas de 1840 y 1850, Francia y Gran Bretaña introdujeron medidas policiales urbanas más rigurosas, centradas en los «barrios bajos» o *bidonvilles,* zonas pobres donde supuestamente anidaba el crimen. El control policial era sorprendentemente alto. Durante las revueltas cartistas de 1848 en Gran Bretaña, sólo en el centro de Londres se desplegaron 20.000 policías. Las personas de otra religión o lengua que emigraban a una ciudad eran objeto de las suspicacias de la clase acomodada, pero también de la turba urbana. En Gran Bretaña, la costa este de Estados Unidos y las colonias británicas, los millones de inmigrantes católicos irlandeses que abandonaron su

país tras la hambruna de 1848 eran especialmente sospechosos de ser criminales, de portar enfermedades y, más adelante, con el surgir del movimiento nacionalista feniano, de sedición política. En Alemania y Austria, los inmigrantes eslavos de las tierras colindantes al sur y al este eran igualmente sospechosos. Aunque las familias de comerciantes judíos de la mayoría de las ciudades europeas fueron víctimas del odio, sobre todo en Centroeuropa, en Rusia y Austria acosaban a los judíos urbanos pobres. Aquí, el antisemitismo político se volvió especialmente cruento en la década de 1890. En Rusia, la humillación por la derrota contra Japón entre 1904-1905 dio rienda suelta a la policía secreta y a la turba conservadora para atacar las casas y comercios de los judíos. Era fácil retratar a los judíos como antinacionalistas. También hubo algún ataque a los judíos de las ciudades norteamericanas.

Al igual que la emancipación legal formal no mejoró la situación de los judíos pobres en las ciudades europeas, los pocos negros que habitaban las ciudades de Estados Unidos estaban excluidos de los servicios urbanos, los puestos de trabajo e, incluso, de las iglesias de blancos. Entre las décadas de 1880 y 1890, un breve periodo que parecía prometer una democracia interracial fue sustituido por un sistema de exclusión racial mucho más sutil que la esclavitud[32]. Aquí, como en Sudáfrica, la enérgica clase media-baja y la clase trabajadora blanca actuaron en concierto con las élites urbanas para crear sistemas informales de segregación racial en las ciudades en crecimiento. Las leyes contra el vagabundeo se utilizaron para criminalizar, encarcelar y segregar a los negros en los pueblos mineros de Sudáfrica, a los aborígenes en Australia, a los maoríes en Nueva Zelanda y a los amerindios en todo el Nuevo Mundo. De hecho, las décadas de 1880 y 1890 parecen haber sido un tiempo en el que la conciencia racial y la segregación por motivos de raza invadieron las sociedades de casi todo el mundo. Está claro que las ideologías de las élites sobre la guerra entre razas y la eugenesia fueron causas importantes, pero estas ideas prevalecieron porque se podían poner en práctica en las nuevas ciudades. Al atraer no sólo a la clase media sino también a la clase trabajadora, recelosa y protectora de su medio de vida, se promulgaron como leyes y como programas políticos.

De igual manera parece que las divisiones de clase social se politizaron. Esto no significa que la guerra de clases estuviera al caer, sino que los gobiernos, la clase media y la clase trabajadora eran más conscientes de «el problema laboral». En las sociedades del viejo orden, la clasificación social de la gente era un proceso basado, por lo general, en

sus prácticas físicas. Pero en las ciudades de finales del siglo XIX había competencia entre la clase media y la trabajadora para ocupar espacio. Esto ocurrió demasiado tarde. Las protestas públicas y demandas de derechos que acompañaron a las revoluciones y a la agitación constitucional de comienzos del siglo XIX parecen haber sido impulsadas por un amplio conglomerado de personas descontentas: artesanos, pequeños comerciantes, jornaleros urbanos, oficinistas insignificantes, etcétera. A partir de la década de 1880, sin embargo, muchos centros urbanos empezaron a ser testigos del activismo político local de las clases trabajadoras, con manifestaciones, concentraciones y mítines en sitios públicos como parques y bares. Por lo tanto, la política de clases se convirtió en algo medible y observable, que salía continuamente en los periódicos. La clase baja, como las etnias subordinadas, empezó cada vez más a ser sospechosa de ser criminal o portadora de enfermedades.

LA POLÍTICA DE LA CLASE TRABAJADORA

Sin embargo, ¿hasta qué punto se puede decir que la clase trabajadora industrial más radical fue un agente activo en la nueva política industrial y urbana o hasta qué punto fue una mera «representación» ingeniada por las clases medias y la administración? A comienzos del siglo XX, los activistas radicales y los pensadores socialistas ya habían elaborado un mito de desarrollo social en el que la clase trabajadora del mundo era la precursora de un nuevo tipo de ser humano. El proletariado de todo el mundo estaba tomando conciencia de clase, pensaban. Como prueba de ello señalaban la expansión de los sindicatos y, en Francia, de las pequeñas asociaciones de trabajadores. La mayoría de los historiadores sociales siguieron esta línea hasta la década de 1970. El debate se centraba en por qué la revolución o la actividad radical industrial no alcanzaron las cotas que debieron alcanzar. Los historiadores del trabajo británicos argüían que una aristocracia trabajadora había sido «embaucada» por el estilo de vida de la clase media y los valores políticos liberales. Para el caso de Estados Unidos, señalaban las diferencias «étnicas» de los inmigrantes, mientras que los historiadores de las sociedades principalmente agrarias de India, China y Japón creían que los trabajadores de estos países aún mantenían una «mentalidad campesina».

Los estudios recientes nos ofrecen unas explicaciones más sutiles sobre la naturaleza del comportamiento político de la clase trabajadora. Los historiadores del trabajo de hoy suelen argumentar que el grado de actividad política de la clase trabajadora en distintas partes del mundo estaba mucho más determinado por el tipo de industria y las condiciones de vida urbanas, que por unos rasgos genéricos de «concienciación», ya fuera ésta social, étnica o campesina. El brote de huelgas que llegaron con el nuevo siglo fue más bien el resultado de los ciclos de la economía mundial, que en ese momento obligaban a los empresarios a bajar los sueldos coincidiendo con un periodo inflacionario. La serie de huelgas no se debió, pues, a un cambio social generalizado, ni a una tendencia revolucionaria. Al igual que el nacionalismo fue el resultado, más que la causa, de las guerras europeas, la concienciación social de los trabajadores fue el resultado de las revoluciones y no su causa. Las revoluciones tenían orígenes militares y políticos inmediatos, no eran consecuencia de cambios inexorables y uniformes de la relación entre las clases sociales. Esta forma de pensar permite a los historiadores dar importancia al surgimiento de la clase obrera urbana y a los nuevos tipos de relación social entre clases que caracterizaron el mundo urbano de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Sin embargo, también les libera del supuesto de que las historias de clase obrera del siglo XIX muestran inexorablemente el crecimiento de una unificada conciencia de clase que finalmente explosionó en forma de revolución.

Las sociedades industriales más desarrolladas —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Alemania— fueron escenario de conflictos laborales que reflejaban el nuevo poder de los trabajadores especializados, sobre todo en las industrias tecnológicas como la telegráfica, la naval y la química. La industria minera del carbón, sobre todo en Francia, fue testigo de «acciones industriales» a gran escala durante este periodo. Muchos contemporáneos, además de los historiadores posteriores, pensaban que eran el preludio de la revolución. Pero, en realidad, lo que ocurría era que los trabajadores más o menos bien pagados trataban de asegurarse algunos de los beneficios de la rápida expansión económica que siguió a la depresión de las décadas de 1870 y 1880. Prevalecía un sentimiento de cambio político tras el auge electoral de los partidos Liberal, Demócrata, Progresista, Radical y Socialdemócrata, en estos países, y esto aceleró el ritmo de las negociaciones laborales. Por lo general, el derecho a la huelga había sido legalizado. A pesar del considerable aumento del número de huelgas en las economías industriales avanzadas entre 1905 y 1914, es difícil decir que estas sociedades

estuvieran al borde de un conflicto de clases a gran escala en 1914. Al contrario, tantas huelgas parecen indicar que el radicalismo se había domesticado y neutralizado. Sólo el haber vivido la experiencia de guerra mundial pudo redefinir la situación después de 1914.

Dado que los activistas e intelectuales de la clase obrera de todo el mundo leían traducciones de Marx, Lenin, Bakunin, Proudhon y a otros pensadores radicales, está claro que los movimientos industriales estaban conectados. Pero, en cada contexto, respondían a condiciones diferentes. La Revolución Rusa de 1905 no fue ante todo una revolución obrera, ni siquiera campesina. Más bien, la crisis general entre la sociedad y el Estado en las ciudades de Rusia había impulsado a los trabajadores a expresar sus prolongadas quejas sobre las condiciones y seguridad del puesto de trabajo en las infracapitalizadas y primitivas industrias. A partir de la década de 1890 se produjo una creciente oleada de huelgas industriales. Se trataba de huelgas de estudiantes y del congreso de autoridades locales radicales *(zemstvos)* que desataron la revolución en el invierno de 1904-1905. La legitimidad de la autocracia había sufrido un varapalo letal al perder la guerra contra Japón. Pero la clase obrera sólo se involucró tras la masacre de trabajadores desarmados ocurrida en San Petersburgo el 9 de enero de 1905. Estos obreros no eran, en un principio, revolucionarios radicales; de hecho, venían organizados por un sacerdote. Su mensaje era de reforma moral, no de guerra de clases, y su deseo era crear un sindicato leal al régimen para evitar las doctrinas socialistas[33]. A lo largo de la primavera y el verano de 1905, cerca de medio millón de trabajadores de diversas industrias rusas hicieron huelga. Reivindicaban principalmente mejoras en las condiciones laborales y parece que las protestas fueron desorganizadas y adventicias, un intento de aprovecharse de la debilidad del Estado y un movimiento que buscaba obtener representación en la Duma. Aunque representantes de los trabajadores acudieron al efímero sóviet de San Petersburgo en el otoño de 1905, éste fue organizado más bien por políticos radicales urbanos que poco tenían que ver con los sindicatos emergentes. A partir de 1905, el aumento y posterior disminución de las huelgas de los trabajadores industriales rusos se debió al hecho de que los sindicatos habían sido legalizados. A primera vista, no dan prueba alguna de un incremento de la militancia entre los trabajadores dirigida a fines políticos.

Las contemporáneas huelgas de Bombay fueron provocadas por el encarcelamiento por parte de los británicos del líder congresista radical

Bal Gangadhar Tilak y se alimentaron del resentimiento arraigado entre los trabajadores textiles de la ciudad. Estas personas no hacían la huelga porque fueran campesinos disfrazados que creyeran en el simbolismo religioso del partido de Tilak. Tampoco la hacían movidas por una nueva y homogénea ideología de clase. Estaban muy fragmentados entre ellos en cuanto a estatus, orígenes y oficios. Parece ser que lo que explica el estallido fue el generalizado intento de los administradores, tanto indios como británicos, al intentar mantener bajos los sueldos y las prestaciones sociales en un momento en el que el coste de la vivienda y de la comida aumentaba[34]. En general, como ocurrió en Europa, las huelgas mejor organizadas de China, África y Oriente Medio hasta 1914 fueron las surgidas entre los trabajadores privilegiados. Éstos eran en su mayoría expatriados europeos: hombres que trabajaban en las oficinas de telégrafos de los puertos, en los ferrocarriles y en los tranvías en lugares como Shangai, Ciudad de El Cabo y Port Said. Los conflictos laborales fueron especialmente violentos en Sudamérica. En 1906, las autoridades chilenas sofocaron una huelga en la ciudad costera de Antofagasta matando a centenares de personas. Sólo en 1907, hubo 231 huelgas en Buenos Aires[35]. Los trabajadores involucrados buscaban progresar; como sus contemporáneos europeos, no eran los precursores de la revolución social.

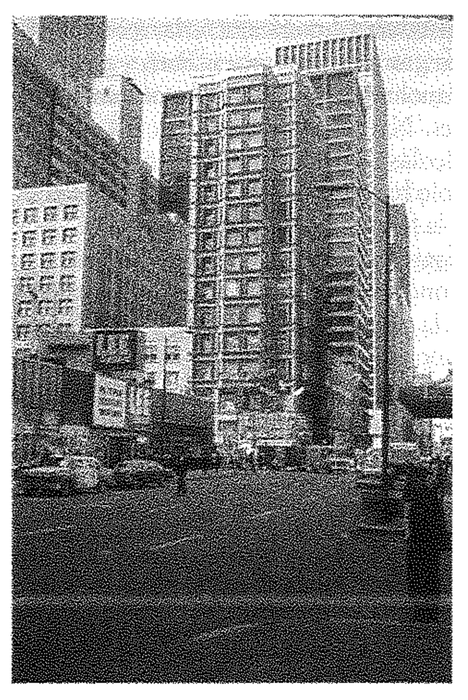
Mientras que la urbanización cambió estilos de vida y proyectó las diferencias de clase social en un ámbito político, no parece que los trabajadores urbanos se sintieran demasiado alienados a comienzos del siglo XX. Tampoco querían privar al mundo de la propiedad privada. Las ciudades eran importantes sobre todo porque servían como escenario a la política de las relaciones industriales y permitían a la gente adoptar nuevas formas de pensar y actuar políticamente. Las ciudades eran como grandes escenarios donde se representaban los dramas de la política popular y radical. Incluso en las zonas más industrializadas del mundo, aún no había una asentada «conciencia de clase obrera». Pero la idea de la clase obrera como un fenómeno mundial sí había arraigado. En parte, esto se debió a que los gobiernos temían las redes de sindicalistas y anarquistas que ya habían llevado a cabo golpes espectaculares como el asesinato de zares rusos y presidentes franceses. Los gobiernos leían la retórica del socialismo internacional en la prensa de izquierdas que ya difundía lo que se conoció más tarde como marxismo. En parte, sin embargo, se trató de que la uniformidad de la vida urbana e industrial imponía condiciones parecidas a los trabajadores de

los diversos continentes, y esto empezó a darles un sentimiento de poder común. La práctica, y más la ideología, del activismo político de la clase obrera sería una característica clave a comienzos y mediados del siglo XX.

LAS CULTURAS URBANAS DEL MUNDO Y SUS CRÍTICOS

Siempre ha habido ciudades de gran reputación como sedes de reinos, repúblicas u hombres santos. A lo largo del siglo XIX, sin embargo, la cultura urbana global emergió como un patrón de vida más uniforme y nítido. Ya a finales del siglo XVIII, las ciudades norteamericanas y del norte de Europa empezaron a ser escenario de un ocio y un asociacionismo parecidos, entre la aristocracia, las élites comerciales e, incluso, los trabajadores. En el siglo siguiente esto se generalizó aún más. Además de muchas asociaciones urbanas, clubes, centros de reuniones y asociaciones comunitarias, el café proporcionó un potente símbolo del espacio público urbano, a la vez que como un importante punto de encuentro tanto para hombres como mujeres y como un escenario adecuado para los debates políticos y filosóficos. Para resaltar la importancia del periodo revolucionario como acelerador de estos cambios no hay más que pensar en el *bistro* o restaurante estilo francés. Sus orígenes fueron las cocinas de «comida rápida» organizadas para las tropas rusas que ocuparon París en 1815. Las cafeterías originales, tales como los Quadri's y Florian's de Venecia —la primera, centro de reunión de los proaustriacos; la segunda, de los nacionalistas—, tuvieron miles de imitadores en Europa, sobre todo en los dos grandes centros de política radical, París y Viena. Los editores radicales como Karl Kraus, el socialista y reformador social vienés, y Émile Zola, el azote de la clase dirigente militar y política francesa, organizaban sus campañas y movimientos a través de los cafés. También fue importante el hecho de que, hacia la década de 1880 ó 1890, las mujeres respetables podían ir a las cafeterías y a los grandes restaurantes y, de hecho, deseaban ser vistas allí. Los espacios públicos seguían siendo sexistas en la mayoría de las grandes ciudades del mundo. Por eso, el avance de la mujer en estos reductos de sociabilidad masculinos como la cafetería y el restaurante fue tan importante como las grandes campañas de las sufragistas para cambiar un poco el balance de poder de los sexos.

La gran contribución americana a la reorganización del espacio público fueron los grandes almacenes. París ya tenía *supermarchées* en el reinado de Napoleón III, pero los norteamericanos los hicieron mayores y mejores. Nacido para cubrir la necesidad de las dispersas comunidades agrícolas de poder comprar todo tipo de productos especializados en un solo lugar, a finales del siglo XIX, el gran comercio urbano se convirtió en la fuente del nuevo consumismo. Las tiendas se habían convertido en lugares en los que poner en práctica la sociabilidad mediante los patrones comunes de consumo de artículos de lujo, sobre todo por parte de la mujer. El patrón establecido por Sears Roebuck en Chicago llegó a Londres con Harrods y Selfridges antes de la Primera Guerra Mundial. Todas estas tiendas ofrecían prestaciones específicamente pensadas para mujeres. En el mundo extraeuropeo, los grandes hoteles hacían a menudo la función de clubes, grandes almacenes y restaurantes para una gran población móvil de expatriados europeos e incluso para los aristócratas y comerciantes adinerados chinos, indios, malayos, indochinos y egipcios. En las ciudades coloniales de otras partes, los espacios públicos estaban segregados no sólo por género sino también por raza. Había pocas excepciones. Los movimientos humanistas como la masonería, la teosofía y los espiritualistas, trascendían la división racial, y también alguna Iglesia, algunas asociaciones de jóvenes cristianos y un puñado de clubes de polo e hipódromos. Sin embargo, por lo general, la creciente clase media indígena de estas ciudades fundaba sus propios clubes, asociaciones y hoteles, pensados para una población obligada a desplazarse frecuentemente por motivos de juicios, obtener una mayor educación o matrimonio. Estos lugares se convirtieron en forzosos centros de debates y discusiones políticas. La cafetería de la Universidad de Calcuta situada en College Street y el refectorio del YMCA de Shangai fueron símbolos tan potentes de la emergente política anticolonial como la oficina de correos de Dublín o el lugar donde tuvo lugar la masacre de Amritsar después de 1914. Además, estos símbolos de la vida urbana eran universales. Los jóvenes radicales de las colonias europeas, China y Japón, encontraban espíritus afines en los refectorios y cafeterías de Londres, París, Ámsterdam y Berlín. Antes de la Primera Guerra Mundial, Ho Chi Minh, futuro líder de los comunistas indochinos, trabajó en Polidor, un restaurante de París. La uniformidad global de la enseñanza profesional y académica llevó a Mahatma Gandhi y a Jan Smuts a Londres, a Sun Yatsen a Honolulú, y a B. R. Ambedkar, futuro líder de los «intocables» indios, a Nueva York.



5.4 La nueva arquitectura: el edificio Reliance, Chicago, 1895.

Con la expansión industrial, también empezaron a surgir patrones comunes de sociabilidad urbana entre la clase trabajadora. Los intereses deportivos masculinos tradicionales se popularizaron. Los círculos de lucha libre habían sido un rasgo común de la sociedad aristocrática tradicional del Imperio Otomano, Irán y del centro y sur de Asia. Ahora empezaron a proliferar clubes de lucha o *akharas* entre los trabajadores de Bombay, Ahmadabad y Teherán [36]. Formaban una potente red de organizaciones e intereses extralaborales que se podían utilizar para movilizaciones sociales y políticas. También se convirtieron en símbolos de la cultura popular nacional. De igual manera, los deportes sociales empezaron a extenderse rápidamente por las ciudades europeas —sobre todo el fútbol, el boxeo y las carreras de galgos— a partir de 1870, permitieron a los hombres, al menos, tener intereses fuera del trabajo y de sus casas. La extraordinaria popularidad y extensión del fútbol por todo el mundo a finales del siglo XIX atestigua la necesidad de

compañerismo de la gente común. El club deportivo, la cafetería de obreros y el bar se convirtieron en centros de debate social y político, pero también en lugares donde se impulsaba una forma de consumo común, gracias a la publicidad y la imitación.

De este modo, las ciudades de todo el mundo se volvieron más uniformes en apariencia que cincuenta años antes. El patrón anterior de barrios residenciales segmentados, que tenían el carácter de grandes aldeas urbanas, desapareció. Los gobiernos y las autoridades querían disciplinar el espacio urbano y construyeron calles anchas y viviendas siguiendo un plano cuadriculado. Esto les facilitó mantener el orden público en una época de manifestaciones masivas en las calles. También ayudó a controlar los grandes incendios urbanos que caracterizaban a las antiguas ciudades con sus construcciones de madera, adobe y quincha. Además, era más fácil poner a la población en cuarentena cuando estallaban los brotes de cólera y peste típicas del siglo. El resultado fue la creación de una clase media y una clase obrera, blanca y no blanca, más homogéneamente agrupadas, en las que se fomentó sus propias identidades exclusivistas y a veces antagónicas.

Un avance muy importante para el futuro modelo residencial global fue la aparición del «barrio residencial» de clase media. En las antiguas ciudades, las afueras habían sido una mezcla informe de áreas de transporte y de enormes mercados mayoristas. Las casas de los sirvientes y de la gente más pobre rodeaban o se mezclaban entre las de los ricos. Hacia finales del siglo XIX, la clase media empezó a retirarse a las afueras, donde empezaron a aparecer grandes islotes de viviendas de clase superior. El desarrollo del transporte gracias a la industrialización, representado por los trenes, tranvías y automóviles, hizo que esto fuera posible. En los barrios residenciales, la clase media podía disfrutar de una vida sana y recluida, lejos del barullo político y de la miseria. A veces, la arquitectura de estos enclaves era deliberadamente arcaica, como el neogótico de las afueras de Manchester, Melbourne y Bombay, o el «neoburgués» de las afueras de Ámsterdam y Batavia. A veces era modernista, como en las afueras de Nueva York o Barcelona. En ocasiones, el Estado participaba en la creación de estos enclaves, sobre todo en las sociedades coloniales, donde consorcios para la mejora urbana acondicionaron espacios adecuados para el asentamiento de los europeos expatriados e indígenas ricos a base de expropiar terrenos a los aldeanos de las afueras. En los alrededores de muchas ciudades de Asia y África se construyeron grandes asentamientos militares, habitados por soldados blancos. Los suburbios también reflejaban el modelo que la

clase media se imponía: el deseo de vivir apartados en parajes ajardinados, pero no demasiado lejanos de los centros del poder y la riqueza.

Sin embargo, los gobiernos hacían gestos simbólicos al ensanchar calles, instalar alumbrado público y evitar que los residentes invadieran espacios públicos. Anunciaron su modernidad y su base científica. San Petersburgo se convirtió en el símbolo neoclásico de la Rusia moderna en el siglo XIX, mientras que Moscú siguió siendo el centro religioso y el lugar de las coronaciones, la ciudad favorita de los «eslavófilos», que añoraban las tradiciones de la vieja Rusia[37]. Las tensiones entre los viejos centros reales y religiosos, y la necesidad del Estado de afirmar su modernidad en el escenario de la ciudad, se notaron sobre todo fuera de Europa. Los jedives de Egipto y los gobernantes del Imperio Otomano después del Tanzimat desarrollaron proyectos especiales para construir bulevares, óperas, plazas públicas con estatuas y jardines florales al lado de las nuevas estaciones de tren. Desde el punto de vista estrictamente financiero de la gestión económica, gran parte de esos proyectos eran despilfarros. Pero sirvieron para distanciarles de las viejas sociedades orientales del pasado y para hacer ostentación del poder del Estado, ahora mediante grandes bloques de oficinas oficiales, embajadas y juzgados. Los grandes edificios *art nouveau* del centro de Madrid simbolizaban un tipo de poder diferente al viejo palacio Habsburgo construido de forma estudiada al lado de la catedral. También es difícil pensar en una zona urbana más diferente a la vieja ciudad china de poca altura, el «eje de los cuatro cuadrantes», que la ribera del Bund de Shangai, una zona repleta de hoteles y bancos neoclásicos.

No toda la intelectualidad del mundo aplaudió estos cambios. A pesar de las protestas de algunos nostálgicos del movimiento Arts & Crafts victoriano en la supuestamente tradicionalista Gran Bretaña, el público británico pareció indiferente ante la creación de grandes zonas de jungla urbana. La nueva riqueza de Estados Unidos estuvo aún más decidida a fijar toda una nueva imagen de la propia modernidad urbana, e inició la construcción de enormes rascacielos en la década de 1890, antes de que el precio del suelo lo justificara. En realidad, la mayor oposición a la alienación y la anomia de la ciudad moderna llegó desde Europa continental y algunas partes de Asia, por boca de conservadores y radicales, sociólogos y artistas. La idolatría por «La Francia profunda» *(La France profonde)* y la aparición de un movimiento de «vuelta al campo» en Alemania se fundaron mucho antes de que la población urbana llegara a ser el 70% del total en estos países. En

China, la tradición confuciana siempre había sido ambigua respecto a la ciudad, considerándola el territorio propio del comerciante y, a menudo, la sede de la corrupción. Los escritores modernistas reformularon estos temas y los utilizaron para atacar a los capitalistas y los extranjeros. La profunda desconfianza que inspiraba la alienación de las ciudades en muchos intelectuales urbanos asiáticos también la expresaron los escritores bengalíes en sus farsas populares, que ridiculizaban a la nueva clase media, y los poetas japoneses, que idolatraban al «noble campesino». Expresaban así su repugnancia dos décadas antes de que el gandhismo y el expansionismo político japonés instaran a la gente a volver a las aldeas y a la digna labor en los arrozales.

CONCLUSIÓN

Los intelectuales del siglo XIX pensaban que la industrialización y la expansión de la vida urbana eran los dos rasgos definitorios más importantes de su época. Acertaron y se equivocaron. Los historiadores han demostrado que la industrialización llegó relativamente tarde en el siglo; fue, a menudo, un fenómeno rural, y que sus efectos, si bien importantes, fueron poco homogéneos hasta 1914. La idea de que la industrialización creó una gran clase trabajadora homogénea y consciente de su condición también es difícil de aceptar. Sin embargo, los intelectuales contemporáneos acertaron en el sentido de que la idea de la clase trabajadora y la ciudad moderna eran a finales del siglo XIX poderosos símbolos políticos, sociales e, incluso, artísticos. Los políticos de izquierda y de derecha actuaban con la mirada puesta en animar o tranquilizar lo que les parecía una clase obrera creciente y poderosa. La mayoría de los sociólogos y artistas también se preocupaban por la vida en la ciudad moderna, a veces recelando de la corrupción estética y moral que generaba y otras celebrando la libertad e igualdad que ofrecía.

Incluso aunque los capitalistas industriales y los inversores de clase media no hubieran asumido el poder político antes de 1900, la industrialización y la política ciudadana tuvieron efectos importantes al menos a partir de mediados de siglo. En la década de 1850, los gobernantes europeos asumieron un papel más activo patrocinando ferrocarriles, telégrafos, el desarrollo de industrias de guerra y también planificando ciudades. Incluso el Estado más moderado, el gobierno federal de los Estados Unidos, se involucró en ello. Las autoridades chinas y

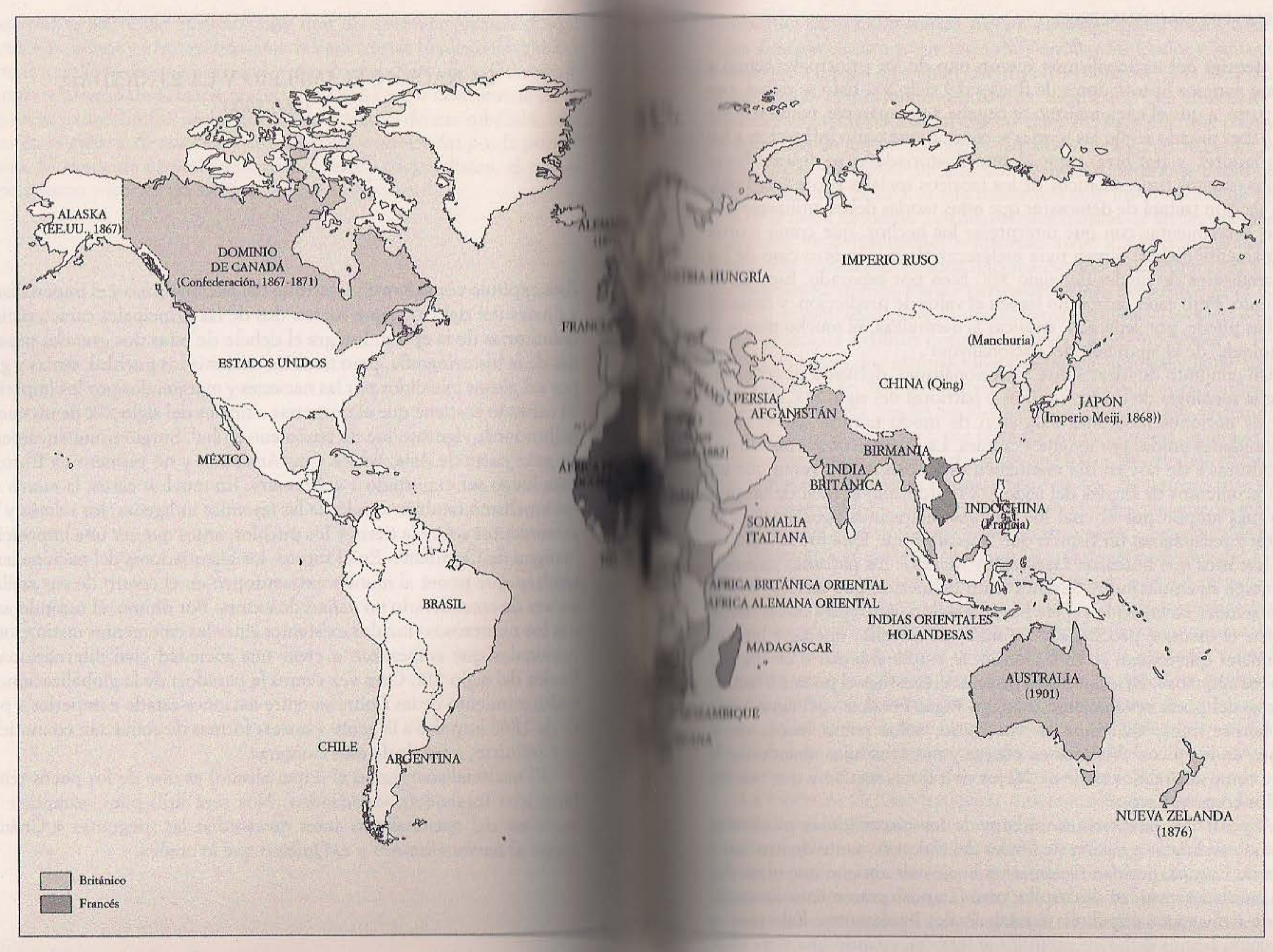
japonesas siguieron su ejemplo. Este tipo de intervencionismo dotó a los nacionalismos y a la construcción de imperios de finales del siglo XIX de más amplitud, más agresividad y más fuerza. Pero los estadistas de «sangre y hierro» de la etapa posterior a 1848 tenían otra ventaja de la que sacar provecho: las aspiraciones nacionalistas de sus súbditos, forjadas en la guerra, diseminadas por la prensa y reforzadas por la propaganda. El siguiente capítulo analizará el nuevo nacionalismo, el nuevo imperialismo y las nuevas definiciones de la etnicidad.

6

LA NACIÓN, EL IMPERIO Y LA ETNICIDAD, *c.* 1860-1900

Este capítulo considera el desarrollo del nacionalismo y el imperialismo a finales del siglo XIX, que fueron dos de las principales características definitorias de la época. Integra el debate de estas dos grandes pesadillas de la historiografía, pero también examina los pueblos, etnias y grupos religiosos excluidos por las naciones y marginados por los imperios. El capítulo sostiene que el despertar a finales del siglo XIX de un nacionalismo más vigoroso fue un fenómeno global. Surgió simultáneamente en gran parte de Asia, África y las Américas, y no primero en Europa, para luego ser exportado a «ultramar». En muchos casos, la marea del nacionalismo también surgió de las leyendas indígenas, los relatos y los sentimientos sobre la tierra y los pueblos, antes que ser una imposición maligna de Occidente. En el futuro, los historiadores del nacionalismo tendrán que poner al mundo extraeuropeo en el centro de sus análisis en vez de considerarlo un «añadido extra». Por último, el capítulo analiza los numerosos vínculos existentes entre las emergentes instituciones nacionales que empezaron a crear una sociedad civil internacional a finales del siglo XIX. Otra vez vemos la paradoja de la globalización. El endurecimiento de las fronteras entre naciones-estado e imperios a partir de 1860 impulsó a la gente a buscar formas de contactar, comunicarse e influirse, a través de esas fronteras.

El nacionalismo (junto al imperialismo) es uno de los pocos temas históricos totalmente «teorizado». Nos será útil, pues, examinar las «teorías» del nacionalismo antes de estudiar las preguntas «¿Cuándo surgió el nacionalismo?» y «¿Quién o qué lo creó?».



MAPA 6.1 Nuevas naciones, nuevos imperios, *c.* 1860-1900

TEORÍAS DEL NACIONALISMO

Las «teorías del nacionalismo» fueron uno de los principales temas a debate para los historiadores de finales del siglo XX. Esto se debió, por una parte, a que el nacionalismo se negaba a desaparecer, como tendría que haber pasado según las teorías socialistas que tanto influyeron a los historiadores, y, por otra, a que algunos historiadores se dejaron llevar por los escritos programáticos de los teóricos sociales sobre este tema. Esta sección tratará de demostrar que estas teorías deben utilizarse más como herramientas con que interpretar los hechos, que como teorías propiamente dichas. Sirven para esclarecer algún que otro caso de los nacionalismos de finales del siglo XIX, bien por separado, bien en su conjunto. Pero estas teorías no tienen el valor de predicción, y ninguna de ellas puede, por separado, explicar la naturaleza, ni mucho menos la cronología, de la aparición del nacionalismo[1].

Un conjunto de ideas sobre el nacionalismo, derivado directamente de la ideología de los pensadores y patriotas del siglo XIX, mantiene que las naciones modernas surgieron de modo natural de las viejas comunidades unidas por lengua y cultura. La mayoría de los nacionalistas culturales de hoy en día mantienen esta postura. Aseveran que los acontecimientos de finales del siglo XIX fueron sólo el final de un proceso más amplio por el cual los pueblos incipientes proclamaban su nación y reclamaban un Estado que la garantizase. Ésta fue la legitimidad histórica que buscaron Garibaldi y Mazzini, los patriotas italianos, y también su émulo indio, Surendranath Bannerjea, que escribió acerca de «naciones en creación». Esta interpretación naturalista de las naciones fue el mensaje proclamado en miles de novelas, óperas e himnos nacionales que loaban el *Volk* alemán, *le peuple français* o el «Egipto para los egipcios». Es arquetípico de estas creaciones el poema «Himno bélico» del poeta revolucionario griego Rigas Feraios: «¿Cuánto tiempo, héroes míos, viviremos en cautiverio, solos como leones en el monte, en los picos? Vivimos en cuevas y nuestros hijos abandonan la tierra como amargados esclavos. Mejor vivir libres una hora que cuarenta años como esclavos»[2].

A pesar del escepticismo intenso de los historiadores modernos, algunas candidatas a nación de finales del siglo XIX, tanto dentro como fuera de Europa, podrían reclamar un linaje más antiguo que otras. No eran entidades vivas, en desarrollo, pero tampoco eran nuevas invenciones de demagogos populistas e intelectuales intolerantes. Este caso se dio, como hemos dicho en capítulos anteriores, cuando una vieja identidad patriótica, una homogeneidad lingüística y religiosa y una patria

compacta y étnica coincidían. Adrian Hastings aplica esto a Francia y Gran Bretaña[3]. Los historiadores de Vietnam, Sri Lanka y Japón mantienen que allí pasó algo parecido. En otro contexto, T. C. W. Planning ha analizado el profundo sentido de identidad, casi chovinista, del nacionalismo cultural alemán mucho antes del siglo XIX, que trascendió las fronteras de los principados[4]. Las élites de algunas regiones indias también parecen haber forjado una identidad patriótica basada en la religión popular, el idioma y la resistencia ante los invasores de principios de la Edad Moderna. Los líderes nacionalistas de finales del siglo XIX adoptaron estas tradiciones e historias vivas y edificaron sobre ellas intentando consolidar estados nacionales modernos contra los enemigos internos y externos. Parece persuasiva la idea del teórico A. D. Smith sobre la continuidad entre lo que él llama «etnias» —esto es, antiguas zonas de lengua y cultura común— y las naciones modernas[5].

Sin embargo, los historiadores modernos, a diferencia de sus precursores del siglo XIX, son muy escépticos respecto a estas ideas y la mayoría argumenta que las naciones fueron «construidas» recientemente por las fuerzas políticas o por la imaginación y que no crecieron como organismos vivos. Y no hay duda de que a finales del siglo XIX lo que más se notaba en muchas regiones fue este tipo de sentimientos nacionalistas promovidos por el Estado. Por eso el debate ha girado sobre las condiciones que permitieron a las élites inventarse o construir las naciones. En la década de 1980, muchos historiadores profesionales siguieron al antropólogo y filósofo Ernest Gellner[6], que mantuvo que el nacionalismo estaba estrechamente vinculado a la industrialización y a la urbanización. Planteó que en la Europa del siglo XIX y comienzos del XX, y en Asia y África a partir de la década de 1930, fue la gente reunida en los nuevos centros urbanos la más propensa a considerarse pueblos unidos y reclamar un Estado. Por ejemplo, la amalgama de húngaros, serbios e italianos de la Viena decimonónica, compitiendo para hacerse con el trabajo y con los recursos, dejó más claras las diferencias entre estas «razas» e impulsó sus deseos de autonomía nacional.

La teoría de Gellner fue, pues, una teoría de modernización. Consideró el nacionalismo como el equivalente funcional político del capitalismo, la industrialización, la familia nuclear y el «individualismo posesivo», fuerzas que estaban supuestamente en marcha para dominar el mundo en fases regulares. Desde este punto de vista, el nacionalismo se extendió de Oeste a Este y Sur, llegando, finalmente, a África en el siglo XX, el «último continente» en el que penetraron el capitalismo y la urbanización. Predeciblemente, la teoría de Gellner funciona mejor en

las sociedades del centro y este de Europa, que eran las que él tenía en mente. Así, la confrontación entre checos, alemanes y húngaros en el Imperio Austro-húngaro tuvo lugar en un periodo de urbanización rápida. Por ejemplo, la población de Praga aumentó de 157.000 personas en 1850 a 514.000 en 1900[7]. También describe bien el caso alemán y el de Italia, por lo menos en lo que respecta al Piamonte como nuevo centro industrial. Sin embargo, hubo muchos casos en los que surgieron enérgicos movimientos nacionales en sociedades de industrialización relativamente baja.

Los escritores que no se dejaban convencer por el avance del capitalismo y el individualismo arguyeron, después del libro de Gellner, que el nacionalismo era un producto del mismo Estado, la obra de un principio puro de poder. Como dice Eric Hobsbawm, el nacionalismo sigue al Estado y no al revés[8]. Él y John Breuilly[9], más que otros, han argumentado que el nacionalismo fue creado por una política consciente de las nuevas élites políticas a finales del siglo XIX. Los estados promovían la enseñanza popular, definían la ciudadanía y sus obligaciones, contaban y encarcelaban a las personas. Su sentimiento de urgencia se vio reforzado por las necesidades del capitalismo, el auge del socialismo, el activismo de la clase obrera y el miedo a la criminalidad. Fue un periodo en el cual los gobiernos empezaron a censar a la población y a controlar la inmigración y la emigración más de cerca mediante el sistema de pasaportes. Todo esto estaba consciente o inconscientemente dirigido hacia el refuerzo del sentimiento nacionalista y obligaba a la gente de las fronteras a elegir una nación-estado u otra. Incluso los Estados Unidos de finales del siglo XIX encajan en este modelo.

Un corolario de esta teoría, más que una teoría en sí misma, lo formuló Benedict Anderson en la década de 1980[10]. Era una perspectiva más antropológica, que resaltaba la importancia de la imaginación y el sentimiento compartido a la hora de inventar el nacionalismo más que los cambios en el poder y en los recursos. Las naciones eran «comunidades imaginadas» creadas por el «capitalismo impreso». La difusión de libros y periódicos por todo el mundo creó un sentimiento de pertenencia común en las mentes de las élites y, más adelante, de la gente normal que los leía. La postura de Anderson tiene una gran ventaja. Explica por qué el pueblo de las zonas que no habían estado sometidas al capitalismo, a la urbanización industrial, ni siquiera a un Estado fuerte, empezó a proclamar su nación. Por eso su obra, basado en un estudio de la Indonesia holandesa, ha sido muy popular entre los historiadores del África y del Asia del siglo XIX.

Una versión completa del surgimiento de los nacionalismos competitivos de finales del siglo XIX debe incorporar todas estas «teorías» discretas como precondiciones. Algunas tienen más peso en ciertos casos que otras. Así, por ejemplo, el despertar de los movimientos nacionalistas en las aún sociedades agrarias de Asia, Oriente Medio y el norte de África antecedió la urbanización industrial moderna e incluso la difusión del capitalismo impreso. En estas sociedades, la urbanización raramente alcanzó un 10% antes de finales del siglo XIX, y el alfabetismo masculino un porcentaje algo menor. De hecho, tampoco fue solamente una condición para el mundo extraeuropeo. Hay que recordar que incluso en 1848, cuando algo que podríamos llamar nacionalismo ya estaba en marcha, en Alemania el 75% de la población aún vivía en el campo y la población urbana estaba formada principalmente por funcionarios y artesanos a la vieja usanza.

De nuevo, el nacionalismo surgió no como un acontecimiento, sino más bien como un proceso. Si seguimos las teorías de John Breuilly y Eric Hobsbawm, el sentimiento informe de nacionalidad derivado de memorias y tradiciones de patriotismos anteriores fue moldeado y afilado por la maquinaria del poderoso nuevo Estado. Esto no significa que el Estado creara el sentimiento nacionalista de la nada. En Estados Unidos, por ejemplo, la guerra civil forjó de modo más firme un sentimiento de nacionalidad norteamericana, por lo menos entre la población dominante del Norte. A partir de 1865, la palabra «nación» empezó a utilizarse más en el continente norteamericano.

Este último ejemplo nos recuerda una condición del surgimiento del nacionalismo que ha sido marginada en la mayoría de las «teorías» principales: la importancia del conflicto bélico, sobre todo entre estados, pero también entre la población de un solo Estado. El nacionalismo se intensificó durante el siglo XIX como consecuencia de la guerra y la invasión. El nacionalismo se definía comparándose con «otros». La experiencia de un servicio militar compartido, con una educación básica entre la tropa, y el liderazgo de la élite transformaron a muchos campesinos y trabajadores en nacionalistas. A su vez, este nacionalismo militarizado solía desembocar en más guerras e invasiones. Las guerras mundiales de finales del siglo XVIII aceleraron el proceso que transformó los patriotismos regionales del viejo orden en nacionalismos agresivos y excluyentes. Las múltiples crisis de mediados del siglo XIX, no sólo en Europa, sino también en las Américas, Oriente Medio y Asia, confirmaron esa transición. La nueva maquinaria industrial y las comunicaciones

descritas en el capítulo anterior crearon una comunidad nacional más visible o al menos más factible.

¿CUÁNDO SURGIÓ EL NACIONALISMO?

Para los historiadores, aunque generalmente no para los teóricos, la cronología del surgimiento del nuevo nacionalismo a nivel global es importante. Hay que explicarlo. Como ya hemos dicho, se supone muchas veces que el nacionalismo fue un sentimiento que pasó de pueblos blancos supuestamente avanzados a pueblos menos avanzados de Asia y África. Hay que modificar esta teoría de la difusión. Es cierto que muchos africanos subsaharianos vivían en comunidades locales o regionales sin jerarquías sociales profundas en las que la identidad nacional más amplia era irrelevante. Pero incluso aquí, a mediados del siglo XIX, los intelectuales locales que escribían en su propia lengua respondieron a la propagación de la Biblia por parte de misioneros reclamando los derechos de los «pueblos» africanos. Además, hacia la década de 1880, en India y en Egipto existían movimientos independentistas importantes, y sobre 1900 aparecieron en otras partes de Asia. En muchos aspectos, Japón ya era una nación-estado en 1868, antes del final del régimen Tokugawa. Probablemente tuviera un sentimiento nacionalista tan fuerte como el de la Alemania contemporánea, y mucho más desarrollado que el de Italia. No debemos exagerar el contraste con Europa. Al fin y al cabo, muy pocos de los revolucionarios nacionalistas de Europa en 1848 tuvieron un apoyo generalizado. Como comenta Jonathan Sperber[11], aquel año el periódico nacionalista rumano más importante sólo tenía 250 suscriptores.

Sin olvidar esto, parece posible establecer unos periodos de cambio a nivel mundial y no sólo para Europa. Las dos crisis mundiales vinculadas de 1780-1815 y 1848-1865 impulsaron las incipientes identidades nacionales. Por lo general se acepta que las conquistas de Napoleón en Europa impulsaron la identidad nacional en Alemania, Italia y Rusia. También las invasiones francesa y rusa alertaron a los otomanos, egipcios y norteafricanos de su vulnerabilidad y de la necesidad de reorganizar sus sociedades. Dos generaciones después, las guerras eurasiáticas de mediados del siglo XIX convencieron a la clase dirigente del último periodo Tokugawa de Japón de la necesidad de reforzarse. La rebelión de 1857 en India y la posterior invasión británica obligaron a los comerciantes y

profesionales de las regiones de la costa a reconsiderar su situación dentro del imperio.

Sin embargo, este sentimiento de nacionalidad agudizado y ampliado no fue una mera consecuencia de la oleada de guerras globales. También reflejaba las nuevas oportunidades para la comunicación interregional y el intercambio y la adaptación de las ideologías. En la década de 1820, el reformador indio rajá Ram Mohun Roy pudo leer sobre las revoluciones postnapoleónicas en Europa en los periódicos de lengua inglesa de Calcuta y empezó a escribir sobre la autodeterminación nacional. Antes de 1914, Nguyên Ai Quoc, alias Ho Chi Minh, leyó las ideas de Thomas Jefferson, el padre fundador de los Estados Unidos, en sus libros de francés del colegio. Estas ideas no se desplazaban sólo de Occidente «hacia los demás». Incluso en la década de 1880, la modernidad híbrida y propia de Japón se había convertido en un modelo importante para otros nacionalistas africanos y asiáticos.

Las historias clásicas de Europa describen el final del siglo XIX como un periodo de alianzas y tensiones entre naciones-estado recién industrializadas. Estas naciones proyectaban fuera su poderío disfrazado de «nuevo imperialismo», que se hizo evidente en la repartición de África. Esto sigue siendo verdad, aunque fue un proceso global y no meramente europeo. A partir de 1860, los líderes políticos tanto de dentro como de fuera de Europa extendieron rápidamente su proyecto de creación de naciones-estado. Hacia 1870, Italia estaba unida bajo el liderazgo de un Piamonte que se industrializaba y modernizaba rápidamente, tras la intervención de Francia y Prusia contra Austria, su antiguo amo. Aunque los terratenientes conservaban mucha influencia, sobre todo en el sur, una pequeña clase media industrial, con sede en Milán y Turín, que conscientemente adoptó el dialecto toscano como lengua italiana, proporcionó al país un nivel de unidad. Alemania se unificó en 1871, tras las victorias militares de Prusia sobre dos de los antiguos dueños de las regiones germanohablantes, Francia y Austria. Aunque los pueblos alemanes sentían lealtad hacia sus patrias chicas, la cultura y el idioma comunes y su creciente papel en el mundo exterior unificó a los terratenientes del este, los burgueses del valle del Rin y los campesinos católicos del sur.

En el mismo periodo, un rápido cambio social y el restablecimiento de la Unión en los Estados Unidos dieron lugar a un sentimiento nacional norteamericano más potente. Los dominios británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda se convirtieron en estados federados entre 1860-1901. Mientras tanto, en Japón, los jóvenes reformadores

remodelaron la autoridad del emperador Meiji para convertirlo en el centro de la nación. En el este de Europa, el paneslavismo, impulsado por una Rusia más enérgica, empezó a dividir las zonas europeas del Imperio Otomano en pequeños principados cristianos, beligerantes a partir de la guerra de los Balcanes de 1878. Cuando Gran Bretaña ocupó Egipto en 1882, tuvo que luchar contra una coalición de militares, clérigos y terratenientes, claro síntoma de la nueva identidad de lo que había sido una provincia del sur del Imperio Otomano. En Asia se fundó el Congreso Nacional de la India en 1885 y, a partir de la década de 1890, jóvenes chinos de las zonas costeras y del extranjero empezaron a criticar enérgicamente a los manchúes, otra prueba de que las nuevas élites asiáticas trataban de crear «sus propias» naciones-estado.

¿LA NACIÓN DE QUIÉN?

Aunque la guerra y los cambios sociales impulsaron simultáneamente el nacionalismo, es importante recordar que cada caso presentaba una comunidad nacional ambigua y con mucho debate alrededor. No es buena idea «leer retrospectivamente» e interpretar los nacionalismos de finales del siglo XIX, y mucho menos los anteriores, del mismo modo que los modernos. La autonomía irlandesa, por ejemplo, para los nacionalistas irlandeses de las décadas de 1880 ó 1890 no requirió una nación-estado separada. Miles de irlandeses, incluidos muchos católicos, lucharon en los ejércitos británicos en las dos guerras mundiales. Los líderes de las colonias británicas blancas también fueron leales a su vinculación con Gran Bretaña, aunque la integración socioeconómica empezaba a crear nacionalismos regionales en Australasia y Canadá ya a comienzos de la guerra de Sudáfrica de 1899. En un contexto muy diferente, los impulsores de lo que se denominó nacionalismo egipcio empezaron a gritar «¡Egipto para los egipcios!» durante los años de intervención europea a partir de 1876. Sin embargo, muchos de ellos seguían siendo «patriotas otomanos» para los que Estambul era el centro del mundo. A partir de 1896, algunos nacionalistas chinos denunciaban a los «manchúes» ignorando el hecho de que esta categoría era en parte una invención de la propia dinastía manchú Qing. Sin embargo, esa división étnica sólo cobró importancia a partir de la invasión japonesa de Manchuria en la década de 1930. Aunque muchos intelectuales y estadistas empezaron a hablar de «la nación» a partir de 1860,

eso no significó que hubiera consenso sobre lo que era la nación ni sobre a quién pertenecía.

Sin embargo no hace falta que nos escondamos en la ambigüedad. Podría ser de utilidad clasificar los nacionalismos en un espectro. Esto nos facilitará especificar momentos históricos clave. En un extremo del espectro se encuentran los nacionalismos que surgieron de los «viejos patriotismos» —me refiero a comunidades con una religión e idioma relativamente homogéneos—. A menudo, estaban reforzados por una larga tradición de Estado centralizado y buen gobierno. Inglaterra, Francia, Japón y, en menor grado, la Maharashtra india y Sri Lanka entran en esta categoría. Irlanda tenía un sentimiento patriótico antiguo durante los siglos XVII y XVIII, pero esa identidad era bastante diferente al nacionalismo católico masivo de finales del siglo XIX. También se daba en parte del norte de «Vietnam», en la zona que los franceses llamaron «Annam». En estas zonas, los líderes pudieron promover formas más activas de nacionalismo a finales del siglo XIX precisamente porque pudieron arraigarlas en un sentimiento ya existente de tradición común, resaltando el idioma y la cultura comunes además de los viejos vínculos interregionales. En estas áreas, el nacionalismo de finales del siglo XIX no era una mera creación de las clases dirigentes y del Estado que se difundiera hacia abajo[12]. Los integrantes de los grupos más pobres y subordinados también querían participar en lo que consideraban su nación. A veces, los emigrantes de fuera de las fronteras de los estados jugaron un importante papel al estimular el deseo de tener un territorio nacional unido. Los emigrantes irlandeses en Estados Unidos y Australia, o los emigrantes chinos en Hawai y el sudeste asiático, por ejemplo, jugaron un papel importante en el surgimiento del nacionalismo irlandés y chino, respectivamente. Este tipo de nacionalismo queda claramente dentro de la categoría definida por A. D. Smith, Adrian Hastings y otros, que son escépticos respecto a la idea de que el nacionalismo es una «construcción» reciente.

En el otro extremo del espectro están los nacionalismos *creados por el Estado*, al contrario que los estados creados por los viejos patriotismos. Gran Bretaña, a diferencia de Inglaterra, se forjó durante las largas guerras contra Francia, y sobre todo durante la crisis mundial de 1780-1820, como ha demostrado Linda Colley. El nacionalismo belga lo fomentó el gobierno tras la creación del Reino de los Belgas en 1831 reuniendo una colección de provincias políglotas del norte de Europa. El nacionalismo latinoamericano también llegó después —y no antes— de la creación de estados independientes en las décadas de 1820 y 1830.

Es verdad que ya en 1760 la gente alfabetizada y los terratenientes tenían un sentimiento de su «criollidad», de ser americanos y no españoles. Pero no se daba el sentimiento de ser «colombiano» o «venezolano» —de hecho, los nombres fueron inventados posteriormente—. También en Estados Unidos existía un ideal de compromiso patriótico anterior a 1860, pero fue la guerra civil y la creciente, aunque todavía limitada, participación estadounidense en los asuntos mundiales tras esa fecha lo que impulsó un nacionalismo norteamericano más robusto.

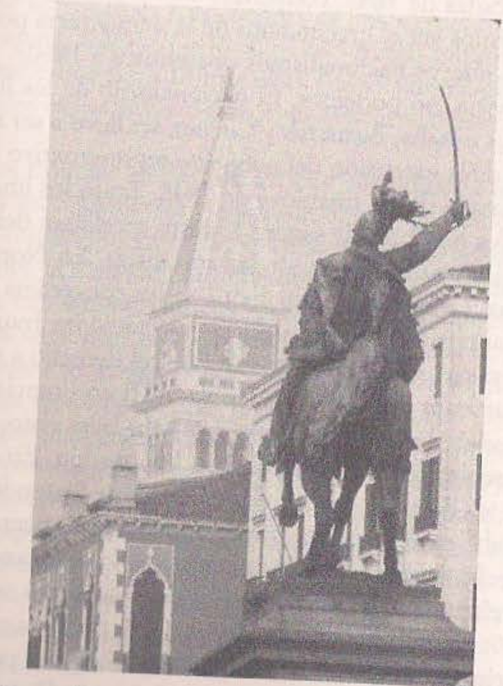
En medio del espectro se encontraban grandes estados cuyos líderes no sabían si fomentar o suprimir a los diferentes líderes protonacionalistas que surgían en sus territorios a finales del siglo XIX. Los gobernantes de Rusia, Austria-Hungría, el Imperio Otomano y China tuvieron que afrontar el problema de que si apoyaban a un tipo de nacionalismo en un sector de la población, sobre todo si éste era el sector dominante, el imperio podía desmoronarse. Si, por el contrario, no daban a los líderes nacionalistas lo que pedían, los gobernantes corrían el riesgo de volverse políticamente irrelevantes. Analizaremos estos casos más detalladamente en el próximo capítulo.

PERPETUAR EL NACIONALISMO: MEMORIA, ASOCIACIONES NACIONALES Y PRENSA

Los orígenes de la nación se han analizado más que su duración. Últimamente, sin embargo, los historiadores se han interesado por cómo representaba y «entendía» la gente común el concepto de nacionalidad. Los recuerdos de la brutal experiencia de los conflictos armados fueron tan importantes para impulsar el nacionalismo como los conflictos en sí. La memoria, las tradiciones, la enseñanza[13] y la aparición de la política nacional consiguieron que el sentimiento agudizado de nacionalidad se transmitiera de generación en generación. Los lugares de la memoria —campos de batalla, cementerios, casas de los libertadores nacionales, estatuas de patriotas y mártires— crearon un paisaje sagrado del nacionalismo. El intento de conectar e implantar estos recuerdos históricos en la memoria colectiva fue especialmente intenso después de las guerras de mediados del siglo XIX. La nueva Tercera República francesa retó a los monárquicos, bonapartistas y a la Iglesia a instaurar una celebración pública de la Toma de la Bastilla. A lo largo y ancho de Francia

se dedicaron calles a los héroes de la Ilustración y de la Revolución de 1789. En Estados Unidos decoraron Washington DC con monumentos a los héroes de la Unión, incluido uno a los soldados negros que murieron en su defensa. En la Italia unificada desarrollaron un enorme culto a las figuras de Garibaldi y del rey Víctor Manuel, cuyas estatuas ecuestres todavía se pueden ver trotando y galopando por las plazas de cientos de ciudades y pueblos italianos (véase ilustración 6.1).

La insistencia del Estado en el servicio militar, producto de las guerras europeas de unificación, imprimió un sentimiento de destino nacional en la mente de las generaciones venideras. Los libros escolares, las novelas románticas, los atlas, los entretenimientos públicos y los des-



6.1 El nacionalismo a la carga: estatua ecuestre de Víctor Manuel II, riva degli Schiavoni, Venecia.

files militares y navales sirvieron para mantener vivo ese sentimiento. También fuera de Europa, los líderes avivaban el fuego con la memoria de los viejos patriotas de la resistencia. La tradición de la resistencia «vietnamita» contra los chinos, y la japonesa contra los mongoles, se incluía en los discursos y libros nacionalistas de finales del siglo XIX.

La lucha «racial» y la movilización militar de las naciones habían sido los temas principales de la crisis de mediados de siglo. Estos conflictos potenciaron el nacionalismo. Pero ¿cómo concordaba la teoría política de la nación-estado liberal con esto? Otra causa de la revolución de 1848 en Europa y de la Guerra de Secesión americana había sido la de conseguir la representación política para todos. Desde hace tiempo, se vienen reconociendo a la política popular y al deseo democrático como el lado más brillante de la opaca fuerza del nacionalismo. La paradoja de que la búsqueda de la igualdad ciudadana condujera a menudo a una autocracia estrecha y nacionalista se ve en la frase «dictadura plebiscitaria» que se usaba respecto de Napoleón III, el defensor de las barricadas de 1848, convertido ahora en emperador. ¿Hasta qué punto podemos ver el crecimiento de la democracia popular como impulsor de los nuevos nacionalismos posteriores a 1860?

A primera vista, no podemos. El nacionalismo de los líderes de las nuevas Alemania e Italia, Bismarck y Cavour, les llevó a ser más cautelosos con la idea de la extensión del gobierno representativo que los líderes de «la primavera de los pueblos» de 1848. Tanto los liberales aristocráticos como los hombres de sangre y hierro recelaban del control que ejercían sobre las masas los curas y los socialistas. En Norteamérica, la liberación de los esclavos no supuso que se les concediera el derecho a votar, y los blancos regionales celebraron votaciones fraudulentas. La élite británica se opuso a la idea de extender el derecho a voto en parte por lo que veían en la «tiranía» de Napoleón III en Francia[14]. Representar intereses por medio de un parlamento estaba bien visto, pero los líderes políticos asociaban la democracia con la opresión. En la nueva Alemania, donde el derecho a voto estaba bastante extendido, el apoyo electoral contaba para poco en los órganos gubernamentales. En otras partes, el derecho a voto era muy limitado y sólo se arrancaba con dificultad a los reluctantes gobiernos; en el caso de Rusia se arrancó a la fuerza en 1905. Los súbditos no europeos de los poderes coloniales tenían, como mucho, un pequeño electorado local o alguna pequeña concesión que les permitía gobernar asuntos locales según la vieja usanza. Por ejemplo, en la década de 1880, el gobierno liberal británico estableció

juntas municipales y de distrito en la India, en las que podía votar una minoría de notables locales.

Incluso aunque la soberanía popular jugara sólo un pequeño papel en el desarrollo del nacionalismo a partir de 1860, este periodo sí vio el surgimiento de partidos políticos nacionales. Éstos solían proyectar acontecimientos locales a escala nacional y presentaban la política nacional al pueblo, si bien éste no podía votar. La movilización del pueblo por medio de partidos políticos y grupos de presión para atraer y dar sentido al Estado surgió en el contexto de la pérdida de legitimidad por parte de la realeza y la aristocracia a partir de 1789. Este proceso, como ya comentamos en el capítulo 4, se vio interrumpido pero no detenido a partir de 1815. El corolario de esta situación fue la expansión masiva de los grupos de presión social y política, desde sindicatos hasta grupos religiosos, pasando por asociaciones de mujeres —todos los cuales reclamaban como su circunscripción la nación entera—. Además de por la élite «en lo más alto», el nacionalismo se vio reforzado por las constantes reivindicaciones de legitimidad nacional de estas asociaciones sectoriales. Así, incluso en los descentralizados Estados Unidos, la arena política nacional se tornó más importante tanto para Republicanos como para Demócratas cuando los cambios económicos y tecnológicos empezaron a poner en contacto diferentes zonas de la Unión.

En Gran Bretaña, el Partido Liberal surgió de la aglomeración de asociaciones inconformistas y reformadoras bajo el liderazgo de W. E. Gladstone. Cuando se extendió el derecho a voto a los trabajadores a partir de 1884, el Partido Conservador empezó a buscar su apoyo por primera vez. Consecuentemente, los símbolos nacionales y las apelaciones al interés nacional empezaron a ser una parte cada vez más importante del juego electoral británico, y también, de hecho, del enérgico mundo de las asociaciones de voluntarios del país. En Alemania, los partidos políticos tenían poca influencia en los ministros, y los conflictos entre los conservadores, el Partido Central Católico y, más adelante, los socialdemócratas se situaban en un ámbito nacional. En el imperio ruso, donde apenas existía la política popular antes de 1905, las facciones burocráticas y los intereses políticos patrimoniales que querían mostrar su apoyo se vieron obligados a hacer campaña y crear opinión en las provincias, en Siberia y en Ucrania. Este creciente sentimiento de «rusidad» entre las élites de las principales ciudades creaba problemas con los nacionalismos emergentes de polacos, lituanos y finlandeses urbanos. En el mundo de las colonias, el electorado era minúsculo, si es

que existía. Sin embargo, hacia la década de 1880 ya existían grupos de presión y partidos nacionales en los imperios coloniales británico, francés y holandés.

Otro cambio posterior que fomentó la adhesión a los partidos políticos nacionales fue la expansión de los medios de comunicación, sobre todo de periódicos, que apelaban a un interés nacional. Vuelve a ser muy relevante la teoría de las comunidades imaginarias de la prensa que expuso Benedict Anderson, no porque los medios crearan el nacionalismo, sino porque lo difundieron y generalizaron. Hasta 1840, la prensa europea había sido sobre todo provincial y respondía a los intereses y necesidad de información de pequeños grupos de lectores. A partir de 1860 hubo un impresionante crecimiento en las publicaciones masivas y los nuevos periódicos sindicados alcanzaron una circulación millonaria; la mayoría de ellos iban dirigidos al mercado nacional. Los «barones» de la prensa, como el radical británico W. T. Stead y el norteamericano William Randolph Hearst, veían en los periódicos un medio para educar a los trabajadores en sus obligaciones como ciudadanos. La revolución de las comunicaciones también tuvo un efecto importantísimo en las aspiraciones de los pueblos extraeuropeos. Por ejemplo, la «revolución constitucional» de Persia en 1909 sólo fue posible gracias al telégrafo, que comunicaba los diferentes núcleos de población separados por desiertos y montañas. Esto creó un fuerte sentimiento de esfuerzo nacional compartido.

Los efectos políticos de estos avances fueron ambiguos. Además de fortalecer la sociedad civil nacional, reforzaron los gobiernos nacionales. Como tantas veces pasa con el desarrollo de los medios de comunicación, la demanda inicial de libertad de expresión se vio frustrada con la implementación de poderosas medidas de control. Los gobiernos se hicieron protectores de las líneas telegráficas. Sindicatos de prensa como Reuters controlaban y difundían las noticias. Estos controles tendían a asegurarse de que los gobiernos y las élites políticas nacionales no tuvieran que leer nada que pudiera disgustarles. El corresponsal de guerra, cuyos artículos que describían la brutalidad y agresividad del enemigo aparecían en la mesa del desayuno de la clase media de todos los países importantes, fue el heraldo del nacionalismo combativo. Por ejemplo, el político liberal y populista Winston Churchill empezó siendo corresponsal de guerra en las guerras africanas de Gran Bretaña. Porque incluso en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde un sentimiento de identidad nacional que había existido desde hacía tiempo consiguió asfixiar al nacionalismo más agresivo, las acciones agitadoras

de los partidos políticos y el acoso verbal de la prensa empezaban a crear un enérgico chovinismo. Antes de la Guerra de Cuba de 1898, la prensa estadounidense creó una oleada de antipatía hacia España. La enérgica campaña de prensa contra los bóers, los alemanes o los franceses que acompañó la guerra en Sudáfrica (1899-1902) y la tensión anglo-francesa en el centro de África prepararon la opinión pública británica para los cada vez más profundos conflictos europeos de comienzos del siglo XX. Por otra parte, los pueblos colonizados se entregaron a los nuevos medios con avidez. Los nacionalistas de la India leían el *Review of Reviews* de Stead, mientras que los nacionalistas norteafricanos bombardeaban a las autoridades británicas y francesas con telegramas.

DE COMUNIDAD A NACIÓN: LOS IMPERIOS EUROASIÁTICOS

Esta sección pasa de analizar las «teorías del nacionalismo» y su gran desarrollo a considerar más detalladamente el surgimiento de líderes nacionalistas en zonas donde habían dominado los viejos imperios agrarios. Como nacionalismo, este tipo se puede situar en medio del espectro entre los viejos patriotismos y los nacionalismos impulsados por el Estado que vimos en la sección anterior. Quizás el auge del nacionalismo en estos sistemas políticos haya sido el acontecimiento más grande de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por supuesto, y como veremos en el capítulo 11, no debemos descartar los grandes imperios demasiado pronto. Podemos señalar partes del mundo y de estos imperios en los que el nacionalismo no cobró importancia hasta 1914. No obstante, enormes áreas de los antiguos imperios agrarios fueron testigos de la rápida aparición de vociferantes líderes nacionalistas a partir de 1860. Esto creó graves tensiones en estas sociedades complejas y a menudo dio como resultado el acoso y la exclusión de «minorías étnicas», un problema que se agudizó a partir de 1860, como veremos en la siguiente sección.

Los imperios multiétnicos se vieron en un difícil dilema a finales del siglo XIX: ¿debían apoyar o debían suprimir los incipientes nacionalismos? Los imperios europeos y semieuropeos tenían problemas específicos. La dinastía Habsburgo y su élite gobernante alemana tuvieron que ceder cada vez más poder a sus socios húngaros, si bien sólo era para acallar a los portavoces del «pueblo magiar», que se manifestaban en periódicos, en libros y en una población urbana húngara cada vez

más resentida que buscaba trabajo y estatus social[15]. A su vez, esto impulsaba preguntas sobre lo que significaba ser checo, eslovaco o rumano en los dominios de los Habsburgo. La mayoría de los historiadores señalan la década 1890 como el periodo clave para el Imperio Austro-húngaro. Durante esta década, los portavoces nacionalistas consiguieron un amplio apoyo entre la población urbana y los agricultores ricos. Los líderes rusos tenían problemas parecidos. El zar Alejandro III se dio cuenta de que tenía que permitir en su imperio cierto grado de nacionalismo ortodoxo. El problema era que esta medida podía alentar a los líderes nacionalistas polacos, lituanos y de otras nacionalidades. Porque estos pueblos no rusos componían el 60% de los súbditos del Zar. El palacio se horrorizó cuando la agitación del pueblo y de la prensa nacionalista obligó a Rusia a librar una guerra costosa contra el Imperio Otomano a finales de la década de 1870[16].

En Oriente Medio, el norte de África y los sistemas políticos de Asia, el problema de controlar las aspiraciones nacionalistas se vio agudizado por atrasos económicos y por el dominio europeo. En las zonas europeas del Imperio Otomano, la Iglesia ortodoxa, el idioma griego y el éxito de los comerciantes griegos en el Mediterráneo durante el siglo XVIII alentaron el patriotismo griego. La vieja comunidad cristiana del imperio romano oriental empezaba a desmoronarse, con los griegos y «eslavos» proclamando diferentes linajes nacionales. Sin embargo, fue la intervención del ejército otomano en Grecia durante la década de 1820 la que forjó un sentimiento nacional más cohesionado entre los griegos y la que permitió la creación de un reino griego independiente. El redescubrimiento simultáneo por parte de Europa de la Grecia clásica invistió el nacionalismo heleno de un linaje histórico inventado y animó a las potencias occidentales a aceptar a Grecia como nación. Durante los siguientes ochenta años, las otras zonas cristianas de los Balcanes —Serbia, Rumanía y Bulgaria— progresaron sucesivamente hacia su independencia. A un nivel más profundo que la intervención de las potencias cristianas, la fuerza que más ayudó a los intelectuales a fragmentar el imperio fueron los campesinos, que habían calculado, con gran pragmatismo, que se asegurarían más derechos de propiedad si se independizaban del Imperio Otomano.

Algunos historiadores mantienen que en otras partes del Imperio Otomano, sobre todo en Siria, surgió un vago sentimiento «panárabe» durante el siglo XVIII. Esto no significó hostilidad contra la población otomana turca, con la que convivían, ni contra los gobernadores otomanos de Siria. Fue una especie de patriotismo *light* basado en un sagrado sentido histórico y geográfico. Fueron las guerras de finales del siglo XIX entre los otomanos y Rusia y Austria las que impulsaron el desmoronamiento de los Balcanes. A veces, los gobernadores otomanos trataban de avivar los sentimientos xenófobos musulmanes para poder hacer frente a las agresiones cristianas. Pero esto acarreaba nuevos problemas y generaba dudas sobre el estatus de muchos cristianos y judíos en el centro del imperio, aún fieles al sultán. Además de la religión, los orígenes étnicos se volvieron tema de debate político. Si los griegos tenían nacionalidad propia, ¿qué pasaba con los drusos, los cristianos ortodoxos y los chiítas de Siria y el Monte Líbano? Los otomanos nunca fueron tan ineptos a la hora de reconciliar estas diferencias como se llegó a pensar. En el Monte Líbano, a mediados de siglo, una guerra civil entre grupos sectarios fue reemplazada en 1860 por un nuevo sistema político bajo el sultán. El gobierno descentralizado permitió que se fijara una identidad libanesa, mientras que los líderes de las comunidades negociaron efectiva y pacíficamente entre ellos hasta la llegada de las potencias occidentales en la Primera Guerra Mundial[17].

Sin embargo, el dilema de gobernar las diferencias y, a la vez, crear un Estado fuerte se agudizó con la llamada «Revolución de los Jóvenes Turcos» de 1908. El sentimiento panturco aún no se había extendido, aunque algunos intelectuales escribían apasionadamente de la cultura y el idioma turcos. Los jóvenes militares que asumieron el poder en 1908 y restauraron la Constitución se vieron en un dilema. Sentían la necesidad de consolidar el imperio y hacer que se pareciera a un Estado europeo. Pero, de corazón, la mayoría seguían siendo patriotas otomanos más que nacionalistas turcos y así seguirían hasta la década de 1920, como ha señalado Hasan Kayali[18]. Había entre ellos armenios y árabes, no sólo turcos étnicos. Si bien es verdad que pusieron en práctica medidas para fomentar la enseñanza del turco en las provincias árabes, estas medidas enseguida se fueron diluyendo. La Conferencia Mundial Árabe de 1913 fue, en parte, una respuesta a esas medidas. Localmente, en Mesopotamia por ejemplo, las sociedades árabes empezaban a cuestionar la razón de ser del imperio[19]. La nacionalidad empezaba a ser una cuestión polémica en el imperio, aunque muchos pueblos, incluidos los griegos de Asia Menor, seguirían teniendo ideas fundamentalmente otomanas hasta 1916.

MAPA 6.2 El Imperio Otomano a principios del siglo XIX.
Fuente: William L. Cleveland, *A History of the Modern Middle East*, Boulder, Colo., 2000, p. 45.

Por el contrario, Egipto siempre había sido una provincia especial dentro del Imperio Otomano. Esto se debía, por una parte, a que los egipcios hablaban una forma distintiva del árabe y, por otra, a que el Egipto moderno se situaba sobre las ruinas de la antigua civilización faraónica. Con una población relativamente grande, una agricultura intensiva al borde del río y una economía fuerte, Egipto tenía una larga historia de autonomía local. Fue irónico que fuera la familia albanesa y turcohablante de Mehmet, o Muhammad Alí, la que alentó el sentimiento separatista de los egipcios a comienzos del siglo XIX, con sus reformas fiscales y militares, y su estrategia de nombrar a gente local para puestos oficiales. Aunque sigue habiendo algo de desacuerdo entre los historiadores acerca del alcance de esta política «criolla», parece claro que para las décadas de 1880 y 1890 los egipcios tenían un fuerte sentido de identidad regional[20]. Como había ocurrido en Alemania una década antes, la necesidad de crear una «política económica nacional» para proteger la industria local de los voraces prestamistas e inversores europeos, también impulsó una alianza entre terratenientes, empresarios y gente del bazar, y esto reforzó la identidad regional. Hacia 1870, Egipto era prácticamente una colonia al tener más de 200.000 residentes europeos en sus ciudades y una casa real maniatada por los intereses comerciales de Gran Bretaña y Francia[21]. A partir de 1878, las potencias occidentales obligaron a los líderes egipcios a reducir el ejército, subir los impuestos y aceptar asesores extranjeros. El resultado fue transformar el resentimiento egipcio en un amplio movimiento nacionalista que reclamaba «¡Egipto para los egipcios!». Ese movimiento no tenía una ideología antiotomana, pero atestiguó el creciente sentimiento de solidaridad en Egipto[22].

En otras partes del norte de África, el tema de la «guerra santa» en defensa de una patria situada en el amplio mundo del Imperio Otomano y del islam se escuchaba tanto como en la plural sociedad egipcia. Los norteafricanos recordaban tenazmente la reconquista española de las tierras musulmanas del sur de España tres siglos atrás. Cuando Napoleón invadió Egipto en 1798, los pueblos del norte de África se temieron una invasión cristiana y empezaron a deliberar sobre su futuro político. Durante las guerras que empezaron en 1830, respondieron ante el peligro con una solidaridad particularmente norteafricana[23]. Sus miedos se vieron confirmados con la invasión de Argelia por parte de Francia, que desató una larga guerra de ocupación y una serie de revueltas continuas a lo largo de los ciento treinta años en que ejerció su control. No se trató de una «reacción islámica» homogénea, ni fue sólo

una respuesta a la desolación económica. Dado su compromiso con la tierra, el pueblo y las tradiciones, fue un movimiento tan nacionalista como el que despertó Napoleón en Italia al invadirla.

Algunos africanos negros también empezaron a hablar de una «nación africana», aunque el continente continuaba dividido entre varias entidades políticas. En 1860, los criollos del oeste de África, los esclavos liberados y hombres educados en las misiones y en Gran Bretaña y Estados Unidos empezaron a postular que los africanos se merecían la independencia y un trato humano. No «estaban malditos por Dios». Este tipo de panafricanismo tenía pocos seguidores, pero sí una creciente literatura, una prensa y unos congresos antes de 1900[24]. Las pautas las marcaron hombres como Edward W. Blyden, profesor de latín y griego, nacido de padres esclavos de origen ibo, viajó a Estados Unidos y luego a Liberia auspiciado por la Iglesia presbiteriana. En la década de 1880 ya era panafricanista y escribió:

> Durante todos los años que han transcurrido desde el comienzo del progreso moderno, la raza africana ha ocupado un lugar muy humilde y subordinado en la obra de la civilización humana... [pero] hay una misión especial para ellos tanto en la tierra de su esclavitud como en la de sus padres. Prefiero ser miembro de esta raza que un griego en tiempos de Alejandro Magno, un romano en tiempos de Augusto o un anglosajón del siglo XIX.

En sus palabras se unen las ideas de raza y progreso, y la de la redención cristiana, para impulsar un sentimiento de nacionalidad compartida[25].

Fuera de la costa oeste, el África subsahariana no produjo nada que se pudiera llamar nacionalismo hasta 1914. Sin embargo, los reinos acosados por el avance europeo hacia el norte desde El Cabo, como los ndebele y shona, apelaron a un sentimiento de orgullo por sus tierras y sus comunidades. No era mero despotismo militar. Adrian Hastings mantiene que el uso de la Biblia por las élites africanas a finales del siglo XIX creó un sentimiento patriótico local. Es importante que Hastings y la nueva generación de historiadores africanos empiecen a argumentar que, aunque los misioneros y oficiales blancos ayudaron a clasificar a los africanos por «tribus» entre 1860 y 1900, en muchas partes de África ya existía un sentimiento de «pueblo» que iba mucho más allá que una simple lealtad a un rey.

Los veinte años posteriores a 1860 también fueron claves en la construcción del nacionalismo panindio, un nacionalismo más amplio y deliberadamente más moderno que los viejos patriotismos regionales.

Ya en la década de 1830, los reformadores indios y los conservadores reclamaban una economía política nacional para Bengala y el oeste de la India. Era una respuesta a la importación británica de la primera industrialización del subcontinente y a las presiones de los europeos residentes referentes al libre comercio. Los magnates comerciales y los terratenientes de Bengala conocían, igual que cualquier europeo, las guerras entre republicanos y monárquicos posteriores a 1815. Entendían el contenido de la Ley de Reforma británica de 1832, y simpatizaron con los irlandeses durante la hambruna de 1848. Probablemente, las pequeñas élites de comerciantes y profesionales no eran ni más ni menos «nacionalistas» que sus contemporáneos napolitanos o húngaros. Muchos estaban preocupados por la aparente anarquía desatada por los rebeldes en 1857, y negaban que el motín hubiera sido un movimiento patriótico.

La reiterada experiencia de invasión y humillación a manos de la nueva generación de expatriados británicos después del motín fomentó en las élites indias un sentido más claro de la necesidad de crear un resurgimiento político por medio de una comunidad nacional. Aunque gran parte de la India no había sufrido guerra alguna desde finales del siglo XVIII, las élites indias empezaron a considerarse ciudadanos de un país ocupado. La presencia más visible de tropas blancas británicas a partir de 1857, y la construcción de líneas de ferrocarriles y estaciones militares y civiles alimentaron este sentimiento, por lo menos entre la población urbana. Las diversas asociaciones y élites que se reunieron, aunque de forma vacilante, en el primer Congreso Nacional de la India celebrado en Bombay en 1885, aprovecharon la sensación de conflicto y de desventajas económicas y raciales. Estos líderes heredaron algunos de los temas de los viejos patriotismos regionales. También elogiaron las virtudes de los artesanos caseros y sus productos, insistiendo en la importancia de tener reyes que asesoraran bien, y declararon que era necesario liberar la tierra de la contaminación que representaba matar vacas y consumir alcohol[26]. Sin embargo, estos líderes conocían muy bien las doctrinas liberales británicas de la representatividad popular y la burocracia controlada.

En China, como en el Imperio Otomano, la sensación de solidaridad se vio complicada por la nueva retórica de división étnica que empezaba a enfrentar a chinos con «manchúes». Es irónico que estas diferencias hubieran sido institucionalizadas por el propio régimen durante el siglo XVIII como parte de la ideología imperial. Hacia 1900, sin embargo, ya se podía hablar de un incipiente movimiento nacionalista de chinos

Han, fortalecido por la idea de su diferencia racial, también existía un patriotismo Qing. Ambos movimientos se vieron reforzados por la experiencia de la derrota e invasión. Las humillaciones sufridas por los chinos durante las Guerras del Opio se agudizaron con los tratados injustos que tuvo que firmar el imperio obligado por las potencias occidentales a partir de 1860. La intrusión de los misioneros cristianos por las costas llevó a los intelectuales chinos tradicionales, y también a la gente de a pie, a sentir con más fuerza su propia identidad. A veces un sentimiento de ira contra las intervenciones extranjeras llevaba a los chinos a volverse en contra de su gobierno. En ocasiones creaba un movimiento patriótico popular tanto en la élite como en el pueblo, hostil a los extranjeros que apoyaban al régimen. Éste fue el caso en 1900 cuando el movimiento marcial y cultural que los occidentales llamaron de los «Bóxers» se sublevó contra los misioneros y comerciantes extranjeros y declaró su lealtad a la emperatriz china[27]. Esta amenaza a los bienes culturales y comerciales de Occidente en China se neutralizó sólo gracias a una invasión en toda regla por parte de Europa, Japón y Estados Unidos.

Mientras tanto, un nacionalismo más moderno y a veces abiertamente antiQing empezaba a surgir entre la clase media y comercial de las zonas costeras, educadas por misioneros, y entre la diáspora de chinos en el sudeste asiático. Sun Yat-sen, el primer presidente de la república de China tras la Primera Guerra Mundial, fue un ejemplo. Se había educado en Hong Kong, Hawai y Japón. También tenía contactos entre los chinos de Bangkok y Malasia. En 1895, Sun Yat-sen y sus seguidores intentaron dar un golpe de Estado en Cantón contra las autoridades manchúes. Su objetivo era crear un nuevo Estado chino, dedicado a salvar al pueblo chino. Este nuevo régimen se resistiría a las intrusiones comerciales y culturales de Occidente como no lo había hecho el régimen Qing. Tras el fracaso del golpe, Sun y otros jóvenes reformadores nacionalistas chinos huyeron a Londres. Allí, en la capital imperial, se encontraron con gran número de nacionalistas coloniales y estudiantes radicales de India, Irlanda y Egipto. Leyeron acerca de otros movimientos opuestos al poder colonial, y Sun empezó a idear lo que serían sus «Tres principios del pueblo», uno de los documentos claves del nacionalismo asiático del siglo XX[28].

¿DÓNDE NOS SITUAMOS CON EL NACIONALISMO?

Los capítulos anteriores y las primeras secciones de éste han desarrollado lo que viene a ser una propuesta de tres fases sobre el surgimiento del nacionalismo. En resumen, primero se argumenta que los líderes de varias regiones del mundo, incluidas sociedades no europeas como el norte de Vietnam, Corea, Japón y Etiopía, transformaron los viejos sentimientos patrióticos territoriales paulatinamente y a lo largo de mucho tiempo para convertirlos en un concepto de nacionalidad más agresivo y excluyente. Esto ocurrió bajo las presiones de la guerra, los cambios económicos y culturales y el desarrollo de las comunicaciones. A menudo, estos «viejos patriotismos» estaban ligados a una temprana historia estatal, de modo que una región cultural, una región económica y un Estado emergieron de forma solapada. Pero algunos antiguos reinos no se solapaban con zonas claramente definidas culturalmente, mientras que otras zonas culturales no se correspondían con viejos estados. También, a veces, los viejos patriotismos habían crecido en las fronteras de grandes sistemas políticos multiétnicos y como reacción contra ellos.

El crecimiento del mercado y de las conexiones sociales entre la gente de a pie en estas viejas «patrias» emergentes consolidó los vínculos entre las élites regionales. El proceso era de «abajo hacia arriba» (socialmente hablando) y no sólo de «arriba hacia abajo», y se vio acelerado por los conflictos globales de 1780-1820 y 1848-1865. Las fuerzas globales agudizaron el proceso hacia finales del siglo XIX, pero su trayectoria era más larga. En estos casos, si una nación se había «construido», había sido a lo largo de un periodo muy prolongado y fue consecuencia involuntaria de otros cambios sociales y económicos más amplios.

En segundo lugar, proponemos que en otras regiones, sobre todo en los complejos sistemas políticos de Eurasia y del norte de África, el cambio llegó de forma más abrupta en el siglo XIX, sobre todo a partir de 1860. En estos casos, la guerra internacional y el colonialismo impulsaron a intelectuales y publicistas a adoptar el lenguaje y las prácticas del nacionalismo moderno. Aunque esto fue el caso de muchas regiones no europeas presionadas de forma extrema por el imperialismo europeo después de 1860, algo parecido ocurrió en los Imperios Ruso y Austriaco. Aquí también, los esfuerzos de los estadistas por modernizar e industrializar sus sociedades para afrontar la guerra y el conflicto económico estimularon a los líderes regionales, que atesoraban una historia de diferencias culturales, a declarar su separatismo y su nacionalidad. En este sentido, el desarrollo de un nacionalismo más enérgico en

Hungría y Polonia a partir de 1860 se parecía al nacionalismo indio y egipcio que surgió más o menos contemporáneamente.

En tercer lugar, había zonas, como los territorios del centro del Imperio Otomano y partes de Austria-Hungría y Rusia, incluso en partes del sur de Irlanda, donde el nacionalismo aún no había surgido como una serie de ideas coherentes y prácticas políticas ni siquiera en 1914. Ninguna de estas trayectorias diferentes, sin embargo, puede resumirse con una fácil diferenciación de la cronología y la naturaleza del nacionalismo en «Europa» y otras regiones fuera de «Europa».

En lo que a la «teoría» se refiere, una continuidad con los viejos patriotismos no era una condición necesaria para el surgimiento del nacionalismo decimonónico. O, como dijo con agudeza Ernest Gellner durante un debate con A. D. Smith, las naciones no tienen por qué tener «ombligos»[29]. No tienen por qué haber nacido de alguna solidaridad patriótica anterior. Eso, sin embargo, no significa que los «ombligos» que hubiera no fueran importantes allí donde sí existiesen, como parece insinuar Gellner. Algunos nacionalismos, de hecho, tenían ombligos más pronunciados que otros. Algunos eran clones con ombligos falsos; otros eran bebés diseñados sin ningún tipo de ombligo. Otras eran niños virtuales, imaginados, como el sionismo del siglo XIX. Pero, para los historiadores, la existencia o no de estos ombligos es importante, porque ayudaron a formar la sensibilidad política de los líderes nacionalistas y de la gente de a pie. La juventud relativa de Estados Unidos, por ejemplo, su naturaleza nacional «construida» es la razón por la que mantiene su arcaica Constitución del siglo XVIII. Cambiar una Constitución tan reciente era peligroso. Al contrario, la longeva Common Law y el sentimiento nacional inglés han eludido la creación de una Constitución escrita. Los ombligos tienen efectos involuntarios, sorprendentes y, a veces, muy profundos.

PUEBLOS SIN ESTADO: ¿PERSECUCIÓN O ASIMILACIÓN?

Esta sección considera los grupos que tuvieron problemas para asimilarse a los movimientos nacionales homogéneos de finales del siglo XIX. Se trataba de pueblos demasiado pequeños o dispersos para poder reclamar con eficacia una autonomía, o pueblos marginados y oprimidos por el surgimiento de los «grandes» nacionalismos analizados en la sección anterior. Porque en casi todos los territorios nacionales —reales o imaginarios— existían grupos diferenciados por su religión, raza, idioma o estilo de vida. A veces estos grupos minoritarios estaban en las fronteras de los dominios nacionales, como los tártaros rusos y los indios norteamericanos, otros se encontraban en el centro de la nación, como los llaneros karen de Birmania o los judíos alemanes. A veces estaban esparcidos por enormes territorios como los armenios o los irlandeses católicos que emigraron a estados protestantes del mundo anglófono.

«Otros» de estos grupos variados supusieron un reto perenne para los nacionalistas y creadores de estados. El lenguaje del nacionalismo insistía en que había que asimilar a estos grupos por razones tanto estratégicas como culturales. Paradójicamente, el hecho de crear naciones y símbolos de los grandes nacionalismos resurgentes tendió a incrementar la percepción de las diferencias y creó obstinados movimientos subnacionalistas y etnias militantes entre los excluidos y los vigilados. Algunos gobiernos coloniales encontraron útil explotar las diferencias a través de políticas de «divide y gobernarás», aprovechando estas fragmentaciones. Sin embargo, los líderes de la mayoría de las naciones y nacionalismos emergentes trataron de reducirlos y asimilarlos a la nación como un todo. Exceptuando Estados Unidos, fue una táctica que tuvo poco éxito.

Los grandes imperios del viejo orden anterior a 1780, e incluso los estados nacionales antiguos como Inglaterra, Francia y Japón, habían desarrollado métodos para acoger diferencias culturales, religiosas y de estilos de vida que minimizaban, si bien no eliminaban, las continuas tensiones. En las sociedades donde el estatus social era complejo e interconexo fue más fácil crear esquemas que separaran, segregaran y evitaran el conflicto. Si la fuente de autoridad era el rey más que el pueblo el tema de «ellos» y «nosotros» era menos importante. Todos eran súbditos de un monarca universal. En Europa, por ejemplo, a la mayoría de los judíos se les negaron los derechos del resto de la población; eran considerados como extranjeros y como anomalías religiosas. Sin embargo, los reyes y aristocracias del viejo orden a veces les protegieron. Esta política de acomodar la diferencia tuvo bastante éxito en el Imperio Otomano. Agrupaban a las minorías no musulmanas en zonas semiautónomas llamadas *millets*. Cada millet era gobernado por un líder supuestamente tradicional: obispos para los cristianos y consejos de rabinos para los judíos. Los otomanos también desarrollaron sistemas parecidos para gobernar a las minorías musulmanas y a las tribus beduinas del interior del Imperio. Se les permitía practicar sus propios

ritos y costumbres, siempre y cuando se mantuvieran leales al sultán y sirvieran en sus ejércitos cuando fuese necesario. La administración de la recaudación de impuestos en las provincias se mantenía aparte de los millets y las organizaciones tribales. Los otomanos, como los mogoles, los safawíes y, sobre todo, los qing, elogiaban las diferencias culturales. Aunque los pueblos de Oriente Medio y Asia mantenían un sistema complejo de jerarquía racial, determinado por el clima y por una supuesta esencia física, tampoco era una escala fija de superioridad e inferioridad. Al fin y al cabo, pensaban, los mejores musulmanes y sirvientes del sultán podían ser de la rica África o de los desérticos montes cristianos del norte. El Profeta, después de todo, había sido un producto del desierto.

Como otros imperios, el otomano era multinacional o multiétnico, aunque no existía la nacionalidad en el sentido moderno, y la noción de etnia era algo excluyente. Sin embargo, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, ciertos cambios crearon el problema de la diferencia y generaron el «problema de nacionalidad». En primer lugar, el crecimiento de la economía en el Atlántico y en sus afluentes mediterráneos y en el océano Índico empezó a dar beneficios económicos a algunos y desventajas a otros, y, consecuentemente, a crear envidia. Los griegos de los Balcanes y del Mediterráneo oriental aprovecharon su vieja tradición mercante y sus contactos con Venecia para asegurarse la mayoría del comercio mercante. Los armenios prosperaron en una gran área. En la costa del Levante, Egipto y Mesopotamia, los judíos, asirios y los coptos cristianos también florecieron económicamente. Al no ser musulmanes, no tenían prohibido cobrar intereses, y además aprovecharon sus contactos con los caballeros de San Juan de Malta y con los puertos cristianos. En Egipto, el régimen de Mehmet Alí, que trataba de construir un ejército y de llenar las arcas estatales, descubrió que los coptos eran buenos administradores y contables y los recompensó con cargos públicos. Paradójicamente, el creciente sentido «egipcio» que comentamos en la anterior sección creó un sentimiento separatista entre algunos coptos.

En segundo lugar, las emergentes potencias cristianas europeas animaban y apoyaban a las minorías otomanas, a veces por razones comerciales, pero a menudo simplemente porque sus miembros eran intermediarios en el comercio y la diplomacia. Los británicos y los franceses nombraron a los judíos comerciantes de las ciudades costeras cónsules honoríficos. Bajo Napoleón III, el heraldo del nuevo imperialismo francés, los misioneros enviados al monte Líbano redoblaron sus esfuerzos

para fomentar la lealtad a Francia y su cultura. Mientras tanto, los misioneros y pastores protestantes norteamericanos y británicos intentaron atraer a los coptos egipcios y a los cristianos asirios. Los cónsules europeos intervinieron en Estambul para presionar al sultán para que aliviara a las minorías cristianas de sus supuestas desventajas. Estas presiones aumentaron con las peregrinaciones de norteamericanos y europeos a Tierra Santa gracias a la mejora de los medios de transporte.

En tercer lugar, como ya mencionamos antes, el Imperio Otomano estaba en una fase de cambios internos importantes, sobre todo a partir de 1830, cuando una sucesión de derrotas militares obligó a la modernización del Estado bajo los decretos del Tanzimat. Los viejos cuerpos militares y órdenes sufíes se disolvieron y se estableció una especie de Constitución. Si se concedía incluso una pizca de representación popular, inevitablemente surgía la pregunta de quién es «el pueblo». A partir de 1870, cuando el Imperio Otomano libraba periódicamente «las guerras balcánicas» contra Rusia y Austria, la religión y la identidad estatal cobraron gran importancia, como hemos visto. En un mundo en el que la retórica antiturca de los cristianos se había convertido en un grito de guerra, no era de sorprender que los últimos sultanes empezaran a considerarse musulmanes. Sin embargo, las guerras contra Occidente crearon la idea del enemigo interno. Se pensaba que los cristianos armenios y libaneses, los judíos, los árabes y los kurdos trataban con potencias extranjeras y se convirtieron en un potencial enemigo interno. Incluso antes del comienzo de la guerra mundial, las autoridades locales de un Estado cada vez más islámico tomaron a veces la decisión de eliminar la disensión con una masacre.

Para las potencias coloniales, las diferencias religiosas y culturales de sus súbditos ofrecían oportunidades, pero también problemas. Los imperios europeos en ocasiones tuvieron problemas para asimilar la diversidad de sus conquistas. Estas diferencias complicaban las cosas a la hora de aplicar unas leyes y administración comunes, o de impedir la explotación económica de sus bienes. Los británicos, franceses y holandeses, por tanto, separaron a veces aquellas partes de los territorios conquistados que les parecían habitados por «minorías», sobre todo si ocupaban terrenos montañosos, bosques o desiertos. Así es como surgieron los estados Shan y Karen en la Birmania británica en 1866, y también los varios reinos de la Indochina francesa. En muchas partes de la recién conquistada África, se creó un sistema de «gobierno indirecto» bajo comisionados especiales que, ostensiblemente, mantenían la «administración indígena» en vez de imponer un gobierno europeo. Por ejemplo, en El

Cabo, los territorios san o «bosquimanos», siempre tuvieron una administración propia, distinta a la de los asentamientos blancos, pero también a la de los enclaves de agricultores africanos o de los nómadas asentados como los xhosa. Tras la conquista británica en la década de 1890, lord Lugard reconstruyó los «tradicionales» reinos musulmanes del norte de Nigeria. El «gobierno indirecto» ahorraba dinero y, a la vez, frenaba el crecimiento de las élites con educación inglesa, como aquéllas que causaban problemas en Egipto e India.

Los arreglos administrativos especiales de este tipo y la tendencia de los colonialistas a tratar a los africanos, asiáticos y latinoamericanos que vivían en la selva, que eran nómadas o que presentaban diferencias culturales como «pueblos» especiales, agudizaron inevitablemente estas diferencias. Se rompieron muchas relaciones económicas y culturales antiguas y sutiles entre los pueblos agrícolas predominantes de estos territorios y los pueblos «tribales». Antes, éstos habían servido como cazadores de mercenarios abastecedores de productos del bosque, magos e, incluso, a los gobernantes de los pueblos asentados. Bajo la administración colonial, perdieron estas funciones y se vieron reducidos a bolsas de mano de obra barata. A menudo, la población dominante recelaba de ellos.

Fue más importante para los nacionalistas y las naciones-estado, tanto europeas como no europeas, la tendencia de las potencias coloniales a dar privilegios a los diferentes grupos religiosos y raciales mayoritarios en sus territorios. La política de «divide y gobernarás» funcionaba. Esta política surgió, en parte, de un cálculo sencillo. Un ejército compuesto de grupos minoritarios indígenas, diferentes a los grupos mayoritarios que recelaban de ellos, se mantendría leal a los colonialistas. Los jefes, rajás y líderes de estos grupos también eran un útil contrapeso a los líderes nacionalistas aspirantes. Por lo general, estos objetivos no se declaraban ni se reconocían. Los prejuicios raciales y de nacionalidad de la época hacían que los colonizadores vieran a los pueblos colonizados como una mera colección de grupos mestizos a los que se veían obligados a arbitrar.

Por ejemplo, las sutiles diferencias en el idioma y la cultura de diferentes pueblos norteafricanos sirvieron a los franceses para elaborar la idea de que los recientes invasores árabes se oponían a los supuestamente indígenas bereberes o kabiles, cuando estos últimos eran más parecidos en civilización a los pueblos mediterráneos europeos. Esta distinción no evitó que los bereberes se rebelaran contra los franceses en 1912. Pero sí consiguió que la política y la sociedad bereber se

movieran en una dirección sutilmente diferente a la de sus correligionarios y vecinos árabes[30]. De una manera parecida, las autoridades británicas de Malasia trataban a los mineros de estaño y a los recolectores de caucho inmigrados de China de forma distinta a los pequeños terratenientes musulmanes malayos. Estos últimos recelaban de los comerciantes y mineros chinos, exagerando su miedo a las triadas y las asociaciones secretas y sediciosas de estos inmigrantes organizados. Confiaban más en el conservadurismo tradicional de las cortes islámicas malayas. Los holandeses, por su parte, aprovecharon las diferencias entre los habitantes de Java y los de las «islas exteriores», sobre todo las islas Molucas. Y los franceses preferían a trabajadores melanesios e incluso vietnamitas antes que a los canacos indígenas de Nueva Caledonia.

En la India pasó algo parecido. Una historia compleja de diferencias separaba a hindúes, musulmanes y sijs. Pero las diferencias eran muy sutiles. Los musulmanes se habían adaptado a siglos de convivencia con los hindúes, y los sijs seguían operando según las costumbres y cosmologías marcadas por un pasado religioso común a todos los indios[31]. Como ocurría en otras colonias, era más fácil para las autoridades británicas gobernar un continente dividido en bloques religiosos y raciales. El sistema legal, el censo y la nueva «ciencia» de la antropología reconocieron y, hasta cierto punto, profundizaron estas diferencias. A finales del siglo XIX, sin embargo, los líderes de estas comunidades insistían en diferenciarse ellos mismos. Algunos sijs declaraban con vehemencia en la década de 1870: «¡No somos hindúes!». Algunos musulmanes arguyeron que ellos eran una raza que había entrado allí gracias a sus conquistas, diferente y superior a la gran masa de indios, y que se merecían el apoyo de las autoridades coloniales.

Estas actitudes reflejaban que se extendía entre los intelectuales indígenas la idea de que las realidades religiosa y racial eran entidades importantes y que necesitaban portavoces entre ellos. Las potencias coloniales pensaban, escribían y gobernaban con estas rígidas categorías en mente. Los intelectuales indígenas también trataron de aumentar su estatus poniendo por escrito sus historias como comunidades y pueblos. Al mismo tiempo, algunos seguidores de estas tradiciones religiosas cambiantes empezaron a considerarse «minorías» amenazadas por la apisonadora del Estado moderno y por los comienzos de la representatividad política en las colonias. Cada supuesta etnia prosperó de manera diferente. El gobierno liberal británico concedió un estatus político especial a los musulmanes indios en 1909, con enormes consecuencias para la historia del subcontinente. Era demasiado débil para

poder hacer lo mismo para los coptos egipcios. Sin embargo, en el archipiélago malayo y en Fiyi se crearon comisiones administrativas especiales para separar a los chinos e indios de los malayos y fiyianos indígenas. Las autoridades francesas hicieron algo parecido con los inmigrantes chinos e indios en Indochina, mientras que en Indonesia los holandeses crearon códigos legales que supuestamente reflejaban las tradiciones de los diferentes «pueblos». Incluso en las Américas y en Filipinas, se basaron en las viejas distinciones raciales españolas para la administración, diferenciando a malayos de chinos y de filipinos autóctonos.

Los imperios eurasiáticos de Rusia y Europa del Este se situaron entre los viejos imperios de Asia y Oriente Medio y las nuevas sociedades industriales del Atlántico, en cuanto a su forma de tratar a sus minorías y subgrupos nacionales. El Imperio Ruso trató a los habitantes de los territorios asiáticos centrales de manera parecida a la de los británicos en la India. Delimitaron áreas administrativas especiales. Se establecieron consejos de sabios tribales y juristas islámicos. Se implantó un sistema «inverso» al de los millets otomanos, en el que los musulmanes hacían el mismo papel que los cristianos en el Imperio Otomano. Pero los Imperios Ruso y Austriaco tenían con frecuencia el grave problema de que las poblaciones no rusas y no germanas eran de las más ricas y más poderosas del imperio. Los gobernantes rusos se vieron obligados a acomodar los intereses e identidades de alemanes, lituanos y judíos, además de kazajos, tártaros y otros centroasiáticos. Una asimilación demasiado enérgica podía impulsarlos a actuar políticamente, mientras que la poca asimilación e intervención administrativa podía dar por resultado el desarrollo de «estados dentro del Estado».

Incluso en Europa occidental, las diferencias culturales y religiosas heredadas de los viejos regímenes política y religiosamente plurales del siglo XVIII reaparecieron a finales del siglo XIX cuando la nueva clase media politizada empezó a presionar para establecer su identidad nacional. Unas mejores comunicaciones, la mente clasificadora y estadística del Estado y, sobre todo, los recelos creados hacia los grupos minoritarios durante las guerras inculcaron un sentimiento propio entre los pueblos más conscientes de su pasado y su potencial futuro. El nacionalismo irlandés desarrolló una base más fuerte y masiva, dominada por católicos romanos, como respuesta a los intentos de asimilación de los protestantes en 1815. Al mismo tiempo, los unionistas protestantes proclamaban sus raíces inglesas y escocesas y su herencia protestante. Las leyendas sobre las diferencias se elaboraron en la historia del «Reino

de Ulster» y su contribución a la creación del Imperio Británico. Otros grupos del continente europeo empezaron a definirse con referencia a sus identidades étnicas similares a finales del siglo XIX: bretones, vascos, corsos y los habitantes del Alto Adige empezaron a resentirse de las presiones de las naciones-estado a las que habían sido incorporados, a veces recientemente.

El caso de los judíos fue diferente. En la década de 1870, la mayoría de los judíos de Europa habían sido asimilados por el orden cívico de los diferentes estados y ya no vivían en guetos. Esto había ocurrido en la mayoría del norte de Europa durante el Imperio Napoleónico, y en Italia a partir de 1848. En el caso de Francia y Alemania, el aumento de los matrimonios entre judíos y no judíos y el auge de las tradiciones religiosas reformistas que daban poca importancia a la diferencia entre los estilos de vida judíos y gentiles, impulsó una asimilación a medias. Un dicho judío sintomático de la época decía: «Sé judío en casa y hombre en la calle»[32]. Pero la asimilación sólo había sido parcial. La mayoría de las comunidades judías seguían siendo endogámicas. Miles de comunidades guardaban sus viejas tradiciones y su tradicional estilo de vida, desde Argelia y Libia hasta Polonia y Rusia, en el sur desde el Yemen hasta la Cochinchina en India y el suroeste de China. Existían poderosas asociaciones para recrear la fe y la cultura que, cada una a su manera, evitaban la asimilación. Junto a estas comunidades tradicionales y a estas tendencias asimiladoras apareció el movimiento sionista, que reclamaba una patria judía y que encendió la llama separatista en el congreso de delegados en Basilea en 1897.

Entre los gentiles, sobre todo en el centro y el este de Europa, el símbolo del judío como comerciante parásito, además de «asesino de Cristo», se convirtió, proféticamente, en un símbolo nacionalista. El antisemitismo, antes un fenómeno localizado de odio religioso o de envidia comercial, como en 1848, empezó a formar parte del lenguaje nacionalista en las grandes ciudades multiétnicas. Este cambio hizo aún más vulnerables a los judíos europeos durante el siglo XX. La guerra exacerbó el miedo al enemigo interno. Aunque los judíos de Rusia y Austria se habían incorporado rápidamente a la sociedad cristiana durante la primera mitad del siglo, las presiones industriales y urbanas les convirtieron en blanco de los que no habían conseguido beneficiarse de la producción capitalista. La guerra y las tensiones internacionales empeoraron la situación. Fue, sobre todo, tras la derrota de Rusia a manos de Japón en 1905, cuando las autoridades, los políticos conservadores rusos y los burócratas dieron rienda suelta a los pogromos con-



6.2 ¿Asimilación, separatismo o exclusión? Debate entre rabinos. Cuadro de Josef Suss, *c.* 1900.

tra los judíos del imperio. Al mismo tiempo, la ideología era importante. Mientras que en Budapest la población judía era el 23 % del total en 1900, el antisemitismo más violento tuvo lugar en Viena, donde no llegaba al 7 %. El nacionalismo alemán era más duro y más receloso con los «foráneos»[33].

En Europa occidental, el odio hacia el «enemigo interno» resultó ser el anverso del nuevo nacionalismo. Tras la derrota a manos de Alemania en 1871, los judíos de Alsacia se trasladaron a París, haciendo más visible su comunidad. Pero fue en la década de 1890, cuando Francia competía con Gran Bretaña y Alemania, cuando el antisemitismo francés despegó. Lo alentaron obras como *La France juivre* («La Francia judía»), de Edouard Drumont, publicado en 1886, y alcanzó su máxima expresión con el juicio al oficial militar Dreyfus por alta traición. Dreyfus era judío alsaciano[34].

Esta agudización del sentido de las diferencias étnicas y del mininacionalismo fue la respuesta al crecimiento del nacionalismo mayoritario,

y hubo casos hasta en las Américas. En Canadá, el catolicismo galo de Québec se vio fortalecido cuando el país quedó federado al Imperio Británico a finales del siglo XIX. Los inmigrantes de las sociedades de Sudamérica también intentaban mantener su idioma y sus costumbres. En Estados Unidos, sin embargo, el caso fue otro. Era una nación de inmigrantes y no había una «patria nacional» que defender. Estados Unidos era un Estado que no se basaba en un sentido nacionalista étnico. El dominio original por parte de protestantes británicos se había diluido. Tras la hambruna de 1848 en Irlanda, millones de católicos irlandeses se unieron a las anteriores generaciones de colonos protestantes de ese país. Entre 1850 y 1914, unos 20 millones de rusos, polacos, alemanes e italianos hicieron la travesía hacia Estados Unidos gracias al viaje más seguro que significó el barco a vapor. Entre estas comunidades inmigrantes se conservaron los recuerdos, la cultura y, durante cierto tiempo, los idiomas de sus países de origen. La etnia marcaba los patrones electorales hasta cierto punto. Pero estos grupos étnicos nunca se politizaron lo bastante como para evitar su asimilación a lo que ya se consideraba una nación norteamericana.

Las razones de esta situación nos ayudan a entender el endurecimiento del trato a las minorías y el discurso racial en muchas zonas de Europa. El gobierno federal de Estados Unidos era bastante débil, por lo que el estatus de cualquier grupo de inmigrantes, a excepción de los asiáticos, nunca fue tema de debate nacional ni de definición por un Estado centralizado. Los gobiernos de cada Estado y las comunidades pequeñas manejaban el proceso de inmigración, asentamiento y asimilación a través de la extensión del idioma inglés. Como Estados Unidos no tenía una Iglesia oficial, ni siquiera una identidad protestante dominante, la religión nunca creó problemas más que a nivel local. La riqueza de la tierra y los recursos naturales reclamaban mano de obra en casi todo el país, de este modo no tuvieron que sufrir los conflictos sobre el control de la tierra, ni las limitaciones de acceso económico que se dieron en Europa. La movilidad social era rápida y si en ciertos lugares empezaba a emerger una jerarquía, como en las ciudades de la costa este, la gente podía mudarse a una región menos jerarquizada. La etnia y la clase social nunca se vincularon de la misma manera que en el Viejo Mundo.

Esto, claro está, referido sobre todo a la población europea. Como en el resto del mundo, las fronteras raciales entre descendientes de europeos y no europeos también se endurecieron en Estados Unidos. De hecho, los norteamericanos habían sido pioneros en las teorías racistas

y eugenésicas. A partir de 1860, se limitó la inmigración de chinos, indios y japoneses. En la década de 1890, la esclavitud negra había sido sustituida por una segregación basada en el color de la piel. A efectos prácticos, la emancipación de los esclavos incrementó las diferencias políticas y económicas entre blancos y negros en el Sur y creó una importante barrera racial. La voraz búsqueda de tierra recluyó a las «primeras naciones» americanas en empobrecidas reservas. Los trabajadores japoneses, chinos y ocasionalmente judíos padecieron campañas discriminatorias organizadas, especialmente a partir de mediados de la década de 1890. En este aspecto, los Estados Unidos se parecían a los «dominios blancos» británicos. Porque fue a finales del siglo XIX cuando los amerindios de Canadá y los maoríes y aborígenes de Australasia vieron reducido su acceso a la sociedad civil. En Sudáfrica, la competencia entre los británicos y los afrikáners causó la paulatina destrucción de los restantes agricultores negros libres e impulsó una campaña para excluir a los negros de las labores especializadas.

Esta sección demuestra que la creación de fronteras entre la población «mayoritaria» y las «minorías» fue un fiel reflejo de la creación de la nación. Fue, entonces, a finales del siglo XIX, cuando el deseo de construir naciones era máximo, cuando las fronteras internas entre supuestas etnias se reforzaron. La estrategia de las potencias coloniales europeas de «divide y gobierna» sólo fue un ejemplo extremo de un fenómeno generalizado. Sin embargo, el Estado sólo pudo instaurar esta percepción de la diferencia gracias a la ayuda de los líderes de esas etnias. Las supuestas minorías se consideraban mininaciones, incluso cuando no querían separarse completamente de la sociedad mayoritaria, como era el caso judío. Sus líderes crearon historias, leyendas e idiomas que reflejaban los mismos proyectos de construcción de la nación. Algunos de estos grupos conseguirían una patria a lo largo del siglo XX. Otros siguieron luchando por ella. Y otros padecieron persecuciones e incluso el exterminio.

EL IMPERIALISMO Y SU HISTORIA: FINALES DEL SIGLO XIX

Las dos últimas secciones de este capítulo examinan, primero, la proyección del nacionalismo de finales del siglo XIX a través del imperialismo y, luego, la internacionalización de los vínculos globales. Muchos aspectos de la historiografía moderna carecen de teoría —me refiero a

que los historiadores tienen muchos datos y argumentos, pero carecen de principios con los que categorizar su material por orden de importancia para entenderlo mejor—. Sin embargo, esto no es cierto para la historia de finales del siglo XIX: hay muchas «teorías» del nacionalismo y del imperialismo. Es curioso que en debates recientes estas dos nociones, siempre vinculadas en las mentes contemporáneas, se hayan desvinculado. Los historiadores europeos estudian las naciones-estado, y más recientemente, los grupos excluidos o marginados de ellas. Los historiadores de los imperios estudian los orígenes de estos. Los historiadores no europeos analizan los efectos del imperialismo y proponen teorías de nacionalismo no europeo, que se suelen basar en cómo se representaba la nación con símbolos genéricos, ceremonias y temas literarios.

En vez de buscar los orígenes del nacionalismo en el imperialismo, o viceversa, es mejor verlos como procesos relacionados a largo plazo. La expansión imperial obligó a los líderes de los estados a reconsiderar la naturaleza de la nacionalidad que sostenían encarnar. A su vez, la experiencia de la expansión imperial definió identidades patrióticas tanto entre los conquistadores como entre los conquistados. La expansión europea de finales del siglo XVIII había incorporado a grupos periféricos de las viejas naciones a las nuevas naciones europeas. Los corsos, que gobernaron en la Francia napoleónica e imperial, y los escoceses y anglo-irlandeses, que lideraron a las tropas del Imperio Británico, fueron dos ejemplos de este proceso. Al mismo tiempo, la expansión definía con más claridad los viejos patriotismos dinásticos en las regiones invadidas por tropas imperiales. Por ejemplo, el patriotismo español se vio reforzado y popularizado por la invasión napoleónica. La ocupación británica de Ceilán tras 1818 o la represión holandesa de la rebelión en Java entre 1825-1830 empezaron a forjar una línea de resistencia patriótica contra las potencias colonizadoras, recordada y elaborada por posteriores generaciones de campesinos y nacionalistas rebeldes.

LAS DIMENSIONES DEL «NUEVO IMPERIALISMO»

Parece ser que la expansión imperial del periodo posterior a 1870, como la intensidad de los nacionalismos en competencia, tuvo una naturaleza distinta de la del periodo anterior. Fue la época del «nuevo imperialismo», cuando Europa se anexionó la mayoría del África

subsahariana[35]. A partir, más o menos, de 1878, Francia reforzó su dominio de los territorios costeros del oeste de África, mientras que sus ejércitos coloniales se adentraban en las tierras áridas del oeste de Sudán. En 1882, Gran Bretaña ocupó Egipto, y hacia 1898 había conquistado el valle del alto Nilo. A su vez, consolidó su control sobre el sur, centro y este de África, bordeando las dos pequeñas repúblicas independientes afrikáner, el Estado Libre de Orange y el Transvaal. Tras la derrota de China a manos de Japón en 1894-1895, se desataron una serie de conflictos territoriales europeos en la costa china. Cuando tropas europeas y estadounidenses invadieron China en 1900 para sofocar la Rebelión de los Bóxers, sólo la rivalidad mutua evitó que se repartieran el país como ocurrió con África. Lord Curzon, el virrey británico de la India, veía clara la posibilidad de crear un protectorado británico en el río Yangtsé con tropas indias. Por su parte, los generales del zar reforzaron su dominio del centro de Asia.

También fue un periodo en el que las potencias imperiales ocuparon territorios anexos: Holanda, el archipiélago indonesio, Brasil, la Amazonia, y Rusia, el centro de Asia. El rey belga Leopoldo decidió apuntarse al reparto e hizo del Congo un enorme almacén agrícola y una bolsa de mano de obra forzosa para su país[36]. Alemania, confiada tras su nuevo dominio militar en Europa, adquirió Tanganika, el África Alemana del Oeste y una colonia en Nueva Guinea. Partiendo de su base en India, Gran Bretaña consolidó su influencia informal en el golfo Pérsico, Afganistán, el Tíbet y el norte de Birmania. También fortaleció su dominio en la península Malaya y sometió a los sultanes. Incluso el Imperio Otomano, ahora un Estado semieuropeo, empezó a construir una moderna administración en el valle del Tigris y el Éufrates y el sur de Arabia. Dice mucho que los otomanos usaran traducciones de los manuales militares y administrativos británicos para gobernar Arabia.

Debemos explicar la rapidez y ferocidad de las potencias europeas al anexionar los territorios que permanecían independientes en Eurasia, África y el Pacífico, incluso cuando su valor económico era bastante escaso y el riesgo de provocar guerras competitivas, grande[37]. También tenemos que explicar la participación entusiasta de Japón en el nuevo carnaval imperial y, aunque brevemente y de forma más ambivalente, la de Estados Unidos. Ambas potencias habían nacido de la lucha contra el control imperial.

Hay varias causas que explican el nuevo imperialismo de finales del siglo XIX. Entre las explicaciones está la marxista-leninista, de argumentos económicos, que mantiene que los grandes conglomerados capitalistas,

tras extraer superbeneficios en Europa, empezaron a repartirse los recursos del mundo usando la fuerza militar[38]. Otros historiadores, marxistas y no marxistas, involucran a los financieros que, supuestamente, trataron de hacer del mundo un lugar seguro para sus inversiones, expandiendo el control territorial europeo al resto del mundo[39]. Otra variante de la teoría económica mantiene que fueron los «hombres del momento», los comerciantes con algodón o aceite de palma, o los propietarios de minas, quienes presionaron a los gobiernos para que crearan áreas seguras para la explotación de los recursos y mano de obra indígenas[40]. Por el contrario, las famosas ideas de Robinson y Gallagher hablan de la importancia de las crisis «periféricas»[41]. Estas crisis, sobre todo las de Egipto y Sudáfrica de la década de 1870, debilitaron la fiabilidad de los colaboradores económicos autóctonos que ayudaban a Europa, convenciendo a la «mentalidad oficial» de los capitales europeos de la necesidad de asumir un control directo de los territorios. Algunos historiadores valientes aún mantienen la vieja teoría de las maniobras diplomáticas entre las potencias europeas en la carrera para «dividir y gobernar». Otros proclaman que deberíamos estudiar los efectos del reparto de África o el Pacífico en la población nativa, y no los objetivos de los conquistadores blancos.

Todos estos argumentos tienen cierta validez en diferentes lugares y en diferentes momentos de la historia del nuevo imperialismo. Probablemente no merezca la pena buscar una sola teoría que abarque todo. Sí parece, sin embargo, que existieron ciertas *precondiciones* generales para el avance territorial europeo y el control o influencia indirecta sobre los no europeos. Repito un argumento general que parece obvio, pero que a veces se olvida: el nuevo imperialismo estaba estrechamente vinculado al nacionalismo más enérgico en Europa, que ya analizamos anteriormente en este capítulo. Puede que parezca un argumento anticuado, pero eso no significa que sea erróneo. El imperialismo y el nacionalismo eran partes de un mismo fenómeno. El nacionalismo y el conflicto en Europa hicieron que los estados recelaran más de sus competidores extranjeros y que prefirieran a su propia ciudadanía y reclamar sus propios derechos. El reparto de África fue, en parte, un ejercicio preventivo de los gobiernos nacionales para adelantarse a los rivales ocupando tierras que posiblemente dieran beneficios económicos o estratégicos en el futuro.

Sin embargo, los gobiernos europeos estaban en mucha mejor situación para lanzar su poder a ultramar que en generaciones anteriores. Las armas de fuego de repetición y los acorazados abrieron una brecha

militar infranqueable entre los europeos y los pueblos indígenas. Las nuevas medicinas protegían a las tropas imperiales de forma más eficaz. El telégrafo facilitó infinitamente la comunicación entre la metrópolis y las colonias[42]. La tecnología permitía cumplir lo que anteriores imperialistas sólo pudieron soñar. Pero aparte de tener los medios, también tenían las ganas.

Hay mucha verdad en la vieja idea de que las maquinaciones del Congreso de Europa (las reuniones de las grandes potencias europeas) animaron al reparto de África y a las guerras para obtener concesiones en Persia y el Pacífico[43]. El dominio británico estaba en decadencia y las nuevas potencias europeas se establecían como tales[44]. El prestigio nacional y un profundo deseo de avanzar los intereses de sus respectivos países motivaban a los estadistas y soldados. La invasión francesa del oeste de África y de Sudán entre 1878-1898 se justificó señalando varias pequeñas guerras comerciales locales y la siempre presente amenaza de una yihad islámica. Sin embargo, el motivo real no era el comercio ni la defensa regional. El ejército de ultramar francés buscaba la gloria internacional y el reconocimiento doméstico para hacer olvidar la derrota a manos de Prusia en 1871[45]. A partir de 1880, por el contrario, la nueva Alemania unificada buscaba el papel de árbitro en Europa solucionando sus conflictos de ultramar. El plano para repartir las partes restantes de África se elaboró en el Congreso de Berlín de 1884, donde Bismarck, el canciller alemán, tenía en sus manos el fiel de la balanza de poder entre Gran Bretaña y Francia. Como era inevitable, la creación de supuestas zonas de intereses nacionales en África y en el Pacífico, y, a partir de 1896, en la costa china, animó a las naciones-estado a invadir esas zonas físicamente, antes de que lo hicieran otros. La invasión de China por Europa, Estados Unidos y Japón durante la Rebelión de los Bóxers de 1900, fue un ejemplo claro de imperialismo competitivo.

Es cierto, como aseveran los defensores de la teoría del imperialismo económico, que el reparto de África dio beneficios adyacentes. Las empresas europeas e incluso las indígenas con sede local vieron garantizada su seguridad, como pasó con Cecil Rhodes, un empresario británico establecido en el centro de Sudáfrica. Fue más fácil coaccionar y controlar la mano de obra indígena para la producción de cultivos comerciales en las zonas controladas directamente por los europeos, como había vaticinado el rey Leopoldo respecto al Congo Belga. Las deudas de los regímenes indígenas se saldaban más rápido, como pasó cuando Gran Bretaña invadió Egipto. Las tierras de cultivos de algodón que Rusia conquistó en el centro de Asia en 1860 resultaron ser una fuente

de materia prima muy útil para la industrialización rusa. La amenaza de una caída en el precio de las materias primas durante la década de 1870 aumentó la sensación de crisis de ultramar. Esto enfrentó los intereses comerciales de los diferentes gobiernos. Por eso era útil para las empresas en el oeste de África contar con el apoyo de los gobiernos coloniales[46].

A pesar de estas consideraciones, los beneficios económicos de la segunda era de imperialismo global siempre fueron menos tangibles que los de la primera desarrollada entre 1780-1820. Los grandes organizadores del nuevo imperialismo no eran capitalistas internacionales, como aseguró Lenin, sino gobiernos nacionales que fomentaban los intereses comerciales de sus propios ciudadanos para adelantarse a compañías mineras, telegráficas, ferroviarias o de materias primas rivales. El oro sudafricano, por ejemplo, era clave para la fuerza de la libra esterlina. Esto llevó a los gobiernos británicos a buscar la estabilidad política en Sudáfrica, a veces, como en el caso de los colonos holandeses y alemanes, mediante la fuerza militar. Con esto no quiero insinuar



6.3 La reina Victoria vista por un tallista nigeriano. Efigie de madera pulida de finales del siglo XIX, Yoruba, Nigeria.

que los británicos entraran en guerra en Sudáfrica entre 1899-1902 impulsados por las cábalas de malignos financieros sentados en los oscuros despachos de Londres. La guerra la impulsó una alianza de intereses metropolitanos y de «hombres del momento», en la colonia de El Cabo o en Natal. Estos hombres decidieron, erróneamente, que conquistar las provincias holandesas del Transvaal y el Estado Libre de Orange solucionaría los problemas de control de mano de obra, los altos impuestos y la ausencia de una administración firme en esas colonias. El imperialismo económico era, a veces, la doncella de los agentes de la nación-estado más que una motivación subyacente de expansión territorial.

Este argumento parece todavía más convincente si examinamos el imperialismo de naciones-estado más pequeñas y de creación tardía. Aunque los beneficios de las conquistas italianas en el norte de África y en Etiopía fueron dudosos a largo plazo, un imperio italiano siempre fue el sueño de los gobiernos nacionalistas derechistas de Francesco Crispi y Agostino Depretis. Estos dos políticos trataban de consolidar su influencia en un Estado italiano a medio hacer en las décadas de 1880 y 1890. Si añadimos una pizca de marxismo, éste también es el contenido de las afirmaciones que aseguran que las ambiciones imperiales de Bismarck en Alemania, fueron el resultado de un «imperialismo social». Según esta teoría, Bismarck utilizó el imperialismo en África y en el Pacífico para «aliviar» las tensiones sociales que aparecieron en Alemania durante su rápida industrialización. Aunque sea difícil identificar el mecanismo político que hace que esta idea funcione, la mayoría de historiadores están de acuerdo en que Bismarck utilizó la expansión ultramarina como una herramienta de construcción estatal interna y no porque Alemania necesitara un imperio por razones económicas.

De la misma manera, Japón, que ocupó Taiwán e invadió China en 1894, tras un conflicto sobre Corea, veía su imperio como una protección para y una extensión lógica de su imperio nacional creado en 1868. Facciones rivales del ejército y la marina, con raíces en los pueblos choshu y satsuma de reciente asimilación al imperio, competían por expandir el imperio por tierra o por mar. Los comerciantes y colonos japoneses sacaron provecho de la expansión imperial en Corea y Taiwán. Aun así, fue un proyecto nacionalista. Como dijo un estadista japonés para animar la expansión japonesa en Asia continental: «Si el sol no asciende, desciende. Si el país no florece, muere. Por eso, para proteger al país

eficazmente, no sólo hay que mantenerlo como está, sino que hay que añadirle lo que no está»[47].

De hecho, Japón tenía poderosos rivales a los que temer. La expansión rusa por Siberia y el norte de China estaba motivada por su deseo de consolidar su control económico y territorial en el lejano este asiático. Incluso en los casos del nuevo imperialismo por razones económicas, la promoción del prestigio nacional seguía siendo un elemento clave[48]. El rey Leopoldo, por ejemplo, sacó grandes beneficios de su violación del Congo Belga durante la década de 1880. Pero su plan sólo pudo funcionar gracias a que tuvo lugar en una época de competencia nacional intensa entre las potencias europeas. El objetivo de Leopoldo fue una apuesta por enaltecer al rey de los belgas y para ganar prestigio internacional para su pequeño país.

Hay un segundo sentido en el cual el nacionalismo es un componente clave de cualquier teoría del imperialismo de finales del siglo XIX. Uno de los detonantes fue el aumento del nacionalismo europeo. Otro fue el crecimiento del sentimiento nacionalista entre los pueblos colonizados o bajo amenaza de colonización. La invasión británica de Egipto en 1882 fue una respuesta al movimiento nacionalista egipcio de 1879-1881. La descarada explotación económica del país por obligacionistas europeos a partir de 1876 había transformado el Estado patriótico de Mehmet Alí en un pujante movimiento nacionalista liderado por el coronel Urabi[49]. Los agentes locales convencieron al gobierno británico de que esto representaba una amenaza no sólo para la seguridad de las inversiones de Londres, sino para toda ruta estratégica hacia la India que pasara por el canal de Suez.

El nacionalismo bóer de los colonos holandeses de Sudáfrica, basado en el calvinismo y en patriarquías, se transformó, como resultado de la presión británica, en algo parecido a un nacionalismo afrikáner mucho antes de la guerra de Sudáfrica de 1899. Una multitud de colonos, comerciantes y aventureros consiguió someter el centro y el este de África al control europeo a partir de 1878. Pero el deseo de Inglaterra y sus agentes de adelantarse a los afrikáner en la carrera por explotar los territorios del norte fue una motivación importante a la hora de anexionarse tierras.

Incluso en territorios ya controlados por europeos, el control imperial se volvió más enérgico e intervencionista en respuesta a los nacionalismos coloniales. En este sentido, el «nuevo imperialismo» fue consecuencia además de causa del nacionalismo. Los procónsules y administradores como Curzon en la India, Cromer en Egipto, Milner en

Sudáfrica y Sarrault en la Indochina francesa gobernaban sus territorios en las décadas de 1890 y 1900 con el objetivo de evitar, desviar o suprimir las demandas que hacían los intelectuales locales pidiendo más libertad y mayor representación política. A la vez, estos cuatro administradores acabaron empujando a los líderes locales hacia una oposición más fuerte, hacia la resistencia armada y el terrorismo. Al este, la expansión holandesa desde Java por las islas del archipiélago (como Sumatra) fue, en parte, una respuesta a la resistencia islámica y local en las fronteras. Sólo de manera retrospectiva estos nuevos territorios pacificados resultaron beneficiosas agrícola y económicamente.

En resumen, cuando los historiadores investigan la expansión europea en una región no europea, suelen encontrar una variedad de intereses locales y metropolitanos que causaron o justificaron la intervención. Para poder explicar por qué el nuevo imperialismo se intensificó a finales del siglo XIX, se han aducido como factores importantes la crisis económica mundial, los intereses capitalistas, la búsqueda de materia prima agrícola o los intereses comerciales locales. Desde luego, las nuevas tecnologías existían y ofrecían la esperanza de explotar el interior de continentes enormes. Pero esto tampoco explica por qué los gobiernos europeos ocuparon tanto territorio y con tanta determinación. Una teoría general más convincente es que la nueva fase de expansión imperial coincidió con el auge de las naciones-estado de Europa, América y Japón, y también con el surgimiento de movimientos nacionales extraeuropeos. Había que ocupar las tierras reclamadas rápidamente, antes de que lo hicieran otros.

¿UN MUNDO DE NACIONES-ESTADO?

El aspecto clave de la nación-estado —para algunos analistas— no fue su naturaleza intrínseca ni sus reclamaciones y demandas a su propio pueblo. Fue más bien el hecho de que la nación-estado operaba en un mundo de otras naciones-estado y provincias imperiales parecidas, y esto impulsó la uniformidad política del mundo. Los viejos y poco unidos vínculos ecuménicos y sus círculos de intercambios suntuosos y de diásporas comerciales, que llamé «globalización arcaica» en el capítulo 1, fueron desapareciendo gradualmente. En su lugar apareció un sistema internacional movido por la cooperación o la competencia entre economías políticas nacionales. A partir de 1815, el Estado europeo y el

colonialismo occidental empezaron a imponer un nuevo patrón internacional al viejo orden mundial. La nación-estado empezó a dominar las redes globales. Impuso en todas las redes internacionales su sistema de fronteras, idiomas y convenciones religiosas, claramente definidas.

Pero es importante recordar que el antiguo sistema de globalización sobrevivía bajo la superficie del nuevo orden internacional. Los vínculos creados por las peregrinaciones, por los imperios universales del pasado e, incluso, por el consumo de bienes preciosos y exóticos seguían siendo importantes. Además, estos vínculos facilitaron y subvirtieron el nuevo orden internacional. Consideraremos esto primero.

LA PERSISTENCIA DE LA GLOBALIZACIÓN ARCAICA

Al considerar cómo se estructuraban las redes internacionales en el siglo XIX, son tan claves las consecuencias involuntarias de los viejos vínculos como la política de los líderes de las naciones-estado. Por ejemplo, tras dos guerras brutales y destructivas, y el apoyo británico a los confederados durante la guerra civil, ¿por qué Gran Bretaña y Estados Unidos volvieron a aliarse durante el siglo XIX? Los especialistas en las relaciones internacionales suelen achacarlo a «razones de Estado». Pero los persistentes vínculos antiguos eran iguales o más importantes. Incluso después de la Guerra de Independencia de Estados Unidos y de la guerra de 1812-1814, los abogados a ambos lados del Atlántico seguían empleando la vieja tradición de la Common Law. Las iglesias protestantes establecidas renegociaron sus vínculos y lanzaron una ofensiva evangélica conjunta por todo el mundo. La antigua tradición literaria, nacida en tiempos de Shakespeare, seguía siendo debatida y reinterpretada en libros y periódicos impresos a ambos lados del Atlántico. Antes de 1848, o incluso de 1870, los vínculos matrimoniales trasatlánticos y la emigración siguieron siendo parecidos a los de los siglos XVII y XVIII, cuando se «pobló Norteamérica». La exportación global de culíes de China, Japón e India, y de trabajadores del este y el oeste de África a lo largo del siglo XIX difundió los antiguos patrones de inmigración interior e interregional y de la trata de esclavos, sometiéndolos a su vez a nuevas formas de control comercial.

Los antiguos vínculos religiosos, económicos y de hábitos físicos sostenían el nuevo orden internacional del siglo XIX en el aspecto econó-

mico. Las teorías marxistas y liberales clásicas de los cambios económicos insisten en la racionalidad de expandir el capitalismo. Según estas teorías, el objetivo de la expansión occidental era obtener recursos y mano de obra subordinada. En gran medida fue cierto. Como ya hemos visto, a principios del XIX grandes zonas del mundo se convirtieron en un vasto campo agrícola que producía para Europa occidental. Esto ocurrió antes de la industrialización masiva, incluso en Gran Bretaña. Aun así, muchas características de los viejos vínculos económicos seguían funcionando e influyeron en los nuevos sistemas. La globalización arcaica se vio impulsada, en parte, por el deseo de adquirir productos exóticos y coleccionar rarezas que transformaran el estatus social. Ese deseo no desapareció en el siglo XIX. Si los abanicos y las especias exóticas habían sido los bienes de lujo del comercio global del siglo XVII, las plumas de avestruz y la porcelana japonesa seguían llegando a los mercados norteamericano y europeo. Los cuernos de rinoceronte, las babosas marinas y los nidos de pájaro eran productos preciados en el mercado chino. A pesar de una creciente campaña moral en su contra, el opio, en sus diversas presentaciones, seguía siendo un negocio clave para Asia y todavía llegaba a Europa y América.

Un producto en particular se seguía resistiendo a las leyes de la oferta y la demanda del mercado internacional. Las grandes poblaciones, sobre todo de Asia, consumían oro, un producto clave del comercio internacional, debido a sus cualidades carismáticas como elemento que transformaba el estatus social y hasta mejoraba la salud. A partir de 1860, el oro se extraía de yacimientos usando un sistema capitalista de producción y de control de la mano de obra en Australia, Sudáfrica y California. El mercado, sin embargo, obedecía a unas ideas bien distintas del prestigio y del consumo familiar. A lo largo del siglo XIX e incluso hasta la década de 1980, el consumo de oro en India y Oriente Medio mantuvo un precio inelástico. Esto significa que los indios, los árabes y todos los demás importaban enormes cantidades de oro para joyas o como inversión familiar sin importarles el precio en el mercado internacional. Los antropólogos han demostrado que el oro funciona como una divisa universal y de prestigio en la India, independientemente del mercado[50]. Hasta hace poco, la acumulación de pulseras de oro y otras joyas era una estrategia importante para preservar la viabilidad financiera de una mujer en la familia de su marido. También se pensaba que el oro protegía, fortalecía y purificaba los humores corporales del que lo llevaba. Estos principios arcaicos de consumo dominaban los libros de cuentas de los «caballerosos capitalistas» del mundo moderno.

Los patrones matrimoniales del siglo XIX también mantuvieron características arcaicas. Por lo general, los antropólogos han analizado las costumbres matrimoniales en sociedades pequeñas. Los historiadores sociales se han interesado por las prácticas matrimoniales de aristocracias nacionales específicas. Sin embargo, lo que ocurrió en el siglo XIX fue una expansión masiva de la hipogamia global, los hombres se casaban con mujeres de un estatus social inferior. A veces esto implicaba matrimonios que cruzaban las fronteras entre diferentes culturas o grupos raciales. Hacia 1830 se creía que las relaciones sexuales entre mujeres asiáticas y hombres británicos eran una cosa del pasado. Es cierto que en la India del siglo XIX se empezaron a construir lentamente barreras raciales en el matrimonio y el sexo, pero no se debe exagerar esto. Aunque la comunidad anglo-india se formó por lo general antes de 1820, a partir de 1860 aparecieron grandes comunidades de anglo-chinos, anglo-birmanos, holandeses-indonesios. Éstos jugaron un papel dominante en el comercio y en el sector de servicios de gran parte del sur y el este de Asia. La antigua costumbre de los viajeros musulmanes de contraer matrimonios temporales con mujeres extranjeras seguía uniendo el Oriente árabe, indio y musulmán durante el siglo XIX. Más adelante fue un factor importante del panislamismo mundial. Seguían apareciendo comunidades de raza mixta en las Américas, aunque lo que se llamó «mestizaje» (la mezcla de razas) se vio limitado por las ideas burguesas, nacionalistas y raciales del mundo anglohablante de Norteamérica.

Los antiguos conceptos de los vínculos familiares seguían influyendo poderosamente en Europa y las Américas. Los vínculos de las familias reales europeas —Borbones, Hohenzollerns, Sajonia-Coburgo y demás— se convirtieron en una herramienta estratégica de la diplomacia privada de finales del siglo XIX[51]. Al mismo tiempo, la hipogamia aristocrática del norte de Europa fue un recurso clave para terratenientes en decadencia por la gran depresión agrícola de la década de 1870. Las familias aristocráticas británicas recibían a las herederas norteamericanas. Los casos Churchill y Curzon, que adquirieron «sangre nueva» y riqueza nueva gracias a matrimonios con herederas norteamericanas son sólo ejemplos, aunque muy conocidos. Los viejos terratenientes españoles, portugueses y franceses se mantuvieron solventes casándose con mujeres ricas de las colonias de Brasil, Cuba y México. Todos estos vínculos arcaicos se transformaron con las nuevas estructuras capitalistas de la economía mundial, pero todos reflejaban las tradiciones y estrategias de tiempos anteriores. Las teorías modernas eugenésicas

sobre el vigor racial sólo sirvieron para validar las viejas ideas del linaje sanguíneo.

Ahora es más fácil entender cómo estos vínculos arcaicos se convirtieron durante el siglo XIX en una red de conexiones internacionales en tan breve periodo de tiempo. Se ha escrito mucho acerca del crecimiento de la nación-estado y de su álter ego, el Estado imperial, tras 1850. Se ha prestado menos atención al proceso de reconstrucción de los vínculos globales, o su relación con la nación-estado. Los viejos patrones de conexión internacional persistieron. Pero se vieron representados cada vez más como esencias nacionales controladas por las naciones-estado.

DE LA GLOBALIZACIÓN AL INTERNACIONALISMO

En el capítulo 1 sugerí que los vínculos globales del viejo mundo se definían por las ideologías y por los hábitos físicos. Antes del siglo XIX dominaban las ideologías del monarca universal y de la religión universal. El punto clave del cambio a partir de 1800 fue que los escritores, juristas y políticos adoptaron y adaptaron las ideas de los derechos individuales y estatales para sus propios fines. La historia intelectual sigue siendo muy eurocéntrica (y norteamericanocéntrica). Es importante recordar que los asiáticos y africanos asimilaron y utilizaron las teorías acerca de los derechos. Obviamente, la expansión imperial fue un factor clave. El aparato estatal europeo y sus derechos sobre la tierra y la ciudadanía se exportaron a las segmentadas África y Asia. La idea de un imperio universal chino, otomano o, incluso, católico se quedó obsoleta. Los nacionalistas europeos y los patriotas coloniales empezaron en su lugar a afirmar sus derechos ya como individuos o representantes de una cultura en el idioma de la teoría adoptada. En la década de 1830, Ram Mohun Roy, el reformador bengalí, argumentó que la Compañía de las Indias Orientales inglesa había violado los derechos del Imperio Mogol, al que ahora pasó a llamar Estado en vez de imperio universal. La derrota de China en las Guerras del Opio obligó al Reino Medio a abandonar su supuesta superioridad y reclamar igualdad territorial y económica bajo las leyes internacionales. El panorama ideológico del mundo internacional moderno se veía como un diálogo entre entidades políticas iguales con derechos uniformes. A su vez, la tendencia universal inherente a las nuevas teorías de los derechos individuales y grupales

empezó a crear vínculos extranacionales, una especie de embrionaria sociedad civil internacional.

Otros aspectos de la ideología global se vieron transformados en el siglo XIX. Como veremos en el capítulo 9, las religiones mantenían sus aspiraciones universales. Sin embargo, empezaron a adaptar sus actividades, sus formas de burocracia y su poder de atracción a la nación-estado. Las misiones cristianas de finales del siglo XIX eran misiones nacionales. La resurgida Iglesia católica de finales del siglo XIX empleaba un idioma universal, pero su burocracia imitaba a la de la nación-estado, y su atractivo era especialmente fuerte en nacionalidades sumergidas como por ejemplo Polonia e Irlanda. Los panislamistas también soñaban con un califato universal. Pero su política era potenciar a naciones musulmanas sumergidas o acorraladas. La teoría racial, que dominaba a finales del siglo XIX, era, supuestamente, una teoría histórica global. Pero sus implicaciones se expresaban siempre en la terminología propia de la nación-estado. Por ejemplo, los teóricos raciales franceses se preocupaban por las duraderas características de la «raza teutona» y la «raza latina», pero, por lo general, su preocupación era si la mezcla de estas razas fortalecía o debilitaba la nación francesa y su Estado. En este aspecto, las teorías raciales eran diferentes al arcaico sistema físico de castas que analizamos en el capítulo 1.

Los vínculos globales del viejo orden se crearon por las migraciones de pueblos. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el Estado regulaba y controlaba la migración. Las medidas antiesclavistas tomadas por los gobiernos británico y francés crearon un nuevo sistema de tratados y controles de las aguas internacionales. Los gobiernos coloniales controlaban el flujo de trabajadores inmigrantes contratados tanto dentro como fuera de sus dominios. Con el reglamento sobre barcos trasatlánticos de emigrantes establecido por los gobiernos británico y estadounidense en la década de 1820, y el reglamento de la cuarentena tras las grandes epidemias de cólera entre 1830-1850, los estados ejercían un control cada vez más férreo sobre la inmigración internacional libre. La doctrina del libre comercio luchó varias décadas contra este incremento de control estatal. Hacia finales del siglo XIX, sin embargo, el miedo al declive racial y a los supuestos criminales y agentes extranjeros dio la victoria a la vigilancia estatal. Un resultado de esto visible en Estados Unidos fue la imposición a partir de 1890 de un control más rígido sobre los inmigrantes, sobre todo los «asiáticos» y judíos. Esto culminó con la Ley de Origen Nacional de 1924. Este tipo de legislación establecía

claramente la «esencia» del Estado, pero también determinó la naturaleza de los vínculos internacionales.

De similar manera, los antiguos y poco ligados vínculos del comercio global fueron sustituidos por acuerdos comerciales más formales entre naciones. Esto ya era el caso en los días del libre comercio antes de 1870. Pero mientras los políticos e industriales trataban de proteger sus economías con acuerdos sobre tarifas, la nación-estado se convertía inexorablemente en el actor principal de la economía internacional. Esto provocó acuerdos comerciales cada vez más formales. El viejo sistema de cónsules honoríficos o consultas de los líderes locales con los jefes «invitados» de comunidades de comerciantes se sustituyó con redes de consulados comerciales y tratados comerciales internacionales. El crecimiento durante el siglo XIX de la economía mundial, dominada por Occidente, produjo una paradoja. Por una parte, el movimiento de capitales se volvió más complejo: la inversión directa a larga distancia significó que empresarios de distintos países trabajaban juntos para reunir e invertir capital. Por otra parte, los estados empezaron a preocuparse por estos flujos de capital y trataron de controlar a las empresas y sus capitales. Por ejemplo, durante la guerra anglo-bóer les entró pánico a los políticos británicos por la manera en la que las empresas internacionales pervertían supuestamente las bolsas internacionales y los flujos de capital se fortalecían. Al mismo tiempo, los controles nacionales sobre la situación y uso de capitales se endurecieron con el desarrollo de la patente nacional y con la idea de la casa matriz con sede nacional.

En tercer lugar, a nivel de los hábitos físicos, los vínculos globales funcionaban de una forma distinta a las antiguas jerarquías cosmopolitas. Empezaron a separar físicamente a los supuestos grupos raciales. Los europeos de Oriente dejaron de contratar ayas indias y chinas para sus hijos. A lo largo del siglo XIX, rechazaron la vestimenta y la comida no europea[52]. Este proceso, nunca total, también afectó a los asiáticos y africanos. En las décadas de 1920 y 1930, los nacionalistas hindúes montaban campañas para expulsar de sus casas a los criados musulmanes y para prohibir que sus mujeres visitaran a sabios y curanderos musulmanes. Éste es un buen ejemplo de cómo las fronteras arcaicas se fueron «nacionalizando» durante el siglo XIX. Pero la nacionalización rígida requería una internacionalización complementaria a nivel físico. En la esfera pública internacional, los hombres se veían obligados a vestir levitas y chisteras británicas mientras, a la vez, hablaban, comían, bebían y se comportaban a lo francés. La creciente uniformidad internacional iba

acompañada de un también creciente conflicto entre naciones-estado claramente diferenciadas.

EL INTERNACIONALISMO PUESTO EN PRÁCTICA

Tres ejemplos nos ayudarán a ver el progreso de este proceso de nacionalización de los antiguos vínculos globales en distintos niveles de teoría y práctica. Este capítulo termina con el caso de una institución estatal, el pasaporte, y con una organización voluntaria internacional, la Cruz Roja. Al final, examinaremos una conferencia internacional de importancia fundamental, el Parlamento Mundial de las Religiones, organizada en Chicago en 1893.

Hasta hace poco, apenas se estudiaba el pasaporte, esa herramienta estatal para controlar fronteras internacionales. Pero la historia del pasaporte indica claramente que hubo una transición entre las redes globales de emigración y el internacionalismo de la nación-estado. El libro de John Torpey, *La invención del pasaporte,* aportó muchos datos en el caso europeo. En el siglo XVIII, la élite comercial y la aristocracia se movían libremente por Europa. Eran los pobres y los campesinos, atados a la tierra, quienes necesitaban papeles para moverse. El pasaporte externo consistía en una carta del rey, un obsequio para los grandes aristócratas, clérigos y otros; una protección real y la petición de que no tuvieran problemas con las autoridades locales de otros reinos.

En Europa y en América, el pasaporte se convirtió en una herramienta de vigilancia política externa durante la Revolución Francesa cuando los gobiernos querían controlar los movimientos de agitadores políticos o, en el caso de la República francesa, de monárquicos y reaccionarios. A lo largo del siglo XIX, el miedo a las revoluciones impulsó la creación de oficinas y agencias de pasaportes. Tras las revoluciones de 1848 y la Comuna de París de 1871, los gobiernos, presos de un ataque de pánico, intentaron extender el sistema a toda la población. Sin embargo, entre 1815 y 1850 hubo un intento general de relajar los controles fronterizos tanto de inmigración interna como de emigración. Fue a finales del siglo XIX y como respuesta a recelos y miedos sobre las consecuencias del movimiento de trabajadores cuando se instituyeron controles más rígidos.

El mundo asiático fue testigo de un proceso parecido, pero con raíces diferentes. En Asia, los grandes reyes habían dado salvoconductos

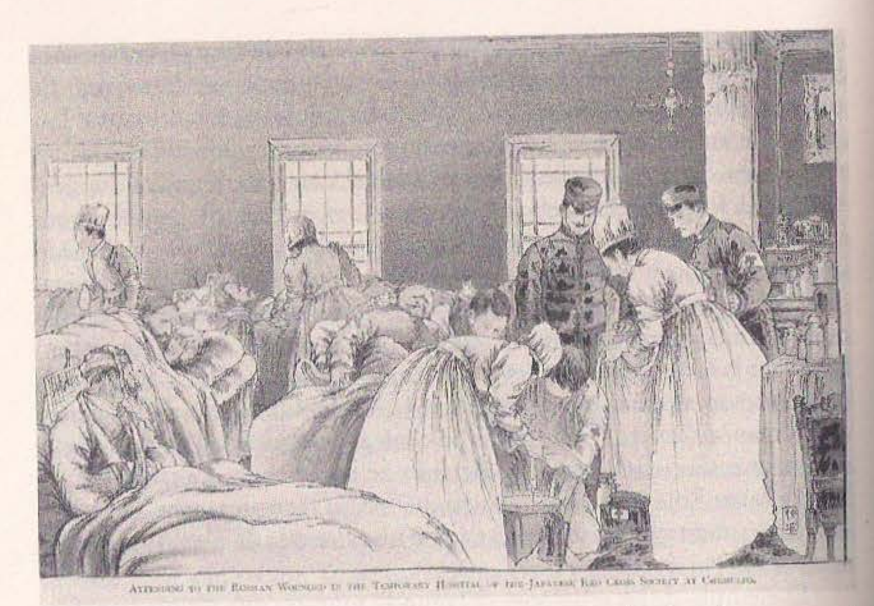
a sus súbditos para viajar por la India —se llamaban *parwanas,* derecho a pasar—. A nivel local, los movimientos personales eran controlados por los jefes y líderes establecidos. Los aldeanos que se desplazaban no tenían la obligación de llevar papeles como sí pasaba más a menudo en China o Europa. Aun así, los libros de los jefes de aldea permitían a las clases dirigentes un control indirecto sobre los movimientos de los trabajadores. En India, la expansión del sistema de pasaportes hasta incluir a comerciantes y viajeros llegó en un principio como consecuencia del monopolio de las empresas europeas, que recelaban de sus rivales europeos. Las Compañías de Indias Orientales holandesa e inglesa apuntaban meticulosamente cada movimiento de europeos extranjeros en sus territorios, por miedo a que establecieran comercios rivales. Ante este monopolio imperial agresivo, los estados asiáticos tomaron contramedidas para limitar a los comerciantes y sujetos extranjeros el acceso a ciertas zonas y para controlar las relaciones de sus súbditos con ellos. La corporación estatal del comercio chino, el Cohong, fue un ejemplo de esto en el siglo XVIII. Todo extranjero en el Cantón debía llevar encima una acreditación de sus comerciantes locales previamente asignados.

A partir de 1800, el miedo político sustituyó a los celos comerciales. Hacia 1830, las autoridades del sur de la India detenían a comerciantes de Oriente Medio por «viajar sin pasaporte»[53]. Temían que los profesores puristas islámicos y otros emisarios religiosos difundieran propaganda antibritánica por las inestables ciudades portuarias. A su vez, sin embargo, la implantación del pasaporte abrió un debate sobre quién era ciudadano anglo-indio y quién no[54]. Las autoridades imperiales europeas imponían su derecho a controlar y proteger los movimientos de sus súbditos por el extranjero. Declararon a los comerciantes indios de ultramar súbditos de la India británica en vez de extranjeros invitados. Esto fue clave para su transformación en súbditos de una nación. Por el contrario, algunos comerciantes árabes y chinos contemporáneos pudieron conseguir nacionalidad europea en los enclaves europeos para así evitar pagar los impuestos y someterse a las leyes territoriales otomanas y chinas[55]. En estos casos, el pasaporte como elemento internacional se usaba para subvertir en vez de para reforzar la nación-estado emergente. Pero en cualquier caso, la nacionalidad se había convertido en el punto de referencia.

El segundo ejemplo, la Cruz Roja, nos muestra cómo se nacionalizó el ideal religioso de la ayuda humanitaria física a los heridos. Henri Dunant creó la Cruz Roja como respuesta a los horrores de la batalla de Solferino durante la unificación de Italia, pero muy pronto se empezó a asociar con la nación-estado de Suiza[56]. De hecho, la cruz no era un símbolo cristiano ni internacional, sino el negativo de la bandera suiza. La organización central desde 1880 siempre ha sido básicamente suiza. Las entidades subordinadas se organizaron alrededor de diferentes comités nacionales. Esta organización internacional con base nacional ha presionado a los gobiernos nacionales para la aparición de convenciones internacionales sobre leyes de guerras. Sin embargo, siempre ha habido una tensión subyacente entre lo internacional y lo nacional. En las décadas de 1880 y 1890, la unidad simbólica de la organización se rompió cuando musulmanes otomanos enfurecidos atacaron a médicos voluntarios de la Cruz Roja por llevar un símbolo cristiano. Esto obligó a la organización a permitir la creación de la Media Luna Roja en los países musulmanes. Durante las guerras balcánicas posteriores a 1911, los musulmanes indios organizaron la defensa de los otomanos a través de un Media Luna Roja específicamente india[57]. Más recientemente, el Estado israelí ha intentado insistir en el uso de una Estrella de David roja en su territorio.

El ejemplo de las religiones del mundo muestra una última transformación de la globalización arcaica en internacionalismo durante el siglo XIX. Examinaremos este tema detalladamente en el capítulo 9. Los organizadores cristianos del Parlamento Mundial de las Religiones de Chicago de 1893 querían celebrar la búsqueda por el ser humano de la experiencia religiosa. Esperaban disminuir la hostilidad entre las diferentes tradiciones religiosas. El contexto del congreso era el auge del antisemitismo, la mayor hostilidad entre católicos y protestantes y el miedo de Occidente hacia el panislamismo. Sin embargo, ya desde el principio de la organización hubo problemas con el estatus de las diferentes instituciones religiosas nacionales. Dada la tensa situación política del mundo, se decidió permitir sólo a los representantes de confesiones específicamente nacionales «representar» a sus religiones.

A pesar de no haber sido invitado, el visionario bengalí suami Vivekananda llegó a Chicago y se convirtió, de facto, en el representante indio[58]. Sus apasionados discursos en el Parlamento lograron tres cosas. En primer lugar, consiguió que los estadounidenses aceptaran el hinduismo como una poderosa fuerza internacional. Esto lo consiguió ignorando las divisiones y sectas y señalando las antiguas civilizaciones hindúes del sudeste asiático y la diáspora hindú en el Caribe y en Sudáfrica. Deploró la costumbre occidental de masacrar almas vivas para alimentar su codicia. Habló de su horror al ver a diario el sacrificio de la vaca sagrada en los mataderos de Chicago. Pero lo más importante



6.4 La Cruz Roja en acción: enfermeras japonesas cuidando a heridos rusos en el hospital de la Cruz Roja japonesa en Chemulpo, durante la guerra ruso-japonesa.

fue que Vivekananda consiguió unir firmemente la noción del hinduismo a la del nacionalismo indio, contrastando el materialismo de Occidente con la espiritualidad que, según él, era la esencia de las naciones de Oriente —sobre todo de India—. Su dominio moral en el Parlamento fue celebrado en India por ser el momento preciso en el que el nacionalismo indio se reconoció como una fuerza en sí, diferente y superior al imperialismo británico.

A su regreso, los indios proclamaron a Vivekananda encarnación humana del espiritualismo de la nación india. Pocos años antes, este había vagado por la India como peregrino, en busca de Dios, como los antiguos viajeros sagrados. Ahora, sus devotos subordinaban casta, cultura y geografía sagrada a los intereses de la nación. Los príncipes indios arrastraron personalmente la carroza de este reformador de casta inferior, invirtiendo físicamente la vieja jerarquía. Mientras tanto, Vivekananda era recibido con la marcha triunfal del *Judas Macabeo* de Haendel. Música compuesta por un antiguo patriota alemán residente en Gran

Bretaña y que celebraba la fusión religiosa con la nación eterna. Un diario de Calcuta decía: «La India aplaudió a su héroe triunfal. Todas las facciones del hinduismo se unieron para demostrar su gratitud al pueblo norteamericano»[59]. De esta manera, la India empezó a asociarse cada vez más con el hinduismo, un cambio que tendría consecuencias importantes para el futuro del subcontinente.

Esta última sección ha intentado demostrar cómo ocurrió la transformación gradual de las redes globales en redes internacionales a lo largo de dos siglos. Ocurrió en el ámbito ideológico: así, la idea de ayudar a los heridos cristianos y musulmanes tomó forma en una organización internacional, la Cruz Roja. Ocurrió también en el ámbito de la diáspora humana, mediante el control de emigrantes por un sistema de pasaportes determinado por su nacionalidad. También en los hábitos físicos. Los indios, entre ellos Gandhi, llegaron a creer que el vegetarianismo y la abstinencia debían formar parte de la futura nación india. Este último ámbito, el de los hábitos físicos, creó un vínculo entre lo ideológico y lo material a través del consumo y transformación de materias primas. La acumulación estratégica de bienes exóticos o con poderes curativos dio paso al consumo de bienes uniformes, y a la generalización de vestimenta y modos de comportamiento que marcaban el estatus nacional en el ámbito internacional. Surgieron paradojas y conflictos. Las élites japonesas, por ejemplo, se preguntaban si su nacionalidad moderna debía vestir a lo occidental en el ámbito internacional o adaptar sus prendas tradicionales para crear un «traje» japonés.

CONCLUSIÓN

En su conjunto, este capítulo ha tratado de unir las teorías históricas del nacionalismo, el imperialismo, el «internacionalismo» y de los subgrupos étnicos subordinados a finales del siglo XIX. El auge de un nacionalismo excluyente y ambicioso que utilizaba los poderes del nuevo Estado más intervencionista fue la fuerza principal que impulsó tanto el nuevo imperialismo como el endurecimiento de las fronteras entre la mayoría y las supuestas poblaciones «étnicas» en todo el mundo. Como consecuencia de las guerras, rebeliones y conflictos internacionales de mediados de siglo, el nacionalismo se hizo más competitivo y más definido. Estos factores reforzaron el sentimiento nacional de Estados Unidos, por ejemplo, e incluso el de Canadá, que se venían desarrollando

desde antes de mediados de siglo. En Europa, la aparición de dos nuevas naciones-estado, Alemania e Italia, y la humillación de otras dos, Francia y la Austria alemana, llevó al continente a competir diplomática y militarmente tanto dentro como fuera de sus fronteras. La unificación de Japón, un gobierno más enérgico por parte de Gran Bretaña en el sur de Asia y una ofensiva europea en Oriente Medio crearon nuevos nacionalismos entre las élites y los comerciantes de Asia y África. A su vez, éstos desplegaron nuevos tipos de propaganda para reclamar su independencia a los gobiernos coloniales. El imperialismo y el nacionalismo reaccionaron el uno ante el otro y se repartieron el mundo y sus pueblos.

Las guerras de mediados de siglo habían surgido por varias causas: un crecimiento económico desigual, la pobreza relativa de la población campesina y artesana, el empuje industrial de las élites dirigentes y la lenta difusión de la noción de la soberanía popular tras las revoluciones previas. Para explicar la carrera por reclamar sus naciones en este periodo crítico, sin embargo, hay que señalar como influencia principal la memoria y la experiencia de conflictos masivos. El Estado, la urbanización y el capitalismo impreso jugaron un papel, pero las guerras fueron la causa del nacionalismo, igual que los nacionalismos fueron la causa de guerras. Los nacionalismos reformularon los viejos vínculos más flexibles de las diásporas y de las ideologías globales que interconectaban el mundo del siglo XVIII. Incluso cuando un congreso o una conferencia decía representar principios universales, se estructuraba cada vez más según las naciones-estado que participaban. Después de los cincuenta y cinco años transcurridos entre 1815 y 1870, cuando el libre comercio estaba a la orden del día, el proteccionismo económico nacional se hacía cada vez más patente a medida que el siglo llegaba a su fin. Mientras el flujo del comercio internacional, trabajo y capitales crecían exponencialmente, las naciones-estado fueron imponiendo su enérgico control para dirigirlos según sus propios intereses.

Existe, pues, una paradoja en esta imagen de la nación-estado y su vástago imperial. Los estadistas concibieron la nación como una entidad monolítica y autoritaria, pero el pueblo vio en la nación una garante de sus derechos, privilegios y recursos. Si el Estado no cumplía este deber implícito, sobre todo si el Estado era dirigido por extranjeros, el pueblo lo reclamaría a gritos y con mayor agresividad. Así fue como el triunfo de la nación-estado se vio acompañado de la aparición de numerosas asociaciones de voluntarios, sociedades reformistas y cruzadas morales, organizadas tanto a nivel nacional como internacional. Las

asociaciones antiesclavistas y los clubes de reformistas liberales que existían desde comienzos del siglo XIX se vieron de repente acompañados por miles de nuevas asociaciones que decían hablar, por citar algunos, en nombre de los indios, los irlandeses, los socialistas, las mujeres y los pueblos indígenas. La Primera Internacional Socialista fue sólo la más radical de ellas. Los dos próximos capítulos tratarán, primero, de los engranajes del Estado y, luego, de las ideologías políticas que informaban a sus líderes y a sus oponentes radicales.

TERCERA PARTE

EL ESTADO Y LA SOCIEDAD EN LA ERA DEL IMPERIALISMO

7

MITOS Y TECNOLOGÍAS DEL ESTADO MODERNO

Los dos próximos capítulos (7 y 8) examinan algunas de las instituciones, ideologías y cambios económicos globales que, según los historiadores contemporáneos y muchos historiadores modernos, rehicieron el mundo del siglo XIX. Analizan el auge del «Estado moderno» y el ascenso del liberalismo y la ciencia. Los capítulos 9 y 11, por contra, examinan varios aspectos de la vida decimonónica: la religión, las poderosas monarquías y las jerarquías de terratenientes, que muchos contemporáneos veían en declive ante las supuestamente inexorables fuerzas del cambio. Paradójicamente, estos dos capítulos hacen hincapié en cómo la religión, la monarquía y la jerarquía supieron reinventarse en los cincuenta años previos a 1914.

El Estado, en el sentido más genérico, es un importante actor de este libro. Mucho antes de que la industrialización o el surgimiento de la nueva ciudad fueran factores formativos a nivel global, fueron los triunfos y fracasos de los estados del siglo XVIII, y de sus herederos revolucionarios e imperiales, los que determinaron muchos aspectos de la vida social y el patrón de la globalización, como vimos en los capítulos 3 y 4. El proceso de operar a nivel global y de adaptarse a las nuevas ideas e ideologías hizo que los estados europeos y algunos extraeuropeos se hicieran más uniformes y, a la vez, más competitivos.

LAS DIMENSIONES DEL ESTADO MODERNO

¿Qué significa la expresión «Estado moderno» y en qué se diferenciaba de los grandes sistemas políticos del siglo XVIII que examinamos en el capítulo 1 del libro? A finales del siglo XIX, la mayoría de los regímenes del mundo intentaban controlar territorios bien delimitados por medio de estructuras legales, administrativas y educativas uniformes.

Querían establecer, mediante mapas y encuestas, el total de sus recursos para poder cobrar impuestos y utilizarlos de forma coherente. Los estados anteriores habían sido en ocasiones intrusivos y exigentes, pero sólo en áreas específicas de la vida y sólo en ciertos momentos y lugares. El Estado moderno, sin embargo, aspiraba a un control monopolista de la lealtad de sus súbditos. Los estados modernos recelaban de las afiliaciones transterritoriales, ya fueran religiones, vínculos étnicos o conexiones dinásticas, que habían caracterizado el viejo orden. Trataron de abolir los derechos o, a veces, las desventajas de grupos de súbditos especiales que reclamaban un estatus superior o, al contrario, estaban condenados a un estatus inferior por la ley o el gobierno. Los cambios implicaron una uniformidad creciente en la que el Estado se hizo más cohesivo. La vieja distinción entre el rey y sus recursos y el gobierno y los suyos se abolió. El Estado se localizó en un sitio determinado en vez de moverse con el rey. Las facciones de la corte se convirtieron en partidos políticos que trataban de hacerse con los mandos del gobierno en vez de con el favor del rey. Pero el Estado también se volvió funcionalmente más complejo, con departamentos separados y funcionarios especializados.

La necesidad de organizar a la población para guerras a gran escala o de cobrarles impuestos para desarrollar una mejor tecnología militar fue un incentivo importante para fortalecer y simplificar las estructuras estatales. El sociólogo contemporáneo Michael Mann apunta que la mayoría de los primeros burócratas eran militares[1]. Pero, además de ser una apisonadora militar y financiera, el Estado era una idea. Representaba una aspiración al poder total y a la soberanía territorial, ya fuera en nombre del «pueblo», ya en nombre de la «nación», o a pesar de ambos. La idea de Estado tenía vida propia que no podemos reducir a meros intereses de clase ni a exigencias militares. Desde los imperialistas victorianos británicos hasta los líderes militares modernizadores de Perú o Ecuador, el concepto «civilización» implicaba una imagen de una sociedad organizada y tecnológica que perfeccionaba al ser humano individual. Estas ideas atraían por igual a conservadores, liberales, radicales y socialistas, aunque a cada uno de una forma diferente.

En todo el mundo decimonónico, la construcción del Estado se hizo de arriba a abajo, el «proyecto» de los grupos de élite dominantes. Esto fue especialmente cierto para los imperios coloniales europeos, pero también en sociedades como las de Japón, China y Etiopía, donde las clases dirigentes autóctonas decidieron que un Estado poderoso era lo único que podía salvar «su» civilización de la extinción. Pero no

debemos olvidar otro tipo de construcción estatal. Algunos gobiernos se expandieron a causa de disputas locales en las que sólo ellos podían mediar, o porque había una demanda de servicios que sólo ellos podían satisfacer. Un buen ejemplo de esta construcción de abajo a arriba fue Estados Unidos: desde comienzos del siglo XIX en adelante los pequeños agricultores y empresarios locales reclamaron al gobierno federal que interviniera para regular los precios y el acceso a los ferrocarriles y a los servicios de crédito. De esta manera, los intereses comerciales de Europa y Estados Unidos empezaron a reclamar a la vez al gobierno que interviniera con tarifas proteccionistas para fomentar las empresas y los servicios locales. No quiero sugerir, como los teóricos marxistas de la década de 1960, que el Estado no fuera más que un órgano al servicio de la burguesía. Pero sí recordar que el Estado era un recurso, aunque liderado principalmente por los relativamente privilegiados, además de ser un íncubo militar y financiero que aplastaba a la sociedad «desde arriba».

Por lo general, este libro se muestra escéptico con las ideas exageradas de muchos historiadores recientes que proponen que el Estado doméstico y colonial del siglo XIX era una incontenible apisonadora. Ese leviatán sería más típico del siglo XX. No obstante, el auge del Estado moderno durante este periodo fue un acontecimiento sorprendente. El Estado napoleónico y antinapoleónico de la época revolucionaria fue un acontecimiento anómalo. Las ideologías, ambiciones y alcance de los gobernantes sobrepasaron su poder, que se desinfló muy rápidamente a partir de 1815. El momento clave fue el periodo 1850-1870. En esta fase el Estado moderno se benefició de la rápida industrialización, del nuevo armamento y de un nuevo espíritu agresivo afilado por el miedo a la revolución y avivado por el fuego nacionalista. Fue en este periodo cuando la Prusia de Bismarck, el Segundo Imperio Francés y el Estado colonial británico en India apretaron el paso, reforzados por una nueva cultura científica y profesional[2]. Que el triunfo de esta entidad en la mayor parte del mundo tardara en llegar no le quita importancia.

Este capítulo procede a examinar la expansión geográfica del Estado decimonónico, qué relación guardaba con sus precursores y de qué herramientas y recursos disponía. Pero antes es importante examinar los puntos fuertes y débiles de las teorías de los historiadores (y de los antropólogos) sobre el Estado moderno y colonial, ya que es un factor aclaratorio que invocan alegremente y con frecuencia para explicar todos y cada uno de los cambios.

EL ESTADO Y LOS HISTORIADORES

Hace cincuenta años, las historias del mundo anglófono y sus imperios decían muy poco acerca del Estado. La tradición histórica fundada por el historiador decimonónico *whig* T. B. Macaulay hablaba mucho del gobierno representativo y de la extensión de las libertades, pero menos del desarrollo del poder estatal. Su joven pariente G. M. Trevelyan, el historiador inglés más célebre a comienzos del siglo XX, parecía excluir completamente la política de su historia social de Inglaterra. A ambos lados del Atlántico, la tradición liberal del pensamiento político, que veremos en el próximo capítulo, recelaba o se mostraba hostil al crecimiento del Estado. Se consideraba algo ligeramente siniestro inventado por los europeos «continentales». A su vez se decía que los norteamericanos, los británicos y los habitantes de los antiguos dominios británicos tenían constituciones, política de partidos y gobiernos dirigidos por funcionarios. Esto limitaba bastante el interés de los historiadores modernos por el Estado. Incluso en los territorios dependientes del Imperio Británico, donde los historiadores reconocían la existencia de un gobierno colonial, los aspectos militares, civiles y jurisprudenciales se mantenían separados del debate histórico, tal y como se habían separado en la ideología del gobierno británico.

Los europeos continentales, sin embargo, sobre todo los rusos y los alemanes, llevaban mucho tiempo hablando del Estado, aunque muchos de ellos también pensaban que era un fenómeno peligroso. Los teóricos y filósofos no podían evitarlo. Como comenta Tocqueville, la monarquía francesa del siglo XVIII había tratado, sin éxito, de organizar el Estado como una enorme prolongación del cuerpo del rey, como un «Estado» en el antiguo sentido renacentista de la palabra. Temporalmente, la revolución divorció el Estado de la voluntad de un único titular del poder. A partir de 1789, el Estado como concepto filosófico desarrolló una vida propia como la representación de la voluntad general. Los jacobinos usaron el concepto para aplastar los derechos individuales durante el Terror. En Alemania, el crecimiento de las burocracias centrales y locales hizo que los nuevos filósofos, historiadores y sociólogos prestaran mucha más atención al Estado, siendo Hegel de los primeros. Según la teoría prusiana, el Estado era una institución racional que estaba por encima de los intereses egoístas de la sociedad. El rey, más que tener poder por gracia de Dios, era el sirviente supremo del Estado y representaba la razón[3]. Hegel escribió con convicción sobre la idea del Estado como un concepto filosófico y no como un regalo valioso que Dios había hecho a los gobernantes:

> Al contrario que con los ámbitos de los derechos privados y del bienestar privado (la familia y la sociedad civil), el Estado es, desde un punto de vista, una necesidad externa y una autoridad superior. Su naturaleza es tal que las leyes y los intereses están subordinados a y dependen del Estado. Por otra parte, sin embargo, es el objetivo inmanente en ellos, y su fuerza reside en la unidad de su finalidad y objetivo universales con los objetivos particulares del individuo y en el hecho de que los individuos tengan obligaciones con el Estado en proporción a los derechos que tienen en contra del Estado[4].

Los marxistas pusieron estas ideas patas arriba y arguyeron que el Estado era el motor del poder de la burguesía. Para Max Weber, el Estado era, por lo general, un ente benigno e impersonal que garantizaba el orden civil y el progreso. Su auge marcaba el fin de las obsesiones místicas y de formas peligrosas de carisma político. Incluso en Rusia, donde gran parte de la autoridad real residía en asociaciones locales, órdenes y asambleas, los teóricos políticos y los administradores de corte alemán —de hecho, muchos eran alemanes— especulaban con la necesidad de reforzar la autoridad del zar y de limitar el poder local. Mientras tanto, los historiadores y orientalistas franceses y alemanes hicieron grandes avances analizando las formas del Estado tradicional en Asia, sobre todo China. La obra del sociólogo norteamericano, Talcott Parsons, fue muy influyente en los estudios sobre China que se desarrollaron durante el siglo XX. La vieja burocracia centralizada de China parecía justo lo contrario de la Constitución americana, basada en los derechos locales.

Hasta 1960, sin embargo, los historiadores del mundo anglófono no empezaron a examinar la función del Estado en su propio pasado. El auge de la sociología, la visibilidad del Estado del Bienestar contemporáneo y las ideas marxistas acerca del orden burgués empezaron a afectar a la forma de escribir historia. En la década de 1980, John Brewer resumió esta tendencia en su libro *The Sinews of Power*[5] («Los tendones del poder»), en el que mantiene que el Estado se omitió de las historias de Gran Bretaña no porque fuera débil, sino porque era fuerte y triunfó. Las funciones del Estado británico en el siglo XVIII para recaudar impuestos y hacer la guerra eran eficaces y funcionales comparadas con los estados torpes y venales del continente. Ésta fue la razón que permitió a Gran Bretaña, en un principio menos rica y con menos población que Francia, librar y ganar una guerra global más o menos continua entre 1688 y 1820. Mientras tanto, los historiadores del trabajo empezaron a ver al Estado como un órgano de dominio clasista. Para el historiador radical inglés E. P. Thompson y para sus ayudantes y

seguidores esto se refleja en el homicida código penal del siglo XVIII, con su obsesión con la horca y con la vigilancia represiva de la propiedad, de las primeras huelgas y de las manifestaciones políticas[6].

No fue sólo la izquierda académica la que cambió de opinión. En la década de 1960, los historiadores liberales y nacionalistas también descubrieron la historia del Estado británico. Había estado claro desde hacía mucho tiempo que Gran Bretaña había intentado desarrollar un sistema más centralizado y autoritario para su política colonial y extranjera que el que aplicaba en sus asuntos domésticos. Ya en 1809, la Oficina Colonial había tratado de legislar para todo el Imperio, pero estos intentos de racionalización no tuvieron efecto en el gobierno doméstico hasta las reformas del primer ministro Peel de la década de 1840. En la década de 1960, Oliver MacDonagh, examinando el impacto del gobierno inglés en Irlanda y, más adelante, en Australia, escribió sobre el crecimiento del Estado británico durante el siglo XIX. Le impactó la forma en que los gobiernos británicos manejaron la emigración a Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda[7]. Trabajando en el otro extremo del siglo XIX, la siguiente generación de historiadores sociales, como Jose Harris, analizaron los primeros censos y clasificaciones de personas en Gran Bretaña e Irlanda y la importancia del impuesto sobre la renta y de las prestaciones sociales básicas[8].

Después de la década de 1960 y de la Guerra de Vietnam, los historiadores de los imperios coloniales europeos empezaron a referirse a un ente poderoso e intrusivo, el «Estado colonial», para explicar las distorsiones que los gobiernos europeos introdujeron en las sociedades de África y Asia. En la década de 1990, varios historiadores y antropólogos norteamericanos atribuían principios cognitivos y operativos muy generales al Estado colonial. Bernard Cohn escribió acerca del Estado colonial y «sus formas de conocimiento»[9]. Esta tendencia la resumió muy bien James Scott en su libro *Seeing Like a State* (1999), en la que explicó la psicología de los proyectos supuestamente ilustrados y de mejora que impulsaron los estados tanto europeos como coloniales. Sus ejemplos de cómo los administradores imbuyeron al Estado de un afán por controlar y ordenar, y casi de una vida propia, van desde la conservación de los bosques en Alemania en el siglo XVIII hasta los proyectos eugenésicos para producir seres humanos perfectos de finales del siglo XIX[10]. Mientras tanto, la poderosa influencia del filósofo francés Michel Foucault empezaba a notarse. A él le importaba menos la organización del gobierno en sí que los discursos y prácticas de un poder estatal difuso que llamó «gubernamentalidad».

Incluso en la historia doméstica de Estados Unidos, donde sigue dominando la historia de la expansión de la libertad a través de los juzgados y los partidos políticos, los historiadores sociales y económicos han descrito el crecimiento de las regulaciones estatales de la pujante industria. Esto quedó patente a finales del siglo XIX con el auge del Movimiento Progresista, que trató de utilizar el poder del Estado federal en beneficio de los ciudadanos y no de los grandes conglomerados industriales. En 1982, Stephen Skowronek tituló su libro *Building a New American State,* en el que argumenta que a partir de la década de 1890, Estados Unidos, como Gran Bretaña, empezó a introducir beneficios sociales para la ciudadanía, aunque bastante más tarde que la Alemania de Bismarck e, incluso, que algunos dominios británicos. Por muy pequeño que fuera el imperio colonial de Estados Unidos, piensa Skowronek, los problemas a los que se enfrentó la potencia ocupadora en el Pacífico, Filipinas, Cuba y Puerto Rico necesitaban de un ejército más centralizado y más profesional. Comenta que, a pesar de la oposición de la guardia nacional local y de los gobernadores de varios estados, se creó un Colegio de Guerra del Ejército en 1901 y se incrementó el número de efectivos en el ejército regular profesional[11]. Los presidentes Theodore Roosevelt (1901-1909) y William Howard Taft (1909-1913) compartían un deseo de reformas administrativas con un interés por la posición de Estados Unidos en el mundo. De hecho, Taft había sido gobernador de Filipinas. Vemos entonces que hacia la década de 1990 el Estado ya formaba parte de la agenda de los historiadores de Estados Unidos, aunque queda la duda de qué era, exactamente, el Estado.

PROBLEMAS AL DEFINIR EL ESTADO

Las obras historiográficas británicas y estadounidenses anteriores a la década de 1960, que centraban su análisis en las constituciones, el derecho consuetudinario, los partidos políticos y el gobierno local, tuvieron dificultades para encontrar vínculos entre estas distintas entidades, sin entrar en la manera en que representaban los intereses de las clases dominantes. Ahora, en cambio, el Estado es un tema de estudio clave, y este capítulo está de acuerdo en que las ambiciones del Estado —y no siempre su efectividad— crecieron a lo largo del siglo XIX. Hay peligros, sin embargo, en el punto de vista predominante, que domina la obra de James Scott y la nueva historia imperial, que considera al Estado como

un ente homogéneo y omnisciente. En términos metodológicos, resaltar el papel del Estado implica una dependencia problemática para cierto tipo de fuentes de información. Los historiadores suelen trabajar con documentos estatales. El argumento se nos vuelve circular. Es muy fácil pensar que el Estado fue responsable de todo cambio social de cualquier tipo.

En segundo lugar, al hacer generalizaciones acerca del crecimiento del Estado como entidad, los historiadores pueden ignorar fácilmente periodos que no se ajustan a la pauta general. En el caso del Estado británico, por ejemplo, las guerras anglo-francesas de principios del siglo XIX y el fortalecimiento nacional e imperial a partir de 1885 causaron una notable expansión de las actividades del gobierno central. Pero entre estos dos picos hubo un largo periodo en el que los gastos gubernamentales descendieron en términos de porcentaje del PIB[12]. También en la Alemania postnapoleónica la búsqueda romántica de la unificación del Estado y el pueblo animó a los estadistas, por lo menos durante un periodo, a devolver el poder a las corporaciones locales. Incluso, en el apogeo de la autocracia de Guillermo II a partir de 1890, el gobierno imperial alemán a menudo parecía algo patético, a merced de las jurisdicciones de los príncipes y de las locales, y temeroso de la opinión pública alemana[13].

En Estados Unidos, los picos de actividad gubernamental fueron más bajos y los valles, más profundos. Después de la independencia, hubo un largo periodo en el que gran parte de la opinión (los llamados antifederalistas) se opuso a cualquier tipo de regulación de las asambleas locales, dejando la recaudación de impuestos al gobierno central. Incluso la institución política estadounidense más famosa, la presidencia, casi no llegó a existir. Algunos padres fundadores recelaban tanto del «principio monárquico» que abogaban por un ejecutivo conciliar, al estilo del Directorio francés de la década de 1790, aunque sin tantos poderes[14].

Sin embargo, tampoco debemos pensar que en estos casos no hubiera gobierno ni control. Lo que sugieren es que los órganos estatales, en su sentido más amplio, estaban diseminados por la sociedad. Está claro, sin embargo, que el «estatalismo» tuvo diferentes formas en el siglo XIX. Por esta razón, algunos historiadores y teóricos sociales, siguiendo a Michel Foucault, prefieren hablar de gobernabilidad antes de regulación estatal. Otros, sobre todo los antropólogos, van más lejos y mantienen que para mucha gente (incluso hoy en día) el Estado no es un hecho real, sino una idea. El Estado está «ahí fuera», y su mítico poder

puede ser conjurado y apropiado por cualquiera, desde un jefe mafioso al líder de una religión carismática.

Estos avances teóricos son útiles. Lo que experimentaron los pueblos del mundo decimonónico fue una serie de autoridades que usaban cada vez más el lenguaje del Estado, no la presión de un monolítico íncubo estatal. Porque incluso cuando el Estado no estaba presente, los magnates locales, las corporaciones comerciales y los movimientos políticos contaban, catalogaban y fichaban. Las empresas mineras e inmobiliarias de Cecil Rhodes en Sudáfrica eran más estatales que muchos gobiernos de la época. Organizaban a los trabajadores, catalogaban los recursos y cartografiaban la zona. Como ha dicho Jean Comaroff, los misioneros fueron lo más parecido a un gobierno colonial para muchos africanos hasta 1914[15]. Los movimientos milenaristas también emplearon el lenguaje del poder estatal. Los Taiping, por ejemplo, se representaban como el Reino Celestial de la Paz Eterna, y los mormones norteamericanos establecieron un reglamento cuasi estatal para el gobierno del bien en Utah.

Fuera de Europa continental y Japón, el auge del Estado tampoco fue un proceso lineal. En el Irán de finales del siglo XVIII, el poder de los clérigos musulmanes chiítas se incrementó y el del gobierno mermó. Eso fue a raíz de que se considerara a los predominantes regímenes basados en tribus, incluidos los nuevos gobernantes Qayaríes en Persia, como meras autoridades seculares sin el carisma religioso de los anteriores emperadores Safawíes[16]. En casos de este tipo, el Estado era más bien un conjunto de intereses diversos y en competencia, y su estabilidad crecía y mermaba con el tiempo. Incluso en el caso del Estado colonial europeo, que tenía una definición más clara y una mayor coherencia, ello no conducía siempre a una mayor efectividad. En la India británica y el norte de África francés es muy fácil exagerar la importancia de las autoridades coloniales. A lo largo del siglo XIX, las potencias coloniales tenían conocimiento de una proporción ínfima de las decisiones judiciales que se tomaban en esas sociedades y mucho menos control sobre las rentas públicas de lo que a ellos les gustaba reconocer. Sus censos y encuestas etnográficas a menudo tuvieron un impacto poco práctico y, más que una guía para el gobierno, eran el *hobby* de los administradores eruditos. Hasta el comienzo del proceso de descolonización en la década de 1940, grandes extensiones del mundo colonial europeo —aunque divididas en claras provincias por tratados internacionales y mapas— seguían bajo el control de los ansiosos intereses financieros europeos, las revueltas populares, las resistencias a la autoridad central y el poder de los jefes locales. Los administradores del Estado

colonial de muchas partes de África a mediados del siglo XX cabrían cómodamente en una pequeña cabaña.

El mito del poder del Estado que describen los historiadores de hoy a veces no es más que el eco de las aspiraciones de los gobernantes del siglo XIX. Han reemplazado los mitos vigentes en las décadas de 1960 y 1970 sobre el auge de la concienciación de la clase obrera. Este capítulo intenta distinguir algunos de los patrones de cambio en las reclamaciones, los recursos y los símbolos del Estado a nivel internacional. En muchos lugares y en algunos periodos el Estado sí aumentó su poder y autoridad enormemente. En otros lugares, sobre todo fuera de Europa, era un tigre de papel, y el cadáver del león sólo producía miel para empresarios sin piedad o para los señores de la guerra regionales. Lo importante era el carisma del concepto del Estado.

En un principio, pues, podemos distinguir varios tipos diferentes de «estatalismo» además del Estado centralizado, mejor ejemplificados en la Europa de principios del siglo XIX por Francia y Prusia. Primero existía la situación en la que un poder estatal estaba muy repartido entre las autoridades locales, como pasaba en Gran Bretaña y Estados Unidos en el siglo XIX. En segundo lugar, se daban casos en los que los organismos formales del Estado se veían confrontados por poderosos «otros», que replicaban sus funciones sociales, como sucedía en muchas sociedades islámicas o budistas, en las que la ley islámica o los monjes budistas operaban como un eficaz contra-Estado. A veces estas instituciones cooperaban con las autoridades seculares, y otras veces, no. En tercer lugar, estaban los casos en los que casi todas las funciones del gobierno habían sido absorbidas por grandes empresas corporativas, como la Compañía de la Bahía de Hudson del noroeste de Canadá o las compañías europeas en África. En cuarto lugar, en gran parte de Asia, África y el Pacífico, el poder seguía en manos de jefes dinásticos o de grupos de linaje antiguo cuyo jefe o rey obedecía a la voluntad de estos grupos. Y, en quinto y último lugar, estaban los pueblos nómadas, basados en la familia, para los que el poder estatal no era más que el sueño de un futuro rey.

EL ESTADO MODERNO ARRAIGA: DIMENSIONES GEOGRÁFICAS

La teoría convencional del auge del Estado moderno y del nacionalismo, que vimos en el capítulo anterior, es que éste se originó en Europa.

Los nuevos tipos de administración y control se exportaron al resto del mundo por el gobierno imperial o por emulación, como en el caso japonés. Este «modelo difusionista» sigue teniendo mucho peso. Pero presenta una imagen parcial. Había varios tipos de Estado moderno en Europa occidental y Norteamérica, y ni siquiera a finales del siglo XIX habían establecido su dominio.

En lo que se refiere al mundo extraeuropeo, algunas de las primeras monarquías modernas ya habían empezado a adaptarse a las cambiantes condiciones económicas y demográficas y se habían vuelto más intervencionistas antes de la expansión del poder europeo a finales del siglo XVIII. El régimen Tokugawa de Japón, antes de 1868, y el Imperio Mogol son ejemplos. El sistema de gobierno que establecieron era tal que fue posible injertar el modelo europeo recién importado. Esto no significa que evolucionaran sin problemas en estados modernos de estilo occidental. Significa que ya había grupos de familias acostumbradas a trabajar para la autoridad pública más allá de una dinastía en particular. A veces los reclutaban para las burocracias coloniales o los estados inspirados por reformadores autóctonos en la Francia de Napoleón o la Alemania de Bismarck. A lo largo de Asia, por ejemplo, había sistemas policiales y de vigilancia basados en grupos vecinales, aldeas y barrios de ciudades. Estos siguieron funcionando incluso durante las décadas de gobierno descentralizado bajo los Tokugawa y los Qing. A partir de 1870, este tipo de institución se reformó y se utilizó como gobierno local por los regímenes modernizadores. De manera parecida, los sistemas de impuestos sobre las tierras típicos de muchas partes del Asia musulmana e indo-musulmana y del norte de África de principios de la Edad Moderna establecieron una base que permitió a los gobiernos coloniales o semicoloniales independientes implantar nuevas formas de impuestos y vigilancia durante el siglo XIX.

No sólo las estructuras institucionales arcaicas, sino también las ideologías arcaicas fueron adoptadas y transformadas por el Estado moderno. La mayoría de los imperios antiguos tenían conceptos de «lo bárbaro». En vietnamita, por ejemplo, la palabra para salvaje era «moi», un término que se aplicaba a los pobladores de las colinas que se resistían al dominio étnico vietnamita mucho antes de que los colonialistas franceses definieran la diferencia entre moi y vietnamita[17]. Igual que el Estado moderno se mostraba más eficaz cuando se erguía sobre la base étnica o separatista indígena, también aprovechó y transformó las viejas ideas de civilización y barbarie en combinación con el poderoso ímpetu de los conceptos europeos de raza y civismo. En grandes extensiones

del mundo, una importante función del Estado fue la de confiscar, conquistar y domesticar los derechos sobre las tierras que habían pertenecido a los pueblos nativos. Mientras que los estadounidenses, por ejemplo, veían al gobierno federal con recelo dentro de sus fronteras internas, de fronteras para afuera estaban encantados con la expansión militar de sus soldados y sus mariscales.

Como comentamos en el capítulo 1, el reino Asante, en el oeste de África, siempre se consideró como un ejemplo particularmente sofisticado del Estado africano precolonial. Durante el siglo XVIII y principios del XIX, los reyes de Asante habían sistematizado su régimen tributario hasta tal punto que los historiadores lo suelen describir como una «burocracia». Aunque parte de la riqueza de Asante provenía de la trata de esclavos a través del Atlántico, los nobles del Estado también participaban en la más arcaica trata de esclavos norteafricana y en el comercio de oro y otros productos. Asante tuvo la fuerza suficiente para sobrevivir a la abolición británica de la trata de esclavos por los británicos en 1807. Si bien se desintegró en la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de conflictos internos y de una mayor presión británica, Asante tuvo una historia digna de admiración[18]. Las cambiantes sociedades del África subsahariana y de partes del sudeste africano basadas en los grupos de edad y en los linajes fueron, sin embargo, menos tendentes a dejarse controlar por una autoridad centralizada de gobernantes modernos. En último extremo, Afganistán y Abisinia tenían estados con gobiernos, política exterior y relaciones diplomáticas a finales del siglo XIX, pero en ambos casos lo que más importaba a las gentes de estas sociedades era llevado a cabo aún por los magnates locales, los viejos de la tribu, los mulás musulmanes o los sacerdotes cristianos.

Un segundo punto importante a tener en cuenta al considerar el modelo difusionista del Estado es que, cuando funcionaba, la difusión era bidireccional. Esto nos recuerda lo importante de mantener una perspectiva global respecto a los cambios sociales y políticos. Algo que horrorizó a los estadistas liberales domésticos fue ver cómo a veces se repatriaban sistemas de gobierno y de poder estatal desarrollados inicialmente para servir a las necesidades específicas de las colonias y a veces adaptados directamente de los sistemas de poder indígenas[19]. Por ejemplo, el funcionariado profesional se desarrolló inicialmente en la India y en otras colonias, y luego fue reimportado a Gran Bretaña. Los sistemas anglo-indios de administración de hambrunas, o de mala administración, y ciertas técnicas forenses, como la toma de huellas dactilares, se adaptaron para Irlanda y Gran Bretaña, respectivamente. Los

mogoles no usaban la huella dactilar, pero sí tenían sistemas para describir las características de las personas y los británicos las adaptaron y luego las importaron para su uso en Gran Bretaña. Los historiadores de Rusia argumentan que las experiencias en los márgenes del imperio inflaron a la fuerza el Estado y sus agencias hasta que alcanzaron un tamaño enorme, expulsando a la enfermiza sociedad civil del centro de Rusia. Incluso en tiempos de paz, se suponía que los casi 3.000.000 de cosacos de las fronteras imperiales debían proporcionar 600.000 hombres y caballos con que asegurar la docilidad de la capital o de las provincias occidentales[20]. Los visionarios del futuro Estado francés y la nación solían fijarse en las poblaciones colonizadas del norte de África para proporcionar la necesaria inyección de agallas y racionalidad burocrática a la que consideraban debilitada y decadente población doméstica[21].

Los tipos clásicos del Estado europeo

A principios y mediados del siglo XIX, formas reconociblemente modernas de poder estatal fueron agrupadas en diversos amplios sectores geográficos. Esta sección examina la expansión geográfica del Estado europeo. Sus rasgos típicos fueron la centralización, el impuesto sobre la renta y su asociación con la idea de una ciudadanía armada. En Europa, el desarrollo de formas estatales militarizadas en un país tuvo un efecto dominó en sus vecinos. Reforzada por el Código Napoleónico, una administración centralizada y la experiencia de movilizar a millones de hombres durante una guerra de veinte años de duración, Francia fue el punto de origen en el sector europeo. Pero todos los regímenes que se habían visto afectados por las guerras napoleónicas se remodelaron hasta cierto punto. Después de 1815, los austriacos que gobernaban el norte de Italia mantuvieron gran parte del sistema de departamentos, distritos y comunas establecido por los acólitos de Napoleón en 1802[22]. En Alemania, la movilización militar fue el primer impulso, pero, incluso tras finalizar la guerra, muchos de los estados alemanes reconstituidos de 1789 siguieron un proceso de racionalización y aumentaron su burocracia. El modelo alemán de modernización del Estado, sin embargo, retuvo sus características federales incluso después de la creación del Imperio Alemán en 1871. En España, a mediados del siglo XIX, la política se consumía en la larga batalla entre los liberales parlamentarios y los carlistas «reaccionarios». Los políticos, ya estuvieran a favor de la

soberanía de la asamblea nacional, ya defendieran la causa de la monarquía y la Iglesia, expandieron el papel de la administración central y aumentaron el número de burócratas. La férrea estructura del sistema dependía del control que ejerciera el ministro del Interior sobre los diversos gobiernos municipales alrededor de los cuales giraba la vida nacional española[23]. En Rusia y Austria, el funcionariado centralizado se expandió rápidamente durante el siglo XIX, aunque muchas veces estuvo en conflicto con las autoridades locales y regionales que representaban los intereses de la aristocracia.

Como ya hemos sugerido antes, Gran Bretaña, los dominios británicos y Estados Unidos no siguieron este patrón, aunque por razones diferentes. Formalmente, el poder del gobierno central estaba mucho menos desarrollado que en la Europa continental. Incluso durante las guerras del siglo XVIII, las instituciones tradicionales y los gobiernos locales asumieron las nuevas exigencias sin llegar a crecer mucho[24]. Teóricos liberales que desdeñaban el intervencionismo del Estado dominaron el debate público hasta finales de siglo. Esto significa que el Estado estaba descentralizado, que funcionaba por medio de las numerosas organizaciones de la sociedad civil y de las asambleas regionales, pero no se ha de entender que el Estado no existía. Aunque su burocracia central no se expandió mucho en el siglo XIX, Gran Bretaña pudo recaudar enormes sumas de dinero por medio de los impuestos y mantener una flota grande y eficaz —claro síntoma de «estadismo» o «gubernamentalidad», si bien no de un Estado centralizado[25]—. En las colonias, a partir de 1870, el Estado organizó activamente la emigración y prestó muchos más servicios sociales que en la propia Gran Bretaña. Pero las labores gubernamentales las ejercían aún los gobiernos regionales, y Australia ni siquiera se unificó hasta el siglo XX. En Estados Unidos, el gobierno federal ni siquiera pudo aumentar su capacidad para la recaudación de impuestos, excepto durante la Guerra de Secesión y durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Las fuerzas armadas estadounidenses siguieron estando muy descentralizadas a lo largo del siglo. Aun así, sobre todo a escala estatal, los órganos limitados del gobierno norteamericano se veían «complementados» por muchas instituciones legales y voluntarias que adquirieron características «estatales» o de «gubernamentalidad», en el sentido de que contaban y clasificaban a la ciudadanía y aplicaban los principios comunes de progresar y civilizar.

En otras partes del continente americano, los líderes políticos trataron de emular el modelo de la Europa continental, pero con un éxito

limitado. En zonas anteriormente bajo dominio de las coronas española o portuguesa, como el Valle de México, la costa de Brasil o las llanuras costeras de Chile y Perú, surgieron regímenes militares después de la independencia. Las revoluciones mexicanas de 1864-1867 y 1911-1915 otorgaron poderes importantes a los líderes nacionales, como había pasado en las revoluciones europeas. En las provincias del interior, la política de los caciques criollos y de los líderes tribales amerindios impidió el desarrollo de un poder centralizado.

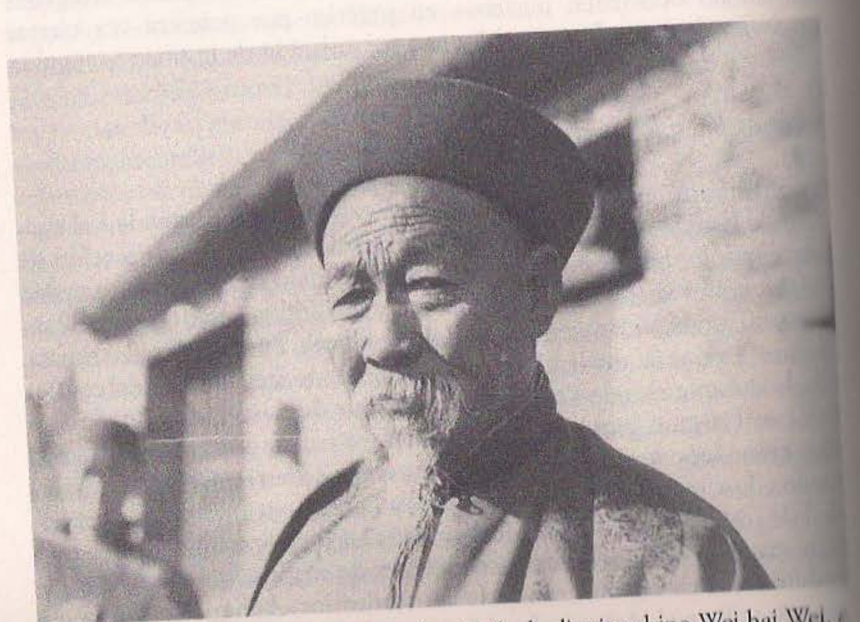
Si los británicos y los estadounidenses eran ambiguos acerca del Estado doméstico, por lo general trataron de exportarlo a sus colonias y zonas de influencia en el extranjero. En el Pacífico, a los misioneros, comerciantes y capitanes navales les convenía contar con una autoridad centralizada fuerte en vez del modelo poco homogéneo de dominio ritual por un «gran rey», como había pasado antes. Los líderes locales deseaban legitimidad. Entre las décadas de 1830 y 1840, «el rey Jorge» de Tonga proclamó su dominio, se inventó una bandera nacional que incorporaba la británica y empezó a recaudar impuestos a una población a la que consideraba sus súbditos[26]. Más adelante, los oficiales franceses que trataron de crear protectorados en los reinos indígenas del Sudán occidental pusieron en práctica por primera vez ciertas nociones de control territorial y una recaudación de impuestos regular.

Formas híbridas euroasiáticas de Estado

Estos últimos casos muestran cómo se exportó en su totalidad el modelo de Estado occidental. Pero como dijimos en la primera sección de este capítulo, hubo zonas en las que ese modelo se mezcló o compitió de diferentes maneras con formas estatales indígenas que ya estaban bastante establecidas y en proceso de desarrollo autonómico. La segunda área en que se desarrollaron rápidamente formas de Estado centralizado durante el siglo XIX fue el sur y el este de Asia. Hubo dos formas básicas. En gran parte del este de Asia ya existía una administración tipo chino (con mandarines), cuyos burócratas eran seleccionados y formados. Los grandes estados asiáticos ya habían respondido a la necesidad de recaudar impuestos y de combatir las revueltas internas y la presión exterior creando un denso sistema de instituciones estatales de ámbito local en algunas zonas de sus territorios. Aunque formalmente era más militar, el régimen «feudal» japonés tenía una fuerte presencia en las aldeas y empleaba instrumentos escritos de gobierno. Las autoridades

chinas y japonesas, por ejemplo, controlaban el movimiento de la mano de obra insistiendo en que los aldeanos que se desplazaran llevasen consigo sus documentos. En Persia y el sur de Asia, también surgieron burocracias persas e indo-musulmanas. Al ser sociedades menos homogéneas, los burócratas tenían menos autoridad en las sociedades locales. Los líderes tribales y los grandes terratenientes, con sus propias administraciones, fragmentaban el poder de la monarquía. Pero, incluso aquí, los administradores precoloniales contaban el número de familias y, a veces, las profesiones y castas de la población por medio de censos.

Sin embargo, la expansión de los imperios europeos fue lo que estimuló el rápido desarrollo de modernas formas de estado en toda la zona que se extiende desde Persia hasta Japón. Los nuevos reinos que aparecieron entre 1780 y 1820 trataron de combinar formas indígenas de recaudación tributaria rural con la capacidad militar y la codicia capitalista de la Europa contemporánea. Los que más éxito tuvieron remode-



7.1 Los peldaños inferiores del Estado: el jefe de distrito chino Wei hai Wei, 1909. Fotografía de A. H. Fisher.

laron la antigua relación entre el señor y el campesino, o la burocracia y el campesino, para crear un fondo de rentas de tierras para el desarrollo. Hasta cierto punto, el Punjab de Ranjit Singh (1801-1839)[27], el truncado reino de Birmania a partir de 1826[28], y Vietnam y Tailandia[29] trataron de desarrollar una burocracia más formal, unos ejércitos modernos, unos censos regulares y unas encuestas territoriales. En cada caso, reclutaron y promovieron a un grupo de familias con experiencia al servicio de los gobiernos asiáticos o europeos. También hasta cierto punto respondían a la presión de la política híbrida de la Compañía de las Indias Orientales, que recaudaba impuestos y clasificaba a la gente como hacía el Estado occidental, pero que permitía que otras funciones sociales las llevaran a cabo monopolios de administradores y capataces indígenas.

De hecho, la guerra fue un crisol del cual emergieron diferentes tipos de Estado. Incluso antes del final del ataque británico a China de 1842, los chinos comenzaron a adoptar tecnología occidental. Los gobernadores Qing del siglo XVIII habían apreciado las habilidades de los jesuitas para fabricar cañones. Hacia la década de 1860 había gente en la corte que apreciaba la urgente necesidad de crear un Estado y un ejército como el británico y el de otras potencias. Los historiadores recientes han empezado a argüir que, en su última fase, no le fue tan mal al Estado Qing al tratar de combinar la autoridad del viejo mandarinato con los nuevos métodos militares y fiscales europeos y al ampliar el ámbito de actuación de los mandarinatos[30]. Los Qing contrataron al general británico George Gordon para luchar contra los taipings. Sin embargo, el problema resultante para los Qing fue que perdieron el control de los vastos recursos de la China agrícola, y se vieron obligados a depender de los ingresos limitados que proporcionaban las aduanas marítimas. Los últimos sogúns del régimen Tokugawa tuvieron más éxito cuando enviaron emisarios a Estados Unidos y Europa en la década de 1850 para estudiar las técnicas de las naciones occidentales. El rey Nasir-al Din Sha de Persia (1848-1896), atrapado entre las fronteras orientales del Estado europeo expansionista de Rusia y las occidentales de la India británica, creó un pequeño ejército profesional y una brigada de cosacos dirigida por oficiales rusos, y trató de establecer un cuerpo administrativo[31]. Sus modelos fueron el imperio del zar y el británico de la India, aunque también utilizó antiguas tradiciones estatales persas para asegurarse ingresos de los campesinos y los nómadas.

El Estado musulmán modernizado y su progenie

El último gran sector en el que el deseo de crear estados modernos se propagó con la velocidad de un bacilo a principios del siglo XIX fue el «centro» del mundo islámico y el norte y este de África[32]. Otra vez se desarrolló una forma híbrida: una combinación de gobierno autoritario al estilo del sultanato bizantino-islámico y de las ideas occidentales del despotismo ilustrado. Los tipos de administración otomana reformada que se extendieron por este sector tenían características diferentes a las de los estados del sur y el este asiáticos que antes vimos. En primer lugar, las instituciones religiosas, ya fuera la clase oficial *(ulemas)* o los místicos linajes sufíes, formaban una parte inseparable de la estructura de estos estados híbridos en vez de cooperar con ellos desde fuera y con contención. Las nuevas burocracias mantuvieron un marcado sabor islámico. En segundo lugar, los gobernantes trataron de fomentar la propiedad y la producción campesinas. Más al este esto no siempre se dio. En tercer lugar, los aprovisionamientos del Estado seguían dependiendo del control de grupos de comerciantes.

Las provincias centrales otomanas siempre habían sido gobernadas desde cerca, siguiendo el modelo romano o bizantino, aunque en el siglo XVIII el poder central se debilitó algo. Hacia 1800, el Imperio Otomano estaba recién derrotado por una Rusia sólo parcialmente reformada. Los gobernantes decidieron tratar de modernizar sus provincias árabes y balcánicas más distantes. La experiencia directa del poder naval de Francia y Gran Bretaña durante las guerras napoleónicas obligó a un pequeño grupo de reformadores administrativos a pensar en cómo remodelar todo el aparato estatal y el ejército para preservar la independencia del imperio. Las consecuentes reformas del sultán Mahmud II (1808-1839) abolieron muchas de las antiguas instituciones jurídicas, militares y administrativas del Estado. Específicamente, abolieron el cuerpo de jenízaros y trataron de convertir a los dignatarios religiosos del imperio en funcionarios oficiales[33]. Sin embargo, fue el lugarteniente formal del sultán, Mehmet o Muhamad Alí, virrey de Egipto, quien realmente impulsó este proceso. Mehmet Alí destrozó el viejo cuerpo de los mamelucos de «gobernantes-esclavos» y se apoderó de sus tierras que transformó en un fondo para el desarrollo militar y político. Fundó colegios militares y administrativos basados en el modelo francés, y fundó un ejército nuevo de corte europeo. En lo que pudo, Mehmet Alí intentó incorporar las leyes islámicas a sus juzgados administrativos. Él y sus sucesores trataron de extender este nuevo tipo de Estado a la costa

arábiga de Hejaz, al Levante y al profundo Sudán[34]. Como ya comentamos antes, su régimen trató de estatalizar el cultivo del algodón.

El intento egipcio de progresar tuvo un efecto dominó en sus vecinos. Tras la derrota militar a manos de Egipto en 1848, el gobernador de Abisinia, Tewodros, tuvo éxito al copiar el modelo militar egipcio y consiguió hacerse con el trono en 1855. Imitó a Mehmet Alí y confiscó las tierras de los nobles y de la Iglesia para aumentar su base de recaudación[35]. Durante las siguientes décadas, el avance del Estado en el norte de África fue importante, aunque fácilmente reversible. Al oeste, en el Mahgreb norteafricano, las autoridades regionales subotomanas también empezaron a imitar la política de Mehmet Alí de crear un Estado. Esto se convirtió en un proceso de supervivencia tras la invasión de Argelia por los franceses en 1830. Abd al-Qadir, el líder argelino, movilizó a sus seguidores de la secta qadiriyya sufí para resistir la invasión. Pero también creó un ejército disciplinado y bien armado de 5.000 hombres, con el cual pudo resistir a Francia durante mucho tiempo[36]. Los líderes de Trípoli y de Marruecos tomaron nota y siguieron sus pasos. En Túnez, Khayr al-Din Bajá copió las reformas del Tanzimat e instaló una burocracia estatal centralizada[37]. Todos estos líderes retomaban una forma de construir estados que ya se había probado en el siglo XVIII. Pero ahora el modelo estaba mejor definido y la necesidad de autoprotegerse era mayor.

En el oeste del África musulmana, el Estado avanzó aliado con la élite instruida y el islam purista. Un caso ejemplar fue la carrera de al-Hajj Umar, maestro, lector y constructor de estados, cuyo Estado entró más tarde en guerra con Francia. La importancia de los libros y del alfabetismo en esta sociedad y gobierno islámicos emergentes estaba clara. Un cronista escribió:

> Un día, se incendió el pueblo de Jegunko y tres habitaciones llenas de libros religiosos ardieron. Durante el incendio, Umar se lamentaba y quería inmolarse en las llamas. No le importaba que ardieran edificios, sólo le preocupaban los manuscritos. Umar se encomendó a Dios. Envió al hijo de su hermano pequeño a Tombuctú con una considerable suma de dinero y con papel para que hicieran manuscritos nuevos[38].

PETICIONES DE JUSTICIA Y SÍMBOLOS DEL PODER

El resto de este capítulo examina las exigencias del Estado moderno, sus recursos y sus herramientas administrativas, para ver dónde y por

qué se desarrolló con mayor éxito. Un área en la que el Estado creció en ambición fue en sus exigencias teóricas y legales sobre la población del mundo y también en la variedad de símbolos que desplegó. De una manera nunca vista, ni siquiera en los despotismos militares eurasiáticos del siglo XVIII, las autoridades públicas del siglo XIX aseguraron poder crear y aplicar un estatus que en el viejo orden se daba por hecho. La Declaración de los Derechos del Hombre era muchas veces una declaración de los derechos del Estado, que desarrollaba nuevas formas de controlar y regular. Si empezamos con los primeros principios, el derecho a vivir o a morir, y otros castigos severos, debe ser el tema más fundamental del ser humano. A partir de 1780, el Estado se aplicó internacionalmente a arrebatar el derecho de otorgar la vida o la muerte a los pequeños principados, jurisdicciones locales y grupos tribales. Al intentar hacer a todos los habitantes de «su» territorio súbditos iguales, trató de erosionar las diferencias de estatus y de honor tan importantes en los antiguos regímenes. De hecho, el control de la justicia y del castigo se había convertido en todas partes en una forma de definir los propios derechos del Estado. Los teóricos del Estado denunciaban que la justicia y la venganza local o comunitaria era ilegítima y que quedaba fuera del marco de la sociedad civilizada. Así las contiendas, los duelos y la venganza moral de la turba, que en el siglo anterior habían formado parte del funcionamiento normal de muchas sociedades, quedaron estigmatizados o criminalizados.

En el mundo islámico, los jefes locales o las cortes clericales administraban tradicionalmente la justicia de acuerdo a la *Sharia*. En casos de asesinato u otros crímenes atroces, la familia de la víctima decidía si pedía pena de muerte, y en las zonas más remotas, la opinión del gobierno no tenía influencia. Tras la segunda gran oleada de «reorganización» otomana después de 1839, que ya comentamos antes, los sistemas judiciales centralizados asumieron mayor control y empezaron a erosionar la jurisdicción de las cortes locales. El nuevo código civil mantuvo el espíritu islámico, pero un Ministerio de Justicia de estilo europeo lo implementaba. En Egipto, la administración del jedive instituyó juzgados de judicatura del tipo francés[39]. Según avanzaba el siglo, estos tribunales, junto con los que impusieron los europeos para juzgar a sus propios ciudadanos y familiares (durante las llamadas capitulaciones), erosionaron gradualmente las competencias y los honorarios de las cortes islámicas. Esto provocó tensión entre las interpretaciones secular y teocrática del Estado nacional, que dividió el nacionalismo de Oriente Medio ya antes de la Primera Guerra Mundial.

Las nuevas exigencias del Estado tuvieron un largo alcance en las sociedades musulmanas, hindúes y budistas ahora gobernadas directamente por europeos. Los administradores coloniales buscaron imponer su monopolio del derecho de otorgar la vida o la muerte y de decidir los castigos severos. Poco a poco, negaron el derecho de las comunidades a exigir la pena capital por asesinato, mientras que otros castigos, como los latigazos o las amputaciones, quedaron prohibidos y se sustituyeron por la horca, la deportación o la cárcel, castigos que se consideraban más aceptables para pueblos «civilizados». Los códigos islámicos que permitieron los europeos en sus dominios eliminaron la posibilidad de llegar a un acuerdo o a un laudo especial como ocurría en el antiguo sistema. En la India británica, estos cambios afectaron considerablemente al estatus judicial y a la imagen propia de los súbditos hindúes del antiguo Imperio Mogol. Los gobernantes habían actuado con frecuencia bajo el espíritu de las antiguas leyes hindúes, que prohibían la pena de muerte para los brahmanes. Las comunidades hindúes habían practicado con frecuencia el infanticidio femenino y, menos a menudo, la costumbre de quemar a las viudas en la pira funeraria de sus maridos. El gobierno británico trató de eliminar ambas prácticas, declarándolas abominaciones a ojos de una sociedad correcta[40]. También en Japón, el régimen Meiji de la década de 1870 racionalizó los castigos que antes habían aplicado los cuerpos judiciales locales en las tierras de los grandes potentados[41].

Los estados también trataron de intervenir con mayor frecuencia para imponer sus costumbres civiles sobres las bodas y las herencias. Los administradores del siglo XIX preferían líneas claras de descendencia y eliminaron las adopciones por parte de la aristocracia, e insistieron, en el mundo británico, en el derecho de primogenitura. En algunos sistemas administrativos, guardaron las apariencias de las leyes y costumbres locales, pero las codificaron y conformaron con nuevas estructuras legales más rígidas. En las Indias Orientales, los holandeses desarrollaron un sistema complejo de *adat,* o ley consuetudinaria, en el que se implicaron los orientalistas de la Universidad de Leiden[42]. Pero el *adat* no era realmente ni tradicional ni consuetudinario, pues eliminaba gran parte de la independencia judicial que se había permitido a los viejos magistrados e imponía derechos y castigos estrictos según los diferentes grupos.



7.2 El «Estado colonial» al desnudo: el gobernador británico de Nueva Guinea de viaje, 1876. Fotografía de J. W. Lindt.

En Europa, los estados de los siglos XVII y XVIII ya habían luchado duramente para abolir los derechos judiciales de los grupos locales y los terratenientes, sobre todo en asuntos de vida o muerte. Pero incluso aquí, los administradores y juristas del siglo XIX prepararon un plan de reformas y racionalización. El Código Napoleónico y sus imitaciones europeas intentaban establecer derechos, obligaciones, castigos y penas comunes para todos los súbditos[43]. Los privilegios y discriminaciones de ciertos grupos desaparecieron. El clero perdió la inmunidad, aunque esto ocurrió muy lentamente en Rusia y el sur de Europa. Se les concedió la ciudadanía a los judíos y se abolieron las reglas que los consignaban a sus ghettos después del atardecer y que les prohibían tener tierras o votar. En Gran Bretaña e Irlanda, las reformas legales posteriores a 1830 fueron concediendo, aunque muy lentamente, el derecho a ocupar cargos públicos a judíos, católicos y protestantes no anglicanos. A medida que la gente iba estando sujeta a obligaciones comunes y adquiriendo derechos iguales frente al Estado, fue necesitando un enorme cuerpo de abogados entrenados para solucionar sus disputas. A su vez, estos

abogados se convirtieron en un doble del Estado, al trabajar en la sociedad civil para facilitar y para legitimar sus reivindicaciones.

Como arguyó perfectamente Michel Foucault, los sistemas de encarcelamiento regulado fueron sustituyendo a los castigos más públicos y más brutales que prevalecían en el Antiguo Régimen[44]. En gran parte del mundo se empezó a separar a los criminales de la sociedad en vez de castigarlos salvajemente dentro de ella. De modo creciente, los estados fueron promulgando vía decreto o promoviendo por vía parlamentaria legislación que estigmatizaba y castigaba ciertas acciones consideradas antisociales; entre ellas, el aborto, el infanticidio, la homosexualidad, la tenencia de armas sin licencia, los deportes crueles, la bigamia y el consumo excesivo de alcohol en días laborables. En todos estos casos, la administración expresaba su afán de civilizar y de dirigir a su pueblo y a los pueblos súbditos. Pero al pronunciarse públicamente sobre estos temas legales y morales, también imponían su derecho de intervención en asuntos que anteriormente quedaban en el ámbito de la comunidad eclesiástica y de la opinión pública.

Esta sección ha de concluir con una advertencia. Promulgar y pretender no eran lo mismo que aplicar. En muchas sociedades, el Estado simplemente no tenía el poder ni la determinación para hacer respetar su recién anunciado monopolio sobre la violencia. Al mismo tiempo, las comunidades locales, los poderosos y las autoridades religiosas se negaban a aceptar la legitimidad del Estado para intervenir. A pesar de las grandes ideas de Hegel, el Reich alemán nunca logró la igualdad para sus ciudadanos judíos[45]. La justicia se seguía dispensando fuera de las oficinas gubernamentales en todo el mundo. Hubo asesinatos y boicots a los terratenientes considerados perversos en Irlanda, asesinatos de brujas en muchas partes del mundo y linchamientos de negros acusados de violar el honor blanco en los estados sureños de Estados Unidos. En importantes ámbitos, los derechos y las exigencias del Estado apenas avanzaron. Todavía en 1900, la burocracia imperial china, tildada por algunos de distante, de manchú o de trabajar para las potencias occidentales, había perdido poder frente a los señores regionales, los comandantes locales e, incluso, las sociedades secretas. Las élites locales administraban castigos apropiados si la población los pedía. Los rebeldes bóxer de 1900 asesinaron a sacerdotes y otros europeos. Pensaban que estos extranjeros habían violado impunemente las normas de corrección social porque el régimen central era débil. En Estados Unidos, una sociedad que había prosperado sin tener un régimen central fuerte, los estados de la Unión mantenían sus derechos a regular y

poner en práctica la ley, algo que perdura hasta hoy. La justicia era local, a pesar de alguna intervención ocasional del Tribunal Supremo. El poder estatal, ya fragmentado por la división entre los gobiernos federales y estatales, el Presidente, el Congreso y los tribunales, se topó con la resistencia de las comunidades en nombre de la libertad, algo que supieron aprovechar los jefes locales[46]. El concepto de gobierno centralizado nunca perdió el tufillo a corrupción que le acompañaba desde los días de los gobernadores coloniales.

En las antiguas colonias europeas, el Estado, aunque rápidamente puesto en funcionamiento por las élites nacionalistas, seguía teniendo la mancha de ser una imposición extranjera, blanca sobre las comunidades indígenas autogobernadas. Ésta es una protesta que los radicales y comunitaristas de hoy han adoptado con renovado vigor. En el mundo islámico, las viejas instituciones religiosas y judiciales de la *Sharia,* la ley divina, al final no fueron sustituidas por el Estado moderno, sino que sobrevivieron a su lado. Las proclamas religiosas difuminaban periódicamente a un Estado de legitimidad parcial. Este caso se vivió de la forma más radical en Irán, donde las dinastías Qayarí y después Pahlavi (a partir de 1927) fueron incapaces de asegurarse una legitimidad total a ojos de sus súbditos. En gran parte del resto del mundo, incluidas partes del sur y el este de Europa y África, las instituciones estatales siguieron zarandeándose sobre un mar de alianzas de linajes y de autoritarios potentados regionales. La paradoja del Estado era que siempre estuvo por encima de los poderes locales, las clases sociales y las facciones, pero siempre podía ser penetrado y apropiado por ellos.

LOS RECURSOS DEL ESTADO

A pesar de estas excepciones importantes e ilustrativas, el Estado estaba en una posición potencialmente más fuerte en 1914 que en 1780. Hacia 1914 podía desplegar más hombres, autoridad, recursos y mayor poder destructivo que nunca contra sus propios ciudadanos y contra otros estados. En muchos campos, aunque no en todos, había conseguido hacerse con un control más efectivo de las reservas de recursos humanos y dinerarios. Podía desplegar nuevos símbolos para aseverar su autoridad, y había creado burocracias, archivos y departamentos de sondeos, más grandes y más eficaces, para ayudar en esta tarea. Sobre

todo, el Estado era considerado como el representante de la nación, y la nación y la raza eran los protagonistas en la escena mundial. Irónicamente, por supuesto, este argumento es circular, porque, como vimos en el capítulo anterior, el Estado creaba naciones y viceversa.

Como comentamos en el capítulo 1, es importante no subestimar el poder de los estados eurasiáticos del siglo XVIII. Las grandes humillaciones internacionales sufridas en el siglo XVIII por estos orgullosos estados fueron poco comparadas con sus problemas casi cotidianos para controlar sus propios dominios. Como descubrió Luis XVI a expensas de su cabeza, el monarca francés era incapaz de controlar su propia capital, que insultaba y ridiculizaba a diario su régimen desde 1783. Aunque ya a salvo de la guerra civil, la monarquía Hannover de Gran Bretaña tuvo que ver cómo ardía la capital y eran asediados los parlamentarios durante las anticatólicas Revueltas Gordon de 1780. A pesar de las modernizaciones llevadas a cabo por Catalina la Grande de Rusia, las revueltas de cosacos y campesinos suspendieron el control ruso de enormes extensiones de su territorio. Los estados asiáticos lo tenían todavía peor, puesto que nunca se habían visto obligados a crear una vigilancia interna ni un control de recursos tan extremos como los de los cerriles cristianos o los codiciosos militares de la Europa moderna. Los líderes campesinos insurgentes jati saqueaban con frecuencia el centro del Imperio Mogol, llegando a poco más de 30 kilómetros del trono imperial incluso en periodos con emperadores tan poderosos como Aurangzeb (1658-1707).

Hacia 1900, ya se habían producido cambios importantes. La mayoría de los estados occidentales y de los regímenes coloniales podían recaudar impuestos en sus territorios, y controlarlos y explotarlos la mayor parte del tiempo. Un cambio de gobierno no significaba, necesariamente, el colapso a largo plazo del orden y de la seguridad. La Comuna de 1871 y la Revolución Rusa de 1917 surgieron de enormes y excepcionales conflictos militares, no por una inestabilidad endémica o por falta de recursos. De hecho, hemos de ver 1917 como una ruptura repentina del modelo de gobiernos cada vez más eficaces y no, como se hacía antes, como un cúmulo de conflictos sociales inexorables. La rápida aparición del gobierno bolchevique provocó la instalación de un Estado todavía más centralizado y ávido de recursos. Incluso en el caso de China, donde los historiadores de mediados del siglo XX hablaban de un colapso del Estado, la mayoría de los historiadores de hoy señalan que las élites locales se reforzaron. El poder estatal se difuminó. Pero

no desapareció. La revolución de 1911 surgió repentinamente en el contexto de la sequía y el pánico a las epidemias.

¿Cómo y cuándo había adquirido nuevos recursos el Estado? No debemos tener miedo a decirlo. Gran parte de la construcción de estados en el mundo continuó siendo, como siempre, un proceso de saqueo masivo. Empresarios sagaces y agentes comisionistas seguían los pasos de los invasores militares, y fueron ellos quienes arraigaron el Estado. A pesar de sus grandiosas proclamas de que hacían avanzar a la «civilización», a principios del siglo XIX, las autoridades revolucionarias francesas y los gobiernos coloniales británicos de la India buscaban apropiarse de terrenos y de dinero. Sus colaboradores británicos, franceses, italianos e indios tenían interés en encubrirlo.

Una respuesta a la pregunta ¿por qué creció el Estado? Ha de ser que estaba mejor armado. Las guerras mundiales de 1780-1820 mejoraron sus recursos militares, y el posterior progreso científico los mejoró aún más. Los primeros avances a pequeña escala en recursos militares habían beneficiado a los magnates regionales y a los rebeldes tanto como a los estados centralizados. Los líderes campesinos, los guerreros locales y los rebeldes populares podían comprar rifles. Los barones y rajás locales podían construir fortalezas siguiendo el modelo del arquitecto francés Vauban. A partir de 1800, sin embargo, fueron los grandes estados quienes monopolizaron los avances militares. Se requería un gran capital y mucha organización para construir y desplegar acorazados, artillería pesada y obuses de carga química. Las reformas militares abrieron un hueco por el que entraron muchos tipos diferentes de defensores del poder del Estado. La necesidad de modernizar las Fuerzas Armadas desató una serie de cambios en cadena en el Estado. Los grupos en el poder tuvieron que reforzar sus burocracias y sus sistemas de tributación. Los reformadores con planes de mejoras ciudadanas demandaban unos súbditos mejor educados y más sanos.

La capacidad del Estado, inicialmente sólo del Estado europeo, para desplegar un nivel completamente nuevo de poder militar se comprobó a principios del siglo XIX. Hacia 1820, Gran Bretaña había desarrollado el acorazado a vapor. Muy pronto se utilizó en el Imperio Británico para patrullar el río Ganges, en apoyo del desarrollo de la exportación de algodón y, más adelante, durante la rebelión de 1857, para mantener abierta la principal arteria de suministros militares británicos. Un ejemplo espectacular del uso de acorazados a vapor y de la nueva artillería naval ocurrió durante las guerras anglo-chinas del opio de 1839-1842 y 1856-1861[47]. Aparte de la ventaja logística que tenían los británicos, fue la completa inoperancia de los ejércitos chinos ante la tecnología occidental la que empezó a minar la autoridad del régimen Qing. En Japón pasó algo parecido cuando los británicos y los norteamericanos utilizaron su fuerza naval para abrir los puertos japoneses del régimen Tokugawa a su diplomacia y su comercio. Por muy inactivo que pareciera el Estado colonial de finales del siglo XIX en la India o en el norte de África francés, no debemos olvidar que entre 1840 y 1880 hubo un desarme general de la población indígena. Las autoridades confiscaron gran cantidad de «armas no autorizadas» en ambas regiones.

Este tipo de «pacificación interna» se produjo en el corazón de las naciones europeas y no sólo en la periferia colonial. En Irlanda en 1798, por ejemplo, los ejércitos británicos instituyeron el «terror blanco». Sus columnas destruían aldeas, mataban al ganado y efectuaban ejecuciones sumarias. En 1831, los ejércitos rusos —que estaban bastante atrasados tecnológicamente— destrozaron por completo el movimiento autonómico polaco. Se instituyeron purgas masivas, se confiscaron tierras y se acuartelaron tropas —reminiscencias de la era napoleónica— para suprimir la abierta disidencia durante los siguientes diecisiete años[48]. Las autoridades francesas emplearon una fuerza brutal contra los trabajadores de la Comuna de París de 1871, incluso si se compara con la utilizada en las décadas de 1790 y 1840. Los nuevos rifles de repetición podían matar a cientos de personas en pocos minutos, y el trazado de las nuevas calles de la ciudad permitía un buen ángulo de tiro. Está claro que los nuevos recursos militares del Estado no siempre servían a sus intereses a corto plazo. Los ejércitos más grandes y mejor equipados generaban a veces motines más grandes y mejor equipados. Alejandro I de Rusia, por ejemplo, cosechó grandes disgustos a manos de los millones de hombres que había movilizado durante las guerras napoleónicas y que había instalado en colonias militares. Estos veteranos se oponían a los intentos del zar de controlar minuciosamente las colonias y se rebelaron contra él en varias ocasiones. No obstante, la balanza del poder militar parecía haber caído del lado del Estado más que del de sus oponentes locales.

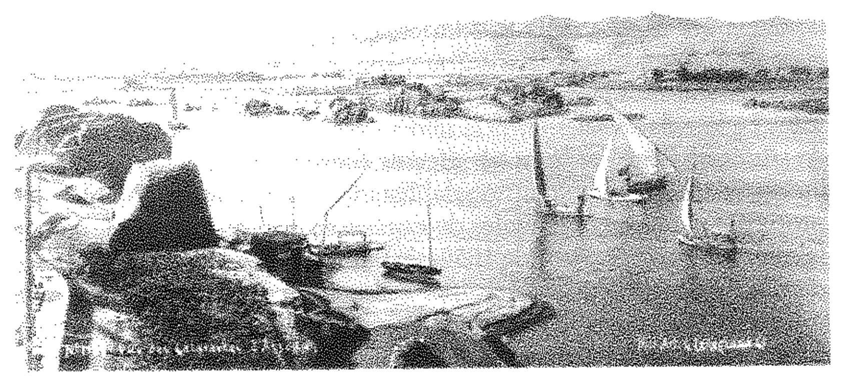
Los cambios críticos en los sistemas de comunicación ayudaron a los estados a desplegar este nuevo poder militar y político. El telégrafo eléctrico ayudó a derrotar a los amotinados en la India y a los guerreros zulúes. En la guerra contra el califa sudanés de 1898, el general británico, Herbert Kitchener, habría corrido la misma suerte que sus temerarios predecesores que se precipitaron hacia la derrota en el desierto, si

no hubiera construido un ferrocarril hasta Jartum y si no hubiera arrastrado su flota de transporte con barcos a vapor por el alto Nilo. La Unión norteamericana culminó su victoria sobre el Sur en la Guerra de Secesión porque su poderosa y desarrollada flota bloqueó los puertos sureños algodoneros de Houston y Galverston. Se sabe que los ferrocarriles contribuyeron a acelerar la movilización de las tropas durante la Primera Guerra Mundial. Pero ya en las guerras europeas de mediados del siglo XIX se vieron las ventajas del ferrocarril cuando los prusianos consiguieron victorias sobre Francia y Austria gracias al rápido despliegue por tren de tropas y de artillería pesada. El ferrocarril también erosionó la autonomía interna y las diferencias entre los antiguos grupos regionales en los estados grandes.

La cuestión a tener en cuenta es que en parte el poder del Estado, aún tan amorfo en el siglo XVIII, se vio impulsado por el desarrollo de nuevos recursos y de nueva tecnología militar. También es cierto lo contrario. Básicamente, fueron las nuevas formas de hacer la guerra las que impulsaron al Estado a intervenir, a controlar su poder económico y, en general, a adentrarse más en la sociedad. Un historiador militar escribe: «Un sistema defensivo adecuado en esta nueva época requería no sólo el entrenamiento militar de toda la población masculina, sino también la construcción de ferrocarriles estratégicos, la acumulación de enormes provisiones de guerra y el mantenimiento de un alto índice de natalidad y un buen nivel de enseñanza»[49].

En Gran Bretaña, una actuación inesperadamente mala en la guerra de Crimea contra Rusia a mediados del siglo tuvo como consecuencia la reorganización del ejército y también del gobierno. Algunos regimientos se unificaron, se introdujo un nuevo sistema de entrenamiento y se creó una Oficina de la Guerra profesionalizada, cuando antes los Horse Guards, una institución del siglo XVII, habían bloqueado el cambio. Las bajas por enfermedad y en el campo de batalla impulsaron la creación de una nueva profesión de enfermeras, y también dio un gran empuje a la investigación médica tanto para la población civil como para la militar. Pero las ondas de ésta y otras humillaciones militares se extendieron hasta llegar al erario y a las cuentas públicas.

De manera parecida, el Estado prusiano se vio impulsado por la necesidad de crear un ejército masivo mediante el servicio militar obligatorio, y el gobierno francés se centralizó más tras la derrota de 1870-1871. Sin embargo, probablemente fuera en el mundo extraeuropeo donde las exigencias militares cambiaron más a los estados. En 1842, el gobierno chino ya experimentaba con la construcción de barcos de



7.3 Los recursos del poder estatal: construcción de la presa de Asuán, Egipto, 1902-1906.

vapor de estilo británico y de cañones modernos. Tras la devastación de China durante la Segunda Guerra del Opio y la Rebelión Taiping, el régimen Qing se embarcó en un programa de modernización inmediata durante el llamado movimiento de autorrefuerzo de la década de 1870. El príncipe Kung estableció una nueva directiva militar. Li Hongzhang, el gobernador chino de Cantón, le siguió los pasos e intentó reforzar sus arsenales y astilleros. Fue un proceso dinámico. El Estado tenía que encontrar nuevos recursos para financiar estas innovaciones. Dada su falta de recaudación fiscal en el campo, el Estado buscó recursos en el remozado servicio de aduanas marítimas. Ésta, la primera institución burocrática totalmente moderna de China, necesitaba para su funcionamiento que los chinos cambiaran su política exterior y su diplomacia internacional, y que negociaran préstamos en el extranjero[50].

El mismo proceso de construcción estatal a cargo de militares tuvo lugar en Japón. La derrota y la humillación a manos de los bárbaros en las décadas de 1850 y 1860 impulsaron la creación de un ejército y una

armada nuevos. Pero, para financiarlos, fue necesario cambiar todo el sistema tributario interno y eliminar ciertos privilegios. Los nuevos gobernantes Meiji revocaron los privilegios fiscales de los samuráis. El Estado les concedió una pensión fija y asimiló sus anteriores incentivos a sus arcas. El nuevo gobierno también midió y registró las propiedades, instituyendo un sistema tributario nacional[51]. Estas medidas acabaron con el sistema descentralizado y patrimonial de la estructura estatal japonesa que databa de la Edad Media. Campesinos, samuráis, comerciantes y daimios (nobleza terrateniente), todos fueron a partir de entonces súbditos japoneses, aunque el antiguo estatus siguió teniendo valor en la vida social.

Aunque llegó tarde, y sus efectos fueron limitados, el desarrollo industrial ayudó a la expansión del Estado de una manera compleja. El problema para los gobernantes de Eurasia en el siglo XVIII había sido la falta de recursos. A partir de 1850, sin embargo, las ganancias de la producción industrial (más dinero por recaudación de impuestos sobre la renta, las licencias y el comercio) prestaron al Estado un enorme y nuevo conjunto de recursos. Era más fácil hacer efectivos estos impuestos que cobrar a los campesinos o terratenientes rebeldes, que a menudo se resistían o huían en cuanto se acercaban los recaudadores. Japón es un caso a tener en cuenta. En las décadas de 1970 y 1980, los economistas del libre mercado mantenían que una industrialización liderada por el Estado podría haber impedido el avance de la industrialización japonesa. Sea como fuere, el esfuerzo modernizador del Estado japonés sólo fue posible gracias a la seguridad y al expolio exterior. La rápida modernización militar y la creación de una infraestructura industrial permitieron a Japón derrotar a China en 1895 y extraer enormes recursos de su vecino. Más adelante, ese mismo avance militar permitió a Japón derrotar a Rusia, el único enemigo que podría haberle parado los pies en la carrera hacia el estatus de gran potencia[52].

El crecimiento de la población durante los siglos XVIII y XIX ayudó a muchos estados, aunque esto es menos cierto en el caso del Imperio Chino. Sólo el crecimiento de la población tras la erradicación de la peste y las mejoras nutricionales permitieron a Napoleón desplegar ejércitos tan enormes. De no ser por el crecimiento de la población a principios del siglo XIX, Gran Bretaña no podría haber desplegado sus enormes fuerzas militares y, simultáneamente, mantener su esencial producción industrial y agrícola[53]. En los territorios coloniales, un crecimiento en la población campesina empobrecida llenó los ejércitos imperiales de reclutas y, a la vez, produjo las rentas con las que el

gobierno los mantenía y la mano de obra estacional para satisfacer las necesidades de sus aliados comerciales en las plantaciones.

Una rápida urbanización y un comercio internacional floreciente ofrecían beneficios más fáciles. Una vez que las ciudades tenían policía y estaban bajo control, los recaudadores de impuestos podían trabajar sin problemas. A finales del siglo XIX, ciudades como Londres, París y Boston que habían padecido brotes de revueltas un siglo antes a raíz de los impuestos, indirectos y mínimos, sobre el te, la ginebra o la absenta, estaban más tranquilas. Incluso estaban dispuestas a tolerar impuestos directos sobre la renta, siempre y cuando un pequeño porcentaje de la recaudación se destinara a controlar el crimen, la enseñanza y la sanidad. Los recursos del comercio y de la producción industrial eran mucho más transparentes para el Estado que los de los campesinos y usureros del Antiguo Régimen.

Por supuesto, no hubo un crecimiento de los recursos estatales en todos los ámbitos de la economía mundial. Durante gran parte del siglo, la doctrina del libre comercio significó que los gobiernos, influidos o coaccionados por el dominio británico, renunciaran a imponer unos impuestos altos y un férreo control mercantil. En el noroeste de Europa se abolió por consenso el complejo sistema de regulación comercial del siglo XVIII. En China, el Imperio Otomano y el norte de África se abolió a base de cañonazos de los acorazados británicos y franceses. En parte debido a las recesiones económicas de las décadas de 1870 y 1880, la división del mundo en bloques comerciales tuvo lugar hacia 1890. Pero la retirada estatal de esta área única fue un movimiento estratégico. Los gobiernos buscaban un incremento en la riqueza total, sobre todo la propia, a través de la doctrina del libre comercio. Los impuestos indirectos seguían subiendo.

LAS OBLIGACIONES DEL ESTADO CON LA SOCIEDAD

El crecimiento constante, aunque errático, de las exigencias y los recursos del Estado durante el siglo XIX conllevaba numerosas obligaciones. Sobre todo a partir de 1850-1860, el Estado tuvo que hacer más por sus súbditos para así poder justificarse. Por supuesto, no debemos olvidar que los viejos tipos de Estado, en Occidente y fuera, tenían obligaciones reconocidas con sus ciudadanos. Aunque las obligaciones eran algo limitadas en algunas áreas, los viejos regímenes chinos, islámicos e

indo-islámicos debían fomentar la construcción de pozos, ayudar y controlar las provisiones en tiempos de hambruna y consumir los productos refinados de las diferentes regiones. En el Asia oriental, el gobierno y sus súbditos se unían en cooperación mutua para controlar las inundaciones y los incendios que se producían en las viejas ciudades con construcciones de madera. Estas formas de ayudas descentralizadas continuaron también en Europa, donde los gobiernos mantenían y supervisaban diversas formas de beneficencia o de ayudas públicas, que persistieron hasta comienzos del siglo XIX. Antes de la década de 1850, el gobierno real de Prusia ayudaba indirectamente a sus súbditos al conceder privilegios fiscales y tributarios a las organizaciones protestantes que mantenían orfanatos, centros de enseñanza y repartos de comida para los pobres[54].

A partir de 1850, sin embargo, hubo un clarísimo cambio de rumbo. La experiencia de las guerras de mediados de siglo, que vimos en el capítulo 4, impulsó a los gobiernos a obtener más recursos de sus territorios. Pero, a la vez, debían intervenir para pacificar a sus ciudadanos rebeldes. Para garantizar por lo menos la reproducción de recursos y su fuerza militar, muchos gobiernos se interesaron por mantener a sus ciudadanos sanos, bien alimentados y educados hasta un cierto nivel. Por otra parte, los ciudadanos adinerados que cada vez pagaban más impuestos, tanto directos como indirectos, reclamaban algo a cambio. Los programas sociales justificaban el flujo de dinero de los ciudadanos al gobierno. En el otro extremo de la sociedad, la explosión de la militancia de la clase obrera en las nuevas ciudades industriales y las rebeliones de campesinos en el campo excesivamente sangrado con impuestos requerían medidas paliativas. Después de la hambruna de la década de 1840, las clases dirigentes se dieron cuenta de que los antiguos ciclos de miseria estacional habían sido sustituidos por una pobreza «estructural» tanto en la ciudad como en el campo. Era una pobreza que perduraba durante generaciones y más. Gran parte de Asia y África también habían caído en un empobrecimiento total, comparados con las ricas tierras de los blancos. La gente atrapada permanentemente en el último peldaño, podía unirse a los rebeldes indígenas, los socialistas y los anarquistas.

Finalmente hemos de examinar las actividades independientes de reformadores individuales, gente que creó la creciente opinión pública de que los gobiernos debían intervenir para mejorar el tono moral de la sociedad y para enderezar la torcida distribución de la riqueza. Esta fue la época en que lord Shaftesbury hizo campaña para la abolición del

trabajo infantil en Gran Bretaña y en que los abolicionistas norteamericanos presionaron a su gobierno sin cesar para que acabara con la esclavitud. A lo largo de todo el mundo, había reformadores que reclamaban el fin de la quema ritual de viudas en la India, del canibalismo ritual en el Pacífico, del vendaje de los pies de las mujeres chinas y del sistema de herencias tradicional que se consideraban contrarias a la ley de Dios en el Islam. Estos reformadores reclamaron inevitablemente que el poderoso nuevo Estado solucionara estos problemas y, así, lo situaron como la fuerza dominante de la sociedad, por encima de la mezquita, la Iglesia o el potentado regional.

¿En qué áreas intervino el Estado? Por supuesto, en sanidad pública y control de hambrunas. En la primera fase de poder a comienzos del siglo XIX, los nuevos estados británico y norteamericano y los regímenes coloniales que aparecían en África y Asia adoptaron una postura de *laissez-faire*. La idea era que la sociedad se organizaría mejor si el Estado se negaba a intervenir. Durante las hambrunas de Escocia, Irlanda e India, entre 1830-1850, los funcionarios del Imperio Británico debatían ferozmente hasta qué punto debía intervenir el gobierno para proveer comida a los famélicos. Algunos creían, como una parodia de las ideas de Thomas Malthus, que el hambre era un método divino para controlar el crecimiento de la población y que no se podía intervenir.

Incluso, a principios de siglo, sin embargo, había ciertas cosas que los administradores no podían obviar. Las epidemias de cólera que causaron estragos en todo el mundo en las décadas de 1820 y 1830 dieron lugar a los reglamentos de cuarentena y a las fronteras internas para frenar la extensión de la enfermedad. La amenaza que suponía la marina internacional y la emigración intercontinental de la mano de obra que era desarrollada por algunos operadores sin escrúpulos, llevó a la creación del reglamento sobre emigración y sobre las condiciones de trabajo a bordo. Los gobiernos intervinieron para prevenir la esclavitud, el infanticidio, el crimen ritual y otras prácticas que describían como «horrendas para la humanidad». Las epidemias posteriores de cólera y peste bubónica que barrieron el mundo después de 1890, también redoblaron la presión hacia los gobiernos para poner a la población en cuarentena, controlarla, contarla y vacunarla[55].

Prusia, Francia y el nordeste de Estados Unidos fueron los pioneros en materia de enseñanza pública estatal. Fue una extensión de las ideas de la Ilustración sobre mejoras sociales. En este caso, la necesidad de tener una nación educada por razones militares se unía a una implicación filosófica en la enseñanza popular, alimentada por ideas protestantes

pietistas o libertarias. A mediados de siglo, sin embargo, la mayoría de los estados europeos y muchos de fuera de Europa habían invertido en enseñanza. Además del ímpetu militar, tan claro en Egipto y Japón, las rivalidades sectarias, por ejemplo, ofrecían razones para expandir la educación primaria. La República Francesa y el nuevo régimen italiano introdujeron la enseñanza estatal para limitar el poder de la Iglesia católica. En Inglaterra, la Iglesia anglicana hizo campaña para extender la provisión escolar precisamente porque los católicos y los «disidentes» habían sido muy activos promoviendo escuelas.

Hacia 1880, incluso en ámbitos donde el Estado se había retirado o retrocedido en décadas anteriores, la idea de que el gobierno tenía que cuidar del bienestar de sus súbditos comenzaba a arraigar. El Reich alemán de Bismarck introdujo pensiones, provisión sanitaria nacional y el derecho a la enseñanza en la década de 1880[56]. El seguro de baja laboral por enfermedad o discapacidad iba unido a un plan para controlar la «conspiración» comunista[57]. Prusia llevaba años a la vanguardia de la enseñanza pública, pero la política del canciller era también una jugada táctica en la larga batalla por conseguir el apoyo de la clase obrera urbana y de los pequeños agricultores, que Bismarck libraba contra la oposición política de socialistas y católicos. El resultado fue el famoso sistema de seguridad social que otorgaba una pensión y provisión médica básica a los ciudadanos. En Gran Bretaña, el Estado del Bienestar tardó más en llegar. Ocurrió tras el renacimiento del conservadurismo urbano a partir de la década de 1880, y con la aparición del Partido Laborista, que obligó al gobierno liberal del primer ministro Lloyd George a diferenciarse de sus rivales políticos[58]. De hecho, dentro del Imperio Británico, fue en las colonias de población europea donde se introdujo por primera vez la idea de las prestaciones sociales estatales desde «el nacimiento hasta la muerte». En Nueva Zelanda y Australia, los progresistas intentaron cambiar el orden para que sus sociedades fueran más igualitarias y así distinguirlas de los antiguos despotismos clasistas de los viejos estados europeos[59].

Las prestaciones sociales del Estado en sanidad y enseñanza, y mucho menos en pensiones, casi no figuraban en la agenda para las colonias europeas en África y Asia, donde la esperanza de vida apenas sobrepasaba los treinta y cinco años. En estas zonas, el avaro *laissez-faire* se vería reforzado por la idea de que, por naturaleza, los nativos siempre morirían como moscas. Hubo pequeños avances. Hacia finales del siglo XIX, India tenía un código de actuación para las hambrunas. India, la Argelia francesa, Indochina y las Indias Orientales Holandesas

habían empezado un limitado programa de enseñanza primaria. Los gobiernos coloniales trataban de imponer su propio sistema de enseñanza para sustituir a las instituciones escolares «nativas», vinculadas a las autoridades religiosas y que habían sobrevivido gracias a los donativos de los grandes potentados. Hasta cierto punto, fue el resultado de la necesidad del Estado colonial de mano de obra especializada, pero el auge del nacionalismo colonial también lo convertía en un asunto de legitimidad hasta para los regímenes más despóticos. En los regímenes semi-independientes de África y Asia pasó algo parecido. A finales del siglo XIX, los comentarios despectivos de los «progresistas» educados en Occidente impulsaron a los gobernantes de China a establecer un sistema escolar imperial en 1900. En el Imperio Otomano, Egipto y Japón[60], los gobiernos se dieron cuenta del poder y de los recursos de sus enemigos europeos. Empezaron a fundar sus propias academias y sistemas de sanidad, preocupados de que si no perderían el apoyo de los jóvenes o de los trabajadores de sus ciudades en crecimiento.

LAS HERRAMIENTAS DEL ESTADO

Para poder gobernar y organizar los recursos, el Estado, por supuesto, tenía que saber a quién gobernaba y quiénes eran sus vecinos. A partir de la Alta Edad Media, los estados europeos habían empezado a cartografiar sus territorios, en parte debido a lo complejas y disputadas que eran sus fronteras. Los otomanos les habían seguido. Hacia 1600, los sultanes tenían mapas incluso de la costa atlántica de Norteamérica copiadas de ejemplares europeos recogidos por sus agentes. Los mogoles, los chinos y los déspotas reales reformados de principios del siglo XIX de Vietnam y Tailandia[61] también empezaron a cartografiar sus territorios, que representaban como imperios definidos por carreteras que salían en espiral desde el centro imperial. No eran tan completos ni precisos como los mapas europeos, y no por atraso asiático, sino más bien por la poca importancia que tenía definir territorios para los estados asiáticos. Muchos de los grandes reyes de Asia y del norte de África tenían enormes burocracias especializadas. Estos burócratas eran hábiles creadores y preservadores de datos, que legaban por escrito o a través de funcionarios que los memorizaban.

Para los europeos, el final del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX fueron la gran era de la cartografía. En este periodo, los cartó-

grafos trataron de imprimir un sentido más preciso del espacio. Anteriormente, la medición bidimensional había sido muy rudimentaria. A partir de 1750, había razones prácticas que ponían nuevos recursos en manos de los gobiernos. La gran expansión de la navegación durante el siglo había animado a los capitanes navales a cartografiar el litoral y los picos costeros con mayor precisión. Ello fue posible gracias a las mejoras en los instrumentos de navegación. Las últimas fases de la revolución militar en tierra incluían el desarrollo de una artillería más sofisticada y la construcción de fortalezas con ángulos de tiro precisos. Para posicionar los cañones, se necesitaban oficiales con un mejor conocimiento geométrico del terreno para evitar puntos muertos y calcular las líneas de disparo.

Los vínculos entre la guerra y la cartografía estatal quedaron perfectamente representados por los esfuerzos del Estado francés y del Imperio Británico. En Francia, l'École Polytechnique de Napoleón reunió una enorme cantidad de expertos matemáticos y cartógrafos con fines civiles y militares. Utilizó el material recopilado por la Real Academia Francesa y los mapas topográficos del país realizados desde 1744. Los topónimos regularizados en francés se cambiaron por los nombres en los dialectos regionales. Luego se siguió en Córcega. Durante la ocupación napoleónica de Egipto, se cartografió el terreno y se publicaron los resultados en la *Carte topographique de l'Égipte* (París, 1825)[62]. El servicio nacional cartográfico británico se llamaba, y se sigue llamando, Ordnance Survey (literalmente, «Medición Artillera»), en clara alusión a que su origen fue la cartografía para uso de la artillería. Tras la rebelión católica en los Highlands de 1745, se cartografió Escocia con gran precisión. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, también Irlanda. En muchas partes del oeste de Irlanda, aquella fue la primera ocasión en que un representante del Estado británico aparecía por allí. El punto culminante de todo aquel esfuerzo fue la gran Medición Trigonométrica de la India, dirigida, entre 1818 y 1840, por sir George Everest, en honor a quien se daría nombre a la cumbre del Himalaya. La medición empleó gran número de indios nativos y llevó a funcionarios británicos a zonas donde nunca antes habían estado[63].

Aunque los orígenes de la idea de hacer mediciones eran utilitaristas, las consecuencias para el mundo fueron a la vez simbólicas y prácticas. A nivel simbólico, el avance de los cartógrafos por el terreno representaba el triunfo de la ciencia y la tecnología de Occidente y el definitivo establecimiento del dominio británico. Los nombres gaélicos fueron traducidos al inglés y los nombres indios fueron estandarizados y

registrados en índices toponímicos. Algo más adelante, las autoridades estadounidenses comenzaron un proyecto parecido para cartografiar las llanuras y las montañas del Oeste. Allí también sustituyeron los nombres indígenas por nombres anglosajones, señalando así la reivindicación de la propiedad de sus nuevos dueños.

En Asia, como en Europa, los vigorosos nuevos estados que emergieron de las guerras napoleónicas y de la crisis mundial contemporánea requerían una demarcación exacta de sus territorios. Los indios lo entendieron, y algunos gobernantes regionales indígenas trataron de sabotear el proyecto cartográfico, mientras que, en ocasiones, la turba atacaba y demolía las torres trigonométricas. Al mismo tiempo, las voces nativas empleaban los mapas como recursos prácticos y simbólicos. Hacia la década de 1840 había ya libros escritos por indios que pretendían mostrar las fronteras de la India o del reino sagrado hindú. La geografía tuvo un papel importante en la ideología de los primeros nacionalismos. En los juzgados británicos de la campiña india (sujeta a fuertes tributos) la acusación y la defensa utilizaban los mapas a gran escala que produjo la Medición. Algo parecido ocurrió en Irlanda, donde los literatos gaélicos publicaban sus propias historias de la antigüedad para elogiar la vieja civilización e idioma irlandeses y estimular un sentimiento de orgullo nacional en una población mermada por la hambruna. En aquellas zonas del norte de África y de Asia que seguían siendo independientes o semi-independientes, los gobiernos indígenas también hicieron mapas basados en representaciones de los grupos políticos regionales, aunque paulatinamente empezaron a utilizar técnicas de medición europeas. En las décadas de 1820 y 1830, los gobernadores de Birmania y Tailandia tenían mapas bastante precisos de sus territorios. Li Hongzhang también impulsó la cartografía precisa del sur de China.

Los esfuerzos de los estados por cartografiar sus territorios iban acompañados de proyectos para catalogar, contar y calcular el número de sus habitantes y recursos. La mayoría de los primeros reinos modernos había utilizado periódicos censos de familias, bien para localizar recursos que tributar, o bien para buscar mano de obra para el rey. También hacía mucho tiempo que existía documentación sobre las subdivisiones regionales en la que los intelectuales locales elogiaban su patria chica y escribían acerca de sus ciudades, sus religiosos, sus dinastías locales famosas y sus productos. En el siglo XIX, sin embargo, los censos, las descripciones toponímicas y los registros archivísticos formales se hicieron más precisos y también más generalizados. Probablemente

China tenía el sistema más antiguo de boletines regionales del mundo. Desde el siglo XIII al XVII, se producían para ayudar a los funcionarios a relacionarse con las clases dirigentes locales. A cambio, los intelectuales regionales utilizaban los boletines para demostrar la importancia de su región y de lo que aportaba al imperio. Durante los siglos XVII y XVIII se produjeron nuevos boletines más claramente estatales y centralistas. Incluso, mientras se fragmentaba el gobierno chino en el siglo XIX, se publicaron nuevas ediciones para ayudar a las autoridades regionales y a los empresarios extranjeros. En el Imperio Otomano y otras partes del mundo islámico, los antiguos *kaiyfyat,* o descripciones locales, se adaptaron fácilmente para hacer boletines para los funcionarios modernizadores.

Los boletines, las guías locales, los censos y los mapas eran a la vez símbolos y herramientas prácticas del Estado decimonónico. Representaban los conocimientos públicos y gubernamentales. En este mismo periodo fue cuando el Estado reafirmó su control de los archivos y los legajos de documentos que los ministros y otros funcionarios públicos acumulaban durante sus mandatos. Anteriormente, los ministros y los funcionarios se los llevaban al dejar el cargo. Pero igual que los Estados insistían ahora en que los funcionarios no aceptaran sobornos ni regalos mientras ocuparan su cargo, también insistían en distinguir la información pública de la privada.

Si el Estado iba a fiarse de sus funcionarios, necesitaba formarlos él mismo. El desarrollo de un funcionariado profesional y preparado y de una policía eficaz fue rasgo característico del siglo XIX. Por supuesto, hubo buenos administradores y funcionarios en todos los grandes reinos de principios de la edad moderna, pero se consideraban como servidores personales de su rey. Sus condiciones de servicio eran diversas; su preparación también variaba, así como su ideología. Quizás sólo la Iglesia católica en Occidente y el Imperio Chino (con sus vasallos sinófilos del Este) tuvieran algo parecido a una burocracia unida por principios y preparación común, y que sirviera a la institución y no al monarca.

El siglo XIX fue testigo del crecimiento de la burocracia a medida que el Estado engordaba y se hacía más intervencionista. En Alemania, Austria y Francia, la primera parte del siglo XIX vio cómo emergía un Estado civil a la sombra de la administración militar. Los historiadores consideran que este proceso formaba parte de la «profesionalización» que también se notó en la enseñanza, las ciencias y el mundo médico. En 1873, a consecuencia de su experiencia durante la guerra contra Francia, Prusia introdujo una codificación de la carrera profesional de

los funcionarios. Las asignaturas «modernas» fueron formando cada vez más una parte importante de su formación. En 1882, Japón, que le venía pisando los talones a Alemania, introdujo un sistema de exámenes progresivos de promoción. A un nivel inferior, la función y la formación de la policía sufrieron también un cambio considerable. En Italia, en tiempos de la Primera Guerra Mundial, todo mando policial debía poseer un título de derecho o de medicina forense. Por contra, en Francia, a partir de 1870, el legado de la burocracia napoleónica pareció finalmente habérselo puesto más difícil a los políticos de la Tercera República que pedían reformas. En China resultó aún más difícil, puesto que los defensores del sistema de pequeña nobleza instruida, con sus exámenes memorísticos sobre los textos clásicos de Confucio, se resistieron al cambio. Este legado clásico desapareció por fin en 1905 cuando se abolió el sistema de exámenes (de mil doscientos años de antigüedad) por «ser contrario y dificultar el sistema escolar»[64]. Esta referencia alude a las academias privadas que cada vez más enseñaban temas modernos y que florecieron bajo el mecenazgo de la intelectualidad a partir de la década de 1870. Desde 1900, China contrató con frecuencia asesores japoneses para instaurar academias y escuelas profesionales. De ese modo, los modelos francés y alemán se adaptaron y transmitieron de una sociedad asiática a otra.

Gran Bretaña y Estados Unidos también tardaron en crear un funcionariado profesional debido, en el primer caso, a recelos de la aristocracia con los funcionarios estatales, y, en el segundo, a recelos democráticos. Estados Unidos, sin embargo, se dio cuenta de que necesitaba un sistema meritocrático porque gran parte de sus ingresos federales llegaban de las aduanas de la costa este, donde necesitaba gente experta y no corrupta. La nómina de asalariados del gobierno federal se incrementó de los 53.000 de 1871 a los 256.000 de 1901[65]. La Ley de la Función Pública de Pendleton de 1883 creó una comisión de funcionarios, encargada de fijar los niveles académicos requeridos a los candidatos. Aun así, la vieja idea de que los cargos públicos no electos eran peligrosos perduró, y los cargos públicos siguieron formando parte de los «repartos de prebendas» electorales. El presidente Theodore Roosevelt, archidefensor del Estado eficiente, trató de impulsar la reforma del sistema en 1903-1904, pero en 1914 aún perduraba la duda de si los funcionarios eran agentes del Estado o agentes de los partidos políticos. En Gran Bretaña, el control del mecenazgo aristocrático empezaba a flojear y se había implantado un sistema meritocrático de exámenes. Pero la preparación de los funcionarios seguía siendo arcaica, y los funcionarios

eran seleccionados de entre el estrecho sector de las familias de clase media-alta que podían acceder a las universidades de Oxford y Cambridge.

Como en otros ámbitos, el gobierno era más moderno en las colonias orientales de Gran Bretaña. Hubo que preparar a los funcionarios para que pudieran supervisar los complejos sistemas tributarios y de arbitraje judicial heredados de los anteriores gobiernos indo-musulmanes. La Compañía de las Indias Orientales estableció una escuela formativa de idiomas y economía política en Haileybury en 1809, que estaba mucho más avanzada que cualquier colegio del gobierno doméstico. Tras las reformas de la función pública de 1856, los británicos contratados por el Servicio Social Indio eran elegidos entre los licenciados de Oxford, Cambridge y el Trinity College de Dublín, donde eran formados en idiomas y en economía política antes de ser enviados al subcontinente. Éste se convirtió en el modelo para todos los territorios británicos. La Universidad de Leiden cumplió el mismo papel en Holanda, y produjo una larga serie de expertos orientalistas.

EL ESTADO, LA ECONOMÍA Y LA NACIÓN

Se suele pensar que el siglo XIX fue el del *laissez-faire*, un periodo en el que el Estado hacía el papel de «vigilante nocturno» y sólo intervenía intermitentemente y a desgana en la economía. Sólo a partir de 1890 llegaron las presiones proteccionistas y, en Gran Bretaña, se reclamó una preferencia imperial. Pero este punto de vista se basa principalmente en la historia británica, del Imperio Británico, y de Norteamérica, y es bastante parcial. Ya hemos comentado que en gran parte del mundo se diseñó un Estado moderno precisamente para crear una economía capaz de mantener un poder militar tecnológicamente eficaz. Los gobiernos mejoraron la producción agrícola con la esperanza de recaudar más impuestos y de evitar la escasez de alimentos, el peor enemigo en una guerra. Esto ocurrió incluso en los regímenes que tradicionalmente no intervenían mucho en la producción. En Bulgaria, por ejemplo, Midhat Bajá, uno de los grandes gobernadores otomanos del siglo XIX, fomentó la agricultura en la zona del Danubio y apoyó a los campesinos cristianos[66].

CUADRO 7.1 *Servidores públicos.*

a) Personal civil de todos los niveles (en miles)

Fecha	*Austria*	*Gran Bretaña*	*Francia*	*Prusia-Alemania*	*Estados Unidos*
1760	26	—	—	—	—
1850	140	67	300	55	—
1910	864	535	583	c.1000	1.034

Fuente: Mann, *Sources of Social Power*, vol. 2, pp. 804-810.

b) Personal civil del Estado central (en miles)

Fecha	*Austria*	*Gran Bretaña*	*Francia*	*Prusia-Alemania*	*Estados Unidos*	*India*
1760	10	16	—	—	—	—
1850	72	40	146	32+	26	—
1881	—	—	—	—	—	580
1900	297	130	430	—	239	—

Fuente: Mann, *Sources of Power*, vol. 2, pp. 804-810; *Census of India*, 1881.

c) Personal militar (en miles)

Fecha	*Austria*	*Gran Bretaña*	*Francia*	*Prusia-Alemania*	*Estados Unidos*	*India*
1760	250	144	460	150	—	—
1850	318	197	390	173	21	230
1900	230	486	620	629	176	*c.* 500*

*Incluye los ejércitos de los Príncipes.

Fuente: Mann, *Sources of Power*, vol. 2, pp. 804-810; *Census of India*, 1881.

De varias maneras, los esfuerzos por modernizar la Rusia de Pedro el Grande a principios del siglo XVIII anticiparon los de los gobiernos del siglo XIX que regularon las aduanas e invirtieron en industria. De hecho, Rusia fue el primer país «en desarrollo». En Alemania, la unificación de aduanas de la década de 1830 se hizo con la intención de crear una solidaridad económica que facilitara la unificación política. El Egipto contemporáneo, el Imperio Otomano, Irán, China y Japón hicieron todo lo posible para reunir recursos para invertir en la producción industrial moderna, sobre todo en producción industrial militar. Donde estas medidas fracasaron a medio plazo, como ocurrió en China, el

Imperio Otomano e Irán, fue porque la intervención de las potencias contrarias a la industrialización periférica, sobre todo Gran Bretaña, abortó esa modernización, como veremos en el capítulo 8. Al mismo tiempo, los casos chino y otomano indican que a veces los regímenes indígenas restringían la industrialización para preservar su poder. Los Qing maniataron a sus virreyes provinciales porque temían que incrementaran sus ejércitos y sus flotas. Donde los esfuerzos indígenas para industrializarse sí funcionaron, como en Japón, las nuevas industrias se vendieron a empresarios, por lo que los historiadores suelen subestimar la intervención del Estado.

Incluso en el caso de Gran Bretaña y Estados Unidos, el poder del Estado se utilizaba abierta y encubiertamente para promover la integración económica y el crecimiento industrial mucho antes de la ola proteccionista del siglo XIX. En todo el Imperio Británico, los gobiernos usaban su poder para mantener los mercados abiertos y los aranceles baratos; ésta fue una de las quejas perennes de los primeros nacionalistas de India, Egipto y, al final, también de Irlanda. Pero el Estado sólo tomaba medidas directas en casos específicos. Los gobiernos coloniales del sur y el sudeste asiático, incluidos los franceses y holandeses, intervinieron durante la segunda mitad del siglo XIX para crear reservas forestales e impedir el acceso de los indígenas al valioso recurso de la madera. Los normalmente rácanos gobiernos coloniales también inauguraron sistemas de canales y apoyaron la construcción de ferrocarriles tanto legal como económicamente. Sobre todo, los gobiernos coloniales y las grandes potencias, operando a través de bancos y tratados económicos, manipularon las divisas y las reservas de oro y plata para beneficiarse. Por ejemplo, el control británico de las reservas de oro de Sudáfrica era una de sus mayores apuestas en el continente africano. También otorgaba una gran ventaja económica internacional al Banco de Inglaterra y al Ministerio de Finanzas británico en época de guerras, sobre todo a partir de 1914[67]. Incluso en Estados Unidos, donde había mayor desconfianza en la intervención económica estatal, el Estado federal se mostraba muy activo a la hora de financiar las compañías ferroviarias y la mejora de puertos y otros proyectos de infraestructura.

Aparte de esto, hubo muchas maneras en las que los estados y los dominios anglófonos, gobernados con relativa ligereza, intervinieron o se vieron obligados a intervenir en la dirección de la economía. Los gobiernos ofrecían una infraestructura legal y aprobaban leyes privadas sobre la actividad económica. Establecían instituciones para promover la operación flexible de la economía del libre mercado tanto en casa

como en el extranjero. En esto fueron muy importantes los bancos centrales, cuya función era asegurar la estabilidad de la divisa nacional, garantizar la convertibilidad del papel moneda en oro y organizar un sistema de préstamos a corto plazo seguro para la economía. Los gobiernos de estos territorios también garantizaban la viabilidad del transporte y de los telégrafos, y, a finales de siglo, la instalación del telégrafo eléctrico. Por último, la expansión de los imperios europeos y de las áreas informales de influencia militar y política de las grandes potencias contribuyó al crecimiento de la economía global, en la que la inversión directa a larga distancia por parte de empresarios llegó a Asia, África, Latinoamérica y Australasia. Aunque los nacionalistas y los historiadores liberales discuten acerca de a quién beneficiaron estas inversiones, no hay duda de que estos vínculos financieros internacionales fueron importantes, ni de que el Estado jugó un papel clave, al menos en su creación.

En este punto, volvamos al tema que examinamos en el capítulo anterior: la relación entre el Estado y la nación. Según Hobsbawm, el Estado creó la nación, y no al revés. Pero no lo hizo desde el vacío y, en algunos casos, la nación creó el Estado. Las tradiciones vivas del idioma, la ley, la religión, la ética política y el comportamiento social facilitaron al Estado o a los constructores nacionalistas del Estado de las colonias poder presentarse como representantes de una nación o de una aspirante a serlo. Este contencioso entre el Estado y la comunidad sobre los límites de la nación perduró hasta el siglo XX. Es cierto que las nuevas burocracias ayudaron a consolidar este nuevo sentimiento nacional de muchas formas. Crearon libros de geografía donde los jóvenes aprendían las fronteras y límites del Estado, y promocionaban libros e historias que regularizaban los idiomas y creaban un largo, aunque a veces ficticio, linaje del Estado. En la Irlanda católica, los colegios empezaron a enseñar el antiguo idioma irlandés y los mitos celtas. Los libros escolares de Estados Unidos resaltaban los ideales de la Guerra de la Independencia. En la India, con mayores problemas, los libros de texto aprobados por el gobierno británico empezaron a hablar de una historia «hindú», de la que quedaban excluidos los musulmanes por ser invasores extranjeros. Las libretas de ahorros, el servicio militar, los rituales del Estado y de la nación, las estatuas públicas de héroes nacionalistas y los enormes edificios conmemorativos intentaban forjar un patriotismo estandarizado de una manera más sutil.

Los historiadores a veces quieren el oro y el moro. Les gusta argüir que el campesino, el hombre tribal, la mujer o el trabajador tienen

«autonomía». Sin embargo, cuando se refiere a sentimientos como el nacionalismo o el patriotismo, cosas que no gustan, privan a los pueblos de autonomía y dicen que fueron engañados por las élites o que eran robots fácilmente controlados por el poder del Estado. De hecho, el patriotismo y el nacionalismo aprovecharon deseos y aspiraciones más profundas, fuera del ámbito estatal, que anteriormente se asociaban con el clan, la familia o la religión. Desde luego, las guerras emprendidas por los estados reforzaron y generalizaron estos sentimientos. También la experiencia de la turbulenta modernidad. El patriotismo, la demagogia y el odio intercomunal a menudo provenían del pueblo e influían a los estadistas que, si no, hubiesen sido más precavidos. Esto ocurrió en Inglaterra ya en el siglo XVIII, cuando las celebraciones de las victorias imperiales se volvieron con tanta frecuencia en contra del gobierno como eran promulgadas por él. También ocurrió en Japón en el siglo XIX, cuando los samuráis fundaron las asociaciones «Océano Profundo» y «Nanyang» (Sudeste de Asia) para promover la expansión a ultramar y la grandeza imperial, a pesar de que los líderes Meiji eran muy escépticos con esta política. El antisemitismo popular también cambió la política de los estados crecientes en Alemania y Austria. El Estado moderno y el nacionalismo mantuvieron un diálogo febril hasta 1914. El nacionalismo no fue un mero sentimiento impuesto a los pueblos desafortunados e ingenuos por capitalistas avariciosos y por malvados agentes del poder.

UN BALANCE: ¿QUÉ HABÍA CONSEGUIDO EL ESTADO?

Las secciones anteriores exponen que las reivindicaciones y recursos del Estado no crecieron constantemente en todas partes ni todo el tiempo a lo largo del siglo XIX. En el mundo anglo-sajón y en China, sobre todo, el gobierno central seguía siendo relativamente pequeño y limitado, e incluso, en ciertos ámbitos, disminuyó entre 1815 y 1900. Esto no significa, sin embargo, que el crecimiento de la administración pública también lo hiciera. En Gran Bretaña, los organismos de gobierno local y las asociaciones vinculadas a la élite metropolitana siguieron desarrollando el sistema de secretarios y administradores a sueldo durante este periodo. Lo mismo ocurrió con los consejos de escuela y otras instituciones descentralizadas en Estados Unidos. La «gubernamentalidad» se expandía incluso cuando el Estado como tal no lo hacía.



7.4 Exilio interior: presos rusos camino de Siberia. Diapositiva con que se mostraban los horrores del despotismo, finales del siglo XIX.

También en China, los funcionarios regionales ampliaron sus propias plantillas con especialistas en irrigación, recaudación de impuestos y transporte, por ejemplo. Mientras que la administración central perdió legitimidad y dinero durante las rebeliones Taiping y Nien entre 1850-1870, en las regiones se incrementaron las recaudaciones de impuestos en la segunda parte del siglo con grandes sumas provenientes de los aranceles de las aduanas internas y externas. Como ha dicho recientemente Hans van de Ven, sería un error pensar, como algunos historiadores hicieron, que el gobierno chino estuviera en declive en el periodo desde las rebeliones a mediados de siglo hasta la revolución comunista del siglo XX[68]. Los poderosos virreyes provinciales del periodo posterior a la Rebelión Taiping establecieron sus propios vínculos con los clanes de terratenientes que habían sido administradores con la dinastía Qing. Incluso hubo medidas tomadas bajo el príncipe Kung entre 1870-1880, y también tras la derrota a manos de Japón en 1895, tendentes a reformar la administración financiera central del Imperio y a formar a sus empleados de una forma moderna, en vez de con los textos confucianos clásicos. Estos reformadores chinos se habían dado

cuenta de que otras sociedades tan conservadoras como la japonesa, e incluso la británica, estaban embarcadas en el mismo proceso para afrontar los problemas comunes del comercio internacional, la diplomacia y la guerra.

Podría pensarse también que áreas grandes de la vida política no se vieron afectadas por el crecimiento del poder del Estado y sus exigencias: los contactos internacionales, la religión y el socialismo, por ejemplo. Pero, como sugerimos en el capítulo 6, la huella del Estado se dejaba notar. Los tratados internacionales sobre telegrafía, la expansión de la Cruz Roja y la Media Luna Roja, los acuerdos sobre la exploración y conservación de la Antártida y el Ártico, todos del periodo 1900-1914, indican los intereses globales de las clases dirigentes. Pero todos estos acuerdos partieron del concepto de que las naciones-estado eran los actores principales. Los intercambios académicos y científicos que en la década de 1780 habían sido informales y de contactos personales entre aristócratas y eruditos, ahora eran organizados por academias nacionales y asociaciones científicas. El auge y autorregulación de las grandes religiones «mundiales», que examinaremos en el capítulo 9, tampoco fueron inmunes a estos cambios. Es cierto que mucha gente era fiel a una tradición religiosa externa, y que, incluso, se mostraba hostil con el Estado en el que vivían. Pero el catolicismo, el panislamismo y el nacionalismo confuciano reconocían y trabajaban con los organismos nacionales de los grupos confesionales. Incluso la actividad socialista a escala mundial se veía limitada por los intereses específicos de los grupos socialistas nacionales. El total fracaso de la ilusión de una hermandad socialista internacional en 1914, cuando los socialistas también lucharon unos contra otros, lo dejó bien claro. El Estado moderno avanzó la gran simplificación de los grupos gobernantes, la idea de la soberanía y los objetivos de gobernar de los que hablamos al principio del libro.

El triunfo del Estado fue menos patente en sus fronteras internas. Las autoridades y culturas provincianas seguían siendo influyentes, sobre todo en zonas en las que ni el telégrafo ni el ferrocarril estaban muy desarrollados o que tenían mucho analfabetismo. Como decía un dicho popular, no sólo Cristo, sino también el gobierno italiano terminaba en Éboli, el pueblo del sur de Italia conocido por su anarquía pagana. En gran parte del mundo, el Estado se encaramaba sobre sistemas políticos segmentados y sus magistrados y gobernadores sólo eran eficaces en la medida en que pudieran encontrar aliados influyentes entre los jefes de los clanes y los líderes tribales. Las rebeliones que tuvieron lugar tras la Primera Guerra Mundial en Oriente Medio, el centro de Asia, Afganistán y África se describen, a veces, como periodos de anarquía en los que el Estado se «derrumbó». Sin embargo, muchas veces, eran, sencillamente, síntomas de la adaptación y el conflicto de política local que había sido brevemente oscurecido en los escritos históricos por una fina capa de poder estatal. En el otro lado del espectro del cambio social se encontraban las vigorosas comunidades emprendedoras de Estados Unidos y algunas ciudades industriales de Europa, donde el Estado estaba en retroceso. Las asociaciones locales, las organizaciones de voluntariado social y la iniciativa privada asumían las funciones que había ejercido brevemente el gobierno. Éste iba a ser el patrón del siglo XX, aunque las décadas de guerra y depresión económica que se sucedieron entre 1900 y 1950 frenaron inconmensurablemente el ritmo del cambio.

Lo que sí fue cierto, por encima de cualquier otra cosa, fue que durante el siglo XIX la furia y el ruido, el *éclat* del Estado, se extendió por todo el mundo, fueran poderosas o no sus versiones locales. La parafernalia de banderas, instrucción militar, uniformes y rituales gubernamentales fueron asumidos por gente hambrienta de poder, incluso en sociedades remotas de los nuevos centros de gobierno global, y también por movimientos religiosos o carismáticos que proclamaban propósitos más elevados que el mero dominio del mundo. Esta imitación del poder y del carisma de la autoridad centralizada empezó a irritar a algunos intelectuales. Algunos se hicieron anarcosindicalistas y elogiaban las virtudes de una comunidad sin gobierno. A otros, como John Ruskin, León Tolstói y Mohandas Gandhi, los transformó en apologistas de la vida sencilla del artesano y el campesino.

8

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL LIBERALISMO, EL RACIONALISMO, EL SOCIALISMO Y LA CIENCIA

Este capítulo y el siguiente se centran en ideas e ideologías. El liberalismo, el socialismo y la ciencia eran ideas potencialmente revolucionarias y muchos historiadores contemporáneos y posteriores pensaron que fueron las causas de la transformación del mundo decimonónico. El capítulo mantiene que todas estas ideologías se transformaron según pasaron de continente en continente, a menudo perdiendo su naturaleza revolucionaria. Si acaso, como veremos en el capítulo 9, fue el desarrollo competitivo de las grandes religiones lo que más influyó en la vida intelectual del periodo.

Durante el siglo XIX, los intelectuales y los políticos debatieron desde complejas posturas filosóficas la libertad individual, la soberanía del pueblo y la redistribución de la riqueza y del poder. La autoridad religiosa y política establecida se vio sometida a un ataque sin precedentes a cargo de liberales, radicales, socialistas y portavoces de las ciencias sociales y naturales, que ya estaban organizados como profesión. Estos retos intelectuales se acentuaban cuando fluían en la misma dirección que los cambios sociales y económicos que hemos visto en capítulos anteriores. Pero estos movimientos intelectuales eran algo más que meros reflejos de cambios sociales. Los representaban y, a la vez, los dirigían.

LA HISTORIA INTELECTUAL EN SU CONTEXTO

La historia del pensamiento político y social a finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX es un tema de estudio apasionante. Pero existen dos grandes problemas. En primer lugar, muchos historiadores intelectuales siguen siendo ambiguos a la hora de relacionar la historia intelectual

con la historia política y social, por la simple razón de que es muy difícil hacerlo. En segundo lugar, la historia del pensamiento político sigue estando resueltamente centrada en Europa y Norteamérica. Si acaso mencionan el resto del mundo, los historiadores tienden a suponer que un proceso relativamente sencillo de diseminación de las ideas de los pensadores occidentales extendió lentamente esas doctrinas a las sociedades extraeuropeas a través de las élites que hablaban los idiomas europeos. Una excepción es la historia de la ciencia. Los historiadores de la ciencia últimamente conceden el espacio debido al papel dinámico de los asiáticos, africanos y otros pueblos no europeos en la creación del corpus de conocimientos híbrido con el que la sociedad global explicaba el mundo natural. También han tenido bastante éxito a la hora de explicar cómo las ideas y estilos de formación intelectuales preestablecidos condicionaron las reacciones de la gente ante nuevas ideas científicas llegadas de Occidente. Las ideas occidentales triunfaron en parte porque reflejaban el poder económico y militar de Occidente. Los regímenes coloniales impusieron esas ideas a través del sistema escolar y los debates públicos. Incluso en estos casos, sin embargo, el dominio intelectual no era un proceso simple. Las ideas y los términos occidentales del debate fueron sutilmente cambiados, adaptados y redirigidos hacia nuevos propósitos por los intelectuales y escritores indígenas.

Este capítulo se sustenta en ideas extraídas, por lo general, de la historia de la ciencia. Pretende explicar el rechazo o la aceptación de conceptos radicales derivados del mundo académico y político de Europa con referencias a la formación intelectual de otras sociedades del mundo. El liberalismo, el socialismo y la ciencia se expandieron inicialmente desde Occidente, pero se mezclaron y reforzaron con ideas derivadas de las tradiciones racionales y éticas indígenas. El capítulo también examina las ideologías radicales creadas por activistas e intelectuales en Asia, África y Sudamérica que se referían a sus propias situaciones sin deber nada a las ideas occidentales. Este tema continua en el capítulo 9, donde consideraremos las «religiones mundiales». Lo principal es que este capítulo demuestra cómo se hicieron políticamente influyentes las nuevas ideas y cómo contribuyeron a los cambios sociales. Demuestra, por ejemplo, que los administradores contrarios al «feudalismo» provocaron grandes cambios en el poder de los terratenientes y que el desarrollo del concepto de ciencia condujo a la aparición de nuevos tipos de organización social por medio de las «profesiones».

LA CORRUPCIÓN DE LA REPÚBLICA VIRTUOSA: UN TEMA CLÁSICO

Para entender estos cambios, es importante recordar que en los siglos XVII y XVIII ya había ideologías e idearios políticos que operaban a nivel global, a los que habían contribuido pueblos de diferentes civilizaciones. El capítulo 2 de este libro examinó algunas de las formas de debate e investigación que absorbían las energías de los intelectuales autóctonos de los mundos indio, islámico, africano y del este de Asia hasta el momento de la intrusión occidental. Una de sus preocupaciones era la forma de «la república virtuosa» y los peligros para el buen gobierno que suponían la tiranía y la corrupción. Este tema proliferaba por Eurasia, África y las Américas. Los últimos avances en la historiografía del pensamiento político occidental hacen más fácil discernir los vínculos y las analogías del pensamiento político global durante la época revolucionaria y la primera etapa de expansión imperial mundial.

Hasta la década de 1960, los teóricos políticos occidentales pensaban que la revolución francesa, la Guerra de la Independencia norteamericana y el surgimiento del radicalismo británico de 1800 estaban directamente vinculados con lo que C. B. Macpherson llamó la doctrina del «individualismo posesivo»[1]. Este puñado de doctrinas se originó claramente en el mundo atlántico europeo con las ideas de los pensadores de la Ilustración —John Locke, Adam Smith, David Hume— y de los *philosophes* franceses y alemanes, que insistían en la supremacía del individuo racional. Esto daba validez a la necesidad del individuo de perseguir sus propios intereses, sobre todo en el mundo económico. Desde la década de 1960, sin embargo, los historiadores intelectuales han cambiado en parte de opinión. Ahora retratan el pensamiento crítico del periodo revolucionario, que se había considerado claramente moderno, como el último florecer de una tradición política más antigua.

Se han vuelto a establecer las dimensiones morales y éticas del pensamiento de los pioneros teorizadores del mercado; Adam Smith y su coetáneo francés, el marqués de Condorcet[2], han sido recuperados. Bernard Baylin[3], para la historia americana, y John Pocock[4], para la historia atlántica en general, han trazado, entre otros, la tradición del «republicanismo cívico» a través de los puritanos de la «Commonwealth» de la Guerra Civil Inglesa del siglo XVII, hasta los sabios de la Italia renacentista y, por supuesto, hasta los tiempos clásicos. Esta tradición seguía muy viva en el siglo XVIII. Influyó en la manera en la que los colonos norteamericanos pensaban en el gobierno colonial monárquico tanto antes como durante la Guerra de la Independencia norteamericana. También influyó en las ideas de los radicales ingleses, escoceses e

irlandeses que intentaron limitar el poder de la corona y de la pretenciosa aristocracia después de 1714. Sin embargo, estas ideas tenían puntos en común con programas políticos e ideologías de toda Europa, todas ellas basadas en fuentes clásicas y renacentistas y modificadas por la ética cristiana. A finales del siglo XVIII, por ejemplo, el partido «liberador» en Holanda[5] y los genoveses y florentinos que querían eliminar la tiranía del príncipe para restaurar una república virtuosa, compartían la misma tradición filosófica genérica.

Pocock y Baylin mantienen que los pensadores de la tradición de la república cívica elogiaban la importancia de la casa patrimonial en vez de la del mercado y resaltaban el deber del ciudadano individual y de la república de buscar la virtud. En la tradición cívico republicana, los enemigos de la virtud eran el lujo y la corrupción, sobre todo las corruptelas y los vicios de la corte real y de sus mercenarios incorporados. En el mundo británico y norteamericano, esta tradición estaba vinculada a lo que Pocock llama el «partido del país», que se oponía a la tiranía e idolatría del «partido de la corte». En vez de ser los precursores del libre mercado, el comercio, el comerciante, el usurero y el acaparador eran figuras odiosas para muchos radicales norteamericanos y franceses.

La interpretación contemporánea tiene la ventaja de que pone el pensamiento de finales del siglo XVIII bajo una perspectiva más amplia. Por ejemplo, el odio a un gobierno corrupto, a una burocracia desmesurada y a la falsedad del mercado seguirían siendo unas constantes del pensamiento político norteamericano a lo largo del siglo XIX, incluso cuando el individualismo liberal del libre mercado se hubo convertido en la ideología dominante tanto entre los republicanos como entre los demócratas. Otros historiadores recientes también resaltan los rasgos conservadores del pensamiento de la llamada era revolucionaria, sobre todo en América. Los historiadores aceptan que los Padres Fundadores querían separar la religión del Estado. Pero, argumentan, esto se hizo para preservar la religiosidad de la comunidad, no una táctica para impulsar un «secularismo» moderno. De la misma manera, David Brading identificó en 1991[6] una tradición más antigua de «patriotismo criollo» en el movimiento de emancipación latinoamericana del dominio español, incluso aunque los economistas liberales estuvieran siempre en boca de sus líderes ideológicos. Figuras como la misericordiosa Virgen María mexicana, Nuestra Señora de Guadalupe, y el mito del linaje de los antiguos aztecas eran símbolos prominentes de esta tradición. Criollos como fray Servando Teresa de Mier, el teólogo y patriota dominicano[7],

basaron la defensa de su caso en la idea de la conquista justificada por la virtud y evocaban en su apoyo el espíritu de la tierra. Éstos son asuntos que casan mal con la teoría política liberal moderna basada en los derechos privados a la propiedad.

Escritores recientes como François Furet[8] no están tan convencidos de la modernidad radical de los orígenes ideológicos de la Revolución Francesa, como estaban una generación antes. Nadie duda de que el concepto de Rousseau acerca del contrato social y de que el anticlericalismo radical de Voltaire ofrecieran poderosas justificaciones ideológicas a los revolucionarios para atacar a la Monarquía y la Iglesia. Pero un análisis de los festejos y festivales populares que acompañaron a los brotes revolucionarios demuestra que la gente de a pie subscribía ideologías igualitarias y comunitarias que se remontaban al siglo XVII. Ya no se piensa que la Revolución Francesa fuera el triunfo de la burguesía o de los valores mercantilistas de la clase media. Excepto en las primeras y más violentas fases de la Revolución, el cristianismo siguió teniendo influencia en el pensamiento de los radicales franceses de la primera parte del siglo XIX, quienes creían que la sociedad ideal descrita en la Biblia llegaría después de la revolución. Las virtudes de la comunidad, más que el Estado o el mercado, fueron un componente importante de la ideología de muchos otros revolucionarios europeos y de sus discípulos en las colonias europeas. En la medida en que los historiadores somos capaces de rememorar la mentalidad popular, parece ser que en ella prevalecía una mezcla similar de ideas comunitarias y simples dogmas cristianos. Estos proporcionaban a las élites y a la gente corriente un lenguaje político común.

Desde la década de 1970, este escepticismo sobre las rupturas intelectuales radicales se ha extendido también a los historiadores del siglo XIX. Gareth Stedman Jones ha reinterpretado el «lenguaje político» del radicalismo británico decimonónico, sacando a la luz el influjo de la tradición de republicanismo cívico del siglo XVIII contraria a la corte, a los impuestos y a un gobierno central fuerte[9]. Los radicales cartistas ingleses, que exigían la representatividad popular a partir de la década de 1840, conocían las doctrinas de la revolución inmediata divulgadas por el comunista francés Louis Blanc y las nuevas fórmulas del socialismo alemán de Karl Marx. Pero el radicalismo inglés seguía mirando hacia sus raíces comunitarias, provinciales, del cristianismo inconformista. Los historiadores de los dominios británicos han demostrado que las ideas de los reformistas cartistas de la década de 1840 sobre tierras, comunidad y justicia influyeron a las primeras asociaciones de mineros

y pequeños granjeros en sus luchas contra los dueños de las minas y contra el gobierno colonial de Australia en la década de 1860. A su vez, los liberalismos alemán y escandinavo llevaban a menudo la impronta de las ideas luteranas acerca de la comunidad cristiana tal y como se reflejaban en la ideología emergente del individualismo capitalista.

LAS REPÚBLICAS VIRTUOSAS EN EL MUNDO

Esta reevaluación de la teoría política y de sus representaciones en Europa y sus antiguas colonias americanas es un avance importante para poder escribir una historia global. Tiene el efecto de disminuir la distancia entre las ideas occidentales y las principales ramas del pensamiento político extraeuropeo. Facilita que el analista pueda ver vínculos y analogías implícitos en los orígenes ideológicos de las revoluciones europeas y americanas y de acontecimientos como la «restauración» Meiji de 1868 y el surgimiento de los nacionalismos y anticolonialismos indio, chino y egipcio, como veremos a continuación. Los líderes intelectuales de estos movimientos asiáticos y de Oriente Medio también mezclaron elementos del moderno radicalismo occidental y las teorías sobre los derechos humanos con proclamas a favor de las antiguas tradiciones de la comunidad y de la defensa del honor de la tierra contra el auge de la comercialización global, más manifiesta en las economías atlánticas.

De hecho, existían ideas parecidas a las de la tradición europea del republicanismo cívico en muchas sociedades del mundo. Los antropólogos, por ejemplo, han demostrado que los africanos precoloniales usaban ideologías referentes a buenos monarcas para justificar el derrocamiento de gobernantes malos o inefectivos. John Peel ha demostrado que esto era especialmente efectivo en el caso de los yoruba de África occidental, un pueblo que dejó constancia de su lucha por mantener una sociedad armoniosa y unos reyes sabios en los mitos de los bardos que resaltan el papel del cabeza de familia honorable[10]. Los consejos sabios, el cuidado del trabajador y el deseo de ser gobernados por patriarcas virtuosos eran, como se comprende, los bienes sociales que buscaban los intelectuales en todas las sociedades agrarias y comerciales antes de la industrialización. Por el contrario, lo que se percibía como corrupción, si bien el significado del término variaba en las diferentes tradiciones,

parece haber sido una causa de disensiones y revueltas casi universalmente.

Como sugerimos en el capítulo 1, en Japón la violación de los derechos del «campesino honrado» por la corte corrupta que se había desviado de las normas de Confucio sobre el respeto a los antepasados y a la naturaleza, era un tema convincente. Ogyu Sorai, probablemente el intelectual más influyente del Japón del siglo XVIII, atacó a la corrupción de los samuráis y a las violaciones mercantiles de la economía moral. Pensaba que era una forma de salvaguardar el régimen[11]. Más adelante, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, la disidencia contra la dinastía Tokugawa se concentró gradualmente sobre estos temas. Los temas derivados de Occidente, como la modernización, la ciencia y la eficacia, sirvieron para fortalecer la legitimidad de los líderes del golpe de Estado de 1868 en Japón. Sin embargo, la «revolución» y el «renacimiento» japoneses tuvieron sus raíces en ideas más antiguas, sobre todo las del mito étnico de la monarquía divina y el buen gobierno. En la India hindú, incluso en la musulmana, sin embargo, el concepto de corrupción tanto para la élite como para el pueblo tenía un sentido más inmediato y físico por las ideas de pureza y contaminación. La contaminación de la tierra y del dominio del buen propietario por parte de los británicos y sus viles costumbres era un tema constante del patriotismo colonial y del posterior nacionalismo. Los primeros oradores del Congreso Nacional de la India siguieron empleando este tipo de lenguaje incluso después de que los economistas políticos liberales, entre ellos Dadhabhai Naoroji, el primer parlamentario británico indio, hubiesen revuelto entre los documentos oficiales británicos para defender, con argumentos técnicos y económicos, la protección de las industrias nacientes y otras ideas modernas de autonomía política.

Los vínculos entre el republicanismo cívico euro-norteamericano y el patriotismo comunitario de otras partes no son sólo implícitos; son explícitos en el caso del mundo musulmán. Los rebeldes y la resistencia al gobierno europeo siempre tenían a mano la doctrina de la guerra santa, la «yihad menor». Pero se utilizaba poco y con cierta cautela. Más bien, el primer pensamiento nacionalista musulmán y panislamista se remontaba a los esfuerzos de los moralistas árabes y persas medievales por reconciliar la moralidad cívica de Aristóteles con las normas del Profeta sobre la vida piadosa. Éstas venían recogidas en la literatura ética medieval del mundo islámico (la tradición *akhlaq*[12]). Una característica de lo que podríamos llamar el «renacimiento otomano» del siglo XVII fue la traducción de Aristóteles al turco. Se publicaron muchas

ediciones de sus obras en el siglo XIX. Los filósofos árabes, persas y de Java del siglo XIX[13] mantenían que la invasión occidental y la corrupción de los gobiernos autóctonos extendían los males del mal consejero, la usura, la violación del hogar y la deshonra de la mujer. Aquí podemos ver un vínculo directo, aunque lejano, entre las tradiciones arcaicas europeas del republicanismo cívico y la ética política de una sociedad extraeuropea. Ambas civilizaciones tenían a Aristóteles en común. Como las ideas de algunos patriotas norteamericanos, algunas tradiciones del pensamiento islámico, sobre todo en la rama chiíta, sostenían que, dado que la autoridad religiosa era eterna, debía protegerse de la intromisión del Estado.

Aristóteles hasta llegó a China a través de los intérpretes jesuitas en el siglo XVII. Los intelectuales chinos lo tradujeron y difundieron con presteza. Robert Wardy ha demostrado que, lejos de ser mal entendido o distorsionado en el lecho de Procusto de las diferencias conceptuales y lingüísticas, la versión china expresaba mejor, a veces, el sentido del griego original[14]. Fue, sin embargo, en el siglo XIX cuando los reformadores chinos empezaron a citar la *Ética* y la *Política* de Aristóteles más extensamente.

La expansión internacional del liberalismo, el socialismo y la ciencia euro-norteamericanos a partir de 1815 no está en cuestión. En muchos contextos, estas ideas extranjeras hicieron que la gente viera los defectos de su sociedad de una manera muy distinta, como pasaría con el marxismo en el siglo XX. Pero su aceptación, adaptación y uso se vieron sutilmente determinados por la continua vitalidad de las tradiciones éticas y políticas anteriores, no sólo fuera de Europa, sino también en ella. En Europa, por ejemplo, el socialismo incorporaba estas ideas anteriores. Estudios recientes de algunos historiadores y sociólogos parecen indicar que la diferencia real entre el pensamiento político europeo y el extraeuropeo residía en la religión. Según esta teoría, los europeos desarrollaron una tradición secular de filosofía política progresista, mientras que los asiáticos y africanos miraban al pasado y a la pureza de su religión a la hora de considerar el futuro. Esta diferencia es demasiado simple. Los intelectuales europeos se vieron influidos por la religión en casi todo. Liberales seglares como John Stuart Mill siguieron trabajando dentro de una tradición cristiana humanista, si bien denunciaron la credulidad y a la Iglesia. Incluso los marxistas adoptaron la estructura del anterior pensamiento milenarista. También hay que decir que muchas cosas tradicionalmente clasificadas como «religión» en los pensamientos islámico, africano y asiático tenían una relevancia directa en la vida

cotidiana y en la política. El hecho de que las tradiciones extraeuropeas del pensamiento político estuvieran bañadas de ideología religiosa no significa que fueran meras manifestaciones de una «mentalidad religiosa» inamovible. Más bien eran un reflejo del concepto de que gobernar bien las pasiones personales y el hogar llevaría, por lógica, a un buen gobierno político. Por eso algunos liberales islámicos egipcios del siglo XIX apelaban a la primera época del reinado del Profeta en Medina, que presentaban como un tipo de gobierno representativo.

LA LLEGADA DEL LIBERALISMO Y EL MERCADO: ¿ERA OCCIDENTE ESPECIAL?

Dicho esto, es importante no irnos al otro extremo y subestimar la novedad de ciertas características del pensamiento europeo en los siglos XVII y XVIII. Los conceptos de los derechos individuales generalizados y de «la mano oculta» del mercado en esta tradición occidental parecen presagiar algo sorprendentemente nuevo. Estas ideas, realmente radicales, también encontraron su sitio en un mundo que empezaba a experimentar nuevas formas de poder estatal. De muchas importantes formas, la rápida expansión del mercado internacional y de los imperios europeos empujaba a la gente de todo el mundo a adaptar estas nuevas herramientas intelectuales para su propio uso. Lo que necesitamos, entonces, es acercarnos a la historia intelectual global de una manera que admita la innovación en el pensamiento político pero que, a la vez, resalte que las viejas ideas sobre el buen gobierno y el comportamiento perduraron en los nuevos movimientos sociales y políticos. La primera sección considera algunas de las ideas políticas nuevas que ya emergían en Europa bajo el Antiguo Régimen. Después demuestra que estas ideas, aplicadas a la explotación de la tierra, la dirección del comercio, la representación política y la práctica científica, fueron modificadas e incluso anuladas por las viejas ideologías y por los discursos locales.

Como comenté en el capítulo 1, la mayoría de las civilizaciones del mundo dieron lugar a formas de debate, a argumentos y a observaciones empíricas comparables con los del nuevo racionalismo científico de Europa occidental. Los pensadores islámicos del siglo XVIII daban mucha importancia a las ciencias racionales, mientras que el último periodo Qing de China fue testigo de un intento específico de observar al hombre y el mundo natural empíricamente. La tradición filosófica

radical de Occidente desde los tiempos de los renacentistas René Descartes y Francis Bacon en adelante, parece mostrar, no obstante, ciertas ca-racterísticas muy particulares. Éstas eran una parte intrínseca del pensamiento y fueron generadas por su aceptación y su contexto.

La tradición filosófica prefigurada por René Descartes en Francia y liderada por John Locke y David Hume en Inglaterra influyó en Europa y Norteamérica. Insistía en la importancia de que el individuo «deseara ver por sí mismo la luz de las pruebas razonables». Excepto, quizás, en el caso de Hume, este argumento trataba originalmente de ofrecer pruebas racionales a las creencias cristianas. En la práctica, sin embargo, minaba la autoridad de la tradición, del clero y de la monarquía. Volvía redundantes, si bien no los atacaba directamente, los elementos cristianos y humanistas de la tradición republicana cívica que analizamos antes. Para Hume, sobre todo, la religión era el ámbito de «aquellos que buscan la certeza cuando sólo existe la probabilidad». Esto minaba las aseveraciones de los poderes seculares de que su poder se basaba en la aprobación religiosa. Los gobiernos sólo podían ostentar el poder condicionalmente, dado que el ser humano sólo podía operar con probabilidades. De una manera más abstracta, Immanuel Kant (1724-1804) postuló en la década de 1780 que la libertad individual debía ser la base incondicional de todo juicio racional correcto. Aunque su vinculación con Voltaire y los *philosophes* franceses era remota —por no hablar de los revolucionarios franceses—, mucha gente de la era revolucionaria asoció a Kant con el ataque a la religión y a la monarquía despótica.

Un análisis racional de los «hechos» sociales llevó también a Adam Smith y a su contemporáneo francés, Condorcet, a concluir, como Hume, que el mercado debía permitir la actuación libre y motivada sólo por sus intereses de individuos moralmente independientes. El Estado y la tradición no debían limitar el mercado, y los aranceles, obstrucciones e impuestos que todas las naciones europeas habían creado —ninguna más que Inglaterra— debían, según Hume, abolirse. Las relaciones económicas emergían idealmente en una esfera en la que el interés personal pero virtuoso de todos se ajustaba prácticamente, sin imposiciones éticas o semirreligiosas de derechos y obligaciones prescritas desde arriba[15]. Esto no significa que Smith, Condorcet y sus discípulos pensaran que la actividad económica fuera amoral. Al contrario, los individuos morales sólo podían ser libres, y esto se aplicaba a la economía además de a la política y a la fe[16]. No obstante, el concepto de la «independencia» moral y económica era llamativo. Si, según la obra del filósofo ita-

liano Giambattista Vico y la ciencia sociológica que inspiró, la «economía» emergía como algo potencialmente desvinculado del paternalismo estatal y teocrático, también lo haría la «sociedad» [17]. La visión de la «sociedad» como un ente abstracto que existía más allá de la sociabilidad local a nivel nacional o global era revolucionaria.

Ninguna de estas tradiciones filosóficas, repito, eran inherente u originalmente antirreligiosas ni antimonárquicas, aunque Hume era un escéptico radical. La mayoría de los herederos de estos filósofos entre los liberales, los utilitaristas e, incluso, los escritores socialistas y hombres públicos del siglo XIX, siguieron siendo, formalmente, cristianos que veneraban a sus reyes. Pero, por lo menos, estas teorías apartaron a Dios del funcionamiento de los mundos natural y humano. El clérigo y filósofo francés del siglo XVII, Pierre Bayle, por ejemplo, pensaba que una sociedad atea podía funcionar perfectamente sin necesidad de un dios. Esta erosión intelectual de la validez de las tradiciones sagradas de gobierno y de lo sobrenatural era, llevada a sus últimas consecuencias, potencialmente aniquiladora. De hecho, lo llegaría a ser en la posterior tradición del marxismo científico.

No parecía éste el caso de las tradiciones empíricas y racionales de otras sociedades del mundo, por lo menos antes de la influencia de las ideas de Occidente. Fuera de Europa occidental, incluso en las tierras de cristianismo ortodoxo del este de Europa y de Oriente Medio, las viejas ideas cosmológicas seguían dominando el pensamiento racional y empírico. Ninguna de estas civilizaciones se deshizo del concepto de la intervención redentora de Dios tan efectivamente como la Europa del siglo XVIII. Aunque, eso sí, es cierto que el pensamiento abstracto budista contenía una forma de antiteísmo muy filosófica y técnica. El islamismo radical sufí jugaba a veces con el reverso de la idea de la formulación de la fe musulmana «no hay dios excepto Dios», cambiándola por la de «No hay dios». Pero había muy poco debate político y ético acerca del ateísmo y el agnosticismo. Aparentemente tampoco los filósofos construían conceptos abstractos de una «sociedad» más allá de la comunidad de fieles o de la armoniosa comunión del hombre y la naturaleza. Generalmente, también, fuera de Europa occidental, el cambio benigno se veía como un esfuerzo por volver a la edad dorada del pasado, aunque algunos reformadores disfrazaron grandes innovaciones bajo esta rúbrica.

En algunas zonas de Europa occidental, en cambio, los hombres públicos proclamaban las virtudes del futuro y la ruptura total con el

pasado. En su libro sobre la Ilustración en Gran Bretaña, Roy Porter señala que Locke, Hume y sus discípulos estaban convencidos de que guiaban a la humanidad hacia una nueva y gloriosa era de la razón que haría superflua toda la filosofía anterior[18]. Cuando los radicales de Bengala adoptaron el concepto de la «sociedad» entendida como una comunidad de intereses racionales en interacción, también adoptaron el cambio lingüístico y conceptual que los europeos habían creado entre Maquiavelo y Vico. La palabra *samaj*, que significaba «asamblea» o «reunión», se empezó a utilizar con este nuevo sentido.

La continua diferencia de la tradición liberal occidental residía no sólo en su naturaleza intelectual revolucionaria, sino en el contexto filosófico y en los procesos sociales de los que emergió. Mientras que los debates públicos confuciano, islámico e indio eran conocidos por su carácter contencioso y mordaz, los filósofos europeos y norteamericanos del siglo XVIII mostraron una predilección por derrumbar y contradecir sistemáticamente a las autoridades anteriores por motivos de orgullo y para poder empezar desde cero. Los pensadores de las tradiciones sánscrita, pali y confuciana generalmente trataban de reconciliar sus argumentos con las antiguas autoridades, en lugar de rechazarlas completamente, como pasaba cada vez más en Europa occidental. Los «espíritus animales» de estos filósofos radicales, como los de los militares, navieros y los protoindustriales con los que se mezclaban, les animó a pensar que podían cambiar la historia. Ese cambio sería secular y se reflejaría en las mentes humanas y, a través de ellas, en la ilustración y la riqueza de toda la sociedad. No sólo el hombre era la medida de todo, sino que él mismo creaba su propia salvación y en este mundo. La idea de la intervención directa de la providencia divina seguía resonando en grandes sectores de la población. De hecho, se utilizó en algunas teorías económicas de principios del siglo XIX para explicar que las crisis económicas periódicas eran un castigo de Dios por los pecados nacionales[19]. Ahora, sin embargo, había un cuerpo de ideas y sentimientos independientes que competía con la antigua tradición de analizar los deseos y propósitos de Dios.

Pero un acto de esfuerzo intelectual excepcional lleva a otros. Según llegaban estas ideologías europeas a otras partes del mundo, se fueron viendo transformadas por filósofos tan creativos y revolucionarios como Locke y Montesquieu. El reformador indio rajá Ram Mohun Roy, por ejemplo, dio un salto intelectual increíble en dos décadas, pasando de ser un intelectual del Estado mogol a ser el primer liberal de la India. Sus ideas presentaban algunas facetas de la vieja tradición

musulmano-aristotélica. Insistía, por ejemplo, en la importancia de que los británicos tuvieran buenos consejeros políticos y judiciales, y que consultaran con los indios. También heredó y adaptó la tradición religiosa hindú, sobre todo porque reformuló viejas ideas teístas del hinduismo para crear un mundo de viejo monoteísmo indio al que el pueblo debía volver antes de poder conseguir la autonomía política. Independientemente, formuló ideas que Garibaldi y Saint-Simon expresaban simultáneamente en Europa. Al ser un liberal en economía, estaba tan a favor del libre comercio como los liberales británicos contemporáneos, porque creía que así terminaría la corrupción de la Compañía de las Indias Orientales. Aunque algunos historiadores modernos ven a Roy como un conservador, desarrolló la primera teoría constitucional de la resistencia de la historia moderna de la India. En 1832, comparando los efectos del mal gobierno británico en Norteamérica, llamó la atención sobre el caso canadiense y, también, sobre el de la India:

> La comunidad mixta de la India, tratada liberalmente [como la de Canadá], no sentirá la necesidad de desvincularse de Inglaterra, manteniendo una conexión que reportará mutuos beneficios para ambos países. Sin embargo, como dije antes, si los acontecimientos llevaran a la separación... podemos mantener unos vínculos comerciales amistosos y ventajosos entre dos países libres y cristianos unidos por semejanzas religiosas, lingüísticas y de costumbres[20].

Lo más extraordinario de Roy, sin embargo, fue su imparcial preocupación por otros pueblos del mundo. Escribió con emoción sobre la causa de los revolucionarios españoles e italianos de la década de 1810 y sobre los irlandeses. Todos los pueblos, pensaba, debían tener formas de representación política local adecuada a su carácter nacional. Por contraste, en la cumbre de su influencia internacional ninguno de los aclamados «grandes filósofos» de la tradición intelectual occidental fue capaz de deshacerse de la noción de la superioridad racial occidental ni pensar creativamente sobre el mundo extraeuropeo.

El resto de este capítulo examina la aceptación, modificación y rechazo de las ideas clásicas del liberalismo, el socialismo y la ciencia, tanto en Europa y Norteamérica como en el resto del mundo. En cada caso, las sensibilidades científicas e intelectuales que surgieron se vieron modificadas por las tradiciones éticas y políticas preexistentes de las que ya hemos hablado. También reflejaban las circunstancias políticas y económicas de las diferentes sociedades y su grado de subyugación al imperialismo occidental. La supervivencia de los gobiernos indígenas,



8.1 El liberalismo se globaliza: el reformista indio rajá Ram Mohun Roy, *c.* 1832. Lámina, década de 1870, Calcuta.

los potentados comerciales y las trayectorias de las «revoluciones industriosas» que experimentaron, también influyeron mucho en los cambios intelectuales.

El capítulo demuestra cómo la noción indígena del buen gobierno y el impacto del pensamiento liberal occidental causaron, efectivamente, cambios sociales. No se pueden explicar los cambios sociales e intelectuales de forma satisfactoria mediante los modelos «difusor» o «endógeno». Lo que se requiere es combinarlos y trascenderlos a ambos. De nuevo, aunque los críticos poscoloniales «provincialicen» Europa de varias significativas formas, y también demuestren que los no occidentales pudieron subvertir y parodiar las nuevas ideas[21], no tiene sentido negar que las tradiciones intelectuales pueden ser, y de hecho son, destrozadas por nuevas y peligrosas ideas. Durante los siglos XVIII

y XIX, Europa y sus ex colonias americanas eran muy fecundas en este tipo de ideas. Y la efervescencia de sus sociedades civiles fue, al menos temporalmente, de otro tipo comparado con el fermento del debate en las emergentes esferas públicas en cualquier otra parte del mundo.

EL LIBERALISMO Y LA REFORMA DE LA TIERRA: TEORÍA RADICAL Y PRÁCTICA CONSERVADORA

Las ideas del liberalismo, el nacionalismo, el secularismo y la autodeterminación de los pueblos estaban estrechamente vinculadas, dado que todas presuponían la acción de individuos autónomos solos o en grupos. Los pensadores británicos y franceses del siglo XVIII crearon un nuevo lenguaje político, cuyas implicaciones prácticas quedaron patentes en la primera primavera libertaria de la revolución francesa y de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Por muy obvio y reiterativo que parezca este tema, los escritos contemporáneos dejan claro la fuerza de estas ideas. Los jóvenes, no solo en Europa occidental y Norteamérica, sino en todo el mundo, despertaron con una nueva visión. El movimiento de los nobles rusos liberales que buscaban en 1825 asegurarse que su autocrático zar promulgase una constitución, reflejó este tumulto ideológico. Los nobles reformistas invocaban antiguas ideas de la república virtuosa junto a los derechos del hombre, las garantías de la Constitución norteamericana y la gloriosa imagen de las naciones sublevadas, que recientemente habían visto en Nápoles, España y Portugal [22]. Uno de sus intelectuales clave declaró:

> Esta ley divina fue decretada para todos los hombres en igual medida y, en consecuencia, todos tienen el mismo derecho a que se cumpla. Por lo tanto, el pueblo ruso no pertenece a ninguna persona ni familia. Por el contrario, el gobierno pertenece al pueblo y ha sido constituido para el bien del pueblo, y el pueblo no existe por el bien del gobierno[23].

En un contexto muy diferente, Ignacio Altamirano (1834-1893), el indio mexicano radical, animó a sus compatriotas a «amar a la patria y consagrarse a la ciencia», eligiendo los ideales de la Revolución Francesa como un objetivo permanente para México[24]. Ya en 1795, algunos otomanos francófonos conocían las ideas revolucionarias a través de la *Gazette française de Constantinople*. Hacia 1837, Sadik Rifat Bajá, embajador otomano en Viena, escribía sobre la relación entre la «libertad»

y las nociones islámicas clásicas de la justicia[25]. Las obras de John Stuart Mill se convirtieron en una biblia para los liberales de Latinoamérica entre 1850-1870. En Brasil, el abolicionista Joaquín Nabuco afirmó: «Soy un liberal inglés... en el parlamento de Brasil[26]». Los reformadores Meiji de la década de 1870 obtuvieron copias de la vida de George Washington. Los reformadores de casta inferior de la India de la década de 1850 leían a Hume, Voltaire, Thomas Paine y Gibbon[27]. Abdullah bin Abdul Kadir «Munshi», el primer escritor moderno del mundo malayo, utilizaba temas liberales occidentales y nociones progresistas musulmanas para atacar la ignorancia y la corrupción de los rajás malayos en la década de 1820[28].

Lo que fortaleció a las ideologías políticas que crecieron alrededor de las ideas del liberalismo y el progreso fue la manera en la que se podían aplicar a problemas contemporáneos. Abarcaban una amplia gama de conflictos sociales y dilemas que atañían a los críticos del viejo orden en todo el mundo tras las revoluciones globales y el declive de los viejos imperios. También reforzaban o profundizaban en los antiguos discursos sobre el buen gobierno. A nivel global, la idea más importante era el escepticismo de los liberales respecto a la jerarquía del clero, la aristocracia y los reyes, y, sobre todo, su hostilidad hacia el control de la tierra y del trabajo de los campesinos por parte de estas autoridades. Pero, paradójicamente, mientras atacaban estas jerarquías establecidas, estos pensadores y sus discípulos políticos estaban pensando en una nueva jerarquía, una jerarquía de razas y culturas diferenciadas por su grado de ilustración, por la perfección de su comercio y por la libertad de sus mercados en cuanto a tierra y trabajo se refiere.

Entre los objetivos de los pensadores y estadistas liberales del siglo XIX, por lo tanto, estaban las grandes posesiones feudales o los latifundios. En Europa, Centro y Sudamérica y en el Caribe, las viejas familias nobiliarias aún poseían grandes extensiones de tierras, que les habían sido concedidas por decreto de la Corona, o, en el caso de los países protestantes, habían sido requisadas a la Iglesia. Los gobiernos coloniales de ultramar, como los de las Compañías de Indias inglesa y holandesa, también cayeron en la tentación de «estabilizar» la sociedad, otorgando la posesión de tierras a los aristócratas autóctonos o a los agricultores ricos. El crecimiento económico del siglo XVIII había beneficiado a este tipo de terrateniente a expensas de sus subarrendados y de los campesinos. Mientras que muchos pensadores anteriores y de muchas tradiciones creían que una clase terrateniente honorable y poderosa ayudaba a mantener la estabilidad social, muchos pensadores liberales posteriores

mantenían que los grandes terratenientes privilegiados eran un apoyo de la tiranía y una carga onerosa para la producción agrícola. Estas ideas fueron poderosamente expresadas en el siglo XVIII por Adam Smith y otros economistas políticos, sobre todo en Escocia y en Francia. Estos autores aseveraban que, como pasaba con otros monopolios, el monopolio de las tierras impedía el desarrollo del mercado, limitaba la eficacia y daba lugar a la corrupción moral y política, porque perpetuaba la dependencia y la servidumbre. En la obra del dramaturgo francés Beaumarchais (y de Mozart) *Las bodas de Fígaro*, era el estatus de gran terrateniente del conde Almaviva lo que le permitía insultar a sus sirvientes y a sus familiares del sexo femenino.

Los liberales y radicales británicos también dirigían sus críticas contra los terratenientes poderosos, aunque la mayoría de los pensadores continentales del siglo XVIII pensaban que el país era inmune a las peores depredaciones de los «aristócratas». En Gran Bretaña, los hijos menores de los nobles eran tratados como comunes, por lo que, aunque seguía habiendo terratenientes con enormes posesiones durante todo el siglo XIX, nunca llegaron a alcanzar el estatus similar a una casta como en la Francia prerrevolucionaria o en la Rusia del siglo XVIII. No obstante, la influencia electoral maligna de los grandes propietarios, sus corruptelas, además del control que ejercían sobre los concejos locales, resultaron ser los impulsos principales de la campaña para la reforma parlamentaria y otras campañas del Partido Liberal en pro de la reforma agraria. Los liberales radicales agrarios de la década de 1870 utilizaban la imagen simbólica de un granjero propietario de «tres acres y una vaca» como el del orden agrícola ideal para las tierras altas de Gran Bretaña. En Irlanda, donde las tierras estaban mayoritariamente en manos de protestantes, el ataque contra los terratenientes tenía un fondo diferente. Durante las grandes campañas a favor de la emancipación católica protagonizadas por Daniel O'Connell entre 1820-1840, el tema de la tierra era un factor importante. Más adelante, John Stuart Mill se unió a los publicistas irlandeses para denunciar la «superstición del latifundismo» y propuso que se les concediera a todos los arrendatarios agrícolas fijos el derecho permanente a sus tierras[29]. Hacia la década de 1880, la generalización del descontento agrario en Irlanda hizo que la compra obligatoria de terrenos cuyo dueño estuviera ausente para su distribución entre los campesinos católicos fuera una condición absoluta para que Irlanda permaneciera unida a Gran Bretaña, incluso en el caso de que esto sólo pudiera asegurarse a medio plazo.

En Norteamérica, la enorme extensión de tierras para repartir y cultivar dificultó la consolidación de una clase de terratenientes hereditaria. Pero los publicistas radicales de Estados Unidos y Canadá siempre estaban al acecho de grandes y peligrosas concentraciones de tierras. En Canadá, el conflicto entre los granjeros agrícolas y los agentes de la Corona sirvió como grito de guerra para los rebeldes franceses de 1838. Durante los feroces debates sobre la esclavitud en Estados Unidos, los abolicionistas siempre argumentaron que las plantaciones de los esclavistas no sólo eran moralmente corruptas, sino que también eran económicamente ineficaces. En Sudamérica, el debate fue igual de feroz. Los viajeros europeos del siglo XVIII se escandalizaban de la represión de los indios peruanos y mexicanos por los propietarios de las haciendas o propiedades, y de las salvajes revueltas periódicas que el sistema fomentaba. Los oficiales españoles reformistas de finales del siglo XVIII, que, influidos por Adam Smith, habían denunciado el sistema feudal español de la península, fueron igual de críticos con su hijo bastardo, el sistema de haciendas del Nuevo Mundo[30]. A lo largo del siglo XIX y hasta la Revolución Mexicana de 1911, los políticos radicales de México y Latinoamérica trataron de legislar contra la concentración de grandes extensiones de tierras en manos de la Iglesia y de los potentados[31]. Tenían razón, ya que las pequeñas dictaduras militares que se sucedieron en la región contarían, por lo general, con el apoyo de los grandes terratenientes y de los magnates comerciales urbanos.

Sin embargo, una reordenación radical de la sociedad de terratenientes siguiendo pautas liberales o, más adelante, socialistas, fue casi imposible para los regímenes del siglo XIX. Esto se debió a razones prácticas además de teóricas. A nivel práctico, los gobiernos centralizados e intervencionistas que se desarrollaron de forma desigual durante el siglo XIX en todo el mundo estaban en un dilema. Los burócratas reformadores de San Petersburgo, Berlín y Calcuta querían presionar a los reyezuelos de las zonas que impedían sus intentos de cobrar impuestos, levar ejércitos e imponer sus derechos jurídicos al ciudadano de a pie. Los gobernantes zaristas presionaron a los terratenientes polacos, tratando de quitarles los privilegios de cobrar impuestos y su jurisdicción sobre sus campesinos. También las autoridades británicas en el sur de la India libraron a principios del siglo XIX intensas campañas para sojuzgar a los insignificantes señores de la guerra «atrincherados en sus fortalezas». Aun así, ninguno de estos nuevos gobiernos era lo bastante fuerte para recaudar impuestos, levar ejércitos o controlar estallidos de disidencia local sin la ayuda de los terratenientes y los jefes locales «del momento».

El resultado habitual de estas luchas ideológicas y prácticas era un pacto entre los funcionarios liberales del Estado y los más astutos terratenientes regionales. Éstos trataban de maximizar beneficios al convertirse en grandes empresarios agrícolas locales, o en eficaces recaudadores de impuestos. Esto ocurrió con los *junkers* prusianos, los hacendados mexicanos y los *regenten* de Java. Estos intereses empresariales de los terratenientes necesitaban que el gobierno construyera carreteras, ferrocarriles y canales. También la administración necesitaba el apoyo de los terratenientes, siempre y cuando pudiera persuadirles de que introdujeran las suficientes reformas como para evitar las rebeliones de campesinos y la hostilidad urbana. En muchos casos, los resultados de la reforma agraria fueron escasos. En España, por ejemplo, los liberales y católicos moderados críticos con el gobierno deploraban la pobreza de los campesinos del sur de la Península y el éxodo de desocupados y vagabundos a las ciudades o hacia América. Sin embargo, el gobierno español hizo poco hasta 1907, cuando se aprobaron leyes que ofrecían algo de capital para la repoblación y cuando tomó algunas medidas para la protección de los arrendatarios contra los terratenientes[32]. Pero aquí, como en Italia y en gran parte de Centro y Sudamérica, las condiciones apenas mejoraron durante el siglo XIX.

Sin embargo, en este terreno las ideas eran tan importantes como la práctica. Por una parte, los reformadores de la tierra se oponían a los grandes latifundios alegando que daban lugar a la corrupción y el monopolio. Por otra parte, la mayoría de los portavoces liberales estaban convencidos de que una sociedad sólo podía progresar si la gente cumplía las leyes y si el Estado y el gobierno también lo hacían. La influyente obra del pensador agrario francés del siglo XVIII, Charles de Secondat de Montesquieu, seguía siendo importante en el siglo XIX. La idea de que la seguridad de la propiedad privada era importante para «mejorar» resultaba tan poderosa como la oposición a que esta propiedad se concentrara. Los pensadores del siglo XIX, con excepción de los socialistas, eran muy reacios a confiscar propiedades, ya que el derecho a la propiedad se consideraba el primer y principal de los «derechos humanos». Porque la teoría política liberal se basaba en la idea de que los derechos, sobre todo el derecho a la tierra, antecedían a los gobiernos y, en cierta forma, eran la base de la sociedad[33]. Aunque ahora estas teorías sobre los derechos estaban varadas y sufrían los ataques de los utilitaristas, desde la izquierda[34], y de los conservadores, desde la derecha, seguían siendo una parte importante de los programas de reformas de los gobiernos europeos y de los de sus dependencias ultramarinas.

En Francia, por mucho que el espíritu revolucionario siguiera vivo, la derecha y la izquierda moderada coincidían en el siglo XIX sobre el carácter sagrado de la propiedad privada. La nobleza perdió sus privilegios legales y su estatus, pero mantuvo discretamente sus tierras o las vendió, como ocurrió en Gran Bretaña y Alemania, a los nuevos comerciantes, a la administración o a las compañías de ferrocarriles.

En el mundo colonial, los argumentos filosóficos a favor de la propiedad privada se vieron apoyados por la idea de los administradores de que los pueblos indígenas respondían mejor a un gobierno y una organización social despóticos. En consecuencia, los grandes terratenientes —reyezuelos en sus regiones— eran la garantía principal del orden social. Dado que en África y Asia los primeros liberales provenían, con frecuencia, de familias de pequeños terratenientes, solían mantener que la gente con tierra «representaba» a la clase respetable de la nueva nación. Los primeros grupos de presión surgidos en la India colonial fueron organismos como la Asociación de la India Británica, un club de terratenientes liberales muy bien conectado con los abogados de Calcuta. Hasta 1914 se habló poco de la reforma agraria en el Congreso Nacional de la India. De la misma forma, en Egipto, los portavoces nacionalistas también cooperaron con los grandes terratenientes y con los jefes de las aldeas en los movimientos anticolonialistas sucedidos entre 1880 y 1900.

Intentar ajustar las ideas liberales políticas sobre el derecho a la tierra a la práctica de gobernar sociedades agrícolas presentaba otro problema. La idea de que la propiedad privada fuera la base del gobierno civil se aplicaba sólo a propiedades que para los gobiernos del siglo XIX parecieran comprobables y «útiles» a la hora de mejorar. Los nómadas, pastores, cazadores-recolectores e, incluso, los campesinos que se trasladaban mucho o que optaban por una práctica de cultivo de «tierra quemada» eran molestos para los estados coloniales y para las demás autoridades políticas emergentes que querían recaudar impuestos de forma regular. En estos casos, se podía invocar la dimensión excluyente de la teoría política liberal para legitimar la expropiación o la supresión de este tipo de pueblos «difíciles». El concepto de *terra nullius*, o tierra de nadie, salió de las batallas protestantes contra católicos que mantenían que el Papa les había concedido tierras por todo el mundo. Más adelante, sin embargo, sirvió a los intelectuales y administradores para defender que ciertos pueblos indígenas del mundo no poseían el concepto de propiedad privada, o no se merecían tener propiedades aunque creyeran que les pertenecían, porque las administraban mal.

Los colonos australianos usaron este argumento contra los aborígenes, los norteamericanos contra los amerindios y los rusos contra los cazadores-recolectores y pescadores de Siberia. La idea se mezcló con la teoría general de la historia a principios del siglo XIX: que el desarrollo humano iba por «etapas» y que, sin propiedad privada ni cultivos asentados, los pueblos humanos apenas eran humanos.

Este fue otro caso en el que la teoría política liberal tendió a reforzar ideas más antiguas, etiquetándolas con un nuevo sello intelectual y legalista de aprobación divina. Se dijo una vez que Dios daba tierras a «los pueblos elegidos». A principios de siglo, los bóers justificaban sus incursiones coloniales en Sudáfrica y los norteamericanos las suyas con este argumento. A finales de siglo, los sionistas lo adaptaron para justificar su asentamiento en Tierra Santa. Los defensores del colonialismo cambiaban con facilidad entre este tipo de ideología arcaica y las ideas de los economistas escoceses y abogados ingleses que les ofrecían una nueva base teórica. Incluso los gobiernos extraeuropeos empleaban su propia versión del lenguaje de «los bárbaros» para intentar hacerse con las tierras de los pueblos nativos que utilizaban la naturaleza de formas que no les convencían, como se indica en el capítulo 12.

¿LIBRE COMERCIO O ECONOMÍA POLÍTICA NACIONAL?

El libre comercio fue otra doctrina clave de los liberales del siglo XIX y provocó dilemas parecidos. Otra vez, Adam Smith y los *philosophes* franceses del siglo XVIII, sobre todo Condorcet y François Quesnay, habían establecido la base teórica para el asalto contra todo tipo de monopolios comerciales y contra el proteccionismo. La doctrina económica básica insistía en que el libre comercio permitía a los productores y a los consumidores especializarse en lo que mejor sabían hacer, incrementando así el volumen total de producto y de comercio. Esto garantizaba la mejor distribución y el mejor uso posibles de los recursos, y además libraba a la humanidad de una economía corrupta y de una «dependencia» moral. Estas ideas atacaban las raíces de los sistemas proteccionistas anteriores, como las Leyes de Navegación Británicas, que daban por hecho que el volumen de riqueza en el mundo era finito y que, por tanto, los gobiernos debían asegurarse de que sus ciudadanos obtuvieran la mayor parte posible. Como pasó con su oposición a los terratenientes, los pensadores de la Ilustración también se opusieron a la inmoralidad que parecía acompañar a las actividades de empresas y comercios monopolísticos. Las generaciones posteriores de economistas desecharon gran parte de los complejos argumentos éticos y políticos con los que la generación de Smith presentaba el «libre comercio». Mantenían que, a veces, era justo y moral que un gobierno interviniera en el mercado laboral y en el de tierras. Fue este brutal «smithianismo», más que las ideas de Adam Smith, el que entró en los manuales de gobierno, sobre todo en el Imperio Británico[35].

El libre comercio y su más profunda aplicación, el *laissez-faire*, entendido como un deseo de «mantener al gobierno fuera de la economía», se extendió desde Gran Bretaña a gran parte de Europa continental, el sur de Estados Unidos y Centro y Sudamérica a mediados del siglo XIX. Es importante no datar su triunfo demasiado pronto. Los políticos y los teóricos de los imperios europeos y de la Europa continental empleaban la expresión «libre comercio» antes de 1830. Pero la filosofía reinante seguía siendo la del monopolio real. Esto era así porque, para el mismísimo Smith, el libre comercio era el «menos malo» de los sistemas posibles. Incluso teóricamente, la guerra y el interés nacional podían justificar la continuidad de ciertos monopolios. Sin embargo, a partir de 1830, los estados y los gobiernos, tanto europeos como extraeuropeos, que trataban de mantener el proteccionismo, se vieron cada vez más presionados. Como vimos en el capítulo 4, los británicos aplicaban a la fuerza esta política a los chinos, los otomanos y los gobiernos de Latinoamérica. La empresa europea autorizada, un monopolio garantizado por el Estado, desapareció rápidamente a partir de 1780. Esto no sólo se debió a que estos monolitos amenazaban la libertad y suprimían la actividad comercial doméstica, sino a que en el extranjero también resultaron despóticos. En 1773, los norteamericanos arrojaron el té de la Compañía de las Indias Orientales al puerto de Boston. De ahí en adelante, las sucesivas administraciones británicas sentenciaron a muerte a la Compañía a base de miles de recortes consecutivos.

Mientras que el asalto contra los monopolios domésticos gozaba de gran popularidad, el anverso, que insistía en poder entrar en los mercados de otros pueblos, provocó gran resistencia entre los asaltados. La reacción teórica y política al libre comercio no tardó mucho en llegar. Ya en la década de 1830, el economista alemán Friedrich List había empezado a oponerse al libre comercio incontrolado. Sus defensores, decía, habían olvidado que, como fenómeno global, el libre comercio dañaría inevitablemente las economías y medios de vida de muchos sistemas de

economía política nacionales. Para los británicos, cuya eficacia comercial databa del siglo XVIII y ahora se veía apoyada por los ahorros de la producción industrial, valía. Pero en países como Prusia o el Piamonte, el libre comercio eliminaría a los productores regionales y derrocharía los recursos nacionales existentes.

Este argumento lo adoptaron a medias en Latinoamérica, el sur de Europa y todo el mundo extraeuropeo. Los estadistas y teóricos de estas sociedades sabían instintivamente que el proteccionismo era clave para mantener y mejorar la vida y la propiedad privada de sus súbditos. Los intelectuales chinos e indios se referían a antiguos tratados de política económica que animaban a los magistrados a precintar los almacenes de grano y prohibir la exportación en tiempos de hambruna, prácticas antagónicas a los deseos de los ansiosos economistas políticos de los gobiernos coloniales y representantes consulares. Así, en muchas sociedades, una especie de nacionalismo económico antecedió al nacimiento de la agitación nacionalista organizada contra el dominio y la penetración europeos. Por ejemplo, una clara línea ideológica conecta los principios de la corporación estatal china, el Cohong, que había controlado el comercio exterior en el siglo XVIII, con los esfuerzos de los magistrados de la costa de excluir a los comerciantes y los productos europeos —sobre todo, claro está, el opio— entre 1860 y 1880. De igual manera, la insistencia de los estadistas mogoles en que los reyes y nobles consumieran los productos de sus tierras para asegurar el medio de vida de sus gentes, otorgaba una carga tradicional y emocional a las demandas de los primeros nacionalistas referidas a la protección frente a las importaciones británicas y europeas. Los economistas nacionalistas de la India usaron estas tradiciones para diseminar sus ideas entre el pueblo. También empezaron a citar cada vez más a List y a Mill, porque las ideologías políticas debían parecer «modernas». Las ideas de Mill sobre la libertad, incluida la libertad económica, siempre se veían limitadas con la condición de que nuestra libertad se debía restringir en el momento en el que afectaba a la libertad de otros.

Implícitamente, esto dejaba espacio libre para un planteamiento más plural de la cuestión del tipo de gobierno adecuado y planteaba algunas restricciones a la pujante búsqueda de la liberalización del mercado. Aunque Mill dijera que los pueblos no europeos necesitaban un gobierno europeo para ilustrarlos, en sus argumentaciones más abstractas, contenidas en *Sobre la libertad* y *Del Gobierno representativo*, también ofrecía argumentos que los intelectuales de las colonias podían anteponer a aquella idea. En Indochina en la década de 1890, Gilbert

Thieu adaptó ideas proteccionistas de List y sus discípulos, aparentemente para oponerse al dominio económico chino de su tierra, aunque, en realidad, fuera para oponerse al sistema de comercio libre colonial francés[36].

Entre 1870 y 1890, el pensamiento liberal y de izquierdas de todo el mundo estaba ferozmente dividido respecto al tema de la regulación estatal del comercio y de la economía. Incluso en Gran Bretaña, cuna del libre comercio, ya empezaban a desarrollarse poderosos grupos de presión proteccionistas a ambos lados del espectro político, porque el desarrollo de la economía global, sobre todo a partir de mediados de siglo, había expuesto a los productores británicos a los fríos vientos de la competencia de los nuevos países industrializados o de países donde la mano de obra era más barata. Aunque sus ideas no se tomaron en serio hasta el siglo XX, algunos liberales y conservadores empezaron a reclamar un sistema de aranceles para proteger a todo el Imperio Británico de la competencia económica extranjera.

LA REPRESENTACIÓN DE LOS PUEBLOS

Si la ola liberal se fragmentaba en temas de política económica, la idea de la representación de pueblo y de los derechos políticos individuales, que era su base, también creó graves tensiones en la teoría y la práctica políticas. Los argumentos de Locke en sus dos *Tratados sobre el Gobierno Civil* a favor de la soberanía final del pueblo trataban de demoler los argumentos de los teóricos anteriores que habían perfeccionado la noción del derecho divino de los monarcas. Su objetivo era acabar con los desacuerdos filosóficos que habían enfrentado a facciones de la Iglesia británica y del Estado entre 1640 y 1715. El concepto de soberanía popular coincidía con la idea de que la ley consuetudinaria inglesa era accesible a todos los hombres libres. Pero Locke y los otros filósofos pragmáticos ingleses del siglo XVIII eran mucho menos radicales a la hora de definir la forma de esa representación. La mayoría parecía aceptar un derecho a voto limitado y la necesidad de disciplinar los excesos de la «democracia» con un sistema de representación en la política de los intereses mayoritarios, sobre todo referidos a la tierra. La larga historia del nunca reformado Parlamento británico y de su minúsculo electorado, que siguió siendo igual de minúsculo hasta su expansión en 1867, no sólo era consecuencia de los derechos adquiridos, sino

también de las dudas filosóficas. La soberanía popular no significaba un gobierno popular. De hecho, la experiencia de la Revolución Francesa, elocuentemente denunciada por Edmund Burke, puso la opinión en contra de una ampliación del electorado. Los pensadores liberales y conservadores diferían no en su grado de temor a la democracia incontrolada, sino simplemente en el grado en el que estaban dispuestos a permitir algún tipo de representación popular.

El problema era más agudo en aquellas partes del mundo que habían vivido directamente los traumas de la revolución francesa y de la Guerra de la Independencia norteamericana. Los teóricos franceses del siglo XVIII también habían hablado de la soberanía popular. Sin embargo, durante la revolución, el Estado jacobino había usurpado el proceso electoral y lo había utilizado para acosar a sus enemigos y para destruirlos a ellos y a sus propiedades. La noción de la voluntad popular despertaba recelos en liberales como Alexis de Tocqueville, que admiraban el gobierno representativo norteamericano, pero pensaban que las divisiones sociales y religiosas europeas dificultaban el sufragio universal a corto plazo[37]. El problema no desaparecía. Durante las revoluciones vividas en Francia y en otros países europeos entre 1789-1793, 1830 y 1848-1852, los ideólogos y políticos radicales reclamaban que la soberanía popular se viera recompensaba con un sufragio universal masculino. En los estados alemanes y en Estados Unidos, una sección de la población sin ningún tipo de derecho representativo empezaba a dejarse escuchar. Las mujeres también trataban de hacerse con un papel político más público, sobre todo después de las revoluciones de 1848.

Los grandes estadistas de los nacionalismos emergentes europeos, como Cavour y Bismarck, eran bastante reacios a una idea que, creían, ayudaría a sus oponentes socialistas o católicos clericales. Sin embargo, de nuevo, el desarrollo tardío en Europa del sufragio masculino (por no hablar del femenino) también reflejaba las dudas filosóficas existentes entre los líderes políticos. Los liberales moderados creían que la participación en el comercio o en la propiedad privada era una calificación básica para ejercer el derecho político. Según esta idea, la gente tenía que ser económicamente independiente para tener una opinión independiente. Era preciso que tuvieran propiedades o auténtica prosperidad en sus tierras. En Gran Bretaña, la propuesta de crear el sufragio masculino se retrasó hasta 1884, debido al fantasma de la «dictadura» de Luis Napoleón en Francia, que aprobó el sufragio universal masculino en 1848. Incluso en sitios donde se había concedido un amplio sufragio antes de la década de 1890, se crearon sistemas para limitarlo

y contrarrestar sus efectos. De nuevo en Gran Bretaña, la Cámara de los Lores, que representaba, por lo general, a los terratenientes, mantuvo el derecho a veto de las leyes hasta 1911[38]. En teoría, esto no fue ninguna anomalía constitucional, sino más bien un reflejo de que las clases dirigentes seguían creyendo en la jerarquía y en la naturaleza colegiada de la política. En Alemania, la compleja estructura constitucional otorgaba mucha influencia a los príncipes y a la burocracia estatal, limitando así el papel de un electorado bastante amplio. La idea de la Ilustración —formulada por Hegel y demostrada por el historiador Leopold von Ranke— de que el Estado estaba por encima de la sociedad, para arbitrar sus conflictos, coexistía conflictivamente en Alemania con el concepto de los derechos políticos individuales[39]. Al otro lado del espectro, el conservadurismo de la burocracia rusa, incluso después de la revolución de 1905, se veía reforzada por el miedo a que cualquier tipo de acercamiento a la democracia de masas llevara a la revolución social.

Estados Unidos, Holanda, Escandinavia y algunos dominios británicos fueron las únicas sociedades en las que se logró el sufragio adulto masculino sin demasiados problemas durante el siglo XIX. En Estados Unidos, los amplios electorados de hombres libres en la época colonial sentaron la base del movimiento en favor del sufragio masculino entre 1810-1830. Sin embargo, debemos considerar esto como una táctica conservadora, totalmente acorde con las ideas del republicanismo cívico que vimos anteriormente. El sufragio adulto masculino era un freno al gobierno arbitrario, aunque esto no se leía explícitamente en la Constitución. Sin embargo, el peligro de la tiranía democrática había de evitarse por medio del sistema de límites y contrapesos de la Constitución. También era obvio que era un sufragio masculino sólo para norteamericanos de origen europeo. Durante la Guerra de Secesión, el objetivo de los estados del Norte era la abolición de la esclavitud y no una mejora del estatus civil de los negros. Incluso en fecha tan tardía como las décadas de 1890 y 1900, las legislaturas de los estados sureños que representaban a los terratenientes blancos consiguieron evitar la puesta en práctica del sufragio masculino para millones de esclavos libertos. Se utilizaban los mismos argumentos, que se habían utilizado contra la clase trabajadora industrial, los campesinos y las mujeres en la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX: la incapacidad de los «negros» para tomar decisiones racionales.

Mientras que las fuerzas del conservadurismo se mantenían firmes, el conflicto en el liberalismo entre los ideales de los derechos universales y el concepto de la «independencia moral» limitaba la posibilidad de

efectuar cambios políticos reales. Esto era patente en cuanto a los pueblos no blancos se refiere. En el mundo colonial, las autoridades habían creado algunos concejos locales limitados. Sin embargo, incluso hasta los liberales progresistas liderados por John Stuart Mill negaban en términos generales la capacidad de los indios, chinos o africanos de autogobernarse, argumentando que su vida doméstica era defectuosa y que siglos de despotismo oriental les habían acostumbrado a gobiernos autocráticos. Esta opinión venía legada por escritores del siglo XVIII. El autogobierno indígena sólo sería posible después de un proceso de instrucción que fuera lo más prolongado posible. Los reformadores europeos más radicales, como Allan Octavian Hume, fundador del Congreso Nacional de la India, se apoyaban en la ficción de que los indios podían autogobernarse porque eran «arios», blancos honoríficos, por así decir. Allí donde los británicos establecieron pequeños electorados no europeos, como en la India y en Egipto, y en el Caribe a partir de 1883, los consideraban ayudas al sistema tributario, o concesiones para apaciguar al nacionalismo, nunca como escuelas de autogobierno. Una excepción relativa fueron las medidas tomadas en Nueva Zelanda a partir de 1867, que otorgaron escaños en el Parlamento a algunos maoríes, y, más adelante, el sufragio. Sin embargo, pensaban que estos maoríes servirían como un agente civilizador para sus hermanos menos tratables[40]. Por lo general, se mantuvo un sistema rígido de representación de los intereses nativos, y sólo los aristócratas o terratenientes podían ejercer los muy limitados derechos concedidos. En algunas regiones coloniales francesas y británicas, se incorporó un elemento religioso al electorado para asegurarse de que los diferentes intereses estuvieran representados; los políticos locales protestaron ante esta política de «divide y vencerás».

Entre los territorios gobernados por Francia, algunos asentamientos de la costa africana y algunos pueblos caribeños habían recibido la ciudadanía francesa durante el periodo revolucionario. Pero no hubo ningún esfuerzo serio para extender este privilegio al grueso de la población de Indochina y África según fueron cayendo bajo control colonial a partir de 1870. La idea de que un pueblo debía alcanzar cierto nivel de «civilización» —en este caso de civilización francesa— se utilizaba para abortar cualquier noción del derecho universal a la representación política hasta bien entrado el siglo XX. Los colonos franceses se aseguraban de que el listón para que los no blancos consiguieran la ciudadanía francesa permaneciera muy, muy alto.

Al mismo tiempo, la aceptación de la idea de la soberanía popular en el mundo extraoccidental durante el siglo XIX fue muy ambigua. La mayoría de las sociedades africanas, asiáticas y del Pacífico tenían tradiciones de consejeros que presentaban «el sentimiento del pueblo» a los gobernantes y burócratas. Estos intelectuales autóctonos recelaban tanto de la representación popular por medio del voto individual como sus equivalentes europeos. Nakae Chomin, por ejemplo, fue lo más parecido a un liberal que produjo Japón, y odiaba los aspectos autoritarios de la constitución Meiji. Sin embargo, a la hora de proponer una asamblea representativa y popular en 1887, mezcló a Rousseau con Confucio y con la veneración del emperador, y, por boca del personaje de una parábola, dijo: «Sencillamente establecería el constitucionalismo, reforzaría la dignidad y gloria del emperador e incrementaría la paz y felicidad de sus súbditos»[41]. Chomin consideró que los «derechos» individuales en sí mismos nunca serían suficientes para garantizar el buen gobierno en Japón. El emperador y sus ministros tenían que ser los últimos jueces del destino del pueblo japonés. Kang Youwei presentó un argumento parecido durante el movimiento reformador de «los cien días» en China en 1898[42].

En el islam, el cuerpo entero de los fieles operaba, técnicamente, como concejo consultivo y judicial de última instancia *(shura)*. Sin embargo, como en las viejas tradiciones europeas, cierto tipo y condición de persona tenía más peso que otros. Esto también actuaba en contra de la idea de una mayoría electoral. Los clérigos musulmanes, como los sacerdotes brahmánicos y los monjes budistas e hindúes, o como la pequeña nobleza china, tenían un peso consultivo especial, muy por encima del correspondiente al súbdito normal, puesto que eran la encarnación de la virtud de las antiguas constituciones. Si el mismo sultán era la fuente de la justicia, muchos pensadores recelaban de cualquier institución que minara su deber divino. En el mundo otomano, el bey de Túnez estableció una Constitución y un grupo de consejeros en 1861, pero ambos se abolieron muy deprisa. A lo largo de la segunda parte del siglo, los «parlamentos» otomanos sufrieron muchos altibajos. Pero muchos intelectuales conservadores y la gente de a pie recelaban de ellos por ser nidos de privilegios que comprometían el buen gobierno. Los súbditos otomanos recibieron la «ciudadanía» de forma oficial en 1869. En realidad, siguieron dependiendo de los servidores del sultán.

Por supuesto, la mayoría de los liberales de Asia y Oriente Medio eran reformadores muy cautos[43]. Aunque la primera generación de nacionalistas de 1870-1890, influidos por Mill, Paine y Voltaire reclamaba un

electorado amplio y una política representativa, mucha gente influyente recelaba de sus consecuencias. Los coptos, los cristianos de Oriente Medio y los musulmanes de India temían un dominio de los musulmanes de Oriente Medio o de los hindúes, respectivamente. En India, líderes musulmanes como sir Sayed Ahmad Kan dieron munición a los administradores coloniales al argüir que cualquier extensión del sufragio en el gobierno local perjudicaría a los musulmanes porque crearía una mayoría hindú institucionalizada. La gente de casta o clase social inferior quedaba excluida porque se pensaba que encarnaban la depravación.

Las mujeres estaban excluidas casi universalmente de cualquier participación política. Aunque esto suele considerarse fruto del eterno prejuicio masculino, también había razones políticas. Las mujeres, a raíz de su papel social, eran incapaces de juzgar independientemente. Los reformadores británicos de 1867 se echaron atrás ante la idea del sufragio femenino, más que nada porque podría provocar rupturas políticas familiares entre cónyuges, como ha demostrado Jane Rendall[44]. Dice mucho, en contraste, que algunos de los primeros sufragios femeninos se crearan en territorios europeos fronterizos. El estado norteamericano de Wyoming lo aprobó en 1869; Utah, en 1870; Nueva Zelanda, en 1893, y el sur de Australia, en 1894. Parece ser que en estas zonas fronterizas lo que inclinó la balanza a favor no fueron las teorías liberales clásicas referidas a los derechos individuales, sino la idea de que las mujeres podían «gobernar» a los hombres semicivilizados en beneficio de la familia[45]. En otras partes, el concepto de los derechos de la mujer era defendido, a menudo, por hombres nacionalistas. Pero estos activistas aún eran muy reacios a hacer concesiones a la mujer como individuo. La posición de los reformadores musulmanes es un buen ejemplo. En Egipto, Qasim Emin escribió sobre «la emancipación de la mujer» y declaró que el trato de los musulmanes hacia las mujeres violaba la fe islámica. Fue muy atacado[46]. El reformador Rashid Rida escribió el texto «Una llamada al sexo bello», en el que aseveraba que la mujer recibía mejor trato en la sociedad islámica que en la occidental, y que tenía derechos políticos no específicos. Pero cuando una mujer durante una de sus conferencias le dijo que las mujeres deberían poder mezclarse con los hombres con mayor libertad, la denunció por apóstata[47]. A estos reformadores les importaban más los derechos del pueblo y de la nación que los derechos individuales.

Durante gran parte del siglo XIX, pues, los principios teóricos del liberalismo tuvieron un resultado político práctico limitado, excepto en

el ámbito de la propiedad privada de la clase media. Después de los fracasos de 1848-1851, muchos intelectuales adoptaron filosofías pesimistas de rechazo al orden social, la violencia y el nihilismo[48]. Las victorias prácticas del liberalismo también fueron limitadas. La mayoría de los gobiernos intentaron mejorar el orden eliminando al menos algunos de los abusos agrarios, aunque seguía habiendo una enorme cantidad de campesinos dependientes en Europa y el mundo colonial. Fuera de Estados Unidos y el oeste de Europa, el electorado seguiría siendo mínimo hasta 1914. Incluso en Alemania, se utilizaron pasajes de la Constitución para constreñir el poder popular. Sin embargo, aunque este tipo de ejemplo demuestra que los principios más radicales del liberalismo estaban restringidos externa e internamente, esto no significa que fuera una filosofía muerta. No hay duda de que el liberalismo y el concepto de los derechos individuales influyeron en las aspiraciones y la visión de futuro de millones de personas. El objetivo de la sociedad liberal imaginada era crear una fuerza social más potente que la práctica del liberalismo en sí.

SECULARISMO Y POSITIVISMO: AFINIDADES TRANSNACIONALES

El siglo XIX fue testigo de un cambio general en los ideales y las creencias de los grupos gobernantes de todo el mundo, que apuntalaron las ideas sobre el gobierno ordenado, la representación política y la creación de riqueza. Un importante desarrollo que ya comentamos antes fue el auge de sistemas de creencias filosóficas que eran antirreligiosos o, por lo menos, muy escépticos respecto a la existencia de un Dios, o dioses, con el cual el ser humano pudiera comunicarse. Las religiones, en el sentido más amplio de la palabra, siguieron siendo fuertes e, incluso, expandieron su influencia durante este periodo. Ésta no fue una época de ateísmo, como veremos en el capítulo 9. Sin embargo, grandes áreas del pensamiento se distanciaron de la influencia de las antiguas creencias acerca de la salvación y la razón de la existencia. Los postulados religiosos se vieron cada vez más sujetos a pruebas empíricas e históricas. Los filósofos escoceses y franceses del siglo XVIII habían vaticinado una era de la razón en la que se desterraría la superstición. En las grandes sociedades asiáticas y africanas, se desarrollaron tradiciones pedagógicas que también resaltaban la importancia de la verificación empírica y la observación, sobre todo en los campos de la astronomía y la

agricultura. En el siglo XIX, este proceso fue mucho más lejos, a medida que los conocimientos prácticos se clasificaron hasta convertirse en «ciencias». La antigua «armonía productiva» entre la religión y el conocimiento entró en decadencia.

A lo largo del siglo XIX, estas construcciones de pensamiento empírico surgieron, por lo general, en los grandes centros del saber de Europa y América. Desde aquí, se diseminaron por el mundo occidental por medio de publicaciones y asociaciones de eruditos, aunque llegaron simultáneamente al resto del mundo gracias a la expansión colonial y a los nuevos medios de comunicación. Durante esta difusión y recepción, el significado y la importancia social de conceptos como ciencia, razón y verificación empírica se modificaron y se adaptaron a las ideas preexistentes en los aún fuertes sistemas intelectuales de pueblos indígenas. Estos conceptos modernos llegaron a tener para la gente nuevos significados no intencionados, tanto dentro como fuera de Europa y Norteamérica.

Uno de los mejores ejemplos de este proceso lo proporcionan las ideas del pensador francés Auguste Comte (1798-1857), que desarrolló la teoría filosófica del positivismo[49]. Según Comte, el pensamiento humano pasó desde un primer periodo teológico dominado por la religión a otro en el que la moda era la especulación metafísica más profunda. A continuación, el hombre pasaría a una época de pensamiento positivo, libre de especulaciones y dominado por la verificación científica e histórica de los datos conocidos. El positivismo ofrecía una teoría del conocimiento, una filosofía de la historia basada en la idea del progreso y una metodología científica. Hacia la década de 1840, muchos pensadores europeos importantes habían adoptado algunas ideas positivistas. El positivismo también ofrecía un marco conveniente para las nuevas ciencias humanas: la estadística social, la sociología y la antropología. Contribuyó a que la gente viera la historia humana no como un viaje religioso o ético hacia la salvación, sino como un complejo de fuerzas impersonales. Más avanzado el siglo XIX, Emile Durkheim, otro importante pensador francés, adaptó estas ideas a la sociología. Durkheim mantenía, como es sabido, que el fenómeno del suicidio no era el resultado del fracaso ético o moral del individuo, sino una consecuencia del desarraigo creado por la sociedad industrial urbana. Cuando una sociedad alababa a Dios, se alababa a sí misma —eso significa que la religión es «funcional» dentro del mecanismo social y que no tiene sentido fuera de la sociedad—. Más adelante, el marxismo presentó una evolución paralela al positivismo de Comte, que también insistía en el papel de las fuerzas impersonales en la historia y la sociedad.

Sin embargo, el concepto positivista se vio modificado radicalmente a medida que iba recorriendo el mundo. En la década de 1850, para sus adeptos franceses ya era una «religión de la humanidad», que incluía ceremonias semirreligiosas, ritos calendáricos, obediencia al Ser Supremo y reglas para la conducta moral. De hecho, el positivismo empezó a repetir en Francia las formas del catolicismo francés, mientras que en Gran Bretaña parecía cada vez más una austera secta protestante, aprobada por autoridades como Mill. Fuera de Europa, el positivismo tuvo un destino todavía más irónico. En India, ofreció un sistema de valores útiles para aquellos hindúes contrarios a la vieja jerarquía sacerdotal, pero que no querían que la supuestamente antigua tradición de las castas desapareciera. Los adeptos no perdían su casta ni sus vínculos matrimoniales, como ocurría si daban el paso social más radical de convertirse al cristianismo o al utilitarismo hindú híbrido del Brahmo Samaj (Sociedad del Ser Supremo). En una ceremonia que habría sorprendido y probablemente decepcionado a Comte, los adeptos llevaban sus obras al río Ganges y se las leían a los fieles apostados en la orilla, como habían hecho los sacerdotes antiguos con los textos sagrados sánscritos[50].

En Rusia, en cambio, el positivismo fue entendido como una especie de arma contra el «feudalismo» y la autocracia zarista, perdiendo buena parte de su anclaje filosófico y convirtiéndose en una religión «contracultural». En Japón, el intelectual Nishi Amane (1829-1897) utilizó el positivismo para hacer campaña contra el régimen Tokugawa, al que describió como un tipo de feudalismo y, por lo tanto, condenado a sucumbir ante la llegada de la era de la razón. En México y Brasil, las ideas de Comte se desplegaron contra los terratenientes y la Iglesia. Un discípulo escribió: «Hemos arrebatado el cetro al rey de España, pero no al espíritu español». Comte ayudó a romper las cadenas de esa vieja forma de pensar. Es irónico que los líderes latinoamericanos escogieran el concepto de la modernización tecnológica y científica como lo mejor de Comte. Algunos llegaron a ser, o a apoyar a, autócratas militares modernizadores a finales del siglo XIX[51].

LA ACOGIDA AL SOCIALISMO Y SUS RESONANCIAS LOCALES

El positivismo fue un producto que encontró un pequeño nicho en el mercado intelectual sólo entre los intelectuales especializados y algún

personaje raro. El socialismo fue otra cosa. El socialismo marxista se consideraba a sí mismo científico. Me refiero a que los marxistas creían que la historia se regía por leyes inalterables. Éstas se podían determinar mediante observación empírica, y los resultados eran predecibles. Esta analogía la hicieron muchos de los primeros socialistas, sobre todo cuando las teorías de Marx se difundieron con la publicación de *El capital* en 1867. Un contemporáneo escribió que Marx «otorgaba a la ciencia la misma importancia que la teoría de Darwin y que, igual que éste domina las ciencias naturales, las teorías de Marx dominan las ciencias sociales y económicas»[52].

Esta analogía tiene algo de cierto. Los comienzos del siglo XIX fueron testigos de una gran acumulación de datos ordenados en los ámbitos científicos y sociales. En todo el mundo, los gobiernos recopilaron datos acerca de las condiciones de vida de los campesinos y de los pobres de las ciudades. Los primeros estadísticos especulaban sobre la enfermedad y la nutrición. Thomas Malthus casi consiguió formular una teoría materialista del crecimiento y muerte de la población, aunque la mayoría de las teorías sociales del siglo XIX mantuvieron los conceptos semirreligiosos de la gracia y la corrupción. Tanto Darwin como Marx fueron importantes por el hecho de que intentaron forjar reglas de acero para un desarrollo totalmente ajeno a la providencia. En el caso del primero, sólo la especie más adaptable sobrevivía; en el del segundo, los productores de la riqueza se harían con el poder político.

El socialismo, sin embargo, era un concepto ambiguo y heterogéneo en el siglo XIX. Sus enemigos y sus adeptos compartían un mismo interés por exagerar su influencia y su unidad. Muchas de las ideas comúnmente denominadas en este periodo «socialistas» eran más milenaristas en su forma que científicas. Seguían la gran tradición apocalíptica y visionaria que habitaba los márgenes de la noción de la buena sociedad que vimos anteriormente en este mismo capítulo. A diferencia de lo que haría la izquierda más adelante, gran parte de la primera generación de socialistas era cristiana y pensaban en Cristo como el primer filósofo comunitario y compartidor. La fuerza y la vitalidad de las antiguas tradiciones de las diferentes sociedades ayudan a explicar por qué y dónde se arraigaron las ideologías más «ortodoxas» del socialismo y del comunismo entre los intelectuales y el pueblo llano. Esta evolución no fue del agrado de los ideólogos comunistas. Marx y sus discípulos más rigurosos pensaban que la fe religiosa era una fuerza que evitaba que el trabajador apercibiera su propia condición de privación y enajenación; evitaba así la auténtica «concienciación de clases». Pero también

las visiones milenaristas de la llegada de la sociedad justa eran peligrosas para el marxismo porque no tomaban en cuenta las reglas de acero de la historia y parecían proponer que la revolución podría llegar antes de que se cumplieran las condiciones materiales adecuadas.

El pensamiento socialista, sin embargo, desarrolló rápidamente una serie de subcentros, cada uno con su propia cultura intelectual. En Francia, escenario de las primeras revoluciones modernas, se cultivó un tipo de socialismo insurrecto. Esto quedó patente en el idealismo extremo del jacobinismo y, más tarde, en las ideologías visionarias de algunos de los líderes de la Comuna de París. La tradición insurreccionista se asoció sobre todo con Auguste Blanqui, que creía en la eficacia de los golpes revolucionarios y la redistribución inmediata de la propiedad entre los pobres[53]. Las ideas de Blanqui y sus seguidores se asemejaban más a las de los anarquistas de finales del siglo XIX, como el ruso Mijaíl Bakunin, que a las de los socialistas científicos alemanes. Ambos grupos pensaban que el Estado desaparecería en cuanto se estableciera un reparto benévolo de la propiedad. Estas ideas parecían adecuadas en la Francia y en la Rusia de principios del siglo XIX, cuyas leyes eran bastante hostiles a las asociaciones de trabajadores. También se apoyaba a las tradiciones locales del romanticismo y la religión. El mismísimo Marx no llegó a descartar los complots y los golpes de Estado. Pero en sus obras posteriores resalta mucho más el desarrollo autónomo de la lucha entre clases. Las ideas de Henri Saint-Simon representan otra dimensión de esta visión milenarista francesa. Sus seguidores esperaban conseguir el progreso gracias al gobierno ilustrado de reyes-filósofos, que establecerían el gobierno internacional de la razón y de la humanidad y abolirían la corrupción y la desigualdad[54]. De hecho, esperaban un cielo en la Tierra pero sin el Dios cristiano. El lenguaje de Marx y los patrones de las organizaciones comunistas alemanas influyó en la izquierda francesa. Por lo general, sin embargo, ni el marxismo ni el socialismo sindical tuvo mucho efecto en Francia hasta la década de 1920.

Los partidos socialistas formales tardaron en arraigar en Gran Bretaña y en sus dominios por razones parecidas. Allí no fue la idealización de la insurrección, sino la antigua tradición inconformista y la vida religiosa en comunidad los que frenaron el marxismo. Los pensadores y activistas de la izquierda británica miraban hasta la década de 1890 al pasado, hacia una época idealizada de trabajadores agrupados en gremios, en la que los artesanos y los campesinos eran dueños de sus herramientas y sus parcelas de tierra. No es de sorprender que los intelectuales

románticos como John Ruskin estuvieran a la vanguardia de la creación de asociaciones laborales. Los socialistas británicos adoraban a Cromwell y a otros antimonárquicos del siglo XVII. También elogiaban a los radicales británicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Característicamente, los ingleses se las arreglaron para inventar una especie de «socialismo feudal». La edición inglesa del primer tomo de *El capital* de Marx no se publicó hasta 1887. Si la gente común leía a algún extranjero, solía ser a «patriotas» como Garibaldi, Mazzini o los héroes de la Comuna de París de 1871, y no a los socialistas alemanes[55]. El Partido Laborista británico emergió después de 1900 con un programa supuestamente socialista, pero en el que incorporaron la idea cristiana de obrar bien. Heredó la antipatía de los radicales británicos hacia un Estado derrochador, una antipatía que se remontaba al siglo XVII. El partido parecía una rama radical del Partido Liberal más que una fuerza política nueva ajena a la tradición británica.

Nada de esto debería sorprendernos dados los orígenes del pensamiento de Marx. Incluso en Alemania, lo que se convertiría en la falange marxista-leninista surgió en un ambiente intelectual local en el que la gente imaginaba un futuro ideal de racionalidad y benevolencia[56]. Originalmente, este movimiento debía mucho más al resurgir del cristianismo pietista que al empirismo científico. En 1843, el mismo Marx había escrito que su objetivo era la «reforma de la conciencia», y las ideas de la alienación del trabajador de su propio ser y del fin del Estado eran ideas milenaristas latentes en su doctrina. Al localizar la «conciencia» revolucionaria en el proletariado y al insistir en que los cambios sociales y económicos debían preceder a un cambio moral más general, Marx empezaba a convertir la idea de Hegel del avance de la razón y la emancipación a través de la historia en una ciencia económica.

Las revoluciones de 1848 no condujeron ni al dominio de la burguesía ni a la rápida transición a la dictadura del proletariado que Marx había vaticinado. En su lugar, la justificación científica que Marx había otorgado a un futuro sin Estado y sin propiedad privada se convirtió en el baluarte de los brazos políticos de los movimientos de trabajadores que emergieron en las ciudades del centro de Europa después de 1860. Los radicales estarían planeando la inminente caída del estado «burgués», pero los líderes sindicalistas de la Alemania unificada, Bélgica, partes del norte de Italia e incluso de forma tardía Gran Bretaña buscaban avances más pragmáticos en los derechos de los trabajadores utilizando la retórica del socialismo científico para dar peso a su causa. A pesar de que los partidos, las ligas y las convenciones comunistas y socialistas presentaban facciones irreconciliables, el fantasma de un movimiento obrero internacional asustó lo bastante a los gobiernos y a los terratenientes como para que hicieran pequeñas concesiones.

Fuera de este núcleo centroeuropeo, la situación era parecida. La aceptación de las doctrinas socialistas más amplias dependía de las creencias preexistentes entre los intelectuales y el pueblo sobre la posibilidad de una vida mejor. En Rusia, los socialistas que lideraron la revolución de 1905 apelaron tanto a la tradición de la comunidad campesina como al proletariado moderno de las fábricas. El socialismo ruso presentaba incluso similitudes con los Viejos Creyentes, una secta cristiana ortodoxa que nunca había asimilado realmente las ideologías modernizadoras de los intelectuales occidentalizados rusos desde tiempos de Pedro el Grande. El partido socialista más grande de Rusia era, de hecho, el Partido de los Socialistas Revolucionarios no marxista, que provenía de una antigua tradición romántica de disidentes intelectuales. En China y en India, donde el socialismo era prácticamente invisible antes de 1914, estaba vinculado a los valores comunales y a la oposición al mercado. En el Japón de la rápida industrialización, de nuevo, el tipo de socialismo que atraía a los intelectuales era el que denunciaba la distorsión ética y moral de una sociedad en la que parecía haber cada vez más trabajadores pobres. La retórica socialista japonesa era muy parecida a la de los «agraristas», críticos con la modernización y que añoraban la aldea ideal con sus patrones de trabajo comunal en los arrozales[57]. También en China durante la triste década de 1890, los jóvenes radicales que empezaron a adoptar el marxismo se apoyaron en las tradicionales denuncias de corrupción y de la opresión de los pobres que habían utilizado los taipings y los bóxers en sus rebeliones. Pensaban que el creciente «poder de los ricos», gente externa a la comunidad moral semiconfuciana, se podía frenar a base de huelgas, como parecía haber ocurrido en la autocracia zarista[58]. Aquí, como en Italia o en el México revolucionario, el agrarismo, el socialismo y el conservadurismo populista se criaban en el mismo caldo de cultivo que lo que luego se llamaría «fascismo». Sin embargo, en China, las nuevas ideas políticas se adaptaron sutilmente a las doctrinas prevalecientes. Hu Hanmin, uno de los primeros colaboradores de Sun Yat-sen, escribió esto sobre el socialismo en 1905:

No todas las teorías colectivistas se pueden aplicar a China en su actual fase de desarrollo. Pero en el caso de la nacionalización de las tierras ya tenemos un modelo a seguir en el sistema de los «campos-pozo» de las Tres Dinastías [un sistema primitivo de riego y propiedad conjunta de tierras] y no debería ser difí-

cil poner en práctica algo autóctono a nuestra conciencia racial en estos tiempos de cambio político[59].

No cabe duda de que las principales ideas del secularismo, el liberalismo y el socialismo implicaban grandes rupturas intelectuales con toda tradición pasada. Esto fue porque los ideólogos buscaron deliberadamente nuevos principios de legitimación política y rechazaron de forma consciente toda autoridad anterior, lo que era muy poco frecuente a principios del mundo moderno. Hasta 1700, la gente que buscaba cambios radicales argumentaba que la república ideal estaba corrupta o que el rey recibía malos consejos. A partir de esa fecha, se empezó a escuchar cada vez más la proclama de que sólo el pueblo, y éste sólo en el presente, podía reconstituir una nueva legitimidad. Al traducir estas ideas al lenguaje popular tanto en Europa como fuera, los conceptos cambiaron. Se mezclaron y se reforzaron con los viejos vocabularios de la ética política y de la justificada indignación popular, en particular con ideas cristianas milenaristas, budistas e incluso hindúes, que vaticinaban la llegada de una vida mejor.

LA CIENCIA EN SU CONTEXTO GLOBAL

Un aspecto importante de las muchas versiones del liberalismo, el positivismo y el comunismo era la idea de que eran científicos. El vínculo entre la ciencia decimonónica y el pensamiento político ha quedado algo oculto porque los historiadores del siglo XX los han separado en «historia de la ciencia» e «historia intelectual». Tanto Marx como Comte pensaban que la sociedad humana era un organismo que evolucionaba a causa de las leyes del desarrollo. Esta idea atraía a los discípulos de la nueva ciencia de la antropología, muchos de cuyos primeros teóricos postulaban la evolución orgánica de las razas y las civilizaciones. Herbert Spencer, el teórico político liberal más influyente de finales del siglo XIX, fue evolucionista antes que Darwin. Creía en la universalidad de la «causalidad natural». Las sociedades, como las plantas y los peces, evolucionaban de lo sencillo a lo complejo como resultado de la selección natural. A diferencia de Comte, Durkheim y Marx, sin embargo, Spencer, al final de sus años, era un individualista radical y proponía el *laissez-faire*. La intervención gubernamental, decía, mina la iniciativa individual, que es la fuente del progreso[60]. A pesar de estas

diferencias, la ciencia era tan influyente en el pensamiento del siglo XIX como lo había sido la religión en el Renacimiento.

Quizás la ciencia fuera la más radical de las nuevas filosofías que querían transformar el mundo. Igual que el positivismo y el liberalismo, la ciencia también reaccionaba de diferentes formas ante las varias tradiciones intelectuales y las circunstancias vitales de los pensadores que la exponían. Sin embargo, durante el siglo XIX, los grupos científicos y tecnológicos establecidos se convirtieron en formaciones sociales diferenciadas, tan importantes a su modo como las clases, las economías y las religiones. Claro está que habían existido hombres de ciencia en muchas culturas previas al siglo XIX. En Europa, China y el mundo islámico habían conseguido grandes honores y acceso al poder de la Corona. Pero fue en la segunda parte del siglo XIX cuando la ciencia se convirtió en un conjunto de conocimientos claramente diferenciado de las humanidades, el derecho y la teología. Para entonces, la ciencia había desarrollado una coherencia intelectual interna y una serie de principios causativos aceptados, por lo general, por grandes grupos de profesionales. Esos profesionales influían directamente en la política de los gobiernos en materia de salud pública o planificación militar o medioambiental. Los gobiernos coloniales y los grupos dominantes del mundo extraeuropeo empezaron a justificarse cada vez más apelando a conocimientos científicos para reforzar sus argumentos tradicionales acerca de su derecho a mantener la justicia y el orden público.

Hubo tres fases generales en la construcción de estas clases profesionales y del conocimiento sistematizado. La primera fue testigo de una rápida acumulación de datos sobre fenómenos naturales, que se podían catalogar según tipos o familias, ya fuera en el campo de la geología, la geografía, la estadística médica o la botánica. El caso clásico fue el del biólogo sueco Carolus Linnaeus que clasificó a las plantas y animales en un enorme esquema de seres vivos. Como demostró Richard Drayton, en referencia a la botánica, esta fase empezó en el Renacimiento y alcanzó su apogeo en el siglo XVIII[61]. La segunda fase fue la búsqueda de los principios evolutivos y los patrones del cambio histórico que subyacían en estos sistemas, bien fuera referidos a la epidemiología, el reino animal o el ser humano. Esta fase coincidió con los cambios ideológicos que llegaron con la Revolución Francesa y que la siguieron[62]. Otra etapa en la creación de las leyes científicas históricas tuvo lugar a mediados del siglo XIX. La publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin en 1859 marca una fecha clave de estos cambios. Los historiadores de la ciencia han puesto a Darwin en el contexto de otros

evolucionistas y han tratado de restarle importancia de diversas maneras. Pero los que tienen conocimientos científicos insisten en que la habilidad de predicción de las formulaciones de Darwin da a su obra una importancia perdurable. Finalmente, al final del siglo XIX, los científicos importantes empezaron a cuestionar y a modificar las categorías naturalistas, esencias y esquemas de desarrollo descritos durante la segunda fase. Algunos científicos empezaron a proponer que la incertidumbre era una faceta de los procesos naturales.

La primera fase, la de acumulación masiva y catalogación de datos sobre el mundo natural, había empezado a comienzos de la Edad Moderna y se había acelerado durante el siglo XVIII. Las observaciones del cielo, los mapas de los estratos geológicos, los comienzos de la arqueología en el sur de Italia y en el desierto en Egipto, las listas de variantes de especies elaboradas a consecuencia de las exploraciones por el Pacífico o de las realizadas para buscar las fuentes de los ríos de África: todos estos avances reflejaban la búsqueda inquisitiva de los sabios y viajeros de la Ilustración[63]. La organización sistemática de datos y la creación de categorías y vínculos fue obra de un pequeño grupo de grandes clasificadores que trabajaron durante las convulsiones mundiales de 1790-1813. Goethe y Alexander von Humboldt, el sociólogo y geógrafo alemán, por ejemplo, se situaban en el centro de una gran red de especulación taxonómica y crearon herramientas analíticas para temas tan dispares hoy en día como la geología, la botánica y la psicología perceptiva. En el campo de la analítica lingüística, el juez William Jones de la Compañía de las Indias Orientales y, más adelante, el experto alemán en sánscrito Franz Bopp (1791-1867) también fueron grandes sintetizadores. Intentaron describir los elementos que crearon los idiomas históricos, clasificarlos en grupos, y luego encontrar vínculos entre ellos. Los exploradores de África y Asia, como Mungo Park, que «descubrió» la fuente del río Níger, y William Moorcroft, que atravesó el Himalaya hasta llegar a Asia Central, transformaron los datos en los que se basaba la geografía. Los lingüistas y primeros antropólogos vincularon el Pacífico con el mundo asiático[64]. Los gobiernos pensaban que su papel era descubrir nuevos datos y creían que hacerlo les proporcionaba honor y más recursos.

Fuera de Europa, estas grandes colecciones se constituían con los datos que aportaban los intelectuales autóctonos y los administradores coloniales. Los gobiernos e intelectuales africanos y asiáticos habían acumulado enormes bases de datos a medida que los poderes gubernamentales crecían con la expansión comercial posterior a 1500. Los

avances médicos europeos utilizaron la farmacopea y las colecciones de hierbas de los especialistas indios y chinos, así como los conocimientos tradicionales de los curanderos africanos e indoamericanos. Los gramáticos brahmanes de la India colaboraron con su gran tesoro de palabras para que los teóricos europeos pudieran empezar a elaborar sus genealogías históricas. Las expediciones por África, presentadas a los europeos como «descubrimientos», eran guiadas, abastecidas y apoyadas por los nativos de la zona, gente con conocimientos profundos de los animales y el terreno. Los pueblos del Pacífico y los inuits del Canadá contribuyeron con sus habilidades como cazadores y sus conocimientos de los ríos y las corrientes marinas. En muchos casos, los exploradores europeos y norteamericanos se limitaron a apropiarse de estos conocimientos para después privarlos de sus tierras, su pescado y sus animales.

Esta oleada de descripciones histórico-naturales fue impulsada por hombres considerados héroes de la ciencia, gigantes de un mundo romántico, de los que el más famoso fue Goethe. A veces sus hallazgos estaban imbuidos con la idea antigua de que todo organismo estaba organizado en una gran cadena desde el superior al inferior. Los gobiernos no tardaron en involucrarse, sin embargo, y a partir de 1760 se hicieron más activos[65]. El cenit de esta actividad fue la expedición científica de catedráticos de la Academia Francesa enviada a Egipto por Napoleón en 1798 para recoger reliquias de las antiguas civilizaciones y describir el mundo egipcio. Fue la «expedición» gubernamental más grande realizada hasta entonces. En Gran Bretaña, desde la década de 1780 hasta la de 1820 sir Joseph Banks organizó y reunió, a través de la Real Sociedad de Londres, una red de observadores y exploradores formada por médicos de la Armada Real y de la Compañía de las Indias Orientales para un proyecto científico nacional. Los cirujanos militares y navales resultaron ser una mina de información. Sin embargo, el Estado y la clase política no gozaban de ningún monopolio en la recopilación de datos y conocimientos científicos. Los políticos radicales y los movimientos antijerárquicos evangelistas colaboraron mucho en la recopilación de datos científicos. También lo organizaron en prácticos cuerpos teóricos que apoyaban sus objetivos ideológicos. En el Pacífico, los misioneros, junto con sus equipos de informadores nativos, operaban como valiosos observadores de la naturaleza y del ser humano. Usaban sus hallazgos para proclamar la naturaleza infinita de la generosidad de Dios y la salvación inminente. Pero la ciencia no sólo justificaba a la clase dirigente; también sus enemigos la utilizaban. Las teorías «científicas» como la frenología[66], el positivismo y las ideas liberales de

Saint-Simon se invocaban para justificar el radicalismo político en Gran Bretaña y en el continente europeo, sobre todo durante los terremotos políticos de 1740-1750.

En la década de 1840, con los avances del ferrocarril, el telégrafo y el barco a vapor, el intercambio de información había mejorado mucho y empezaban a establecerse oficinas científicas fijas. Los científicos profesionales y los departamentos científicos gubernamentales empezaban a cobrar protagonismo. Se hacían descripciones científicas de productos naturales y manufacturados en todo el mundo. Sir Roderick Murchison, explorador imperial y geólogo, había organizado docenas de expediciones y misiones científicas a Canadá, África y Sudamérica. Las autoridades imperiales le invitaron a Rusia para ayudar a los científicos locales a buscar carbón y hierro en los nuevos territorios de la Rusia asiática. Los jardines botánicos de Kew en Londres, el jardín botánico de Prusia y su equivalente en París se situaron en el centro de una clasificación comprensiva de los seres vivos a manos de un ejército de profesionales. Muchas veces, los hallazgos más importantes en química, física y geología habían sido obra de las escuelas militares de minería. Ahora las universidades —primero las más recientes y dinámicas, como Edimburgo y Hamburgo, más tarde París, Oxford y Bolonia— empezaron a enseñar las nuevas ciencias naturales. Hacia la segunda parte del siglo, las grandes compañías industriales empezaron a crear sus propios departamentos de investigación, sobre todo en Alemania y Estados Unidos. La ciencia dejó de ser una mera recopilación de información organizada. Se convirtió en el motor del perfeccionamiento humano, un motor de la historia. Iba a cambiar las condiciones materiales de la humanidad y hasta su alma. Los gobiernos apelaban a la ciencia para justificarse tanto como apelaban a Dios.

Sin embargo, en ese momento una serie de convulsiones intelectuales empezaron a transformar unas ciencias que hasta ese momento habían sido estáticas y genealógicas en unas disciplinas que no sólo asignaban principios de desarrollo a la naturaleza, sino que también instituían al ser humano como campo de estudio científico. La ciencia de la economía política, en estado de evolución desde el siglo XVII, ya había empezado a formular leyes que gobernaban el comportamiento humano. Ahora empezaron a aclararse las acciones inmemoriales de las leyes naturales. La austera teoría de la selección natural de Darwin, la supervivencia del más fuerte, fue la primera de estas convulsiones. La teoría se adaptó a muchos campos y fue el principio de cambios para muchos más, desde la antropología a la religión natural. Sobre todo, afirmó el

desarrollo histórico en vez de la intervención divina como causa de todo cambio. Darwin comentó:

> Cuando pienso que todo ser no es una creación especial, sino la descendencia lineal de unos cuantos seres que vivieron mucho antes del primer depósito del sistema siluriano, todos ellos me parecen más nobles... Por ende, podemos esperar con bastante seguridad un futuro asegurado de una duración inconmensurable[67].

Darwin entró en la conciencia popular británica y de todo el mundo gracias a la polémica que causó su obra. Los clérigos y teólogos atacaron enérgicamente sus teorías, temerosos de que minaran la versión bíblica y moral de la creación. Pero no todos los clérigos estaban preocupados. Algunos creían que el darwinismo podía ser compatible con el plan de Dios. A largo plazo, sin embargo, la naturaleza amoral del



8.2 El darwinismo a discusión: Charles Darwin y un mono. Caricatura anónima publicada en el *The London Sketchbook*, 1872.

darwinismo resultó difícil de cuadrar con una versión ética del mundo natural y humano. El posterior descubrimiento de los gérmenes y el estudio de los ciclos de las enfermedades supusieron otra convulsión para las ciencias de la vida. Hacia 1900, una teoría de la expansión del universo y de la formación de la corteza de la Tierra había formulado teleologías similares en cosmología y geología.

El mismo Darwin tuvo una influencia profunda en las ciencias humanas. Herbert Spencer adaptó algunas de sus teorías para explicar el desarrollo de las sociedades a través de la «supervivencia del más fuerte». A su vez, los intelectuales indios, chinos y árabes leyeron a Spencer. Estos hombres temían por la salud orgánica de sus sociedades pero esperaban que las naciones débiles, como las especies en peligro de extinción, llegaran a adaptarse y sobrevivieran. El *risorgimento* japonés les ofrecía algo de esperanza.

Los historiadores de mediados del siglo XX vincularon la historia del triunfo del racionalismo occidental con el dominio mundial económico de Occidente. Los historiadores creían que el pensamiento científico había empezado con los griegos antiguos, ascendiendo por el Renacimiento europeo hasta llegar a su apogeo en la Edad Moderna, cuando se difundió por todo el mundo a través de las universidades imperiales. Algunos académicos siguen creyendo que la contribución griega —y, por ende, europea— fue única. Los griegos, dicen, desarrollaron la idea del «egoísmo científico», de la ciencia como un acto de la voluntad individual que reta a las jerarquías y a los conocimientos tradicionales al aplicar el empirismo. Para estos académicos y para gran parte de la profesión científica, la «excepcionalidad» occidental sigue siendo una idea respetable. El liderazgo «europeo» en la organización de las teorías y de los conocimientos prácticos parece haber permitido a Occidente ampliar sus ventajas sobre el resto del mundo en el siglo XIX. Es cierto que fue a finales de ese mismo siglo, sobre todo en las universidades alemanas, cuando los conocimientos científicos se formalizaron, dividiéndose en disciplinas diferentes a la religión y la metafísica, con sus propias reglas de procedimiento. De igual manera, la sociología se convirtió en una disciplina formal, sobre todo en Francia, y las ciencias económicas se desarrollaron como una asignatura libre de sentimientos morales, sobre todo en Estados Unidos y Gran Bretaña.

Sin embargo, esta postura se vio atacada primero por intelectuales no occidentales y, después, por eruditos radicales de todo el mundo. Incluso en el mismo siglo XIX, los portavoces de los movimientos extraeuropeos para la reforma política y religiosa habían empezado a

argüir que los pueblos africanos y asiáticos habían anticipado en su mayor parte lo que devino conocimiento científico supuestamente occidental. Los reformadores religiosos de la India, por ejemplo, aseveraron que los escritos hindúes hacen referencias a artillería y motores mecánicos, mientras que los modernizadores islámicos señalan la dependencia occidental de las ideas de los astrónomos árabes. La idea de que la ciencia era un producto exclusivo del racionalismo occidental ya había causado problemas a los radicales europeos favorables a la descolonización de principios del siglo XX. Uno de ellos fue John Needham, el historiador izquierdista especializado en historia de la ciencia china, que empezó a escribir sobre este tema en la década de 1930[68].

A finales del siglo XX, la idea de la excepcionalidad científica occidental fue objeto de un ataque corrosivo. Algunos historiadores y teóricos adoptaron una postura extrema y argumentaron que gran parte del canon científico europeo no era más que una muestra de poder sin más capacidad para predecir acontecimientos físicos que la astrología persa o el budismo zen. La ciencia era una mera «construcción» social. Desde luego, algunos autoproclamados movimientos científicos de finales del siglo XIX —la teoría racial, la medición craneal y nasal e, incluso, la teosofía— entran en esa categoría. Los movimientos irracionales en literatura, filosofía y artes se incrementaron mucho cuando 1848 destrozó las esperanzas del paraíso terrenal y cuando la industrialización empobreció aún más a los pobres[69]. En cambio, como vimos en el capítulo 2, todas las grandes sociedades extraeuropeas habían desarrollado sistemas de observación empírica y de clasificación del conocimiento mucho antes de que las ciencias europeas las influyeran. En este contexto, hasta Needham se vio atrapado en un modelo difusionista del avance científico. Sencillamente cambió los polos y declaró que los conocimientos científicos habían pasado de China a Occidente, y así restauró el orgullo y la energía de la ciencia china.

Si queremos describir la aparición del pensamiento científico a nivel global durante el siglo XIX, las siguientes proposiciones parecen razonables dado el debate polemizado y algo politizado de hoy en día acerca de la naturaleza de la investigación científica y la relación entre la ciencia y el colonialismo. Las sociedades humanas complejas de todo el mundo habían desarrollado sistemas racionales de pensamiento y formas de aplicar la tecnología a la producción. La expansión temprana de la industrialización y la creación de profesiones en Europa y Norteamérica, sin embargo, habían concedido un liderazgo bastante grande a los especialistas de estas zonas a la hora de crear sistemas generales de pensamiento

científico que se justificaban internamente sin recurrir a argumentos teológicos o culturales. La expansión económica de Europa y Norteamérica permitió que los descubrimientos biológicos, físicos y químicos se pudieran aplicar con mayor rapidez a la producción. Cuando las sociedades no occidentales empezaron a experimentar la urbanización rápida, la formación del Estado y la industrialización también tomaron prestados de Occidente y adaptaron sus propios y viejos sistemas de conocimientos y de investigación racional para crear su propio pensamiento científico autóctono.

En ciertas partes del mundo, y en algunos campos de investigación científica, los no europeos se acercaron mucho y establecieron sus propias instituciones de investigación, independientes e intelectualmente viables. En el Imperio Otomano, por ejemplo, Rifa Tahtawi, educado en Francia entre 1830-1840, publicó un estudio social y geográfico de Francia en árabe. De vuelta en Egipto, fue el promotor de la fundación de la Escuela de Idiomas, que tradujo más de 2.000 obras y las adaptó para un público árabe[70]. En China, el Arsenal de Kiagnan hizo un trabajo parecido. Los antiguos intelectuales y los nuevos nacionalistas ayudaron a extender los nuevos conocimientos científicos y los adaptaron para usos regionales. Por ejemplo, el líder político Sun Yat-sen y su amigo Che'n Chih, que tenía estudios médicos, publicaron tratados sobre el uso de abonos en un contexto chino[71].

La ciencia médica es un campo de gran interés porque es la clave para la salud del pueblo y del funcionamiento del gobierno, el ejército y la industria. La adopción de ideas científicas por parte de Japón es un buen ejemplo. La sociedad japonesa de principios de la Edad Moderna era muy receptiva a las ideas foráneas. En un pasado lejano, los gobernantes japoneses, los nobles y los sabios budistas habían enviado emisarios a China para investigar los cambios en las ideas y usos de los nobles chinos. Los conocimientos «holandeses» entraron por el puerto comercial de la Compañía de las Indias Holandesas en Nagasaki. Ya en 1777 se tradujo un tratado anatómico del holandés. Lo importante es que estos conocimientos médicos holandeses fueron validados por medio de la observación empírica que reflejaba el tipo de validación textual y metodológica que utilizaban los sabios confucianos en sus debates. Este «positivismo que insiste en validar toda hipótesis»[72], facilitó la aceptación por parte de los japoneses de las ideas científicas occidentales que ya habían visto los muchos emisarios a Occidente enviados por los regímenes Tokugawa y Meiji desde 1854. También estableció una base sobre la cual pudieron construir los profesores e ingenieros occidentales

cuando llegaron a Japón en mayor número tras la restauración de los Meiji en 1868.

Hay otras dos características importantes del caso japonés. En primer lugar, la sociedad japonesa, como la de China y Corea, estaba acostumbrada a la rápida difusión de los conocimientos por la imprenta. Incluso en el siglo XVIII, Edo tenía tantas librerías como Londres o París. Las nuevas tecnologías de impresión se adaptaron con rapidez y difundieron ideas nuevas a gran velocidad. El libro *Self-Help* («Autoayuda») de Sam Smiles, un panegírico clásico de los conocimientos prácticos, vendió unos 250.000 ejemplares en Estados Unidos y Gran Bretaña a finales del siglo XIX. En Japón vendió más de 1.000.000 de ejemplares y aún seguía editándose en 1920. En segundo lugar, el rápido desarrollo en Japón de los cuerpos profesionales de científicos, ingenieros y otros expertos parece tener algo que ver con la transformación del *bushido* —lealtad «feudal» a un amo— a la idea de un servicio profesional al público nacional. Los patriotas japoneses de mediados del siglo XIX sentían vergüenza de que sus conocimientos técnicos, científicos y médicos fueran claramente inferiores a los de los bárbaros occidentales y tomaron medidas enérgicas para corregirlo. No tardaron en conseguirlo. A finales del siglo XIX, los científicos japoneses contribuían con información original de primera clase al mundo científico. La sismología, el estudio de los terremotos, fue un campo en el que los investigadores japoneses como Sekiya y Omori desarrollaron un nuevo canon de conocimientos, colaborando con norteamericanos radicados en Japón para los que el país era un laboratorio ideal[73].

La importancia de la intelectualidad local y de los sistemas existentes de conocimientos para la adopción de ideas médicas occidentales en China y Japón está clara. Las teorías y prácticas médicas resultantes solían ser híbridas, un reflejo de su doble origen. Algo parecido ocurrió con las ciencias médicas árabe e india, que mantuvieron su propia influencia y se reinventaron como consecuencia del contacto con las ideas y prácticas médicas occidentales. Se investigó el viejo sistema indio de medicina ayurvédica, basado en el uso de minerales y hierbas, complementados con ritos de meditación, purgación ceremonial y oraciones. Este sistema de conocimiento fue el blanco de las cada vez más violentas denuncias por parte de los especialistas médicos británicos e indios de la Compañía de las Indias Orientales a principios del siglo XIX. Sin embargo, la medicina occidental no era infalible en sus resultados y cosechó fracasos con el cólera y la peste bubónica, azotes del Imperio en la India. Esto dio como resultado un sistema científico dual. Por un

lado, la clase intelectual india adoptó y adaptó con rapidez aspectos de la ciencia occidental. Los colegios médicos en Calcuta y Madrás fueron exitosos e innovadores. Por otra parte, para muchos, el sistema tradicional de medicina se asociaba con la pureza corporal, sin contaminar por las dudosas prácticas médicas occidentales[74].

Con el tiempo, el revivir de la sabiduría y la práctica médica tradicionales se asoció con el revivir político y cultural. Éste también fue el caso de los sistemas tradicionales de medicina islámico-griega entre los musulmanes de la India y del resto del mundo mahometano. Los administradores modernizadores y oficiales coloniales establecieron servicios médicos y profesiones médicas atendidos por nativos educados a la occidental. Al mismo tiempo, se fundaron colegios médicos ayurvédicos y unanis que seguían las antiguas tradiciones árabes o sánscritas. Hubo grupos de licenciados médicos indígenas paralelos. Los conocimientos médicos de las tradiciones sánscrita, islámica y griega se organizaron y regularon al estilo occidental. Se introdujeron formas estándar de pastillas y medicamentos. Se anunciaban en los periódicos de lengua autóctona y se vendían en bazares autorizados. Como ocurrió con las ideas y la práctica religiosa, la medicina indígena sobrevivió y creció en importancia, pero a la vez asumió la impronta de sus modelos occidentales. El pueblo llano era lo bastante listo como para buscar ayuda simplemente de cualquiera que ofreciera esperanza de cura o alivio del dolor y la enfermedad, a menudo probando remedios occidentales y, si no daban resultado, volviendo a la medicina tradicional. Este tipo de sistema híbrido también se dio en África, donde los curanderos y los líderes de los cultos tradicionales adaptaron ciertos aspectos de las enseñanzas misioneras y de las prácticas médicas occidentales para proteger y validar sus propios conocimientos.

LA PROFESIONALIZACIÓN A NIVEL MUNDIAL

Si examinamos este proceso, queda claro que, como ocurrió con el nacionalismo y el Estado, el «modelo difusor» no es válido si no lo modificamos bastante. Los intelectuales autóctonos estaban acumulando conocimientos científicos tanto teóricos como prácticos en todo el mundo decimonónico más o menos simultáneamente. En muchas sociedades emergieron profesionales científicos y eruditos, como también administradores y comerciantes profesionales con intereses globales. Es

mejor hablar en términos de grupos de científicos profesionales vinculados en redes globales, no de una difusión científica de «Occidente» a «Oriente» y al «sur». De entrada, ¿qué era «Occidente»? Es importante recordar que en Asia, África, el Pacífico y Sudamérica se estableció un cuerpo estándar de ciencia y profesionales médicos al mismo ritmo que en Europa y Norteamérica. En la Europa del siglo XVIII, los galenos, boticarios y cirujanos actuaban como una casta experta, como hacían los médicos expertos de India, China y el mundo islámico. Sin embargo, en todos estos lugares, la curación real era cosa de mujeres curanderas, filántropos regionales, hombres religiosos o ambulantes expertos en vacunas, sanguijuelas, acupuntura y remedios silvestres. La Ilustración europea había insistido en los conocimientos racionales y había desestimado el pecado y la lujuria como causas de la enfermedad. Los sistemas asiático, musulmán y africano también tenían su medicina racional y sus descripciones de enfermedades. En todas estas sociedades, incluidas las europeas, los aspectos morales y mágicos perduraron en el siglo XIX. Al fin y al cabo, en Occidente a finales del siglo XIX, la consunción, una enfermedad pulmonar, se seguía asociando con una sexualidad hiperactiva y con la histeria.

La ciencia médica regulada y profesionalizada surgió, pues, a raíz de todos estos esfuerzos de comunidades humanas por luchar contra las condiciones históricas. La ciencia médica de alto nivel se difundió desde Edimburgo por las zonas remotas de Inglaterra más o menos al mismo tiempo que lo hacía desde Inglaterra a India y China, y a las zonas remotas desde Calcuta y Shangai. Los viajes ultramarinos y la guerra obligaron a la fundación de centros médicos y de otros tipos de ciencias. Los colegios médicos de Edimburgo se fijaron en Leiden. Pero Edimburgo y, más adelante, Dublín tuvieron éxito en parte porque sus licenciados, ingleses, irlandeses y escoceses, obtenían puestos en el ejército, la Compañía de las Indias Orientales y, sobre todo, la Armada, todos ellos con problemas de salud, servicios ultramarinos y baja moral. Algunos de los descubrimientos más importantes se hicieron, por consiguiente, en las fronteras coloniales con la ayuda de medicinas y colaboradores indígenas. Un ejemplo fue el uso de la quinina desarrollada por los indios americanos para controlar la fiebre. También la adopción por parte de médicos europeos de técnicas otomanas de vacunación. La medicina francesa mejoró mucho a raíz de la experiencia de la guerra masiva en Rusia y Egipto. Los hospitales militares de Napoleón desarrollaron algunas de las primeras metodologías quirúrgicas. Más avanzado el siglo, sir Ronald Ross descubrió el vector de la malaria, una respuesta

directa a los peligros del ambiente tropical. Un avance en el que se vio significativamente ayudado por sus colaboradores indios, sobre todo Muhammad Bux[75].

A finales del siglo XIX, este proceso de regularización y profesionalización médica se aceleró aún más. Hacia la década de 1850, la mayoría de los países europeos contaban con legislación para controlar el acceso a la profesión médica por medio de colegios o academias. Los curanderos locales y sus prácticas poco ortodoxas se ignoraban o rechazaban, si bien la gente pobre seguía acudiendo a ellos. Los sistemas de conocimientos médicos estaban más preparados para tratar a poblaciones enteras. El descubrimiento de la teoría de los gérmenes fue, sin duda, un gran avance científico, si bien las terapias basadas en ella no siempre funcionaban. Las nuevas jerarquías médicas la aceptaron porque la aprobaban los discípulos de Lamarck, que habían empezado a clasificar las especies, y de Darwin. Las enfermedades tenían una vida natural y un desarrollo propio. Los gérmenes más fuertes sobrevivían y prosperaban en poblaciones humanas, y también tenían sus ciclos de generación, expansión y, a veces, finalización. No era necesario invocar a Dios, ni tampoco a los humores y características físicas de cada individuo.

Los grandes científicos alemanes y franceses de la segunda mitad del siglo XIX fueron ejemplos de cómo este proceso de profesionalización y regularización del conocimiento ocurría en un contexto de desarrollo social y económico. Louis Pasteur (1822-1899), el químico francés, era hijo de un curtidor de pieles. Algunos de sus mayores descubrimientos científicos en el estudio de gérmenes llegaron al plantearse problemas asociados a la agricultura francesa y a industrias locales. Investigó las enfermedades del vino y la cerveza, las epidemias de los gusanos de seda, la rabia, problemas todos ellos que afectaban a la agricultura. Pierre y Marie Curie fueron pioneros mundiales en el estudio de la radioactividad y recibieron el premio Nobel. Fundado por un magnate armamentístico, este galardón se convirtió en el máximo de la nueva jerarquía científica internacional.

Los gobiernos se vieron obligados a pagar hospitales y tratamientos para sus pueblos. También les eran útiles las nuevas teorías y las nuevas profesiones organizadas. Entendieron la amenaza que representaban las enfermedades para sus ejércitos, para su comercio y para el orden público. Las enfermedades de los pobres se podían prevenir mejorando la higiene, la sanidad y la enseñanza. Al mejorar las casas e instalar agua corriente, el gobierno hacía más transparentes y accesibles los

barrios obreros y las zonas rurales, lo que permitía un mayor control político para recaudar impuestos y para reclutar soldados. La gran expansión de la sanidad pública en París, por ejemplo, nació de los temores de la clase media tras la experiencia de la Comuna revolucionaria de 1871.

Algo parecido ocurrió en el mundo colonial y semicolonial. Aunque, claro está, los planes de sanidad pública eran a menor escala y peor financiados. En realidad, iban dirigidos a los militares y a otros residentes europeos. Florence Nightingale, enfermera y reformadora británica, propuso que la única manera de mejorar la salud de los británicos en la India era mejorar la salud de los indios. En los últimos años de su vida fue aún más lejos, declarando que había que reformar el gobierno británico de la India antes de poder mejorar la situación sanitaria. Los sistemas de salud pública en China, Egipto y Sudamérica mejoraron gracias a la presión de los comerciantes europeos y norteamericanos allí establecidos. Los historiadores modernos han llegado a decir que la imposición de sistemas modernos de medicina y psiquiatría en el mundo era una manifestación del deseo del Estado y de la burguesía de controlar y clasificar. Más allá de esta intención, no tenían ningún sentido. Esta postura es demasiado instrumental. Sí es cierto que algunas de las «ciencias» admiradas por los pueblos del siglo XIX —por ejemplo, la frenología (medición y clasificación de cráneos) y otros tipos de mediciones racistas y físicas— eran invenciones ficticias, también lo es que los blancos victorianos ridiculizaban la medicina campesina y nativa, a pesar de que a veces curaba enfermedades. Pero también los descubrimientos empíricos de algunos contemporáneos produjeron avances reales y mensurables en los conocimientos médicos que, por ejemplo, con el tiempo permitieron controlar la malaria, la tuberculosis, la sífilis y la difteria. Aunque fueran del agrado de los administradores contemporáneos con sus catálogos y clasificaciones, estos avances médicos, si bien incompletos, no se pueden desechar como meras manifestaciones del poder.

CONCLUSIÓN

¿Cuáles fueron, pues, los cambios que resultaron de la confrontación entre los esquemas tradicionales del saber y de la política virtuosa con el liberalismo, el socialismo y la ciencia en el siglo XIX? A nivel de liderazgo

y de instituciones, había una mayor uniformidad mundial. Incluso cuando los hombres públicos insistían en el valor de los viejos conocimientos del mundo físico y humano, los presentaban como conocimientos de la Ilustración europea. Se extendieron por medio de las academias, las asociaciones y la imprenta. Las medicinas china, india y árabe tenían sus propias escuelas y sus propios libros. Este fenómeno no se limitó a los conocimientos racionales. También afectó a la religión. Como veremos en el capítulo 9, el pensamiento católico se rehizo para afrontar los retos de la reforzada herejía protestante y del islam y, en consecuencia, adoptó un estilo polémico y expositivo como ellos. Una característica específica de la uniformidad fue la forma en que los especialistas proclamaron crecientemente una genealogía histórica para sus grandes maestros y sus cánones de conocimiento. El concepto de la evolución histórica de las ciencias humanas y naturales que acabamos de ver, y también la de los sistemas legales y textos religiosos, se aceptaba en casi todas partes.

El liberalismo, el socialismo y la ciencia occidentales dejaron una impronta indeleble en la mayoría de las sociedades hacia 1914. Durante este proceso, los intelectuales y el pueblo llano de todo el mundo habían transformado rápidamente sus significados en una variedad de doctrinas muy diferentes a las originales. La diseminación, aceptación y rechazo de estas ideas dependía de muchas circunstancias diferentes. En el mundo colonial, el modelo y la extensión del sistema de enseñanza era un factor importante. Por lo general, las ideas nuevas arraigaban si las clases dirigentes decidían promocionarlas para justificarse y para reafirmar sus credenciales modernas. Por ejemplo, la élite Meiji de Japón utilizó conocimientos y técnicas científicas modernas para simbolizar su propio estatus como reformadora radical —pero japonesa— de la constitución. Los liberales húngaros adoptaron a Emile Durkheim, en parte porque parecía atacar el elemento religioso de la base del poder de la monarquía austro-húngara.

Sin embargo, la gente culta sólo podía hacer esto si las ideas nuevas encajaban y se entendían en el marco de anteriores sistemas de pensamiento racional, de ética o de ideología política. Las nuevas ideas eran más persuasivas si se podían formular en el lenguaje racional preexistente y si parecían complementar conceptos autóctonos. El darwinismo social y la «teoría racial» encontraron un público fértil en muchas sociedades porque encajaban con los sistemas existentes de clasificación racial. La teoría racial daba un toque intelectual a los sistemas discriminatorios existentes. Estos sistemas variaban desde las ideas norteamericanas sobre la competitividad productiva, el concepto dual hindú de la pureza y la corrupción, las ideas confucianas del refinamiento y los conceptos japoneses de la ascendencia divina. La teoría racial y el darwinismo social no sólo se adoptaron sino que se modificaron según los diferentes contextos mundiales.

Por lo general, los historiadores posteriores pensaron que el liberalismo y la ciencia fueron los grandes enemigos de las grandes religiones mundiales. Tanto este capítulo como el siguiente cuestionan esta postura. El liberalismo heredó mucho de la idea de la igualdad espiritual ante Dios. El pensamiento y la práctica científicas se basaban muchas veces en la búsqueda de la generosidad de Dios. Del mismo modo, como veremos en el capítulo 9, muchos aspectos de la religión del siglo XIX fueron fenómenos modernos, aunque los sacerdotes y predicadores hablaran de verdades antiguas.

9

LOS IMPERIOS RELIGIOSOS

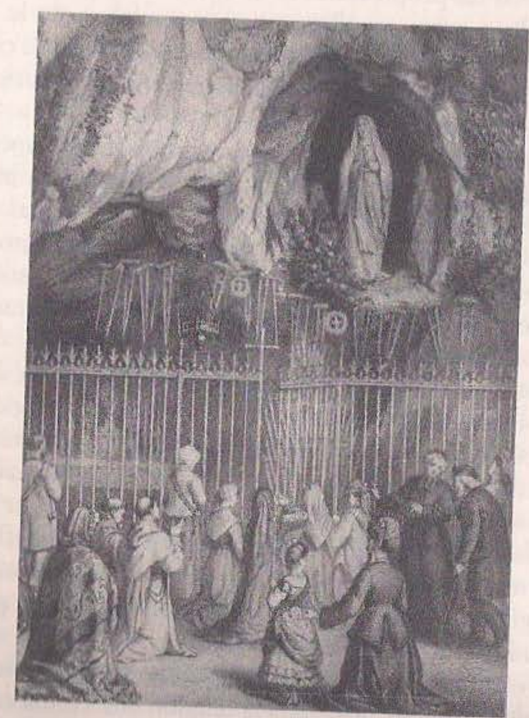
Muchos contemporáneos y algunos historiadores han considerado que el siglo XIX fue una época en la que la ciencia y el pensamiento secular erosionaron la fe religiosa o empezaron a marginarla de la vida social. Este capítulo ofrece una perspectiva diferente de la experiencia religiosa del siglo XIX. Más que un periodo de auge del liberalismo o del concepto de clases, el siglo XIX fue testigo del resurgir y de la expansión triunfal de «la religión» en el sentido en el que usamos el término hoy en día. El capítulo empieza examinando las opiniones de los intelectuales contemporáneos y de los historiadores modernos sobre el destino de la religión en el siglo XIX. Luego examina los vínculos y los conflictos globales que impulsaron la reformulación de la doctrina y de la autoridad. Esto ocurrió en todas las «religiones mundiales» del periodo.

Muchos de los procesos históricos que hemos visto anteriormente en el libro impulsaron la expansión de estas religiones reforzadas. Los nuevos estados e imperios europeos, más agresivos, y los nacionalismos insurgentes extraeuropeos solían utilizar la religión como bandera de su identidad, incluso cuando hablaban de liberalismo y de ciencia. Las clases medias que se beneficiaban de las revoluciones industriosas, ya fueran musulmanas, cristianas o hindúes, promovían sus respectivas fes porque la religiosidad y la respetabilidad siempre iban parejas. Además, la imprenta y el debate público emergentes promocionaban la religión tanto como las creencias abstractas filosóficas y políticas. Este postulado, sin embargo, no fue tan aparente para los contemporáneos ni para los historiadores posteriores.

LA RELIGIÓN SEGÚN LOS CONTEMPORÁNEOS

Durante los años revolucionarios, muchos escritores estaban convencidos de que las viejas formas de creencia religiosa estaban en declive en

todo el mundo, y a muchos ese hecho les agradó. El tono lo establecieron los *philosophes* franceses, que esperaban una época de razón en la que se desterrarían la superstición y el clero del reino de los gobiernos animados por la razón pura. En la medida en la que los hombres de la Ilustración podían imaginarse a los pueblos de fuera de Europa y Norteamérica, aprobaban aquellas civilizaciones en las que la idolatría y el «entusiasmo» eran mínimos. Voltaire y otros pensadores racionales creían que China era una sociedad de filósofos-reyes. Otros pensaban que el mundo islámico era la sede de una religión trascendental y racional, sin jerarquías clericales, y que reflejaba su propia creencia en una divinidad remota e impersonal. El historiador inglés Edward Gibbon, por ejemplo, profesaba la creencia de que el islam era superior al cristianismo porque era menos «supersticioso».



9.1 Lourdes: peregrinos en la gruta. Litografía anónima, *c.* 1885.

Los discípulos más radicales de estos filósofos entre los revolucionarios franceses, europeos y haitianos eran más anticlericales que antirreligiosos, pero en sus rituales públicos buscaban una ruptura clara con la tradición de la Iglesia, además de con la monarquía. Los padres fundadores de Estados Unidos separaron el Estado de la Iglesia al desinstitucionalizar a ésta última. Algunos, como Thomas Jefferson, utilizaban el lenguaje del escepticismo filosófico. El nuevo régimen francés de 1793 invocaba al «Ser Supremo» y temporalmente abolieron a Dios, además de las fiestas cristianas[1]. En el momento de su victoria, los revolucionarios franceses pusieron en práctica una decidida política de descristianización, interrumpiendo los servicios religiosos y animando a los sacerdotes a casarse. La extensión internacional de la revolución iba acompañada a veces de la quema de iglesias y monasterios. Por su parte, Napoleón desdeñaba a la mercenaria y compleja vieja Iglesia católica. Las repúblicas italianas que brotaron tras su invasión de la península en 1796 confiscaron las propiedades de la Iglesia. Pero la cautela empezó a imperar, incluso entre aquellos que más recelaban de la Iglesia. En 1797, el norte de Italia fue testigo de una enérgica reacción contra Francia. Las multitudes atacaron a los franceses y a sus colaboradores tanto en la ciudad como en el campo, al grito de «¡Viva María!». Se anunciaron cientos de milagros en la Europa revolucionaria[2]. Napoleón se dio cuenta muy rápido de que no podía abolir la fe católica, mientras que el Papa llegó a la conclusión de que muchas de las tierras confiscadas después de 1789 nunca volverían a ser de la Iglesia. Esto preparó el camino para el Concordato de 1801 entre la Iglesia y el Estado imperial francés, y, a largo plazo, para el resurgir católico y el refuerzo de la autoridad del Papa en el mundo católico romano[3].

Los liberales y los radicales que tanto escribían y hablaban durante el siglo XIX seguían siendo ambiguos en cuanto a religión. Por una parte, muchos expresaban sus objeciones filosóficas a la «superstición» y a la «clerecía», que asociaban con la religión organizada. Por otra parte, apreciaban el papel de la fe a la hora de disciplinar a los pobres y garantizar la estabilidad social. John Stuart Mill, cuya influencia abarcaba mucho más allá de Gran Bretaña y el mundo anglófono, quería eliminar la religión del ámbito de la política y relegarla a un papel doméstico. La tolerancia de creencias divergentes e incluso del ateísmo era la garantía clave de la sociedad civil, decía. Como sus antecesores en la tradición liberal protestante, asociaba la religión emocional con el atraso y la superstición. Las opiniones de la izquierda se endurecieron más tarde. Saint-Simon y Mazzini trataron de imaginar una deidad abstracta

y racional que amaba el «progreso» secular. Mazzini escribió a sus oponentes eclesiásticos: «Vuestro dogma humaniza a Dios. Nuestro dogma predica la lenta y progresiva humanización del hombre. Vosotros creéis en la gracia. Nosotros creemos en la justicia»[4]. Los marxistas y los socialistas más materialistas de después de 1848 sostenían que, según sus doctrinas científicas, la religión era una «conciencia falsa» y que, por lo tanto, era una fuerza en declive. El pueblo no necesitaría el opio religioso cuando la verdadera conciencia obrera surgiera de las contradicciones sociales. Sin embargo, este secularismo era más típico de los líderes que de sus seguidores. Un obrero radical apócrifo de la Comuna de París de 1871, por ejemplo, insistía en que era ateo a la vez que proclamaba su fe en la Virgen María. Esto era bastante típico. Incluso cuando la fe religiosa estaba en decadencia entre las clases dirigentes, las masas seguían siendo devotas.

Los intelectuales de las zonas costeras de Asia y Oriente Medio, dominadas por Europa, también se opusieron a las instituciones religiosas y anticiparon el declive en su sociedad de ciertas formas antiguas de creencias y ritos. A veces empleaban ideas adaptadas de Occidente. Si las sociedades aparentemente triunfantes de Occidente habían eliminado las características molestas de la clerecía y la superstición, ¿no deberían ellos hacer lo mismo? Sin embargo, en el contexto de la arrogancia y el imperialismo europeos, era una táctica arriesgada. La mayoría de los indios, chinos y japoneses que querían reclamar cambios intelectuales y sociales preferían afrontar la modernidad manteniendo sus sensibilidades religiosas heredadas del pasado autóctono.

Por todo el mundo asiático, los reformadores hindúes, confucianos y budistas del siglo XIX resaltaron los aspectos racionales y filosóficos de su legado religioso, y condenaron la superstición, los sacerdotes rutinarios y las creencias mágicas. Asimilaron muchas sensibilidades liberales derivadas de Occidente, pero nunca en el vacío. Es cierto que en la década de 1840 algunos de los más rebeldes estudiantes radicales del Calcuta College, que se hacían llamar «Bengala joven», comían deliberadamente carne de vaca y bebían alcohol para ofender y mofarse de sus mayores. Pero la mayoría de los intelectuales contemporáneos se referían a la tradición racionalista y a filosofías que formaban parte de sus respectivas religiones desde antaño. Los llamados unitarios hindúes reunidos en el Brahmo Samaj, insistían en que la religión verdadera propagada por los sabios antiguos siempre había sido una doctrina monoteísta como el cristianismo y el islam[5]. Aunque fueron influidos por la ética cristiana y el monoteísmo musulmán, los brahmos insistían en una rama más

antigua del hinduismo que postulaba la existencia de una sola deidad suprema por encima de las formas externas del «politeísmo». Creían que esta fe pura había sido corrompida por los brahmanes en la Edad Media de la historia india. Para ellos, la religión era un sistema racional y había que purgar y controlar sus expresiones externas. Anagarika Dharmapala, líder del resurgimiento budista sucedido en Ceilán entre 1870-1890, empleó una táctica parecida para animar a sus correligionarios a volver a la antigua fe del pueblo, según él corrompida, en este caso por las religiones ajenas del hinduismo y el cristianismo[6]. Estos reformadores se inventaron híbridos divinos que se parecían bastante a la providencia racional defendida por Mazzini, Saint-Simon y Mill.

Este patrón se repitió en el mundo islámico. En él, los intelectuales modernizadores como el indio Sayed Ahmad Kan y el académico egipcio Muhammad Abduh fueron los pioneros de un nuevo tipo de historia crítica de la religión musulmana y sus doctrinas esenciales[7]. Desafiaron a los conservadores aduciendo que la razón humana, al ser un don de Dios, podía y debía suplantar una dependencia abyecta de la autoridad de los textos sagrados. A cierto nivel, respondían al impacto de las ideas «científicas» de origen occidental. A otro, readoptaban y remodelaban antiguas escuelas de pensamiento musulmán. Como en Europa, la renovación de las creencias religiosas se vio acompañada de una renovación de las instituciones religiosas. El emergente liderazgo político moderno del Imperio Otomano y de sus provincias trató de someter a su control a las autoridades religiosas y sus grandes posesiones territoriales y dinerarias *(wafqs)*. Aseguraron que el jefe secular, al poder trazar su ascendencia directa hasta el Profeta, siempre había dispuesto las donaciones religiosas para la asistencia social eclesiástica.

Sin embargo, a pesar de estos signos de adaptación, los historiadores y los críticos culturales del siglo XIX siguieron describiendo su época como una etapa de ateísmo rampante. Los historiadores románticos ingleses y alemanes que estudiaban la Edad Media deploraban que se rasgara la red sin fisuras de la antigua civilización cristiana. Creían que la religión medieval estaba entretejida en lo más profundo de la comunidad. El crítico de arte y moralista John Ruskin atacó el arte de la Europa renacentista por falta de auténtica creatividad y por mostrar los signos externos del declive de la fe[8]. No era de sorprender: las ideologías que justificaban el resurgimiento de las grandes religiones en el siglo XIX siempre señalaban la corrupción de sus tiempos. Para ellos, cualquier pasado había sido mejor.

EL PUNTO DE VISTA DE LOS HISTORIADORES RECIENTES

Durante gran parte del siglo XX, los historiadores modernos de Europa y del mundo extraeuropeo continuaron la tradición de estos escritores y activistas contemporáneos. Describieron el «largo» siglo XIX como una época en la que la religión se encontraba no en retirada, pero sí desangrándose antes de sucumbir a los efectos de las enfermedades letales de la modernidad. Owen Chadwick lo definió como la «secularización de la mente europea»[9], y, por tanto, también de las mentes influidas por Europa. Ha sido un tema muy reiterativo en la historia europea y británica. Casi inconscientemente, los historiadores se apoyan en la gran autoridad de Max Weber, el teórico social más importante de principios del siglo XX, para proponer que el mundo se ha ido «desmitificando» progresivamente, que la creencia en los milagros y lo sobrenatural había menguado. Para estos historiadores, los ataques a las iglesias de la turba durante los brotes revolucionarios indicaban que el pueblo rechazaba la religión. Para los historiadores sociales de la década de 1970, el declive en el número de personas que iban a misa en la Europa industrializada de la segunda parte del siglo XIX es una prueba más de que la industrialización y la urbanización eran incompatibles con la fe religiosa.

Dado que hasta hace poco el marxismo y la historiografía materialista eran una poderosa tradición en la academia europea, esta idea sigue en vigor. Incluso en América, donde era más difícil defender la idea del declive religioso, los historiadores dejaron que durante años se separaran la historia de la Iglesia y de la religión en guetos para especialistas. Más adelante, después de la década de 1980, cuando surgió en todo el mundo el análisis postmodernista de la historia, su énfasis en lo proteico y lo transgresivo de la literatura histórica periférica desvió la atención de la religión «ortodoxa» de sus formas dominantes. Los historiadores tendieron a centrarse en movimientos milenaristas de alcance local y en desafíos de orden menor a las religiones de élite, en vez de en la doctrina y en la organización eclesiástica.

Muchos intelectuales del Tercer Mundo estaban también convencidos de que la modernización de las sociedades conducía inevitablemente al declive de la religión. Los historiadores marxistas indios de 1960-1980, como Bipan Chandra[10] e Irfan Aviv, no hablaban en sus análisis, por lo general, de religión, salvo si se manifestaba como «comunitarismo» patológico o como conflicto interreligioso. Mientras tanto, los marxistas chinos y japoneses siguieron a su maestro y describieron la religión como «el opio del pueblo», una distracción de la conciencia de

clases. Ésta es una de las razones por las que el resurgimiento del islam, del judaísmo ortodoxo y del cristianismo evangélico, entre 1980-1990, escandalizó y pilló por sorpresa a tantos historiadores seculares e izquierdistas contemporáneos.

LA APARICIÓN DE UN NUEVO ESTILO DE RELIGIÓN

En realidad, las grandes religiones resurgieron a lo grande a partir de 1815. Durante este proceso, se transformaron a sí mismas y a las sociedades en las que operaban. Por supuesto que las autoridades religiosas llegaron a pactos y acuerdos, a veces malos para ellas, con los poderosos nuevos estados e imperios. En Brasil, por ejemplo, la Iglesia católica se desinstitucionalizó tras la proclamación de la República en 1889. En Francia, la Iglesia estuvo acosada durante el largo periodo de la Tercera República a partir de 1871. En Gran Bretaña, las antiguas normas que prohibían el acceso a las universidades de Oxford y Cambridge a católicos y disidentes religiosos se abolieron. En algunos casos, las iglesias se retiraron de sus inútiles y perdidas batallas contra las ideas de ascendencia liberal y científica; en otros casos, fueron derrotadas de forma simbólica por estas ideas.

Sin embargo, las autoridades religiosas se replegaron tácticamente para conquistar nuevas áreas de la vida cultural y social. La «secularización», de hecho, sólo fue una pequeña parte de la reconstrucción interna de la sensibilidad y la organización religiosas. Fue un radio de la rueda, no la rueda entera. En casi todas partes, las religiones mundiales definieron y clarificaron su identidad, sobre todo a finales del siglo XIX. Se expandieron para tratar de absorber y controlar los diferentes sistemas de fe, ritos y prácticas, que siempre habían subyacido bajo la superficie en otros periodos de supuesta religiosidad. Sus líderes miraron al exterior para intentar dar cabida a las grandes zonas de espiritualidad marginal, sobre todo en África, el Pacífico y las fronteras internas de Asia y las Américas, que nunca antes habían estado bajo su jurisdicción. Durante este proceso, las grandes religiones mundiales invadieron aspectos de la vida social y familiar anteriormente liderados por los jefes y las costumbres tribales, y no por códigos religiosos fijos. Por lo tanto, no debemos aceptar como «hechos» históricos las constantes quejas de los evangelistas acerca de que la religión estaba en decadencia, de que dominaba la mentalidad secular y de que los paganos y los trabajadores



9.2 Palabra de Dios: escuela de la Sociedad Misionera de Londres, estrecho de Torres, sudoeste del Pacífico. Fotografía de A. C. Haddon, 1888.

eran ignorantes. Más bien, fueron el medio de movilizar a unas autoridades religiosas cada vez más agresivas, y también a sus fieles cristianos, musulmanes, hindúes y budistas.

Un aspecto clave de este resurgimiento religioso fue que ocurrió a escala global. Siempre ha sido patente que el judaísmo, el islam, el hinduismo y el budismo se reformularon a consecuencia del vigoroso asalto de los misioneros cristianos durante la época de los imperios europeos. En el mundo cristiano, incluso la Iglesia católica se vio obligada a reformular su doctrina y prácticas a principios del siglo XIX frente al creciente poder secular protestante y su evangelización imperial. Menos obvio fue el cambio irrevocable de las religiones cristianas tras la experiencia del proselitismo y las guerras de propaganda extraeuropeas. En Asia, África y el Pacífico se inventaron formas misioneras de predicar que luego volvieron a Europa y América bajo la apariencia de misiones

entre los más pobres. Los baptistas norteamericanos, por ejemplo, organizaron su primera convención general en 1814 para apoyar la misión de Adoniram Judson en Birmania. Más adelante, organizaron otras convenciones para coordinar la ayuda doméstica y el evangelismo a nivel nacional. Los comienzos tentativos de la cooperación intereclesiástica cristiana también fueron fruto de las misiones en África y Asia, donde los no cristianos se mofaban de los cristianos por no estar de acuerdo entre ellos. En Asia, los baptistas norteamericanos y los congregacionistas se vieron obligados a cooperar con los baptistas británicos, mejor apoyados y más arraigados en la India por la ayuda de la Compañía de las Indias Orientales.

En muchas zonas de evangelización cristiana, esa iniciativa fue una respuesta forzada a la anterior expansión del islam, no viceversa. También en el mundo islámico fueron las luchas contra la heterodoxia y el ateísmo en las zonas marginales, como en Nigeria, Sudán y las Indias Holandesas, las que reavivaron la organización y la teología central. Como ya comentamos antes, Abd al-Wahhab, el predicador purista del siglo XVIII, originario de la empobrecida Arabia central, hizo temblar las mezquitas de Estambul y El Cairo. La historia global revela aquí, como en otras partes, un patrón de causalidad invisible para los especialistas regionales o nacionales, o para los expertos en una sola tradición religiosa.

Este capítulo se fija en lo que los historiadores y antropólogos siguen llamando «religiones mundiales». En esta época, las personas religiosas entendían bajo esta expresión las «religiones avanzadas», en contraste con las religiones más «primitivas» o «animistas». Estas ideas evolucionistas, está claro, se han quedado anticuadas. Con esto me refiero a que estas religiones tenían, hasta cierto punto, un alcance global y nada más: eran capaces de recorrer grandes distancias entre culturas diferentes. Esto se debía a que tenían textos escritos, la tradición de predicar y unos ritos de adoración pública o congregacionista. Incluso el hinduismo y el confucianismo, religiones con menor énfasis en el deber predicativo que el islam y el cristianismo, tenían fuerza para reunir a grupos en sus zonas marginales en una especie de rito o comunión.

La categoría «religión mundial» no define a todas las formas de espiritualidad humana. Existían otras tradiciones religiosas basadas en la comunidad que rara vez se expandían buscando nuevos conversos. En esta categoría entran los sijs del norte de la India, el judaísmo y las versiones del cristianismo ortodoxo y sirio radicadas en Rusia, Oriente Medio e India. Este tipo de tradición religiosa sólo emigraba cuando lo hacían sus fieles. Pero rara vez se propagaban más allá de los límites regionales y étnicos, aunque en épocas anteriores estas religiones habían

sido más expansionistas. En segundo lugar, existían cultos dentro de las religiones, que tampoco «viajaban». En esta categoría entraban las prácticas de veneración a los espíritus ancestrales y las «antiguas» religiones de los mundos chino y japonés conocidas como taoísmo y sintoísmo. Otros ejemplos eran las prácticas esotéricas como el shakti[11] hinduista o algunos de los cultos locales del cristianismo católico. Estos cultos ofrecían acceso a la energía espiritual a grupos de fieles que se seguían considerando miembros de las, en lo doctrinal, más complejas religiones mundiales.

Sin embargo, hasta estos cultos y sectas regionales se vieron afectados por el poder organizativo y clasificatorio de las religiones mundiales. Los cristianos ortodoxos sirios, por ejemplo, empezaron a imprimir y publicar sus propios textos cuando se vieron presionados por misioneros católicos y protestantes que intentaban convertirlos. De la misma manera, hacia la década de 1870 los sijs de la India empezaron a proclamar «no somos hindúes» y a formalizar su doctrina cuando los discípulos del hinduismo revitalizado intentaron absorberlos[12]. Según se desplazaban por el extranjero en busca de comercio e imperio, los japoneses intentaron implantar su culto doméstico, el sinto, en los nuevos territorios.

Por último, en gran parte de Melanesia, Polinesia, África y el mundo indígena norteamericano existían muchísimas tradiciones espirituales no escritas, no congregacionistas y no verbales, que consistían en distintas iniciaciones al «misterio»[13]. Todas representaban una forma de espiritualidad muy diferente a la de las religiones mundiales, dado que se basaban en el secretismo y en la experiencia individual y no en la predicación y el conformismo. No hay duda de que estas formas divergentes de creencias y prácticas religiosas humanas estaban cambiando, desarrollándose o muriendo en el siglo XIX, según su lógica interna. Lo que hace que este periodo fuera único, sin embargo, fue el hecho de que toda esta amplia gama espiritual se viera profundamente influida, y a veces transformada, por la expansión de las religiones mundiales. Muchas de estas religiones divergentes sobrevivieron, resistieron e incluso florecieron, pero muy pocas quedaron indemnes del auge de los imperios religiosos.

FORMAS DE DOMINIO RELIGIOSO, SUS AGENTES Y SUS LIMITACIONES

Como todas las demás transformaciones sociales del periodo —el Estado y el capitalismo—, las religiones en expansión aprovecharon los

subyacentes cambios en tecnología y sentimientos que caracterizaron el siglo XIX. Las autoridades religiosas ampliaron y racionalizaron sus burocracias y sus instituciones educativas heredadas del siglo XVIII. Aprovecharon los nuevos sistemas de transporte y comunicación. Benedict Anderson ha resaltado la importancia de las nuevas y remotas comunidades de lectores, indirectamente vinculados por la prensa en la creación de la nación, como comentamos en el capítulo 6. Sin embargo, las «comunidades virtuales» de lectores de prensa que crecían alrededor de la idea de nación eran mucho más pequeñas que el enorme grupo de lectores de libros, panfletos, la Biblia, el Corán y las *jakatas* (historias de la vida de Buda) dirigidos a los fieles potenciales. La literatura religiosa se situó al frente de la revolución de la imprenta, que se expandió más allá de las élites europeas, americanas, chinas y japonesas. La enseñanza religiosa se institucionalizó con la expansión de las escuelas de las mezquitas, las de los templos hindúes y budistas y las escuelas dominicales cristianas. Estas instituciones despegaron, por lo general, mucho más rápido que las escuelas formativas seculares, sin contar a las asociaciones de trabajadores o los congresos internacionales de barbudos radicales que pregonaban la lucha de clases. La arquitectura y el arte religiosos del siglo XIX, con sus sensibleros santos cristianos y sus templos hindúes o confucianos sobredecorados, nos pueden parecer algo vulgares. Pero la construcción y el arte religiosos se incrementaron con una energía nunca vista desde el Renacimiento cristiano o, en el mundo islámico, la gran era del siglo XVII de los safawíes persas y los mogoles.

Las religiones se expandieron «hacia abajo», imponiendo uniformidad en ciertas sociedades. Al mismo tiempo, se expandieron también geográficamente. Las nuevas autoridades colonizaron y aprovecharon antiguas comunidades de fieles y prácticas de oración, intentando someterlas a las nuevas disciplinas. En el mundo cristiano y en el islam, los clérigos autoritarios trataban de controlar las órdenes religiosas y las hermandades místicas sufíes, respectivamente, sospechosas de heterodoxia o de idolatrar a los santos, y, por tanto, contrarias a la unidad de Dios. Incluso en el mundo descentralizado del hinduismo, las autoridades religiosas trataron —a veces sin éxito— de someter a las prácticas religiosas de los templos a los faquires, que renunciaban al mundo. La amenaza occidental y los agresivos vecinos impulsaron a los gobiernos del sur de Asia y del Lejano Oriente a establecer autoridades religiosas más uniformes y controlables. Los reyes de las zonas budistas habían «purgado» los monasterios de vez en cuando. Pero, a partir de 1760 y

durante un siglo, esto se vio en Tailandia, Birmania y el Japón Tokugawa, junto con el intento de dirigir y controlar a los monjes[14]. En las décadas de 1830 y 1840, el gobierno de Vietnam, presionado por China y Europa, reforzó las instituciones confucianas del reino y adoptó el rito purista chino[15]. En China, la monarquía, bajo presión, también intentó imponer su autoridad con la ayuda de los burócratas confucianos, aunque sólo consiguió avivar la disensión religiosa. En todas las tradiciones religiosas principales se popularizó la peregrinación y las autoridades lo imbuyeron de unas creencias religiosas más uniformes. A mediados de siglo, como vemos, la práctica religiosa pública se había institucionalizado en todo el mundo.

Este capítulo pasa ahora a examinar algunos de estos cambios más detalladamente. Procederemos por temas, en vez de por religiones, para poder apreciar que muchos de los cambios eran acumulativos y estaban intervinculados a nivel global. Por ejemplo, la aparición de creencias escritas más fidedignas, un evangelio por llamarlo de alguna manera, entre los budistas de Ceilán, Birmania y Japón reflejaba que los monjes más destacados tomaban en cuenta los cambios del mundo contemporáneo. También la experiencia de enfrentarse y entrar en polémica con las Sagradas Escrituras cristianas, según éstas se expandían por el mundo colonial, convenció a los sabios budistas de que ellos también necesitaban un conjunto definido de dogmas para poder competir en la lucha casi darwiniana por la supervivencia entre las religiones mundiales.

Cuando hablamos del auge de la religión en el siglo XIX, sin embargo, no debemos adscribir toda la responsabilidad al clero y a los intelectuales. Todo lo contrario, los agentes más poderosos de las prácticas religiosas uniformes fueron gente «normal», de clase media. Entre ellos contaban maestros de escuela, funcionarios y pequeños comerciantes que pensaban que una observancia regularizada de la religión era parte de su esfuerzo de ser respetables y aceptados, y para encontrar un terreno común entre ellos. En las sociedades europeas, la expansión del pietismo protestante o el catolicismo ortodoxo fue la ambición del artesano alemán, con su nuevo estatus en la ciudad industrializada, o del trabajador irlandés en Dublín, Liverpool o Sídney, que asociaba la religión con la enseñanza y con la aspiración de conseguir su nación. En Italia, los pequeños comerciantes de las principales ciudades formaron asociaciones para elegir representantes católicos para los concejos locales[16]. De igual manera, los funcionarios menores y los pequeños granjeros estuvieron muy representados en el renacimiento del islam, el budismo

y el hinduismo. Los pequeños pero prósperos agricultores japoneses apoyaron los altares sintoístas patrocinados por el nuevo gobierno Meiji.

En muchas sociedades, las mujeres eran importantes defensoras de la ortodoxia o de la práctica ortodoxa, en su papel de monjas y maestras, o de reformadoras en su propia casa. En otras sociedades, la mujer y el control de la mujer eran temas claves de las enseñanzas de los reformadores religiosos (masculinos), que asociaban una sexualidad desordenada con la heterodoxia, el «sincretismo» y las prácticas religiosas divergentes. La conversión o una nueva forma piadosa concordaban con los intereses de los hombres poderosos en las sociedades regionales. Incluso, lo que los norteamericanos y europeos consideraban su mayor triunfo cristiano, la evangelización de África, fue cosa, por lo general, de otros africanos. En el oeste africano, el elitista pueblo krio de Sierra Leona fue el primero en recibir una educación de corte británico. Y fueron los pastores y misioneros krio, no los británicos, los pioneros en predicar en otras zonas del oeste de África[17]. También en Melanesia y Polinesia fueron pueblos locales los que extendieron el cristianismo tras los contactos originales con Occidente[18].

Así que la «victoria» de las formas más ortodoxas de creencia y de religiones colonizadoras, en particular el cristianismo y el islam, sólo fue posible gracias a la colaboración de los indígenas. Tampoco avanzaron mucho en zonas donde eran incompatibles con creencias preexistentes. Como la nación-estado, el liberalismo occidental o la ciencia, las religiones mundiales sufrieron para imponer su hegemonía. Por ejemplo, la mayoría de los estudios sobre el auge espectacular del cristianismo en el África subsahariana y en el Pacífico durante el siglo XIX resaltan que la fe cristiana sólo floreció allí donde encajó con el cambio social africano[19]. Sin duda, la aparición de misioneros europeos y norteamericanos fue importante, como lo fue la colonización y asentamiento europeos, para representar el poder del cristianismo. Sin embargo, la cristianización tuvo mayor éxito cuando los líderes africanos o los jefes maoríes sentían la necesidad de «capturar» el carisma de un misionero cristiano conocido y pasar a «convertir» según sus propios intereses. La doctrina cristiana triunfó cuando se ajustaba sutilmente a las preferencias africanas, acercándose, por ejemplo, al culto africano de la curación y abandonando el énfasis medieval europeo en el pecado y la redención. En el Pacífico triunfaron las genealogías heroicas del antiguo testamento, que atraían más a los jefes guerreros (en proceso de reconversión en empresarios) que las palabras pacifistas de Jesucristo. En Nueva Zelanda, las diferencias entre las distintas denominaciones de las iglesias cristianas

reflejaban las divisiones existentes entre los diferentes subgrupos maoríes; es decir, los maoríes utilizaban la variedad de confesiones cristianas para preservar y reforzar sus propias identidades[20]. En muchas zonas del sur y el sudeste asiático, el islam avanzó cuando satisfacía las necesidades de los comerciantes y los viajeros que necesitaban buscar comunidades de confianza, donde una fe y una práctica comunes crearan un vínculo entre desconocidos[21].

Sin embargo, no era una mera cuestión de prácticas sociales. La fe era igual de importante. Fue más fácil para las religiones mundiales expandir y consolidarse en zonas donde las preexistentes ideas de divinidad fueran compatibles. Los académicos asiáticos señalan que el islam llenó un vacío anteriormente ocupado por el *dharma* budista, la idea de un reino universal de fe y virtud. El cristianismo encajó con más facilidad en aquellas sociedades africanas o polinesias donde ya había alguna idea de un Dios Supremo o Espíritu Universal.

Por decirlo de otra manera, nos deberíamos preguntar, como hace Susan Bayly[22], no sólo por qué los africanos, amerindios y australasiáticos se convirtieron al cristianismo, sino también cómo transformaron estos pueblos el cristianismo. También está claro que el proceso de estandarización no estaba completo, ni medio completo, en 1914. Al contrario, los cultos espiritistas locales, formas de brujería, la magia blanca y el chamanismo perduraron e, incluso, se extendieron por gran parte del mundo, muchas veces como respuesta a las invasiones de las religiones mundiales. Cuando los misioneros cristianos y musulmanes parecían haber establecido su fe en los textos canónicos y en el culto congregante, se encontraban —lo que les horrorizaba— con movimientos milenaristas totalmente heterodoxos que nacían entre sus conversos. Lo que sí podemos decir, sin embargo, es que la mayoría de estas fes y prácticas periféricas se habían visto afectadas por cambios que impulsaban una mayor uniformidad tanto en el interior de las religiones, como entre ellas.

LA FORMALIZACIÓN DE LA AUTORIDAD RELIGIOSA: LA CREACIÓN DE LAS RELIGIONES «IMPERIALES»

La primera necesidad de los líderes religiosos que intentaban formar y propagar sus mensajes era establecer, o restablecer, unas líneas más claras de autoridad. Sólo entonces podrían organizar la doctrina para

hacer frente al Estado y a los apóstoles del secularismo con efectividad. No era una tarea fácil. El antiguo régimen religioso, como el político, había consistido en una serie de jurisdicciones mezcladas y superpuestas y de reclamaciones de legitimación o sucesión del Profeta, San Pedro o Buda. En el caso del «hinduismo», es dudoso que existiera una religión en este sentido tan tradicional. Incluso en el caso del islam, religión antigua con una tradición doctrinal escrita, los juristas regionales podían proclamar decisiones *(fatuas)* completamente contradictorias. Esto complicaba aún más una situación de por sí conflictiva, dados los enfrentamientos entre chiítas, suníes, místicos sufíes y monoteístas intransigentes. Estas complejidades del viejo orden se vieron agudizadas aún más durante la crisis mundial de 1780-1820 por las nuevas doctrinas que engendró.

Paradójicamente, la expulsión parcial de la religión del ámbito político facilitó el establecimiento de una autoridad espiritual con líneas de mando más firmes y la burocratización de la fe. Como ya hemos visto, el siglo XIX fue testigo de un declive general del poder político de las principales religiones. En gran parte del mundo, el Estado dominado por una sola religión entró en decadencia o tuvo problemas. En Estados Unidos, la religión quedó desvinculada oficialmente del gobierno y la primera enmienda protegió la pluralidad religiosa[23]. Los revolucionarios, al fin y al cabo, habían pensado que el Imperio Británico pretendía imponerles el anglicanismo o, incluso, el catolicismo romano. La libertad religiosa, por tanto, era un punto crucial de la república. Esta libertad permitía asociar la religión con la comunidad y no con la autoridad. Los padres fundadores arguyeron que un Estado secular preservaría y fortalecería la religión en las comunidades pequeñas, en lugar de ponerle freno. Por tanto, la religión se convirtió en una fuerza poderosa de cambio social. En Gran Bretaña, las Leyes del Test y otras trabas legales impuestas a los católicos, disidentes y judíos se fueron aboliendo a regañadientes a lo largo del siglo XIX. Lo mismo ocurrió en otros países protestantes del norte de Europa. Esto permitió a todos estos credos heterodoxos competir con los anglicanos, luteranos y calvinistas a la hora de expandirse entre la clase obrera urbana.

A nivel superficial, de nuevo, el catolicismo salió peor parado que las iglesias protestantes en sus relaciones con el Estado secular. El *Risorgimento* italiano había destrozado la influencia política del Papa hacia 1870, reduciendo su poder El Vaticano. En Francia, el legado revolucionario siempre contrario al papel de la Iglesia consiguió finalmente

desvincularla del Estado entre 1902 y 1905. Entonces perdieron los católicos el control de gran parte de la enseñanza, el matrimonio y la política social, y muchos monjes y monjas se trasladaron a Bélgica e Italia[24]. Dentro del enclave bastante amplio que aún les quedó, sin embargo, las autoridades religiosas de Europa, sobre todo las más estrechamente vinculadas al Papa, pudieron extender en gran medida su influencia moral y social. Las iglesias podían ofrecer liderazgo, apoyo y esperanza a unos pueblos fuera del alcance estatal. De hecho, como sugerimos arriba, el hecho de que la autoridad religiosa estuviera desvinculada del poder estatal facilitó la labor de los sacerdotes, mulás y predicadores como protectores de los pobres y de los valores espirituales «verdaderos». Es dudoso que la Iglesia católica de Francia hubiera resurgido con tanta fuerza después de 1870 si hubiera seguido asociada a los privilegios aristocráticos, así como recaudando impuestos propios.

En el mundo no europeo, la llegada del dominio europeo o, como a veces se pensaba, cristiano, parece haber tenido un efecto parecido o todavía más drástico. Los funcionarios judiciales indígenas, que hasta ese momento habían juzgado según la ley islámica, o los monjes y sabios budistas que habían aconsejado a los gobiernos, eran ahora súbditos de los gobiernos coloniales británicos, holandeses y franceses. Su jurisdicción, aparentemente, quedaba formalizada y secularizada según los códigos legales coloniales. Incluso en partes del mundo extraeuropeo donde la influencia europea era indirecta, las autoridades religiosas perdieron mucho poder. En Japón, los patriotas Meiji de la década de 1870 recelaban del budismo, que consideraban un vestigio del Antiguo Régimen. Por tanto, suprimieron las sectas budistas, o las ignoraron, y se centraron en construir una religión estatal alrededor del viejo sistema de creencias sintoístas, que vincularon con el culto al emperador en Tokio[25]. En China, Kang Youwei llegó a la conclusión de que el «confucianismo» era la religión china, tal como el cristianismo era la de Occidente. Quería crear una red nacional de instituciones educativas y convertir los altares locales en templos para la adoración del «sabio inmortal», Confucio. Éste fue un aspecto importante del movimiento de reforma de los «cien días» de 1898 que hizo tambalearse brevemente a la dinastía[26]. Los poderes reformadores del Imperio Otomano trataron de ejercer un control más directo sobre los sabios y los místicos islámicos, sobre todo, las órdenes mehlevi y bektasi, que habían estado cercanas a los jenízaros ahora dispersos[27]. Insistieron en que hombres leales al Estado lideraran la jerarquía religiosa y a menudo expoliaban

discretamente las tierras y el dinero de las instituciones religiosas en el transcurso de una «reforma» musulmana.

Aunque todo esto es cierto, este tipo de ataques del Estado y de los secularistas animaban a los líderes de las religiones mundiales a tomar medidas. La religión tenía que definirse frente a sus competidores, quizás por primera vez. Al estar parcialmente marginada del funcionamiento estatal y político, la religión tenía que crear su propio ámbito de valores espirituales trascendentes. Durante este proceso, la religión se transformó. Dado que los gobiernos coloniales se habían negado, tácita o explícitamente, a proteger las religiones indígenas, los hindúes, musulmanes y budistas seculares ocuparon el vacío para apoyar política y económicamente a las religiones «en peligro». El profesor de Delhi Sha Abd al-Aziz, por ejemplo, propuso que dado que los musulmanes habían perdido el control político de gran parte de Asia, debían reformarse desde dentro para salvar la fe[28]. Y este afán reformador no sólo se debió a presiones externas. Los nuevos medios del siglo XIX y la aparición de un público culto de clase media dejaron patente inevitablemente la fragmentación de las prácticas y las creencias religiosas. El conflicto entre las diferentes facciones del islam se agudizó debido a las nuevas oportunidades para transmitir información a larga distancia y a las guerras de panfletos y periódicos que estallaban en ciertas localidades. Aparte de ser la entidad más grande, el islam suní se convirtió también en la comunidad religiosa más organizada y coherente a escala mundial. Pero también lo eran las sectas más pequeñas, los chiítas y los ismaelitas.

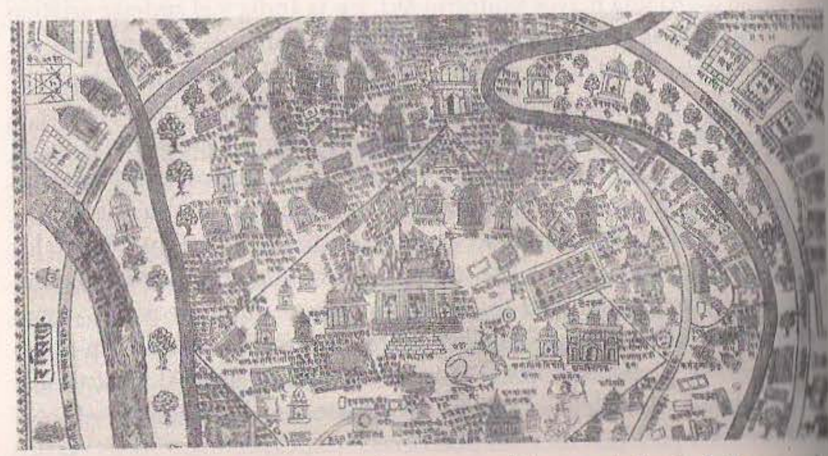
Así, entonces, por todo el mundo, se establecieron estructuras religiosas más autoritarias. Las iglesias protestantes de Europa, Norteamérica y el Imperio Británico instituyeron una serie de comisiones y congresos doctrinales que homogeneizaron por primera vez las tradiciones anglicanas, baptistas y congregacionistas en todo el mundo. La comunión anglicana en el extranjero logró cierto nivel de independencia del Estado británico, primero en 1783, con la escisión norteamericana y, a partir de 1850, en otros dominios. Pero a partir de 1867, periódicos congresos entre sacerdotes y laicos celebrados en el palacio Lambeth de Londres crearon un sorprendente propósito común y aparcaron el tema de la autoridad[29]. Las confesiones americanas también empezaron a operar a nivel nacional después de su desvinculación del Estado tras la independencia. Incluso cuando las iglesias se veían en conflicto sobre temas como la esclavitud, se organizaron mejor. Por ejemplo, frente a la amenaza de los abolicionistas del norte, la Convención Baptista del sur reforzó su organización a partir de 1845[30].

En la Iglesia católica el cambio fue más dramático. La burocracia de El Vaticano se amplió, centralizándose la formación de los sacerdotes en Roma. Las universidades católicas intentaron unificar el contenido curricular. Lo más importante fue la decisión del Concilio General de la Iglesia católica de 1870 de promulgar el dogma de la infalibilidad del Papa. Ya antes se había proclamado que la Iglesia en concilio no podía equivocarse. A partir de ahora, la opinión del Papa en temas doctrinales y de rito pasó a considerarse la voluntad de Cristo. Originalmente, el concilio tenía el modesto objetivo de reorganizar las tareas pastorales y no pretendían modernizar la doctrina[31]. Sin embargo, la infalibilidad iba a ser un arma potente para la supresión o la disciplina de las ideas que El Vaticano consideraba heterodoxas o peligrosas, caso de los híbridos socialismo-cristiano y liberalismo-cristiano. El nuevo dogma estaba diseñado para pararles los pies a los poderosos obispos que se habían dejado notar en el siglo XVIII. Una preparación centralizada y mejorada también permitió a la Iglesia católica recuperar su autoridad en todo el mundo. Cuando una ola de secularismo estatal, positivismo y protestantismo inundó Sudamérica a partir de la década de 1870, El Vaticano tomó la ofensiva y envió miles de sacerdotes europeos a los frentes espirituales de Brasil y Argentina.

Los líderes islámicos corrieron la misma suerte que los líderes cristianos al tratar de resolver las antiguas y profundas divisiones sectarias de su comunidad global. Sin embargo, dentro de las tradiciones principales, se logró una mayor uniformidad. En la India y el sudeste asiático del siglo XIX, se extendió el uso del Dars i-Nizamiya, un currículo del siglo XVIII para escuelas y universidades religiosas. Las famosas mezquitas-escuela del mundo islámico también cobraron importancia y muchos estudiantes de filosofía y teología viajaron a la gran mezquita de El Cairo, al-Azhar. Igual que la mejora en el transporte facilitaba las reuniones de obispos y los congresos de misioneros, también facilitaba los viajes de estudiosos islámicos que se podían sentar a los pies de los sabios más famosos, para dar mayor uniformidad a sus propias enseñanzas[32]. Irónicamente, la intervención estatal, tanto colonial como semiindependiente, tendió a reforzar la jurisdicción islámica en aquellos ámbitos remanentes tras la intervención estatal. Al buscar una forma estable de la ley «islámica», administrada por abogados y jueces reconocidos para tal labor, las potencias europeas reforzaron las versiones más ortodoxas e islámicamente «correctas» de las leyes de propiedad y personales que las que habían existido antes.

En los mundos hindú y budista, donde la autoridad había estado siempre muy descentralizada, las mismas presiones obligaron a buscar uniformidad y autoridad. Las autoridades coloniales dejaron la dirección directa de las instituciones religiosas de India o de las comunidades indias emigradas en manos de seglares educados, que gestionaban las donaciones monetarias y de tierras y las peregrinaciones. Hacia finales del siglo XIX, hindúes neoortodoxos, devotos de la «religión eterna» o «fe de nuestros ancestros» *(sanatan dharma)* se congregaban en asociaciones hindúes que incluían a los comprometidos sacerdotes de los templos y a los pontífices de los santuarios, y también a abogados con educación británica. Se reunían en asociaciones voluntarias regionales y panindias para anunciar autoritariamente la postura «hindú» frente a la ley, las costumbres y la política.

En Ceilán, Birmania y la costa china, las Asociaciones de Jóvenes Budistas comenzaron a aparecer como fuentes modernas de autoridad social, a veces enfrentadas a los monjes. El Estado colonial británico jugó un papel importante en ello. Definió a los sacerdotes y guardianes de los templos hindúes como equivalentes de los «sacerdotes» y «abates» de la práctica inglesa y les pidió consejos en materia de costumbres y leyes a través de los juzgados y las instituciones representativas. Necesitados de pronunciamientos autoritarios religiosos, los colonos europeos



9.3 Peregrinación de gracia: plancha impresa del mapa de la ciudad santa de Benarés para uso de peregrinos, que muestra los templos y el río Ganges, 1903.

nombraron a una variedad de funcionarios cuyo papel anteriormente había sido servir y oficiar rituales comunitarios; nunca habían sido líderes espirituales o pastores en el sentido cristiano de las expresiones. Así fue como se crearon autoridades religiosas de una mayor y más uniforme competencia, en un sistema que había estado más descentralizado y más contestado en el Antiguo Régimen. La autoridad religiosa se tornó más abierta. El público laico, vinculado por la prensa y las asociaciones, influía y era influido por la autoridad religiosa.

A pesar de las circunstancias bien distintas de los judíos europeos y norteamericanos, podemos atisbar cambios similares. Por una parte, el declive de la exégesis tradicional y de la autoridad de los rabinos en las comunidades de rápida mudanza de la Diáspora impulsó la aparición de congregaciones «reformadas», en las que los laicos asumían un papel mayor en la organización de las sinagogas. Por otra parte, la intervención y la legislación estatales en materia de fondos religiosos animó a la uniformidad en todas las religiones y así, sutilmente, los rabinos jefe, los obispos anglicanos, los moderadores de las iglesias protestantes disidentes, los arzobispos católicos..., todos llegaron a parecerse más.

LA FORMALIZACIÓN DE LA DOCTRINA Y DEL RITUAL

Otro proceso que ayudó a producir las «religiones imperiales» en el siglo XIX fue la formalización de los rituales y las filosofías de las religiones asiáticas en una estructura de creencias parecida a las del judaísmo, el cristianismo y el islam. Me refiero a que no sólo se buscó una autoridad religiosa, sino que las autoridades resultantes se establecieron como guardianes discretos y coherentes de la doctrina. Estos cambios reflejaban en parte la expansión del «saber» europeo y norteamericano, que premiaba la constancia, la uniformidad y las pruebas empíricas. En parte, también, reflejaban la necesidad de las élites gobernantes en estas sociedades de restablecer su autoridad frente a unos cambios que eran globales y no meramente eurocéntricos en su origen. En el Imperio Chino del siglo XVIII, por ejemplo, lo que se llamó confucianismo permaneció como una serie de textos clásicos de ética y deber transmitidos a través de los grandes maestros. Los emperadores y administradores nobles lo veneraban, quizás de la misma manera en la que se veneraba la filosofía de Platón y Aristóteles en el Occidente clásico. En realidad, el confucianismo no era una religión. A lo largo de los siglos, sin embargo,

y en parte influidos por el budismo, los intelectuales de la corte transformaron los diversos materiales confucianos en una «doctrina»[33]. Los misioneros jesuitas, que buscaban la clave de las creencias chinas, también entendieron así el confucianismo y empezaron a compararlo con el cristianismo, desfavorablemente.

En el siglo XIX, este proceso siguió adelante cuando los misioneros protestantes, sobre todo el reverendo James Legge, refinaron el concepto del confucianismo todavía más. Para él el confucianismo era un sistema de «no religión», pero, aun así, buscó las palabras auténticas del maestro y fijó un canon de uso[34]. Esta fijación y formalización de las Analectas de Confucio y de otros aspectos de la tradición en un sistema doctrinal chino empezó a importar también a las clases dirigentes. Necesitaban verse —y ser vistos— como los exponentes más autorizados de una tradición cultural, ahora que su estatus de nobles-instruidos se veía asediado. Según se incrementaba la disidencia interna y la presión externa en China a partir de la década de 1850, los funcionarios imperiales empezaron a difundir una versión especialmente ortodoxa de la doctrina y la práctica del confucianismo, insistiendo en cerrar el país a las influencias comerciales y espirituales extranjeras. Algo parecido ocurrió en Vietnam en 1802, cuando el remozado reino instituyó una burocracia totalmente confuciana y arengó contra las «fes heterodoxas», entre las que se incluían el budismo, el cristianismo e, incluso, las versiones más coloridas de las religiones espiritualistas de la región[35].

Algunos chinos, sin duda, se vieron influidos por los términos del debate sobre las características de la «religión verdadera» establecido por los misioneros cristianos y difundido a través de las escuelas misioneras de la costa de China y de las comunidades chinas en el extranjero. Sentían la necesidad de una religión con autoridad moral y normas éticas fuertes con las que rebatir y rechazar las doctrinas ajenas de los cristianos. Para Kang Youwei, Confucio se convirtió en «el rey sin corona», una descripción típica de los cristianos para Jesús[36]. Otros, como el primer gran líder nacionalista chino, Sun Yat-sen, pensaban que China necesitaba una religión digna de su antigua cultura para estar de nuevo a la misma altura que otras naciones. Hacia la década de 1890, la costa china y el Nanyang (sudeste de Asia) contaban con centenares de asociaciones para la propagación de algo llamado «confucianismo». Esto significa que lo que había sido un conjunto de preceptos para la vida virtuosa y la sociedad organizada se había convertido en la esencia religiosa del pueblo chino.

Durante el mismo periodo, lo que ahora llamamos «hinduismo» sufría una transformación paralela. Por supuesto que los nacionalistas hindúes modernos y la primera generación de eruditos indios del siglo XIX que analizaron su propia tradición apoyan la idea de que siempre hubo algo llamado hinduismo. Lo necesitaban para sus batallas contra las entidades igualmente fijas del islam y el cristianismo. Pero nos quedan muchas dudas sobre la existencia de algo tan homogéneo antes del siglo XIX. En el mejor de los casos, el «hinduismo» era en 1780 una enorme familia de sistemas de fe, filosofías, ritos y técnicas esotéricas, que tenían, según los fieles y los de fuera, algo en común. Desde luego, existían estructuras religiosas autoritarias y millones de personas veneraban los textos sagrados, los Vedas. Pero la autoridad tendía a localizarse en determinadas comunidades indias, mientras que solo una pequeñísima minoría leía y entendía a los Vedas. Los musulmanes reconocían la existencia de algo a lo que llamaban «hindú», aunque a veces parecía más un término geográfico derivado del nombre autóctono del río Indo *(Sindhu)* que uno religioso. Algunos gobernantes musulmanes precoloniales intentaron crear distinciones legales entre sus súbditos musulmanes, cristianos e «hindúes». Sin embargo, visto desde dentro, esta última categoría era ambigua y variable. La mayoría de los llamados hindúes se reconocían como devotos de una deidad trascendental (a veces llamada Brahma) o de una manifestación divina específica, como el dios Visnú o el dios Siva. Pero mucha gente que vivía lejos de los grandes templos —en los bosques, marismas y malezas— veneraba deidades que tenían una relación muy distante con los grandes dioses.

Durante el siglo XIX, sin embargo, el hinduismo, como el confucianismo, adoptó una forma mucho más definida. En parte, esto se debió al hecho de que los administradores y los juzgados coloniales usaran términos y dictaran sentencias acordes a lo que ellos pensaban que era la Ley Anglo-Hindú. Por otra parte, se debió también a que la gente de la gran familia hindú empezó a agruparse para defenderse ante los extranjeros agresivos que atacaban su religión por ser falsa. Suami Dayananda Sarasvati, un vigoroso reformador que fundó la Asociación Aria (*Arya Samaj*), fue más lejos y arguyó que el hinduismo era la verdadera religión antigua de toda la humanidad y que había sido una religión monoteísta sin clero[37]. En su forma más perfecta, dijo, se localizaba en la tierra sagrada de la India. Esta idea, que atraía a todas las ramas del hinduismo, también era, por supuesto, del agrado de los nacionalistas emergentes. Religiosos indios, con creencias más tradicionales que las de Dayananda, empezaron a destacar ciertos preceptos morales del enorme cuerpo

de mitología y saber sánscritos, para escribir textos canónicos que funcionaran como credos y catecismos.

Para muchos hindúes, partes del discurso divino de Krishna al rey Arjuna en la antigua epopeya *Mahabharata* se convirtieron en un credo, y el mítico dios guerrero Rama se erigió en un ejemplo moral para los hombres, comparable a Jesús. Los conceptos de «pecado», «bien», «salvación», del decoro sexual imbuido de religiosidad y de la filantropía fueron enfatizados por los rituales hindúes y budistas, en los que anteriormente habían tenido menor relevancia o implicaciones espirituales diferentes. A cierto nivel, este intento de crear una «iglesia hindú» reflejaba la influencia del cristianismo como religión del colonizador británico. Los hindúes necesitaban una tradición accesible y un sentido de valor histórico frente a la humillación de un gobierno extranjero. Al mismo tiempo, reflejaba la necesidad de legitimar los códigos sociales nuevos en una época en la que la ley y la valoración del individuo estaban cambiando en todo el mundo. La búsqueda de religiones homogéneas para representar la esencia nacional o racial no fue sólo un síntoma del mundo colonizado. En Rusia, los eslavófilos, contrarios a la occidentalización, intentaron refinar la idea del cristianismo ortodoxo eslavo. En Etiopía, los obispos coptos empezaron a reunir y a organizar sus antiguos textos religiosos.

Las iglesias cristianas también siguieron esta tendencia a la uniformidad doctrinal en muchos casos, aunque tanto la autoridad como la doctrina ya habían estado más claramente definidas en esta tradición. El anglicanismo era una alianza indefinida de obispados británicos, coloniales y norteamericanos. Sus doctrinas se rebatían desde dentro, otro ejemplo de su origen tan político como espiritual. Sin embargo, la influencia periódica de los congresos eclesiásticos y un sistema de enseñanza común para el clero aseguraron una sorprendente cohesión doctrinal. Ediciones cuidadosamente editadas de la Biblia y del devocionario colaboraron a ese mismo fin. En la Iglesia católica, el auge de la autoridad papal y la centralización eclesiástica tuvieron mucho que ver con la ortodoxia doctrinal. El papa Pío IX promulgó el *Syllabus* de 1864, que corregía ciertos errores doctrinales. A lo largo del siglo XIX, la enseñanza de lo que se llamó «neoescolasticismo» preservó la unidad doctrinal[38]. Hasta principios del siglo XX, la Iglesia no tuvo que enfrentarse a los movimientos teológicos modernistas, que querían dar más importancia a la interpretación bíblica y a la tradición eclesiástica. Incluso las iglesias ortodoxas de Grecia y de las tierras eslavas empezaron a responder a las presiones de los intelectuales liberales y de las iglesias cristianas extranjeras estableciendo una liturgia y doctrina más claras.

LA EXPANSIÓN DE LAS RELIGIONES «IMPERIALES» EN LAS FRONTERAS INTERIORES Y EXTERIORES

La creación en las religiones mundiales de centros de autoridad más firmes y de doctrinas y ritos más fáciles de entender potenciaron su expansión y su penetración más profunda en las sociedades donde hasta entonces la religión era sólo superficial. En el mundo europeo y norteamericano, la élite asumió el papel del clero al tratar de extender la religión formal por las nuevas naciones-estado. Su primer objetivo fueron los grupos heterodoxos y minoritarios de sus propias naciones. En la Alemania pietista del siglo XIX, por ejemplo, las misiones ubicadas en universidades como Halle se centraron en convertir a la población judía alemana. Mientras tanto, los protestantes británicos se centraron en la igualmente difícil y finalmente contraproducente tarea de convertir a los católicos, no sólo en las grandes ciudades industriales inglesas y en el norte de Escocia, sino también en la mismísima Irlanda. En segundo lugar, los cristianos evangélicos del norte de Europa y de las ciudades de la costa este de Norteamérica enviaron misioneros a los barrios pobres de las nuevas ciudades industriales y al campo profundo para que los pobres escucharan la palabra de Dios. Sin duda, esta iniciativa se debía en parte a la sensación de vulnerabilidad social y política ante grupos politizados y organizaciones criminales basados en la pobreza y la desesperación. Las misiones exteriores en Asia y África les habían alertado de la existencia de «moradas de Satanás» en su propia casa. En la protestante Europa del norte, la «colonización» de la clase obrera urbana por la Iglesia sería limitada. Sin embargo, las iglesias consiguieron establecerse en todas las zonas urbanas como una presencia visible. También desempeñaron un papel importante en la expansión de la enseñanza masiva. En Gran Bretaña, un censo religioso de 1851 asustó a los fieles al mostrar que gran parte de la clase obrera había abandonado la práctica religiosa[39]. Se construyeron más iglesias y se hizo un gran esfuerzo para recuperar a esta población. Los pietistas luteranos adoptaron un programa similar en la Alemania contemporánea.

Fue algo más que un mero intento de control social. Los evangélicos trataban de definirse como ciudadanos cristianos, para «redimirse» de la lujuria y el pecado, según la idea contemporánea. El tercer objetivo de la religión en expansión fueron las élites y la «clase media» de Europa y Norteamérica, que habían ido abandonando la práctica religiosa o se habían convertido a otra fe. Con la refundación de las grandes órdenes católicas, como la Sociedad de Jesús, y la fundación de órdenes nuevas, como la orden mariana, la Iglesia católica se embarcó

en un programa de regeneración interna. Se tomaron resolutivas medidas para intentar que la gente del campo purificara sus cultos poco ortodoxos a los santos locales. En zonas de dominio político protestante, como Irlanda y la Alemania unificada, los movimientos de reforma eran contraataques a la predicación agresiva de los «herejes». En España, Italia y Latinoamérica, la Iglesia católica había sufrido durante la época revolucionaria. Los ataques de los liberales y socialistas durante el siglo XIX obligaron a la Iglesia católica a tomar la ofensiva y «recatolizar» a las clases aristócrata y media de España, y a intentar reconquistar a los pobres[40].

Un importante grupo dependiente del mundo euro-norteamericano que recibió mucha atención de las comunidades religiosas fueron los esclavos. En el siglo XVIII, los amos de las plantaciones del Caribe y las Américas se habían mostrado muy recelosos ante los intentos de conversión de sus esclavos. En el siglo siguiente, esta actitud dejó de ser respetable, y vigorosos cultos cristianos de resignación y protesta se extendieron por las plantaciones. El mayor cambio tuvo lugar en Estados Unidos. Antes de la guerra civil, la población afroamericana, tanto esclava como libre, había tenido cierto estatus afiliado a las iglesias blancas de los estados del sur y del oeste. En el campo, una Iglesia negra clandestina en su propio «exilio babilónico» había promovido un sentido de la comunidad y un afán de cambio[41]. Muchas iglesias blancas de los estados del sur seguían aferradas a la idea de que la Biblia justificaba la esclavitud, aunque, al mismo tiempo, la religión ofrecía argumentos poderosos a los abolicionistas en el preludio de la guerra civil.

Como consecuencia de la derrota del Sur y la emancipación de los esclavos, la religión organizada arraigó masivamente entre los afroamericanos. En las ciudades, los negros asumieron el control de sus propias iglesias. En el campo, la Iglesia de los esclavos salió de la clandestinidad y creó sus propios predicadores y disciplinas eclesiásticas. La Iglesia fue «la primera institución social totalmente controlada por negros en América»[42]. Estas nuevas iglesias negras, con los baptistas al frente, fueron especialmente importantes a la hora de impulsar las instituciones educativas y el alfabetismo entre negros adultos del sur en 1860, en un 90% analfabetos. Los ex esclavos deseaban leer la palabra de Dios por sí mismos. Las iglesias descentralizadas y controladas por la comunidad siempre habían sido claves en la expansión americana hacia el oeste. Como en otras partes del mundo, el final del siglo XIX fue testigo de la consolidación y profundización social de la religión organizada. En el caso del sur, sin embargo, acabó por institucionalizar la división racial.

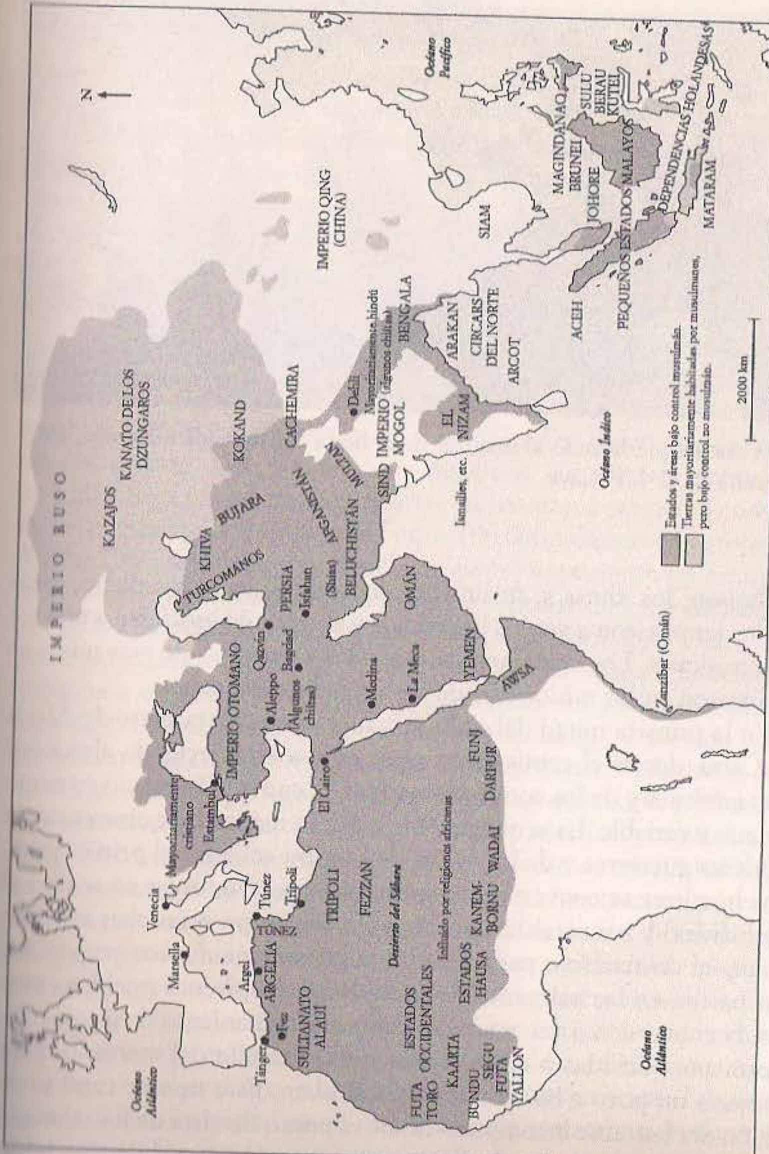
La mayoría de los negros abandonaron las iglesias de los blancos en las que habían sido feligreses de segunda categoría y habían sido constantemente aleccionados sobre la «legitimidad» de la esclavitud.

Estos patrones de consolidación interna se vieron acompañados de una gran actividad misionera en ultramar, entre pueblos no cristianos, según el poder europeo se iba extendiendo por todo el globo. Los ejemplos más claros de la expansión masiva de las religiones mundiales en el siglo XIX estaban en África, aunque irónicamente y para disgusto de los funcionarios cristianos y misioneros, allí, por lo general, venció el islam[43]. La extensión del culto y la fe formal islámica al África subsahariana, sobre todo a lo que hoy en día es Nigeria, ocurrió a finales del siglo XVIII y principios del XIX[44]. Las órdenes místicas sufíes fueron claves, como ya lo habían sido en los siglos XIII y XIV en el centro y el sur de Asia. Fueron cruciales en el norte y el centro de África la rama qadiriyya y la purista sanussiya. La idea de que los conocimientos secretos del islam se heredaban dentro de las familias de maestro a discípulo y de que residían eternamente en las tumbas carismáticas de los grandes sabios atrajo a los líderes de los grandes linajes norteafricanos. Los nuevos dinastas desarrollaron mecenazgos con hombres sabios que habían rezado en los lugares sagrados de Arabia y eran miembros de una orden sufí. En ocasiones, se establecían vínculos matrimoniales entre familias de militares y de sabios. La autoridad del rey guerrero y la del sabio sufí se reforzaron mutuamente en los sistemas estatales emergentes en el norte de África. Los reyes extendieron las normas islámicas por su territorio, y nuevos súbditos del reino se iniciaron en las órdenes sufíes. Los mercaderes también se beneficiaban de la creación de nuevas comunidades de confianza y de la nueva seguridad política. La consolidación islámica se extendió al sur de Sudán y por las rutas comerciales arábigas del centro y el este de África. La comunidad islámica era útil para las nuevas redes de confiabilidad comercial y para los nuevos propietarios de las ciudades. El islam también ofrecía los beneficios de la seguridad moral y espiritual en un mundo de brotes esporádicos de violencia y maltrato físico.

La fulani yihad, o «guerra de conversión», de 1800-1820, que condujo a la fundación del califato de Sokoto, o Estado islámico, en lo que ahora es el norte de Nigeria, fue el más dramático de los movimientos de expansión y consolidación musulmanas[45]. En esta región siempre había existido un delicado equilibrio entre los agricultores y los habitantes de las ciudades de la etnia hausa y los pastores fulani, cuya riqueza provenía de las reses que vendían a los agricultores. Los fulani eran

guerreros además de pastores, y ofrecían su «protección» a los pueblos asentados, llegando, a veces, a ser sus jefes regionales. Hacia 1800, los inquietos líderes fulani recibieron el mensaje del islam de boca de Dan Fodio, un maestro que había peregrinado a La Meca. La extensión del mensaje islámico era parte de un movimiento de resurgimiento mucho más amplio que barrió Oriente Medio y el norte de África durante el siglo XVIII y comienzos del XIX. Este movimiento atrajo a jóvenes de diferentes partes de África a Rabat, El Cairo y La Meca, y luego los enviaba de vuelta a sus pueblos de origen a predicar el islam ortodoxo. Sin embargo, el establecimiento del califato fue posible gracias a un cambio sociopolítico generalizado. A partir de 1800, los ambiciosos líderes fulani empezaron a sustituir a los potentados hausa y a instalarse en los pueblos como aristocracia local. Los linajes fulani crearon un Estado centralizado bastante fuerte. Éste se convirtió en el guardián de las normas islámicas, y estableció funcionarios judiciales musulmanes, que regularon las costumbres y las herencias. Los gobernantes de Sokoto crearon uno de los únicos estados subsaharianos gobernado por leyes escritas en vez de por la voluntad del soberano[46].

La expansión cristiana fue casi igual de espectacular en el África decimonónica. La actividad misionera y la conversión de los reyes africanos y de sus nobles tuvieron una historia muy prolongada. Los cristianos coptos habían ayudado a convertir a los etíopes a comienzos del primer milenio. A mediados del siglo XVI, los misioneros portugueses pudieron convertir al cristianismo a algunas cortes reales de la costa oeste de África, donde tenían ventajas comerciales y se establecieron, por ende, vínculos culturales. El declive de estas cortes a principios del siglo siguiente significó el retorno a las religiones africanas, pero el cristianismo mantuvo una tenue presencia en las fábricas y los puertos esclavistas. Los esfuerzos misioneros cristianos en África, como en el resto del mundo, se reavivaron en 1800[47]. Gran parte de la actividad misionera tenía su base en la colonia de esclavos liberados norteamericanos en Liberia, y de libertos británicos en Sierra Leona. En la costa oeste, los monjes capuchinos descalzos católicos iban a la vanguardia. Mientras tanto, en Sudáfrica, los agricultores bóers que vivían en El Cabo desde la década de 1640 ya habían establecido el cristianismo. Algunos de sus esclavos liberados de los reinos malayos y África fueron de los primeros grupos de conversos cristianos. Cuando los británicos ocuparon permanentemente El Cabo en 1806, se aceleró el ritmo de conversión entre los africanos. Las asociaciones holandesas y británicas de misioneros empezaron a competir para convertir a los pueblos locales,



MAPA 9.1 El mundo islámico.



9.4 Un maulvi predicando al finalizar de la fiesta del Ramadán, Argelia, 1905. Fotografía de C. J. P. Cave.

los khoisán, los xhosa y, finalmente, los zulúes; o, mejor dicho, estos pueblos empezaron a ver los beneficios y el valor de asociarse a una o a varias misiones. Los cristianos africanos y las personas de raza mixta se convirtieron en los misioneros de otros pueblos africanos.

En la primera mitad del siglo XIX, fuera de la costa oeste de África y El Cabo, donde el cristianismo ya se estaba estableciendo alrededor de las misiones y de los conversos nativos, la conversión siguió su ritmo ambiguo y variable. La «conversión», o por lo menos la aquiescencia de los líderes guerreros y de los viejos de la tribu solía ser el primer paso. Estos hombres se convertían en misioneros para reforzar su acceso al poder divino y para legitimarse. A veces, un grupo o un clan se «convertían» al cristianismo para desafiar políticamente a otros grupos. En otras partes, en los márgenes de los nuevos aún jóvenes pueblos europeos, la conversión a veces acompañaba el asentamiento de grupos anteriormente nómadas o «cazadores» y el desarrollo del mercado. Esto se parecía un poco a las conversiones al islam. Este tipo de cambio de religión era bastante incompleto desde el punto de vista de los misioneros y, de hecho, apenas podía llamarse «conversión» en el sentido bíblico. Los pueblos indígenas podían aceptar al Dios cristiano como la deidad suprema, pero seguían con sus cultos mágicos y sus brujos curanderos.

Como ocurría en los márgenes de otras religiones imperiales, se formaban religiones mixtas y sincréticas. Surgieron predicadores que invocaban al Dios cristiano, pero veneraban a los espíritus ancestrales y conjuraban fuerzas ocultas. Las fronteras entre el cristianismo y lo que los misioneros denominaban «paganismo» eran muy permeables.

A partir de 1860, sin embargo, el ritmo de expansión del cristianismo se aceleró espectacularmente y el tipo de conversión pareció haber cambiado[48]. En parte, esto se debió a acontecimientos ocurridos en Europa y en las Américas. Venía impulsado por el auge del nacionalismo y la extensión científica y de la economía industrial. La mejora de los medicamentos contra las enfermedades tropicales permitía a los europeos y norteamericanos pasar más tiempo en África. Cuando las compañías mineras, de aceite de palma y de café empezaron a explotar África seriamente, los misioneros les siguieron. A veces, irritaban a los implacables empresarios, pero algunos vieron la ventaja de tener una mano de obra dócil y cristiana. Con la mejora en las comunicaciones y los transportes, una oleada de evangelistas entusiastas y abnegados invadió África y las grandes potencias empezaron a ocupar el continente. Se calcula que en 1900 había unos 100.000 misioneros europeos en África. Los jefes tribales tuvieron un papel importante en estos cambios, ya que, simbólicamente, absorbían el poder de los misioneros. El jefe de los barotsue, Lewanika, por ejemplo, patrocinaba a varios misioneros para demostrar su poder y su benevolencia regios[49]. Básicamente, utilizaba a estos hombres como herramientas del poder y controlaba muy de cerca su efecto en el pueblo. Sin embargo, a medida que las escuelas misioneras producían cada vez más jóvenes educados en un idioma europeo, el proceso se autorreforzó. La educación cristiana proveía alfabetismo, y esto, a su vez, otorgaba poder y cierto nivel económico. El cristianismo se convirtió en un vehículo de movilidad social y los jóvenes excluidos del liderazgo tribal se convirtieron en nuevos centros de poder en sus comunidades. Para los misioneros fue difícil controlar este proceso. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, empezaron a emerger iglesias africanas independientes con sus propios predicadores. En esta etapa comenzó a cambiar el modelo de las conversiones. Los sistemas de enseñanza cristiana establecidos eliminaron en gran medida los viejos cultos y la posibilidad de sincretismos. Los nuevos jóvenes educados vigilaban su nueva religión y trataban de dejar atrás para siempre los «errores» de sus antepasados.

Otras partes del mundo fueron testigo de cambios parecidos. En el Pacífico, los maoríes, polinesios y melanesios atravesaron un ciclo similar

de asentamiento, percepción de la utilidad y poder de la alfabetización y conversión formal al cristianismo. Originalmente, como en África, la nueva religión confirmaba en vez de desestabilizar el orden social. Los jefes de Tonga y Fiji, por ejemplo, reafirmaban su estatus político y sus vínculos con los británicos dominantes invitando a los misioneros cristianos a establecerse y animando a la conversión[50]. Sin embargo, el ritmo de conversión en el Pacífico y Nueva Zelanda sugiere que había muchos factores aparte del político que atraían a la gente al cristianismo: una fascinación por las cosas nuevas —incluidos bienes comerciales como el tabaco—, las ganas de viajar, el deseo de leer y un genuino interés espiritual. El jefe maorí Temorenga escribió al reverendo William Yate de la Asociación Misionera Eclesiástica:

No olvide que fue Temorenga quien se sentó en la veranda a la puerta de su casa y le explicó las costumbres de los nativos. No olvide quién soy y lo que le he dicho. Envíe uno, dos, tres misioneros, o quizás alguno más, a las tribus del sur, para que no haya más guerras entre nosotros... Y que los hombres que transportan sus aves en el barco de guerra me traigan un saco de tabaco, porque mi pipa está vacía. Vaya con Dios, señor Yate. Esto dice Temorenga sentado en su residencia en Manawenua[51].

Según se expandía la frontera de la ocupación europea, algo parecido fue ocurriendo en Norte y Sudamérica. En Estados Unidos, el cristianismo triunfó sobre los cultos tribales restantes cuando los indígenas fueron encerrados en reservas a partir de 1850. En Centro y Sudamérica, la invasión de los bosques y los pastizales indígenas por agricultores y madereros extendió la frontera cristiana a las recién asentadas comunidades amerindias, sobre todo en Centroamérica y a lo largo de los sistemas fluviales de Brasil.

En todos estos casos, el poder colonial se benefició a medio plazo de la expansión del cristianismo. Proveyó a los colonizadores con intermediarios que compartían algunos de sus prejuicios y una mano de obra accesible y disciplinada. A largo plazo, sin embargo, las poblaciones cristianizadas, o las que padecían la presión de los misioneros extranjeros, empezaron a utilizar algunos preceptos cristianos contra los colonizadores. El concepto judeo-cristiano del «pueblo elegido» lo aprovecharon las primeras generaciones de activistas pro derechos nativos del Pacífico durante las décadas de 1880 y 1890 para argumentar que la expropiación de tierras maoríes y fiyianas por parte de los británicos y, después, de los indios, tenía que parar. Las iglesias afroamericanas utilizaron la misma idea en el sur de Estados Unidos en su lucha por con-

seguir la ciudadanía prometida durante la guerra civil. Algunas interpretaciones de la igualdad de los hombres ante Dios dieron nuevos argumentos a los intelectuales nativos que escribían en contra de la segregación y el exclusivismo racial tan típicos de finales del siglo XIX. Esta reacción no se limitó al mundo colonizado. Los radicales de todo el mundo utilizaron temas cristianos y la expansión de las religiones globales facilitó la comunión de causas entre los nuevos líderes políticos, los agricultores piadosos y los activistas de la clase obrera. Incluso el comunismo heredó y utilizó temas derivados de la ética cristiana. El gran himno comunista, «La Internacional», compuesto por un francés durante la Comuna de París, habla de la salvación, sólo que en este mundo, y del salvador, que en vez de ser Cristo es el obrero.

Este avance tan rápido de la evangelización cristiana no tuvo lugar en el mundo islámico ni en las sociedades asiáticas, a pesar del incremento del poder europeo en estas zonas a partir de 1800. Ni las misiones católicas ni las protestantes progresaron mucho en las sociedades china, india y japonesa, si pensamos en términos de «conversión». Esto se debió a que las jerarquías de las religiones de estos países eran poderosas y estaban alfabetizadas, por lo que pronto pudieron contraatacar y «escribir» en contra del cristianismo, utilizando medios impresos y los movimientos proselitistas. Pero también se debió al hecho de que el cristianismo no otorgaba estatus social. En el mundo oriental hacía mucho tiempo que se consideraba a los cristianos como esclavos, siervos derrotados, comerciantes desdeñables o tripulaciones de mestizos fornicadores o alcohólicos. La conversión no ofrecía ninguna ventaja educacional ni económica que no se pudiera obtener con una educación sin conversión, muchas veces en instituciones cristianas que daban su beneplácito a esta actitud, o que albergaban esperanzas desmesuradas.

Quizás el punto más importante a tener en cuenta, sin embargo, es que las religiones asiáticas adoptaron muy rápido los métodos de evangelización y predicación de los misioneros cristianos. En cierta manera, se convirtieron por primera vez en religiones proselitistas. Hacia 1900, la ortodoxia hindú había empezado a establecer instituciones de purificación *(shuddhi sabhas),* que trataban de «reconvertir» al hinduismo a las castas inferiores y a los grupos tribales que se habían convertido al islam o al cristianismo recientemente. Por supuesto, la idea de la conversión al hinduismo o, de hecho, la de un hinduismo unificado, eran muy recientes. A su vez, existía un proceso de consolidación ritual en el

que los sacerdotes, los ascetas y los lectores de los textos sagrados hindúes se movían entre la gente de casta inferior y entre la tribal, atrayéndolos paulatinamente a un culto y un ritual más ortodoxos. En el caso del *Arya Samaj,* la asociación aria, una forma deliberadamente moderna del hinduismo, extendió su actividad «evangélica» a la denuncia de las demás religiones mundiales y al envío de misioneros a las comunidades indias de ultramar asentadas en lugares como Fiji, Isla Mauricio y el Caribe. Los predicadores de la asociación imitaron el estilo agresivo de los misioneros cristianos en sus discursos y sus publicaciones, y ridiculizaron la lógica absurda y las inconsistencias de la doctrina cristiana. Hacia finales del siglo XIX, los estudiantes de la costa de China y del sudeste asiático siguieron sus pasos y empezaron a fundar organizaciones como las ya mencionadas Asociación de Jóvenes Budistas, a imitación directa de su equivalente cristiano (el YMCA), que jugaron un papel importante en los orígenes del nacionalismo chino. Los periódicos y los panfletos fueron importantes para confirmar la integridad de los fieles en todos estos movimientos evangelistas.

Estos imperios de religión en reforma y consolidación tenían mucho en común con los estados nacionales en los que tanto se centran las historiografías del periodo. También buscaban una autoridad más unificada y centralizada. Engendraron burocracias más numerosas que las anteriores. Trataron de eliminar cultos sincréticos basados en religiones diferentes, igual que el Estado recelaba de ciudadanos con lealtades a varias zonas políticas. Como las naciones-estado, también se beneficiaron del enorme paso adelante en tecnología y comunicaciones, y del control del ser humano de su propio entorno. Pasaremos ahora a analizar con mayor detalle tres características típicas del periodo: la expansión de los viajes religiosos y las peregrinaciones; el uso de la imprenta y los medios, y el incremento de la construcción religiosa en todo el mundo. En todos estos campos, los procesos de uniformidad actuaban a escala mundial.

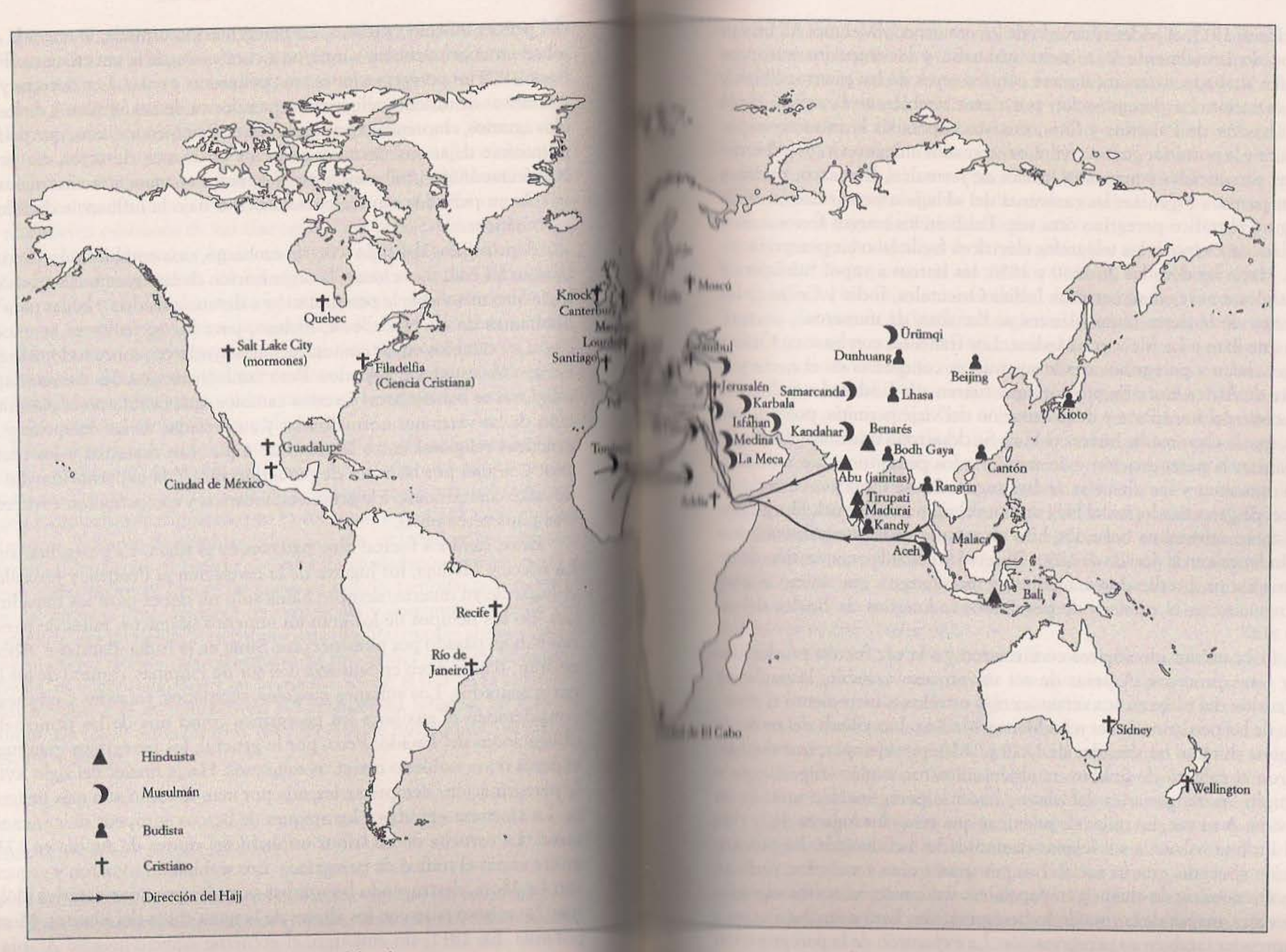
PEREGRINACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

El ser humano siempre ha sido un nómada religioso. En todas las grandes religiones han existido viajeros en busca de la experiencia religiosa. Las peregrinaciones a Jerusalén, La Meca, al Benarés del dios Siva o a lugares asociados a la vida de Buda ya estaban establecidos a comienzos

del primer milenio cristiano. La peregrinación armada, la cruzada o la yihad «menor» también surgieron a comienzos de la era cristiana. Pero hasta 1900 las peregrinaciones eran peligrosas y caras. Los devotos y los miembros de órdenes religiosas, separados ya de sus familias y de los ciclos agrarios, emprendían peregrinaciones. También los ricos, que podían permitirse dejar sus tierras y negocios en manos de otros. La gente común también visitaba los lugares sagrados en masa, pero normalmente sólo en periodos especiales de fervor o bajo la influencia de líderes carismáticos.

A principios del siglo XIX, sin embargo, una combinación de cambios en las comunicaciones, la organización de las ceremonias y la ideología hizo más viable la peregrinación a distancia medias y largas para los habitantes de las ciudades e, incluso, para los agricultores acomodados. Los cambios en las comunicaciones ayudaron, sobre todo, a imponerse a los estados e imperios. Pero también las grandes comunidades religiosas se beneficiaron de estos cambios, que facilitaron la diseminación de las versiones normalizadas y autorizadas de las creencias y las prácticas religiosas entre la gente de a pie. Los maestros y los textos iban y venían por las rutas de peregrinación. Y la experimentación de un culto común animó a la gente a estandarizar y compatibilizar sus creencias y sus ceremonias.

Estos cambios fueron muy patentes en el islam. La peregrinación a La Meca y Medina, los lugares de la revelación al Profeta, y Jerusalén, el lugar de su muerte, siempre había sido un deber para los musulmanes. En los tiempos de los grandes imperios islámicos, miles de personas habían pasado por puertos como Surat en la India, Bandar-e' Abbas en Irán, Banda Aceh en Sumatra o el sur de Filipinas, camino de los lugares sagrados. Los sultanes mogoles, otomanos, safawíes y javaneses consideraban el auxilio a los peregrinos como una de las principales obligaciones del Estado. Pero, por lo general, los peregrinos eran mercaderes ricos, nobles o maestros religiosos. Hacia finales del siglo XVIII, la peregrinación, siempre arriesgada por mar, se tornó aún más peligrosa. La amenaza «pirata» y los ataques de barcos europeos se incrementaron. La revuelta de las tribus wahhabí del centro de Arabia en 1730 interrumpió el tráfico de peregrinos. Los wahhabíes tomaron y saquearon La Meca, destruyendo las tumbas sagradas por considerarlas idólatras. Lo mismo pasó con los altares de la rama chiíta del islam en Mesopotamia. En 1811, sin embargo, el gobierno egipcio invadió Arabia y restableció el poder otomano[52].



MAPA 9.2 Principales centros religiosos del siglo XIX.

Hacia 1815, el poder reavivado de los otomanos y Mehmet Ali habían sofocado brutalmente la revuelta wahhabí, y los imperios europeos habían acabado sistemáticamente con los reyes de los puertos libres y los corsarios. La peregrinación por tierra también se benefició de la pacificación de Palestina y Siria, una vez superadas la invasión napoleónica y la posterior guerra civil. Los otomanos animaron a sus gobernadores provinciales y magnates locales de Jerusalén, Damasco, Jiddah y otras partes a organizar las caravanas del «Hajj» o peregrinación. Esto aseguró el tráfico peregrino otra vez. También los nuevos ferrocarriles, los barcos a vapor y los telégrafos eléctricos facilitaron las peregrinaciones. Hacia las décadas de 1840 y 1850, los barcos a vapor británicos y holandeses navegaban entre las Indias Orientales, India y Ceilán, y los puertos de la tierra santa islámica se llenaban de numeroso, peregrinos que iban a La Meca o a Medina. Los franceses con base en Orán y Argel traían a peregrinos desde sus nuevas conquistas en el norte y el oeste de África hasta Egipto para que fueran a la Jiddah. La reducción del coste del transporte y de la duración del viaje permitía, por primera vez, que la clase media hiciera el Hajj. Se desarrolló una nueva forma de organizar la peregrinación y de atender a los peregrinos. Las autoridades otomanas y las dinastías árabes regionales se tomaron en serio su papel de garantizadores del Hajj durante el siglo XIX. Snouck Hurgronje, el famoso orientalista holandés, hizo un estudio de la peregrinación desde Indonesia en la década de 1880. Observó la cuidada organización de intermediarios, predicadores, médicos y mecenazgos, que animó el gran incremento en el número de peregrinos indonesios de finales del siglo XIX[53].

Los cambios ideológicos confirmaron y a la vez fueron producidos por estos procesos. A pesar de ser un proceso variable, la paulatina extensión del islam en sus versiones más ortodoxas incrementó el atractivo de las peregrinaciones a La Meca y Medina. Las yihads del norte de Nigeria durante las décadas de 1820 y 1830, por ejemplo, que establecieron el califato de Sokoto, también animaron a más «nigerianos» a cumplir las obligaciones del islam y hacer la peregrinación una vez en su vida. A su vez, las miles de personas que veían los lugares de la vida del Profeta volvían a sus lejanas comunidades bendecidos. La peregrinación concedía estatus social. Los peregrinos eran venerados, recibían el sobrenombre de «haji» y empapelaban sus casas con textos sagrados y, a veces, mapas de la ruta de su peregrinación. Esto animaba a otros a emprender también su peregrinación. La expansión de la peregrinación se centró en la persona del Profeta como ejemplo de una vida perfecta, una característica del islam en muchas sociedades de la época. Las ideas y prácticas típicas de La Meca y Medina, como las homilías sobre la vida del Profeta, viajaron a África, India, Indonesia y el suroeste de China. Los famosos maestros decimonónicos del islam cobraron fama en un área más extensa del mundo islámico. Una visión más unificada del islam fue, pues, tanto motivo como consecuencia de las peregrinaciones. Con el tiempo, la nueva conciencia de la comunidad islámica mundial se convirtió en la base de los llamados movimientos políticos panislámicos de la segunda mitad del siglo XIX[54].

Otro aspecto del auge de la peregrinación en el siglo XIX fue que incrementó la importancia de ciertos centros de peregrinación. Por ejemplo, en el hinduismo, las ciudades de Benarés, Bod Gaya y Allahabad, en el norte de la India, emergieron como los principales centros a visitar para encontrar la salvación, mientras que antes otros centros regionales habían tenido la misma importancia. Hasta cierto punto esto reflejaba las mejoras en las comunicaciones, pero también había un elemento de competitividad. Los musulmanes a veces llamaban a Benarés (Varanasi) «La Meca de la India», y los hindúes parece que aceptaron esta idea. Esto no significa que los centros más pequeños no tuvieran importancia. Todo lo contrario, una característica de la expansión de la religión regularizada fue que las autoridades religiosas recalificaron e incluso crearon nuevos centros de peregrinación y devoción. Algunos reformadores musulmanes del siglo XIX eran hostiles a los místicos sufíes y a sus lugares de culto regionales, pero la mayoría animaba a los piadosos y a los sabios a iniciarse en las hermandades sufíes para dirigir y disciplinar estos cultos locales[55].

En el siglo XIX, la peregrinación a Roma por católicos también se incrementó gracias a la mejora de la seguridad interna en Europa y al crecimiento del ferrocarril. La Iglesia católica, resurgida tras el «exilio babilónico» de la era napoleónica, utilizó la peregrinación a Roma para difundir su mensaje doctrinal adaptando la promoción turística seglar a sus propósitos religiosos. Sin embargo, ante el auge del secularismo y el socialismo, también estableció centros de devoción en puntos estratégicos. Algunos de los lugares escogidos habían sido importantes desde la Edad Media. Entre ellos se encontraba la gran basílica de San Antonio de Padua. Padua había sido el destino de las vacaciones de la aristocracia de Venecia, pero, hacia finales del siglo XIX, empezaron a llegar oleadas de peregrinos comunes desde Italia y, más adelante, España, Portugal, Polonia y Sudamérica, en busca de la intercesión curativa del santo.

En la segunda parte del siglo XIX se establecieron más centros de peregrinación católicos porque los papas canonizaron a más personas, y los lugares asociados a algunos de ellos, conocidos por sus milagros, se convirtieron en centros de peregrinación. El papa Pío IX, que desató esta tendencia, había pasado su infancia entre el pueblo llano y desconfiaba de los intelectuales. Promovió el culto a María, promulgó el dogma de la Inmaculada Concepción y se sintió afín a los cultos populares. Sin embargo, la beatificación o canonización de maestros y milagreros populares también tenía un propósito político. La Iglesia estaba presionada por el auge de las fuerzas seculares tras la caída de Napoleón III en Francia y el prolongado enfrentamiento de Bismarck con la Iglesia católica de Alemania durante las llamadas *Kulturkampf* o guerras culturales. La promoción de cultos populares era una manera de contraatacar desde abajo la tendencia al secularismo. Algunos centros eran totalmente nuevos y ninguno más importante que Lourdes en el sur de Francia (véase ilustración 9.1)[56]. El auge del culto a Bernadette, una joven que tuvo visiones de la Virgen, fue originalmente un fenómeno popular. La gente local creía en las promesas de salvación que anunciaba. Después, durante «los conflictos religiosos y clericales de Francia, la peregrinación a Lourdes se convirtió en una demostración política católica»[57]. Tras la desvinculación en Francia de la Iglesia y el Estado en 1907, el día de la milagrosa aparición de Bernadette fue declarada por el papa festivo para toda la Iglesia.

La Iglesia promocionó otros cultos locales y rutas de peregrinación parecidos en otras tierras donde la Iglesia católica tenía enemigos poderosos, por ejemplo, Knock en Irlanda y Marpingen en Alemania. Pero incluso cuando la política no entraba en juego, la bendición de los cultos regionales ayudaba a la Iglesia a controlar y moldear la religión popular para establecer una mayor homogeneidad de práctica y de fe. En Velankanni, en el sur de la India, el papa promocionó la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, un lugar de peregrinación para la comunidad marinera lusohablante local. En Centro y Sudamérica, los revolucionarios y los reaccionarios buscaban la bendición papal y la autorización de las peregrinaciones a lugares con versiones especiales americanas del culto mariano, a menudo situados en centros de veneración precolombinos.

De hecho, en muchas tradiciones religiosas importantes, la peregrinación a centros de poder espiritual, grandes o pequeños, se aceptó cada vez más como una forma de veneración en su propio derecho. Además, el viaje espiritual, el autosacrificio y el júbilo experimentado

otorgaban al peregrino una forma especial de individualidad, que podía compartir con otros. Se convirtió en una forma de expresarse y pronto aparecieron diarios de peregrinación en muchos idiomas.

LA IMPRENTA Y LA PROPAGACIÓN DE LA RELIGIÓN

El historiador y antropólogo Benedict Anderson popularizó la idea de que el rápido desarrollo de la imprenta y la proliferación de libros y periódicos ayudaron a formar nuevas comunidades nacionales imaginadas. Pero lo que era cierto para la nación, también lo fue para la religión en su nuevo formato uniforme. En muchas partes del mundo, sobre todo Oriente Medio, el sur de Asia y África, la imprenta había avanzado poco hasta el siglo XIX. En el este de Asia, las antiguas técnicas de impresión en bloque existían desde antaño y se utilizaban para difundir literatura ética y religiosa. Pero la llegada de las nuevas técnicas occidentales creó la posibilidad de producir y distribuir literatura con facilidad y mucha rapidez. Incluso en el mundo occidental, el siglo XIX fue testigo de grandes progresos en las técnicas de impresión que permitían la publicación masiva de libros. Los periódicos, un pasatiempo de la élite en el siglo XVIII, incrementaron el número de ejemplares de modo que en el siglo XIX había información sindicada en la prensa, con circulación de millones de copias y controlada por los «barones de la prensa» europeos y norteamericanos.

Los libros, panfletos y periódicos religiosos formaban una categoría enorme dentro de este mundo editorial en expansión. La Biblia, claro, era el libro más publicado en Europa y en la Norteamérica protestantes. Pero a principios del siglo XIX también hubo un gran incremento en la publicación de diarios de misioneros y diarios religiosos. No sería exagerado aseverar que hacia 1830 la brecha causada en el mundo anglosajón por la Guerra de la Independencia norteamericana se había cerrado, y que la actividad misionera conjunta tanto dentro como fuera del Imperio Británico fue una de las razones del acercamiento. Mientras recordamos los grandes periódicos de Europa, es importante no olvidar que periódicos religiosos como el *Church Times* anglicano eran de los más importantes. Aunque la liturgia católica romana seguía oficiándose en latín y las posibilidades de publicar masivamente la Vulgata eran limitadas, las publicaciones católicas lograron una uniformidad y una difusión desconocidas antes de 1789. El periódico papal, *l'Osservatore*

Romano, fundado en 1871, logró un estatus especial como la voz autorizada de la Iglesia. La explosión editorial también benefició a las sectas pequeñas. En 1885 apareció la primera edición del *Christian Science Journal* en Boston. Los dos grandes temas de la época, la ciencia y la religión, se veían unificados en un contexto impreso.

En mayor o menor medida, los grandes textos espirituales y las publicaciones propagandísticas de otras religiones mundiales se transformaron de forma parecida. Hacia 1870, el Corán se publicaba en árabe en El Cairo, Alejandría, Damasco y Estambul[58]. Pero en el sur y el sudeste de Asia la transformación fue aún mayor. En la India, el Corán,



9.5 Escuela musulmana para chicos, Famagusta, Chipre, 1909. Fotografía de A. H. Fisher.

que se había traducido del árabe al persa, apareció por vez primera en urdu, la lengua vernácula, traducido por reformadores puristas en la década de 1840. Poco después apareció una traducción al malayo. Las enseñanzas morales y éticas de la fe también empezaron a publicarse y a difundirse a partir de esta fecha. Los primeros periódicos en árabe, persa, urdu y malayo llenaban sus páginas de sermones, artículos piadosos y relatos basados en las escrituras sagradas.

En el caso cristiano, judío y musulmán, los primeros textos religiosos impresos y sus reimpresiones ya tenían bastante uniformidad. Algo parecido a una versión canónica de los textos y las tradiciones religiosas estaba a disposición de la mayoría de las ramas de la Iglesia cristiana y del islam. Como consecuencia de las mejoras en los sistemas de comunicación durante el siglo XIX, hubo una mayor uniformidad y penetración popular de las versiones de los textos religiosos. Esto se debió no sólo a los movimientos de conversión internos y en el extranjero, sino también a los conflictos doctrinales entre católicos y protestantes, chiítas y sunitas, ahmadiyya y bahaí..., que definieron mejor la doctrina. En el caso del hinduismo, el budismo y las demás religiones de la India (el sijismo, el jainismo y el zoroastrismo, por ejemplo), el proceso fue aún más radical, por lo menos en lo que concernía al contenido «doctrinal». De alguna manera, podríamos decir que las doctrinas hindú y budista se crearon en el siglo XIX a consecuencia de la revolución de la imprenta. Antes, había existido una enorme, compleja y contradictoria colección de tradiciones. La imprenta permitió exponer el hinduismo en formato escrito en una sola estantería. También permitió una traducción más rápida de estos textos y un análisis científico e histórico del tipo comentado en el capítulo 8.

EDIFICIOS RELIGIOSOS

Las religiones siempre han creado escenarios sagrados para conmemorar la aparición de la divinidad en la Tierra y para establecer lugares donde los fieles pudieran reunirse y compartir un sentido de comunidad. La arquitectura religiosa también ha sido una manera para que los gobiernos y aristócratas y terratenientes pudieran demostrar su estatus y su poder, llamando la atención sobre su devoción y su autosacrificio en pro de la comunidad. Los hombres y mujeres del siglo XIX se pusieron manos a la obra con vigor para santificar sus paisajes. El islam ya

tenía la que quizás era la organización más sistemática de edificios religiosos. La presencia de una mezquita donde congregarse, mezquitas de barrio y baños públicos para actividades rituales era un importante indicio de la existencia de una comunidad musulmana. Desde los tiempos del Profeta, cuando los líderes musulmanes conquistaban tierras nuevas, construían una gran mezquita para representar la soberanía de Dios y, por ende, la suya. Al ser un periodo en el que el islam se extendió muy rápido, sobre todo por África, el siglo XIX fue testigo de la edificación de muchas mezquitas nuevas. Además de los gobernadores, los nuevos mercaderes enriquecidos construyeron edificios religiosos y hospicios para peregrinos y para pobres, sobre todo si tenían vínculos con el comercio europeo y querían preservar su reputación entre sus correligionarios.

El mayor cambio entre los musulmanes en el siglo XIX, aparte de la proliferación mundial de mezquitas, fue el comienzo de la uniformidad arquitectónica. Los estilos árabe y otomano de mezquita, con cúpula, se impusieron a los estilos más heterogéneos que caracterizaron periodos anteriores (véase ilustración 9.6). Sobre todo, el estilo árabe llegó al oeste de África, el sur de la India, la península malaya y el archipiélago indonesio, donde hasta entonces habían prevalecido construcciones con patio interior y salas de madera. Este cambio fue otro aspecto de la uniformidad doctrinal y ritual que vimos en la sección anterior. Si los gobernantes habían ido de peregrinación a los lugares sagrados, querían que las mezquitas que patrocinaban fueran como las que habían visto en La Meca, Medina o Karbala. Si no habían estado en estos sitios, querían copiar y recrear los edificios ideales que veían en las láminas impresas o que se imaginaban gracias a los relatos de los viajeros.

Quizás el siglo XIX haya sido el periodo de construcción de iglesias más importante de la historia cristiana desde la Alta Edad Media. Nuevas técnicas de construcción y avances científicos lo posibilitaron. El fervor religioso y las planchas de acero se reforzaron mutuamente. Los filántropos y los empresarios prósperos construían iglesias y catedrales en los distritos industriales y en los barrios de clase media para demostrar su religiosidad y su prosperidad. La tolerancia religiosa redobló el número de iglesias porque los recién autorizados católicos del norte de Europa las construyeron en gran cantidad. Enormes edificios católicos y disidentes empezaron a competir con las viejas iglesias protestantes en las ciudades de Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos y Alemania, una prueba del fin de la anterior discriminación. En gran parte del mundo anglófono y germánico se dio una deliberada vuelta a los estilos de la



9.6 El «templo Mahometano» o Nagore Dargah de Singapur, *c.* 1880.

Edad Media. El estilo gótico conmemoraba supuestamente la continuidad ininterrumpida de la comunidad cristiana y de un mundo cristiano unido y, a su vez, apelaba a la nostalgia por unos tiempos de un orden social sin clases ni consumismo, la nostalgia que analizamos en el capítulo 8. A veces los resultados eran horribles, como los esfuerzos del arquitecto Viollet-le-Duc de hacer más góticos los edificios góticos auténticos de París, que pusieron en peligro su integridad estilística[59].

Esta fiebre por construir edificios religiosos también tuvo lugar en el mundo de ultramar. Donde los europeos conquistaron o controlaron territorios, desde la costa de China hasta el sur de África, construyeron grandes iglesias allá donde anteriormente los pequeños grupos de cristianos de la comunidad indígena, más discretos, habían construido a menor escala. Aunque muchos gobiernos coloniales de Asia recelaban de convertir a los no cristianos, no podían evitar que las comunidades de colonos anunciaran su supremacía y su dominio religiosos de manera menos directa. La Indochina francesa estaba sembrada de iglesias del

estilo de Saint-Sulpice y Notre-Dame de París. Las iglesias anglicanas empezaron a alzarse entre los campos de golf y zonas de ocio europeas de India, Birmania y Malasia. Pero no sólo los cristianos ganaron ese tipo de autoconfianza. Las recientemente adineradas comunidades de hindúes y budistas invirtieron grandes sumas en la edificación de templos en ciudades dominadas durante largos siglos por mezquitas, o en colonias en el extranjero donde los hindúes habían sido una minoría perseguida. Estos templos, como las iglesias cristianas, se construían en estilos anacrónicos. Imitaban los grandes templos hindúes de los siglos XI al XIII. Pero si las planchas de acero y el hormigón los hacían más estables, el arte que los decoraba era más estridente y mundano que la de aquellos grandes edificios del pasado.

Estos avances arquitectónicos formaban parte del nuevo urbanismo que, como vimos en el capítulo 8, caracterizó el final del siglo XIX. El estilo de vida urbano marcó el ritmo a toda la sociedad de una forma que no se había dado antes, ni siquiera en el siglo XVIII. Por eso, las autoridades religiosas redoblaron sus esfuerzos para ocupar un lugar central en la vida urbana mediante sus enormes construcciones de edificios sagrados.

La arquitectura religiosa refleja muy bien uno de los temas centrales de este libro. Había cada vez más uniformidad en los estilos arquitectónicos y en las funciones sociales en todo el mundo y en todas las religiones. Occidente no era ya el único centro difusor de tendencias. El estilo árabe de mezquita, el estilo Qing confucionista de templo y el estilo del siglo X del centro de la India predominaron de la misma manera que la iglesia gótica. Tampoco podemos decir que el uso de estos estilos fuera una reacción contra la extensión del cristianismo. A veces fue todo lo contrario. Las comunidades cristianas construían iglesias nuevas para demostrar su religiosidad a sus vecinos musulmanes, hindúes o budistas.

LA RELIGIÓN Y LA NACIÓN

El siglo XIX fue un periodo en el que los textos religiosos, las oleografías, las copias impresas de la Biblia y el Corán y los pequeños objetos y amuletos devocionales se produjeron en masa y se abrieron paso en la vida cotidiana. El paisaje se llenó de nuevas estructuras religiosas y millones de personas emprendieron largos viajes para experimentar la fe religiosa

en comunidad. La enseñanza religiosa se regularizó, se formalizó y se extendió por gran parte del mundo, los santuarios sufíes dedicados a santos y a las deidades locales quedaron sujetos con mayor firmeza a un más amplio mundo de normas religiosas abstractas. Si ésta fue la época de la desmitificación, como dijo Max Weber, lo sería en un sentido muy especial. Es cierto que algunos tipos de magos, brujos, chamanes y talismanes perdieron su influencia, que los fantasmas se replegaron al mundo literario y que los objetos cotidianos perdieron su poder para hacer el bien y el mal. Pero esto sólo ocurrió entre la pequeña clase media internacional. En otras partes, la racionalización no había progresado mucho. Las religiones habían dado pasos gigantescos como estructuras de autoridad y de fe. Se resistieron a la creciente nación-estado y, en gran parte del mundo, aunque no en Europa, siguieron teniendo poder cuando la nación-estado empezó a resquebrajarse hacia finales del siglo XX.

Es importante que muchos nacionalismos modernos se dejaran influir por la naciente solidaridad religiosa que hemos comentado y acabaran moldeados por ella. Aunque los líderes y los programas formales de los movimientos nacionalistas hablaran de liberalismo, secularismo y justicia económica, para el pueblo, la religión y la formación de la nación iban de la mano. La religión fue el grito de guerra de los patriotas españoles y rusos que combatían contra Napoleón. En Rusia, una de las ideologías más potentes fue el paneslavismo. Era una curiosa amalgama de nacionalismo romántico, de reacciones contra el «materialismo» e «individualismo» occidentales y, sobre todo, de devoción hacia la Iglesia ortodoxa y su defensor temporal, el zar. A diferencia del catolicismo o el islam, la Iglesia ortodoxa no fue testigo de una profunda revisión de su doctrina y su ritual en el siglo XIX. Sí que es cierto, en cambio, que hubo intentos proselitistas en el centro de Asia y el Cáucaso, enfocados a evitar que la gente «recayera» en el islam. Pero fueron a pequeña escala. La Iglesia ortodoxa se convirtió en un símbolo nacional. Muchos intelectuales y artistas salieron en su defensa por ser el alma mística del pueblo ruso. En los Balcanes, el viejo ecúmeno ortodoxo del Imperio Otomano se fragmentó en varias iglesias nacionales. En 1833, tras la independencia, se fundó la nueva Iglesia griega. Más adelante, en 1870, se fundó la búlgara. Como comenta Mark Mazower, «la religión se convirtió en una seña de identidad nacional nunca antes vista»[60]. Los liderazgos religiosos estaban muchos más estrechamente vinculados a los proyectos nacionales. Sin embargo, al mismo tiempo, tenían cierta libertad para el proselitismo en lenguas regionales y para

estandarizar y disciplinar la religión entre los campesinos, algo que no había ocurrido bajo los otomanos.

Los casos de Irlanda y Polonia, ambas dependientes de otro Estado mayor durante el siglo XIX, muestran cómo un sentimiento de discriminación religiosa y un orgullo religioso podían catalizar el nacionalismo y la resistencia populares. El poeta Casimires Brodzinski (1791-1835) parece haber resumido la experiencia de ambos pueblos sumergidos cuando, refiriéndose a la partición y anexo de Polonia en 1795, escribió lo siguiente:

O Cristo, Señor de los hombres,
Polonia sigue Tus pasos, y sufre como Tú,
Y cuando Tú, Señor, lo pidas,
Polonia resucitará como Tú hiciste.[61]

La religión y la identidad patria reaccionaron de forma explosiva. En 1879, por ejemplo, cuando las tropas austriacas entraron en Bosnia como parte del tratado de paz que dio por finalizada la guerra entre Austria y el Imperio Otomano, se produjo una importante revuelta popular reforzada por la solidaridad religiosa. Parece normal que se rebelaran los duros musulmanes de las montañas, pero también se rebelaron los cristianos ortodoxos de esta antigua provincia otomana. Ninguno quería el dominio católico de los austriacos. El resurgir religioso, tanto como el nacionalismo étnico o lingüístico, mantuvo el hervidero balcánico al fuego vivo hasta 1914, o, mejor dicho, hasta hoy en día. También en Egipto y la India musulmana, las demandas de independencia nacional que surgieron en la década de 1880 se vieron reforzadas y moldeadas por el temor de que la religión estaba en peligro. Y la religión, claro, podía fragmentar un movimiento para la autodeterminación nacional de la misma manera en la que podía unirlo.

CONCLUSIÓN: EL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA

Los historiadores de las ideas se han dado cuenta durante la última generación de la profundidad de la influencia religiosa en las ideologías supuestamente seculares y en la ciencia durante el siglo XIX. Por ejemplo, la demografía y la economía de las naciones protestantes de principios del siglo XIX se vieron influidas por la idea de que los periodos de depresión económica eran una señal del castigo de Dios, por lo que la

gente debía hacer penitencia. Mucho pensamiento liberal, e incluso socialista, reflejaba ideas arraigadas sobre la justicia y la comunidad de origen cristiano. Cuando los musulmanes, hindúes y budistas adaptaron estas ideas a sus circunstancias, también las tiñeron de su propia religión. Fuera de los intelectuales indígenas, el pensamiento social estaba imbuido siempre de las ideas religiosas del buen gobierno y la justicia divina. Lo mismo ocurrió con la ciencia. Los misioneros cristianos fueron pioneros en la clasificación y recopilación científicas, sobre todo en África y el Pacífico, por medio de sus intentos de mostrar la generosidad creativa de Dios para con la humanidad. La polémica cristiana con Darwin nos ha ocultado el estilo de vida que compartían los religiosos y los científicos. Los musulmanes e hindúes también intentaron probar la verdad de sus textos sagrados demostrando que estaban llenos de datos científicos. Para ellos no había ningún conflicto entre la ciencia y la religión.

Quiero decir una cosa más. Este capítulo sostiene que los años a partir de 1815 fueron testigos de la expansión y consolidación de las grandes religiones mundiales. Retrospectivamente, este proceso es igual de importante, o más aún, que el auge del nacionalismo y el liberalismo, que tanto domina las historias de la época. No debemos pensar, sin embargo, que la uniformidad en las prácticas religiosas, y mucho menos en las doctrinas, dominara el mundo en 1914. Todo lo contrario: la experiencia religiosa de mucha gente, rica o pobre, seguía estando fragmentada, o bien era ambigua, o insurgente. Hacia 1914, en algunas partes del mundo, como las selvas brasileña y africana o las mesetas de Papúa-Nueva Guinea, apenas conocían a los misioneros cristianos. En gran parte de los bosques, desiertos y montañas de Asia perduraban los cultos espiritistas y chamánicos sin apenas influencia del hinduismo, el budismo o el islam. En estas zonas, la experiencia religiosa del pueblo no estaba organizada, ni había ceremonias rituales conjuntas, sino más bien chispazos de refortalecimiento místico que alteraban las conciencias individuales.

Por el contrario, existían también zonas donde la gente aparentemente había abandonado las religiones convencionales por completo. Los intelectuales de Occidente experimentaban con el espiritismo, la teosofía, las religiones orientales e, incluso, el satanismo. El vidente francés Allan Kardek ofreció una justificación moderna para los grupos de espiritistas de todo el mundo de influencia francesa, desde Indochina a Brasil, que buscaban una religión universal para la humanidad. Extrañas creencias se escondían en rincones oscuros. El diplomático

británico lord Frederick Hamilton comentó este ejemplo típico de un incidente que tuvo lugar en Londres, la ciudad más poderosa del mundo, durante el momento más álgido del «resurgir cristiano»:

> En 1840 o 1850 tuvo lugar en el Panteón de Oxford Street una sesión de espiritismo. Un grupo de personas alquiló la sala e invocó al diablo de manera tradicional. Entonces *algo* ocurrió y todos salieron corriendo a Oxford Street y no hubo forma de conseguir que ninguno volviera a entrar en el edificio[62].

Aunque el escepticismo, el satanismo y los cultos mesiánicos de la tradición cristiana se remontan a tiempos del emperador romano Juliano, el ateísmo, un culto devocional importante, se extendió por el mundo occidental como una reacción a los procesos de consolidación religiosa. El universalismo babi-bahaísta, derrotado en Irán en la década de 1840, se extendió por todo el mundo, y captó muchos adeptos en Chicago y otras ciudades estadounidenses. También la secta ahmadiyya, considerada idólatra por los musulmanes ortodoxos, aprovechó la imprenta para hacer y mantener adeptos en todo el mundo. Los asiáticos, africanos y latinoamericanos siguieron venerando sus cultos locales, a pesar de las condenas de sacerdotes y maestros de escuela cada vez más influyentes e intervencionistas. Algunas de las revueltas menores más importantes del siglo proclamaban asuntos mesiánicos, cosa que enfureció a los líderes ortodoxos. El budismo milenarista y el cristianismo sincrético fueron dos ideologías que atacaron el orden confuciano en el Imperio Chino. Los movimientos yihadistas musulmanes se enfrentaron a los gobiernos musulmanes y a los extranjeros a lo largo del siglo. El mesianismo cristiano tuvo su papel en las revoluciones de 1848, la Gran Marcha de los bóers y la Revolución Mexicana.

Sí podemos decir, sin embargo, que en 1914 las proclamas de las grandes religiones mundiales estandarizadas se conocían en una parte mucho más grande del mundo que en 1789, entre los ricos, la clase media y los pobres, y que la gente actuaba según sus pautas. Incluso muchos de los movimientos regionales heterodoxos, mesiánicos, espiritistas y chamánicos que citamos antes se definían en términos de las religiones mundiales. Adaptaron algunas características del papado, las técnicas evangelistas protestantes y la arquitectura de los templos del «alto» confucianismo. Lo mismo ocurrió con los nuevos movimientos espirituales híbridos que se desarrollaron entre la clase media internacional a finales del siglo XIX y que proclamaban el amanecer de una nueva era espiritual. Por ejemplo, los teósofos irlandeses, norteamericanos, australianos, británicos e indios de la década de 1880 eran partidarios

de una tradición conscientemente global e intelectual. No eran representantes de una «pequeña tradición» regional presionada. El concepto del «maestro que vendrá» que proclamaba la teosofía era, claramente, postcristiano, y los teósofos también tomaron prestados aspectos de la espiritualidad universal humana del hinduismo y el budismo. Los ministros del gabinete francés de 1905, que usaron una tabla güija para contactar con los espíritus, eran postcristianos, y no los supervivientes de un mundo precristiano «que hemos perdido». La enseñanza de la Biblia cristiana, la Torah o el Corán musulmán, como la nación-estado, hizo que muchas personas más los conocieran, sólo que a gran distancia.

10

EL MUNDO DEL ARTE Y LA IMAGINACIÓN

El alcance internacional de la nación-estado y de las grandes religiones mundiales fue una característica dominante del periodo que fue entre 1860 y la Primera Guerra Mundial. Durante el mismo, el capital industrial potenció a los poderosos gobiernos europeos todavía más, mientras que las mejoras en las comunicaciones ampliaron las comunidades religiosas. Como veremos en el capítulo 11, estas formas modernas a veces se reproducían manteniendo o reinventando antiguas jerarquías o formas de poder. En este capítulo, sin embargo, analizaremos la imaginación humana en los campos de la literatura y el arte. El arte también registró la influencia directa de la nación, la religión, el imperialismo y el capital. Los procesos de uniformidad consiguieron crear un mercado artístico internacional, los museos, una historia del arte y una sensibilidad artística internacional que transformó las antiguas tradiciones y escuelas mundiales. Sin embargo, al mismo tiempo, el extraordinario poder, la complejidad y la variedad de la imaginación artística amenazaban constantemente con subvertir estas tendencias. Un siglo que comenzó con las pesadillas brutales de Francisco de Goya, el pintor español, sobre la guerra y la revolución terminó con los escultores japoneses que adaptaron el estilo del maestro francés Auguste Rodin, mientras los indios imitaban las técnicas japonesas de color y manejo del pincel.

EL ARTE Y LA POLÍTICA

El arte, la arquitectura y la literatura mundiales con frecuencia reflejaban directamente los cambios dramáticos de la vida sociopolítica, cambios que hemos visto ya en este libro[1]. Los artistas, arquitectos y novelistas se convirtieron en agentes activos de la creación de nuevas políticas y sensibilidades sociales a una escala jamás vista. En la década de 1860, Giuseppe Mazzini resumió la opinión contemporánea convencional de la relación entre el arte y la nación emergente: «El arte no es

el capricho de un individuo u otro, sino una procesión histórica solemne o una profecía... sin patria ni libertad quizás tendríamos profetas del arte, pero no tendríamos arte en sí mismo»[2]. Los dramas musicales de Richard Wagner se convirtieron, para muchos, en emblemas del sentimiento de germanidad que representaba la nueva nación unificada. Alessandro Manzoni no sólo anticipó la nueva Italia unificada, sino que en sus cartas y novelas generalizó su versión particular del dialecto de la Toscana para que fuera el idioma nacional de la nueva nación[3]. El funeral de Victor Hugo, autor de *Nuestra Señora de París* y de *Los Miserables,* celebrado en París en 1885, tuvo un nivel casi napoleónico, y muchos bulevares y calles recibieron su nombre en todo el Imperio Francés. Rabindranath Tagore, el primer premio Nobel de literatura no occidental (en 1913), se convirtió en la India en un icono, mientras que él mismo, a la vez, describía su poderosa nostalgia por la comunidad campesina perdida que formaba la ideología de su asediada intelectualidad urbana.

Como pasa en tantas otras dimensiones intelectuales, los comentaristas artísticos utilizaron la historia para poder entender la evolución de su tiempo. La primera historia del arte académica se vio en la obra del erudito germano-suizo Jacob Burckhardt y en la de sus contemporáneos. La China antigua y la Europa renacentista habían tenido eruditos que escribían sobre la vida de artistas y que reunían grandes colecciones. Pero Burckhardt, impulsado por el deseo de explicar los orígenes del Renacimiento en Italia, también celebraba el auge del individualismo burgués de su tiempo[4]. Los personajes del arte italiano a los que él y sus contemporáneos dieron vida, como el orfebre Benvenuto Cellini o el hombre renacentista «universal», Leon Battista Alberti, reflejaban el deseo del mundo decimonónico de despojarse de la tradición para crear un nuevo dominio de la imaginación así como de recrear el mundo de los siglos XV y XVI. Mientras tanto, los eruditos europeos y norteamericanos miraron a ultramar e intentaron describir el desarrollo del arte y de la literatura en otras civilizaciones del mundo. Entraron en contacto con asiáticos y africanos que querían elogiar el valor de su arte y su literatura, y que empezaban a considerarse símbolos de la genialidad nacional.

HIBRIDACIÓN Y UNIFORMIDAD EN EL ARTE DE TODO EL MUNDO

Aparte de involucrarse activamente en la creación histórica de esta manera, los artistas e historiadores del arte fueron testigos de unos cambios

fundamentales en el arte y la literatura: la globalización y, más adelante, la «internacionalización», y también la tendencia hacia la contestada uniformidad. En 1750, la mayoría de las sociedades ya tenían sus tradiciones artísticas, tanto populares como elitistas, bien definidas. Los artistas de estas tradiciones querían representar simbólicamente las creencias y la noción de la monarquía. Las representaciones de Cristo y de Buda y las impresiones estilizadas de versículos del Corán, por ejemplo, reflejaban la presencia divina en la vida cotidiana. Mientras que estas tradiciones se habían ido entrelazando e influyendo las unas en las otras hasta cierto punto, permanecieron siendo distintas y fueron animadas por diferentes ideologías y estéticas con profundo ascendiente en el pasado. Los sistemas representativos eran bastante coherentes. Incluso en el arte europeo occidental, donde los símbolos paganos se mezclaban con los cristianos y con imágenes picarescas de la vida cotidiana, el vocabulario simbólico era bastante limitado y era fácilmente reconocible para el pueblo llano además de para los intelectuales.

Hacia 1900, estas tradiciones se habían transformado a un nivel profundo. Una oleada de símbolos nuevos, a veces opacos, se añadieron al repertorio del arte y la literatura occidentales. A su vez, los nuevos medios de representación habían posibilitado una explosión de formas populares artísticas y dramáticas. Según muchos observadores, las grandes tradiciones estéticas independientes del mundo extraeuropeo estaban desapareciendo, sucumbiendo ante la pintura académica europea, los estilos arquitectónicos europeos y la novela europea. Así, el crítico de arte y nacionalista anglo-ceilanés, Ananda Kentish Coomaraswamy, pensaba que el golpe más devastador infligido por Europa a Asia no fue la ruina económica, sino la vulgarización y destrucción de las tradiciones artísticas que eran los pulmones del hinduismo, el budismo y el confucianismo[5]. Estas predicciones sobre la extinción cultural eran, probablemente, exageradas. El arte y la literatura extraeuropeos mantuvieron su vitalidad, a veces en forma híbrida. Adoptaron ideas y técnicas europeas sin ser víctimas de las mismas. El arte, la música y el drama popular florecieron incluso cuando el arte elevado y religioso de la corte estaba en decadencia.

Por el contrario, los estilos de África, Asia y Polinesia invadieron la pintura, la escultura y las artes decorativas europeas a partir de 1880. El pintor anglo-norteamericano J. M. Whistler, por ejemplo, extendió la moda del jarrón llamado oxiacanta, modelado en el estilo imperial Kanxi, en azul y blanco. Un poco después, el pintor Paul Gaugin se dejó influir por los sutiles códigos de colores de las islas de la Polinesia

francesa, mientras que un joven Pablo Picasso utilizó temas y colores africanos para empezar su vida ecléctica.

No hay duda, sin embargo, de que la tradición de arte elitista de muchas sociedades extraeuropeas estaba en declive, y que sus patrocinadores y artesanos estaban desapareciendo. Incluso en Europa, el patrocinio artístico de los príncipes, papas y nobles, una tradición ininterrumpida desde 1300, se disipó y atrofió entre 1800 y 1900. Esto queda patente con una visita al Museo Vaticano, una de las mejores colecciones de arte europeo del mundo. Al final de la visita, salimos de una maravillosa profusión de imágenes cristianas y clásicas de los siglos XVI al XVIII a una valiosa, aunque terriblemente monótona, sala de «arte cristiano moderno». De hecho es un ejemplo interesante de la transformación religiosa que comentamos en el capítulo anterior. El arte de los «imperios religiosos» decimonónicos era popular, producido en masa y, discutiblemente, de segunda clase. Incluso, los grandes edificios construidos en el siglo XIX —nuevas mezquitas, iglesias neogóticas y templos neohindúes— fueron productos de la plancha de acero y de técnicas de construcción mecanizadas. En gran parte del mundo, la religión como culto estético o real se ignoraba o había sido desarraigado.

En 1799, el último año del emperador Qianlong, las alfarerías imperiales y numerosas y pequeñas empresas alfareras de China, Vietnam y Corea seguían produciendo gran cantidad de porcelana china para la corte y la aristocracia, además de para la exportación. Como la sabiduría antigua era el bien más valorado, se hacían copias elaboradas de los artefactos típicos de dinastías anteriores para aquellos que no podían permitirse comprar los originales. Hubo algún cambio, claro. Los estilos blanquiazules o rosáceos se elaboraron más, con miles de pequeñas figuras y diseños algo chillones, que no hubieran gustado a los entendidos originales. El palacio imperial de verano del siglo XVII había incorporado detalles de los jesuitas que aconsejaban a la corte sobre astronomía y medición del tiempo. Se empezaron a utilizar técnicas y motivos europeos. Pero los jesuitas estaban allí con permiso imperial y, en contra de sus propios deseos, contribuyeron a los propósitos y principios confucianos. La tradición cultural artística y literaria seguía siendo autóctona. En Europa, las importaciones por parte de las Compañías de Indias orientales inglesa y holandesa de diseños, ropas y porcelanas chinas e indias llenaron también los *palazzi* de Florencia, los hoteles parisinos y las casas de campo de Gran Bretaña e Irlanda. Sin embargo, se exponían en estilos arquitectónicos dominados por el legado renacentista, en edificios diseñados por el arquitecto «romanizante» Palladio y

sus diseñadores contemporáneos. Estos acontecimientos se pueden explicar con la idea de la «globalización arcaica» que vimos en el capítulo 1. La gente buscaba una fachada exótica para mostrarse como grandes coleccionistas y entendidos de una tradición cultural.

Hacia 1914, todo había cambiado bastante. Los británicos habían destruido el palacio imperial de verano chino en 1860. El palacio imperial había sido saqueado sistemáticamente por los ejércitos aliados que invadieron China en 1900 durante la rebelión de los Bóxers y sus piezas aparecieron en los museos de Londres, París, Washington y Tokio. Ya en los últimos años del régimen, las artes decorativas reservadas anteriormente para la casa imperial empezaron a venderse en el mercado. Las preciosas batas de la familia real con sus estampados de dragones, por ejemplo, las compraban chinos adinerados o extranjeros [6]. El gobierno nacionalista cerró muchas de las fábricas de porcelana imperiales en 1911. Las viejas familias artesanas siguieron produciendo porcelana y productos metálicos laqueados, así como las viejas familias de intelectuales literarios siguieron escribiendo versos y prosas tradicionales. Sin embargo, la cohesión cultural había desaparecido con los burócratas y la corte que una vez la había mantenido. La clase media de las ciudades portuarias quería artefactos de estilo europeo y los empresarios chinos construyeron hoteles y palacios en los estilos neogótico y neoclásico típicos en todo el mundo occidental, desde Florida a Niza.

Mientras tanto, las imitaciones baratas europeas de los estilos floridos de la porcelana Qianlong se producían en toda Europa y en Estados Unidos. No sólo los grandes clientes, sino también una completa estética visual, se había resquebrajado en menos de un siglo. La había reemplazado una colección de artefactos híbridos, medio europeos, medio chinos, que se movían por las rutas comerciales hasta recabar en los cuartos de estar de la clase media internacional. Ya en la década de 1820, por ejemplo, los mercaderes indios de Calcuta compraron enormes jarrones chinos de producción masiva y los vendieron con las copias importadas de estatuas renacentistas europeas de mármol de Carrara[7]. Más tarde, los comerciantes de Sind empezaron a comerciar con objetos de fabricación masiva japoneses y chinos que vendían a los consumidores británicos y franceses en las ciudades norteafricanas[8]. Los mercados para la creación artística existían desde hacía años, sobre todo en Europa, Oriente Medio y China, pero se habían limitado a la nobleza y a los aristócratas entendidos. Ahora el mercado era mucho más amplio, más competitivo y más internacionalizado.

El declive del arte y de la arquitectura de élite había tenido lugar en otras zonas del mundo. El arte sacro y real de los antiguos centros políticos había sido destruido o interrumpido tras las invasiones europeas. Los bronces del reino de Benin, en el oeste de África, se encontraban en el museo británico tras la expedición punitiva de 1897[9]. Cuando los británicos restauraron la monarquía en Benin en 1914, la corte reemprendió sus rituales, pero la preciosa tradición de hacer bronces, que databa desde el siglo XV, nunca volvió a ser igual. El trono y las vestiduras de la monarquía de Birmania también viajaron hasta Londres tras la ocupación del país en 1886, aunque fueron devueltos en 1948, coincidiendo con la independencia. Lo que es más importante, la razón de ser de la producción de estos artefactos de un reino sacro antiguo había desaparecido. Cuando los sultanes otomanos decidieron presentarse como monarcas constitucionales modernos tras las reformas del Tanzimat, abandonaron el palacio Topkapi y se instalaron en los palacios neoclásicos de la otra orilla del Cuerno de Oro. Las antiguas alfarerías de Iznic (antigua Nicea) también cerraron cuando dispersaron a los eunucos del palacio y los derviches fueron expulsados de la política. En todos estos casos sobrevivieron los entendidos y los artesanos, aunque se perdió la unidad de la civilización antigua.

Incluso en Europa pasó algo parecido. La expansión napoleónica por Europa fue testigo del saqueo de cuadros, esculturas y artefactos literarios a una escala parecida a la de los británicos en Asia y África. El 80% de los tesoros artísticos de Venecia acabaron en Francia y el norte de Europa entre 1796 y 1815. Los gremios de artesanos que habían nutrido a Italia de las tradiciones de arte popular desaparecieron, tratados como reaccionarios, durante los años de populismo revolucionario[10]. Es cierto, por supuesto, que para muchos historiadores del arte moderno, el arte eclesiástico y de la corte real de la Europa del siglo XVIII, con sus santos sensibleros y sus lujosos querubines, representa la decadencia del Antiguo Régimen. Sin embargo este arte, y la literatura asociada, formaban parte de una tradición. El pintor veneciano Canaletto, o François Boucher, su coetáneo francés, tenían más que ver en su técnica y el espíritu de su estética con el arquitecto clasicista Palladio o el pintor del siglo XVI Guido Reni, que con los pintores impresionistas franceses de sólo ochenta años después. A lo largo del siglo XIX, los tesoros artísticos de la aristocracia en decadencia y de las iglesias de Italia viajaron hacia el norte de Europa y Estados Unidos. Los millonarios de la costa este de Norteamérica se llevaron *palazzi* venecianos piedra a piedra, para luego reconstruirlos en sus pueblos y ciudades[11].

FUERZAS NIVELADORAS: EL MERCADO, LO COTIDIANO Y LOS MUSEOS

Estos enormes cambios estaban vinculados a la función y el valor del arte en la sociedad. Sin embargo, también se produjeron cambios internos en el espíritu de la representación artística. Hacia 1914, mucho arte popular y elitista se había «mercantilizado». Ya no se creaba para un mecenas religioso o aristocrático, sino para el mercado. El arte se estaba convirtiendo en un valor en sí mismo, desvinculado ya de la función de animar las oraciones o representar el carisma. Nos será útil examinar este proceso en sociedades distintas.

En la mayoría de civilizaciones, la creación artística había sido, en cierto sentido, un aspecto importante de la devoción religiosa. Pintar una miniatura de un gran santo sufí, una cosmología tántrica budista o un icono ruso se consideraba un acto religioso por parte del artista, mientras que se suponía que ver la obra ayudaba a centrar la mirada espiritual interior. La producción de pequeñas representaciones de deidades, de Buda o de santos cristianos tenía la misma función para la gente pobre y religiosa de todo el mundo. Los artesanos religiosos que hacían estos objetos también eran artistas en un sentido importante: también seguían la disciplina de una estética sutil. En el sintoísmo japonés existía una jerarquía de dioses de la naturaleza, los *kami*. Los dramas populares *noh* se basaban en sus leyendas, mientras que otros *kami* salían del horno y de la herrería literalmente incrustados en las famosas espadas samuráis y en la alfarería de los artesanos rurales[12]. En algunas sociedades de África, en cambio, casi todo el mundo tallaba madera. Tallar era un aspecto de la creación y del mantenimiento de la identidad comunitaria. Crear imágenes fijaba las fuerzas naturales y sobrenaturales que vinculaban a generaciones de seres humanos con sus antepasados y con sus descendientes. Entre los yoruba, por ejemplo, las hachas, lanzas y cuchillos de metal no se hacían sólo por su utilidad práctica, sino también como un canal de comunicación con los antepasados[13].

Lo mismo pasaba con los recitales de música clásica. Incluso en la música occidental, donde se desarrollaron muy pronto las funciones reales y las celebraciones populares, la obra de J. S. Bach y de los compositores venecianos del siglo XVIII tenía un papel específico en el calendario ritual que rigurosamente controlaba la vida y las representaciones religiosas incluso para los pobres. En Asia, los *raga* indios, o composiciones para sitar, y los grupos indonesios *gamelan* trataban de provocar estados devocionales o mágicos. En Birmania, los *pwes,* actuaciones rituales, iban acompañados de dramas y bailes de meticulosa coreografía, y su función era calmar o pedir la ayuda de los poderosos espíritus locales, los *nats.*

Citando a Max Weber de nuevo, el «arte» se desmitificó en parte en el siglo XIX. Los miniaturistas rusos e indios empezaron a producir para compradores laicos y la dimensión mística se fue disipando ante las exigencias del mercado. Los tejedores de alfombras persas encontraron nuevos compradores, muy diferentes a las mezquitas y casas aristocráticas que pedían diseños con símbolos religiosos o totémicos. Los artesanos indios y africanos que sobrevivieron el asedio de la mecanización y el cristianismo tuvieron que producir «arte» en vez de objetos totémicos. Sus compradores ya solían ser europeos expatriados más que los custodios de los templos y altares reales. En la Europa occidental, el arte y la música eran cada vez más seculares. Paradójicamente, la expansión de la religión como doctrina y práctica que vimos en el capítulo 9 marcó su lento desaparecer del mundo artístico. La devoción se representaba con la fabricación en masa de objetos religiosos.

La precipitada desaparición del mecenazgo aristocrático obligó a los artesanos italianos a vender productos con componentes manufacturados en fábricas al creciente mercado turístico del norte de Europa. Gran parte de la obra de Verdi se difundió por Europa en conciertos de las bandas de pueblos y ciudades, un síntoma de la uniformidad social de la nueva nación. También tenemos que recordar, a pesar de la esperanza y creencia de Weber, que el Estado y el mercado gozaban de un aura casi religiosa. En la década de 1890, un efectista cuadro o estatua del rey Víctor Manuel II de Italia podían evocar sentimientos patrióticos. Pero la intención no era purificar el alma como había pasado en el siglo XVIII con las imágenes de María Magdalena, incluso aunque el cuadro estuviera pintado en el estilo conscientemente preciosista del veneciano Giovanni Battista Piazzetta.

La mecanización tuvo un efecto importante en la producción y distribución artísticas internacionales. Uno de los primeros ejemplos fue la rápida eliminación de las industrias textiles artesanales del sur de Asia, e incluso de Oriente Medio, aún sin conquistar. El declive de la industria textil india se vio acompañado por los esfuerzos de las industrias textiles británica, belga y alemana por copiar y adaptar los estilos y símbolos de los viejos productores indígenas. El chal indio había sido un símbolo de lealtad a la monarquía y de mérito aristocrático. Hacia la década de 1830, los industriales de Paisley, cerca de Glasgow, en Escocia, habían empezado a producir chales de estilo indio en masa para vender en el mercado internacional.

Sin embargo, la mecanización no siempre eliminó la artesanía. En ciertos casos ayudó a preservarla o a hacerla más viable. La carpintería escandinava, por ejemplo, cobró vida gracias a las herramientas mecánicas. Los pintores y artesanos prerrafaelitas británicos utilizaban los tintes químicos y minerales y el vidrio de producción masiva de principios de la Revolución Industrial. El movimiento artístico británico, de la metrópoli y de sus colonias, conocido como Arts & Crafts, fue una corriente artística con dos caras. Inspirados por el crítico de arte John Ruskin, los pintores de esta escuela trataron de recuperar la devoción y las técnicas de los artesanos medievales, rechazando el Renacimiento europeo, y mucho más la industrialización moderna[14]. Al mismo tiempo, muchos de ellos utilizaban productos de la Revolución Industrial, y sus clientes y admiradores se localizaban en las nuevas ciudades de clase media que florecieron en el periodo subsiguiente a la industrialización más que entre los rudos y piadosos artesanos descritos en las historias del arte de Ruskin.

Otro cambio general que tuvo lugar en todos estos escenarios y en todos los continentes fue la identificación del arte con lo moderno y lo cotidiano. Los temas de las óperas, de las novelas y de las representaciones pictóricas reflejaban cada vez más acontecimientos de la vida cotidiana moderna, en vez de las hazañas de reyes, santos y héroes mitológicos del pasado. Cuadros de floreras y campesinos existían desde hacía mucho en el arte europeo, pero nunca fueron el tema central del arte de su época, como ocurrió con los cuadros de Henri de Toulouse-Lautrec, que retrataba la sociedad de los cafés, a las camareras y a las prostitutas. Es muy significativo que algunos de los cuadros más famosos de Toulouse-Lautrec imitaran el estilo colorido de las litografías japonesas. Fuera de Europa, novelistas como los escritores en hindi de la década de 1880 empezaron a describir los problemas de la clase media contemporánea en lugar de las hazañas de los dioses hindúes o de los grandes reyes musulmanes del pasado y sus consortes[15].

También cambió la localización del arte. El siglo XIX fue testigo del auge del museo a escala internacional. Las grandes colecciones como la del Louvre de París y la del Museo Metropolitano de Nueva York tuvieron pequeñas imitaciones en museos fundados por los regímenes coloniales y semicoloniales en Hanoi, Batavia, Bombay y El Cairo. El «gran» arte del Antiguo Régimen, saqueado y redistribuido, se encontraba en estos museos. La «museización», como dicen los expertos, no fue meramente destructiva. La llegada de antigüedades egipcias a París tras la invasión de Egipto por Napoleón creó una demanda enorme de objetos

con la cabeza y los pies de la esfinge, y de antiguos obeliscos. Algunos artesanos eran muy finos. En el mundo colonial, la exhibición de budas jemeres de los museos de la Indochina francesa animó a los artesanos indígenas a pintar y tallar con otros estilos. El contexto artístico era tanto el templo o el palacio, como el museo y el mercado.

El resto del capítulo se centra en estos temas: la secularización, la obsesión por el presente y el nacionalismo en las diferentes esferas de la literatura y el arte. He de hacer una advertencia. No quiero sugerir que todas las representaciones artísticas del siglo XIX se redujeran a meras reflexiones sobre procesos sociales y políticos. La creación artística tuvo inspiraciones muy distantes de la política. Los temas clásicos vinculados a la virtud revolucionaria a partir de 1789, por ejemplo, fueron impulsados por los descubrimientos arqueológicos de las ruinas de Pompeya. El arte respondía a muchas cosas aparte de a los imperativos políticos. El mundo de la imaginación mantuvo su autonomía política hasta límites sorprendentes. La aparición de la primera pintura abstracta y la música atonal alrededor de 1900 permitió a los artistas europeos y norteamericanos librarse de la vida convencional mucho más que en los tiempos de las cerradas ideologías políticas y religiosas. La desaparición en el siglo XIX de los gremios de artistas y de los largos aprendizajes, ofrecía una nueva libertad. Aun así, hay que decir que incluso las creaciones más abstractas y menos convencionales se consideraban, hacia finales del siglo XIX, como «movimientos» sociales y políticos que buscaban su realización en este mundo y no beneficiarse del mundo sobrenatural.

En segundo lugar, el argumento de la creciente uniformidad global y del declive de la integración cultural del arte no pretende sugerir que hubiera menos creatividad artística entre los artistas, sobre todo en los populares. Muchas tradiciones de producción artística y artesanal sobrevivieron, e incluso crecieron, a pesar de la pobreza relativa de los artesanos. La fotografía como arte se globalizó a un ritmo vertiginoso tras su descubrimiento en Francia a finales de la década de 1830. Hacia 1860 había artistas fotográficos indios, chinos y norteafricanos, y muchos fueron pioneros con técnicas nuevas. El final del siglo también fue testigo del nacimiento del jazz, el híbrido por definición, la música popular intercultural, y la mayor forma de arte popular moderna como es el cine, que se desarrolló casi simultáneamente en París, El Cairo y Shangai.

EL ARTE EN LA NACIÓN EMERGENTE, 1760-1850

El arte del siglo XIX tuvo muchas facetas. El arte devocional íntimo perduró en zonas de la Latinoamérica católica, en los iconos rusos y en los cuadros de la gente de las colinas del norte de la India que representaban la vida del dios Krishna. Los paisajes de montañas, cataratas y pueblos rurales reflejan la preocupación de la época por la naturaleza sublime y la persistencia de comunidad humana. Sin embargo, el patrocinio estatal fue clave para el arte. De ahí que un tema común en el mundo fuera la representación de las nuevas formas de poder político, sobre todo del Estado nacional o el imperio. Incluso a finales del siglo XVIII, los cuadros de esplendorosas cortes reales o victorias famosas habían empezado a representar la gloria de las protonaciones tanto como la de los reyes. Los frescos de Versalles mostraban las victorias de Francia en todo el mundo, mientras que los cuadros de los jardines Vauxhall, el parque de recreo de Londres, representaban los triunfos de los héroes militares británicos en Canadá y Europa. Los gobernadores británicos de Bengala y los gobernadores regionales indios empleaban artistas europeos, especialmente Johannes Zoffany, para presentarse positivamente en el complejo faccioso de la política del emergente Imperio Británico[16]. Mientras tanto, los palacios de las grandes familias aristocráticas de Venecia, a orillas del canal Brenta, mostraban con una exageración patética la menguante importancia comercial de la república con frescos de figuras femeninas de Asia, África y América transportando mercancías a la Serenísima República[17].

Este cambio de la representación de dinastías y héroes militares aristocráticos a la de representaciones más abstractas del Estado y la nación, se aceleró con la Revolución Francesa. Algunos cuadros que representaban el Congreso Continental Americano como «el Parlamento de la Razón» se anticiparon a esta tendencia de forma limitada. El pueblo revolucionario francés idealizado, o su representante secular, la diosa Marianne, con su gorro frigio o «Gorro de la Libertad», iniciaron la escuela de arte revolucionario que perduró hasta los estados comunistas del siglo XX. Bruto, asesino del tirano César, y su familia fueron muy populares entre los artistas de la escuela revolucionaria, que mostraban su preferencia por la república de Roma y no por el Imperio Romano[18]. Los estudiosos modernos se han dado cuenta de que las alusiones a la mujer de Bruto, Portia, anticipan simbólicamente la relegación de la mujer a un papel doméstico incluso en esta época de cambios violentos.

El protagonista más importante del estilo revolucionario de simbolizar el Estado a través de visiones de virtud clásica fue Jacques-Louis David (1748-1825). Su famoso cuadro de la muerte del líder *montagnard* Marat se complementó con su retrato sensual del niño moribundo, Bara, víctima infantil de la contrarrevolución. Sin embargo, la intención universal de la revolución se representó espléndidamente en el retrato del revolucionario negro haitiano, Jean-Baptiste Belley, pintado por Anne-Louis Girodet en 1797, y que aparece en la portada de este libro. Belley, vestido de miembro de la Asamblea francesa, está apoyado en un busto del abate Raynal, que en el siglo XVIII propuso una reforma colonial y un cristianismo ilustrado. Belley intervino de forma decisiva en un debate de la Asamblea en 1794 para conseguir la abolición, temporal, de la esclavitud[19]. Al transformar el desnudo clásico y las escenas clásicas de la virtud en iconos de la virtud revolucionaria, los pintores y escultores de esta escuela establecieron una gramática visual para la revolución internacional.



10.1 Heroísmo revolucionario: *La muerte de Joseph Bara,* una copia decimonónica de la visión de David. Cuadro de Jean-Joseph Weerts, 1883.

Estos artistas también representaron y documentaron fielmente la transición desde la revolución a la autocracia de Napoleón. Jean-Auguste-Dominique Ingres pintó a Napoleón como primer cónsul representándole aún como la encarnación del republicanismo revolucionario. Diez años después, junto a David y Girodet, retrató a Napoleón como emperador universal (véase ilustración 3.2). En un cuadro impactante y subversivamente grandioso, Napoleón aparece en un trono y sujeta cetros. Representado como un híbrido del Júpiter clásico, el emperador romano y Carlomagno, rey de los francos[20]. Esta visión monumental del Primer Imperio también se puede ver en la escultura y la arquitectura, símbolos del Estado gigantesco de la época revolucionaria. El escultor veneciano Antonio Canova hizo unos enormes desnudos clásicos de Napoleón. El duque de Wellington robó uno y se lo llevó a su casa de Londres. Otro sigue en el Palazzo Brera de Milán. Durante la siguiente generación, las formas mitológicas clásicas de Canova gozaron de gran popularidad en las zonas de Europa influidas por la sensibilidad revolucionaria, donde la nueva élite administrativa quería distanciarse de los excesos rococós del Antiguo Régimen. También los retratos que hizo Ingres de funcionarios, oficiales de correos y gobernadores militares de la Italia napoleónica recuerdan a los de los gobernadores coloniales británicos en época de guerra. Parecen representar no una dinastía ni una aristocracia, sino un Estado emergente y una burocracia ilustrada.

El *éclat* de este Estado resonó en los oídos de todos los regímenes del siglo XIX, como comentamos en el capítulo 6. El arte asociado tuvo influencia muy lejos de las fronteras europeas. Los nuevos jefes de la Latinoamérica independiente tenían al héroe revolucionario francés como modelo visual. En algunas representaciones de Simón Bolívar de después de su muerte, aparece como el Bruto e, incluso, el Napoleón de las revoluciones de la América española. Con menor credibilidad, el dictador mexicano Santa Anna —sí, el de la pierna— se hizo retratar como Bonaparte. Sin embargo, en México se mezclaban los símbolos clásicos romanos con los símbolos de los viejos imperios precolombinos en la iconografía independentista. Porque, a pesar de querer subordinar la mano de obra amerindia tan brutalmente como los anteriores gobernadores reales, los líderes criollos querían una justificación arraigada en tierra americana y que se remontara mucho más allá de los reyes españoles y los emperadores romanos[21].

Debido a la prohibición islámica de representar la figura humana, los déspotas ilustrados de Oriente Medio siguieron estas pautas con reparos. Tardaron bastante en decorar la plaza de la ciudadela de El

Cairo con la estatua en bronce de Ismael Bajá, hijo de Mehmet Alí, que había sofocado la revuelta wahhabí en Arabia Saudita. En vez de retratos enormes, la era del Tanzimat representó su modernidad en Estambul y sus dependencias con uniformes militares franceses, diseños clásicos para cuarteles y muebles de corte europeo. Una excepción en el mundo islámico fue el desarrollo en Persia de una forma enorme del retrato qayarí, sacado de la primera tradición de miniaturas. Un luminoso retrato de Fath Alí Sha, el primer «monarca nuevo» qayarí, lo representa de pie sujetando un cetro en lo que muchos creen que es un guiño al retrato de Napoleón de Ingres que comentamos antes[22]. Sin embargo, el artista utilizó símbolos y un estilo persas. Retrató a Fath Alí con una larga y poblada barba negra, un símbolo de sabiduría y poder para el padre del pueblo.

En Francia, el centro artístico de Europa tras la invasión napoleónica de Italia, la pintura y las otras artes visuales nos muestran las contradicciones de legitimidad del periodo de la monarquía restaurada que comentamos en el capítulo 4. Incluso aunque se pudiera restaurar una versión política del absolutismo del siglo XVIII en la Europa de 1815, la iconografía del Antiguo Régimen había desaparecido. A partir de 1830, el problema se resolvió en parte cuando una versión histórica de la revolución volvió a ser la estética oficial, tras la declaración de la monarquía de julio en 1830. Temas como «la apoteosis de Napoleón», «la marcha de La Marsellesa» y «la salida de los voluntarios de 1792» se unieron a las representaciones del nuevo arte popular de eventos contemporáneos, sobre todo las revoluciones de 1830 y el auge del nuevo Napoleón en los años 1848-1852[23].

Las convenciones del arte público que salieron de la revolución también sirvieron para la alta edad imperial europea. Los artistas británicos pintaban los grandes *durbars* indios o reuniones reales[24], mientras que Theodore Géricault retrató a los conquistadores franceses aceptando la rendición de los jefes norteafricanos durante la conquista de 1830-1840[25]. La temática visual artística europea sirvió al imperio de otras formas más sutiles. Las representaciones románticas y sublimes de paisajes y gentes surgieron a raíz de una nueva reflexión sobre el hombre y la naturaleza en la literatura y la ciencia, que rechazaba el formalismo del Antiguo Régimen. El héroe romántico, a veces, podía ser un mártir político, pero su relación con las nuevas formas del Estado solía ser más indirecta. Las grandes naciones, como los grandes artistas y poetas, estaban imbuidas de un poder y una virtud especiales. El romanticismo y el nacionalismo estaban vinculados, aunque los artistas románticos

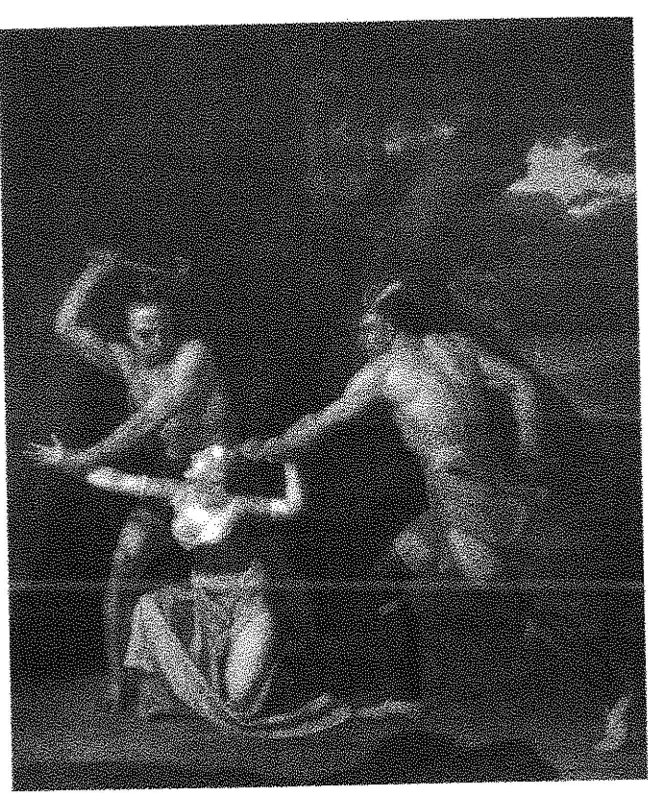
desdeñaban la política y el mundo humano. Lord Byron, por ejemplo, no era precisamente un hombre de la clase dirigente británica, pero su poesía pasional y su filohelenismo le convirtieron en un héroe de la revolución griega y en un icono de la nueva nación tras su muerte.

Una gran cantidad del arte generado por las conquistas europeas por el mundo entre 1760 y 1840 estaba vinculado lejana e indirectamente con los proyectos de dominio occidental. Géricault y Eugéne Delacroix representaban a los jefes norteafricanos como guerreros nobles y románticos, montados en caballos blancos, encarnaciones de la antigua —de hecho, anacrónica— virtud. A escala menor, los artistas británicos pintaban paisajes del interior de la India con las ruinas de los reinos antiguos y los coloridos personajes modernos. Miembros de la familia Daniell, por ejemplo, también retrataron a guerreros xhosa de Sudáfrica y pintaron paisajes pintorescos de la costa de China, aparte de sus conocidas series sobre la India[26]. A veces, los acompañaban de comentarios condescendientes sobre las tierras y los pueblos pintados. Muchos eruditos, siguiendo la obra polémica del poscolonial Edward Said, han sugerido que estas representaciones artísticas sólo reforzaban el sentido de «diferencia» de los no europeos y eran como un triunfalismo negativo de Occidente[27]. Esto tiene algo de cierto. La expedición francesa a Egipto había destapado una gran civilización antigua que entendía la importancia de la centralización y de las obras públicas. Implícitamente, ver esta grandeza del pasado recordaba a los europeos contemporáneos su destino heroico de levantar a los descendientes degradados de los faraones y reyes antiguos. Sin embargo, toda la empresa era bastante ambigua. Al retratar a los asiáticos y africanos como «otros», los artistas europeos también añoraban la era preindustrial europea y evocaban temas como la caballerosidad y el heroísmo que temían que se perdían en la era moderna. Delacroix y Géricault pintaron los avatares de la Francia moderna, sus grandes monarcas feudales y antiguas fiestas populares, de la misma manera que pintaban a los jeques o a las mujeres del harén. Parecían añorar un pasado que, tristemente, era el presente de «otros».

En Estados Unidos la misma ambigüedad caracterizaba el arte de la nueva república, reflejando el tema tenso de la relación entre blancos, amerindios y esclavos. En los primeros años de la república un efecto «criollizador», parecido al de Hispanoamérica, representó a América como una mujer nativa. Más adelante, sin embargo, «América» o «Columbia» se volvió una figura clásica, típica del ideal europeo de la diosa de la nación[28]. Esta ambigüedad siguió flotando en el ambiente

debido a las representaciones norteamericanas del subcontinente. Durante la primera mitad del siglo XIX, se crearon muchas imágenes para elogiar el gran proyecto de la expansión hacia el Oeste y de los heroicos colonos resistiendo los ataques de los indios nativos. Un cuadro famoso de la muerte de una mujer heroica a manos de indios en pie de guerra[29] recuerda a los cuadros académicos y populares de mujeres británicas a punto de morir a manos de cipayos indios en 1857[30], y las batallas de los blancos contra los zulúes (véase ilustración 10.2). Al mismo tiempo, muchos cuadros seguían presentando al noble guerrero amerindio y reflexionaban sobre «la muerte del nativo» mientras que la población nativa era encerrada en reservas. En Australia antes de 1860, los pueblos aborígenes apenas se mencionan excepto en algún primer estudio etnográfico. En su lugar, los artistas pintaban el paisaje exótico y la luminosidad de tal manera que parecían validar la presunción de que se trataba de «tierras vacías».

La ambigüedad también tipificó la manera en la que los artistas veían la acción popular en las épocas de revolución e imperio. Trataban al «pueblo» con respeto, el mismo que empleaban con los «nativos». El pintor más destacado de este tema fue el español Francisco de Goya (1746-1828). Originalmente pintor de la corte que retrató a los estadistas y a los personajes populares de la interrumpida Ilustración española, Goya pintó una serie de imágenes sobre «los Desastres de la Guerra» y sobre las masacres de 1808 tras el levantamiento contra Napoleón en España. Esta secuencia anticipa los cuadros del pueblo heroico de 1848, la Comuna de París de 1871 y la Revolución Rusa de 1905. Sin embargo, dado el apoyo de Goya a la revolución, es irónico que terminara pintando a las tropas imperiales masacrando a la población de Madrid sublevada para defender al rey y a la Iglesia[31]. Este cambio de lealtad de Goya nos recuerda que Beethoven escribió la sinfonía «Heroica» para Napoleón, para después revocar disgustado la dedicatoria al emperador y escribir «a la Victoria de Wellington» en su lugar. Más adelante, el mismo Wagner que compuso la ópera *Rienzi* para celebrar el republicanismo radical de 1848 se convirtió en el compositor de la corte, podríamos decir que del nacionalismo estatal alemán. Así, las actitudes ambiguas y contradictorias de los contemporáneos de las naciones-estado ilustradas, los imperios y la revolución popular quedaron reflejadas en obras de arte.



10.2 El arte y el salvaje: *La muerte de Jane McCrea,* cuadro de John Vanderlyn, 1804.

Tras las guerras de mediados de siglo, la relación entre el arte y la nación se desarrolló en dos direcciones distintas. Primero, el arte formal, académico y oficial, que siguió representando momentos y personajes icónicos para la creación de las nuevas naciones. La proclamación del Imperio Alemán en 1871, los debates de la Tercera República en Francia y la persona del zar ilustrado tuvieron sus pintores. Las artes decorativas respondieron a los nuevos movimientos políticos y también a la industrialización. Jean-Baptiste Carpeaux (1827-1875) hizo esculturas de bronce de Napoleón III, que se copiaron en miniatura, vendiéndose miles a los seguidores bonapartistas[32]. Fuera de Europa, los líderes del nuevo Japón y, finalmente, los nacionalistas chinos y los Jóvenes

Turcos posaron vestidos a la moda moderna con levita o uniforme militar prusiano. Los retratos qayaríes más tardíos ya no muestran grandes barbas simbólicas de la fertilidad dinástica ni las joyas del gran conquistador Nader Shah, sino incómodas poses vestidos a la europea en los que sólo la gorra persa indica su identidad islámica como reyes persas[33]. Los nacionalistas indios trataron de resucitar la tradición artística de la India, que había caído en declive o se había fragmentado tras la caída de las cortes postmogoles. Utilizaron estilos indios e incluso de Java para representar figuras idealizadas como la Madre India o las grandes figuras del pasado mitológico hindú. El rajá Ravi Varma fue de los más importantes, ya que adaptó las técnicas británicas de la pintura académica naturalista a la épica hindú[34]. Los litógrafos de los bazares las copiaron y vendieron centenares de miles de copias a las familias normales, creando así las imágenes modernas de los dioses y de la nación. Sus cuadros siguen siendo populares y complementaron los discursos de los líderes nacionalistas y las novelas de Rabindranath Tagore.

EL ARTE Y EL PUEBLO, 1850-1914

El arte de la segunda parte del siglo XIX reflejó la nación emergente y sus problemas de forma menos simbólica. A partir de 1850, la calidad e importancia de la pintura histórica cayó en declive en la mayoría de los países occidentales. Ahora se representaba la nación no por medio de momentos carismáticos del pasado, sino de la vida de la gente normal en las grandes ciudades industriales o en el campo en declive. Este cambio abrió un hueco visual en el que cabía la crítica a la modernidad, a la industrialización e, incluso, a la nación. Muchos artistas se identificaban con los críticos socialistas que deploraban lo que consideraban el orden burgués. El Movimiento para la Libertad Artística francés, que culminó en 1874 en la primera exposición impresionista en París, parece, a primera vista, totalmente apolítico. Es cierto que Edouard Manet, Auguste Renoir y Edgar Degas estaban mucho más alejados de los centros del poder político en la Tercera República que David y Géricault en generaciones anteriores. Pero estos pintores también estaban haciendo una declaración política en el sentido más amplio del término. Se negaban a aceptar el largo aprendizaje artístico en gremios por el que habían pasado hasta los más radicales de sus predecesores. Disfrutaban con lo raro, lo complejo, lo exótico y lo transgresivo. Si la tradición

dominante del siglo había creado obras heroicas e históricas para la clase media, el arte moderno que emergió a partir de 1870 buscaba negar, cuestionar o deconstruir lo que se daba por hecho en la vida de la clase media[35].

Esto no se hizo a través de unas imágenes obviamente políticas, sino con cuadros de gente y lugares cotidianos, de colores armoniosos y formas abstractas, que supuestamente contactaba con el alma popular y la utopía futura. Vincent Van Gogh (1852-1890), el artista europeo más emblemático de la segunda parte del siglo XIX, en Europa, escribió esto acerca de sí mismo y de otro amigo pintor: «Ni tú ni yo nos metemos en política, pero vivimos en el mundo, en la sociedad, y la gente se autoclasifica sin querer en grupos». Su intención era pintar la esencia abstracta de estos grupos. Paul Gaugin, en cambio, se fue de Europa al Tahití francés para criticar los valores burgueses explorando el valor de los «otros». Sus cuadros de un mundo sensual, idealizado, isleño, eran muy diferentes a los anteriores paisajes exóticos del mundo extraeuropeo, porque Gaugin se identificaba con sus modelos y buscaba en ellos los mejores instintos y no las formas de vida barbáricas y arcaicas desaparecidas ya en Europa (véase ilustración 10.3)[36]. Por último, la aparición del cubismo en 1907, tras *Las Señoritas de Avignon* de Pablo Picasso, pareció dirigir el arte occidental hacia una fase tan radical e iconoclasta como los movimientos anarquistas y comunistas[37].

FUERA DE OCCIDENTE: ADAPTACIÓN Y DEPENDENCIA

En cuanto al arte del mundo extraeuropeo y extranorteamericano, el panorama estaba bastante mezclado. Dice mucho que el arte visual japonés saliera mejor parado en un mundo cada vez más invadido por formas artísticas occidentales. Esto se debió en parte a que su tradición de pinturas y litografías populares era dinámica y se adaptó a la intervención directa de Europa en el país. Katsushika Hokusai (1760-1849) empezó su carrera pintando escenas del «mundo flotante», de las cortesanas y actores del primer periodo Edo. Más adelante, desarrolló un estilo propio, que mezclaba temas tradicionales japoneses y chinos con estilos románticos europeos[38]. Como sus contemporáneos en ciencia y cirugía, tuvo acceso a cuadros europeos a través de la «sabiduría holandesa» diseminada desde el puerto de Nagasaki. La avanzada técnica de imprenta japonesa y la moda por lo japonés que se vivió en Europa a

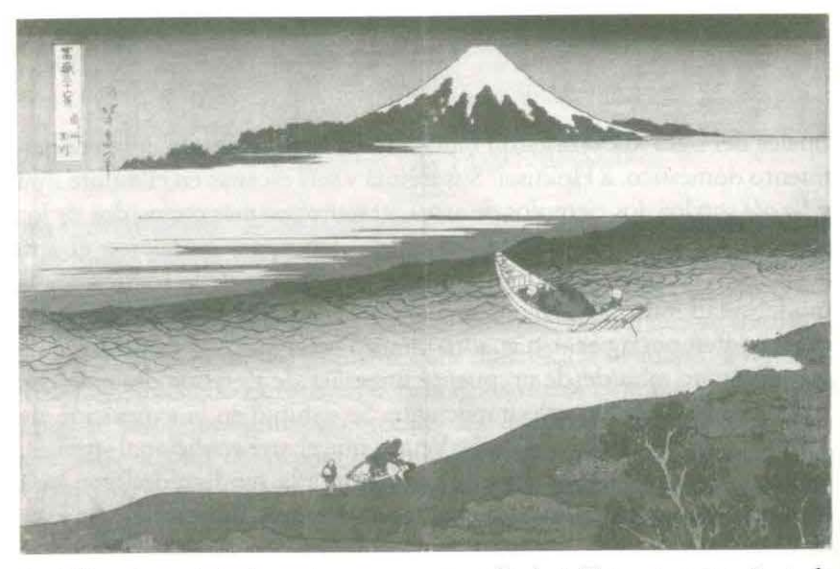


10.3 *La comida,* cuadro de Paul Gaugin, 1891.

finales del siglo XIX otorgaron fama internacional, además de reconocimiento doméstico, a Hokusai. Sus treinta y seis escenas en el monte Fuji y *La ola* son los dos ejemplos de arte extraeuropeo más conocidos de los siglos XIX y XX. Más adelante, los artistas japoneses asumieron el arte académico europeo y algunos pintaron la colusión de la tradición y la modernidad industrial de una manera que recuerda a los artistas franceses contemporáneos. Un cuadro famoso en el que una joven ataviada con quimono mira desde un puente unas vías de tren que desaparecen en la lejanía es un ejemplo impactante. Se exhibió en la exposición de 1900 en el Grand Palais de París. Vemos que el arte tradicional japonés, como su cultura política, hizo la transición a la modernidad con más facilidad que otras tradiciones, gracias a su propia fuerza. El viejo estilo de retratar la vida urbana y rural cotidiana en postales populares parecía apropiado para una nación con un fuerte sentimiento patriótico. Las alfarerías tradicionales también se adaptaron a nuevos estilos y

al mercado europeo, tal y como los japoneses habían adaptado las formas y la ceremonia china del té a un formato japonés cientos de años antes. En 1880 se fundó una escuela de arte en Japón. Entre sus primeras creaciones había una colección de mujeres japonesas desnudas de bronce, al estilo Rodin[39].

En menor medida, los estilos tradicionales de impresión con bloques de madera tallada y de miniaturas de China, India y Corea supieron adaptarse a la litografía y al consumo masivo a partir de 1860. En 1900, los artistas chinos seguían adaptando sus imprentas tradicionales con bloques a las nuevas circunstancias. Un artista pro bóxer produjo una serie completa de derrotas míticas de las potencias europeas y de Japón por los ejércitos imperiales[40]. Una adaptación parecida ocurrió en las imprentas de Vietnam, que desarrollaron temas satíricos antifranceses con mucha rapidez[41]. En otras áreas, sin embargo, los estilos nativos de pintura, tallas de madera y piedra y alfarería entraron en decadencia —incluso en el caso de la producción doméstica— en lo que a calidad y cantidad se refiere durante el siglo XIX. Apenas se creó nada para sustituir los estilos turcos de Iznic. Las escuelas de arte de la India británica, fundadas bajo el impulso del movimiento Arts & Crafts británico, sólo producían artefactos para el mercado occidental, como comentó Coomaraswamy con acritud. Sólo en las regiones remotas, como Kutch o Gujarat en el norte, aisladas del mercado, o en las zonas «tribales», florecía el arte popular[42]. Pero más que el reflejo de una cultura artística popular extensa, estas artesanías eran consideradas «supervivientes étnicos». A la larga, como sus equivalentes en el Pacífico y África, acabaron dependiendo peligrosamente del mercado turístico occidental y de las subvenciones del Estado nacional.



10.4 El carácter de la tierra: barqueros cruzando el río Tamagawa, provincia de Musashi. Lámina de Katsushika Hokusai.

LA ARQUITECTURA: UN ESPEJO DE LA CIUDAD

El auge de la discutida uniformidad global quedó todavía más patente en el campo de la arquitectura y el diseño urbano. Durante la primera mitad del siglo, los edificios imitaban el espíritu de los cuadros clásicos e históricos de un Delacroix o un David, y representaban el poder del nuevo Estado nacional. Reflejaban las reivindicaciones de un antiguo linaje de la razón. Éste era el mensaje que ofrecían el



10.5 Exportando la tradición clásica: clase de dibujo elemental, escuela Mayo de arte, Lahore, India, 1909. Fotografía de A. H. Fisher.

Capitolio de Washington, el Panteón de París y los grandes edificios clásicos modernizados de San Petersburgo. Una variante en el mundo británico fueron el palacio y luego la estación ferroviaria neogóticas, que, irónicamente, reflejaban el deseo nostálgico de volver al viejo mundo de la amistad cristiana, los valores feudales y el orden social, todo en plena era industrial. Las Casas del Parlamento de Barry se convirtieron en el modelo para miles de estructuras parecidas en toda Inglaterra, hasta aparecieron hoteles y ayuntamientos neogóticos en todo el Imperio, en las grandes ciudades comerciales como Bombay, Melbourne, Victoria y la Columbia británica. Como ya hemos comentado, algunos gobernantes no europeos abandonaron sus palacios manchúes, otomanos y mogoles para buscar el carisma moderno en edificios neoclásicos, que a veces incorporaban detalles indígenas superficiales. El palacio Gilderim de Estambul, símbolo de las reformas de principios del siglo XIX, y el palacio del rajá de Mysore, construido en la década de 1820 para inaugurar la «nueva Constitución hindú» tras el fin del interregno musulmán en 1799, fueron ejemplos de este proceso. En algunas zonas de Oriente emergieron estilos híbridos de arquitectura. En el reino de Awadh (Oudh) del norte de India, los reyes semi-independientes construyeron en la primera mitad del siglo XIX edificios religiosos y civiles que mezclaban estilos clásicos de los siglos XVIII y XIX con temas mogoles e iraníes[43]. Por lo general, sin embargo, dominaron los elementos de estilo europeo, si bien la decoración superficial era «sarracena». La viga de acero permitía a las potencias de todo el mundo construir edificios más grandes y de corte europeo.

De hecho, a partir de 1850, se sucedieron intentos cada vez más espectaculares de remodelar los espacios urbanos y arquitectónicos. A los pocos días del golpe de Estado de Luis Napoleón en 1852 se anunciaron planes para remodelar por completo París, ahora una ciudad con más de millón y medio de habitantes. El barón Georges Haussmann empezó a construir un nuevo sistema de alcantarillado y de traída de agua, y a planificar enormes bulevares nuevos que suponían destruir muchos de los barrios antiguos, considerados como centros de enfermedades y de sedición. El objetivo, más que representar la llegada al poder de un nuevo orden moderno, pero no democrático, era absorber cientos de miles de trabajadores sin empleo. Como mostró Edouard Manet en *La Barricada* de 1871, el Estado encontró un uso especial para estas calles nuevas durante las ejecuciones masivas tras la Comuna de París[44]. La basílica del Sacré-Coeur, construida encima del lugar de la

masacre, representa el resurgir de la burguesía católica en Francia en un gótico espectacular.

El ejemplo de París lo siguieron otras ciudades del mundo, construyendo calles rectas, bulevares y óperas como emblemas del nuevo orden y del triunfo de la cultura real y burguesa. Roma recibió un enorme e inquietante monumento al *Risorgimento,* el monumento a Víctor Manuel II (que murió en 1878). A principios del siglo XIX, los zares desarrollaron y embellecieron San Petersburgo con un estilo clásico, visitando la ortodoxa y medieval Moscú cada vez menos. Sin embargo, como comenta Timothy Mitchell, algunos de los cambios en la vida urbana más dramáticos tuvieron lugar en El Cairo y Alejandría[45]. Los jedives siguieron una política de modernización rigurosa que empezó con la destrucción de los barrios viejos y continuó con una nueva división urbana que concentró a los ricos en los suburbios protegidos y echó a los pobres a zonas especialmente diseñadas para ellos. En gran parte del mundo dependiente, y también en China y Japón, fueron los súbditos coloniales quienes iniciaron políticas de mejoras y alcantarillado. Estos proyectos les separaban de los pobres de su propia sociedad de una forma que no se había dado en las viejas ciudades medievales. A principios del siglo XX, las mayores expresiones arquitectónicas de dominio estatal las seguían construyendo los gobiernos coloniales, a pesar de, o provocados por, los vientos de autodeterminación nacionalista que empezaban a soplar. Antes de la Primera Guerra Mundial se empezaron a realizar los proyectos de sir Herbert Baker para una Nueva Delhi ordenada y monumental[46]. En Sudáfrica, la subordinación de la población negra y la tregua tensa entre los ingleses y los afrikáners se vieron reflejadas en la construcción de los edificios neoclásicos de Pretoria.

Sin embargo, como ocurrió con las artes visuales, no podemos resumir el siglo sólo en términos de construcción estatal, de bolsa de cambios o de resurgimiento religioso, por muy importantes que fueran. La imaginación y la visión de las comunidades locales fuera del ámbito estatal y capitalista también encontraron su propia expresión arquitectónica, aparte del orgullo local que reflejaban los enormes ayuntamientos del norte de Inglaterra y de los primeros rascacielos de Nueva York. Esta fue la gran época de las zonas vacacionales del Mediterráneo y los Alpes, donde se mezclaron las ventajas de la vida urbana con una nueva romantización de la playa, la montaña y el sol. Fue la época de las colonias de artistas y de las colonias de casas modelo donde invertían sus energías aquellos que querían escapar del modernismo industrial y vivir en comunidades utópicas.

¿HACIA UNA LITERATURA MUNDIAL?

Fue a partir de 1850, también, cuando las literaturas del mundo se volvieron más uniformes y, a nivel superficial, más occidentales. A finales del siglo XVIII, las formas dominantes seguían siendo la epopeya mitológica, la fábula o cuento moral, la novela romántica y el poema devocional. Cada género estaba limitado hasta cierto punto por la religión e ideología dominante en cada sociedad, y esto creaba una gran variedad en la literatura mundial.

Estas diferentes formas permitían bastante innovación y en lugares con una industria editorial desarrollada, como Europa occidental, China y Japón, un autor podía llegar a un amplio público popular. En la variada y sofisticada literatura de China y Japón existía una gran variedad de estilos literarios, desde los cuentos románticos y eróticos y las novelas de detectives, hasta los relatos de las hazañas de los reyes antiguos y de los «bandidos sociales». Hasta cierto punto, todos reflejaban la naturaleza de la sabiduría antigua y las consecuencias del declive de la virtud y del comportamiento correcto. Algo parecido pasaba con las «novelas urbanas de suspense» del Imperio Otomano de los siglos XVII y XVIII. En el sur y el sudeste de Asia, la épica seguía siendo lo más valorado, y las grandes historias hindúes, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, eran una fuente para modelar posteriores versiones de la heroicidad y de los reyes buenos. Por ejemplo, en el cuento del oeste de la India del siglo XVIII «Pabuji», el héroe epónimo emula las hazañas de los antiguos modelos heroicos. Pero también rescata vacas sagradas de los «turcos», una adaptación de la épica a la historia reciente del gobierno musulmán en la India[47]. Las fábulas, sin embargo, como las *kissas* del Punjab, relatan los problemas de la gente común, aunque sus personajes tienen nombres y características arquetípicos de las diferentes castas. Así, un cuento narra una larga batalla verbal entre Khatri (de la casta comercial) «La Tacaña» y Jati (de la casta de los agricultores) «La Amiga Solidaria»[48]. En el norte y el oeste de África se había desarrollado una literatura alrededor de las prácticas de la devoción sufí, que relataban simultáneamente fantasías eróticas y verdades morales. Edward Fitzgerald captó la atención de Occidente sobre este género con su traducción del *Rubaiyat* de Omar Khayyam, que fue muy popular a finales del siglo XIX.

Mucha literatura mundial seguía siendo oral, aunque a veces los bardos o recitadores escribían versiones de las historias como *aides-mémoire*. Donde los europeos de la época y los eruditos posteriores han logrado preservar estas historias, muestran una preocupación por el

presente y, a la vez, se ajustan a observaciones contemporáneas y a estilos regionales de narración épica o fabulosa. Los narradores de historias del este de África, por ejemplo, comentaban la llegada de los árabes y los portugueses, aunque lo añadían a la estructura de las antiguas leyendas de héroes, creando una especie de palimpsesto.

Incluso en Europa occidental, la herencia del pasado clásico seguía limitando la expresión artística. Los dramaturgos del Antiguo Régimen francés, Racine y Corneille, todavía utilizaban el formato de la comedia griega clásica en sus obras sobre la moral y los hombres. Alexander Pope adoptó la forma de la épica clásica en su sátira *La Dunciada.* Pero a lo largo del siglo XVIII, los escritores y dramaturgos empezaron a trascender la estructura de la literatura clásica y a parodiarla de una forma conscientemente irónica que era inusual, incluso para la irónica y sofisticada literatura cotidiana china. Sobre todo, la novela emergió como una poderosa nueva forma de escribir. Aunque los críticos literarios exageran la naturaleza revolucionaria de la novela europea, sí destaca entre todas las demás formas antiguas, incluso las más satíricas y mordaces. La novela estaba hecha para el presente. Se basaba en historias cotidianas menos dominadas por arquetipos clásicos, aunque los utilizaba. La novela intentaba entretener, asustar y excitar, pero también contenía temas políticos, denunciando implícitamente las locuras del Estado y satirizando los actos de los poderosos. Tanto en Francia como en Gran Bretaña, las novelas y los cuentos picantes, al igual que las historietas impresas contemporáneas, se convirtieron en una forma de desafiar al *statu quo*. En Rusia, la novela, de la mano de Lérmontov, Dostoievski y Tolstói, se convirtió en una gran parábola de los errores sociales contemporáneos y abrió el camino hacia una sociedad nueva.

Como ocurrió en el mundo de las artes visuales, la era revolucionaria desencadenó una enorme energía que buscaba las utopías futuras o la realización individual, o que trataba de bloquear ambas cosas. Goethe, el hombre universal de la época, trataba en sus imaginativos últimos escritos de encontrar la forma de combinar lo romántico y lo sublime para que los conflictos políticos contemporáneos pudieran plasmarse en la grandeza de la naturaleza. Con el desmoronamiento del viejo orden, los poetas revolucionarios y románticos de la escuela alemana empezaron a escribir epopeyas que elogiaban la nación como una comunidad de sentimientos que busca realizarse. Al mismo tiempo, describían las tierras sagradas, los ríos y montañas sublimes en los que algún día reinaría esa nación suprema. Lord Byron, uno de los escritores más influyentes de la época, también trató de fusionar su sentido del

inquieto deseo romántico de libertad personal con un compromiso universal con la libertad nacional. Esto le condujo a morir en 1824 en Missolonghi, cuando la primera guerra de independencia griega contra los otomanos daba sus primeros pasos.

En cambio, la primera era de imperialismo global que surgió de las revoluciones atlánticas, y que las apuntaló, fue testigo de la inmolación de la herencia literaria de gran parte del mundo extraeuropeo. Las bibliotecas y colecciones de manuscritos de Delhi, y las de Jogjakarta y Sulu en Java, fueron destruidas, mientras que la invasión napoleónica de Egipto provocó la dispersión y pérdida o venta de muchos manuscritos. Más adelante, robaron los clásicos de la China imperial de Beijing. También el avance de los colonos europeos en América, Australasia y Sudáfrica acabó con la tradición oral de muchos pueblos. Esto se debió a que destruyeron los pueblos, los infectaron, o los desmoralizaron, a una escala no vista desde las grandes conquistas españolas tres siglos antes.

Sin embargo, esta época también fue testigo de la adaptación creativa y de un nivel de creatividad en diferentes sociedades. La mayoría fue en el campo de la prosa de no ficción. La forma tradicional islámica y árabe de escribir noticias y de dejar constancia escrita de grandes eventos se adaptó para describir el auge europeo. Boustany escribió *Annales of Napoleon in Egypt,* y Ghulam Hussain Tabatabai y otros escritores indios escribieron historias sobre la degenerada época de «los Modernos», incluyendo reflexiones literarias y poéticas sobre los sufrimientos de sus pueblos. Otros escritores adoptaron antiguos estilos de lamentación literaria sobre la maldad de la época hasta el nuevo cataclismo. Por ejemplo, la edad de oro de la poesía y prosa en el emergente idioma literario del norte de la India, el urdu, fue justo el periodo en que los poetas fueron testigos del declive del imperio antiguo y el auge de pueblos pérfidos y arrogantes. Reflexionaban sobre «la fase final de la civilización oriental» y sobre la era «en la que cambió la faz de los cielos»[49]. En el sureste de Asia, Munshi Abdullah inventó una nueva lengua literaria malaya entre 1820-1840, a través de la cual describió a la gente y los lugares de la región con «un lenguaje político nuevo» que criticaba la autocracia de los sultanes. Mientras la expansión occidental avanzaba por China y Japón, los escritores y estadistas adaptaron los estilos melancólicos y dramáticos de sus clásicos para ponderar el brutal ataque de la modernidad.

Los orígenes de un nuevo estilo literario extraeuropeo, que elogiaba la nación oprimida y criticaba la sociedad moderna, coincidieron

con un cambio generalizado en la literatura europea, que describía a la gente normal empleando un nuevo tipo de realismo social, en vez de fijar su atención en viajes de sublimación o en epopeyas melancólicas o héroes picarescos. En Norteamérica, Mark Twain impulsó el emergente sentido de la cultura nacional con sus novelas, que conmemoraban la vieja relación paternalista entre las razas blanca y negra justo en el momento de su ruptura. Longfellow y sus contemporáneos describieron la frondosa variedad de los paisajes norteamericanos y los pintores paisajistas de mediados de siglo compusieron acuarelas sobre ese mismo tema. En Europa occidental, la nueva literatura se anunciaba en las novelas de Charles Dickens, Thomas Hardy y Charles Baudelaire. Los nuevos novelistas sociales franceses reflejaban detalladamente la historia popular de Jules Michelet, el cronista de las revoluciones sociales de Francia. El objetivo, tanto de la ficción como de la historia, era representar con precisión al pueblo, no como un ente abstracto, sino como comunidades de personas con personalidad, amores y tragedias propias. En estas representaciones menos idealizadas y románticas de las comunidades y las naciones, se describían la desigualdad económica y el desequilibrio de poder. Mientras que recordamos a Dickens por sus descripciones de los rituales nacionales de Inglaterra, como el budín de Navidad de Mr. Pickwick, también retrató la delincuencia y la rareza de la sociedad victoriana con personajes como Scrooge. Quizás la versión más romántica del «pueblo» la encontremos en la literatura rusa. Tanto en pintura como en música, en la novela como en la poesía, los intelectuales rusos abandonaron los modelos franceses y su culto al racionalismo para investigar el «alma» del pueblo ruso por medio de la vida del campesino. La obra de Nikolái Gógol (1809-1852), con su desaprobación de lo occidental y su veneración del cristianismo ortodoxo popular, lideró esta tendencia[50]. El cambio de la novela histórica y heroica a la novela del pueblo llano y sus héroes de la vida cotidiana también ocurrió en la pintura contemporánea. De una forma sutil, estas novelas y relatos siguieron plasmando el desarrollo del sentimiento nacional y sus características esenciales, si bien de una manera menos grandiosa y transparente.

Estas novelas de realismo social no sólo fueron importantes porque mostraban las comunidades de las diferentes naciones del mundo, sino también porque en algunos países fueron el crisol donde se creó un nuevo idioma nacional. Por ejemplo, la novela *Los novios,* de Alessandro Manzoni, una historia de amor y matrimonio en la Lombardía gobernada por los Habsburgo, fue tan importante porque dio el paso

definitivo del italiano toscano de Dante al italiano moderno de hoy y porque representó la virtud y patriotismo católicos del pueblo llano. En cambio, en Irlanda, las grandes novelas de principios del siglo XX de James Joyce fueron pioneras de una sensibilidad literaria subversiva que sirvió para impulsar una literatura nacional.

Estos novelistas y escritores de relatos cortos europeos crearon nuevas sensibilidades literarias, pero dentro de la tradición novelística que llevaba más de un siglo emergiendo. Fuera de Europa y de América, la aparición de la prosa y la novela realistas fue un acontecimiento más dramático. Ya en la década de 1840, la comunidad parsi de la India, occidentalizada, creó un teatro en Bombay cuyas entradas se vendían en el mercado abierto, un cambio radical comparado con el antiguo patrocinio cultural. Las novelas en urdu de finales del siglo XIX sí tenían una tradición que se remontaba a las *kissas* y cuentos del siglo XVIII. Pero cuando en las décadas de 1870-1880 se empezaron a escribir en hindi novelas con temas modernos y de estilo realista fue un avance importante. No sólo representaban una forma nueva de crítica social, sino que se escribían en una lengua conscientemente formada para la integración nacional. Autores como Harish Chandra de Benarés o Kartik Prasad Khattri satirizaron las taras de la sociedad moderna, atacando a los míseros magnates comerciales indios, pero también criticando bastante directamente al gobierno británico. El gran escritor de Bengala, Bankim Chandra Chatterji, creó una sensibilidad literaria nacional tan profunda como la de Manzoni y sus contemporáneos, describiendo un espíritu indio destrozado por la humillación colonial, pero también atisbando su modernidad futura. La gran literatura novelística tuvo un paralelo en las «farsas» populares y en las obras de teatro que parodiaban a la clase media de Bengala, sobre todo las que imitaban lo que se consideraban costumbres y hábitos sexuales occidentales. En Egipto, el surgimiento del árabe moderno se debió en gran parte a los periódicos. Una generación de autores y críticos nacionalistas, como Salama Musa, había aparecido ya en 1914, proclamando que representaban una nación unida, pero, a la vez, popularizando una lengua estandarizada y fluida.

Ninguna de estas innovaciones acabó por completo con las tradiciones populares literarias, dramatúrgicas, musicales y de narradores orales, que perduraron en la mayoría de las sociedades hasta la llegada de las transmisiones televisivas en la segunda parte del siglo XX. Las viejas tradiciones seguían siendo importantes, a veces adaptaron o canibalizaron los personajes y los temas nuevos de la literatura mundial de origen

occidental. Sí significó, no obstante, que la gente educada de todo el mundo leía libros de estilos cada vez más parecidos y que se distanciaban de las tradiciones populares y ya no se dejaban influir por ellas.

CONCLUSIÓN: EL ARTE Y EL ESTADO

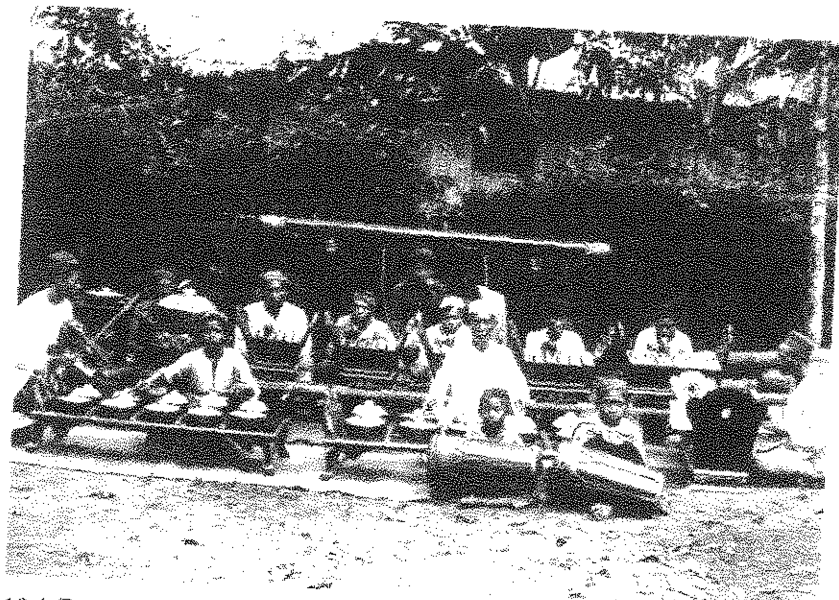
Hacia 1914, el lenguaje simbólico del arte occidental era mucho más variado, contradictorio y opaco que en 1780. Hacia mediados de siglo, el escultor francés Emmanuel Fremiet (1842-1910) mezcló el romanticismo, el gótico y la ciencia. Una de sus esculturas, *Gorila raptando a una mujer,* se hace eco del debate contemporáneo sobre el darwinismo[51]. Excepto en arquitectura, se abandonó el estilo clásico. El impresionismo, el puntillismo, el primitivismo y el primer arte abstracto se codeaban con los estilos más tradicionales en la Exposición Universal de París de 1900[52]. Las extrañas arpías fundidas de Gustav Klimt se codeaban con los leones rampantes y los «monarcas de la cañada» del estilo más conservador de sir Edward Landseer. Pero cuando los símbolos clásicos perduraban, lo hacían los más provocadores e inciertos. En París, varios cuadros mostraban la cabeza cortada de san Juan Bautista en diferentes estilos. Poco después, Richard Strauss compuso sobre el mismo tema una ópera cargada de una extraña sexualidad. Su música ya empezaba a abandonar las normas clásicas de tonalidad y escalas cromáticas. James Joyce, el novelista irlandés, y sus contemporáneos, estaban a punto de romper la estructura narrativa de la novela.

Aunque la analogía es atractiva, los historiadores de arte y literatura son en la actualidad algo escépticos respecto a los argumentos que vinculan el malestar del arte contemporáneo con el principio de incertidumbre de Heisenberg o con el psicoanálisis y el «descubrimiento» del inconsciente por Freud. Pero sí es cierto que la estructura estable y gremial del arte y de las letras del siglo XVIII y el abundante patrocinio de los reyes y de la aristocracia que las mantenía habían desaparecido. Esto permitió que florecieran estilos y temas artísticos más experimentales, a la vez más políticos y menos públicos.

Con la complejidad llegó también una mayor uniformidad global. En muchas sociedades, los formatos y estilos occidentales habían marginado las artes elitistas extraeuropeas, o las habían relegado al nivel de la artesanía. Sólo el arte japonés, y, hasta cierto punto, el chino, se salvaron, aunque empezaban a mostrar síntomas alarmantes de caer en lo

kitsch. El declive del patrocinio, la mecanización y la búsqueda de la modernidad en la enseñanza lograron lo que no habían conseguido los grandes destructores como Gengis Kan y Tamerlán. En el siglo XX, Asia, África y el Pacífico produjeron grandes artistas, pero todos pintaban cuadros occidentales de estilo indígena, o formas híbridas, y no arte autóctono. «Híbridación» no significa, por supuesto, decadencia. Tanto en Europa como fuera, a menudo esa hibridación sirvió como catalizador de una nueva creatividad artística. Pero los símbolos y las tradiciones se entremezclaban, y el arte elevado de la iglesia, el templo y la corte real perdieron su integridad. De hecho, el arte había cambiado espectacularmente su función. La creación artística venía impulsaba por un creciente mercado internacional impersonal, y no por la fe religiosa o por los valores del gran mecenas noble o de la pequeña clase culta. La gente seguía creando o viendo arte para contemplar y entender el mundo espiritual, pero ahora muchas personas coleccionaban obras, o las colgaban en casa como muestras de su estatus personal, o en busca de la ilustración secular.

Hay que contrastar estas tendencias con la vitalidad de las artes populares de finales del siglo XIX. Los grandes movimientos demográficos o ideológicos típicos del periodo y las innovaciones técnicas habían creado un contexto especial para su desarrollo. El ferrocarril había posibilitado la difusión del teatro popular tanto en Occidente como en Oriente como nunca antes había pasado. En Europa y Norteamérica, la linterna mágica y el cine pionero empezaban a llegar a las provincias. Grupos operísticos y dramáticos populares recorrían las aldeas de China, Vietnam y Birmania contando cuentos de los héroes antiguos y fomentando sutilmente la oposición a los gobiernos coloniales. Las técnicas de iluminación y los nuevos instrumentos musicales hicieron mucho más espectaculares las representaciones de las epopeyas indias en los pueblos pequeños y en las aldeas. Aunque los misioneros eliminaron las antiguas canciones de guerra y de matrimonio de los maoríes y de otros pueblos del Pacífico, popularizaron nuevos estilos de cántico religioso popular en la zona. Se escuchaban salmos galeses en las colinas chin de Birmania, adaptados a su nuevo entorno. En las sociedades occidentales, el teatro musical se extendió rápidamente como una empresa muy lucrativa en las multitudinarias áreas residenciales de la nueva clase trabajadora. En Gran Bretaña por lo menos, el *music hall* hacía de contrapunto divertido y creativo al teatro clásico y formal. Hubo una explosión de literatura popular en casi todas partes debida a la difusión de la imprenta mecánica. Amantes xhosa y detectives árabes



10.6 Grupo malayo de gamelán, década de 1880.

protagonizaban novelas baratas que inundaron la sociedad como antes habían hecho las Biblias holandesas y los himnos piadosos. Y al final del siglo apareció el cine, no sólo en Nueva York y París, sino también en El Cairo y Bombay. No toda esta creatividad se debía a la demanda popular. Eran los sagaces empresarios quienes veían el potencial del mercado popular. Pero, en diferentes grados, el éxito de estos formatos nuevos o modificados reflejaba una elección consciente por parte de la clase trabajadora y, a veces, su involucración creativa en la cultura.

PERSPECTIVAS

La historia del arte es especialmente lineal porque sabemos visualmente «lo que pasó». El resultado de los procesos descritos fueron Pablo Picasso, Gropius y James Joyce, modernistas que en el siglo XX rompieron los moldes convencionales del arte, la arquitectura y la literatura, respectivamente. Pero si hubiésemos visitado un museo o una plaza pública en 1900, habríamos visto muchas cosas que recordarían el viejo

orden. En las salas de la Exposición Universal de París de 1900 había zares uniformados de blanco montados a caballo. Sir Edwin Lutyens, el arquitecto británico, aún creaba mansiones rurales para los terratenientes aristócratas. Los campesinos del mundo todavía compraban ilustraciones que mostraban las deidades o los jefes locales. El próximo capítulo pasa a tratar el tema de la perpetuación de las jerarquías en el contexto de la modernidad.

CUARTA PARTE
CAMBIO, DECADENCIA Y CRISIS

11

LA RECONSTITUCIÓN DE LAS JERARQUÍAS SOCIALES

Según muchos intelectuales del siglo XIX, el gobierno racional moderno, el liberalismo, la ciencia, la industrialización y el nuevo urbanismo desencadenaron cambios que distinguían su época de todas las anteriores. Los capítulos anteriores han cuestionado esta opinión. El liberalismo era en 1850 aún una aspiración y en 1900 estaba a la defensiva. La aceptación de la ciencia se vio condicionada por la actividad intelectual preexistente. La industrialización y el nuevo urbanismo tardaron en llegar a muchas partes del mundo. Sorprendentemente, la fuerza social más dinámica de la época fue la fe religiosa, que muchos intelectuales pensaban —o esperaban— que fuera perdiendo progresivamente su influencia durante el siglo posterior a 1789.

Este capítulo examina más detalladamente la persistencia y la reconstrucción de las jerarquías sociales típicas del viejo orden. Por «jerarquía» entendemos las formas de dominio y subordinación social y económica justificadas por ideologías relativas al honor, la valía personificada y la bendición divina. No todos los regímenes antiguos eran monarquías. En Venecia, Hungría y Holanda, por ejemplo, las viejas repúblicas sobrevivieron a la era de los déspotas ilustrados. En muchas sociedades extraeuropeas, los jefes dependían de un consejo de los ancianos de la tribu. Pero, incluso en estos casos, el sistema era jerárquico, generado por los viejos valores oligárquicos. Ésta fue una de las razones del odio que sentía Napoleón, un nuevo estadista republicano, hacia los viejos republicanos de Venecia con sus órdenes y rangos y sus cofradías cerradas.

El capítulo también analiza la subordinación por género, la esclavitud, la servidumbre, la clase aristocrática y las monarquías. Mantiene que estos sistemas y dependencias sociales no perduraron por una simple razón de «continuidad» histórica, sino porque los pueblos del siglo XIX preservaron y adornaron estos rasgos del viejo orden precisamente porque les eran útiles en un periodo de cambios. La necesidad

de reconciliar las opiniones acerca de la continuidad y el cambio, y de la disolución o reconstrucción de las jerarquías, queda más clara si primero examinamos las visiones contradictorias de los historiadores recientes.

EL CAMBIO Y LOS HISTORIADORES

Hasta finales de la década de 1970, la mayoría de las historias de la Europa del siglo XIX trataban de explicar el porqué de la Revolución Rusa de 1917, o del nazismo en la década de 1920, o del primer gobierno laborista en Gran Bretaña, por ejemplo. Los historiadores de Asia y África vieron los comienzos del nacionalismo en las asociaciones protectoras de vacas de la India en la década de 1890, y en los cultos de invulnerabilidad de África en la década de 1900. Pero estas historiografías eran «progresistas» en el sentido de que creían que los procesos sociales tenían una finalidad inherente. En 1981, el historiador norteamericano Arno Mayer publicó un libro sobre la historia de Europa llamado *The Persistence of the Old Regime*[1]. En él argüía que lo sorprendente del nuevo sistema de estados europeos de 1914 no fue la democracia, el laborismo ni el progreso de la modernidad, sino lo poco que estas fuerzas del cambio supuestamente irresistibles habían erosionado los sistemas imperiales inamovibles, las aristocracias y la subordinación jerárquica del campesino a su señor. De hecho, la Europa de 1914 se parecía más a la de 1789, antes de la Revolución Francesa, que a la Europa de 1945. Mayer asevera que fueron las guerras del siglo XX, y no los movimientos sociales grandilocuentes ni los cambios económicos superficiales del siglo XIX, las que realmente engendraron el mundo moderno. Con estos argumentos, Mayer se distanció del punto de vista de Tocqueville, que luego sería la base de las obras de los historiadores marxistas, sociales y del trabajo del siglo XX, sobre las consecuencias de la Revolución Francesa.

La obra de Mayer provocó menos debate del que debería, en parte porque cargaba la hipótesis, y en parte porque el tono de la historiografía empezaba a cambiar[2]. Irónicamente, y sin mucha lógica, el colapso de la Unión Soviética y del comunismo europeo tras 1989 cuestionaron todas las tesis de los historiadores que habían resaltado el cambio revolucionario e, incluso, el auge de la democracia. En cambio, desde la década de 1990, se ha escrito mucho sobre la política en la corte real, el

papel de la religión y la persistencia del viejo orden hasta finales del siglo XIX.

Parece ser que la idea de la continuidad en la Europa decimonónica tiene bastantes argumentos a su favor. En el sur y el este del continente, menos de la tercera parte de la población vivía en ciudades en 1900. Muchos de los habitantes rurales seguían dependiendo patéticamente de los terratenientes y los señores. Trabajaban de aparceros. Los viajeros por Europa de mediados de siglo no tenían que alejarse mucho de Francia para darse cuenta de que la Revolución Francesa no había cambiado tanto la relación entre el campesino y su señor. Incluso en Gran Bretaña, Bélgica y el norte de Alemania, donde la industrialización avanzó más rápido, el nuevo electorado estaba dominado por los grandes magnates y la supuestamente política democrática padecía brotes periódicos de intervención monárquica. Lord Salisbury, descendiente de un conocido cortesano de Isabel I, y un grupo de grandes terratenientes dominaban el gobierno británico entre 1890-1900, y seguían infundiendo gran respeto social en sus circunscripciones. Tras la muerte en 1901 de la reina Victoria, el nuevo rey, Eduardo VII, se interesó mucho por la política gubernamental.

Éste era el patrón en muchas partes. Tras la derrota de los ejércitos italianos a manos de los abisinios en Adowa en 1896, el rey Humberto se dedicó a desautorizar a sus ministros y a imponer su autoridad personal[3]. En 1907, el zar Nicolás II de Rusia cambió la nueva ley electoral arbitraria e inconstitucionalmente invocando una autoridad «otorgada por Dios»[4]. En otras partes, los campesinos conservadores se resistían al capitalismo rural. Incluso en Estados Unidos, algunas de las grandes familias coloniales, como los terratenientes de la zona de la bahía de Chesapeake, mantenían sus tierras y su estatus a pesar de la abolición de la esclavitud. En los estados sureños, una generación después de la abolición de la esclavitud, la población negra emancipada subsistía trabajando de aparceros y estaba sujeta a una discriminación racial que impedía su acceso a colegios, iglesias y ciertas zonas urbanas.

Si miramos fuera de Europa, el argumento parece todavía más plausible. De hecho, se puede argüir que el estancamiento europeo se debía a la anexión de enormes zonas del mundo que sólo podían gobernarse por la fuerza y el conservadurismo. A principios del siglo XIX, los imperialistas argumentaban que sus brutales conquistas abrían paso a la civilización, el comercio y el gobierno humanitario en lo que hasta entonces habían sido estados bárbaros. El cristianismo, el gobierno utilitarista, la doctrina de los derechos del hombre e, incluso, las libertades americanas

transformarían Asia y África. La situación en 1900 no parecía cumplir esta predicción. La población urbana de los imperios asiáticos y norteafricanos de Francia y Gran Bretaña seguía siendo un 10%, más o menos igual que en la era precolonial, y, de hecho, el nivel de vida cayó. Las pruebas anecdóticas de los primeros nacionalistas asiáticos y africanos sugieren que muchos grupos de campesinos y artesanos, antes prósperos, eran más pobres y dependían más de los potentados que en 1800.

El gobierno colonial no había mejorado la vida de la gente ni había establecido un sistema político más racional. En lugar de fundar una administración moderna, el gobierno colonial había perpetuado la existencia de un montón de poderes arcaicos: sultanes, *marabouts,* rajás y jefes hawaianos. En el África británica y francesa, lord Lugard y el mariscal Lyautey, respectivamente, disfrutaban del sistema de «gobierno indirecto» en el que perduraban la parafernalia y la justicia personal precoloniales[5]. Los nativos, pensaban, respondían mejor a regímenes autoritarios y arbitrarios. El cristianismo, por no hablar de la enseñanza, traería la anarquía si no se controlaba. Y en los imperios coloniales, la esclavitud tardó mucho en desaparecer. En 1898, cuando España y Estados Unidos entraron en guerra, todavía había esclavos en Cuba y en el Caribe español[6]. En otras zonas, la esclavitud se había abolido en lo formal, pero sencillamente se sustituyó con otros sistemas, tales como el de los meritorios o aprendices sin sueldo, el de las reservas de mano de obra tribal y el de la servidumbre doméstica.

Incluso en los estados independientes y semi-independientes del mundo extraeuropeo, el Antiguo Régimen sobrevivía en todo su esplendor. De hecho, la historiografía reciente apoya la idea de la «continuidad distorsionada». Entre 1900 y la década de 1980, por ejemplo, la mayoría de los comentaristas e historiadores pensaban que el Imperio Qing de finales del siglo XIX era un caso perdido. No era más que una corona hueca, impotente ante los que realmente ostentaban el poder en China: los terratenientes regionales, los gobernadores provinciales y las potencias occidentales establecidas en los puertos. Este punto de vista está en revisión. La caída de la dinastía Qing en 1911 ya no parece tan inevitable, como propone Hans Van de Ven[7]. Después de las rebeliones de campesinos a mediados de siglo, el Imperio se había reforzado más de lo que parece. Incluso después de la Rebelión de los Bóxers, los grandes militares regionales, como el general Yuan Shikai seguían trabajando por la supervivencia del régimen[8]. Los acontecimientos de 1911 que condujeron a la caída del Imperio se debieron a la crisis financiera a

corto plazo. La mayor parte de la sociedad seguía respetando la casa imperial. En 1900, el confucianismo estaba muy vivo. Nadie hubiera previsto su final.

De igual manera, el Imperio Otomano ha sido revisado por los historiadores de los últimos veinte años. Los historiadores lo consideran ahora un sistema viable y sofisticado para mantener unidas las distintas etnias y religiones, no un foco de nacionalismos problemáticos. El «enfermo de Europa» fue víctima de la medicina imperialista de Occidente. El patriotismo otomano sobrevivió hasta bien entrado el siglo XX entre los súbditos árabes e incluso griegos del Imperio[9]. Posiblemente hubiese sobrevivido a la Primera Guerra Mundial si el Comité para la Unión y el Progreso, un grupo de jóvenes militares que trataron de rejuvenecer el régimen, no se hubiera equivocado de bando. La modernización de Japón se considera un éxito sólo porque los grandes barones y los samuráis mantuvieron sus atávicas lealtades al emperador. Esta gran modernización impuso todavía más cargas a los campesinos y a la clase media, beneficiando sólo a los ricos[10]. Además, grupos semi-independientes de diferentes clanes de la Armada Imperial ya estaban planificando la conquista de Asia, que acabaría, a la larga, en la implosión del Imperio. La modernización de Japón era muy superficial.

Los historiadores mantienen su puesto de trabajo porque cada una o dos generaciones cambian de opinión. Es una tarea relativamente fácil, ya que escribir de historia es cuestión de énfasis. Los historiadores del trabajo y escritores socialistas de hace treinta años se centraban, con razón, en el crecimiento masivo de las ciudades industrializadas y la división del trabajo que tuvo lugar en el siglo XIX. Pero con la misma razón, los historiadores actuales señalan que en 1900 la mayoría de la población de la Tierra era campesina, igual que cien años antes, y que su nivel de vida y los sistemas de subordinación a los que se veía sometida eran más o menos iguales, si no peores.

Una forma de salir de este punto muerto es preguntar no sólo qué cambió y qué no, sino también por qué ciertas viejas prácticas, sistemas políticos y jerarquías —me refiero a sistemas de subordinación justificados con valores sociales— sobrevivieron. ¿Qué ofrecían estos viejos sistemas en una época en la que es difícil negar que ya había un crecimiento de la población, del capitalismo industrial, de la democracia y del Estado moderno? Este capítulo trata de contestar a esta pregunta examinando el trabajo rural y urbano, la aristocracia y la monarquía. En parte, la respuesta es que los políticos y las élites seleccionaron los sistemas antiguos para su supervivencia precisamente porque servían para

sostener un mundo de relaciones que se hacían cada vez más uniformes, pero más complejas. Al mismo tiempo, no podemos explicarlo todo en términos «funcionales». A veces las jerarquías y las creencias aparentemente redundantes perduraron o se reconstituyeron sencillamente porque la gente las valoraba.

GÉNERO Y SUBORDINACIÓN EN LA «ERA LIBERAL»

Antes de examinar formaciones sociales más amplias deberíamos considerar el elemento básico de la sociedad humana: la familia y la relación entre géneros. Muchos historiadores y sociólogos, desde el socialista Friedrich Engels hasta hoy, consideraron que las desigualdades entre géneros fueron la base sobre la que se alzaron todas las demás desigualdades y subordinaciones sociales. ¿Qué efecto en términos generales tuvieron los cambios que hemos visto —el lento auge del Estado, el capitalismo y el liberalismo— en la relación hombre-mujer? Una teoría persistente de la historia de la literatura de mediados del siglo XX sobre la modernidad pregonaba que el viejo sistema de la familia, que supuestamente prevalecía en gran parte del mundo fuera de la Norteamérica y el norte de Europa protestantes, se resquebrajaría con los cambios económicos. A su vez, esto conduciría a un mayor individualismo y a una relación más igualitaria entre hombres y mujeres.

Hay que decir que los análisis formales de la estructura familiar no indican que haya cambios masivos en la relación entre géneros. La mayoría de los historiadores de la familia, analizando desde fuera, ven muy pocos cambios en la estructura de la familia en el mundo decimonónico. El predominio de la familia extensa en el Asia moderna probablemente se ha exagerado. Y el predominio de la pequeña familia «nuclear» en Europa, sobre todo en sociedades del norte como Dinamarca, Inglaterra y Holanda, también se ha exagerado. Esto se debe a que no se han tomado en cuenta los «ayudantes» residentes en las familias pero sin tener parentesco con ellas. Cuando corregimos esas evaluaciones y vemos a la familia como una colección aleatoria de personas tanto como una unidad biológica, es muy difícil percibir ningún cambio rápido entre principios del periodo moderno y el siglo XIX.

Por otra parte, en los casos en que sí hubo cambios en la estructura de la familia en Europa, éstos sólo sirvieron para cimentar las diferencias existentes entre el hombre y la mujer. Por ejemplo, la mayoría

de la mano de obra desplazada a las minas, fábricas y granjas comerciales del siglo XIX, ya fuera en la Rusia zarista o en el sur de Italia, eran jornaleros agrícolas eventuales. Según se desarrollaron estas empresas capitalistas, la mano de obra masculina pasaba mayores periodos de tiempo fuera del ámbito doméstico[11]. Inevitablemente, esto aumentó la presión sobre la mujer, sobre todo sobre las embarazadas o las que criaban niños en casa. Los hombres no solían entregar mucho del dinero que ganaban a sus familias y, a menudo, se endeudaban. Las mujeres, dada la ausencia de sus maridos o parientes masculinos, se veían obligadas a trabajar o a cultivar, además de cuidar a los niños. En consecuencia, la salud de la mujer decayó. En otras industrias, como las plantaciones de té de la India y China, las mujeres constituían gran parte de la mano de obra porque, supuestamente, eran mejores trabajadores manuales. Los sueldos paupérrimos que ganaban se los enviaban a los parientes masculinos de sus familias, si es que los capataces y contratistas no se lo robaban antes.

Las cosas tampoco cambiaban mucho para las mujeres de la élite occidental. En 1784, el juez escocés lord Kames comentaba: «Las obligaciones [de la mujer] son complacer a su marido, ser buena economista y criar a sus hijos, y todas requieren mucho entrenamiento... El tiempo que una chica dedica a su muñeca permite hacer un buen pronóstico del tiempo que dedicará a su retoño»[12].

Esta opinión, aliñada con referencias a la devoción religiosa, a la enseñanza y a la salud física, refleja las opiniones de los reformadores e intelectuales masculinos del mundo durante los siguientes cincuenta años. Lo que es cierto es que hubo algunos avances importantes para las mujeres de la élite de las sociedades occidentales en los cien años anteriores a 1914. Los mayores ingresos y un mejor sistema de comunicaciones en Europa occidental y Norteamérica permitieron a las mujeres de las clases alta y media alguna influencia sutil en la política y el mecenazgo. Sin embargo el voto femenino tardó mucho en llegar. Algunos estados norteamericanos tenían sufragio femenino a finales del siglo XIX, pero la mayoría tuvieron que esperar a la enmienda constitucional de 1920. Las mujeres mayores de treinta años de Gran Bretaña sólo consiguieron el derecho a votar en 1918[13], y en Francia e Italia tuvieron que esperar aún más. En Australia, Nueva Zelanda y Canadá, las disposiciones más radicales habían logrado el sufragio femenino. La Europa continental tardó mucho en otorgar el voto a la mujer, pero había poderosos movimientos a favor del sufragio femenino y la mujer tenía un papel importante en otros aspectos de la vida pública. Por ejemplo, la mujer

podía graduarse en la Universidad de París, como hizo Marie Curie, la física, mucho antes que en Inglaterra. A finales de siglo, las mujeres de la élite empezaron a obtener cierta independencia a la hora de casarse, de poseer propiedades privadas y de emplear su tiempo de ocio. El capitalismo empezaba a darse cuenta de que las mujeres eran un importante grupo consumidor que había que conquistar.

Los historiadores de la mujer, sin embargo, han cuestionado el contenido real de estos cambios y con razón. No hay duda de que la mujer estaba excluida de la mayoría de los empleos masculinos. Y el sufragio femenino tampoco significó que la mujer tuviera una voz política importante, por mucho que se representara a la nación como un ente femenino, o que la mujer pudiera participar en iniciativas políticas de la «buena sociedad» como asociaciones abolicionistas o en actividades caritativas y religiosas. La mejora en el nivel de vida permitía a veces a los hombres retirar a las mujeres de clase media-baja de su trabajo en las tiendas o en otros puestos de trabajo de cara al público, donde por lo menos habían podido ser independientes o ahorrar algo de dinero. Las mujeres de clase trabajadora, la supuesta «élite laboral», obligadas a trabajar en la industria textil y en otras, soportaban unas malas condiciones laborales y cobraban un pequeño porcentaje de lo que cobraban los hombres. Los patronos solían buscar maneras de conseguir que los sueldos de las mujeres revirtieran en sus maridos.

Las mujeres de toda clase y raza eran víctimas de las ideas masculinas sobre la enfermedad y el parto, que sutilmente las clasificaban como inferiores mental y físicamente. Fue en el siglo XIX, al fin y al cabo, cuando los médicos empezaron a tratar la «histeria» como una enfermedad femenina vinculada al útero. De hecho, un aspecto importante de la nueva profesión médica fue la ginecología, una especialidad masculina para controlar el cuerpo de la mujer. La gente «respetable» de gran parte del mundo rechazó e incluso criminalizó a las viejas comadronas, ayas y «mujeres sabias» de antaño.

El progreso de la mujer occidental fue, como mínimo, lentísimo hasta 1914, y la industrialización y la ciencia más que minar el dominio masculino permitieron a los hombres mantener de diversas maneras su control patrimonial sobre el cuerpo y la mente de la mujer. La mujer no europea progresó aún menos en el siglo XIX. De hecho, es probable que en muchos aspectos su nivel de vida cayera. Es dudoso que el orden jurídico en las sociedades precoloniales otorgara muchos derechos de propiedad a la mujer. Pero los regímenes coloniales, preocupados por recaudar impuestos y por crear bolsas de mano de obra y reservas militares y

civiles, solían mantener y consolidar el estatus masculino como cabeza de familia en sus nuevos códigos legales, cosa que generaba un control masculino aún más rígido. Hubo, claro está, campañas morales por parte de misioneros, mujeres europeas y reformadores coloniales para mejorar la situación de la mujer en estas sociedades. Instituciones como la American Zenana Mission trataban de educar y liberar a las mujeres de lo que consideraban las restricciones de la familia indo-islámica y de Oriente Medio. Estos reformadores intentaron que la enseñanza, el cristianismo y la higiene llegaran a mujeres aisladas en las familias hindúes y musulmanas. La enseñanza femenina se convirtió en un mantra para las potencias coloniales europeas cuando intentaban justificar su imperialismo frente a la escéptica opinión pública doméstica. Hubo otras campañas famosas, también a favor de la mujer, contra el infanticidio y el matrimonio infantil femeninos en India, contra el concubinato obligatorio y las vendas en los pies de China y contra la mutilación genital en África. Pero normalmente se trataba de ofensivas dialécticas de los europeos contra los «nativos depravados», y no de campañas sostenidas para mejorar el rol de la mujer. La Ley de la Edad del Consentimiento indio de 1882, que prohibió el matrimonio infantil, no se preocupaba realmente de defender a las chicas jóvenes, sino de «elevar el nivel moral, físico y mental, de los nativos» y de evitar «peligros que minan el vigor y la salud nacionales»[14]. Más importantes, quizás, fueran los intentos reformistas indígenas. Los reformadores puristas del siglo XIX, sobre todo Muhammad Abduh en Egipto, resaltaban la importancia de la enseñanza femenina, aunque estrictamente segregada de los hombres. También los reformadores Meiji desarrollaron los planes del último periodo Tokugawa para establecer un sistema escolar que hacia 1890 educaba a un 35% de las niñas de edad escolar, a comparar con el 70% de los niños[15].

Sin embargo, cualesquiera que fueran los efectos de estas iniciativas locales, los cambios socioeconómicos generales no parecen haber ayudado mucho a la mujer —posiblemente todo lo contrario—. Las hambrunas y las enfermedades se cobraban más víctimas entre las mujeres, y los demógrafos indican que era una táctica de supervivencia de la sociedad. La mayoría de las víctimas de las grandes hambrunas que arrasaron China, India y partes del norte y centro de África a lo largo del siglo eran mujeres y niños. Si algunos intentos de conseguir «respetabilidad» ayudaron a la mujer, otros limitaban activamente su papel social. En gran parte de África y Asia, cuando los ingresos familiares

aumentaban, los jefes regionales apartaban a las mujeres de la esfera pública, encerrándolas en casa.

Paradójicamente, los cambios sociales y económicos tuvieron el efecto de restringir la independencia de la mujer en lugar de mejorarla, tanto entre la élite como entre los pobres, aunque por motivos diferentes. En este microcosmos de la sociedad humana podemos ver la paradoja más generalizada: la modernidad reforzó la jerarquía en ciertos aspectos. Además, la posibilidad real de mantener el trabajo femenino, la capacidad para criar niños y las habilidades subordinadas pueden haber sido una importante y tácita fuerza para el mantenimiento de otras clases sojuzgadas, especialmente de los esclavos y los siervos agrícolas.

EL REVERDECER DE LA ESCLAVITUD

El refuerzo de la subordinación parece un tema importante si consideramos las zonas más abyectas del sistema laboral del mundo. La primera mitad del siglo XIX vivió el apogeo del sistema esclavista, aunque el comercio de esclavos no dejó de ser cuestionado. Una de las razones por las que los amos de esclavos y los negreros pudieron resistir los ataques de los abolicionistas de los siglos XVIII y XIX fue que casi todas las tradiciones legales y religiosas del mundo justificaban la esclavitud al menos hasta cierto punto. En el caso de Europa, como es notorio, Aristóteles y el derecho romano consideraban la esclavitud como una condición natural, mientras que los Padres de la Iglesia habían hecho la vista gorda. Las tradiciones islámicas y budistas, entre otras, también aceptaban ciertas formas de profunda dependencia social parecidas a la esclavitud europea del periodo clásico. Formalmente, ambas eran religiones igualitarias, pero muchos musulmanes mantenían que la gente capturada en guerra podía ser esclavizada, mientras que los budistas invocaban la ley del *karma,* o «retribución cósmica», para justificar la esclavitud. Los sistemas y códigos legales clásicos no perdieron su vigencia en el siglo XIX, sino que se reinventaron, a veces dando argumentos a los defensores de la esclavitud. Por ejemplo, a partir de 1760 el reforzado reino birmano de Ava propagó un sistema legal clásico hindú-budista que sometía a mucha gente a una dependencia total[16]. En Brasil y Cuba, donde la esclavitud de las plantaciones duró hasta la década de 1880[17], la jerarquía católica reforzada justificaba rotundamente la

esclavitud utilizando los argumentos de Aristóteles, a pesar de que era cada vez un asunto más embarazoso para El Vaticano.

Sobre todo, los europeos y los norteamericanos blancos y, en menor grado, también los asiáticos y africanos, invocaban las diferencias raciales para justificar la esclavitud. En el siglo XVIII y antes, se decía que la Biblia había condenado a los africanos negros a la inferioridad y la esclavitud. En el siglo XIX, algunos defensores utilizaron las nuevas ciencias «raciales» para justificar la continuidad de la esclavitud y otros tipos de subordinación laboral. Se han exagerado mucho los efectos del auge de las doctrinas del liberalismo social y económico y de la emancipación.

La esclavitud en las plantaciones americanas y caribeñas era un sistema muy diferente al modelo de dependencia familiar y agrícola típico de Europa y del mundo islámico. De alguna manera, podría considerarse un aspecto del capitalismo moderno y no sólo un vestigio del pasado. Fue el valor económico inherente del sistema para los dueños de las plantaciones, los comerciantes y los estados, lo que hizo que hubiera esclavitud hasta finales del siglo XIX.

Las cifras que ofrecen los historiadores de la esclavitud son elocuentes. P. E. Lovejoy calculó que entre 1701 y 1800 se llevaron 6.133.000 esclavos de África a las Américas, y otros 3.330.000 entre 1801 y 1900. Si calculáramos la cifra de africanos transportados en el periodo que abarca este libro, 1780-1914, es probable que fuera muy parecida a la del «largo» siglo XVIII (1680-1780)[18]. Irónicamente, la década 1780-1790, supuesto comienzo de la modernidad y de la Ilustración, parece haber sido el periodo de mayor trata de esclavos. Además, el comercio de esclavos procedentes del este de África por parte de árabes y africanos, y del sur de Asia, se incrementaron a finales del siglo XVIII[19]. Por eso no deberíamos dar demasiada importancia histórica a la abolición británica de la trata de esclavos en 1807 desde una perspectiva global. Incluso en los dominios británicos hubo esclavos hasta 1834-1838, y las consecuencias duraron mucho más[20]. En islas como Jamaica, donde el trabajo por grupos siguió hasta 1830-1840 (en Estados Unidos se asignaba un trabajo a cada esclavo), las rebeliones y las represalias salvajes duraron hasta la «época de las reformas» de 1830. De hecho, a los negros de las Indias Occidentales se les siguió tratando como esclavos más de una generación después de su liberación. En las ex colonias españolas y portuguesas del Nuevo Mundo, la esclavitud duró otra generación más. Además, Brasil y no el Caribe era el destino principal de los esclavos entre 1780-1830.

Por tanto, la decisión de abolir la esclavitud por parte del Parlamento británico tuvo muy poco impacto en África durante una generación o más. Gran Bretaña había prohibido a sus ciudadanos traficar con esclavos, pero la única manera de evitar que lo hicieran los extranjeros era apostar barcos de guerra en la costa oeste de África para interceptar las naves y liberar a los esclavos. Los españoles y portugueses que comerciaban con destinos esclavistas desarrollaron un sofisticado sistema para eludir a las patrullas inglesas. De hecho, los beneficios del tráfico de esclavos eran ahora mayores, y el negocio cambió y se rehizo en vez de desaparecer. Las guerras civiles de algunos reinos africanos a principios del siglo XIX y la tenacidad de las élites africanas, sobre todo en los reinos de Asante y Dahomey y otros estados africanos del oeste que se enriquecieron gracias al tráfico de esclavos, también ayudaron a perpetuar el negocio. El comercio de exportaciones «legales» del oeste de África fue a pequeña escala hasta las décadas de 1850 y 1860, cuando la producción agraria era variable. Los beneficios del tráfico de esclavos eran las únicas fuentes de ingresos que mantenían a las aristocracias y a los potentados comerciales. Algunos historiadores argumentan que un efecto a largo plazo del tráfico atlántico de esclavos fue aumentar la esclavitud, sobre todo la de mujeres, en la sociedad africana, lo que, a su vez, hacía más natural la exportación de esclavos. Es probable que la abolición de la esclavitud por parte de los británicos causara un aumento en el número de esclavos en el oeste de África, y esto a su vez produjo una sociedad más jerarquizada. Las revueltas de los esclavos de África contra sus amos africanos impulsaron a los reyes locales a seguir con sus matanzas rituales, como aviso a criminales y esclavos[21].

En el Nuevo Mundo, al que llegaban tantos esclavos africanos, las necesidades económicas determinaron el tiempo que perduró la esclavitud. Básicamente, la pequeña población blanca no creía que ningún otro sistema garantizaría una productividad viable. En las Indias Occidentales británicas, las guerras napoleónicas coincidieron con un periodo de grandes beneficios de la industria azucarera, ya que las colonias francesas vecinas se vieron afectadas por la Revolución Francesa y por las revueltas de esclavos de Haiti y otras islas. Cuando la economía azucarera entró en crisis a partir de 1815, fue ya evidente que la población de esclavos no se reproducía muy deprisa a causa de las enfermedades y el exceso de trabajo. Esto hizo más indispensable el trabajo de los esclavos y que los amos de las plantaciones se resistieran ferozmente a las demandas abolicionistas británicas de la década de 1820 cuando la presión política a favor de la abolición del sistema completo se endureció.

También explica por qué después de la abolición en 1834-1838 los amos impusieron un sistema de «aprendizaje» a sus antiguos esclavos que en algunos aspectos era igual de explotador que la esclavitud formal de antes[22].

Las mismas condiciones prevalecieron en la América española y portuguesa. Faltaba mano de obra y, hasta 1840, la inmigración europea sólo cubría un pequeño porcentaje de las necesidades del continente. Sin embargo, el comercio azucarero de Cuba y Brasil florecía a principios del siglo XIX debido a la demanda en Europa y Norteamérica. Un millón y medio de esclavos africanos llegaron a Brasil hasta que la presión británica acabó con el tráfico en 1850. Los esfuerzos de Brasil —por lo demás, titubeantes— hacia la abolición final de la esclavitud, que se conseguiría en 1888, fueron el resultado de la necesidad de atraer a mano de obra libre de Europa, donde la esclavitud era impopular, más que a sentimientos humanitarios propios[23]. En Cuba, que fue colonia española hasta finales del siglo XIX, no se abolió la esclavitud hasta 1886, y vestigios del sistema permanecieron hasta el siglo XX.

La cultura de la esclavitud y de la dependencia no se limitaba a lo económico. Era un sistema jerárquico. Tener esclavos era un estilo de vida. Para ser señor había que tener esclavos, y la dependencia servil de otros seres humanos era el símbolo de un estatus importante para los dueños de las plantaciones tropicales, igual que para los burgueses europeos lo era el consumo de productos tropicales. En el Caribe británico, antes de la abolición, la defensa de la esclavitud fue de la mano con la defensa de las orgullosas asambleas coloniales, que se resistían a los intentos de los ministros y de los parlamentos de decirles lo que tenían que hacer. Los esfuerzos del gobierno o de los gobernadores británicos de mejorar las condiciones de los esclavos eran recibidos como un ataque a la propiedad privada y a los derechos de «los ingleses libres». En Brasil, los intentos del emperador Pedro I en la década de 1820 por satisfacer a los británicos aboliendo el tráfico de esclavos provocaron una reacción patriótica de los magnates ultraconservadores. En Cuba, la lealtad de los principales potentados a la Corona de España se veía entremezclada con una feroz defensa filosófica de la esclavitud. En los estados sureños de Estados Unidos, sobre todo, la defensa de la vieja constitución federal se convirtió en el grito de guerra para movilizar a los amos esclavistas.

De hecho, el ejemplo más impactante de la supervivencia de la esclavitud son los estados sureños de Estados Unidos, ya que esa «peculiar institución» sobrevivió en una sociedad conscientemente moderna

y que se había proclamado sede de los derechos del hombre en 1776. Allí la esclavitud también era útil para la emergente economía capitalista. Al mismo tiempo, los sistemas sociales que crecieron a su alrededor estaban apuntalados por ideologías y valores sociales que se resistían a la modernidad. Una generación de historiadores excepcionales, liderados por Stanley Engermann, Robert Fogel y Eugene Genovese, establecieron los detalles entre 1960-1980[24].

La esclavitud de los estados sureños se debía, como en otras partes, a la falta de mano de obra. La emergente sociedad norteamericana necesitaba comprar productos manufacturados de Europa, sobre todo de Gran Bretaña. El tabaco del Alto Sur y el arroz del Bajo Sur constituían gran parte del comercio de exportación a Europa y el Caribe. Se había traído una enorme cantidad de esclavos para trabajar en las plantaciones que se extendieron desde Virginia hacia el sur y el oeste. La invención de la desmotadora de algodón en 1793 impulsó la producción, que se enviaba a Gran Bretaña en grandes cantidades durante la Revolución Industrial, y más adelante, a los estados norteños. Por eso, aunque el Norte abolió la esclavitud entre 1774 y 1804, el número de esclavos del Sur aumentó de 700.000 en 1790, a unos 4.000.000 en 1860. A principios del siglo XIX, el algodón suponía un 60% de las exportaciones de Estados Unidos.

Fogel y Engermann sostienen que la esclavitud persistió porque era un sistema bastante eficaz de producción, más eficaz que las pequeñas granjas de trabajadores libres del Norte. Aunque el Sur estaba por detrás del Norte en lo que a industrialización se refiere, no estaba tan estancado ni era tan semicolonial como lo pintaban los abolicionistas contemporáneos y algunos historiadores posteriores. La esclavitud, decían, era más diversa, menos brutal, y tenía más movilidad social de lo que se pensaba. Esta idea viene avalada por el hecho de que la población de esclavos se regenerara naturalmente tras el fin del tráfico con africanos en 1808. Extrañamente, el nivel de vida y la esperanza de vida entre los esclavos parecen haber sido mejores que después de su liberación, aunque algunos historiadores negros disienten. Los historiadores económicos de la década de 1990 siguieron ofreciendo pruebas de que la esclavitud era perfectamente compatible con la producción industrial, que de hecho aumentó[25].

La importancia de los motivos económicos de la esclavitud encajan con el único caso en el que parece haber entrado en declive: en las ciudades, y no sólo las de Norteamérica. Tanto en las ciudades sureñas como en Ciudad de El Cabo, la esclavitud entró en decadencia antes de

la abolición del sistema. La población urbana de esclavos del sur de Estados Unidos bajó de un 22% a un 10% de la población total entre 1800 y 1860. Las intervenciones legislativas y la necesidad económica de la libre movilidad de la mano de obra fueron dos de las causas. Pero no parece que se extendiera por las zonas rurales, donde tener esclavos seguía siendo beneficioso.

También en Estados Unidos, las razones económicas de la esclavitud se vieron complementadas por importantes razones ideológicas y sociales[26]. Eugene Genovese, sobre todo, ha abogado por el papel cultural de la esclavitud más que por su función económica. Para los amos, la plantación representaba un mundo rural idílico, una comunidad en la que el amo podía desempeñar el papel de patriarca bíblico o de filósofo-rey a su antojo. Un esclavista le comentó a un visitante británico: «No queremos manufacturas. No queremos clases comerciales, ni mecanización, ni producción manufacturada». Aunque la esclavitud fuera menos eficiente que la mano de obra libre, parecía evitar el brutal conflicto de clases y la anomia del capitalismo europeo y norteamericano. Aunque fuera un sistema interesado, parece que hay pruebas de que la población de esclavos en Estados Unidos supo ajustarse a su carencia de libertad y sobrevivir a la «muerte social» de no tener derechos civiles ni domésticos[27]. Algunos historiadores argumentan, con polémica, que hubo menos brutalidad y violencia de lo que se piensa. La religión y el afecto familiar superaron a la dureza. Hubo revueltas de esclavos en Estados Unidos, sobre todo a principios del siglo XIX, pero sus consecuencias fueron menos horrendas que las contemporáneas en Jamaica, Haití, Santo Domingo y Brasil. Esto se debió en parte a que la población de esclavos constituía menos de la mitad de la población total de los estados sureños, por lo que era más fácil controlarla. Pero también se debió a que los amos se dieron cuenta de que los abusos acabarían con el sistema entero.

Esta mezcla de motivos económicos y culturales de la esclavitud también se vio en las tierras islámicas, Asia y en el Pacífico, donde los distintos tipos de esclavitud doméstica y agrícola duraron hasta finales del siglo XIX. Se exportaban grandes cantidades de africanos desde las costas este y oeste a Oriente Medio y al Golfo Pérsico. Las reformas Tanzimat del Imperio Otomano prohibieron formalmente la importación de esclavos. Pero en las zonas distantes del Imperio, como Arabia y el norte de África, la tenencia y el comercio de esclavos duraron hasta la Primera Guerra Mundial y más[28]. Las élites gobernantes del este de África, como los yao de lo que hoy es Kenia, seguían exportando a sus

prisioneros. Ciudades como Tombuctú en el noroeste y Mombasa en la costa este mantuvieron su riqueza hasta finales del siglo XIX gracias a la trata de esclavos.

La esclavitud afro-otomana persistió no por razones protocapitalistas como en Brasil y el sur de Estados Unidos, sino por una falta generalizada de mano de obra. Tanto Oriente Medio como el norte de África sufrieron grandes epidemias a principios de siglo, y sus poblaciones parecen haberse mantenido más o menos estacionarias a lo largo de todo el siglo XIX. Además, tener esclavos era un símbolo de estatus en muchas de estas sociedades. Aquí, el término «esclavitud» abarcaba toda una gama de estatus distintos, no sólo la condición absoluta que significaba en Estados Unidos. Era normal otorgar a los esclavos algún grado de autonomía y de reconocimiento doméstico. Los hijos de madre esclava y padre libre podían llegar a ser poderosos hombres libres en las sociedades árabe y otomana. En cambio, esto sólo ocurrió muy tarde en la esclavitud atlántica, cuando empezaron a notarse los efectos de las misiones cristianas. Tampoco debemos pensar que las sociedades de donde salían los esclavos consideraran «la esclavitud» como un mal. A veces lo usaban como una justificada extensión de un tráfico de personas más local. Incluso en fecha tan tardía como 1930, cuando el presidente de Liberia prohibió la venta de niños a raíz de una convención de la Liga de Naciones, se dijo que:

> En las zonas del país donde ha sido costumbre durante generaciones vender a los niños a tribus vecinas, los jefes afirmaron que se les quitaba su principal fuente de ingresos y que no sabían de dónde iban a sacar la plata para pagar el impuesto sobre sus chozas si no podían vender a sus niños a las tribus costeras[29].

Un sistema de esclavitud menos visible perduró e incluso se expandió por la India y el sudeste asiático, a pesar de los esfuerzos de los británicos y luego los holandeses por suprimirlo. La forma de esclavitud islámica, llevada a la región en la Edad Media, se mezcló con el sistema de castas hindú. No obstante, a los esclavos les trataban como a siervos o sirvientes domésticos, con la importante diferencia de que podían venderlos y comprarlos. También aquí los motivos fueron la necesidad de mano de obra y la de los magnates de sentirse rodeados de sojuzgados. Muchas mujeres, sobre todo en las grandes casas musulmanas del sur y el sudeste de Asia en el siglo XIX, eran esclavas[30]. La forma específica de esclavitud del esclavo eunuco de confianza fue característica de las cortes reales del sur y el sudeste de Asia hasta 1850. Cuando los



11.1 ¿Nuevo sistema de esclavitud? Mano de obra culí de etnia tamil en una plantación de caucho de Malasia, principios del siglo XX.

británicos intervinieron para liberar a los esclavos domésticos de India y Egipto, hubo protestas por parte de intelectuales indígenas que decían que sólo conseguirían que una clase social entera, formada sobre todo por mujeres, cayera en la pobreza y la prostitución.

Incluso después de la abolición oficial de la esclavitud y del tráfico en todo el mundo, el sistema de trabajos obligatorios significó otro tipo de profundo servilismo que, en palabras de Hugo Tinker, que, a su vez, cita a lord John Russell, el primer ministro británico de mediados del siglo XIX, era «una nueva esclavitud»[31]. En las sociedades africanas y asiáticas del siglo XIX existían distritos y regiones que, año tras año, producían auténticos ejércitos de «culís» o trabajadores forzados para las obras públicas, plantaciones y minas. Estas personas solían proceder de pueblos «tribales» o aborígenes. Y este sistema se adaptaba con facilidad a satisfacer la falta de mano de obra de ultramar. Entre la década de 1830 y 1912, cuando el Gobierno británico limitó el número de culís transportados desde la India tras una campaña humanitaria y nacionalista,

unos 4.000.000 millones de malayos, indios, cingaleses, chinos y japoneses fueron transportados por todo el mundo para trabajar como peones. Aunque técnicamente eran libres, estaban tan sujetos a los términos de sus contratos y a las deudas en que incurrían con sus jefes, que la situación creó abusos a la misma escala que la esclavitud[32]. Indios de Bihar y del sur fueron transportados a las islas de azúcar del Caribe, a Isla Mauricio y a Fiyi. Hacia 1914, había 250.000 indios pobres que fueron importados a Guayana, 134.000 a Trinidad, y 33.000 a Jamaica[33].

Envalentonados al saber que los peones indios aceptarían sueldos irrisorios mientras que los peones birmanos no, los empresarios británicos e indios habían empezado a llevar a muchos culís indios a Birmania antes de la Primera Guerra Mundial. Se alojaban en dormitorios en Rangún y otras ciudades tan sucias que hacían que los barrios de esclavos de América parecieran ciudades modelo. Muchos también llegaron a Natal y a la colonia de El Cabo, donde, en la década de 1890, encontraron a su gran defensor en el joven Mohandas K. Gandhi. Los peones japoneses y chinos fueron transportados al sudeste asiático, al Pacífico y a las Américas, donde jugaron un papel importante en la construcción de los ferrocarriles y en la minería. Los ferrocarriles transcontinentales de Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, fueron construidos en gran parte por culís. Su situación era de una dependencia abyecta. En este caso importaba la necesidad económica de tener una mano de obra barata, pero había también aspectos culturales que imponían un sistema patriarcal atávico basado en los prejuicios raciales. En las colonias y ex colonias tropicales, la gente de raza europea actuaba basándose en los mitos de la antigua dominación, como ha argumentado con genialidad Gilberto Freyre, el historiador brasileño[34].

La transformación de la esclavitud durante el siglo XIX tuvo consecuencias para la representación racial en los discursos académicos y populares. Estas representaciones reforzaban la idea de la inferioridad racial africana, e incluso china, y justificaba su papel en la bolsa de trabajo. A principios de la era moderna, la idea de la inferioridad negra entre los atlánticos y asiáticos era muy común. Dios (y Aristóteles) los había elegido para la esclavitud, y hasta el color de su piel parecía reflejar el pecado original. Incluso los chinos aceptaron esta idea en su filosofía, aunque naturalmente para ellos era la raza amarilla y no la blanca la que representaba la razón y el refinamiento. En el siglo XIX, estas ideas empezaron a perder popularidad cuando las ideas bíblicas y creacionistas se cuestionaron. La gente de raza negra empezó a cuestionar el concepto del pecado. En Estados Unidos y Europa occidental, antiguos

esclavos como Gustavus Vassa y Mary Prince empezaron a escribir sobre su sufrimiento en términos que hicieron pensar a la sociedad blanca en su propia redención. En vez de los antiguos conceptos de pecado y redención, sin embargo, entró en uso un nuevo vocabulario de atraso y perfección racial biológica. La naturaleza primitiva de los africanos y los aborígenes, el letargo despótico de los chinos y árabes y la libertad de las razas blancas se atribuyeron igualmente a cualidades raciales inherentes. En un mundo en el que perduraba la esclavitud africana, mientras que los blancos tenían que coaccionar a otros «nativos vagos» para que trabajaran para ellos en las minas y plantaciones, estas ideas servían, temporalmente, de justificación. Una jerarquía humana legitimada por la Biblia se sustituía fácilmente por otra supuestamente amparada por los últimos descubrimientos científicos.

Como con el caso de la dependencia de la mujer, la persistencia de la esclavitud perpetuaba otros tipos de dependencia porque reforzaba las tendencias despóticas y guerreras de África. Algunos demógrafos arguyen que la esclavitud podría haber reducido la población de África a la mitad a largo plazo[35], debido a la mortandad en aquel continente[36] y a la exportación de personas. Sean los que fueren los debates técnicos acerca de este asunto, está claro que la esclavitud fue un factor importante de la amplia dependencia general de África dentro de la economía mundial emergente.

EL CAMPESINO Y EL TRABAJADOR RURAL VISTOS COMO SIERVOS

Cuando sir Charles Metcalfe, antiguo gobernador general de la India, fue nombrado gobernador de Jamaica en 1839, la población de antiguos esclavos de la isla le pareció mejor alimentada y más próspera que los campesinos indios, que se tenían que esforzar para pagar las rentas e impuestos. En el siglo XIX, muchos campesinos y trabajadores rurales, aunque técnicamente libres, permanecían en la pobreza y dependientes de los terratenientes o de los funcionarios estatales casi como esclavos. Otra vez parece ser que las jerarquías anteriores a 1789 se perpetuaron o incluso se fortalecieron a causa de la emergente industrialización y del Estado moderno. Esta sección se pregunta por qué fue esto así.

A lo largo del siglo XIX, los reformadores proclamaban la necesidad de mejorar la situación de las masas rurales de todo el mundo, y muchos

pensaban que la expansión del comercio mundial, la ilustrada administración colonial o, por lo menos, la presión sobre los gobiernos como el otomano o el Qing, por ejemplo, sería la manera de conseguirlo. Expertos en el siglo XX, como el economista holandés Hermann Boeke[37], argumentaron que en el siglo XIX se desarrolló una «economía dual». La fuerza progresiva y dinámica del capitalismo y la industrialización de Europa y Norteamérica no pudo penetrar en las sociedades rurales donde persistían tradiciones irracionales que evitaban el progreso. A partir de la década de 1950, los historiadores y los «teóricos del sistema global» han dicho justamente lo contrario. La expansión económica, la industrialización y el imperialismo de las ricas tierras del norte de Europa y las Américas sirvieron sólo para empobrecer los dominios tributarios tanto dentro como fuera del mundo europeo. El subdesarrollo no era un estado natural, sino uno creado por los motores del desarrollo capitalista y el imperialismo. Ésta es la llamada teoría de la dependencia que se asocia con André Gunder Frank[38], y que sería desarrollada como modelo histórico por Immanuel Wallerstein[39]. Desde esta perspectiva, México estaba «subdesarrollado» a causa de la expansión de Estados Unidos. Los campesinos irlandeses padecían hambre y se dispersaron por todo el mundo anglófono por culpa del crecimiento industrial de Gran Bretaña y de la ideología del libre comercio que llegó como consecuencia. En África, la población se quedó truncada por la devastación del tráfico de esclavos, para luego ser sometida a una nueva esclavitud del denominado comercio legal de productos como el aceite de palma y el cacao, exportados a los puertos industrializados de Occidente. Este tipo de dependencia económica rural, se decía, se vio reforzada y justificada por conceptos raciales y religiosos, que cobraron un tinte científico gracias a las teorías evolucionistas.

Esta imagen es algo exagerada, pero sirve para que entendamos que la eliminación progresiva de los campesinos a manos de la industrialización y la urbanización, y su posterior transformación en una clase de granjeros prósperos, fue un proceso desigual y limitado a ciertas economías dinámicas. El célebre libro *Peasants into Frenchmen* («De campesinos a franceses») de Eugene Weber[40] narra este cambio que tuvo lugar en ciertas zonas de Europa occidental y en Centro y Sudamérica. En zonas como el norte y el este de Francia actuaban poderosas fuerzas que impulsaron este proceso. Entre ellas se incluían el rápido crecimiento económico, los esfuerzos de las autoridades religiosas y seculares por generalizar la enseñanza y la intervención de un Estado poderoso, reforzado por el odio republicano hacia los privilegios rurales. Aun así, cuando Francia tuvo graves problemas para encontrar mano de obra, como pasaba anualmente en el sur en época de cosecha y peligrosamente durante la Primera Guerra Mundial, se importaron miles de campesinos tributarios de Argelia e Indochina. Se importaban campesinos del Tercer Mundo para cubrir las bajas entre los campesinos europeos. Y estos «campesinos» nunca se convirtieron en «franceses», excepto como carne de cañón durante las guerras. Esta situación tercermundista también ocurrió en el sur de Europa. En Italia[41], España y gran parte del este de Europa, el Estado apenas había empezado a intentar disolver la enorme masa de pobreza rural, malnutrición y malaria hasta finales del siglo XIX. La única escapatoria era emigrar. Oleadas de campesinos italianos, españoles, portugueses y alemanes pobres cruzaron el Atlántico en dirección a Brasil y Argentina, sobre todo a partir de 1848. Los rusos, irlandeses, escandinavos y alemanes emigraban a Norteamérica.

¿Por qué se reprodujeron estos tipos de dependencia entre campesino y señor o entre campesino y Estado en el siglo XIX? La teoría de que el crecimiento europeo mantuvo bajo el nivel de vida en otras partes funciona bien para muchas zonas colonizadas del «sur» pobre, que se convirtieron en exportadores de materia prima para el «norte» rico. Esto queda claro si se examinan las cifras de la distribución de beneficios de alguno de los grandes cultivos comerciales del siglo XIX, tales como el cacao, el algodón, las pieles, el aceite de palma y el yute. En todos estos casos eran los mercantes marinos, los aseguradores y los vendedores de Europa y Norteamérica los que se llevaban la mayor proporción del «valor añadido» de estos productos. Los comerciantes regionales de África, Asia y Sudamérica se llevaban un porcentaje muy pequeño de los beneficios, y mucho menos aun los campesinos. Por otra parte, las economías en desarrollo se veían obligadas a comprar la maquinaria para procesar estos productos a un precio muy elevado. Vemos, pues, que las reglas del comercio fueron muy desventajosas para el «sur» durante el siglo XIX, y que la situación empeoró a medida que más zonas pobres empezaron a producir cosechas para la exportación.

Pero eran más las fuerzas que operaban para reforzar la pobreza relativa y para mantener la jerarquía señor-campesino en las zonas rurales. Un motivo de la lucha por la supervivencia de la gente rural durante el siglo XIX fue la presión demográfica. Una generación atrás, bajo la tutela de Fernand Braudel y la escuela *Annales* de historiadores sociales franceses, la demografía se convirtió en el punto de partida de la historia rural. Hoy en día, los análisis históricos se centran más en el Estado

y en la cultura, y la historia demográfica se ha aislado, como si se tratase de una árida subdivisión de las matemáticas. Aun así, es imposible ignorar el hecho de que el crecimiento de la población reducía el nivel de vida de los agricultores y campesinos, sobre todo en una época en que el crecimiento económico mundial apenas igualaba el crecimiento de la población. Era un círculo vicioso. Las poblaciones crecían no porque cayera la tasa de mortalidad, sino porque los agricultores querían asegurarse de tener suficiente mano de obra para el futuro, protegiéndose ante periodos de hambruna y epidemias. Cuantos más campesinos había, más débil era su poder de negociación con su señor o con el Estado. A finales de siglo, por ejemplo, el crecimiento de la población y la bajada de los sueldos llevaron a los campesinos de Latinoamérica a una esclavitud por deudas, y esto les hacía más vulnerables ante los grandes terratenientes y el servicio estatal de trabajo[42]. El crecimiento de la población también significó que los grandes terratenientes sufrieron menos riesgos a causa de la migración rural de los que habían sufrido al principio. La gente ya no podía encontrar mejores condiciones en zonas de poca densidad de población porque esas zonas se iban llenando.

A pesar del enorme descenso de la población rural de China durante las guerras de mediados de siglo, la población se incrementó de 300 millones en 1790 a unos 450 en 1914[43]. Una mejor alimentación y un periodo de paz relativamente largo, que se acabó con la Rebelión Taiping de 1850, fueron las causas, pero la búsqueda de seguridad que antes mencioné fue aún más importante. La gente necesitaba hijos para asegurarse la vejez. En el mismo periodo de tiempo, la población rural de Egipto aumentó de unos 3.000.000 a unos 15.000.000[44], y algo parecido ocurrió en Java. Esto fue excepcional, pero en la mayor parte del mundo rural la población se incrementó en más de un 50% en ciento veinticinco años. Como las zonas cultivables no aumentaron, el tamaño de las parcelas disminuyó y los agricultores tuvieron que trabajar más y más ingeniosamente para satisfacer la demanda de las élites y del Estado y para sobrevivir. Las zonas menos desarrolladas de Europa sufrieron el mismo problema. En Austria-Hungría, la población creció muy rápidamente antes de 1848, y en Hungría siguió aumentando hasta finales del siglo XIX, sometiendo «a la tierra a una gran presión»[45], algo que explica las tensiones políticas y sociales entre los dos reinos.

Las catástrofes periódicas, como las hambrunas de Irlanda en la década de 1840, de India en las décadas de 1830, 1870 y 1890, y de China y África en 1880-1890, o las epidemias de cólera y de peste de la segunda mitad del siglo limitaron el crecimiento aún más rápido de la

población. Muchos historiadores económicos mantienen que el hecho de que las zonas rurales estuvieran ligadas a la economía global por el ferrocarril y el barco a vapor suponía una desventaja para ellas en tiempos de escasez[46]. Era más fácil transportar la comida en barco y los comerciantes sacaban grandes beneficios. Por eso, la población rural europea apenas parece haber progresado a lo largo del siglo, a pesar de la emigración a las ciudades y al extranjero. El imperialismo y la expansión del comercio internacional habían expuesto a los no europeos a los problemas económicos externos y a una aún más pujante extracción de sus excedentes económicos. Esta situación se unía a la herencia de la superpoblación regional y a las hambrunas periódicas.

Otra serie de presiones que afectaban a los campesinos de todo el mundo derivó, como comentamos en el capítulo 7, del Estado fuerte, ya fuera un gobierno indígena o colonial. La «revolución militar» de los siglos XVII y XVIII había facilitado al Estado y a los terratenientes vigilar y extraer la riqueza del campo. Los regímenes semicoloniales postotomanos de Egipto, por ejemplo, obligaron a muchos campesinos a construir



11.2 Campesinos británicos supervivientes: arando con camellos a orillas del río Nilo, *c.* 1902. Fotografía de Donald MacLeish.

sistemas de riego o a participar en la construcción del canal de Suez en el siglo XIX[47]. En Japón, el régimen Meiji, a pesar de ser modernizante, subió los impuestos al sector más pobre de la población rural. Además, tenía suficiente poder como para cobrar estos impuestos. Las cada vez más profundas incursiones del Estado en los ingresos de los campesinos se agudizaron con la crisis de la plata de principios de siglo provocada por el cierre de las minas de Sudamérica tras las revoluciones antiespañolas. La gente de las zonas rurales de Asia solían cobrar en cobre o en otras monedas locales pero tenían que pagar sus impuestos en plata. Esto significó que tenían que vender cada vez más para mantener sus ingresos y satisfacer los alquileres. Según avanzó el siglo, la inflación sustituyó a la deflación. Esto dio problemas a los agricultores que necesitaban comprar artículos en el mercado.

Los regímenes emergentes y los grupos sociales parecían necesitar aumentar la subordinación para proclamar su prestigio. No era sólo cuestión de capitalismo económico. La experiencia del Japón Tokugawa es un ejemplo curioso, dado que hasta la década de 1850 no se vio muy influido por Occidente y funcionaba dentro de una red comercial casi limitada al este de Asia. Herman Ooms ha demostrado que los trabajadores y campesinos de casta inferior de Japón (los *kawata)* padecieron sistemas de subordinación y discriminación cada vez mayores durante el final del siglo XVIII y principios del XIX. Estas poblaciones de curtidores, matarifes y rebuscadores de basura estaban considerados polutos, algo que pasaba también en otras sociedades del este y el sur de Asia. Siempre habían vivido en aldeas especiales, separados de los demás pueblos, y sólo encontraban pareja o matrimonio entre los suyos. Sin embargo, a medida que el gobierno Tokugawa se regularizaba y volvía más intervencionista, estos grupos de *kawata* se vieron sometidos a una mayor penalización legal que los ataba a sus amos —los campesinos prósperos con parcelas propias— y limitaba su derecho a moverse libremente. Está claro que en este caso la necesidad de mano de obra fue importante. Pero en su análisis, Ooms resalta el papel del Estado a la hora de aumentar la subordinación. Los funcionarios del régimen Tokugawa y de los dominios «feudales» de Japón querían catalogar, excluir y degradar a estos grupos casi por un principio de puro poder. Las expresiones de casta, pureza ritual y polución se ensanchaban hasta configurar algo muy similar al racismo europeo o norteamericano. Cuando en la década de 1870 las nuevas élites modernizantes Meiji tomaron el poder en Japón, abolieron muchos de los antiguos privilegios de la aristocracia y de los samuráis, y liberaron a los *kawata* de sus

limitaciones legales. Pero siguieron siendo desdeñados y discriminados «como los negros norteamericanos»[48] tras su emancipación en la década de 1860. La teoría de Ooms se parece a la de Genovese cuando explica el porqué de la persistencia de la esclavitud y la dependencia en los estados sureños norteamericanos.

Los ejemplos como éstos de recreación y fortalecimiento de las jerarquías sociales se multiplicaron por el este y el sudeste de Asia, donde las comunidades de curtidores, carboneros, rebuscadores de basura y otras eran tratadas de modo similar. En el sur y el este de Europa sucedía lo mismo con los gitanos. Como veremos, los pueblos nativos de los dominios blancos del Imperio Británico y de los Estados Unidos corrían la misma suerte, pero además eran devastados por el alcoholismo y las enfermedades. El ejemplo más impactante, sin embargo, lo encontramos en las castas inferiores de la India, los llamados intocables y los campesinos de estatus social ínfimo. También parece que la mejor explicación de esta subordinación ritual se debe al auge del Estado en la época precolonial y en la primera fase colonial, y no a razones económicas. En la India del siglo XVIII, las habilidades como rastrear, cribar oro, trabajar el cuero y otras profesiones parecidas parecen haber concedido cierta ventaja a los de casta inferior y a los parias en el mundo más móvil de la guerra y de la empresa. El historiador de la India, David Washbrook, escribió que el siglo XVIII fue el «siglo de oro del paria», la versión del sur de la India del intocable. Incluso en este periodo, sin embargo, vemos cómo algunos de los nuevos gobiernos y autoridades, ansiosos de imponer su alto estatus ritual dentro del hinduismo, proclamaban ordenanzas que restringían la movilidad de las castas inferiores. Se les imponían diferentes penas legales más duras e, incluso, se les llegaba a excluir de los templos y de las ceremonias religiosas[49].

Lejos de ser antiguos, muchos aspectos del sistema de castas indio son de origen reciente[50]. El gobierno colonial británico en ocasiones agudizó estas tendencias. La administración británica adoptaba el criterio de los brahmanes de casta alta a la hora de definir las costumbres, porque las castas altas eran sus asesores subordinados. Los textos clásicos que utilizaban en los juicios proponían penalizaciones para los de casta baja que no se habían aplicado antes. Los nuevos grupos clericales y terratenientes que emergían en la India se veían privados de poder real y de mostrar su habilidad marcial a causa de la colonización, y en el siglo XIX demostraban su superioridad ritual subordinando a otros. Como terratenientes necesitan mantener la disciplina entre sus trabajadores,

pero también utilizaban una retórica degradante. Washbrook describe una omnímoda «tradicionalización» de la sociedad india en la primera mitad del siglo XIX[51]. Con esto quiere decir que, en vez de eliminar las antiguas jerarquías sociales irracionales, el gobierno colonial contribuyó a reinventarlas.

LOS CAMPESINOS QUE SE LIBRARON

No obstante, hubo excepciones importantes a la regla de la perpetuación de la pobreza rural a lo largo del siglo XIX. Como dije en el capítulo 4, sin la aparición de élites campesinas en ciertas zonas, o sin la conversión de campesinos en granjeros, es difícil ver cómo el mundo decimonónico podría haber conseguido la frágil estabilidad que logró entre las oleadas de guerra y revolución. Por ejemplo, las mejoras técnicas de los cultivos y de las comunicaciones permitieron a algunos campesinos de todo el mundo afrontar estas dificultades y mejorar su situación económica. Las mejoras en los sistemas de riego y en la tecnología de los pozos y el uso generalizado de arados de hierro aumentaron la productividad. Los que más prosperaron fueron los productores agrícolas que vivían cerca de las grandes ciudades industrializadas. Incluso ya en el siglo XVI, muchos aspectos clásicos de la vida campesina habían desaparecido en Holanda e Inglaterra, y aparecieron enormes mercados en Ámsterdam, Londres y otras ciudades. Tras la Revolución Francesa, los campesinos de Francia y del norte de Italia se libraron de sus obligaciones feudales, consolidaron sus parcelas y empezaron a producir para las grandes ciudades consumidoras. Incluso en Italia, donde en 1911 un 58% de la población seguía subsistiendo a base de la agricultura, la alta productividad y una buena diversificación de cultivos permitieron a los campesinos del valle del Po prosperar exportando a las nuevas ciudades italianas y al centro de Europa[52]. El algodón, el gran símbolo del siglo, era un cultivo volátil, pero los campesinos-empresarios del oeste de la India y un enorme número de campesinos de Egipto pudieron mejorar su estatus a costa de sus vecinos menos afortunados a finales de siglo.

La intervención legislativa mejoró las condiciones en algunas regiones del mundo, si bien no cumplió con las expectativas de los reformadores liberales. Los granjeros del norte de Europa, Irlanda y los dominios británicos lograron mayor seguridad a lo largo del siglo XIX. Los

gobiernos coloniales del norte de África y la Indochina franceses y del Asia y el sur de África británicos tomaron medidas limitadas para reconocer los derechos de los arrendatarios después de que se produjeran revueltas esporádicas. Por lo general, sin embargo, estos gobiernos dependían demasiado del poder de los terratenientes para poner en práctica una reforma agraria radical. La sociedad agrícola rusa se encontraba, como siempre, a mitad de camino de los modelos europeos y asiáticos. A finales del siglo XVIII, los siervos rusos se veían sometidos a una serie innumerable de obligaciones locales, feudales y estatales. El gobierno apenas intervenía en las comunidades y todas las decisiones importantes las tomaban las autoridades locales. Junto a su papel como Emperador Celestial o Puerta Sublime, el zar de todas las Rusias ejercía no como el máximo administrador, sino como un tribunal supremo simbólico y como garante de la imparcialidad judicial. El nivel de urbanización, un 9%, recordaba a las grandes sociedades asiáticas y ni siquiera estaba a la par con el sur de Europa. El 90% de la población que pagaba el impuesto principal pertenecía a una casta inferior, obligada a cargas laborales y a hacer el servicio militar forzoso. Dividida entre el clero, los eslavos y no eslavos y los trabajadores extranjeros, la organización social era parecida al sistema de millets del Imperio Otomano. Como ocurrió con las reformas contemporáneas de Japón, las supuestas reformas de los déspotas ilustrados del siglo XVIII sólo sirvieron para regularizar y reforzar la subordinación y las obligaciones de los diferentes grupos sociales.

Por otra parte, Rusia también contaba con una pequeña burocracia cosmopolita, que observaba con interés el desarrollo de los estados alemanes y que inició una reforma impulsados por las guerras napoleónicas y por la de Crimea. La emancipación de los siervos, sin embargo, no se aprobó hasta 1861, e incluso entonces no se produjo expansión importante alguna de los derechos individuales[53]. Reflejando las ideas de muchos administradores coloniales británicos y franceses, o de muchos esclavistas norteamericanos, un funcionario público ruso rechazó la reforma porque los campesinos «tienen una capacidad de razonar en estado infantil». Además, el cambio conllevaría el riesgo de revoluciones, minaría los recursos fiscales del Estado y amenazaría los derechos de los terratenientes que estabilizaban a la sociedad. Cuando por fin llegó la emancipación de los siervos, fue aprobada por una fuerte élite central en contra de los deseos de muchos burócratas. Y aunque algunos de los defensores de la reforma querían modernizar la sociedad, muchos sólo querían reforzar la autocracia del zar con estos cambios

sociales. Con la rápida aparición de un nuevo orden en Europa, era esencial que los conservadores hicieran concesiones importantes para evitar reformas más radicales.

Sin embargo, a pesar de la lenta modernización de Rusia y de la creación de pequeños focos industriales, gran parte de la vieja sociedad jerárquica —sobre todo las enormes fincas privadas— sobrevivió hasta que la revolución y el terror de Stalin acabaron con ella. Los conflictos agrarios continuaban ardiendo bajo la superficie de la sociedad rusa. Tras su emancipación, los campesinos querían destruir los privilegios aristocráticos y también deseaban evitar que los más prósperos entre ellos se establecieran como una clase de granjeros-señores aparte. Hacia 1914, los campesinos eran propietarios de la mayoría de las tierras. El mundo introvertido y receloso de las comunas de campesinos *(mir)* contrastaba con el mundo de las grandes fincas de nobles que aún quedaban, muchas de las cuales se volvieron económicamente menos viables a finales del siglo XIX. En algunas regiones proliferaron las huelgas, la deserción del campo y los incendios provocados. Estos conflictos se descontrolaron en 1905 cuando el Estado se vio debilitado por su derrota militar.

Las postrimerías del siglo XIX fueron testigos, en general, de los intentos del Estado de estabilizar a los campesinos con parcelas propias, tanto por razones de seguridad política como por razones de productividad. El primer ministro ruso, Stolipin, en un intento de estabilizar la sociedad de la Rusia europea y de Ucrania, tuvo la misma idea que los gobernadores otomanos de Irak, Siria y Yemen. Todos ellos querían dar parcelas en propiedad a los campesinos y reducir sus impuestos para fomentar la producción agrícola. Algo parecido hicieron los gobiernos coloniales en el Punjab indio y en el delta del Mekong. Los reformadores liberales del sur de Italia, Sicilia, España y México trabajaban simultáneamente para beneficiar a los campesinos con tierras contra los grandes terratenientes. Según su modelo, no se trataba de acabar con la condición de campesino, sino de mejorarla.

¿POR QUÉ SOBREVIVIÓ LA SUBORDINACIÓN RURAL?

Volvamos ahora a la pregunta con que empecé esta sección: ¿por qué las condiciones de vida de los campesinos se mantuvieron más o menos iguales a lo largo del siglo XIX a pesar de los cambios económicos a gran

escala y de una retórica hostil a los privilegios rurales? Una gran parte de la respuesta parece depender del hecho de que la existencia de campesinos tributarios era conveniente para la economía y el estatus de las nuevas élites y gobiernos de los estados industrializados. Los campesinos, a su vez, seguían en una posición demasiado débil como para resistirse a estas exigencias. Se veían obligados a poner en el mercado sus cosechas a causa de la coerción política y a la presión de su propio número. Sin embargo, el pobre, infraeducado y políticamente infradesarrollado campesinado sacaba pocos beneficios de alimentar a los ciudadanos industrializados. Los campesinos habían formado muy pocas asociaciones —muchas menos que el proletariado urbano— que les habrían podido dar influencia política, aunque hacia la década de 1880 empezaron a trabajar entre ellos intelectuales bengalíes y reformadores populistas rusos. Karl Marx, un perspicaz observador de su tiempo sean cuales sean los deméritos de su profecía, apuntó, curiosamente, que los campesinos eran como «un saco de patatas». Quería decir que tenían peso, pero poca capacidad de cohesión, porque sólo les preocupaba adquirir las parcelas familiares en propiedad y no estaban dispuestos a actuar a favor de unos «intereses de clase» subjetivos. Los habitantes de las ciudades podían tolerar la ineficacia relativa de la agricultura campesina porque les otorgaba beneficios sociopolíticos. Los campesinos más ricos y con mayor grado de autoconfianza, en camino de irse convirtiendo en granjeros comerciantes, podían inflar los precios de sus productos en una sociedad en vías de industrialización, como descubrió pasadas dos décadas del siguiente siglo Joseph Stalin en detrimento de los *kulaks,* los supuestos magnates campesinos.

Esto nos recuerda las ventajas de la historia global frente a la regional o la nacional. Debemos considerar que los sistemas de trabajo campesino en las zonas marginales de Europa, Asia y África fueron centrales y no sólo periféricos para las economías industrializantes atlánticas. El antropólogo e historiador Alan Macfarlane argumentó repetidamente que el «individualismo inglés» nació de la decadencia de los campesinos ingleses en la Edad Media[54]. Si examinamos las tierras situadas a sólo 300 o 400 kilómetros de Londres, ciertamente los campesinos desaparecieron de la historia social y económica de Inglaterra. Pero a la hora del «despegue» industrial, Gran Bretaña tenía el mayor número de campesinos tributarios del mundo, en Escocia, Irlanda, India y África. Estos campesinos no sólo abastecían de materias primas a la industria británica y mantenían su equilibrio comercial internacional, sino que también componían sus ejércitos en el extranjero. El dominio de los

campesinos del mundo no provocó la Revolución Industrial, pero sí ayudó a apuntalar el poder social y político de Gran Bretaña y sus dominios industrializantes: Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Algo parecido podemos decir de Holanda, cuya población había hecho la transición de campesino a ciudadano holandés ya en el siglo XV, pero que se beneficiaba del llamado sistema de cultivos que obligó a los campesinos de Java a producir a precios bajos a partir de 1825. El rey Leopoldo de Bélgica trató de establecer algo parecido en el Congo entre 1880 y 1900. Incluso los Estados Unidos, hogar del arquetipo de la libertad y políticamente consciente, tenía sus propias economías de campesinos tributarios a pequeña escala. Tras la caída del sistema esclavista, estableció lucrativas y desiguales relaciones con las economías pobres de campesinos de Filipinas, el Caribe, Latinoamérica y Polinesia, aunque, excepto en el caso del azúcar y la fruta tropical, estas relaciones tenían poca importancia para la economía estadounidense.

El análisis global también nos permite contextualizar a la todavía pequeña pero cada vez más importante clase trabajadora industrial que en muchas sociedades emergía de los elementos más móviles de los campesinos. Como comenté en el capítulo 5, los trabajadores urbanos no eran meros «campesinos disfrazados» ni en las economías desarrolladas ni en las menos desarrolladas. Hasta los trabajadores temporales desarrollaron su propia política y sus asociaciones tanto en el lugar de trabajo como en las ciudades. Por otra parte, la pobreza relativa de los campesinos y trabajadores agrícolas significaba que los patronos industriales podían mantener los sueldos bajos. Un trabajo en una fábrica, por muy mal pagado que estuviera, parecía atractivo comparado con la dureza del trabajo en el campo y la miseria y endeudamiento que significaba una mala cosecha. Muchos patronos industriales podían utilizar trabajadores temporales mal pagados porque, en una recesión, los trabajadores podían contar con la ayuda de sus familiares rurales e, incluso, volver al campo hasta que las cosas mejorasen. La pobreza y la dependencia se reforzaban tanto en la ciudad como en el campo.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA «BURGUESÍA RURAL» *(GENTRY)*

Además de las razones económicas y militares que explican la supervivencia de los campesinos, deberíamos fijarnos en la increíble capacidad de los terratenientes y señores *(gentry)* para remodelarse. Los caballeros

terratenientes de todo el mundo tuvieron la habilidad de mantener y de reproducir su control económico y político sobre los campesinos (y muchas veces también sobre los trabajadores urbanos). Además de su poder económico, supieron apelar a ese sentimiento de respeto y subordinación que recordaban una época muy anterior. Desde la perspectiva de 1789, o desde las grandes revueltas campesinas de Rusia y Asia, sin embargo, la permanencia de la pequeña y la alta nobleza requiere explicación. La retórica revolucionaria de aquellos años, que denunciaba el privilegio heredado, los pagos basados en la costumbre y la arbitrariedad de la aristocracia, parecía destruirlo todo. Es importante tener esto en cuenta para ver que las jerarquías rurales necesitaban reinventarse del todo. Las clases «señoriales» incluían una gran variedad de personas de diferente poder social, que podían movilizarse para recrear su autoridad. En gran parte del mundo anglófono, la clase terrateniente tenía la gran ventaja del sistema de primogenitura, por el que el hijo mayor heredaba la propiedad familiar. Esto mantenía, en vez de fragmentar, el poder económico de las familias con tierras. En Virginia y las Carolinas, por ejemplo, las viejas familias que habían tenido esclavos pudieron mantener su prestigio incluso después de la abolición porque invertían el dinero obtenido de sus tierras en empresas industriales locales emergentes. En cambio, las familias de terratenientes rusos y chinos, e incluso los holandeses de la colonia de El Cabo, no contaban con la primogenitura y sus tierras se fragmentaban de generación en generación. Sin embargo, el estatus heredado, los complejos sistemas de alianzas familiares por medio de mujeres herederas y su control de las instituciones políticas regionales permitieron mantenerse a una clase señorial de este tipo. Cuando, como ocurrió en Hungría, los nobles seguían dominando una asamblea regional poderosa de origen feudal, tenían cierta facilidad a la hora de defenderse del Estado central y de mantener su poder político[55]. En Gran Bretaña, donde una clase nobiliaria con primogenitura dominaba la representación en una vieja asamblea, existía una de las jerarquías más estables del mundo. La pequeña nobleza pudo absorber el impacto de los rápidos cambios económicos y, al final, conceder el poder a las clases media y obrera sin perder su prestigio y su riqueza[56].

LOS DESAFÍOS DE LA «BURGUESÍA RURAL»

A principios de este periodo, sin embargo, el futuro de la clase terrateniente parecía bastante difícil. Durante la Revolución Francesa, se

desataron feroces *vendettas* contra los grandes y pequeños terratenientes. En Gran Bretaña, entre 1790 y 1800, «los señores se asustaron» ante la amenaza de violencia rural, aunque sólo hubo una revuelta campesina a gran escala en Irlanda en 1798. Aun así, hubo bastante agitación por parte de los agricultores pobres contra la mecanización como para crear el mito de la venganza del «capitán horca» a finales de las guerras anglo-francesas. Las novelas decimonónicas rusas y polacas que denunciaban a una aristocracia decadente y corrupta tuvieron su impacto fuera de Europa a lo largo de todo el siglo. En Rusia, donde la servidumbre sobrevivió hasta 1861, la más mínima reforma constitucional inquietaba a los terratenientes, que aún recordaban las revueltas campesinas de las décadas de 1670, 1700 y 1770. La retórica antiterrateniente llegó incluso a las Américas. Los revolucionarios americanos proclamaban que el dominio de los españoles y británicos crearía una aristocracia rica y corrupta como en Europa. Allá donde la Corona británica mantenía el poder, incluso en Canadá donde había tierras de sobra, esta misma retórica llevó a las revueltas de la década de 1830 tanto en la zona anglófona como en la francófona. Aunque las revoluciones europeas de 1848 empezaron en los centros urbanos en vías de industrialización, los terratenientes del centro y el este de Europa temían que estallidos rurales desafiaran su poder.

Los grandes grupos de campesinos asiáticos y norteafricanos también parecían abocados a la rebelión contra los terratenientes más abusivos. A partir de 1830, la India británica se vio afectada por una serie de revueltas, algunas de las cuales mezclaban el descontento social con ideas milenaristas islámicas, como por ejemplo el movimiento Faraizi de Bengala, que organizó ligas territoriales contra los dueños de las plantaciones de índigo entre las décadas de 1840 y 1870. Otros, como los movimientos de las llanuras de la India de los periodos 1860-1870 y 1890-1900, atacaron a los terratenientes, a los usureros y al Estado colonial que los defendía. También fueron comunes las revueltas rurales en el antiguo Imperio Otomano y en el nordeste de África, sobre todo en los márgenes «sedientos» de las fronteras de la tierra cultivable, donde los agricultores empobrecidos se veían obligados a pagar impuestos al Estado y también a una serie de terratenientes y jefes tribales. En Marruecos, a partir de 1870, el Rif se rebelaba periódicamente contra los franceses y contra los terratenientes. Y los campesinos de Abisinia se rebelaban contra sus señores cuando las malas cosechas reducían sus ingresos[57].

RUTAS DE SUPERVIVENCIA: EL SERVICIO DEL ESTADO Y EL COMERCIO

Necesitamos, por lo tanto, analizar con mayor detalle la persistencia de la pequeña nobleza y de los terratenientes en un contexto de rebeliones campesinas periódicas en todo el mundo[58]. Este capítulo ya ha sugerido que la producción campesina era un sistema cómodo y socialmente gratificante para las élites urbanas. Pero ¿cómo pudieron superar las rebeliones rurales periódicas? Parece ser que la respuesta es que los terratenientes jugaron a dos bandas, invirtiendo en las nuevas formas estatales de poder político asociadas al crecimiento del Estado y también en la agricultura comercial. En muchas sociedades supieron reinventar su legitimidad, proclamándose los verdaderos estandartes de la tradición nacional en el mundo moderno, en lugar de un vestigio del mundo antiguo.

Esta sección empieza por examinar una de las categorías de la alta burguesía más antiguas y más distintivas del mundo, los «burgueses-eruditos» chinos o *shen-shi*. La alta burguesía china no estaba formada sólo por «terratenientes de muchas hectáreas», sino por una población grande, quizás unos 2.000.000 de personas, que poseían tierras y otros derechos agrarios colectivamente. Organizados en clanes alrededor de los templos privados, los colegios y las organizaciones religiosas, la alta burguesía era tanto un grupo con estatus social como una clase de terratenientes. Los clanes burgueses preparaban a sus jóvenes para el servicio imperial. Una vez seguros en sus puestos oficiales como magistrados o como funcionarios de la administración central Qing, esta pequeña nobleza o alta burguesía utilizaba sus salarios para comprar más tierras y más derechos y, al mismo tiempo, buscaba el apoyo de los señores locales de los distritos donde eran destinados. Como estableció el estudio clásico de Ping-ti Ho, a principios del siglo XIX, esta alta burguesía ya era adepta a la hora de ganar dinero del sofisticado sistema de comercio interior chino, que estaba en expansión, a pesar del desdén del pensamiento confuciano por todo tipo de comercio[59]. Actuaban como mercaderes o usureros locales con los campesinos. A partir de la década de 1790, se aprovecharon de la paulatina pérdida de control de la administración central, embolsándose gran parte de los excedentes de producción de unos campesinos obligados a trabajar parcelas cada vez más pequeñas.

Al transformarse de un grupo social del viejo sistema imperial en una especie de magnates rurales, esta alta burguesía creó problemas a largo plazo para China. No cuidaron el sistema de riego y drenaje, o construyeron sus propios diques ilegales: en la gaceta oficial de Hunan

de 1881 leemos que «no queda ni un solo dique aquí, ni oficial, ni del pueblo, ni ilegal»[60]. Los problemas ecológicos de la sequía que afectaba a las tierras se añadieron a los de sobrepoblación. Sin embargo, durante doscientos años, la alta burguesía supo retener su poder e incluso aumentarlo.

No debe sorprendernos, dada la creciente desigualdad social y el declive ecológico regional a partir de 1800, que la alta burguesía sufriera las críticas de los movimientos de protesta milenaristas y budistas. En la estela de la gran tradición china de resistencia justa asociada con el llamado Margen del Agua, los bandidos buenos o «sociales» debían luchar a favor del pueblo contra «la malvada burguesía» y los «matones locales». En la primera fase de la Rebelión Taiping (1850-1870) contra la administración Qing, la alta burguesía se convirtió en el objetivo. Hubo proclamas a favor de que la sagrada hacienda pública se apoderase y redistribuyera sus tierras. Pero la rebelión no era un sencillo movimiento campesino contra una jerarquía agraria. Muchos de los líderes eran nobles disidentes influidos por una mezcla de budismo milenarista, taoísmo y cristianismo, que aprendían en las misiones costeras. Había un importante elemento de conflicto interétnico entre los hakka o inmigrantes del norte y los locales. Proletarios, gente sin empleo, piratas fluviales y desertores del ejército —derrotado por Gran Bretaña en la Guerra del Opio— tuvieron también un papel.

La creciente anarquía provocó una reacción, y fue la alta burguesía la que tomó la iniciativa a nivel regional. En su fase final, la Rebelión Taiping se volvió más conservadora y trató de aliarse con la burguesía. Pero más y más burgueses se unieron al bando imperial: o, mejor dicho, los burgueses utilizaron el poder imperial y su liderazgo de las viejas milicias como una máscara tras la cual intentaban imponer sus propios intereses. Reformaron las fuerzas de defensa locales *(baojia)*, y protegieron al pueblo de los bandidos y los desertores. Durante la posterior Rebelión Nien de la década de 1870, la alta burguesía organizó la resistencia ante los grupos de rebeldes. Se beneficiaron de la necesidad de protección de los campesinos y también se aprovecharon de la lealtad residual al imperio y del sentimiento de que había que restaurar la armonía y el orden. Los clanes nobles que habían perdido muchos familiares en las guerras y rebeliones empezaron, discretamente, a casarse con personas de fuera de la élite. También relanzaron la agricultura en las zonas devastadas haciendo préstamos a los líderes campesinos. Asumieron el control de nuevos impuestos lucrativos sobre el comercio interior, aprobados por el gobierno para financiar su esfuerzo militar.

Trabajaron en las oficinas y los ejércitos de los gobernadores regionales chinos, que dirigían el país para la lejana corte de Beijing. Y, por último, se mostraron flexibles a la hora de ajustarse a las nuevas oportunidades del comercio interior y exterior que llegaron con el barco a vapor y el telégrafo.

Sin embargo, no se trataba sólo de supervivencia económica. Los conceptos de señor y de obediencia persistieron, profundamente arraigados en la vida social y doméstica china. En la década de 1900, un ex burgués recordaba la familia de antaño:

> En el cuarto de los rezos, enfrente de la puerta y contra la pared, había un enorme altar negro. Era el *she-tang*. Tallado en madera y decorado con marfil. En la madera negra de la parte superior había una columna con cinco jeroglíficos dorados. Representaban el Cielo, la Tierra, el Emperador, el Antepasado y el Maestro. Esta columna estaba encima de un sexto jeroglífico que representaba el Altar. A cada lado de esta columna principal, que llamábamos *tung-li*, colgaban dos tiras de madera de ciprés... en ellas venían los nombres de las tres últimas generaciones de antepasados[61].

Mientras que el final del siglo XIX se asocia a la caída del Imperio Chino, los historiadores más circunspectos escriben ahora sobre la aparición de una nueva élite entre los antiguos señores-instruidos[62]. Lo más sorprendente es que los miembros de esta clase señorial reconstituida supieran presentarse como los guardianes de la dinastía e, incluso, de la emergente nación china contra las fuerzas sediciosas internas y contra los bárbaros extranjeros. Esta persistencia de la alta burguesía explica la vehemente persecución que sufrieron bajo el régimen comunista entre 1940-1950.

Lo más parecido a una clase señorial en Japón era la «casta» samurái[63]. En el Antiguo Régimen, se diferenciaban de la alta burguesía china en varios aspectos importantes. Sus valores eran los de un grupo social guerrero más que los de uno instruido. Se regían por un sistema parecido a la primogenitura europea, en el que el hijo mayor heredaba toda la propiedad familiar. Hasta 1868, los samuráis estaban divididos entre los señores de los dominios, los llamados barones feudales del periodo Tokugawa. En el siglo XIX se enfrentaron a diferentes pero vigorosos ataques a su posición. En 1868, los samuráis de las provincias costeras del oeste, las más directamente afectadas por las incursiones occidentales, lideraron la defensa del régimen, un poco como hicieron los burgueses chinos durante la Rebelión Taiping. Sin embargo, el nuevo Estado centralizado que emergió de la «Restauración» Meiji abolió los

privilegios «feudales» de los samuráis y los sustituyó por remuneraciones y, más adelante, por bonos del Estado. Esto fue mucho más drástico que lo ocurrido con las aristocracias terratenientes europeas durante las revoluciones. Muchas familias samurái consiguieron salir adelante tras la transición. Se hicieron funcionarios del nuevo Estado, u oficiales del ejército y la marina. Algunos invirtieron sus remuneraciones y bonos en nuevas empresas y salieron adelante junto a los comerciantes *(zaibatsu)* convertidos en los nuevos líderes del comercio. Aunque la base de su poder en la jerarquía social se había transformado, los principios del respeto hacía los samurái seguían firmes y los campesinos y las clases comerciales los admiraban. Esto se debió también a que supieron entender y representar el sentimiento de orgullo nacional que invadió la política de la era Meiji.

Tanto en China como en Japón, gran parte de la antigua «nobleza» supo perpetuarse durante el caos de finales del siglo XIX. En todo el



11.3 El último mandarín: un graduado del sistema de oposiciones chino hacia el momento de su abolición, Wei Hai Wei, 1909. Fotografía de A. H. Fisher.

mundo colonial, sin embargo, la tendencia fue más evidente. Los gobiernos coloniales se dieron cuenta de que necesitaban «líderes del pueblo» para mantener el control y garantizar los ingresos. Donde supieron adaptarse, las viejas aristocracias pudieron cambiar sus actividades militares y rentistas por el comercio de exportación con el que los gobiernos coloniales se financiaban. A partir de 1830, en las Indias Orientales, los linajes aristocráticos más jóvenes y pobres, los *priyayi*, complementaron su control rural con puestos administrativos regionales del gobierno colonial holandés, una variante de gobierno indirecto[64]. Los jefes bereberes, especialmente seleccionados por los franceses, exportaban productos alimentarios a Francia desde Argelia. Los jeques de los pueblos y pequeños terratenientes de Egipto financiaban el comercio de algodón con el norte de Europa, pero retuvieron su antiguo estatus como servidores del Estado y musulmanes piadosos prestando servicios militares e inscribiéndose en las grandes mezquitas urbanas. A partir de 1830, en las regiones yoruba del oeste de África y en Dahomey, las viejas aristocracias guerreras, que habían jugado un papel básico en la trata de esclavos, se pasaron a la producción agrícola enfocada a la exportación al norte de Europa. Eliminaron la competencia de los campesinos propietarios invirtiendo en enormes plantaciones de aceite de palma, atendidas por esclavos[65].

Otro avance generalizado que utilizaron —o del que abusaron— los terratenientes rurales para mantener su poder fue la creación de derechos de posesión de tierras más sencillos y más transferibles[66]. A los gobiernos coloniales, los antiguos y complejos sistemas de propiedad de los antiguos regímenes les parecían confusos e irritantes. Anhelaban la sencillez del derecho romano o la ley inglesa. Por tanto, otorgaron a los terratenientes el poder de coaccionar a sus inferiores para poder vender o comprar derechos de propiedad unificados en un mercado que no había existido antes del gobierno colonial. Los terratenientes de la India, los *zamindar*, por ejemplo, sacaron provecho tanto de sus arrendatarios como del Estado durante el siglo XIX. Tras la Rebelión de los Cipayos de la India de 1857, los británicos comprendieron que habían puesto en su contra a demasiados terratenientes y se volvieron más cautelosos y conservadores[67]. Decidieron que la India era una sociedad feudal y concedieron a sus protegidos derechos similares a los de un barón escocés o un caballero británico. Las tierras de los potentados quedaron bajo tutela judicial mientras éstos, antes descritos como «parásitos de la tierra», se convertían en caballeros británicos tras su paso por escuelas para líderes.

MENOS LATIFUNDISTAS EUROPEOS

Algunos de estos acontecimientos se dieron también en Europa. En 1914, muchas viejas familias que no habían derrochado su fortuna en casinos y burdeles mantenían su influencia. En algunos casos, sin embargo, los casinos y prostíbulos les ayudaron a sobrevivir. Los terratenientes italianos habían perdido tierras y estatus durante el periodo napoleónico a manos de la burguesía enriquecida. Pero gracias a los matrimonios mixtos y a una sutil transformación de la aristocracia en clase media, apareció una amalgamada clase dirigente que perduró hasta la época fascista del siglo XX en todo el país[68]. «La primavera de los pueblos» de 1848-1850 supuso otro susto para la élite terrateniente, pero a la que muchos sobrevivieron. Los príncipes de Mónaco perdieron su derecho feudal a cobrar impuestos por tener naranjos y limoneros en la Provenza tras la revolución de 1848. Contrataron a un experto en apuestas alemán para que les montara un casino. La conexión ferroviaria con Francia y las inversiones de Napoleón III, el «Bonaparte de la industria», les ayudaron a hacerse ricos de nuevo. A finales de siglo, cada vez más gente rica y famosa iba a Mónaco a veranear, y los príncipes se hicieron cada vez más ricos. Los terratenientes de Prusia dieron el mismo salto al capitalismo y a la burocracia, pero a mayor escala. Se alistaron como oficiales en el nuevo modelo de ejército del Imperio Alemán, e hicieron préstamos al nuevo estado imperial. Al mismo tiempo, ayudados por las economías de escala, produjeron enormes cantidades de productos alimentarios para las ciudades industriales del Rin y del Ruhr. En Europa occidental, los grandes terratenientes se convirtieron en el núcleo de la nueva plutocracia si tenían minas de carbón o bienes raíces o si invertían en la industria.

En Rusia, algunas familias bien conectadas de terratenientes del siglo XVIII se habían hecho con los nuevos puestos administrativos que salieron de las reformas de Pedro el Grande y Catalina la Grande. Retuvieron su influencia a lo largo del siglo XIX, mientras que otros aristócratas caían en el ciclo de endeudamiento y decadencia descrito lúgubremente por los grandes novelistas rusos del siglo XIX. Los historiadores han debatido acerca de si la Rusia rural de finales del siglo XIX estaba condenada a caer en un nuevo periodo de guerras campesinas o si el capitalismo agrario había conseguido estabilizar algunas zonas del campo. Todavía no hay veredicto. Lo que sí está claro, sin embargo, es que el cambio agrario se aceleró incluso en Rusia y que algunas familias terratenientes encontraron una nueva prosperidad y carreras prometedoras. Tanto en Italia, como en Rusia y Prusia, los antiguos

valores de la nobleza, típicos del viejo orden, reaparecieron ahora en los cargos profesionales de la nación-estado. Los antiguos altos burgueses se convirtieron en «samuráis» al servicio del nuevo Estado. Al mismo tiempo, la gente de la clase media y comercial copiaba su estilo. Los capitanes de navío alemanes, por ejemplo, empezaron a mostrar cicatrices de duelos, imitando a los de la vieja clase junker de Prusia oriental. Mientras tanto, los junkers invertían en negocios agrarios. Y el poder económico de las élites sociales les permitía tener un enorme número de sirvientes personales y domésticos, todos de la clase trabajadora rural o urbana. También es importante decir que algunos nobles supieron perpetuar su poder, por lo menos en parte, porque supieron dejar a un lado sus intereses personales y promover planes para mejoras más generales. Los nobles de Inglaterra y Alemania, sobre todo, lideraron campañas para mejorar la salud y el estatus de los trabajadores rurales y urbanos[69].

En 1900, en Gran Bretaña, menos de un 1% de la población tenía un 80% de las tierras. La influencia de los grandes terratenientes aristócratas sobrevivió a la industrialización y al sufragio universal masculino. La política de la deferencia social y del clasismo siguió funcionando a su favor. Los más astutos invirtieron en fincas urbanas, o las heredaron, en las nuevas ciudades, invirtieron en la bolsa de la City londinense[70] o se beneficiaron al ser nombrados obispos, gobernadores o coroneles del Imperio[71]. Hasta 1911, la aristocracia terrateniente manianió a la emergente democracia británica a través de la Cámara de los Lores. Incluso en Francia, este tipo de discreto capitalista nobiliario salió de la sombra de la guillotina para mantener sus fincas en el Loira o en Bretaña. El nuevo dinero, sobre todo el dinero judío, asimiló el estilo de la aristocracia europea: ocupando los campos de caza, los balnearios y los hoteles y casinos de la Costa Azul. Como ha insistido David Cannadine, los británicos exportaron su concepto de clase dominante al Imperio, asegurándose una vida repleta de sirvientes, bailes y cacerías que no podrían haber llevado en casa[72]. De nuevo la herencia imperial confirmaba el estancamiento social doméstico. Oriente y Occidente coincidían, no sólo en la amistad varonil, sino también en la conspicua ostentación. Quizás sólo en Irlanda los nobles tuvieron que enfrentarse a presiones económicas y sociales como las de sus equivalentes rusos o del este de Europa. Y ellos, como sus equivalentes, también ocuparon puestos militares o administrativos en el Imperio, o cayeron en una indolencia chejoviana.

A lo largo del mundo, muchas aristocracias y altas burguesías supieron perpetuar o reinventar su poder. En parte esto se debió a que

tradicionalmente eran los guerreros y se adaptaron rápidamente a los nuevos métodos de despliegue de fuerzas. Incluso donde no eran guerreros, como en China, los altos burgueses fueron importantes a la hora de sofocar las rebeliones de campesinos y de resistir ante las invasiones extranjeras. Muchos nobles invirtieron bien, vendiendo sus tierras a las compañías ferroviarias y poniendo el dinero, por ejemplo, en minas o en ferrocarriles. Como supuestas encarnaciones de la caballerosidad, también reinvirtieron su estatus social heredado para aparecer como los paladines más apasionados de los nuevos imperialismo y nacionalismo. La nobleza sobrevivió incluso donde tuvo que afrontar la decadencia económica o el conflicto social, como en Rusia y otras regiones del este de Europa a partir de la década de 1880. La devastación de la Primera Guerra Mundial no se puede explicar como una mera consecuencia de los conflictos agrarios de finales del siglo XIX.

LAS SUPREMACÍAS SUPERVIVIENTES

Esta última sección analiza la supervivencia de la misma monarquía. También necesita explicación. A principios del periodo, una ola de revoluciones arrasó las Américas y Europa, mientras que a lo largo del siglo, los intelectuales expatriados de Europa, Asia y África denunciaban las monarquías corruptas e impías. La supervivencia de la monarquía no sólo significó mantener la corte real centralizada; también aseguró la supervivencia de numerosas jurisdicciones especiales, corporaciones y privilegios otorgados directamente por los reyes. Hasta cierto punto, frenó el proceso de la creciente uniformidad social y política que caracterizó la globalización decimonónica. Pero, de una manera más sutil, los monarcas, sus cortes y sus corporaciones reales, jugaron un papel importante en la sociedad del siglo XIX, un papel que ayudó a los procesos que superficialmente parecían impedir. Las monarquías y las cortes reales tienen interés por sí mismas. Una nueva generación de historiadores sociales, menos interesados por los relatos históricos grandilocuentes y teleológicos, ha empezado a analizar la corte real como un drama social que nos enseña mucho acerca de las sociedades que supuestamente representaban.

Hasta la década de 1980 fue una convención historiográfica considerar las monarquías del siglo XIX como reliquias del Antiguo Régimen, ostentosas y extravagantes y abocadas al fracaso. En un extremo de este

planteamiento se colocó a las dinastías Otomana y Qing, en fase terminal, vistas como pacientes a punto de sucumbir ante las embestidas de los nacionalismos árabe, turco y de los chinos han. Incluso las monarquías semiconstitucionales, como la austro-húngara o la alemana imperial, parecían reliquias algo absurdas que bailaban al son, respectivamente, de Johann o de Richard Strauss. Los historiadores eran bastante duros con la monarquía imperial alemana no sólo por su compleja relación con los *länder*, sino también por el káiser Guillermo II, al que consideraban un personaje casi patológico. Su supuesta mezcla de prepotencia y debilidad se combinaba con la desagradable costumbre —supuestamente alemana también— de otorgar el poder a déspotas mentalmente inestables. Tales historiadores se sentían autorizados para escribir de ese modo por los escritos contemporáneos. El reformador ruso Sergei Witte escribió acerca de su enemigo, el conservador Trépov, que había dimitido como gobernador general de San Petersburgo: «Quedó patente que, en lugar de perder el poder al abandonar sus cargos provinciales por el supuestamente menos importante de comandante del palacio, era todavía más poderoso e independiente, un eunuco asiático en una corte europea»[73].

A partir de 1980, sin embargo, las cosas han ido cambiando. Los historiadores se han interesado por la perpetuación del poder real carismático y por el papel que desempeñaban las cortes reales del siglo XIX como escenarios de rituales complejos. Los historiadores culturales las han investigado como centros de travestismo u homosexualidad, o como zonas de recreo de mujeres poderosas, como la reina Victoria o la Emperatriz Madre. El reciente rechazo por parte de los historiadores de las teleologías progresistas del nacionalismo y del socialismo hace pensar que estos edificios imperiales, que parecían muy resistentes, sólo cayeron a causa de derrotas militares.

Lo que debemos tener en cuenta es que estos sistemas monárquicos, con su extraña mezcla de autoridad carismática y populismo, de ritos y privilegios abusivos, de intriga y liderazgo, resultaron muy útiles a los diversos sistemas políticos del siglo XIX. Por decirlo de otra manera, fueron de gran utilidad a las fuerzas políticas que trataban de mediar en una sociedad cada vez más compleja. Los casos de Luis Napoleón III y del káiser Guillermo II son buenos ejemplos. Luis Napoleón, antes considerado como un charlatán e incluso como el precursor del autoritarismo democrático de los líderes fascistas del siglo XX, fue, realmente, un hábil actor político que supo desempeñar muchos papeles. A través de la familia y los símbolos del Imperio, Napoleón III podía recordar la

tradición del Primer Imperio y presentarse como el líder del ejército, ahora ocupado en la expansión imperial. Como Luis Napoleón, ganador de las elecciones de 1848 y de un plebiscito en 1851, podía representarse como parte de la tradición popular republicana. Al ser un monarca consagrado, tranquilizaba a los conservadores, promovía la misión católica francesa en el monte Líbano e Indochina y calmaba los miedos de la Iglesia y a la aristocracia católica que había sobrevivido a la Revolución. Como hombre moderno, promovía el desarrollo industrial y económico[74]. Su único error fue entrar en guerra con Prusia.

La monarquía austro-húngara parece haber salido reforzada de su derrota a manos de Prusia en 1866. Los austriacos se vieron obligados a conceder derechos prácticamente iguales a los húngaros y los dos grupos gobernantes utilizaron a la izquierda y a pequeños grupos nacionales del Imperio para enfrentarse. El emperador Francisco José consiguió mantener su calesa de dos caballos en movimiento incluso después de 1900, a pesar del creciente nacionalismo de toda Europa. Fue la guerra la que acabó con la dinastía[75].

El káiser Guillermo II supo ser el centro estabilizador de diferentes intereses. Manipuló la prensa astutamente y aceptó las ideas de los políticos electos, asegurándose así a la clase media de las nuevas ciudades industriales alemanas. Como comandante en jefe del ejército y descendiente de Federico el Grande, era el líder simbólico de los junkers del este de Alemania y de sus hermanos e hijos militares. Como emperador de Alemania, supo pacificar los intereses de los estados y regiones, tanto católicos como protestantes, que en tiempos de Bismarck parecían enfrentados eternamente. Se podría decir que el káiser no sólo se deshizo del piloto sino que encontró mejores cartas de navegación. Sólo la derrota militar acabó con él. De hecho, la casa imperial era más popular y más eficiente políticamente en 1913 que en la década de 1880[76].

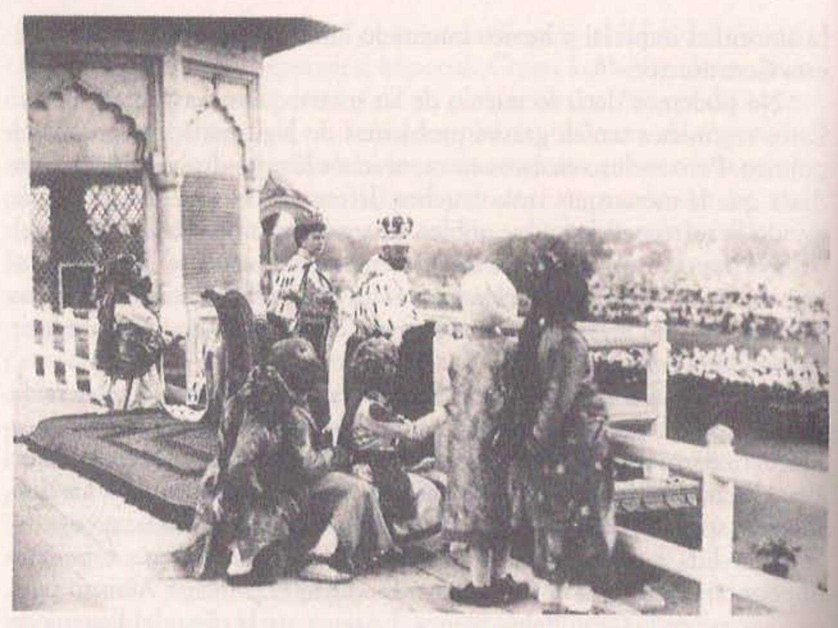
La supervivencia y remodelación de la monarquía japonesa podría parecer representar, superficialmente, un sentimiento atávico y religioso entre sus súbditos. Es difícil saber hasta qué punto fue eso cierto. No hay duda de que los estadistas Meiji pensaban que el trono era una institución muy útil. El líder político Ito Hirobumi explicó al Consejo Privado de la Corona en julio de 1888 por qué la monarquía mantenía tanto poder en la nueva Constitución. Dijo que era porque ni la religión ni la democracia ofrecían un «eje del Estado» para Japón, como hacían en los países europeos. La democracia era demasiado nueva en Japón y la religión sintoísta demasiado ambigua. Prosiguió: «En Japón, sólo la casa imperial puede hacer de eje del Estado. Por eso hemos insistido en

la autoridad imperial y hemos intentado limitarla lo menos posible en esta Constitución»[77].

No podemos decir lo mismo de las monarquías de China y Rusia. Estos regímenes tenían graves problemas de legitimidad y de control político. Pero incluso en estos casos, muchos historiadores coinciden en decir que la monarquía tuvo muchos defensores hasta el final. Seguía siendo la referencia para los nobles y para los campesinos, y desempeñaba el papel de árbitro entre las diferentes nacionalidades de sus enormes dominios. Aunque está claro que ni los Qing ni los Romanov podrían sobrevivir como reyes autócratas después de 1905, no era fácil predecir su completa desaparición[78].

El verdadero paralelo de la última Alemania imperial no era la Rusia imperial, donde la autocracia, aunque aún poderosa, empezaba a resquebrajarse tras la revolución de 1905. El paralelo era Gran Bretaña. En el Reino Unido, como se sabe, el ritual real de la coronación, los desfiles o la apertura del Parlamento se hizo más aparatoso y más coreográfico a medida que iba avanzando el siglo. La reina Victoria superó la impopularidad que la rodeaba cuando murió el príncipe Alberto para convertirse en la Gran Reina Blanca. La reina era la cima del sistema de clases y de estatus. Pero también gustaba a la clase obrera, conservadora e imperialista. También era amiga de príncipes indios, de un lacayo escocés que vestía kilt y de los emisarios indios. Era la madre putativa de los jefes maoríes y canadienses. Como cabeza de la Iglesia anglicana y emperatriz de la India, era la referencia y el canal de influencia política para una enorme variedad de corporaciones, aristocracias arcanas y dominios dispares que habrían eclipsado al emperador Quiang Long. Pero Victoria supo representar también una modernidad discreta. Reflejaba los triunfos y los fracasos de la familia cristiana inglesa. Promocionó la industria en la Gran Exposición de 1851. La reina fue de las primeras en utilizar un telégrafo de doble aguja para comunicarse con sus súbditos lejanos, aunque ordenó depositar la máquina en una antigua caja con pilares clásicos de madera[79].

Este tipo de detalles son más importantes si examinamos los grandes estados de Oriente Medio y Asia. La monarquía con peor prensa fue la última dinastía otomana. A Abdülhamitt II, el último sultán con poder, se le retrataba como un degenerado pintado de *henna,* que presidía un ridículo ritual cortesano y un harén en los nuevos y ostentosos palacios del Bósforo. Pero el Imperio Otomano sobrevivió hasta 1922, gracias al sultanato y no a pesar de él. Los sultanes también eran califas, virreyes del Profeta en la tierra. Según avanzaba el siglo XIX, lejos de



11.4 Apogeo del imperio: el emperador y la emperatriz en el Fuerte Rojo de Delhi, 1911.

decaer, muchos musulmanes se sintieron hostigados por las potencias cristianas y buscaron la unidad espiritual en el califato. Durante la crisis de la rebelión de los Bóxers, los lejanos musulmanes chinos escuchaban las palabras de Estambul. Incluso en Egipto, donde los líderes políticos a veces reclamaban el califato para los árabes, el sultanato servía como tribunal de apelación ante la arbitrariedad de la ocupación británica.

A medida que se fue intensificando la retórica anti-turca y anti-islámica entre las potencias occidentales, el sultanato empezó a recurrir a los ideales de la guerra santa islámica para contrarrestarla. En 1914, el sultán proclamó una yihad contra Gran Bretaña, Francia y Rusia. Sin embargo, el sultanato nunca había sido rigurosamente islámico. Medió entre los sufíes místicos y los doctores islámicos. También entre sunitas, drusos y chiítas. Aunque al final del Imperio se produjeron atroces masacres de cristianos armenios y balcánicos, no sucedió porque fueran

cristianos, sino porque se pensaba que eran rebeldes y disidentes y que estaban en contra del régimen. Por estas razones, algunos historiadores judíos, turcos e incluso árabes consideran que la última etapa del Imperio Otomano fue una edad de oro, una «larga paz» antes de los horrores del conflicto étnico de Oriente Medio del siglo XX. Las diferentes religiones, coaliciones tribales y grupos lingüísticos competían entre ellos pero no llegaban a la guerra. Por lo general, los administradores del sultán mantenían la paz entre los diferentes intereses. Sólo el ataque de Occidente, que estalló con la Primera Guerra Mundial, acabó con este verano otomano. Aunque esta teoría omite la aparición de las identidades patrióticas y regionales indígenas[80], sí demuestra que el sistema imperial y los gobernadores regionales pudieron mediar de forma constructiva, y no sólo coercitiva, en los conflictos locales hasta mucho después de su supuesta «fecha de caducidad» histórica.

¿CONTINUIDAD O CAMBIO?

Los historiadores creen que se superan a sí mismos cuando cuestionan la ortodoxia. Como los historiadores de mediados del siglo XX estaban tan profundamente preocupados por el papel transformador de la industria, el imperio y la ciencia, y por el ascenso de la fuerza de trabajo, los historiadores posteriores a 1970 han discrepado enérgicamente. Prefirieron insistir en la persistencia del viejo orden internacional. Este capítulo trata de hacer que estas dos posturas empiecen a dialogar, ya que ambas tesis aportan pruebas históricas convincentes, aunque diferentes. Todavía es posible mantener que la industria, la expansión de los imperios europeos y la adopción de las nuevas ideas cambiaron la vida internacional entre 1780 y 1914. Como demostraré en el último capítulo, se puede argumentar con certeza que el ritmo del cambio social y de la industrialización se aceleró bastante a partir de 1890 en todo el mundo. Sin embargo, muchas de las viejas formas de poder y soberanía se mostraron resistentes ante el cambio. Esto se debió a que tenían funciones sociales, políticas y emotivas que cubrir dentro de los cambios provocados por la industrialización, la expansión imperial y el auge del Estado. Las viejas supremacías se rehicieron y reinventaron a raíz de los cambios. Paradójicamente, debían su continuidad a los mismos cambios.



11.5 Antes del diluvio: el zar Nicolás II y la zarina Alejandra, 1913.

12

LA DESTRUCCIÓN DE LOS PUEBLOS NATIVOS Y LA DEPREDACIÓN ECOLÓGICA

Los capítulos anteriores han demostrado que, entre 1780-1914, los gobiernos de todo el mundo empezaban a parecerse entre ellos. Crearon fronteras territoriales claras y definieron a sus súbditos frente a los extranjeros. Trabajaron para crear sistemas efectivos de gobierno que eliminasen los viejos sistemas de poder y privilegio. Establecieron ejércitos centralizados y sistemas de recaudación de impuestos eficaces. Esta creciente uniformidad política en todo el mundo se vio reflejada, más adelante, en una uniformidad económica centrada en los requerimientos del capital industrial. A pesar de las enormes diferencias de riqueza entre diferentes países y dentro de los mismos, una mayor proporción de la población mundial se había incorporado a la economía capitalista internacional a finales de siglo. Si eran campesinos, producían cultivos comerciales para la exportación. Si eran trabajadores industriales, producían en las fábricas. Si eran comerciantes o profesionales, comerciaban, educaban o litigaban en el marco de este nuevo mundo.

La convergencia del Estado y de la economía hacia una uniformidad hizo que la sociedad y el estilo de vida empezaran a parecerse en todo el mundo. En este capítulo, sin embargo, consideraremos el destino de varias comunidades humanas que fueron marginadas o completamente destruidas por el cambio. El capítulo anterior argüía que algunas formas de organización social y algunos estilos de vida aparentemente arcaicos no sólo sobrevivieron, sino que renacieron por el impulso de la modernidad. Éste no fue el caso de lo que llamamos «pueblos nativos». Muchas veces se les consideraba como un impedimento para el progreso y todavía en 1890 era dudosa su supervivencia.

¿QUÉ SIGNIFICA «PUEBLOS NATIVOS»?

Los pueblos nativos, según se emplea aquí la expresión, fueron grupos sin una estructura estatal definida, pastores, nómadas, habitantes de los bosques y pescadores, todos aquellos que los primeros antropólogos reunían bajo el nombre de «tribus primitivas». La definición de estos grupos no puede ser muy precisa, porque había bastante intercambio cultural y matrimonial entre ellos y los súbditos de estados más asentados. En el sudeste asiático, por ejemplo, algunos llamados pueblos tribales, como los karen, kachin y shan, se asentaron entre los campesinos de etnia birmana, haciéndose también campesinos sólo diferenciables de aquéllos por sus ropas y sus costumbres sociales. Otros pueblos tribales se hicieron completamente «birmanos», por medio del matrimonio, la adopción del budismo theravada ortodoxo y del idioma birmano. Pero otros se mantuvieron aparte, viviendo en las colinas. Esta separación se vio reforzada por su temprana conversión al cristianismo en las décadas de 1820 y 1830. En África también había ejemplos de fronteras culturales movedizas. En el oeste, la relación entre el pueblo nómada fulani y el pueblo urbano hausa era compleja. La dinastía reinante provenía de fulanis de ciudad y también de algunos maestros islámicos. Pero la mayoría de los pobres urbanos eran fulanis. Existían también grupos sociales aislados, como los pueblos de Melanesia o de la Amazonia profunda. Estos pueblos habían mantenido muy poco contacto con el mundo exterior durante cientos de años, y su «primer contacto» con blancos y otros colonos en el siglo XIX fue todo un trauma cultural.

No todas estas sociedades se vieron subordinadas o destrozadas por armas de fuego, alcohol y enfermedades en el siglo XIX. A los tasmanos y a muchos aborígenes de la costa este australiana los cazaron o expulsaron. Pero hubo ejemplos de jefes maoríes y hawaianos que lograron mantener cierta independencia cultural adaptándose a las demandas occidentales. A veces prestaban sus servicios como guardas. A veces se convertían en trabajadores, haciendo trofeos y curiosidades para satisfacer el gusto occidental por lo exótico. Podemos decir que algunos pequeños grupos culturales que no entraron en la producción intensiva agraria se vieron sometidos a unas presiones políticas, culturales y demográficas sin precedentes. Anteriormente habían negociado con los grupos asentados y con los primeros representantes de las potencias europeas y americanas. «Las reglas del comercio cultural» estaban muy del lado no sólo de las sociedades blancas de origen europeo, sino de

todas las sociedades asentadas que producían un excedente agrario o de productos industriales.

La cifra total de población de estos grupos era relativamente baja en 1780, probablemente entre un 4 y un 8% de la población mundial. Pero el principio del fin de la antigua variedad cultural y de estilo de vida humana es un acontecimiento de importancia simbólica, ya que iba acompañado de enormes cambios ecológicos: la tala de bosques, la sobrepesca en los ríos y océanos y el cultivo de las praderas. Sólo en la segunda mitad del siglo XX quedaron patentes las implicaciones morales y medioambientales de estos cambios. Las naciones-estado ahora se disculpan por el trato ofrecido a los «pueblos nativos» y buscan reparar el daño ecológico causado por doscientos años de rapiña y devastación. Antes, los cambios climáticos abruptos eran obra de la ira divina, pero ahora se achacan a la destrucción del medioambiente por la raza humana y por su extirpación de pueblos que, según los más optimistas, mantenían una relación de igualdad con la naturaleza.

Dos de las causas principales de la «casi extinción del nativo» en muchas regiones del mundo fueron el impacto del imperialismo europeo y la expansión de sistemas europeos de gobierno por América, Australasia, el Pacífico y, finalmente, África. Una causa derivada de éstas fue el continuado «colonialismo interno» de gobiernos indígenas, reforzados con armamentos y sistemas de comunicaciones occidentales. Los virreyes musulmanes de Egipto, por ejemplo, empezaron desde la década de 1820 a avanzar por el sur de Sudán, sometiendo a los pueblos africanos del Nilo. Aunque desplegaron ejércitos de corte europeo, su búsqueda de esclavos domésticos y sus proclamas islámicas acerca del barbarismo y la urbanidad siguieron la tradición de los grandes imperios musulmanes premodernos.

La imposición de derechos de propiedad absoluta de definición europea empezó a acotar las tierras de caza y pastoreo. Y la imposición de la explotación forestal científica creó una uniformidad donde antes el hombre y el bosque mantenían una relación compleja. Sin embargo, el imperialismo y la colonización fueron sólo una dimensión, a veces violenta, de unos acontecimientos mucho más generalizados que vieron cómo la nación-estado y la economía capitalista conquistaban y cambiaban sus fronteras internas. El crecimiento de la población y la mejora de los sistemas de comunicación tuvieron tanta culpa como la deliberada política de estandarización, asimilación o exterminio. En la mayoría de Europa, por ejemplo, en este periodo muchas comunidades pastoriles, o de pescadores, o de nómadas de las colinas, se asentaron

en ciudades a trabajar, impulsados por el Estado, la Iglesia o el sistema de enseñanza moderno. El avance de la uniformidad fue un problema tanto para los lapones y las comunidades de pescadores gaélicos del norte de Escocia y el oeste de Irlanda, como para los indios cree de Canadá o los maoríes de Nueva Zelanda. Provocó el final del idioma córnico de Cornualles, dañó los idiomas gaélico, irlandés y galés, y causó la cuasi asimilación del occitano del sur de Francia. Y todo esto ocurrió simultáneamente con la destrucción de la cultura musulmana cham en lo que sería la Indochina francesa y el exterminio de los norteamericanos nativos en la costa este de Estados Unidos.

LOS EUROPEOS Y LOS PUEBLOS NATIVOS ANTES DE 1820

A lo largo del siglo XIX, la colonización y el avance por nuevas tierras se volvieron paulatinamente más agresivos, con resultados cada vez más destructivos para los habitantes originales. Esto no significa que antes de esa fecha no hubiera colonización agresiva. De hecho, los ingleses, principales colonizadores del siglo XIX, tenían una larga historia de lo que hoy llamamos «limpieza étnica» entre los pueblos pastoriles, nómadas y habitantes de los bosques. Los ingleses asentados en Irlanda y Gales a menudo se habían mostrado intolerantes ante la presencia de la población original, y en el siglo XIX seguían intentando cambiar los topónimos gaélicos por los anglosajones. En la mayoría de las islas del Caribe, los invasores del siglo XVII habían expulsado o matado a los pueblos indígenas caribe, arawak y taíno, aunque quedaban algunos en Dominica y Santa Lucía, y había una población mestiza importante[1]. En los siglos XVII y XVIII, se produjeron en las colonias de Nueva Inglaterra lo que podrían llamarse guerras étnicas cuando los colonos intentaron expulsar o eliminar a los pueblos amerindios con los que entraban en contacto. La trata de esclavos en África mostró estos instintos aplicados de una forma más mercantil. El concepto inglés de la propiedad privada, la agricultura intensiva y, más adelante, la intolerancia y la aversión al matrimonio interracial de los protestantes, también colaboraron. En las colonias de Nueva Inglaterra, por ejemplo, una derrota de los indios daba paso a menudo a un periodo de desmoralización social durante el cual los pueblos nativos se desbandaban y quedaban reducidos a una especie de vagabundos. Como dijo un comentarista francés hablando en 1780 de los indios de Massachussets: «En pocos años sus tierras estaban

rodeadas de las mejoras europeas y, como consecuencia, se volvieron perezosos, apáticos, sin ánimo ni aptitud para imitar nuestras profesiones. En pocas generaciones habían muerto todos»[2].

Algunas poblaciones escandinavas se mostraron igual de intolerantes con los pueblos indígenas lapones y bálticos de las regiones norteñas, mientras que en las fronteras de la ortodoxia rusa, donde se encontraban con pueblos mongoles e islámicos, se libraron guerras salvajes de expulsión y exterminio, aunque también hubo matrimonios interraciales. La conquista rusa en el siglo XVIII de las tierras al sur del kanato de Crimea acabó con el asentamiento de colonias rusas y cristianas entre las tribus nómadas de la región. Fue a principios del siglo XIX cuando empezaron las expulsiones étnicas en algunas partes del oeste del Cáucaso. Los colonos españoles, portugueses e incluso franceses de América y el Caribe fueron igual de violentos, aunque más propensos a casarse con mujeres de la población nativa, lo que generó una mayor población mestiza o *méti* en esas regiones. En todos estos casos, la presencia moderadora de sacerdotes católicos —sobre todo jesuitas— que cuidaron de la población indígena, ayuda a explicar la diferencia con Norteamérica. Pero a finales del siglo XVIII había poca diferencia en el trato británico o francés con los nativos del Caribe o de Canadá.

De una manera diferente, la expansión interior china, japonesa y otomana en lo que se llamarían las fronteras internas presentó una dureza parecida a la inglesa, aunque su objetivo fue la asimilación o sometimiento y no el exterminio. Las características típicas chinas, sus caracteres y sus ritos confucianos, fueron impuestos a sus vecinos «animistas». La expansión japonesa del siglo XVIII había asimilado al pueblo independiente aino de la isla de Hokkaido. En el Imperio Otomano, la idea de asentar en la sociedad a los nómadas y recolectores de las colinas ya prevalecía a finales del siglo XVIII. El choque entre la idea oficial de que estos pueblos eran «turcos montañeses» problemáticos y la identidad indígena que estos pueblos reivindicaban como kurdos y no turcos ni árabes, además de la soberanía que reclamaban sobre sus tierras, fue precursor de los conflictos más modernos. Hubo revueltas kurdas contra los gobernadores otomanos entre 1770 y 1840.

Estos ejemplos de tempranas guerras de colonización moderna fueron más bien la excepción a la regla antes de mediados del siglo XIX. En gran parte del mundo, las sociedades agrícolas y comerciales en expansión habían asimilado a los nómadas y cazadores tribales, utilizándolos en su beneficio. Para empezar, el poder del Estado premoderno no era suficiente para mantener una permanente «vigilancia de los bárbaros».

De hecho, a menudo empleaba a estos «bárbaros» para vigilar a sus vecinos menos pacíficos. En segundo lugar, los grupos nómadas y forestales eran de gran utilidad política a los gobiernos de los pueblos asentados. Las tribus proporcionaban caballería ligera, zapadores y mineros para los asedios, y formaron batallones de élite para los gobernadores. En Persia, los shas reclutaban tradicionalmente sus ejércitos de entre los pueblos nómadas como los bajtiari. De hecho, los qayaríes eran una dinastía turca conquistadora. Incluso las potencias europeas en expansión hicieron algo parecido. Los estados italianos empleaban a pescadores albaneses en sus galeras mediterráneas. A partir de mediados del siglo XVIII, escoceses pobres de los Highlands se alistaron en los ejércitos británicos. A un extremo de este proceso se situaban los guerreros nómadas que acababan siendo en el transcurso de una o dos generaciones, gobernadores de pueblos asentados. Ejemplos fueron los timuríes que gobernaron la India, los manchúes de China, la dinastía armenia que gobernó Bagdad, los saudíes beduinos que se convirtieron en reyes de la península arábiga y los vaqueros fulani que establecieron el califato de Sokoto en el oeste de África.

En tercer lugar, estos pueblos aportaban importantes servicios económicos. En todas partes, desde Rusia hasta el norte de África, los nómadas transportaban grano y otros productos por todo el territorio y proveían de pieles y animales a los pueblos asentados. En las sociedades de India, China y el sudeste de Asia, los pueblos de los bosques recolectaban las hierbas medicinales y otros productos recolectables que ayudaban a tener una población sana. También abastecían de productos valiosos como la teca y los elefantes[3]. Por último, aunque los pueblos asentados de la llanura y las ciudades pensaban en estos pueblos como «los otros», no los consideraban primitivos ni salvajes. Esto empezó hacia 1820. Los maestros islámicos pensaban que eran buen material para la conversión, como ocurrió con los beduinos árabes, convertidos al islam por el Profeta. Los bosques y los páramos salvajes fueron importantes para las grandes religiones, que veneraban a los eremitas que abandonaban la ciudad para recluirse allí. Y se pensaba que en las tribus había chamanes con poderes sobrenaturales.

A lo largo del siglo XIX, sin embargo, estos pueblos se vieron marginados, atacados y sojuzgados por las poblaciones agrícolas en expansión y por los agentes del Estado moderno. Las primeras incursiones tuvieron lugar en la época revolucionaria, entre 1780 y 1820, aunque las tribus seguían siendo útiles para las nuevas potencias. El diluvio llegó entre 1830 y 1890, con las masivas expansiones de colonos por Siberia, Australasia, Sudáfrica y las Américas, y la expropiación de las tierras y bosques de los pueblos tribales. Finalmente, a partir de 1870, los pueblos tribales restantes se vieron sojuzgados por los agentes del Estado y de la moral. Se vieron obligados a utilizar la ropa, el estilo de vida y la religión de la población dominante, o se vieron recluidos en reservas especiales para ser explotados como mano de obra en las minas y las granjas capitalistas. Las próximas secciones examinan estos dos periodos de cambio.

LOS PUEBLOS NATIVOS EN LA «ERA DEL PARÉNTESIS»

Durante las guerras napoleónicas y la primera era del imperialismo global, el equilibrio demográfico y militar no había cambiado decisivamente en contra de los pueblos nativos. En Norteamérica, los británicos habían seguido manteniendo contactos con las Cinco Naciones Iroquesas, algo que había comenzado durante la Guerra de los Siete Años y la Guerra de la Independencia Americana. El Departamento Británico para los Indios Norteamericanos, dirigido por la famosa familia angloirlandesa Johnson, mantenía cuidadosas prácticas de intercambio de regalos con el jefe de los mohawks y otros líderes amerindios. Reclutaban a jóvenes guerreros para sus unidades ligeras y algunos funcionarios británicos se casaron con nativas y adoptaron sus costumbres. El conflicto contemporáneo con la sociedad de colonos de la nueva república norteamericana dio a los británicos una importante ventaja diplomática. Pero en el Medio Oeste, los norteamericanos también utilizaban las habilidades de los nativos para conseguir pieles, si bien los empujaron, con una firmeza muy inglesa, más allá de la frontera. Los exploradores indios contribuyeron mucho a la rapidez de la expansión americana y canadiense por las llanuras centrales[4]. Desde los viajes de James Cook, los indios de la costa noroeste habían establecido similares vínculos con los pequeños puestos británicos y norteamericanos de pesca y comercio de pieles con soporte naval. La enorme demanda china de pieles de lujo significaba que eran una materia prima lucrativa que podía dar beneficios, por lo menos en un principio, tanto a los blancos como a los indios de la costa del Pacífico.

Este patrón se vio repetido en otros contextos. En el sur de África, los holandeses y los británicos reclutaron a ganaderos y agricultores khoikhois u «hotentotes» para las milicias con que vigilaban las fronteras

de las zonas colonizadas por europeos[5]. El comercio de bienes y armas con el interior contribuyó indirectamente a los importantes cambios operados en las sociedades africanas contemporáneas. La Mfecane y el auge del estado guerrero zulú al norte de la colonia de El Cabo y en la provincia de Natal parecen haber sido en parte una respuesta a las incursiones costeras de los europeos. Por otra parte, los gobiernos europeos de El Cabo habían empezado a restringir el acceso a las tierras a los nativos y a convertir a la fuerza a los africanos en una fuerza de trabajo útil[6]. En Nueva Zelanda, la primera fase de influencia europea permitió una generación más tarde a los jefes maoríes más sagaces de la zona de la bahía de la Isla del Norte aprender nuevas técnicas de guerra para convertirse en la fuerza dominante de la isla del Norte, hasta llegar incluso a invadir la isla Sur[7]. El número de muertos fue enorme: las batallas tribales hasta entonces equilibradas, se desequilibraron con la llegada de las armas occidentales entre 1830-1850. También en Hawai la influencia norteamericana y británica tuvo efectos diversos sobre la población indígena. Aunque las tasas de muerte y enfermedad aumentaron de forma dramática, las familias de los jefes pudieron hacer fortunas vendiendo sándalo y otros productos exóticos para exportar a los mercados de Europa y China. Estos jefes gastaban sus ganancias en aparatosos festines y fiestas reales, con los que se habían distinguido tradicionalmente de sus plebeyos.

Mientras tanto, a medida que los ejércitos y los colonos rusos penetraban en Siberia y el oeste del Cáucaso, algunos jefes locales firmaron tratados con los invasores, aprovisionándolos de madera, comida y soldados especializados. En todas estas regiones, los pueblos nativos pudieron vender sus habilidades militares y sus servicios como exploradores mientras se congregaban alrededor de los nuevos fuertes y puestos comerciales.

Incluso en las fronteras del Imperio Británico de la India y el sudeste asiático, los pueblos tribales, nómadas y habitantes de los bosques desempeñaron un papel importante en la consolidación y expansión imperial. Los comerciantes nómadas de grano *(banjaras)* aprovisionaron a los ejércitos británicos en la India hasta la década de 1840. Augustus Cleveland, el amigo de Warren Hastings, intentó crear un ejército con los pueblos montañeses del nordeste de la India, mientras que poco después, en las montañas y en los bosques occidentales de la presidencia de Bombay, los bhils de los bosques fueron organizados en los Cuerpos Especiales Bhil en los primeros años del siglo. El ejemplo más conocido son los gurkhas del Nepal. Estos granjeros y pastores de las montañas

estuvieron a punto de derrotar a los británicos en la guerra de 1814-1816. Impresionados por sus habilidades militares, los británicos empezaron a utilizar a los gurkhas en la guerra. Al mismo tiempo, los gurkhas nepalíes empezaron a depender cada vez más de los ingresos del servicio militar en el extranjero al incrementarse la población. Este proceso ocurrió en otras zonas del Asia europea. Los holandeses, por ejemplo, ya habían empezado a reclutar en las comunidades forestales de las islas Molucas en cuanto sofocaron la resistencia de Java entre 1825 y 1830. Cuando los franceses se establecieron en la Cochinchina a principios del siglo XIX, también reclutaron soldados entre las tribus de la frontera con Camboya. Estas medidas pragmáticas resultarían útiles más adelante para las políticas étnicas de los gobiernos coloniales, aunque sembró la semilla de las guerras intercomunales de finales del siglo XIX y del siglo XX.

Con ello, los europeos se limitaban a extender e intensificar una política que los reinos asiáticos empleaban desde hacía tiempo. Los reinos musulmanes siempre habían sido adeptos a la hora de emplear a los montañeses y a los habitantes de los bosques como guardas de los puertos y de los bosques. Incluso en fecha tan tardía como la década de 1790, cuando el emperador chino Qianlong invadió Sichuán, sus generales se preocuparon de otorgar puestos imperiales a los líderes nómadas. En la frontera con Birmania, los mismos ejércitos chinos trataron de reclutar a los montañeses shan, chinos y no birmanos para defenderse de los reyes birmanos. Sin embargo, según se fueron clarificando las alianzas dentro del Estado tras las rebeliones de mediados de siglo, la tensión incrementó.

EL DILUVIO BLANCO, 1840-1890

Ya antes de 1840, la expansión europea en América, Australasia y Eurasia había sometido a los pueblos nativos a una nueva presión. Los gobiernos coloniales de la posguerra querían recaudar tributos. Los nómadas y las tribus de las montañas y los bosques, que pagaban muy pocos impuestos, eran de poco valor económico y eran, potencialmente, peligrosos si continuaban otorgándose el derecho de hostigar y pedir tributos a la población asentada. Las feroces escaramuzas locales entre colonos y aborígenes australianos por las tierras de la zona de Sídney y las continuas guerras de exterminio en las fronteras de la expansión americana

son ejemplos arquetípicos de este periodo. El presidente de Estados Unidos, Andrew Jackson, creó una «política de traslados forzosos» por la que las tribus que estorbaban el progreso de la civilización occidental acababan relegadas a zonas lejanas y, habitualmente, pobres[8]. Esta política fue la precursora de las reservas nativas que se crearían más adelante. En Canadá, las autoridades británicas oscilaban entre traslados forzosos a pequeña escala al estilo Jackson e intentos fallidos de asimilación.

El cambio decisivo llegó con la expansión a partir de 1840. La década siguiente fue testigo de un incremento de la inmigración a América de un 40%. Para estas fechas también empezaba a acelerarse la emigración de británicos al este y el sur de Australia. Con la llegada del barco a vapor y el ferrocarril, e impulsados por una voraz fiebre del oro, la colonización europea se había convertido en un diluvio en la década de 1870. El equivalente ruso, en el sur de Siberia, despegó en 1890, pero hacia la década de 1930 había tenido el mismo efecto.

Este enorme flujo de inmigrantes tuvo consecuencias graves para los pueblos nativos de todo el mundo. Los diferentes tratados firmados entre los gobiernos europeos y norteamericanos y los pueblos indígenas —o la falta de tratados— imponían diferentes periodos y sistemas de expropiación. En cierto modo, los gobiernos de Canadá y Nueva Zelanda fueron más lentos que el gobierno estadounidense a la hora de apropiarse de las tierras. Pero, al final, hubo expropiación generalizada. El hambre de tierras que empujaba la expansión europea fue importante. La mayoría de los colonos se consideraban agricultores. Su objetivo era ocupar y vallar tierras que pudieran legar a sus hijos, algo que no habían podido hacer en Irlanda, Polonia, el sur de Italia o Rusia, de donde procedían. La carrera por las tierras afectó a los pueblos nativos de varias maneras, tanto directa como indirectamente. A veces eliminaba las parcelas temporalmente cultivadas por pueblos nómadas que eran imprescindibles para mantener el estilo de vida flexible de los pueblos nativos, que combinaban la agricultura a pequeña escala con la migración y la recolección en los bosques y las praderas. En otras regiones, las vallas impedían el movimiento del ganado, tanto salvaje como doméstico, del que dependían los nativos. Estos pueblos se quedaron sin comida al ahuyentar el hombre blanco a los búfalos, bisontes, canguros y ñúes. En las islas del Pacífico Sur, el objetivo no era sólo la tierra, sino también las ballenas, cuya grasa y aceite se habían convertido en unas importantes materias primas en la primera fase de industrialización. Colonos depredadores —antiguos marineros, comerciantes y vagabundos— invadieron

Nueva Zelanda y las islas del suroeste del Pacífico, llevando con ellos enfermedades venéreas, paperas, varicela y corrupción. Con el tiempo, los capitanes de confesión evangélica de la Marina británica y las sociedades misioneras aplicaron sus benevolentes pero letales ideas de la civilización y el bienestar a los indígenas, a los que agruparon alrededor de las iglesias cristianas pintadas de blanco.

En todo el mundo, la proximidad de la agricultura y el comercio blancos dañó irremediablemente a muchas sociedades. Muchos cayeron víctimas de enfermedades, otros del alcohol. Y otros fueron arrancados de sus sociedades para ir a trabajar como jornaleros pobres, vivos, pero siervos. A menudo la simple violencia los eliminaba de la faz de la Tierra. Fue ésta la época en la que los españoles y otros europeos del sur eliminaron a los últimos nativos del sur de Argentina. En Florida, los norteamericanos nativos se vieron empujados a los pantanos del interior por los colonos blancos que ocuparon las tierras roturables de la costa. En Sudamérica, sucesivos gobiernos chilenos trataron de echar de las tierras centrales a los indios araucanos, unos agricultores y pescadores duros y eficaces, que se resistían a la presión para que «mejoraran» su agricultura. En Tasmania, gran parte de la población indígena fue eliminada por los intolerantes colonos británicos, que los cazaron y exterminaron. Los pueblos nativos reaccionaron a veces con movimientos religiosos apocalípticos. A veces, como ocurrió en Sudáfrica y entre los amerindios, los pueblos nativos sacrificaban sus animales y destruían sus poblados y pertenencias. A estos pueblos, el diluvio blanco les parecía la señal del fin del mundo, así que sintieron la necesidad de reconocer su llegada.

Fue a partir de la década de 1840 cuando en Estados Unidos la fiebre por las tierras inclinó la balanza contra la coexistencia con los pueblos indígenas. El constante estallido de guerras con los indios llevó a las autoridades de diferentes estados del Oeste norteamericano a crear reservas. Los pueblos indios se vieron empujados a tierras cada vez más marginales. Básicamente, fueron separados no sólo de sus antiguas tierras de caza y pastoreo, sino también de las partes dinámicas de la nueva economía nacional. Las reservas y el ferrocarril provocaron un descenso del 50% en la población nativa entre 1850 y 1890. El gobierno federal de la época revolucionaria odiaba la propiedad corporativa. Por eso abolieron legalmente los derechos a la propiedad de las tribus indias. No fue, sin embargo, hasta una o dos generaciones más adelante, con la expansión ferroviaria y el asentamiento de los colonos, cuando la eliminación de los derechos de propiedad se hizo efectiva. En Latinoamérica, donde

los pueblos indígenas se habían aferrado a sus antiguos estilos de vida en los altos valles y la selva profunda, también se vieron obligados a retirarse entre las décadas de 1840 y 1870[9]. La expansión de la industria del caucho en Brasil a mediados del siglo XIX llevó a los colonos blancos a remontar el Amazonas y expulsar o transformar a los pueblos indios.

EL DILUVIO EN ACCIÓN: NUEVA ZELANDA, SUDÁFRICA Y ESTADOS UNIDOS

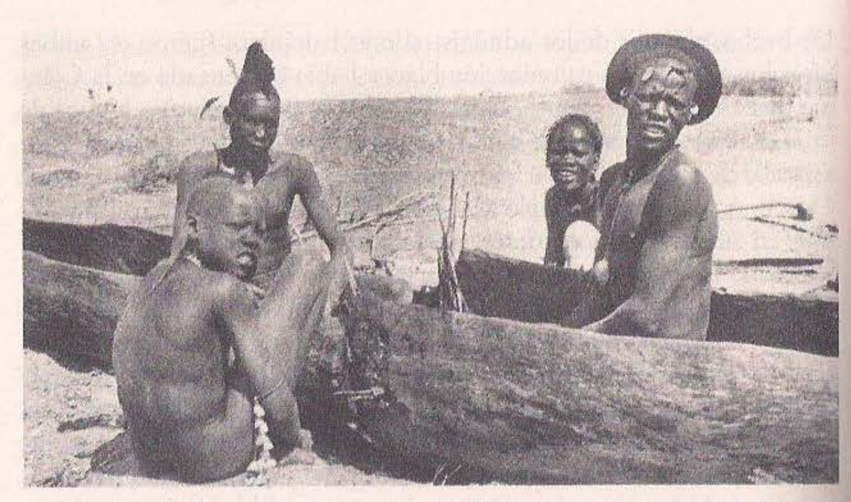
Vamos a ver este cambio crítico en tres escenarios diferentes: Nueva Zelanda, Sudáfrica y Estados Unidos. En Nueva Zelanda, o Aotearoa, ya en 1796 los colonos blancos habían establecido enclaves balleneros en la bahía de las Islas, en la punta de la isla Norte. Los pueblos maoríes aprovisionaban a los barcos de comida y, al ser un pueblo emprendedor, algunos jefes se hicieron ricos y poderosos gracias a este negocio. Al mismo tiempo, los misioneros cristianos de Europa y Australia se instalaron en varios lugares del país. Como también ocurrió en África, los indígenas asimilaron las partes del mensaje cristiano que les parecían atractivas o útiles. Por ejemplo, los maoríes crearon genealogías para sus nobles que se remontaban a los profetas del Antiguo Testamento[10]. A partir de 1840, la competencia internacional y la llegada de colonos europeos impulsaron a Gran Bretaña a declarar su soberanía sobre las islas.

El tratado de Waitangi de 1840, que muchos de los jefes nativos firmantes parece que nunca llegaron a entender, desató una carrera por comprar tierras entre los colonos blancos y el gobierno. Los pueblos maoríes, temerosos de perder sus tierras, su ganado y el carisma de sus jefes, se rebelaron. Entre 1865-1873, los maoríes lograron detener a los británicos y a los colonos. Pero aunque se les reconocieron algunos derechos de propiedad y algunos maoríes conversos participaron algo en el gobierno blanco de Nueva Zelanda a partir de 1870, el daño era ya irreparable. En 1842, la población blanca era de unas 2.000 personas y la nativa de unas 80.000. El censo de 1896 habla de una población blanca de 700.000 y maorí nativa de 40.000. Las enfermedades y las guerras contra los europeos y contra otras tribus, con la consecuente ruptura social, habían dado la ventaja a los *paheka* o blancos[11].

Algo parecido ocurrió en Sudáfrica. Un primer periodo de coexistencia con brotes de violencia dio paso al dominio de los colonos blancos.

De hecho, algunos de los administradores británicos fueron en ambas fases los mismos. La colonización blanca había comenzado en la Colonia de El Cabo muy pronto. Hacia 1795 había una población blanca de unas 20.000 personas, que sojuzgaba a una población esclava (negra y asiática) de unos 25.000 y a los khoikhoi nativos que se cifraban en unos 15.000. A principios del siglo XIX, tropas británicas apoyaron a los colonos, en su mayoría holandeses, para expulsar a los pueblos de lengua bantú de las mejores tierras. Hasta la década de 1840, los poderosos grupos xhosa bloquearon la expansión colonial. Pero, a partir de entonces, los europeos establecieron su dominio. Las guerras europeas y la rivalidad internacional hicieron que los gobiernos británicos fueran más directos para conseguir sus intereses estratégicos. El barco a vapor, el telégrafo y los avances en medicina y en técnicas de guerra habían abierto una distancia entre europeos y africanos en lo que a poder y recursos se refiere. Al tener poca tradición urbana, los pueblos del sur y el este de África, al contrario de los habitantes del oeste de África, tuvieron problemas para adaptarse a las ciudades. Se les permitía acceder a las ciudades blancas para hacer trabajos manuales y los que se quedaron en ellas fueron segregados. Como pasó también con los aborígenes australianos, los pueblos cazadores, los san o bosquimanos, fueron los más afectados por la pérdida de sus tierras.

Con las mejoras en las comunicaciones, se incrementó el número de colonos. Entre 1873 y 1883 llegaron 25.000 e, impulsados por la fiebre del oro y del diamante, se abrieron paso agresivamente hacia el interior. Los sucesivos gobiernos británicos querían mantener el control sobre la población de colonos y decidieron que era incompatible con la existencia de tribus africanas independientes. En 1881 destruyeron el reino zulú. Más al norte, el pueblo ndebele, asentado en lo que hoy es Zimbabue, fue asediado y finalmente derrotado tras una revuelta sangrienta en 1896-1897. La destrucción del reino produjo «vagabundos, desconcierto cultural y anomia personal», mientras que miles de blancos colonizaban estas nuevas tierras. En las colinas Mapoto, en lo que hoy es Zimbabue, los africanos lucharon para crear una economía campesina tras la guerra. Los adeptos del gran dios Mwali, que habían desempeñado un papel importante en la revuelta, «bendijeron la gran cosecha de grano y los regalos recibidos»[12]. Pero no hubo forma de detener a los agricultores, misioneros y administradores blancos. Hacia 1914, miles de sudafricanos trabajaban en las minas o en las plantaciones de los blancos. Y en vez de conducir a una reforma del sistema de reparto de tierras como esperaban muchos africanos, la guerra entre Gran Bretaña



12.1 Unos shilluks reparan su barca en el Nilo Blanco, principios del siglo xx.

y los descendientes de los colonos holandeses, los bóers, entre 1899 y 1902, sólo sirvió para confirmar la división racial. «Trasladaron» a miles de africanos a campos de trabajo, donde murieron de enfermedades, aunque en términos históricos es más notoria la muerte de afrikáners en los primeros «campos de concentración».

Algunos pueblos maoríes, ndebeles y zulúes, que vivían en un sistema político más centralizado que reforzaba su sentimiento patriótico y de lealtad a sus tierras, se resistieron ferozmente a los europeos. Otros sistemas más descentralizados sucumbieron poco a poco a la colonización extranjera, a las enfermedades o al alcoholismo. Este último caso se dio entre los pueblos nativos de Canadá, cuya resistencia se vio debilitada por la desnutrición consecuente al exceso de caza de búfalos. Cuando se suprimieron los derechos nativos a tener tierras en las praderas del sur entre 1871-1877, los británicos apaciguaron a los líderes tribales repartiendo la comida y los medicamentos que tanto necesitaban, aunque también tuvo algo que ver la violencia disciplinada de la Policía Montada del Canadá[13]. La dependencia erosionó la autonomía tribal tanto como la violencia. Pero más al sur, en los estados del medio oeste y del sur de Estados Unidos, los conflictos armados entre colonos blancos y pueblos nativos se siguieron produciendo hasta la década de

1880. Los grupos nativos de las llanuras estaban más centralizados y eran más fuertes que los del frío norte. Esto se debía a la abundancia de animales y productos naturales, sobre todo a las enormes manadas de bisontes que habitaban las praderas.

Aquí, en los estados del centro y del oeste de Estados Unidos, el drama de la derrota y desposesión de tierras se interpretó de forma dramática y pública. En los estados del este, la alternancia de conflicto y coexistencia entre los colonos blancos y los pueblos nativos, típica de los años del comercio con pieles y de la guerra anglo-francesa, terminó antes. Durante la era de las revoluciones, la joven república ya había derrotado militarmente y expulsado a la mayoría de las tribus. Los iroqueses, que siempre habían mediado entre los blancos y los nativos, fueron desposeídos o emigraron a Canadá, donde había menos presión de los colonos. La derrota de las tribus más poderosas —los pueblos cazadores de búfalos de las grandes llanuras— fue más o menos contemporánea de la derrota de los pueblos de Nueva Zelanda y de la subyugación del sur y el este de África.

A principios del siglo XIX, el gobierno federal de los Estados Unidos había controlado hasta cierto punto los intereses de colonos, mineros y rancheros. La Oficina para Asuntos Indios había enviado emisarios a tratar con pueblos como los siux y los cheyenes, consiguiendo algunas tierras para los colonos, pero otorgando el control de grandes zonas del interior a los jefes nativos. Los pueblos indígenas, que se habían adaptado a la guerra con armas de fuego a caballo, eran lo bastante poderosos como para derrotar a las tropas y agricultores blancos en varias ocasiones, como aprendió el general Custer. El patrón de firma de un tratado, asentamiento de algunos blancos entre los nativos y conflicto esporádico se parecía mucho al que se dio entre los blancos y los xhosa en África. De hecho, tiene algunas cosas en común con las actividades del servicio político de la India británica entre las tribus del nordeste.

El asalto a mano armada de los blancos llegó realmente con la expansión del ferrocarril en la década de 1850 y la inmigración masiva producida por la llegada de barcos de vapor cargados de europeos. Además, tras la guerra civil, tanto las fuerzas derrotadas del Sur como las triunfales del Norte se adentraron en las reservas indias. Hacia 1880, cuando el ejército de Estados Unidos había sofocado la resistencia de los pueblos de las llanuras, la cuestión de qué hacer con el «piel roja» se volvió urgente. Las teorías contemporáneas de «la misión civilizadora», en palabras de Lewis Henry Morgan, uno de los primeros antropólogos

profesionales, mantenían que la asimilación cultural completa no sólo era posible sino necesaria. Los misioneros, maestros de escuela y médicos trabajaron hasta principios del siglo XX para asimilar a los norteamericanos nativos a la sociedad blanca. Se alentó el espíritu del individualismo y a los nativos se les otorgó el derecho a comprar parcelas en las reservas tribales.

A principios del siglo XX, sin embargo, esta política de «asimilación» a la «civilización aria» fue gradualmente abandonada. Los esfuerzos de las autoridades por integrar forzosamente a los pueblos nativos en una ciudadanía común se estrellaron contra el deseo de los pueblos nativos de mantener sus costumbres y contra su resistencia a someterse a la disciplina horaria y al individualismo adquisitivo de la sociedad en general. Los expertos empezaron a decir de nuevo que «la raza nativa americana es claramente más endeble y más infantil que la nuestra»[14]. Abandonados en un limbo y sujetos, como los inmigrantes negros y chinos, a una nueva versión «científica» de la segregación racial, los indios empezaron el siglo XX sometidos a la destribalización, el empobrecimiento y el alcoholismo, que se fueron desarrollando a un ritmo cada vez más vertiginoso.

GOBERNAR LA NATURALEZA SALVAJE: RECUPERACIÓN Y MARGINACIÓN

Estos brutales desposeimientos se vieron acompañados de cambios sociales paulatinos efectuados por los esfuerzos de los misioneros occidentales, que las futuras generaciones de portavoces de los pueblos nativos consideraron igual de desestabilizantes para el estilo de vida indígena. Las misiones católicas llevaban mucho tiempo evangelizando a los pueblos nómadas de Centro y Sudamérica, de las costas del sudeste y suroeste de África, de las Filipinas y de partes de Indonesia. En estas regiones, la iglesia local y la casa del dueño de las plantaciones eran los centros de intercambio económico y cultural. En general, los grandes dioses indígenas se vieron sustituidos por versiones del catolicismo del sur de Europa, pero los rituales de los ciclos vitales y las ceremonias vinculadas a las cosechas seguían teniendo un colorido nativo. En algunas partes de México y Perú, los jesuitas y otras órdenes tenían bastante poder político y económico. Hacia finales del siglo XVIII, el ritmo de la actividad misionera católica en el mundo se frenó. De diferentes maneras, los regímenes de China, Japón y el sudeste asiático habían

trabajado para limitar el impacto de la evangelización cristiana cerrando sus países a los misioneros. Los virreyes de Nueva España en los últimos años del Imperio, celosos de su poder, expulsaron a los jesuitas del territorio español y francés a partir de 1760. En los reinos africanos vecinos a las colonias portuguesas, las luchas entre facciones y los cambios dinásticos deshicieron los avances cristianos anteriores. En muchas regiones del mundo, este periodo fue testigo del resurgir de los antiguos ritos sincréticos que los primeros misioneros y sacerdotes habían tratado de suprimir. El islam e incluso formas del hinduismo de expresión sánscrita ganaron terreno entre los pueblos nómadas de diferentes zonas geográficas del norte de lo que luego sería Nigeria y de Assam, al este de la India.

Las iglesias protestantes hicieron poco inicialmente para ocupar el vacío que dejaron los católicos entre los pueblos nativos. Tanto por razones teológicas como por la indiferencia u hostilidad de las autoridades seculares, las iglesias inglesas y holandesas se limitaron a dar la «buena noticia» a su pueblo y no trabajaron entre los pueblos nativos. Incluso en las fronteras de las colonias norteamericanas, las autoridades municipales desistían de irritar a los pueblos nativos promoviendo el cristianismo. Los esclavistas del Sur y del Caribe también pensaban que la evangelización era demasiado peligrosa para el mantenimiento del control de su mano de obra.

A partir de principios del siglo XIX todo esto cambió rápidamente. El asentamiento de esclavos liberados en Sierra Leona y Liberia por parte de los británicos y estadounidenses, respectivamente, impulsado por el abolicionismo, inició una actividad misionera en muchas nuevas regiones, incluido el oeste de África. La aparición de un público misionero protestante en Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa a partir de 1800 dotó de dinero y personal a las misiones evangelizantes. Los puestos misioneros se establecieron en lo más profundo de Estados Unidos y Canadá, sobre todo en las zonas pobladas por lo que llamaban «pueblos primitivos», considerados menos reacios al cambio que los campesinos indígenas. Los esfuerzos de los misioneros en la enseñanza y en la «mejora» social se extendieron por todo el Imperio Británico, y con bastante éxito en los nuevos territorios del Pacífico y Australasia. También ayudó el interés mostrado por el reformado Parlamento Británico a partir de 1832, que estableció un Comité de los Pueblos Aborígenes del Imperio Británico. El resurgimiento de la actividad imperial francesa en 1815 y la reorganización de la Iglesia tras los efectos de las embestidas napoleónicas fueron el inicio de una nueva actividad misionera

por parte de la Iglesia Católica Romana, que estableció misiones entre las «tribus» de las tierras altas de Indochina y en la selva del oeste de África.

Al principio, la actividad misionera se adaptó a los cambios políticos indígenas. Los jefes y líderes buscaban el carisma del misionero y del Libro para reforzar su autoridad. Comunidades enteras se convirtieron para acceder a lo que consideraban un nuevo saber y un nuevo poder. Se desarrollaron nuevas comunidades híbridas alrededor de los enclaves misioneros que expresaban su identidad como una mezcla de las tradiciones locales con el concepto de «pueblo elegido» bíblico. Durante este periodo, las misiones llegaron a hacer de contrapeso a la oleada colonizante blanca. Los misioneros disidentes británicos desempeñaron este papel en la Colonia de El Cabo y en el Pacífico, donde pudieron frenar, aunque sólo temporalmente, la codicia de los colonos. En Brasil, las nuevas misiones católicas trataron de proteger a los pueblos nativos del Amazonas de la depredación que supuso la aceleración de la deforestación por la industria maderera a partir de 1850.

Más adelante, sin embargo, durante la era de la desposesión y la conquista militar, la conversión al cristianismo y la adopción de costumbres y estilos de vida híbridos seudo-europeos fueron las únicas opciones de los pueblos nativos, sumidos en el alcoholismo, las enfermedades y una legislación muy punitiva. Comunidades enteras de maoríes, pobladores de las islas del Pacífico y aborígenes australianos se convirtieron al cristianismo como única forma de salir adelante en el sistema colonial. La alternativa era la revolución y la resistencia, que a menudo se apropiaba de ideas cristianas para utilizarlas contra los europeos. Un ejemplo fue el llamado «movimiento de revuelta King» de Nueva Zelanda en 1868[15]; otro, las revueltas contra los españoles en el norte de Filipinas en la década de 1870. Incluso en el caso de las tribus indias americanas que se resistieron a las autoridades de Estados Unidos y Canadá, muchas veces empleaban ideas cristianas milenaristas en sus ideologías. Pero los pueblos nativos siempre salían perdiendo de estos conflictos. Por eso, la tendencia en todo el mundo fue la paulatina erosión de las sociedades indígenas a manos de los europeos y los misioneros, tan devastadores en el siglo XIX.

Los misioneros pensaban que al implantar las virtudes del cultivo metódico de productos agrícolas comerciales, la disciplina horaria y el matrimonio regularizado al estilo europeo evitarían la recaída en los viejos ritos. No sólo se suprimieron el canibalismo, los sacrificios humanos y las guerras tribales, sino también la poligamia y las religiones y las

prendas de vestir indígenas. En el Pacífico, en algunos casos, el paso del canibalismo ritual y las guerras intertribales al metodismo sólo tardó veinte años. Pero el precio a pagar fue muy alto. La radical reorganización de los antiguos sistemas tribales dejó desocupados a muchos jóvenes. Algunos se adaptaron a la nueva situación y trabajaron en el campo, o como sirvientes domésticos o artesanos para los blancos. Esto incrementó el trabajo de las mujeres, que tenían que criar a sus hijos y además dedicarse al cultivo para alimentar a la población restante. Pero, en muchos casos, los hombres jóvenes cayeron en espirales de crimen y vagabundeo, llenando las cárceles de las nuevas colonias y alimentando el racismo de los europeos. El resultado a largo plazo no fue ni la asimilación ni la reclusión en reservas, sino más bien una desmoralización generalizada.

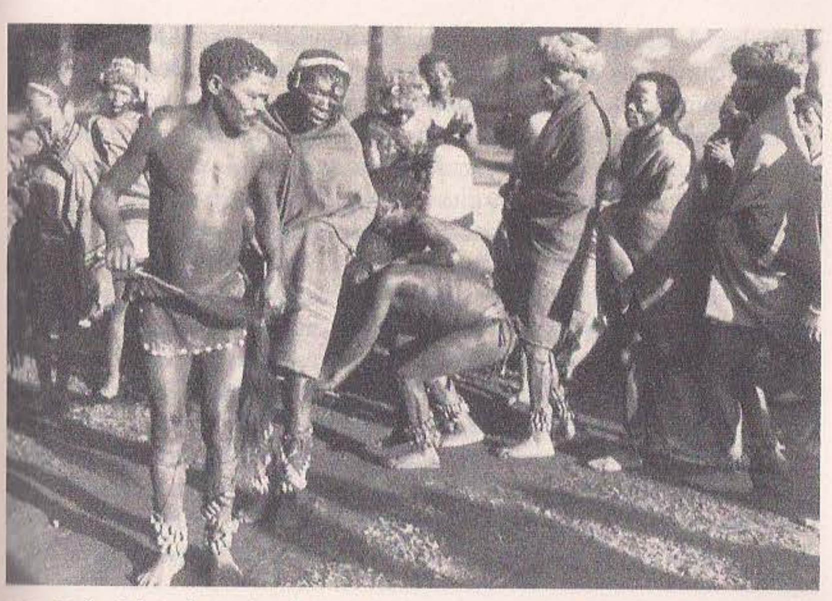
Estas incursiones en las distintas variedades de las culturas y estilos de vida humanos no se limitaron a las nuevas zonas de colonización europea. En todo el mundo de principios del siglo XIX, la homogenización y la colonización se aceleraron. La expansión de las poblaciones étnicas chinas y japonesas eliminó las estructuras políticas de los pueblos tribales que quedaban en Taiwán, las cordilleras del sur de China y la isla de Hokkaido, entre 1820 y 1880. Colonos de etnia vietnamita ocuparon las tierras de los pueblos moi (literalmente, «salvajes») debido al aumento de la población a finales del siglo XVIII y principios del XIX. A veces, los chamanes vietnamitas intentaban propiciar simbólicamente la voluntad de las deidades y los sacerdotes de los pueblos tribales. Aun así, perdían sus tierras, y la noción indígena de civilización-barbarie se adaptó perfectamente a los intereses de los administradores blancos allí asentados. En la misma época los agricultores indios invadieron las zonas forestales dang del oeste de la India, desestabilizando los viejos sistemas tribales[16]. La revuelta santal de Bengala (1856) significó el final de la independencia tribal. Mientras tanto, los misioneros norteamericanos y británicos trabajaban entre los nagas, shan y kachin, pueblos tribales de las montañas de la India y Birmania. Las presiones demográficas y culturales eran tan intensas que a finales del siglo XIX muchos hablaban de «la muerte del nativo». El mundo iba a ser posesión de las razas blancas dominantes y de sus clientes entre los campesinos de la India, China, Indochina y Arabia.

Pero esta destrucción final no llegó. Aproximadamente durante los últimos veinte años del siglo XIX, la situación se estabilizó un tanto. Las últimas grandes guerras entre los pueblos nativos y los europeos habían finalizado, y los pueblos indígenas, golpeados y constreñidos, en algunos

casos, empezaron a aprender las técnicas necesarias para sobrevivir a largo plazo, si bien como los más pobres del sistema económico mundial. El cristianismo y las otras religiones globales ofrecían un lenguaje apropiado para expresar sus derechos. Y la religión amortiguaba la dominación racial y cultural. La explotación sin piedad que tipificó la expansión blanca no se integraba muy bien en el vocabulario del paternalismo religioso de la política. La aparición del científico profesional, descrita en el capítulo 8, también desempeñó un papel importante. Las ciencias de los seres vivos, la historia natural y la antropología intervinieron para clasificar a los pueblos nativos como especímenes raros y esto les garantizó algo de protección. Algunos de los oficiales europeos que vigilaban las jurisdicciones especiales asignadas a estos pueblos eran antropólogos profesionales, que defendían su segregación del mundo moderno. Como «fósiles vivos», estas gentes necesitaban ser conservadas tanto como los objetos y especímenes biológicos preservados en los museos.

Algunos pueblos nativos, como los maoríes, consiguieron un pequeño respiro al ser clasificados como «arios», o descendientes de otras razas «elevadas», en los imaginativos esquemas de civilización y clasificación racial desarrollados por los pensadores europeos[17]. Aparecieron defensores de los derechos nativos, que pedían reservas más grandes, la protección de sus derechos a la pesca, la caza, el pastoreo y la de los sitios sagrados indígenas. La aculturación había llegado tan lejos que en Nueva Zelanda y entre los tuareg del desierto del norte de África francés, los jefes locales, educados en idiomas europeos, podían elevar peticiones y desafiar a los agentes del Estado. A finales de siglo, algunos llegaron incluso a sentarse en las asambleas e instituciones representativas.

También, por lo general, el Estado moderno, ya fuera colonial o independiente, tendía a proteger y mantener los derechos y el estilo de vida de los nativos frente a los de las poblaciones de colonos. Estos estados comenzaron más tarde a desear preservar los bosques, ríos y otros recursos para uso propio. Recelaban de la codicia y agresividad que veían a lo largo de la frontera de los asentamientos blancos. A menudo, la administración se veía involucrada en guerras fronterizas o tribales que no podía pagar. Hasta cierto punto, los administradores coloniales y nacionales también se habían imbuido de las ideas liberales sobre el progreso, la protección y el «fideicomiso». Querían contar, clasificar y segregar a las poblaciones nativas, que, como les habían enseñado, eran una especial responsabilidad suya. A menudo, por supuesto, sus esfuerzos para proteger a los indígenas tuvieron efectos tan desastrosos

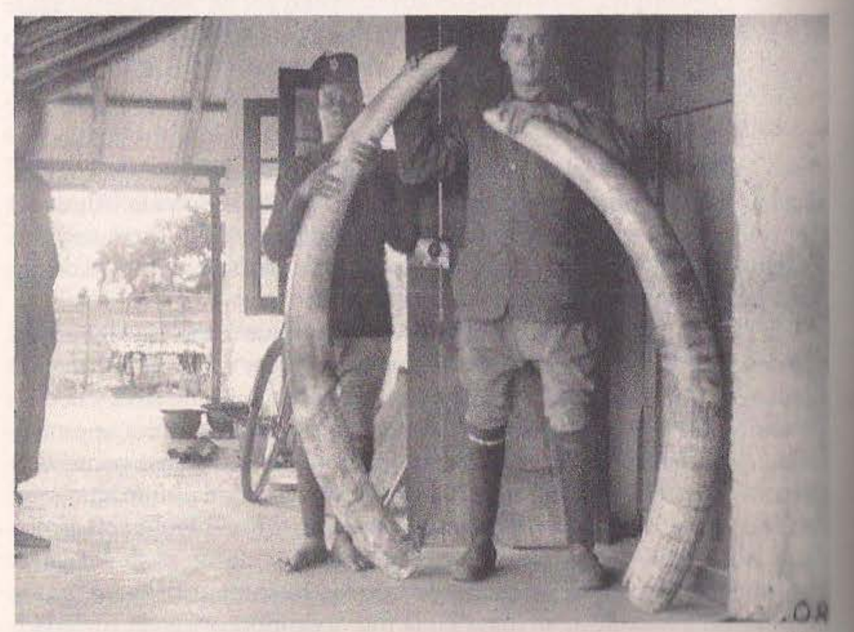


12.2 Baile del antílope eland macho: bosquimanos del Kalahari (de etnia san o ko), principios del siglo XX.

como los que provocaban la asimilación y la subordinación, ya que los aislaban de las oportunidades que ofrecía la nueva economía. Algunos, como los aborígenes australianos, eran tan débiles políticamente y tan inadaptables a las normas de los poblados coloniales, que su caída en la pobreza y el alcoholismo fue imparable[18].

Sin embargo, ayudados por la joven ciencia antropológica y por la resistencia política de algunos pueblos nativos, los administradores de finales del siglo XIX empezaron a parar la expropiación masiva y la destrucción de los pueblos tribales. Muchas poblaciones nativas se estabilizaron a un nivel bajo y empezaron a proteger más eficazmente una parte de sus derechos a las tierras tradicionales. Por último, hay que recalcar que esta supervivencia tan limitada no era, generalmente, fruto de la labor de los administradores del Estado moderno ni de los jefes. Fue obra de la propia adaptabilidad de los pueblos tribales. Algunos empezaron a encontrar su lugar en la nueva economía y en la sociedad. Se hicieron rastreadores y guías para los cazadores y visitantes europeos que insistían en adentrarse en la jungla o en la alta meseta para masacrar

animales. Adaptaron su arte religioso y doméstico tradicional para vender curiosidades a la primera generación de turistas europeos y al creciente mercado de objetos exóticos de Europa y América. En Nueva Zelanda, algunas tribus hicieron negocio con cabezas reducidas, muy valiosas en el mercado de artículos nativos de Europa. Otros explotaron los productos de sus bosques y tierras, vendiendo miel, pieles, cera, plantas medicinales y productos animales en los mercados de los asentamientos coloniales. En otros casos, los pueblos tribales y marginales se alistaron en los ejércitos coloniales y nacionales. Según se avecinaba la Primera Guerra Mundial, los británicos empezaron a reclutar a nativos en grandes cantidades. Reclutaron a levas de fiyianos, de indios tribales naga y de kachins, karens y chins para sus guerras fronterizas coloniales. En la frontera noroeste de la India británica, los pueblos pathan o pashtún fueron reclutados para luchar contra sus primos de la montaña y para doblegar a los pueblos de las llanuras. Los franceses y holandeses reclutaron respectivamente a tuaregs del norte de África y a tribus de las islas Malucas para sus ejércitos coloniales. Los rusos formaron la



12.3 Exterminio de la naturaleza: un funcionario colonial con unos colmillos, 1905. Fotografía de Ernst Haddon.

división de montaña caucásica, la llamada división salvaje, de sangrienta fama en la Primera Guerra Mundial.

No hubo freno a la depredación de la naturaleza que acompañaba a la expropiación de los pueblos nativos. Es ingenuo pensar en estos pueblos como los «primeros conservacionistas» del mundo. Cazaron, envenenaron y destruyeron los bancos de peces y ballenas, las manadas y los bosques. Aun así, sus herramientas eran sencillas, tenían poblaciones limitadas y su veneración por la naturaleza ayudaba a regenerarla. Pero las ideologías de los colonos les enseñaron a explotar y a exterminar. La Revolución Industrial les entregó las herramientas de acero, la maquinaria y las armas de fuego para saquear el mundo natural hasta niveles sin precedentes justo en el momento en el que lo estaban clasificando e investigando[19]. Los animales comestibles o con pieles valiosas de la estepa rusa y de las praderas norteamericanas fueron prácticamente exterminados entre 1780 y 1914. Los bancos de peces y ballenas menguaron dramáticamente en los océanos del sur. Se talaron bosques de teca en todo el mundo para abastecer de madera a los astilleros europeos. La madera menos valiosa se utilizó como traviesas en los ferrocarriles y para apuntalar las minas. A veces, los efectos desastrosos ya eran patentes hacia la Primera Guerra Mundial. La deforestación causó erosión e inundaciones en las partes vulnerables de China e India, empeorando los problemas de superpoblación y de cosechas cada vez peores. Ya entre las décadas de 1830 y 1840, los historiadores naturales y los administradores estaban preocupados por lo que llamaban «desecación», la desertización de la tierra, sobre todo en los imperios europeos[20]. Las lecciones del ecologismo, como las lecciones de la solución de las disputas internacionales, no se aprendieron ni en los cien años siguientes al final de este periodo.

13

CONCLUSIÓN: LA GRAN ACELERACIÓN, *c.* 1890-1914

Este último capítulo vuelve a los grandes temas del libro: la naturaleza policéntrica de los cambios en la historia mundial, el crecimiento de la discutida uniformidad y la funcional complejidad en todo el mundo, la rapidez de las comunicaciones internacionales, el auge del dominio occidental y la resistencia a ese dominio. Pero el capítulo examina primero la aceleración en los cambios políticos y económicos que ocurrieron en los veinte años anteriores a la Primera Guerra Mundial. El industrialismo, la democracia y el nacionalismo no europeo parecían haber dado, por fin, un paso adelante, largo tiempo anunciado, en esta era de modernidad autoconsciente.

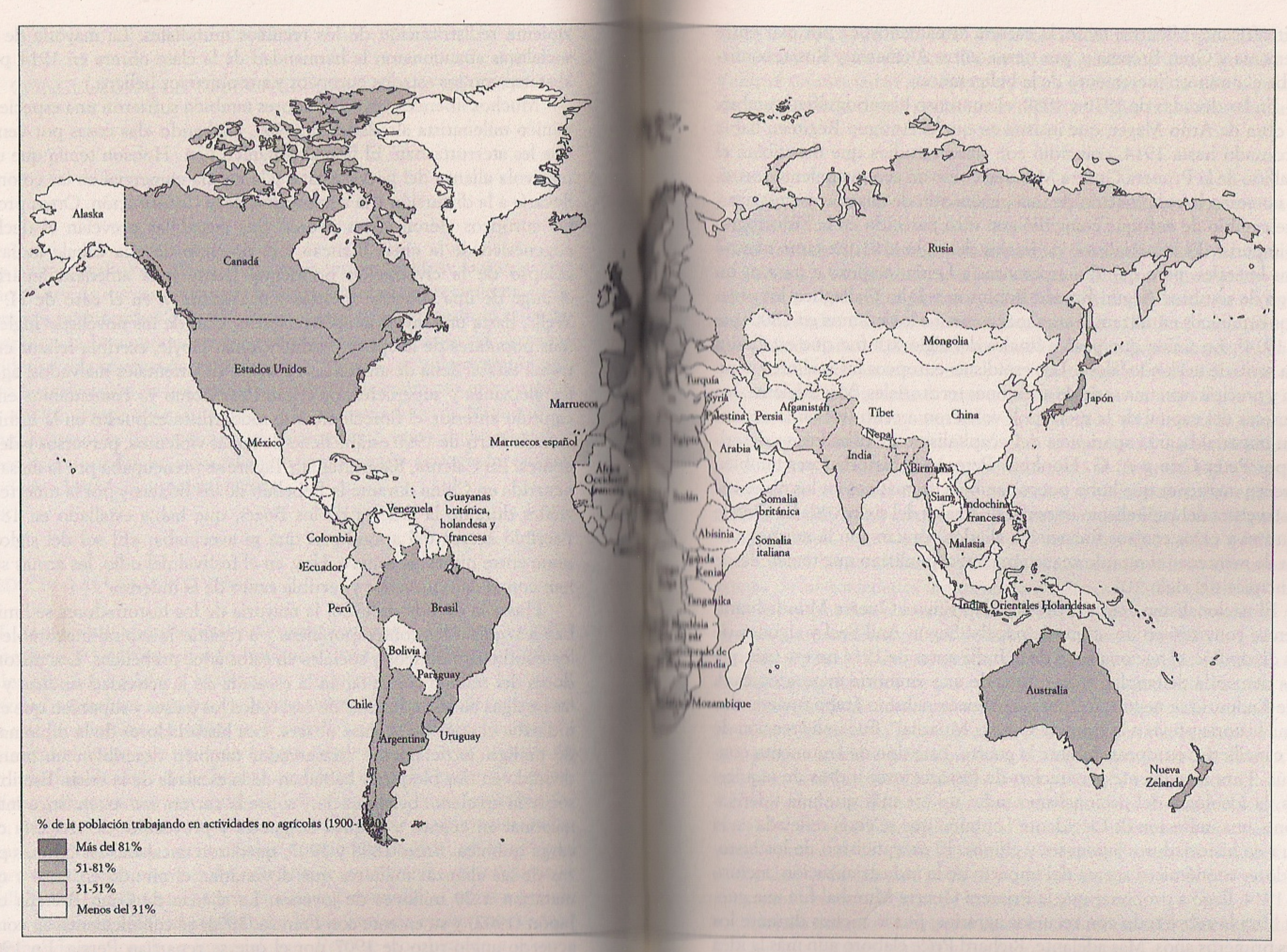
PREDECIR «LAS COSAS POR VENIR»

V. I. Lenin y sus contemporáneos revolucionarios creían que los años posteriores a 1890 habían sido testigos de una aceleración en el ritmo de los cambios sociales y económicos y que esto era la señal de que la sociedad capitalista entraba en su fase terminal. Los socialistas pensaban que las constantes huelgas en el mundo industrializado y la serie de crisis diplomáticas que tuvieron lugar a partir de 1890 eran pruebas de ello. Muchas de estas crisis fueron conflictos entre las potencias imperialistas por mantener sus zonas de influencia en el mundo extraeuropeo, así que el capitalismo y el imperialismo finales fueron considerados cómplices del crimen. Lenin cambió de opinión en 1916, en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* que trataba de explicar el estallido de la Primera Guerra Mundial. Desarrolló el argumento de que, a partir de 1890, el capitalismo había entrado en una nueva fase terminal de monopolio e imperialismo. Pero se vio obligado a admitir que antes había sobornado a la clase obrera para que participara en la

violenta redistribución de los recursos mundiales. La mayoría de los socialistas abandonaron la hermandad de la clase obrera en 1914 para alistarse con los estados europeos y sus objetivos bélicos.

Muchos liberales y conservadores también sufrieron una especie de pánico milenarista alrededor de 1900, atisbando «las cosas por venir» que les aterrorizaban. El liberal británico J. A. Hobson temía que una malévola alianza del poder estatal y la rapiña comercial en las colonias llevaría a la distorsión y la destrucción de la Constitución. Otros profetas europeos vieron cosas peores. Sus pesadillas preveían el declive eugenésico de la «raza blanca» y el dominio de una cábala judía; el colapso de la civilización occidental frente a la amenaza amarilla; el auge de una subclase mestiza y anarquista y, en el caso de H. G. Wells, hasta una invasión extraterrestre. Uno de los novelistas ingleses más populares de la época, Arthur Conan Doyle, escribía relatos cuya trama estaba llena de amenazas exóticas, de orientales malvados, agentes alemanes y supercerebros criminales. Como ya comentamos en el capítulo anterior, el floreciente arte modernista expuesto en la Exhibición de París de 1900 estaba lleno de temas violentos, perversos y decadentes. En Calcuta, Rabindranath Tagore se preocupaba por la masacre ocurrida en China durante la Rebelión de los Bóxers y por la muerte de civiles durante la Guerra de los Bóers, que había estallado en 1899. Escribió acerca del apocalipsis que se avecinaba: «El sol del siglo se pone entre nubes de sangre. Hoy, en el festival del odio, las armas suenan con el enloquecedor y terrible canto de la muerte»[1].

Hasta la década de 1960, la mayoría de los historiadores se limitaban a seguir a los contemporáneos y a resaltar la espiral inexorable de los conflictos políticos y sociales en estos años prebélicos. Los historiadores del trabajo comentaban la escalada de la actividad sindical y de las huelgas en las industrias de casi todos los países y suponían que esto indicaba el auge de la clase obrera. Los historiadores de la diplomacia de pedigrí estrictamente conservador también describían un mundo dividido en dos bloques y hablaban de la escalada de la crisis. Escribían sobre la creciente beligerancia y sobre la carrera armamentística internacional en cuanto a buques de guerra y proyectiles de artillería con carga química. Entre 1898 y 1907, quedaron encajadas las últimas piezas de las alianzas militares que devastarían el mundo en 1914 y que matarían a 20 millones de jóvenes. La alianza de Gran Bretaña con Japón (1902) y su entente con Francia (1904) se complementaron con el acuerdo anglo-ruso de 1907 por el que se repartían Persia. En 1905, el káiser visitó Tánger y amenazó a Francia en «su» zona de influencia



MAPA 13.1 El mundo industrial, *c.* 1900-1930

norteafricana. Mientras tanto, la carrera armamentística por mar entre Alemania y Gran Bretaña y, por tierra, entre Alemania y Rusia, confirmaba el ominoso incremento de la beligerancia.

En las décadas de 1970 y 1980, el consenso historiográfico cambió. La obra de Arno Mayer, que insistía en que el Antiguo Régimen había perdurado hasta 1914, coincidió con unos estudios que describían el estallido de la Primera Guerra Mundial como un acontecimiento fortuito, no como la culminación de una generación de alianzas y amenazas. Este cambio de enfoque coincidió con otro parecido en la historiografía imperial. El imperialismo de finales del siglo XIX, que tanto alarmó a los liberales, pero que dio esperanzas a Lenin, empezó a parecer un juego de sombras. Según Ronald Robinson y John Gallagher, los objetivos británicos en ultramar eran más o menos los mismos en 1800 que en 1914[2]. Lo único que pasó a finales del siglo XIX fue que estallaron una serie de «crisis locales». Los estadistas europeos las malinterpretaron y precipitaron una serie de anexiones territoriales. Más adelante, los intereses del capital de la metrópoli volvieron a centrarse en la expansión imperial bajo la apariencia del «capitalismo de caballeros» descrito por Peter Cain y A. G. Hopkins. Pero estos historiadores también parecen mantener que hubo pocos cambios dramáticos en los objetivos y estructura del capitalismo imperial de finales del siglo XIX[3]. La City de Londres y otros centros financieros aliados seguían con la misma política de mantener el mundo seguro para el capitalismo que tenían desde principios del siglo XIX.

El nacionalismo colonial previo a la Primera Guerra Mundial también se convirtió en un «tigre de papel». Según Anil Seal y algunos de sus discípulos, el nacionalismo de la India antes de 1914 no era más que una demanda de empleo y de cargos de una «minoría microscópica»[4]. Elie Kedourie se negó a aceptar que el nacionalismo árabe tuviera ninguna historia previa a la Primera Guerra Mundial[5]. Fue una creación de las cancillerías europeas durante la guerra. Este tipo de argumento continúa. Para la siguiente generación de historiadores indios de izquierdas, la ideología del nacionalismo indio no era más que una «derivación», una imitación de Occidente[6], opinión que se vería reflejada en la obra de historiadores japoneses y chinos. El escepticismo de los historiadores económicos acerca del impacto de la industrialización, incluso en 1914, llegó a proponer que la Primera Guerra Mundial fue una guerra librada sobre todo con recursos agrarios, por lo menos durante los tres primeros años. Más adelante, Richard Price elaboró aún más la idea del continuismo en el caso de Gran Bretaña[7]. Aunque acepta que hubo

algún cambio a partir de 1890, Price mantiene que el «largo siglo XVIII» duró hasta finales del XIX. Durante este periodo, Gran Bretaña fue siempre una sociedad localista y de poco gobierno en la que la política de la deferencia siguió siendo más importante que la política de clases.

DEPRESIÓN AGRARIA, INTERNACIONALISMO Y NUEVO IMPERIALISMO

Estos bandazos de los historiadores que pasan de hablar de cambios drásticos a postular un inmovilismo relativo llegaron a su extremo en la década de 1990. El capítulo 11 aceptó que sí hubo bastante continuidad económica y política en el siglo XIX, sobre todo desde una perspectiva global. Esta continuidad, sin embargo, tuvo lugar donde y cuando las instituciones, las economías y las ideologías de las distintas sociedades se habían adaptado o eran compatibles con el auge de la nación-estado, el comercio internacional en expansión y la creciente densidad de la comunicación internacional. Los campesinos y las viejas élites de Asia, África y el sur de Europa perduraron a lo largo del siglo. Algunos sistemas de gobierno eran muy parecidos al viejo orden. Sin embargo, a nivel global, hubo cambios importantes en las relaciones de poder y en el comercio, que los defensores del estancamiento suelen minimizar. Sobre todo, las condiciones comerciales internacionales se volvieron en contra de las sociedades importantes de África y Asia a partir de 1820, si bien temporalmente aventajaron a los productores de materias primas de Latinoamérica, el sur de Estados Unidos y Australasia. La inversión de capital y la construcción del ferrocarril impulsaron una nueva economía a partir de la década de 1840, aunque la industrialización sólo tuvo efectos localizados. Los modelos de Estado eran cada vez más uniformes, mientras que la aparición de profesiones y la urbanización crearon grupos sociales más complejos y análogos, aunque los efectos de estos cambios se vieron limitados en un principio a unas pocas ciudades y sus alrededores. El concepto de los derechos del ciudadano se globalizó, y los nuevos líderes de todo el mundo predicaron la autodeterminación nacional. También los cambios fuera de Europa y Norteamérica influyeron cada vez más política y económicamente en lo que se había convertido en «el núcleo» de la economía mundial.

Incluso aunque los debates entre historiadores sobre la continuidad y el cambio parecen equilibrados en lo que respecta a la evolución hasta el año 1890, a partir de esta fecha parece claro que debe ganar el cambio.

Mucha gente de la época, viendo la velocidad del cambio entre 1890 y 1914, estaba convencida de que estos años eran el crisol de la modernidad, y así lo reflejaron en sus discursos políticos, en el arte y en la literatura. Un disolvente del viejo orden que le hizo mucho daño fueron las consecuencias sociales de la gran recesión agraria de 1870-1890. La expansión a mediados de siglo de la producción agraria en las Américas, Australasia y Sudáfrica provocó una fuerte caída en el precio del grano y de otros productos básicos. Hacia la última década del siglo, quince años de depresión en el precio de los productos agrícolas se empezó a notar en cambios importantes en las jerarquías sociales de todo el mundo. Las fortunas de los terratenientes europeos estaban en horas bajas y se vieron obligados a aliarse con la nueva prosperidad. En Gran Bretaña, ochenta de las cien familias más ricas de 1910 debían su riqueza a las manufacturas y no a la tenencia de tierras. Ésta fue la época en que los descendientes de los nobles de la reina Isabel I empezaron a casarse con las hijas de banqueros, dueños de fábricas y, en casos muy desesperados, de norteamericanos. En Alemania, las clases terratenientes dependían cada vez más de sus inversiones en acciones industriales



13.1 Transmitiendo la modernidad: Guillermo Marconi transmite un mensaje radiofónico trasatlántico, 1902.

y de sus empleos políticos y militares, aunque la política agraria proteccionista del imperio les proporcionaba más seguridad que la que tenían sus equivalentes ingleses. Los empresarios y banqueros incrementaron su poder político respeto a los terratenientes en casi toda Europa. En Rusia, los nobles salieron muy mal parados. En Italia, a mediados de la década de 1890, una grave crisis agraria se mezcló con la inestabilidad política, pero fue justo en esta fecha cuando la industria italiana empezó a crecer muy rápidamente, cambiando la clase dirigente del país. De forma parecida, la expansión de la agricultura en el Nuevo Mundo había dejado enormes fortunas en manos de los financieros urbanos y los agentes de bolsa de Chicago y otras ciudades de la costa este estadounidense. Otra recesión importante en la economía de Estados Unidos entre 1893-1897 había unido a un grupo dispar de oponentes de las grandes empresas y las grandes agriculturas. Abrieron la política americana e impulsaron las pretensiones del gobierno federal en lo que se llamó la Era del Progreso.

La naturaleza misma del poder comercial estaba cambiando rápidamente a principios de la Primera Guerra Mundial. La innovación técnica invadía el mundo. En 1900 se fundó la compañía cinematográfica Pathé Films. Marconi terminó sus experimentos radiofónicos en 1902 (véase ilustración 13.1). Blériot cruzó el Canal de la Mancha en avión en 1909. Comenzaron a verse automóviles en las carreteras del mundo. Según aparecían estos iconos de la modernidad, la estructura industrial se adaptó a ellos. El viejo capitalismo británico de caballeros se vio modificado por una nueva cultura empresarial, especialmente en Estados Unidos y Alemania, que separaba al dueño cada vez más de la dirección. Además, muchas de las mayores fortunas familiares del siglo XX se consolidaron entre 1890 y principios del nuevo siglo: Ford, Carnegie, Getty y, en Europa, Krupp, Gulbenkian y Nobel. Sobre todo en Alemania, la aplicación de la ciencia avanzada a la producción industrial progresó a grandes zancadas en las industrias química, electrónica, de defensa y, más adelante, automovilística. En Japón, el gran empresario minero y de altos hornos Furukawa Ichibe se convirtió en el hombre más rico del imperio. Incluso en India, donde la élite terrateniente aguantó a base de forzar la demanda de los campesinos y de buscar apoyos oficiales, hubo algunos cambios. Magnates industriales como Tatas y G. D. Birla empezaron a acumular sus fortunas textiles y a competir con las empresas británicas. La base científica de la industria había cambiado. La aplicación de la investigación científica a la industria abría nuevas posibilidades para la innovación. En 1892 se fundó la

empresa americana General Electric y empezó a fabricar dínamos de viabilidad comercial. En 1900 estableció un laboratorio de investigación al estilo alemán, como luego, dos años después, haría Du Pont, la empresa química[8]. A su vez, el mercado de capitales pareció haberse integrado y haberse vuelto más especulativo. Masivos flujos dinerarios se dirigieron a dudosas inversiones, como las minas de oro del oeste de África y el monopolio de la copra en el Pacífico. Las industrias del norte de Europa y de Norteamérica progresaron gracias al incremento de la formación científico-técnica en sus universidades y al flujo de nuevos inmigrantes como mano de obra.

CUADRO 13.1 *Número de universidades en diferentes partes del mundo (cifras aproximadas).*

Región	*1875*	*1913*
Norteamérica	360	500
Sudamérica	30	40
Europa	110	150
Asia	5	20
África	0	5
Australasia	2	5

Fuente: Hobsbawm, *Age of Empire*, página 345.

CUADRO 13.2 *Incremento de la inmigración desde Europa a otras partes del mundo, 1871-1911 (en millones).*

Fechas	Inmigración total desde Europa	A Estados Unidos	A Canadá	A Argentina y Brasil	A Australia y Nueva Zelanda	A otras regiones
1871-1880	4	2,8	0,2	0,5	0,2	0,3
1881-1890	7,5	5,2	0,4	1,4	0,3	0,2
1891-1900	6,4	3,7	0,2	1,8	0,4	0,25
1900-1911	14,9	8,8	1,1	2,45	1,6	0,95
1871-1911	32,9	20,5	1,9	6,15	2,5	1,7

Fuente: Hobsbawm, *Age of Empire*, tomado de A. M. Carr-Saunders, *World population*, Londres, 1936.

Cuando Lenin escribió acerca del imperialismo diciendo que era «el último estadio del capitalismo», se refería a la redistribución de la riqueza y de los recursos tanto en el continente como en las colonias europeas[9]. En ese contexto, su argumento es más convincente, sobre todo si miramos las grandes empresas que comenzaron su actividad entre las décadas de 1890 y 1900. El proyecto del tren transiberiano de Francia o el ferrocarril Berlín-Bagdad de Alemania son ejemplos del capital internacional funcionando a gran escala. A partir de 1890, las potencias occidentales y sus banqueros empezaron a intervenir más en el Imperio Otomano. El sultán, como sus virreyes egipcios, había acumulado enormes deudas con los occidentales. Éstos empezaron a asumir y controlar territorios otomanos para asegurarse sus intereses. Los grandes planes de Rhodes en Sudáfrica y las batallas entre las grandes empresas europeas, respaldadas por sus respectivos gobiernos, en Persia, China y el Imperio Otomano, hacen pensar que los conflictos políticos se agudizaban por rivalidad económica. De una manera más sistemática que a mediados de siglo, los consulados vigilaban y trataban de adelantarse a los tratados comerciales de sus rivales. En 1895, por ejemplo, las potencias europeas y Japón empezaron a asfixiar a China, debilitada tras la guerra con Japón. Algunos años después, el embajador francés interpeló directamente a lord Salisbury, el primer ministro británico, por los rumores de que Gran Bretaña iba a ofrecer a China un enorme préstamo a cambio de concesiones económicas unilaterales[10]. ¿Los capitalistas seguían al Estado o el Estado seguía a los capitalistas? Donde los historiadores modernos discrepan de Lenin es en que resaltan los orígenes políticos e incluso culturales de estos conflictos aparentemente económicos. Alemania no contaba con un plan magistral para el dominio del mundo, pero la política exterior alemana estaba empapada de un sentimiento de su misión internacional, que era reemplazar a los avariciosos y explotadores imperios anglosajones con una paz alemana supuestamente más cultural[11].

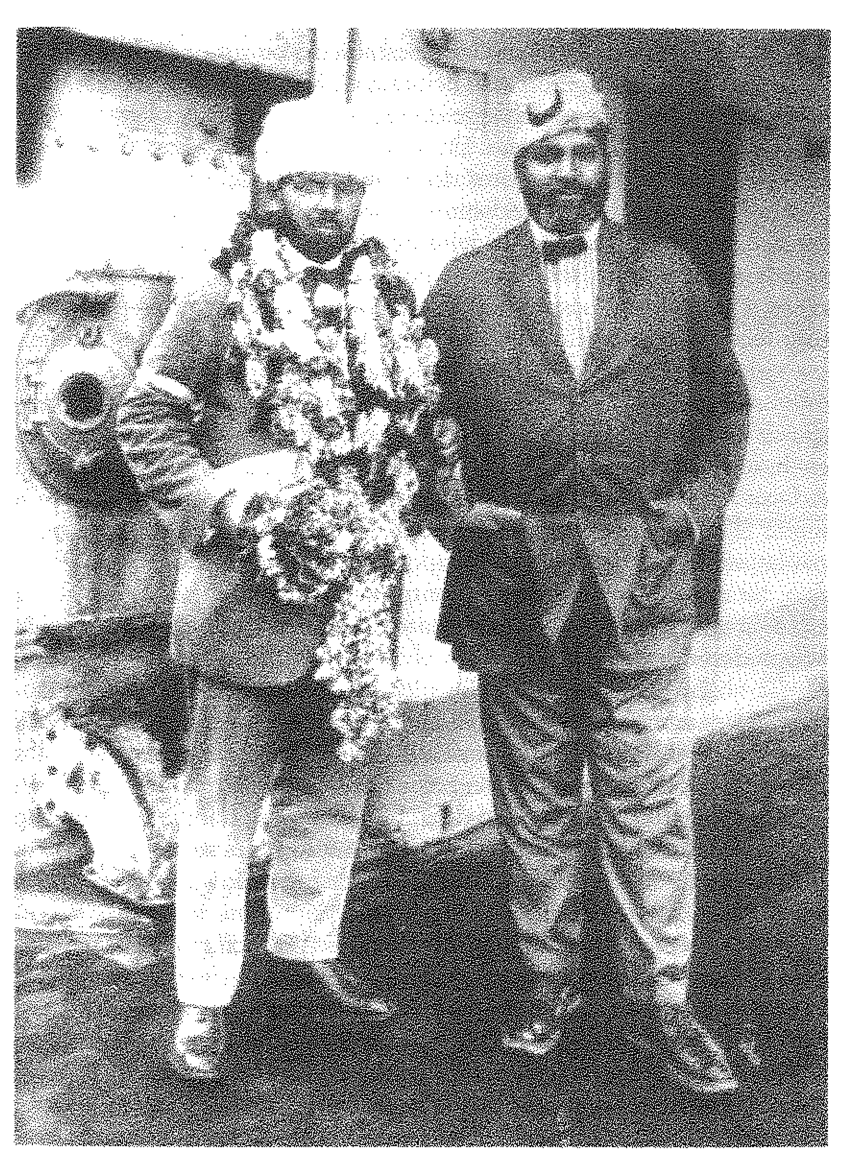
El mapa político se dibujaba de nuevo según surgían los nuevos centros de poder. La política exterior cautelosa y consistente de Bismarck fue sustituida en 1890 por la estrategia global y ambiciosa del káiser Guillermo II. Alemania empezó su carrera como potencia naval y desafió la posición de Gran Bretaña en el Imperio Otomano. Dispuso una pequeña flota en el mar de la China y buscó puertos y carbón en la costa de China. Más adelante, en 1905, el káiser intentó intervenir en la política del norte de África y también amenazó la influencia —de más de un siglo de trayectoria— de Gran Bretaña en Estambul. La creciente influencia política alemana se vio reflejada en su capacidad de vender

más que Gran Bretaña en muchos de sus viejos mercados de ultramar y coloniales, sobre todo en Sudamérica, China y Oriente Medio. No ha de sorprender que incluso los británicos empezaran a cuestionar la doctrina del libre comercio que tan bien les había servido desde 1815 y que el Partido Conservador hablara de preferencia imperial. El declive relativo de Gran Bretaña quedó patente no sólo en las humillaciones de la guerra en Sudáfrica, en la que una pequeña población de granjeros armados empezó derrotándola, sino también en el campo de la industria pesada. Hacia 1890, la producción de hierro y acero de Estados Unidos y Alemania era mayor que la de Gran Bretaña. Francia, la otra gran potencia europea a mediados de siglo, también parecía flaquear. En la década de 1890, el conflicto entre católicos y seculares, el ejército y la izquierda, pareció agudizarse. Los franceses se preocupaban por su baja tasa de natalidad y porque veían a una Alemania beligerante en su frontera.

Estados Unidos —temporalmente— empezó a tener más influencia internacional. En 1898 entró en guerra con España, expulsándola de Cuba y Puerto Rico, y convirtiendo Filipinas en una colonia norteamericana. Theodore Roosevelt, elogiando los objetivos estadounidenses en Cuba en 1902, definió las grandes contradicciones de Estados Unidos respecto a la influencia en el extranjero que se mantendrían a lo largo del siglo XX. Reclamó un tratado que favoreciera los intereses de Estados Unidos en Cuba:

> No sólo porque es de gran interés para nosotros controlar el mercado cubano para fomentar nuestra supremacía en las tierras y aguas tropicales al sur de nuestra nación... sino también porque debemos demostrar a todas nuestras naciones hermanas del continente americano que somos, en realidad, sus desinteresados amigos[12].

Los acontecimientos de China en 1900, tras la llamada Rebelión Bóxer, también señalaban el nacimiento de este mundo más multinacional, pero más peligroso. Cuando Gran Bretaña tuvo que afrontar el auge del nacionalismo egipcio en 1882, ocupó la provincia otomana e impuso sus derechos como potencia dominante. En 1900, sin embargo, la derrota del Imperio Chino condujo a lo que los norteamericanos llamaron «una política de puertas abiertas». Las potencias europeas y Japón podían exigir concesiones a China y los norteamericanos trataron de utilizar su nuevo poder para evitar la partición del imperio entre los europeos. En todo el mundo, misioneros, publicistas y periodistas norteamericanos empezaban a expresar una opinión pública norteamericana cada vez más enérgica en cuanto a política internacional se refiere.



13.2 El panislamismo en acción: los líderes indo-musulmanes Mehmet y Shaukat Alí embarcan para defender el califato Otomano y los lugares santos, *c.* 1911.

El auge de Japón, que derrotó a China en 1894-1895 y humilló al Imperio Ruso en 1905, fue lo más sorprendente de los cambios del antiguo consenso. Mientras tanto, Japón, establecida como potencia colonial en Taiwán, ocupó Corea, donde estableció un sistema administrativo imperial parecido al Imperio Británico[13]. No debemos infravalorar la importancia psicológica del auge de Japón y su capacidad para competir con las potencias europeas. En todo el mundo no europeo, los líderes nacionalistas, los directores de periódicos e, incluso, la gente de a pie vieron de repente que el dominio occidental no era ni inevitable ni eterno. En las aldeas de India, lejos de Mukden y Tsushima, donde fueron derrotados los rusos, la gente ponía el nombre de almirantes japoneses a sus bebés. Los artistas nacionalistas de Calcuta empezaron a usar técnicas y sensibilidades japonesas para desmarcarse de la influencia europea. En la Indochina francesa, Phan Boi Chau inauguró el movimiento «Mirada a Oriente», que envió a muchos jóvenes a Tokio, donde se unieron con estudiantes chinos, coreanos e indios[14]. Incluso en la lejana Abisinia, animada por su victoria contra los italianos en Adowa en 1896, el primer sociólogo del país animó a sus paisanos a seguir el ejemplo de modernidad japonés. Por otra parte, contrastaba el paulatino rechazo a Japón en Estados Unidos y sus territorios del Pacífico. Se aprobó una ley racial contra la inmigración japonesa. Hacia 1914, la retórica de la autoconfianza y el expansionismo japoneses había adoptado un tono amargo.

También la revolución en los medios de comunicación fue un factor clave para multiplicar y amplificar la sensación de cambio y conflicto. El mundo estaba conectado por el nuevo telégrafo y esto permitía a los gobiernos, los radicales y los grupos de presión actuar a un nivel global. Entre 1900 y 1909, el volumen de tráfico de prensa por los telégrafos se triplicó. Al mismo tiempo, la edición masiva empezaba a funcionar. Aunque es dudoso que el «nuevo imperialismo» y los conflictos nacionales de ultramar fueran productos de un populismo creciente, la opinión pública organizada empezó a tener peso político gracias a su manipulación por medio de la prensa. *The Times* despertó la opinión pública contra los bóers en todo el Imperio Británico, mientras que los periódicos de William Randolph Hearst movilizaban a Estados Unidos contra España. Su famoso telegrama a su corresponsal en Cuba resume la nueva relación entre la política y la prensa: «Tú envía las fotos y yo proporcionaré la guerra».

El auge del nacionalismo radical en gran parte del mundo no europeo entre 1900 y 1910 reflejaba también la rapidez de las nuevas comunicaciones internacionales. Los chinos, indios, egipcios, indochinos e

irlandeses empezaron a encontrar similitudes entre su situación y la de otras naciones. Empezaron a reunirse en congresos en Londres, París y Chicago, como los socialistas, los panafricanistas, los estudiantes y los periodistas. Los ministerios y los funcionarios se vieron bombardeados por protestas telegráficas y, por lo menos al principio, no les quedó más remedio que tomar medidas. El lenguaje contemporáneo de guerra racial y conflicto entre especies empeoró la tensión internacional. Los reportajes de los corresponsales de guerra enviados a cubrir pequeños conflictos y rebeliones locales se proyectaban directamente a las salas de estar y a las mesas de desayuno de Europa y Estados Unidos.

EL NUEVO NACIONALISMO

El nacionalismo ya estaba en auge en 1860. Pero el periodo 1890-1940 iba a ser de nacionalismo hiperactivo. En las provincias más desarrolladas económicamente de Rusia y Austria-Hungría, el nacionalismo de lenguas minoritarias empezó a tener una amplia base antes de finales del siglo. En Irlanda, el Sinn Fein, que surgió como un partido político populista, supo aprovechar la pobreza y el conflicto social rurales, pero también la expansión de la enseñanza y la autoconfianza católicas, que venían creciendo desde la década de 1880[15]. También se desarrolló rápidamente un sentimiento nacional en las colonias británicas pobladas por blancos, en parte debido a la decepción del liderazgo británico durante la guerra en Sudáfrica. Hasta la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo de las colonias y semicolonias asiáticas y africanas no blancas se limitó, mayoritariamente, a las élites urbanas educadas y a algunos empresarios. Pero, incluso en ello, hubo cambios importantes a partir de 1890. Una enseñanza algo más desarrollada y las mejoras en los sistemas de comunicación habían reforzado las ideologías de liberación y desarrollo. En las Indias Orientales Holandesas, la «política étnica» de desarrollo indígena, proclamada por la reina Guillermina en 1900, animó a los chinos y, más adelante, a los musulmanes liberales a reclamar el autogobierno local. Cierto número de asociaciones para la mejora, de corta duración, fueron sustituidas en 1912 por la Sarekat Islam (la Unión islámica), que se convertiría en el principal vehículo del nacionalismo anticolonial y del proteccionismo económico contra China hasta la década de 1930[16].

En Egipto e India, los nacionalistas empezaron a reclamar la independencia inmediata y, en ambos territorios, los autoritarios gobernadores

británicos crearon un clima en el que pequeños grupos de jóvenes intelectuales emplearon la violencia terrorista. La partición de Bengala efectuada en 1905 por lord Curzon, que dañó los intereses de la intelectualidad hindú de Calcuta, y de los terratenientes del este de Bengala, desató la ira en una provincia que había sido pionera de la idea de una economía política nacional[17]. En Egipto, una masacre de campesinos a manos de tropas británicas en 1906 marcó el final de la carrera de lord Cromer como procónsul y el principio de manifestaciones masivas contra la ocupación británica. En el norte de África francés, una nueva generación de radicales panislamistas reclamaron la nacionalidad a los franceses y pusieron la revolución turca de 1908 como modelo a seguir. Los nobles de la Indochina francesa, desposeídos de su honor y su influencia, también optaron por la violencia revolucionaria. Antes de que la bala de un extremista serbio acabara con la vida del príncipe heredero del Imperio Austriaco, muchos funcionarios coloniales europeos murieron de forma similar.

En el sur del continente africano, las antiguas diferencias culturales y religiosas entre los colonos británicos y los bóers se vieron agudizadas por el intento de Gran Bretaña de imponer su control en 1881. En la década de 1890, el separatismo bóer se convirtió en una especie de nacionalismo colonial intransigente movido por el fervor religioso y por una sensación de lo diferente del idioma afrikaans. Paul Kruger, el presidente de la provincia de Transvaal, que lucharía contra los británicos por segunda vez en 1899, resaltó la importancia del idioma y la religión. En 1893 dijo a unos niños bóer: «Si olvidáis vuestro idioma, olvidáis también a vuestros antepasados y la Biblia»[18].

Entre los acontecimientos más sorprendentes, sin embargo, están las dos revoluciones que acercaron al poder a profesionales y militares de educación occidental en los Imperios Chino y Otomano. Como dijimos en el capítulo 10, es fácil exagerar el retraso de las administraciones Qing y Otomana, y es igual de fácil exagerar los cambios ocurridos fuera de las grandes ciudades tras la revolución de los «jóvenes turcos» de 1908 y de la revolución china de 1911, pero ambas fueron una respuesta a la aparentemente inexorable expansión económica y política de Europa y América por el mundo. La clase profesional china abandonó finalmente su lealtad a los manchúes cuando parecía que iban a otorgar concesiones y control extraterritorial a las compañías ferroviarias occidentales. Pensaban que la dinastía Manchú había incumplido su deber de proteger el país, a pesar de sus esfuerzos de impulsar cambios tras la Rebelión Taiping. Las comunidades comerciales chinas en el

extranjero y jóvenes descontentos de las ciudades costeras, donde habían sido educados por cristianos, se aliaron para poner fin a la «barbarie manchú». Pero ya antes de 1911 había tenido lugar un cambio intelectual que marcó una época. El edicto de reforma imperial de 1901, tras la Rebelión de los Bóxers, concluía que ciertos principios morales eran inmutables, mientras que los sistemas de gobierno siempre habían sido mutables. Para mejorar esos sistemas de gobierno era necesario estudiar tanto los métodos chinos como los occidentales. Ésta fue una concesión sorprendente a los «conocimientos de los bárbaros».

En Estambul, la presión inexorable de Rusia y Austria en los Balcanes impulsó a los jóvenes líderes militares a emprender una serie de reformas radicales para fortalecer la nación[19]. Dado que el intento de transformar un imperio universal en un estado moderno había fracasado, decían los radicales, no quedaba más opción que una modernización rápida y violenta. Los nuevos líderes que rechazaron al sultán eran, por lo general, turcohablantes de origen balcánico oriental, y no árabes. Al principio, algunos empezaron a insistir en el idioma turco. Esto provocó que surgiera la importante cuestión de qué significaba ser árabe, sirio o egipcio. Estos dos golpes de Estado fueron importantísimos simbólicamente. Los Qing habían reinado en Beijing como monarcas absolutos desde la década de 1640, y los otomanos en Estambul desde 1453. A la dinastía Qing la sustituyó un régimen republicano, y el sultán otomano, antaño déspota, se convirtió en una especie de monarca constitucional. Muchos observadores de dentro y de fuera de China y Turquía pensaban que la modernidad había conquistado, por fin, a dos estados obstinadamente conservadores. El movimiento panislámico, que había ido creciendo en todas las sociedades musulmanas bajo control colonial, recibió una gran inyección de moral gracias a este ejemplo de que los musulmanes también podían modernizarse. Cuando Estambul entró en guerra con los Balcanes en 1913, jóvenes activistas islámicos de todo el mundo, desde Indonesia a Argelia, acudieron en su ayuda.

LA EXTRAÑA MUERTE DEL LIBERALISMO INTERNACIONAL

Incluso cuando volvemos la mirada hacia la política nacional interna y hacia los cambios sociales en el mundo de 1900, queda patente que hubo una aceleración en el ritmo y un incremento de la tensión a partir de 1890. En la mayoría de los países europeos, el anterior dominio ejercido

por nobles liberales y comerciantes había dado paso a una política claramente polarizada entre conservadores y radicales de izquierda. En Gran Bretaña, el Partido Liberal fue aplastado por el conservadurismo popular urbano desde arriba y por el floreciente Partido Laborista desde abajo. Aunque los historiadores han dedicado mucho tiempo a examinar las estadísticas para intentar probar que no hubo tal fenómeno, parece que a partir de 1893 surgió una especie de conservadurismo obrero. Tanto la deserción de Joseph Chamberlain, el autoproclamado defensor de las ciudades industriales, desde el Partido Liberal al Partido Conservador, como el proteccionismo y el imperialismo reflejaban parcialmente los intereses de un electorado urbano de reciente creación. El socialismo moderado y reformista del Partido Laborista británico empezó a progresar en las elecciones de 1896 y algunos sindicalistas socialistas ganaron un escaño en el Parlamento[20].

En Francia, la batalla entre los anticlericales liberales y los conservadores católicos se hizo patente en el caso Dreyfus, en el que el ejército utilizó a un judío liberal como cabeza de turco. En 1902, la izquierda francesa, liderada por Jean Jaurès, consiguió su mayor victoria desde que la Comuna entorpeciera su futuro. Incluso en Estados Unidos, que en general evitaba el extremismo político con la excepción de su trato a la población negra, algunos afiliados al Partido Republicano se volvieron más nacionalistas. Tanto los demócratas como los republicanos del norte crearon un rechazo popular a las grandes empresas y a la desigualdad creciente de la riqueza urbana, en forma de Movimiento Progresista, cuyo objetivo era reforzar al gobierno contra las grandes empresas y abandonar el liberalismo clásico. A partir de 1900, la filosofía reformista americana defensora del «progresismo» empezó a transformarse en algo parecido a la socialdemocracia europea, un movimiento político que buscaba mejorar los efectos del capitalismo rampante a base de imponer un sistema de seguridad social y un control sobre las grandes empresas. No sólo los defensores del «gran Estado» como Theodore Roosevelt, sino también demócratas liberales como Woodrow Wilson deseaban que el gobierno federal jugara un papel más importante, como ha demostrado John A. Thompson[21].

En las democracias occidentales, estos ataques a los partidos liberales y este distanciamiento de las doctrinas liberales clásicas no suponían, por supuesto, un rechazo a los principios de un gobierno representativo y una prensa libre. En los márgenes de Europa, sin embargo, la situación era más peligrosa. En 1895, el extremista antisemita católico Karl Lueger fue elegido alcalde de Viena. La Revolución Rusa de 1905

fracasó, pero despertó una violenta reacción de la derecha y sentó precedentes para la izquierda. Otras sociedades europeas y americanas presionadas fueron testigos de algo parecido. Un estudio hecho en Milán demuestra que los pequeños tenderos, presionados por un creciente movimiento socialista en un periodo de dificultades económicas, buscaron a su defensor en la derecha a partir de 1905[22]. En México, la tensión agraria y una sensación de traición nacional provocaron una de las revoluciones rurales más violentas del siglo. La nueva élite progresista que asumió el poder en 1910 llegó a un acuerdo con los caciques rurales, que consiguieron mantener su poder. El miedo que sacudió al mundo hispanoamericano sería a partir de entonces permanente[23].

No es de sorprender, pues, que los marxistas contemporáneos y sus seguidores entre los historiadores modernos vieran en estos acontecimientos un ejercicio de calentamiento muscular de la clase obrera organizada y, también, una preocupante reacción de la clase media-baja contra los trabajadores, los impuestos y los extranjeros. Está claro que hubo una aceleración de la industrialización y de la urbanización a finales del siglo XIX. Estos cambios sociales y económicos coincidieron con un periodo de inestabilidad en el orden político internacional. Hemos de ser cautos, sin embargo, a la hora de pensar que estos acontecimientos condujeran directamente a un conflicto social más intenso, y de ahí a la guerra internacional. Es lícito pensar que la clase obrera y la clase media-baja lucharan por establecer su posición como «partes interesadas» en la nueva distribución global de la riqueza. La inminente revolución mundial, como ya comentamos en otros capítulos, era una poderosa arma ideológica más que una realidad histórica.

También hay pruebas de que hacia 1908 la situación internacional empezaba a estabilizarse y de que sólo una serie de graves errores de las potencias condujo a la confrontación de 1914. Es posible, incluso, que sin el impacto de la Primera Guerra Mundial, los zares y los imperios europeos hubiesen logrado poner de su lado a los suficientes súbditos comerciales y educados para poder seguir adelante. Si el Imperio Otomano no hubiera elegido el bando equivocado en la guerra, quizás no se hubiese colapsado. En 1914 todavía no dominaba el nacionalismo separatista entre los árabes y los griegos de Asia Menor. Pero dudar de que las tendencias sociales y políticas de la década de 1900 condujeran inexorablemente a la Primera Guerra Mundial y al nacionalismo colonial masivo no significa que tengamos que negar la realidad de los conflictos sociales y el ritmo acelerado del cambio social.

En 1900, la política y la sociedad también parecían estar más polarizadas en el mundo no occidental. En 1860 e incluso en 1880, en muchas sociedades, tanto coloniales como semi-independientes, dominaban versiones indígenas del liberalismo. Ya hemos comentado la deriva hacia el terrorismo y el «extremismo» en Egipto e India a finales del siglo XIX. Pero esto refleja un cambio sociopolítico mucho más profundo, que implicaba también el retroceso del liberalismo. El lenguaje político se llenaba de ideas raciales y de guerras raciales. En la Rebelión de los Bóxers en China de 1900 y en el apoyo de los conservadores japoneses a los valores indígenas «puros» de la década de 1890 podemos ver un rechazo mucho más rotundo de Occidente. El visionario indio Aurobindo Ghose, el predicador budista Anagarika Dharmapala de Ceilán y los polemistas panislámicos del mundo musulmán rechazaron en diferentes grados el liberalismo nacionalista. Apoyaban el cambio violento, pero no defendían los derechos individuales, sino la palabra de Dios y los impulsos de la sangre. Estos temas resonaron entre los cada vez más inquietos campesinos y una alienada clase obrera, obligada a trabajar en condiciones miserables en las ciudades industriales coloniales y semicoloniales.

El viejo estilo de liberalismo cortés pudo haber entrado en declive, pero aparecieron movimientos radicales en todo el mundo que reclamaban los derechos de los trabajadores, los «nativos» y las mujeres. Las mejoras en comunicación y los frutos de la expansión de la enseñanza a partir de 1870 parecen haber sido los estímulos originales. Los congresos panafricanos proliferaron a partir de 1900. El movimiento para la abolición del trabajo en régimen de servidumbre en los imperios europeos se radicalizó. En Nueva Zelanda, asociaciones de maoríes reclamaron cada vez más compensación, aunque al mismo tiempo se alistaban en el ejército del Imperio Británico para la guerra de Sudáfrica[24]. Aparecieron movimientos similares en Canadá y Estados Unidos. Muchas veces se manifestaban primero en el ámbito cultural. Como ya hemos comentado, hacia 1914 la mujer no había conseguido el voto de forma generalizada, pero la expansión del concepto de los derechos y el progreso económico generalizado la lanzó a la esfera pública. La actriz Sarah Bernhardt era un personaje público en París. Marie Curie sustituyó a su difunto marido como catedrática de física en la Sorbona en 1906[25]. En Tokio, la publicación de la serie china *The Journal of Natural Principles* («El diario de los principios naturales») proclamó que el último asalto a los antiguos regímenes que quedaban se aliaría con las luchas de los campesinos, los obreros y las mujeres[26]. Así empezó la

competición entre el socialismo radical y étnico y el renacimiento religioso para hacerse con las masas, algo que marcó gran parte del siglo XX y que parece haber concluido con la victoria de la etnicidad, la religión y el nacionalismo sobre la izquierda.

Tampoco esto significa que la llegada del nacionalismo de masas y el colapso del viejo orden fuera inevitable. En 1912 y 1913 algunos de los mayores problemas de nacionalismo en los Balcanes, Europa occidental e Irán parecieron haberse solucionado temporalmente. También es posible que los grupos gobernantes de la ciudad y del campo se hubieran reformado ante los rápidos cambios sociales y políticos para revitalizar los elementos de continuidad del «largo siglo XIX». En Gran Bretaña, el gobierno de Asquith estuvo a punto de resolver el problema irlandés. Y, a medio plazo, la administración británica parecía a punto de derrotar al «extremismo» en India y Egipto. También el gobierno ruso podría haber enterrado la insurrección de la izquierda y la reacción de la derecha con otra fase de industrialización creadora de riqueza. Sin embargo, lo que se puede afirmar es que el ritmo de los cambios sociopolíticos desequilibraba a los gobiernos cada vez más. La caída de los otomanos, qayaríes (1909) y qing, y el casi derrumbe de los regímenes zarista y austro-húngaro, todos en un periodo de tiempo muy corto, parecen insignificantes comparados con los cataclismos de 1917-1919.

La idea de Lenin de que lo que aquí hemos llamado «la gran aceleración» inmediatamente posterior a 1890 se enraizaba en el desarrollo desigual del capitalismo global todavía tiene valor, aunque algunas de sus predicciones a largo plazo parezcan fallidas. Los alemanes temían la amenaza política de una enorme Rusia de desarrollo desigual. Los británicos recelaban del creciente poder económico de Alemania. Una enorme fisura política y económica en el núcleo económico mundial —Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos— se generalizó a causa de las tensiones en sus zonas limítrofes —Rusia, los Balcanes y el Imperio Otomano—. La mecanización agraria en las «nuevas Europas» americana, sudafricana y australoasiática había alterado el equilibrio de las clases domésticas y había dado lugar a «una era de ansiedad». Las nuevas formas de producción capitalista a gran escala y de organización de recursos presentaban graves problemas a los gobiernos y a la sociedad en cuanto a las prestaciones sociales o a acabar con la exclusividad social. El despliegue mundial de la tecnología armamentística y de los capitales coincidió con un mayor entendimiento entre los pueblos no europeos de la realidad de su explotación económica en el sistema político

y económico global. Pero las diferencias económicas sólo eran uno de los síntomas de un malestar más profundo que cundía entre los intelectuales y la gente común de Europa, Asia y África. Los activistas políticos empezaron a pensar que la civilización liberal, nacida del acuerdo entre la revolución y la jerarquía en 1815 y recalibrada en 1870, había fracasado. Si los intelectuales occidentales y artistas como Émile Zola, Leon Tolstói y Richard Wagner condenaron la vacuidad y la corrupción de su propia civilización, ¿cuánto más dramáticas serían las diatribas de Mohandas Gandhi, Aurobindo Ghose y Mohammad Abduh, que la veían como una afrenta a Dios y no meramente como una perversión del ser humano?

RECAPITULACIÓN FINAL: GLOBALIZACIÓN Y CRISIS, 1780-1914

Es hora de volver a algunos de los temas generales de los que hablamos en la introducción. En primer lugar, ¿qué valor y qué utilidad tiene la aproximación global a los cambios históricos que propone este libro? La historia desde una perspectiva mundial no es más que otra forma de ver la historia. Pero últimamente, por varias razones, ha tomado un mayor relieve. A partir de 1970, los cursos universitarios de civilización europea impartidos en Norteamérica y Australasia empezaron a parecer caducos a los educadores de las sociedades cada vez más conscientes de sus orígenes multiculturales. En Europa, las historias imperiales —lo más parecido que había a una historia global— también empezaron a parecer anacrónicas. Por eso, los historiadores trataron de reinventarse su asignatura para presentarla como una historia social internacional del poder, de las razas, de las clases y de la cultura. Los eruditos de la historia nacional y regional se convirtieron en historiadores internacionales. La profesión historiográfica necesitaba una nueva manera de hacer analogías y comparaciones y de hallar vínculos, puesto que los profesores se dieron cuenta de que era necesario explicar su asignatura a un nivel más amplio que la historia nacional o, incluso, que la historia de las relaciones internacionales.

Estos cambios institucionales se vieron reforzados por cambios en la actitud pública manifestados en un nuevo interés por la «globalización», que desbancó a las viejas historias nacionales y a los estudios regionales. El cambio registrado fue en sí mismo muy amplio. Los historiadores británicos de la historia doméstica, por ejemplo, volvieron a

fijarse en la contribución a la economía británica en los siglos XVII a XIX del tráfico de esclavos y del colonialismo, aunque hay desacuerdo en la cuantificación de esas contribuciones. La profesión historiográfica inglesa, siempre muy introspectiva, cambió su forma de entender la identidad inglesa al fijarse también en Irlanda, Escocia, Gales y los británicos de ultramar. Los historiadores reconsideraron la forma en que la experiencia imperial, el modelo norteamericano de lucha contra la esclavitud y la cercanía de la Francia revolucionaria y «dictatorial» dieron forma al «carácter nacional» británico. La nueva historia británica pensaba en Gran Bretaña no como una entidad orgánica antigua, sino como una estructura de fuerzas globales, además de regionales.

Los historiadores del mundo extraeuropeo también empezaron a «rescatar a la historia de manos de la nación», como dijo Prasenjit Duara[27] y, en consecuencia, a resaltar los vínculos globales que existían en los primeros periodos. Los historiadores de China, por ejemplo, se dieron cuenta de que el cierre del país por los Qing a comienzos del periodo moderno no significaba que hubiera que ignorar la importancia de las fronteras «de estilo norteamericano» del sudeste y el centro de Asia. En estas fronteras y en los emporios de la costa, las guerras, la creación de riqueza y los nuevos contactos culturales contribuyeron a formar la sociedad doméstica de China a principios de la Edad Moderna y durante el siglo XIX. El Imperio Qing era un imperio manchú, además de chino. Las clases comerciales chinas construyeron el Estado en gran parte del sudeste asiático.

A un nivel más amplio, escritores como R. Bin Wong y Keneth Pomeranz han reescrito la historia de la excepcionalidad económica occidental utilizando nuevos datos y argumentos de China[28]. Si, en términos de crecimiento económico, la única diferencia entre Europa y China antes de 1800 fue el uso del carbón y la posesión de los enormes territorios norteamericanos, parece que podemos desechar gran parte del bagaje cultural sobre la inherente superioridad política europea. Un resultado importante de este planteamiento ha sido que la globalización se ha reanalizado desde un punto de vista centrado en China y, también, en el islam.

Uno de los objetivos de una historia global como la de este libro debe ser explicar y analizar los vínculos y las analogías entre las historias de las diferentes partes del mundo[29]. Esto urge, dado que los historiadores regionales y nacionalistas han empezado a incorporar estudios de historia comparativa en sus obras. El mejor tipo de historia mundial no se limita a contar una historia generalizada y menos eurocéntrica que las

viejas historiografías occidentales. También corrige las historias nacionales y regionales revisadas. Es una disciplina heurística que pregunta: ¿Qué ocurre si eliminamos los compartimentos que los historiadores han creado para cada región o para cada subdisciplina histórica? La historia global nos indica los vínculos más amplios y analiza los argumentos de las historias regionales. Hoy en día, todos los historiadores son historiadores mundiales, aunque algunos no se hayan dado cuenta.

Por supuesto, al mantener alerta a los historiadores respecto a los vínculos y analogías globales e internacionales, no debemos crear una imagen homogénea. No debemos eludir todas las diferencias y relativizar con resolución todas las tendencias importantes en las economías y las sociedades. Sin duda, el mundo de los siglos XVIII y XIX estaba mucho más interconectado de lo que los historiadores han escrito. Pero sí había diferencias realmente irreductibles. Muchas sociedades y muchos estados eran, hasta cierto punto, «excepcionales». Algunas ideas intelectuales eran específicas de una sociedad y de un periodo en particular. Debemos investigar por qué existían estas circunstancias especiales y no basar nuestras ideas acerca de estas excepciones en suposiciones o prejuicios.

COMPARACIONES Y VÍNCULOS GLOBALES, 1780-1914: CONCLUSIÓN

Este libro ha discutido la excepcionalidad occidental, pero también el relativismo total. Ha llegado a la conclusión de que, en algunos aspectos importantes, el noroeste de Europa era más dinámico política, económica y socialmente que el resto del mundo a finales del siglo XVIII. Su «gran divergencia» de Asia y África a partir de esa fecha no fue el mero resultado del «fracaso de los demás», ni tampoco de su acceso al carbón y a las Américas. Residía también en una producción egoísta en la filosofía, la inventiva, el debate público y, lamentablemente, en su eficacia a la hora de matar a otros seres humanos. Este argumento se basa en considerar a Europa en el contexto de «los demás». Sólo se puede expresar tras sopesar las formas de debate público, visión comercial y resistencia patriótica que eran comunes en Asia y África, incluso durante el siglo XVIII, y que luego se utilizaron para la creación de su propia nación y sus modernidades intelectuales.

Tomando otro ejemplo, es difícil dudar de que el libre acceso a tierras y mano de obra y la constitución descentralizada que promulgaba

el juicio individual no hiciera de Estados Unidos una nación «excepcional» en el siglo XIX. La excepcionalidad estadounidense ha sido el mantra fundacional del cuerpo de historiadores norteamericanos, todavía aislacionista. Sin embargo, hay que estudiar la historia de Estados Unidos de forma comparativa. Muchas de sus características supuestamente únicas se pueden ver en la Gran Bretaña del siglo XIX y más todavía en sus colonias blancas. Estados Unidos siguió recibiendo y remodelando ideologías y sensibilidades europeas durante este periodo. La historia de su colonización interna y su trato a los indios y a los esclavos africanos nos muestra que su clase dirigente eligió un camino muy parecido al de los imperios europeos y al de sus expatriados de ultramar, y por parecidas razones, tanto intelectuales como prácticas.

Éstas son conclusiones historiográficas generales. Este libro también tiene el objetivo más concreto de analizar la historia del mundo en el siglo XIX. La historia, básicamente, considera los cambios a lo largo del tiempo. Este libro ha tratado de aislar y analizar momentos importantes a una escala mundial durante el largo siglo XIX. Los primeros cuatro capítulos demostraron cómo ciertas series de acontecimientos mundiales que se produjeron en determinados periodos históricos estaban relacionados por su origen y cómo influían los unos en los otros a lo largo del tiempo. Se da por hecho hoy en día que acontecimientos lejanos a los centros de la economía mundial pueden tener un impacto muy fuerte en la economía y la política de esos mismos centros. Las regiones que parecen periféricas en la sociedad mundial contemporánea, como la orilla oeste del río Jordán, los altos valles de Afganistán y Cachemira o las plantaciones de droga de Colombia pueden, temporalmente, convertirse en epicentros de nuevos y potentes cambios históricos. Sin embargo, en lo poco que se ha escrito sobre la historia de la modernización global, el enfoque siempre ha sido el «auge de Occidente».

En este libro he seguido a los pocos historiadores que han insistido en la naturaleza policéntrica de la globalización del mundo moderno y su perduración en el siglo XIX bajo la superficie de la hegemonía de Occidente, historiadores como Jack Goldstone[30], John E. Wills II y especialistas en el mundo musulmán. Puede que en 1750 Europa y sus colonias americanas ya tuvieran una ventaja competitiva en ciertos ámbitos. Puede que supieran explotar más efectivamente las revoluciones industriosas propias y ajenas en las producciones y el consumo locales. Pero esto no significa que todos los cambios importantes se iniciaran allí. Los orígenes de los cambios de la historia global siempre fueron

policéntricos. No necesitamos tanto reorientar la historia global como descentralizarla.

El capítulo 3 sugería que los primeros seísmos del sistema económico y político mundial, que anunciaron la «era de las revoluciones», tuvieron lugar en la India mogol y en el Irán de los safawíes, no en Francia ni en las colonias americanas. Y los acontecimientos de Asia y África tuvieron un papel protagónico, no subsidiario, en impulsar el «naufragio de las naciones» global y los tipos de Estado que emergieron de la época revolucionaria. La derrota francesa en Egipto en 1800-1801 limitó las opciones imperiales de Napoleón e, indirectamente, contribuyó a su derrota en Europa quince años después. Por el contrario, las rebeliones de esclavos ocurridas en el Caribe en 1790-1800 mantuvieron el ímpetu de las revoluciones europeas al consumir enormes cantidades de dinero y de tropas británicas. Esto permitió que la espiral del conflicto revolucionario se expandiera no sólo por Europa, sino por todo el mundo extraeuropeo, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Java y la costa de China.

Los orígenes extraeuropeos de los mundos modernos de «Europa» y «Norteamérica» también se ven en el ámbito económico. La competencia a nivel mundial de la industria textil india fue uno de los detonantes de la Revolución Industrial británica. La demanda y el gusto consumista africanos la mantuvieron. Los conocimientos y las técnicas extraeuropeos desempeñaron un papel importante en el desarrollo de la ciencia, la filosofía y el cambio industrial de la Europa decimonónica.

Este libro mantiene que ahora es posible escribir una historia de las ideas, una historia que reúna los orígenes policéntricos de la producción ideológica. Los que participaron en los acontecimientos de 1780-1820 los entendieron dentro de un contexto de tradiciones filosóficas muy diferentes entre sí, o por lo menos en un principio. Pero había muchas cosas en común, muchos vínculos. Los radicales británicos, los jacobinos franceses y haitianos e, incluso, los «libertadores» holandeses del cabo de Buena Esperanza se apropiaron del lenguaje de los derechos del hombre y lo adaptaron a sus luchas particulares. El concepto contemporáneo de «revolución» del sudeste asiático, la idea árabe wahhabí de «renovación» y la idea china del fin del «mandato divino» parecen originarse en tradiciones filosóficas muy diferentes. Pero incluso en estos casos no deberíamos contrastar el secularismo radical occidental con el periodo religioso y supuestamente cíclico de Oriente y de África. En el siglo XVIII, los pensadores de El Cairo, Delhi, Beijing, Edo y Sokoto también trataban los problemas filosóficos y éticos provocados por

la modernidad global común de la época. Estos filósofos también ponderaban el problema de la corrupción administrativa, la pérdida de la legitimidad de los reyes, la decadencia de la comunidad y el colapso repentino de los medios de vida. Como sugerimos en el capítulo 2, el reformador atlántico Benjamín Franklin y el crítico social y religioso indio Sha Wali-Allah utilizaban métodos filosóficos y tradiciones religiosas bien distintas, pero los dos afrontaban una serie de modernidades vinculadas. No tiene sentido dejar a Wali-Allah en las filas de los «revisionistas religiosos» y ascender a Franklin al grupo de los modernizadores seculares. Ninguna de las dos categorías funciona muy bien.

Este tipo de análisis interactivo global de las coyunturas políticas y económicas es una herramienta histórica muy útil incluso para el siglo XIX, un periodo en el que Europa dominaba el mundo. En la década de 1990-2000, los historiadores empezaron a investigar las consecuencias de la rebelión de 1848. Pero este libro argumenta que los impulsos generados en Europa por «la primavera de los pueblos», se encontraron y se mezclaron con las consecuencias de otros dos acontecimientos globales extraeuropeos. La Rebelión Taiping y sus consecuencias para el este asiático fue un acontecimiento histórico tan dramático como la Guerra de Secesión norteamericana, cuyo impacto más general ha recibido muy poca atención incluso de los historiadores norteamericanos. La combinación de estas crisis mundiales tuvo efectos profundos en el nuevo nacionalismo emergente europeo, además de reconstruir la naturaleza del dominio europeo en Asia y África.

Otro ejemplo importante de los orígenes múltiples y vinculados de los cambios globales lo vemos en el caso del llamado nuevo imperialismo de la segunda mitad del siglo XIX. El capítulo 5 acepta el argumento de que la rivalidad más intensa entre las grandes potencias europeas, armadas tecnológicamente, fue una razón crítica para el salto hacia delante de los imperios europeos a partir de 1870. El nuevo nacionalismo y el «nuevo imperialismo» de la década de 1870 eran dos caras de la misma moneda. Las fuerzas más potentes de la globalización se internacionalizaron. Las naciones-estado uniformes se convirtieron en los grandes actores mundiales, subordinando bienes, pueblos e ideas a su control.

Sin embargo, el nuevo imperialismo también fue un fenómeno coyuntural. Nació de la colisión de diferentes tipos de causas. Hace tiempo, Robinson y Gallagher arguyeron que la gran expansión territorial europea en África y otras partes fue causada por la erupción de «crisis locales». Su análisis se quedó corto al no ver que estas anexiones no

fueron el resultado de la debilidad y los fallos de «gobiernos corruptos» nativos. Eso era simplemente repetir la idea victoriana. Más bien, el patriotismo de Egipto, India y partes del sur y el oeste de África fue la causa, no sólo la consecuencia, de intervenciones y anexiones más directas por parte de las potencias imperiales en el siglo XIX. La creciente sofisticación y coherencia de los movimientos de resistencia a la dominación occidental en el mundo extraeuropeo creó una nueva fase de contenciosos en la historia europea. En buena parte, queda patente que los cambios lejanos de los centros aparentes de la economía mundial, en la supuesta «periferia» africana y asiática, impulsaron a las metrópolis a la acción, a la modernización y al conflicto.

Por último, esta perspectiva encaja bien con las interpretaciones de la Primera Guerra Mundial. La «gran aceleración» —el incremento dramático del ritmo de los cambios globales económicos, sociales e intelectuales a partir de 1890— desató una serie de conflictos en todo el mundo que, de repente, y no irremediablemente, se descontrolaron en 1913-1914. No hay duda de que fue una gran guerra europea, pero también fue una guerra mundial, sobre todo, una confrontación mundial entre Gran Bretaña y Alemania. Como muchos contemporáneos admitieron, fue una guerra cuyos orígenes estaban en Mesopotamia y Argelia, en Tanganika y en el Cáucaso, además de en las fronteras franco-alemana y ruso-alemana. En cierto sentido, Lenin tenía razón cuando dijo que la Primera Guerra Mundial era una «guerra imperialista». La rivalidad económica, política y cultural en los Balcanes, Asia y África fue una causa importante de un conflicto de carácter internacional. Pero no se trató de una simple acumulación de crisis diplomáticas entre las potencias europeas. Más bien, estas luchas representaban los conflictos sin resolver de más de cien años de cambios sociales desiguales durante los que los líderes de los estados multiétnicos, tanto de dentro como de fuera de Europa, trataban de reorganizarse ante el declive político y económico y la aparición de la política de masas.

¿CUÁLES FUERON LOS MOTORES DEL CAMBIO?

Nos faltan ciertos elementos en nuestra historia policéntrica y global de los vínculos y conexiones que llevaron a oleadas de acontecimientos caóticos. Primero hemos de considerar los orígenes. ¿Cuáles fueron las causas básicas del cambio? El segundo elemento que nos falta es una

cuestión de poder: ¿quién ostentaba el poder en el siglo XIX, cómo lo utilizaba y cómo afectaba a los pueblos?

Incluso desde los mismos últimos años del siglo XVIII, los historiadores y teóricos llevan debatiendo sobre los orígenes de los dramáticos cambios, una serie de cambios que consideran el camino hacia la modernidad. Algunos contemporáneos pensaban que los cambios eran el resultado inevitable de las fuerzas profundas de la sociedad y la mente humanas. Según Hegel y, a su propia manera, Comte, representaban la culminación de un proceso histórico mundial por el cual la conciencia humana se volvería libre y soberana. Ernest Gellner[31] vio el periodo como el de irrupción de la modernidad, señalando a su vez una nueva concienciación de la relación entre el hombre y su historia. Según los diferentes tipos de historiadores socialistas, desde Karl Marx hasta Immanuel Wallerstein y Eric J. Hobsbawm[32], ésta fue la época en la que el capitalismo se liberó de las cadenas de las reglas arcaicas sobre la propiedad y las personas, para por fin sojuzgar a la mano de obra del planeta. Otra perspectiva, muy popular desde la década de 1980, dice que fue el dominio agresivo y racionalista del intelecto occidental, manifiesto en el proyecto calculador y clasificador del Estado moderno, lo que impulsó los cambios sociales en todo el mundo colonizado.

Todos estos argumentos parecen ser válidos para algunas partes del mundo en algún periodo de tiempo del largo siglo XIX. Este libro mantiene que, por su propia naturaleza, estas fuerzas del cambio tienen que haber interactuado. No es útil distinguir el capital, el Estado o la ideología racionalista, como *primum mobile.* La industrialización sólo parece haber tenido una importancia crítica para impulsar el cambio a partir de 1850. Pero el ferrocarril y el barco a vapor ya habían creado una poderosa convergencia económica en todo el mundo antes de esta fecha. Un aspecto importante, si bien no el único de la «era de la aceleración» que se abrió a partir de 1890, fue la presión generada por el rápido crecimiento industrial de Europa, Norteamérica y, más tarde, Rusia y Japón. Antes de esta fecha, las raíces del cambio socioeconómico se encontraban en otro tipo de desarrollos. Fueron el auge y el declive de las «revoluciones industriosas» mundiales, los efectos de la «gran domesticación» o la forma en que se adaptó el mundo a la producción campesina y la gran expansión del comercio por mar lo que conectó estos cambios discretos a lo largo y ancho de los océanos.

El libro argumenta que las «revoluciones industriosas» euroamericanas y sus equivalentes extraeuropeas se produjeron a pequeña escala, pero fueron capaces de impulsar cambios persistentes que actuaban

bajo las superficies de la guerra y de la formación de estados. La reorganización social del trabajo, la producción y el consumo iba acompañada de una vida cotidiana más asentada, una disciplina horaria y una explotación de los pequeños avances en la industria artesanal y en el uso de los recursos. Internamente, estos cambios fueron testigos de la aparición de bancos y usureros locales, cadenas comerciales en los mercados locales y un sector de servicios instruido. Externamente, aceleraron el ritmo del comercio interregional e internacional. Los beneficiarios de las revoluciones industriosas europeas consumían los productos importados por empresas que comerciaban con Asia o con las plantaciones esclavistas de azúcar y tabaco. Una población equivalente en Asia potenció el comercio exterior chino, no sólo en sándalo y babosas marinas, sino también en té, algodón y opio.

Esta reordenación social fue, básicamente, un cambio de estilo de vida y de valores, además de un cambio económico. Reconstituyó la jerarquía local y permitió que la gente de clase media convenciera a los pobres para que adoptaran su estilo de vida. Las élites locales que florecieron querían impulsar un estilo de vida más puro y regularizado. Esto fomentó una especie de «metodismo global» en el sentido más amplio de la expresión. Además del metodismo en Gran Bretaña y Estados Unidos, esta búsqueda de la respetabilidad religiosa incluía el pietismo alemán, el neocatolicismo español, el anglicanismo krio del oeste de África, el nuevo budismo de sectas chino y los «Deberes» o Faraizi, movimiento surgido entre los granjeros indo-musulmanes del productivo delta de Bengala oriental. Cambios de este tipo también contribuyeron al crecimiento de la gubernamentalidad a nivel local. Estas gentes metódicas y trabajadoras querían utilizar las formas locales de las leyes y de la autoridad estatal para controlar a los vagabundos, nómadas y pastores y para asentar sus derechos a tierras y su acceso al mercado. Querían agua corriente, alcantarillado, enseñanza y control sanitario. Esto impulsó el lento crecimiento del «estadismo» o gubernamentalidad. Fue la «tercera revolución» que mencionamos en el capítulo 3, muy poderosa en Europa y en el mundo anglohablante, pero con réplicas y conexiones globales. Samuel Smiles, el apóstol victoriano de la autoayuda, se convirtió en un «noble comerciante» y en un «noble campesino» al disfrazarse de japonés y recordar sus más perdurables éxitos en ese país.

Mientras que las revoluciones piadosas e industriosas establecieron un nivel básico de cambios, *El Nacimiento del Mundo Moderno* ha descrito el papel desempeñado por los estados nacionales e imperiales más

centralizados y autónomos. Estos estados intervenían constantemente en los cambios sociales, que a veces interrumpían. Muy a menudo a lo largo de los siglos XVIII y XIX, el principio del poder pareció haberse soltado de sus anclajes. Nader Sha, los dos Napoleones, los grandes reyes zulúes, el rey Jorge de Tonga y los conquistadores europeos de África a partir de 1870 eran meras manifestaciones de poder y del deseo de dominar. Pero el libro también aduce que hay que considerarlos dentro de un contexto de cambios sociales, tecnológicos e ideológicos. Los constructores de estados fueron productos de la segunda fase de la «revolución militar». Explotaron y respondieron a situaciones en las que el coste del armamento y de las tropas superaba la capacidad estatal de financiarlo. Adaptaron y usaron el lenguaje de la confrontación y la exclusión religiosa, étnica y nacional, agudizado por la guerra. Expandieron su dominio por las rutas comerciales establecidas por las revoluciones industriosas y, luego, industriales que marcaron el nuevo comercio global. La guerra y la construcción del Estado desarrollaron su propio impulso al propiciar una redistribución brutal de los recursos mundiales. La «elefantiasis» del Estado colonial y del europeo, que había sido característica de la generación posterior a 1780, reapareció en la de 1914.

Por estas razones es demasiado reduccionista buscar una sola causa —ni siquiera una causa principal— de los cambios globales del siglo XIX. Si empezamos desde la industrialización y el capitalismo, como hicieron los historiadores marxistas y socialistas de finales del siglo XX, descubriremos inevitablemente que impulsaron los cambios. Si miramos el Estado occidental, exclusivista y racionalista, como hacen, irónicamente, los «fragmentistas», nos parecerá la causa principal de los cambios. En realidad, la clave es la concatenación de los cambios producidos por la interacción de cambios políticos, económicos e ideológicos a distintos niveles. Ésta explica la gran divergencia entre Europa y el resto del mundo a principios del siglo XIX y la gran aceleración del conflicto y del cambio social a finales.

EL PODER EN LAS REDES GLOBALES E INTERNACIONALES

Como implica el anterior epígrafe, uno de los problemas de una historia que trate de explicar los vínculos globales y los orígenes múltiples del cambio es lo difícil que es integrar el poder. Poner el énfasis en las

redes y las interconexiones entre las diferentes culturas y los diversos pueblos puede parecer tratar de ocultar el dominio del poder, a veces racista, de los europeos y norteamericanos, la característica más impactante del periodo para los pueblos extraeuropeos y también para muchos historiadores. Las interconexiones y redes parecen hablar de diálogo y compromiso, no de dominio. Por contra, las interpretaciones del periodo que se centran en el poder y el dominio también parecen con frecuencia unidimensionales. Esto pasó con las teorías del sistema mundo de las décadas de 1960 y 1980, que a veces parecían limitarse a retratar el auge del sistema capitalista mundial, relegando todo lo demás a la basura conceptual de la «periferia» o de la «semiperiferia». También ocurre con algunas historias culturales poscoloniales del siglo XIX, que sustituyen el imperialismo económico occidental por el auge de la hegemonía racionalista blanca, a la que acusan de relegar la esencia de lo no occidental —los valores comunitarios y de la diferencia— a una periferia conceptual. El dualismo «Occidente» y «no Occidente» se expresa cultural en vez de económicamente. Básicamente, esto es una descripción y no un análisis histórico. Explica algunas cosas, pero no muchas.

Este libro ha demostrado que es posible describir el mundo decimonónico como una compleja telaraña de conexiones globales, mientras que, a su vez, se acepta la vasta diferencia de poder inherente en ella. He sugerido que, en parte, la capacidad de las empresas, los administradores y los intelectuales europeos para asimilar o adaptar las redes comerciales, religiosas o de poder ya existentes explica su dominio durante un siglo. No es una teoría de colaboración, sino más bien de subordinación. Los soldados de caballería afganos trabajaban para la Compañía de las Indias Orientales porque era la única opción que tenían para mantener su honor, su familia y su vida. No fue porque entendieran ni aprobaran las actividades de los avariciosos europeos. Comerciantes chinos trabajaron bajo protección holandesa en las Indias Orientales. No lo hicieron porque se «vendieran» al colonialismo. Durante décadas, incluso siglos, tuvieron muy poca idea de lo que significaba el colonialismo. Se vieron incorporados a un vasto sistema de explotación comercial por la disponibilidad de plata, bienes y protección que ofrecía el poder holandés. Fue la naturaleza parasitaria y «enredada» de la dominación occidental lo que le otorgaba tanta fuerza, al unificar y explotar un enorme conjunto de redes y aspiraciones viables.

Con la excepción de Japón, hasta algunos años después del final del periodo en que se centra este libro, la dominación europea no empezó

a desmoronarse en el mundo colonial. En India y China, no ocurrió hasta la década de 1930; en África, entre 1950 y 1970; en el mundo soviético, en la década de 1980, y también en el mundo latinoamericano cuando los grupos nativos e indígenas hicieron su aparición. Las enormes diferencias de renta per cápita y de satisfacción vital entre el «Norte» y el «Sur» persistieron en el mundo contemporáneo, empeoradas por la guerra y las enfermedades. Sin embargo, el dominio político y la hegemonía ideológica de Occidente eran muy inestables. Incluso en su apogeo del último tercio del siglo XIX parecían vulnerables y frágiles. En parte, esto se debió a que se sucedieron constantes rebeliones populares menores contra la explotación que pusieron permanentemente a prueba las formas más débiles de dominación política y económica. Los grupos dominantes no podían mantener el poder cuando la resistencia popular se aliaba con las críticas externas por parte de grupos disidentes o de las clases medias. Incluso durante el apogeo del nuevo Estado, del imperio europeo y del dominio del capital, el mito de la resistencia popular se extendió por el mundo. Acabaría siendo una importante fuerza política.

Sin embargo, había otras razones de la vulnerabilidad de la dominación occidental y del triunvirato de la monarquía, el capital y las tierras en Europa. Las redes de influencia que aseguraron la cooperación o la aquiescencia de los grupos subordinados bien pudieron haber sido capaces de mantener a medio plazo el dominio y la hegemonía intelectual de los nuevos grupos gobernantes. Pero también posibilitaron el goteo y la transferencia de poder y de habilidades intelectuales de las élites a los pueblos sin poder. Irónicamente, las doctrinas del poder y de la resistencia y las técnicas europeas para la movilización de recursos se combinaron fuera del núcleo económico desarrollado del mundo con las ideologías locales y crearon poderosos híbridos que empezaron a subvertir el dominio europeo.

Este tipo de transferencia ocurrió por varias razones distintas en diferentes dominios. En el ámbito económico, la misma naturaleza de la contabilidad capitalista y la racionalidad económica buscaban constantemente «desplazar» los costes a las zonas más pobres del mundo. Era más barato emplear a sicilianos, corsos, irlandeses, argelinos, indochinos o filipinos en las fuerzas armadas y en las estructuras administrativas de los territorios coloniales que contratar a franceses o norteamericanos, por ejemplo. Se reclutaron asiáticos y africanos para los órganos gubernamentales, donde adquirieron nuevas habilidades. En el ámbito político, los conflictos domésticos de Europa y Estados Unidos

rompían constantemente la hegemonía y el dominio. Abrían pequeñas pero importantes oportunidades para que los nacionalistas coloniales de élite se pronunciaran y, más adelante, para que también lo hicieran los portavoces de los pueblos marginados. Por ejemplo, las batallas mantenidas en Francia por la derecha católica y la izquierda republicana, o por los liberales y los conservadores en Gran Bretaña, o por los protestantes y los católicos en todo el cristianismo creaban posibilidades retóricas y contradicciones ideológicas. Los activistas indígenas rápidamente las explotaban, denunciando a los misioneros por ignorantes y a la administración, por hipócrita.

En el mundo de las ideas, las consecuencias no intencionadas de la expansión imperial fueron patentes. Si estos vínculos hacían que los intelectuales de las colonias crearan mansos «discursos derivados», también les ofrecían la oportunidad de diseccionar las ideologías occidentales y descubrir sus incongruencias, para después crear nuevas ideas híbridas que atraían a la gente local y al mundo. Los profesores panislamistas Jamal al-din al Afgani y Muhammad Abduh crearon un híbrido de mucho éxito. La mezcla que hizo Gandhi de la estética de Ruskin y el comunitarismo de Tolstói con los discursos indígenas sobre la *swadeshi* («industria doméstica») y el «artesano bueno», produjo un potente híbrido que relegó moralmente a los británicos a un segundo plano, hasta que se logró la independencia en 1947. La inserción en el sistema imperial creaba nuevas conexiones. Antes del comienzo del siglo XX, irlandeses relativamente privilegiados y sin prejuicios raciales habían contratado a portavoces indios y egipcios para sus campañas a favor del autogobierno. Esto «internacionalizó» estos nacionalismos y permitió a sus ideólogos conocer nuevos ejemplos y nuevas analogías.

De una manera más dura y dramática, los conflictos entre las potencias europeas crearon «oportunidades» militares y políticas gracias a las cuales los líderes asiáticos, africanos y latinoamericanos pudieron ponerse en acción. El nuevo Japón, por ejemplo, se aprovechó del prolongado duelo mantenido por Gran Bretaña y Rusia. Al mismo tiempo, la idea de «Asia para los asiáticos» animó a la armada japonesa a buscar apoyo entre los pueblos asiáticos colonizados para su lucha contra el ejército imperial.

Un entendimiento adecuado de las redes globales políticas, comerciales e ideológicas puede explicarnos tanto el ejercicio de la dominación imperial occidental como los principios de la fragmentación, que se hicieron ya patentes antes de 1914.

REPASO A LA DISCUTIDA UNIFORMIDAD Y A LA COMPLEJIDAD UNIVERSALES

Además de analizar el origen del cambio global en el siglo XIX, este libro ha tratado de demostrar cómo afectó el cambio a la manera de vivir y organizarse del ser humano. Uno de los temas claves de este libro es cómo, a lo largo de un corto espacio de ciento cuarenta años, la gran variedad de sistemas sociales, económicos e ideológicos del mundo se vio limitada por una rampante uniformidad. Al mismo tiempo y paradójicamente, la mayoría de las sociedades humanas mostraron una mayor complejidad dentro de esa limitación.

El Estado uniforme

Esto quedó patente en el caso de la naturaleza del Estado. Muchas de las formas complejas de soberanía que habían existido en 1780 se habían amalgamado, habían desaparecido o se habían convertido en meras ceremonias. Los príncipes alemanes o malayos, por ejemplo, todavía existían en 1914, pero la administración los había asimilado a federaciones o entidades regionales. También habían tratado de establecer con claridad cómo afectaban los poderes de esos príncipes a sus vecinos y a las autoridades de rango superior. Los historiadores siempre han pensado que este cambio se produjo de arriba-abajo, con el Estado imperial o nacional tratando de eliminar el sistema anterior por razones de eficacia militar y estatal. Pero más importante, como diría Max Weber, fue el espíritu racional que imbuía estas nuevas estructuras políticas. Daba igual que el gobierno representativo o la ideología liberal se hubieran arraigado; siempre prevalecían los objetivos del contable y del administrador.

En 1780, la mayoría de las sociedades eran gobernadas por grupos de nobles, clérigos o jueces formados a la manera clásica. Hacia 1914, varias ciudades chinas tenían cuentas y contables públicos. En el Imperio Otomano había sistemas de policía y auditorías municipales, y las ciudades sudamericanas eran regidas por juntas de abogados en vez de por gobernadores reales o por sus sucesores, los caudillos. Todos los países, incluido Afganistán, habían censado a la población y la mayoría intentaba recaudar impuestos directos sobre la renta en vez de las antiguas tributaciones sobre las tierras. Pero ahora la gente también esperaba recibir del Estado algo más que protección y honor, que eran lo que habían ofrecido los gobernantes ciento cuarenta años antes. Ahora,

incluso los territorios coloniales, en los que millones de personas habían muerto de hambre en el siglo XIX, tenían sus «protocolos antihambrunas» para salvar vidas, por muy ineficaces que fueran en la práctica. El concepto de educación primaria y secundaria nacionales había arraigado en todas partes, si bien la mayoría de los agricultores no podían permitirse que sus hijos fueran a la escuela todos los días.

Desde la década de 1980, un tema constante en los estudios históricos y antropológicos ha sido la resistencia al Estado, sobre todo a los controlados por extranjeros. La mayoría de estos textos insisten en la persistencia de las identidades múltiples, en la resistencia diaria contra el terrateniente o la administración y en las numerosas rebeliones que aún había en 1914 contra nuevos impuestos o levas que se consideraban violaciones de la economía moral. Desde luego, los sargentos reclutadores de 1914-1916 se encontraron con resistencia y revueltas en África, Egipto e Indochina. Incluso en la guerra europea, los hombres no se sacrificaban ante los rifles y las bayonetas con la alegría que describen las antiguas historias patrióticas. No obstante, el hecho de poder movilizar a 50 millones de hombres jóvenes de todas partes del mundo, contarlos, equiparlos, alimentarlos y desplegarlos en el campo de batalla durante cuatro años es una poderosa prueba del alcance de las comunicaciones y de la fuerza moral y material del Estado moderno.

En la década de 1780, la «resistencia» había sido una especie de gallinita ciega que se jugaba contra los gobernantes, un asunto de negociar, luchar y perder o ganar el favor de la corte. Incluso las revueltas de campesinos no eran unilaterales, ya que los nobles necesitaban a los campesinos para cultivar sus tierras. La «deserción» o la huelga de campesinos solía conseguir una reducción de renta o de trabajo tanto como la quema de aldeas y las ejecuciones. Hacia 1914, el patrón de agitación campesina y todavía más de la agitación de la clase obrera venía marcado por las reglas abstractas y por las estructuras del Estado. Florecieron partidos nacionales de campesinos cuyos líderes politizaron protestas que anteriormente se habían resuelto gracias a la generosidad de los nobles, o a base de castigos salvajes.

«Fes» a discusión

Otro proceso social relacionado, que analizamos en capítulos anteriores, fue la consolidación del concepto de religión. Este proceso significó que las teorías y las prácticas religiosas de todo el mundo convergieron

lentamente hacia unas normas comunes, sobre todo entre los privilegiados. Por supuesto, la fe y la esperanza de la intervención divina son atributos humanos que presentan una gran diversidad. A lo largo de nuestro periodo, y sobre todo en vísperas del 1900, florecieron numerosos cultos localizados y creencias místicas descentralizadas, incluso en sociedades de larga tradición cristiana. La aparición de un chamán tradicional, el monje Rasputín, en la Rusia ortodoxa moderna es sólo un ejemplo sorprendente. En vez de adoptar un racionalismo agnóstico, los líderes antirreligiosos de Europa y de América adoptaron religiones alternativas. La teosofía era muy popular e influyó en el desarrollo del arte abstracto. La ciencia cristiana tuvo mucha influencia en la costa este de Estados Unidos, justo en el momento en el que se producía en el país la segunda revolución científica. Florecieron las asociaciones teosóficas y las logias masónicas. Incluso en sociedades rígidamente reguladas como las islámicas, aparecieron prácticas esotéricas y formas de adivinación mágicas. Se suele pensar que con la llegada de la modernidad el islamismo austero basado en textos triunfó sobre el sufismo esotérico. Pero, en realidad, el sufismo siguió avanzando por las rutas migratorias del norte de África y del sudeste asiático, donde se instaló con fuerza en las escuelas tradicionales de las nuevas comunidades musulmanas. En el África subsahariana, el auge del cristianismo se debía precisamente a que se ajustaba a las jerarquías y mediaba entre los cultos locales existentes. La adoración, por así decirlo, estaba muy descentralizada.

No quiero decir que el culto y la fe religiosos se hubieran vuelto rígidamente homogéneos. Pero sí que incluso estas manifestaciones de religión descentralizadas tuvieron que confrontar y posicionarse ante una serie de ideas sobre lo que debía ser la religión, unas ideas cada vez más uniformes. Los creyentes de élite, las escuelas y los misioneros habían ido proclamando reglas de conducta y de creencia que ahora se fueron difundiendo por todas partes. Incluso las poblaciones aisladas de Melanesia y Sudamérica, que acababan de entrar en contacto con las religiones mundiales, fueron testigos de movimientos espirituales que adoptaron los cultos congregacionales y los rituales uniformes del cristianismo y el islam. Los grandes sistemas religiosos también estaban más claramente definidos, eran más autoritarios con sus fieles, y también más burocráticos. De hecho, parecían estados o imperios porque imponían la fe patriótica como si se tratara de un dogma espiritual. El capítulo 9 sugirió que la Iglesia Católica Romana salió de la crisis de mediados de siglo con una jerarquía interna más fuerte. A medida que

el radicalismo, el socialismo y ese híbrido tan sospechoso, el socialismo cristiano, se fueron revigorizando en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Vaticano y las jerarquías nacionales se reunieron para censurar y suprimir las desviaciones que no aprobaban. Hubo problemas graves con las autoridades seculares de Sudamérica, Francia y Alemania entre 1900 y 1920. En Polonia, el catolicismo revitalizado fue determinante para el avance del nacionalismo que acabaría con la separación del país respecto del Imperio Ruso y de Alemania después de la guerra.

Los nacionalismos coloniales y el resurgimiento chino también utilizaron la religión en su lucha contra los extranjeros y esto hizo que el islamismo, el hinduismo y el budismo se volvieran más coherentes y combativos en opinión de sus fieles. En India, los años prebélicos vivieron un acercamiento entre el hinduismo modernizado de la Asociación Aria y el hinduismo neotradicional de las Asociaciones de la Religión Ancestral. Ambas tradiciones habían creado textos más normalizados para competir con la Biblia y el Corán. Pero basaron sus objetivos en el símbolo común panhindú de la Madre Vaca. El panislamismo sería promovido por el Imperio Otomano durante sus últimos años, 1907-1917. Los herederos predicadores del jeque Jamal al-din al-Afghani también ofrecían una fe más resuelta, militante y proselitista. El nacionalismo que despertó la llegada de la guerra al norte de Europa y a la Norteamérica protestantes fue testigo de una vuelta a la religión por parte de la clase gobernante. Y, a partir de la década de 1880, hubo un renacimiento cristiano en las grandes ciudades obreras. El proselitismo interno y externo fueron de la mano. En Gran Bretaña, el nuevo movimiento antiesclavista de 1890 contra los abusos en el Congo belga fue promovido por las iglesias metodista y baptista de las clases media-baja y obrera. Se convirtió en el mayor movimiento de reforma moral de finales del siglo, comparable con el movimiento abolicionista original.

La creciente uniformidad de la religión como doctrina y como árbitro de las prácticas morales entraba a veces en conflicto con las creencias sobrenaturales desorganizadas y desestructuradas. La mezcla de las imposiciones estatales y religiosas sobre el cuerpo y la mente perjudicó a los grupos minoritarios. Así, el periodo prebélico fue testigo de una presión inexorable sobre las minorías judías de Rusia y el este de Europa, aunque los cambios sociales trataban de asimilarlas. Antes de 1914, las relaciones sociales armoniosas entre los armenios musulmanes, judíos y cristianos también se rompieron. Los pogromos y genocidios de los años treinta no fueron consecuencia inevitable de estos acontecimientos; la guerra y la recesión también tuvieron mucho que ver. Pero algunas

de las herramientas intelectuales y burocráticas de la masacre ya estaban forjadas en 1914.

La economía global y el capital internacional

Este libro también ha descrito una creciente uniformidad en los procesos sociales del mundo económico. En cuanto a sus medios de producción, las sociedades agrarias, nómadas y forestales, que prevalecían en 1780, habían sido uniformes. Sin embargo, las relaciones de producción sociales, la variedad de lo que se producía y la multitud de pequeñas zonas ecológicas semi-autónomas habían fracturado esta uniformidad en un enorme mosaico. Hacia 1914, la mayor parte de esta variedad había desaparecido. Los pueblos recolectores, cazadores y trashumantes habían sido desalojados de las grandes regiones. En algunos casos, como en el Pacífico y las Américas, los pueblos habían sido masacrados por los invasores blancos o diezmados por enfermedades en una réplica de la devastación provocada por la conquista española del siglo XVI en Latinoamérica. En otras regiones, como el sur y el este de Asia y en zonas de África, los antiguos pueblos «tribales» y nómadas se habían visto obligados a asentarse como aparceros o a segregarse, hasta convertirse a la fuerza en una bolsa de mano de obra emigrante. La última serie de guerras de resistencia de los pueblos nativos tuvo lugar entre 1850 y 1880: los santals de Bengala, los siux, los maoríes, los ndebele y los métis de Canadá batallaron contra el invasor blanco, un invasor armado con un arma letal: el ferrocarril. Sin embargo, a principios del siglo XX, todavía ardían las ascuas de la resistencia, hasta que la silvicultura científica y la policía racial administraron el golpe de gracia. En 1899 se produjo una importante rebelión tribal en el centro de la India, un año después de la última batalla del califa en Omdurman, Sudán. En la década de 1900, los franceses afrontaron la revuelta del Rif y los alemanes la Rebelión Maji Maji en Tanganika. Desde luego, los elementos de equilibrio entre los campesinos y el Estado que les representaba, por un lado, y los recolectores, cazadores y nómadas, por otro, habían cambiado a favor de los primeros hacia 1914. Los últimos se vieron relegados al cuidado de antropólogos y coleccionistas.

La sociedad campesina también era muy diferente a la de 1780. Las únicas constantes eran la hambruna y la pobreza. Sin embargo, hasta éstas habían cambiado, al sustituir a los desastres naturales como la sequía y las inundaciones, la escasez de alimentos artificial, creada por un mercado dominado por el dinero. Hacia 1914, las áreas del mundo

campesino dominadas por los cultivos comerciales y por la cría de animales que importaban su propia comida habían crecido de modo considerable. La expansión del ferrocarril entre 1860 y 1880 fue seguida de una consolidación de los grandes compradores de productos agrícolas. En los primeros años del siglo XX se incorporaron enormes áreas de producción de grano de Rusia, Argentina y el medio oeste de Estados Unidos. Los terratenientes habían pasado de ser unos nobles semifeudales con derechos y tributos extralegales a convertirse en líderes de un enorme comercio agrario, justo cuando la economía salía de la recesión de las décadas de 1870 y 1880. Además, la expansión del telégrafo y de la marina mercante tras 1900 ajustó los precios en todo el mundo.

La uniformidad se expresó con más fuerza en el mundo industrializado. En las décadas de 1890 y 1910 hubo un incremento en la producción industrial. Reflejaba la transformación de Estados Unidos y Alemania en las primeras sociedades capitalistas corporativistas y el aumento de la producción de acero y hierro y de productos textiles en los países pobres. La Rusia del conde Witte empezó a «despegar» en la década de 1890 cuando los productos baratos de Ucrania y Siberia empezaron a alimentar su industria. Como parte de su proyecto de industrialización militar, la producción industrial de Japón sobrepasó el 1% de la producción industrial mundial por primera vez en 1897. Los empresarios asiáticos de Bombay, Shangai y Alejandría empezaron, por primera vez, a recuperar parte de los mercados internos textiles que habían perdido a manos de los extranjeros. Londres y Nueva York, los grandes centros financieros del mundo, recibían enormes cantidades de capital especulativo a medida que los inversores buscaban nuevas fuentes de beneficios. A medida que se acentuaba la rivalidad diplomática entre las grandes potencias a partir de 1898, los gobiernos nacionales e imperiales intentaron fervientemente fomentar el interés de los bancos nacionales, las empresas industriales y los emigrantes económicos. El hecho de que Gran Bretaña y Francia empezaran a perder progresivamente sus esferas de influencia económica en favor de Alemania, Estados Unidos y Japón contribuyó a que aumentara la tensión en Sudáfrica, el Lejano Oriente y Oriente Medio.

Las nuevas profesiones y la opinión pública internacional

El auge del Estado, la generalización de los conceptos de religión y nación y la paulatina expansión de la economía capitalista habían creado

un mundo aparentemente más uniforme a principios del siglo XX. Por otra parte, las sociedades eran más complejas y más variadas dentro de los límites de la uniformidad. En 1780, un pequeño grupo de nobles, sacerdotes e intelectuales dominaba a un enorme número de campesinos y artesanos. Hacia 1914, la situación era mucho más compleja. Unos 100 millones de personas de todo el mundo eran trabajadores industriales que hacían uso de diferentes tipos de habilidades que eran más complementarias las unas con las otras que genéricamente comparables. Había surgido un enorme número de cuerpos y colegios profesionales de especialistas. Éstos eran parecidos en todo el mundo, aunque con variantes. En China, los descendientes de los antiguos mandarines eran abogados, contables, editores de periódicos, cirujanos, farmacéuticos y profesores universitarios. Las nobles cunas ahora tenían que complementarse con una profesión especializada y el acceso reglado a un colegio de especialistas. La gente seguía leyendo los dichos del Profeta, las *Analectas* de Confucio y los clásicos en griego y latín, pero su profesión les obligaba a aprender nuevos corpus de conocimientos, supuestamente objetivos, en numerosos subcampos.

Si el Estado y la nación habían crecido enormemente en sus reivindicaciones y aspiraciones durante este periodo, los medios para desplegar el poder se habían vuelto más complejos y más condicionales. Los regímenes del siglo XVIII contaban con medios sutiles para influir en la opinión de sus súbditos más importantes. Se habían inmortalizado a sí mismos como monarcas universales, protectores de la fe, encarnaciones del país o promotores del saber. En Europa occidental y las colonias de Norteamérica, donde los medios impresos se utilizaban a gran escala, los aristócratas competían por el poder dentro de las administraciones reales y se servían de las herramientas de la crítica pública, las burlas, la sátira o el rumor para anular a sus enemigos. Pero incluso en los reinos de África y Asia, las muy probadas formas de debate entre la clase dirigente podían legitimar o derribar a los gobernantes. Los déspotas, tanto ilustrados como orientales, nunca fueron tan absolutistas como han sugerido sus caricaturas. Hacia 1914, sin embargo, había cien veces más periódicos que en 1780, y en una enorme variedad de idiomas. También había florecido una industria editorial de libros de tiradas masivas que derrotaba incluso al más riguroso de los censores.

La aparición del público a finales del siglo XVIII y principios del XIX interesó mucho al sociólogo alemán Jürgen Habermas. Los historiadores emplean el concepto del público desde la década de 1960. La última generación ha sido algo escéptica con el «gran relato» de la aparición de

una masa de comentarios críticos «entre» el Estado y la sociedad, pero han hablado de ambos. Para algunos autores, lo más importante era quién quedaba excluido del público: las mujeres, los pobres, las minorías étnicas. Para éstos, el público ha resultado ser poco más que un término verborréico creado por la élite burguesa para ocultar y reflejar su poder. Las críticas aparentes no eran más que un truco. Otros historiadores afirman que el público nunca existió. Todo lo más era un ruido cacofónico de diferentes discursos mutuamente incomprensibles. De hecho, cuando hubo debate, dicen, sólo sirvió para acallar y sojuzgar más a los que no tenían poder. Este truco político se utilizó al máximo en las llamadas democracias, donde los poderosos intereses creados aparecían sólo para limitar su poder en respuesta a los deseos del electorado. Uno de los problemas más ampliamente reconocidos con las formulaciones de Habermas y sus discípulos es que analiza el concepto del público como el de nacionalismo, como si se extendiera de Occidente a Oriente y sur. Lo presenta como otro de esos grandes regalos que hicieron Europa y Norteamérica a los demás.

Sea cual sea el problema de conceptos como opinión pública y público movilizado, la aparición de una representación articulada de lo que los políticos consideraban la opinión «pública» o «nacional» fue, sin duda, una característica del siglo XIX. Los déspotas nunca fueron absolutos. Siempre estaban sujetos a la opinión de los religiosos y los funcionarios públicos y a los rumores en los mercados y bazares. Pero ahora era posible articular una enorme cantidad de rumores e intereses especiales a través de periódicos, libros y debates públicos, en todas las sociedades importantes del mundo. Incluso en los países donde las elecciones eran plebiscitos controlados por el Estado, el zar y el káiser, se tenía que controlar y manipular lo que se entendía como «opinión pública» de una manera que no había hecho falta en tiempos de sus antepasados. Incluso los gobiernos coloniales, al proclamar las virtudes de su ayuda a los pueblos sojuzgados, de vez en cuando tenían que hacer caso a la «opinión nativa». Hacia 1916, el virrey de la India había abandonado el comercio del opio y había modificado el sistema de trabajo obligatorio en respuesta a las demandas de intelectuales chinos e indios, además de a las de los liberales europeos. En la misma época el káiser Guillermo de Alemania tuvo que apaciguar a los periódicos liberales y socialdemócratas que atacaban su política exterior. Más que un tirano inestable, parece, en las últimas historiografías, un gobernante que tratara desesperadamente de mantenerse a flote entre las corrientes de una poderosa opinión pública.

Esta mayor complejidad, dentro de las limitaciones de la uniformidad global, parece típica de la vida intelectual de comienzos del siglo XX. En 1870, las ideas se integraban en un cuerpo de conocimientos tradicionales. Los sabios y los administradores de China que trataban de renovar los sistemas de observación empírica se vieron obligados a demostrar que sus ideas eran sólo aspectos reinventados del pensamiento confuciano clásico. Cuando los científicos islámicos trataron de asimilar las nuevas teorías cosmológicas europeas, tuvieron que validar los cambios con la excusa de que la «ciencia griega» siempre había estado presente en el pensamiento islámico. Durante la última generación, los historiadores han sugerido que el avance hacia la modernidad fue parcial y ambiguo, incluso en Occidente. A pesar de la revolución filosófica de la Ilustración, la mayoría de los pensadores de Europa y América creían que revivían la época clásica o que hacían avanzar el uso del don de la razón que Dios había concedido al hombre. Por decirlo de otra manera, los pensadores seguían buscando la perfección de la tradición. Como ha reiterado John Pocock, la filosofía que nutrió a los padres fundadores de Estados Unidos, con todas sus consecuencias revolucionarias, era una versión aumentada del rechazo *whig* del Estado grande y de la corte corrupta, un odio que todavía acechaba en Gran Bretaña.

Irónicamente, el descubrimiento de la historia como método esencial para explicar cualquier fenómeno, tanto natural como humano, fue el cambio más revolucionario del siglo XIX. Las ideologías contemporáneas eran generalmente historicistas y cada vez más evolucionistas. Al vincular el mundo con el concepto de la historia, los historiadores pudieron también pensar en una historia futura, en el progreso de las especies, de la humanidad, de la raza, de la nación, de la religión. Los pensadores ajenos a las academias filosóficas y científicas europeas no tuvieron ningún problema a la hora de crear una leyenda histórica para sus propias culturas. Para los hindúes, Rama, una presencia luminosa en los escritos sagrados, se convirtió en un personaje histórico real. De igual modo, para los etíopes, la legendaria figura del rey Salomón se convirtió en el padre fundador de su pasado histórico. Pujantes escuelas indígenas de exégesis de los textos sagrados, de arqueología dinástica y de medicina impusieron métodos occidentales de representación a las tradiciones no occidentales, tanto vivas como inventadas. A finales de siglo, la teoría histórico-racial tuvo su apogeo. Muchos teóricos predijeron que habría una «guerra racial» y no todos preveían una victoria de los arios blancos. Los filósofos indios dieron la vuelta a la teoría darwiniana, prediciendo que sobrevivirían los más espirituales.

Sin embargo, ya había síntomas de que el consenso que había pasado a lo largo del siglo de clasificar a la humanidad y a la naturaleza a buscar sus genealogías estaba comenzando a romperse. Es sabido que a partir de la década de 1890 una serie de avances, tanto en la ciencia como en las humanidades, crearon nuevas incertidumbres, aunque las consecuencias sociales no se dejaron notar hasta después de la guerra de 1914-1918. El liberalismo se vio acorralado por tendencias socialistas revolucionarias que pedían la guerra de clases inmediata, incluso antes de que se hubieran dado las condiciones racionales y objetivas. Friedrich Nietzsche mantenía que la voluntad individual podía romper las convenciones del crecimiento y cambio orgánicos de la sociedad. Sigmund Freud «descubrió» el inconsciente humano. La idea de lo incierto se iba infiltrando en la parte matemática de las ciencias. Estos cambios se vieron sobre todo en el arte, donde la música atonal, el cubismo y el impresionismo estaban subvirtiendo la tradición figurativa de la pintura y el dominio de la armónica en la música. Gauguin, Klimt y Picasso empezaban a deshacer la herencia clásica de la pintura occidental.

Fuera de Europa, la reacción ante el pensamiento histórico y evolucionista solía ser de rechazo a lo que Occidente decía representar y una vuelta por parte de los políticos e intelectuales a tradiciones políticas y religiosas reinventadas: el rito bushido de los aristócratas de Japón, el culto a la terrible diosa Kali en India y el espiritualismo paneslavo de Rusia. Superficialmente, muchos de estos cultos parecían tradicionales e indígenas —el renacimiento de los espíritus dormidos de Oriente y África, como decían algunos occidentales—. En realidad, mostraban el impacto de la modernidad desatada por el Estado unificado y la industrialización. Muchos percibieron «la decadencia de Occidente» mucho antes de que el profesor Oswald Spengler empezara su libro sobre el tema. El resultado era una increíble complejidad de posturas ideológicas. Mientras que en 1750 los intelectuales podían encasillarse en unas pocas escuelas que reflejaban el pasado de formas diferentes pero mutuamente inteligibles, en 1900 esto ya no era cierto. Defensores de las antiguas religiones que rechazaban la modernidad se codeaban con neoconservadores que reconocían la importancia de lo moderno, pero que habían reformado su tradición para poder asimilarlo. En el bando modernista existía una amplia gama de opiniones políticas y religiosas, desde revolucionarios y ateos hasta liberales y pragmáticos teológicos.

Por otra parte, la gran variedad de posturas ideológicas adoptadas y defendidas a ultranza por la prensa y en los mítines públicos en 1900 es lo que más sorprende en comparación con 1780. Puede que hubiera

nihilistas teológicos en la India en una fecha temprana, pero en 1900 había indios ateos. Los maestros japoneses lloraban la destrucción de la naturaleza en 1780, pero en 1900 había ecologistas y conservacionistas japoneses. Algunos norteamericanos se interesaron en 1780 por lo que llamaron religiones orientales, pero en 1900 había bahaís norteamericanos. En cambio, esta gran variedad de movimientos, ideologías y sensibilidades se ajustaba cada vez más a una serie de normas internacionales sobre reuniones, votos, financiación, comunicación y presentación de ideas. Incluso entre los pobres y los más alejados de las fuentes del mundo capitalista occidental, los modelos tradicionales de debate se habían visto influidos por las actividades de la clase media, a las que se amoldaron.

AGOSTO DE 1914

Este libro ha dado mucha importancia al desarrollo del Estado nacional y a la aparición de una economía vinculada globalmente a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, esta uniformidad, como hemos visto, produjo, paradójicamente, su propia complejidad. Los mismos vínculos que crearon estas entidades invasivas también permitieron a la gente de todo el mundo dirigir, limitar u oponerse a ellas. Muchas de estas personas estaban vinculadas a la izquierda o al movimiento sindical, pero no todas. Aún antes de 1914 se convocaron reuniones internacionales en un vano intento de limitar la carrera armamentística. Entre los intelectuales de finales de siglo surgieron movimientos pacifistas y la Cruz Roja llevaba trabajando internacionalmente desde la década de 1870 para aliviar el sufrimiento de las víctimas de las guerras. Hasta los estadistas nacionales empezaron a darse cuenta de que hacía falta una cooperación más allá de las fronteras nacionales simplemente para asegurar sus propios intereses. A partir de la década de 1900, el derecho internacional se desarrolló rápidamente y se firmaron varios tratados para controlar el acceso a los océanos y a la Antártida. Se aceptó el meridiano de Greenwich como punto de referencia horaria del mundo a pesar de las protestas de Francia, que proponía París. Leyes internacionales controlaban los movimientos de barcos por los ríos que atravesaban varios territorios nacionales. Unos brotes tardíos de peste bubónica y de cólera y algunas enfermedades zoológicas, habían obligado a los médicos del mundo a unirse para establecer reglas internacionales de sanidad pública. Y en medio de la masacre de animales en África del periodo



13.3 La tormenta acecha: una avioneta en el río Nilo, 1914.

imperial, aparecieron algunas organizaciones dedicadas a la protección de los animales y del medio ambiente, aunque por regla general sólo lograron algo las agencias oficiales que disponían de dinero.

La tragedia fue que los vínculos internacionales que podrían haber evitado la competencia destructiva y, en última instancia, la guerra, no fueron lo bastante fuertes para resistir la coyuntura catastrófica de agosto de 1914. En cuanto los grandes cañones comenzaron a disparar durante ese mes la gente de muchos países empezó a experimentar patrones similares de escasez de alimentos, reclutamiento, enfermedades y muerte. De la matanza se derivarían nuevas y feroces ideologías que proclamarían con más energía la uniformidad de clase, raza o nación. Este libro ha examinado varios temas claves, sobre todo el papel de la violencia organizada en la creación de vínculos globales e internacionales, la naturaleza multicéntrica del origen de las tendencias en la historia mundial y la manera en que las crisis y las respuestas a esas crisis se interconectan a nivel mundial. La Primera Guerra Mundial y su legado mostrarían estos temas en la práctica de un modo mucho más dramático.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

INTRODUCCIÓN

1. LOS ANTIGUOS REGÍMENES Y LA «GLOBALIZACIÓN ARCAICA»

2. LOS TRÁNSITOS DE LOS ANTIGUOS REGÍMENES A LA MODERNIDAD

3. LAS REVOLUCIONES CONVERGENTES, 1780-1820

4. ENTRE REVOLUCIONES MUNDIALES, *c.* 1815-1865

5. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA NUEVA CIUDAD

6. LA NACIÓN, EL IMPERIO Y LA ETNICIDAD, *c.* 1860-1900

ÍNDICE DE MAPAS Y CUADROS

MAPAS

CUADROS

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Arjun Appadauri, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization* (Minneapolis, 2000).
2. Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie, capitalisme XVe-XVIIIe siècle* (París, 1979).
3. Linda Colley, *The Britons Forging the Nation, 1707-1837* (Londres, 1992).
4. Catherine Hall, *Civilising Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination 1830-1867* (Cambridge, 2002).
5. Geoffrey Hosking, *Russia, People, and Empire, 1552-1917* (Londres, 1997).
6. Dominic C. B. Lieven, *Empire: The Russian Empire and its Rivals* (Londres, 2000).
7. R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience* (Ithaca, Nueva York, 1997).
8. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, New Jersey, 2000).
9. Wang Gung Wu, *The Chinese Overseas: From Earthbound China to the Quest for Autonomy* (Cambridge, Massachusetts, 2000).
10. Joanna Waley-Cohen, *The Sextants of Beijing: Global Currents in Chinese History* (Nueva York, 1999).
11. Michael C. Meyer y William H. Beezley (eds.), *The Oxford History of Mexico* (Oxford, 2000), pp. 380-383.
12. Hew Strachan, *The First World War*, vol. 1 (Oxford, 2001).
13. Eric J. Hobsbawm, *The Age of Revolution; The Age of Capital; The Age of Empire; The Age of Extremes* (Londres, 1988-1998).
14. Perry Anderson, «Confronting Defeat», *London Review of Books*, 24, 20 (17 de octubre de 2002).
15. Para una introducción al debate y más referencias véase Patrick Joyce, «The return of history: post-modernism and the politics of academic history in Britain», *Past and Present*, 158 (febrero de 1998), pp. 207-235.
16. El colectivo de autores más reciente que hace hincapié en el pueblo y su resistencia es el Indian Subaltern Studies Collective, que ha influido en los historiadores latinoamericanos. Para conocer los debates en torno a su obra véase Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial* (Londres, 2000).
17. S. N. Eisenstadt, *Modernisation, Protest and Change* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1966).

18 Ernest Gellner, *Plough, Sword and Book: The Structure of Human History* (Londres, 1988).

19 Alan Macfarlane, *The Riddle of the Modern World: Of Liberty, Wealth and Equality* (Basingstoke, 2000).

20 David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations* (Londres, 1998) y *Favourites of Fortune: Technical Growth and Economic Development since the Industrial Revolution* (Cambridge, 1991).

21 «Spirit capture: the native Americans and the photographic image», *International Herald Tribune*, 25-26 de agosto de 2001.

22 R. C. Cobb, *Death in Paris: The Records of the Basse-Géole de la Seine* (Oxford, 1978).

23 El papel del Estado en este proceso lo estudió Norbert Elias (tr. Edmund Jephcott) en *The Civilizing Process:* vol. 2: *State Formation and Civilization* (Oxford, 1994).

24 Emma Tarlo, *Clothing Matters: What to wear in Colonial India* (Londres, 1998).

25 Ismail Hami, citado por Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey* (Londres, 1961), p. 231.

26 Hasan Kayali, *Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918* (Berkeley, 1997), p. 63.

27 E. M. Collingham, *Imperial Bodies: The Physical Experience of the Raj, c.1800-1947* (Londres, 2001).

28 «Newspaper», en *Encyclopaedia Britannica*, 13.ª edición (Londres, 1911), vol. 19, pp. 19-20.

1. LOS ANTIGUOS REGÍMENES Y LA «GLOBALIZACIÓN ARCAICA»

1 John Komlos, *Stature, Living Standards and Economic Development: Essays in Anthropometric History* (Chicago, 1994).

2 Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilisation*, 3 vols. (Chicago, 1974).

3 Joseph Fletcher, «Turko-Mongolian tradition in the Ottoman Empire», en I. Sevcenko y Frank E. Sysyn (eds.), *Eucharisterion*, vol. 1 (Cambridge, Massachusetts, 1978), pp. 240-241.

4 Pamela Crossley, *A Translucent Mirror: History and Identity in Qing Imperial Ideology* (Berkeley, 1999), compara el caso de China con Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV* (New Haven, 1992).

5 W. Beik, *Absolutism and Society in Seventeenth-Century France: State Power and Provincial Aristocracy in Languedoc* (Cambridge, 1988).

6 I. M. Kunt, *The Sultan's Servants: The Transformation of Ottoman Provincial Government, 1550-1650* (Nueva York, 1983).

7 Burton Stein, *A History of India* (Oxford, 1998); pero véase también John F. Richards, *The Mughal Empire* (Cambridge, 1995), e Irfan Habib, *The Agrarian System of Mughal India, 1556-1707* (Bombay, 1963); Sugata Bose y Ayesha Jalal, *Modern South Asia: Culture, Political Economy* (Delhi, 1998).

8 Jonathan Spence, *The Search for Modern China* (Nueva York, 1990), pp. 112, 144 y 157.

9 Evelyn S. Rawski, *The Last Emperors: A Social History of Qing Imperial Institutions* (Berkeley, 1998).

10 Ivor Wilks, *Asante in the Nineteenth Century: The Structure and Evolution of a Political Order* (Cambridge, 1975).

11 P. J. Bakewell, *A History of Latin America* (Londres, 1997), pp. 282-283.

12 Spence, *Search for Modern China*, pp. 165-170.

13 Wiliam Doyle, «The Union in a European Context», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6 ser., 10 (2000), p. 168.

14 Lieven, *Empire*, p. 204; Richard Pipes, *Russia under the Old Regime* (Londres, 1974), p. 204.

15 Lieven, *Empire*, ob. cit., p. 171.

16 Crossley, *A Translucent Mirror*, ob. cit.

17 Kunt, *Sultan's Servants*; comunicación privada del profesor Kunt.

18 D. H. A. Kolff, *Naukar, Rajput, and Sepoy: The Ethnohistory of the Military Labour Market in Hindustan, 1450-1850* (Cambridge, 1986).

19 Rawski, *The Last Emperors*, ob. cit.

20 Leonard Blusse, *Strange Company: Chinese Settlers, Mestizo Women and the Dutch in VOC Batavia* (Dordrecht, 1986).

21 Timothy Brook, *The Confusions of Pleasure: Commerce and Culture in Ming China* (Berkeley, 1969).

22 John Iliffe, *Africans: The History of a Continent* (Londres, 1995), pp. 62-127.

23 A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa* (Londres, 1973).

24 Donald Denoon y Philippa Mein-Smith, con Marivic Wyndham, *A History of Australia, New Zealand and the Pacific* (Londres, 2000), pp. 9-33.

25 Hamid Algar, *Religion and State in Iran, 1785-1906* (Berkeley, 1969).

26 John T. Alexander, *Autocratic Politics in a National Crisis: The Imperial Russian Government and Pugachev's Revolt, 1773-1775* (Bloomington, Indiana, 1969).

27 Jan de Vries, *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700* (New Haven, 1978).

28 He tratado de desarrollar más detalladamente el concepto de la globalización arcaica en A. G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History* (Londres, 2002), pp. 47-73.

29 James L. Hevia, *Cherishing Men from Afar: Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1795* (Durham, Carolina del Norte, 1995).

30 Denoon *et al., A History of Australia*, ob. cit., pp. 43-44.

31 Véase, por ejemplo, Firdausi, «Shahnamah», pintado para el emperador Akbar *c.* 1595, Add. MSS 12208, ff. 280b, British Library, Londres, en el que Iskander (Alejandro) se encuentra con los brahmanes en un marco pérsico que recuerda su anterior encuentro con los sabios griegos.

32 Por ejemplo, Moorcroft Papers, MSS Eur D 251, ff. 300-339, Oriental and India Office Collections, British Library, Londres.

33 Véase, por ejemplo, «Akhlaq-i-Jalali» (tr. W. F. Thompson), *The Practical Philosophy of the Muhammadan People* (Londres, 1836), sobre todo la introducción.

34 J. G. A. Pocock, *The Macchiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton, 1975).

35 Es notorio que Napoleón dijo en Egipto que era mahometano y que devolvería a los judíos al Templo; para Tone, consúltese Theobald Wolfe Tone (ed. R. Barry O'Brien), *The Autobiography of Theobald Wolfe Tone* (Londres, 1893), vol. 2, p. 303.

36 Por supuesto, esto no significa que gran parte del comercio local e incluso interregional de la Eurasia arcaica no se generara a raíz del más pragmático intercambio de alimentos básicos y otras materias primas, sino sólo que las transacciones a larga distancia

se vieron especialmente influidas por el intercambio de este tipo de productos carismáticos.

37 Appadauri, *Modernity at Large*, ob. cit.

38 Glyndwr Williams y P. J. Marshall, *The Great Map of Mankind: British Perceptions of the World in the Age of Enlightenment* (Londres, 1982).

39 Nigel Leask, «Francis Wilford and the colonial construction of Hindu geography», en Amanda Gilroy (ed.), *Romantic Geographies: Discourses of Travel, 1775-1844* (Manchester, 2000), pp. 204-223; C. A. Bayly, «Orientalists, informants and critics in Benares, 1790-1860», en Jamal Malik (ed.), *Perceptions of Mutual Encounters in South Asian History, 1760-1860* (Wiesbaden, 2000), pp. 172-210.

40 Véase M. C. G. Saiz, *Las castas mexicanas: un género pictórico americano* (Ciudad de México, 1989).

41 F. Dikotter, *The Discourse of Race in Modern China* (Londres, 1992).

42 Sanjay Subrahmanyam, «Du Tage au Gange au XVIe siècle: une conjoncture millénariste à l'échelle eurasiatique», *Annales*, 1 (enero-febrero de 2001), pp. 51-84.

43 Pomeranz, *The Great Divergence*, ob. cit.

2. LOS ANTIGUOS REGÍMENES Y LA «GLOBALIZACIÓN ARCAICA»

1 Estos temas se discuten en John F. Richards, *The Unending Frontier: Environmental History in the Early Modern Centurias* (Berkeley, 2003).

2 Bakewell, *History of Latin America*, pp. 262-263.

3 Iliffe, *Africans*, pp. 97-126.

4 Maurice Bloch, *Ritual, History, and Power: Selected Papers in Anthropology* (Londres, 1998).

5 Denoon *et al., History of Australia*, pp. 41-42.

6 Ibid., p. 86.

7 Jan de Vries, «The Industrial Revolution and the industrious revolution», *Journal of Economic History*, 54 (1994), pp. 240-270.

8 Jan de Vries y Adriaan Van de Woude, *The First Modern Economy* (Cambridge, 1997).

9 Hans Joachim Voth, *Time and Work in England 1750-1830* (Oxford, 2000).

10 Esto lo reúne Pomeranz en *Great Divergence*.

11 Evelyn S. Rawski y Susan Naquin, *Chinese Society in the Eighteenth Century* (New Haven, 1987).

12 Francesca Bray, *Technology and Gender: Fabrics of Power in Late Imperial China* (Berkeley, 1997), p. 82.

13 Conrad Totman, *A History of Japan* (Londres, 2000), pp. 246-257; T. C. Smith, *The Agrarian Origins of Modern Japan* (Stanford, California, 1959).

14 Prasannan Parthasarathi, *The Transition to a Colonial Economy: Weavers, Merchants and Kings in South India* (Cambridge, 2000).

15 J. R. Perry, *Karim Khan Zand* (Chicago, 1979).

16 André Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (Londres, 1998); véase Jack Goody, *The East in the West* (Cambridge, 1996).

17 Kenneth Pomeranz, «Rethinking the late imperial Chinese economy: development, disaggregation, and decline, 1730-1930», *Itinerario*, 24, 3/4, (2000), pp. 29-75.

18 C. A. Bayly, «South Asia and the great divergence», *Itinerario*, 24, 3/4, (2000), pp. 89-104.

19 Sevket Pamuk, *The Ottoman Empire and European Capitalism, 1820-1930* (Cambridge, 1987).

20 Pomeranz, *Great Divergence*.

21 Mark Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973).

22 P. K. O'Brien (ed.), *The Industrial Revolution in Europe*, 2 vols (Oxford, 1994).

23 A. G. Hopkins, «Asante and the Victorians: transition and partition on the Gold Coast», en Roy E. Bridges (ed.), *Imperialism, Decolonisation and Africa: Studies Presented to John Hargreaves* (Basingstoke, 2000), pp. 39-42.

24 Sevket Pamuk, *A Monetary History of the Ottoman Empire* (Cambridge, 2000).

25 Pipes, *Russia under the Old Regime*.

26 K. N. Chaudhuri, *Asia before Europe: Economy and Civilization of the Indian Ocean from the Rise of Islam to c.1750* (Cambridge, 1990).

27 N. A. M. Rodger, «Sea-power and empire, 1688-1793», en P. J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol 2: *The Eighteenth Century* (Oxford, 1998), pp. 169-183.

28 Niels Steensgaard, inédito, Leiden, 1994.

29 Dominic C. B. Lieven, *Nicholas II* (Londres, 1993), p. 10.

30 Escribió un panfleto, «A la nation artésienne»; Doyle: «Union in European context», p. 176.

31 E. A. Wrigley, *People, Cities and Wealth: The Transmission of Traditional Society* (Oxford, 1988).

32 Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism* (Cambridge, 1997), p. 101.

33 *Ibíd.*

34 T. C. W. Blanning, *The Power of Culture and the Culture of Power* (Oxford, 2001).

35 Dennis Showalter, *The Wars of Frederick the Great* (Londres, 1996); Hagen Shulze, *The Course of German Nationalism: From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867* (Cambridge, 1982).

36 John A. Davis (ed.), *Italy in the Nineteenth Century* (Oxford, 2000), p. 8, citando a E. Galli della Loggia, *L'Identità italiana* (Bolonia, 1998) y a A. Schiavone, *Italiani senza Italia: storia ed identità* (Turín, 1998).

37 Dr. C. M Clark, carta personal.

38 Kathleen Wilson, *The Sense of the People: Politics, Culture and Imperialism in England, 1715-1785* (Cambridge, 1995).

39 Brian Allen en C. A. Bayly, *The Raj: India and the British 1600-1947* (Londres, 1990), pp. 29-31.

40 Lieven, *Empire*, p. 163, citando a C. Ingrao, *The Habsburg Monarchy, 1619-1815* (Cambridge, 1994), p. 191.

41 Joanna Waley-Cohen, «Conmemorating war in eighteenth-century China», *Modern Asian Studies*, 30, 4 (1996), pp. 869-899.

42 M. Roberts, «Beyond Anderson: reconstructing and deconstructing Sinhala nationalist discourse», *Modern Asian Studies*, 30 (1996), pp. 690-698.

43 Totman, *History of Japan*, pp. 219-220.

44 Henri Terasse, *Histoire de Maroc, des origins à l'établissement du protectorat français* (Casablanca, 1950).

45 Hastings, *Construction of Nationhood*, pp. 155-156.

46 Iliffe, *Africans*, pp. 173-180.

47 J. B. Peiris (ed.), *Before and After Shaka* (Grahamstown, 1983); J. D. Omer-Cooper, *The Zulu Aftermath* (Londres, 1966).

48 Thomas McCarthy, *The Critical Theory of Jürgen Habermas* (Londres, 1984).

49 El más reciente es Peter Clark, *British Clubs and Societies, 1580-1800: The Origins of an Associational World* (Oxford, 2000).

50 Benjamin Franklin, *Autobiography*, Everyman (Londres, 1906).

51 Landes, *Wealth and Poverty of Nations.*

52 Mervyn Hiskett, *The Development of Islam in West Africa* (Londres, 1984), pp. 156-171.

53 S. A. A. Rizvi, *Shah Walli-allah and his Times* (Canberra, 1980).

54 J. S. Grewal, *The Sikhs of the Punjab* (Cambridge, 1994).

55 Spence, *Search for Modern China*, pp. 60-63.

56 Ibid., p. 62.

57 Ki-baik Lee (trad. E. W. Wagner), *New History of Korea* (Seúl, 1986), pp. 236-238.

58 Totman, *History of Japan*, pp. 259-272.

59 Chaudhuri, *Asia before Europe.*

60 Janet Abu Lughod, *Before European Hegemony: The World System, AD 1250-1350* (Nueva York, 1989).

61 Anthony Pagden, *The Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c.1500-c.1800* (New Haven, 1995); David Armitage, *The Ideological Origins of the British Empire* (Cambridge, 2000).

62 Spence, *Search for Modern China*, pp. 300-302.

3. LAS REVOLUCIONES CONVERGENTES, 1780-1820

1 Michael Lienesch, *New Order of the Ages: Time, the Constitution and the Making of Modern American Political Thought* (Princeton, 1988).

2 John Stuart Mill, *Autobiography* (1873; reeditado en Londres, 1949), p. 53.

3 Véase C. A. Bayly, «The first age of global imperialism 1780-1830», en Peter Burroughs y A. J. Stockwell (eds.), *Managing the Business of Empire: Essays in Honor of D.K. Fieldhouse* (Londres, 1998), pp. 28-43.

4 M. Ricklefs, *A History of Modern Indonesia since 1300* (Londres, 1993).

5 David Morgan, *Medieval Persia 1040-1797* (Londres, 1988).

6 John F. Richards, *The Mughal Empire* (Cambridge, 1995).

7 Phillip A. Kuhn, *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1768* (Cambridge, Massachusetts, 1990).

8 Stanford J. Shaw, *Between Old and New: The Ottoman Empire under Selim III, 1789-1807* (Cambridge, Massachusetts, 1971).

9 Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800* (Cambridge, 1988); Jeremy Black, *European Warfare, 1660-1815* (Londres, 1994).

10 D. B. Ralston, *Importing the European Army: The Introduction of European Military Techniques and Institutions into the extra-European World, 1600-1914* (Chicago, 1990).

11 John Rule, *The Vital Century: England's Developing Economy, 1714-1815* (Harlow, 1992), p. 276.

12 Black, *European Warfare.*

13 Bakewell, *History of Latin America*, pp. 280-293; D. A. Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867* (Cambridge, 1991), pp. 467-491.

14 Emma Rothschild, «The East India Company and the American Revolution», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 2002.

15 R. R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution*, 2 vols. (Londres, 1959, 1964); Hugh Brogan, *The Penguin History of the USA* (Londres, 1999), pp. 110-185.

16 Véase Marshall (ed.), *Oxford History of the British Empire*, vol. 2, introducción; C. A. Bayly, *Imperial Meridian: The British Empire and the World 1780-1830* (Londres, 1989).

17 «De l'influence de la revolution d'Amerique sur Europe» (1786), en A. Condorcet O'Connor y M. Arago (eds.), *Œuvres de Condorcet* (París, 1847-1849), viii. 19, citado por Emma Rothschild en «Globalisation and democracy in historical perspective», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 2000.

18 William Doyle, *The Origins of the French Revolution* (Oxford, 1988).

19 D. Sutherland, *France 1789-1815: Revolution and Counter-Revolution* (Londres, 1985).

20 Martin Lyons, *Napoleon Bonaparte and the Legacy of the French Revolution* (Londres, 1994), pp. 229-243.

21 Stuart Woolf, *Napoleon's Integration of Europe* (Londres, 1989); Geoffrey Ellis, *Napoleon: Profiles in Power* (Harlow, 1997).

22 Woolf, *Napoleon's Integration of Europe*, p. 183.

23 L. Bergeron, *Banquiers, Négociants et Manufacturiers Parisiens du Directoire à l'Empire* (París, 1975), pp. 156-158.

24 C. L. R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution* (Londres, 2001); Michael Duffy, *Soldiers, Sugar and Seapower: The British Expedition to the West Indies and the War against Revolutionary France* (Oxford, 1987).

25 Bakewell, *History of Latin America*; Kuhn, *Soulstealers*, pp. 5-25.

26 Iliffe, *Africans*, pp. 173-176.

27 «Declaration and resolutions of the First Continental Congress», 14 octubre de 1774, en *Documents Illustrative of the Formation of the Union of the American States* (Washington DC, 1927), p. 5.

28 Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France* (Londres, 1996); *cf.* Keith Baker, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1990); Mona Ozouf, «L'Opinion publique», en Keith Baker (ed.), *The Political Culture of the Old Regime* (Oxford, 1987), pp. 419-434; Colin Lewis, «Pulling teeth in eighteenth century Paris», *Past and Present*, 166 (2000), pp. 100-145.

29 Blanning, *Culture of Power*, desarrolla esta idea más detalladamente en relación a Francia y Europa.

30 Lynn Hunt, *Politics, Culture and Class in the French Revolution* (Berkeley, 1984).

31 François Furet y Mona Ozouf, *Dictionnaire critique de la révolution française* (París, 1988).

32 Spence, *Search for Modern China*, pp. 110-116.

33 Sugito Genpaku, «Nochimigusa», citado por Takeuchi Makoto, «Festivals and fights: the law and the people of Edo», en James L. McClain *et al.* (eds.), *Edo and Paris: Urban Life in the States of the Early Modern Era* (Ithaca, Nueva York, 1994), p. 385.

34 Totman, *History of Japan*, pp. 271-272.

35 Anand A. Yang, *Bazaar India: Markets, Society and the Colonial State in Bihar* (Berkeley, 1998), pp. 53-111.

36 Grewal, *Sikhs of the Punjab*.

37 Carter V. Findley, *Bureaucratic Reform in the Ottoman Empire: The Sublime Porte, 1789-1922* (Princeton, 1980).

38 Ibn Bishr, citado por R. Bayly Winder, *Saudi Arabia in the Nineteenth Century* (Nueva York, 1965), p. 13.

39 Stuart Woolf, *A History of Italy 1700-1860* (Londres, 1979), pp. 255-265.

40 Por ejemplo, Wiliam H. Sewell, *Work and Revolution in France: The Language of Labour from the Old Regime to 1848* (Cambridge, 1980).

41 Gamal el-din el-Shayyal, «Some aspects of intellectual and social life in eighteenth-century Egypt», en P. M. Holt (ed.), *Political and Social Change in Modern Egypt* (Londres, 1968), pp. 117-132.

42 J. Tulard (ed.), *Dictionnaire Napoléon* (París, 1987), p. 451.

43 Woolf, *Napoleon's Integration of Europe*.

44 Williams y Marshall, *Great Map of Mankind*.

45 Matthew Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India 1765-1843* (Chicago, 1997).

46 Richard Drayton, *Nature's Government: Science, Imperial Britain and the «Improvement» of the World* (Londres, 2000).

47 Ranajit Guha, *Towards a Rule of Property for Bengal* (La Haya, 1963).

48 James J. Sheehan, *German History 1770-1866* (Oxford, 1989), pp. 470-484.

49 Denoon *et al.*, *History of Australia*, p. 107.

50 Giuseppe Mazzini, *Ricordi autobiografici di Giuseppe Mazzini con introduzione e note di Mario Menghini* (Imola, 1938), p. 7.

51 Citado en Orlando Figes, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia* (Londres, 2002), p. 72.

52 Khaled Fahmy, *All the Pasha's Men: Mehmed Ali, his Army and the Making of Modern Egypt* (Cambridge, 1997); *cf.* Afaf Lufti al-Sayyid Marsot, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali* (Cambridge, 1984).

53 *Cf.* C. A. Bayly, *The Origins of Nationality in South Asia: Patriotism and Ethical Government in the Making of Modern India* (Delhi, 1998), pp. 63-97.

54 Spence, *Search for Modern China*, pp. 143-152; Mark W. McLeod, *The Vietnamese Response to French Intervention, 1862-1874* (Nueva York, 1991), pp. 13-21.

55 Gordon S. Wood, «The significance of the early Republic», en Ralph D. Cray y Michael A. Morrison (eds.), *New Perspectives on the Early Republic* (Urbana, Illinois, 1994), p. 14.

56 Ibid.

57 Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 100-101.

58 Alan Atkinson, *The Europeans in Australia: A History*, vol. 1 (Oxford, 1997).

59 Leila Tarazi Fawaz, *Merchants and Migrants in Nineteenth-Century Beirut* (Cambridge, Massachusetts, 1982).

60 Robert Ilbert (ed.), *Alexandrie entre deux mondes* (Aix-en-Provence, 1988).

61 Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 82-83; para el sur de África véase Norman Etherington, *The Great Treks: The Transformation of Southern Africa, 1815-1854* (Londres, 2001).

4. ENTRE REVOLUCIONES MUNDIALES, C. 1815-1865

1 Charles Tilly, *Coercion, Capital and States, AD 900-1992* (Cambridge, Massachusetts, 1992), p. 165.

2 Bakewell, *History of Latin America*, pp. 385-408.

3 Alexis de Tocqueville, *The Old Regime and the French Revolution* (Nueva York, 1955).

4 S. A. A. Rizvi, *Shah Abd al-Aziz: Puritanism, Sectarian Politics and Jihad* (Canberra, 1982).

5 Spence, *Search for Modern China*, p. 144.

6 B. R. Tomlinson, en Andrew Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol 3: *The Nineteenth Century* (Oxford, 1999), pp. 52-73.

7 Yrjo Kraukiainen, «The improvement of communications in international freight markets c.1830-1870», en Hiram Morgan (ed.), *Information, Media and Power through the Ages* (Dublín, 2001), pp. 137-152.

8 William L. Cleveland, *A History of the Modern Middle East* (Boulder, Colorado, 1994), pp. 64-75; Roger Owen, *Cotton and the Egyptian Economy: A Study in Trade and Development* (Oxford, 1969); al-Sayyid Marsot, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*; Fahmy, *All the Pasha's Men*.

9 K. N. Chaudhuri, en Dharma Kumar (ed.), *The Cambridge Economic History of India*, vol 2, (Nueva Delhi, 1983), pp. 874-878.

10 Douglass C. North, *The Economic Growth of the United States, 1790-1860* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1961).

11 Bakewell, *History of Latin America*, p. 443.

12 Ricklefs, *History of Modern Indonesia*.

13 Woolf, *History of Italy*, p. 263.

14 P. Elphick y H. Giliomee, *The Shaping of South African Society, 1600-1850* (Londres, 1983).

15 Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 127-128.

16 *Cf.* Akintola J. Wise, «Britain's African junior partners: a re-examination of the role of the Krio in nineteenth-century West Africa», en Bridges (ed.), *Imperialism, Decolonisation*, pp. 3-24.

17 George R. Taylor, *The Transportation Revolution, 1815-1860* (Londres, 1951).

18 Sheehan, *German History*, pp. 466-485.

19 Laven, en Davis (ed.), *Italy*, cap. 2, y M. Meriggi, *Amministrazione e classi sociali nel Lombardo-Veneto 1814-1848* (Bolonia, 1983).

20 Marjorie Harper, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire, vol.* 3, pp. 73-100; Dudley Bains, *Emigration from Europe 1815-1930* (Basingstoke, 1991).

21 David Northrup, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 3, pp. 88-89; véase también Robert L. Irick, *Ch'ing Policy towards the Coolie Trade, 1847-1878* (Taipei, 1982).

22 Rajat Kanta Ray, «Asian capital in the age of European domination: the rise of the bazaar, 1800-1914», *Modern Asian Studies*, 29, 3 (1993), pp. 449-554.

23 Hugh Tinker, *A New System of Slavery: The Export of Indian Labour Overseas, 1830-1920* (Londres, 1974).

24 Nigel Worden, *The Making of Modern South Africa* (Oxford, 1994); A. du Toit y H. Giliomee (eds.), *Afrikaner Political Thought*, vol. 1 (Berkeley, 1983).

25 Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 130-136; C. Saunders e I. R. Smith, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 3, pp. 601-604.

26 Cormac O'Grada, *The Great Irish Famine* (Dublín, 1989); Christine Kinealy, *This Great Calamity: The Irish Famine 1845-1852* (Dublín, 1994).

27 W. A. Speck, *A Concise History of Britain 1707-1995* (Cambridge, 1999), pp. 78-80; Eric Evans, *The Forging of the Modern State: Early Industrial Britain, 1783-1870* (Londres, 1983).

28 F. List (tr. S. Lloyd), *The National System of Political Economy* (Londres, 1983).

29 Miklos Molnar, *A Concise History of Hungary* (Cambridge, 2001), p. 169.

30 Ronald Robinson y John Gallagher, «The imperialism of free trade», *Economic History Review, 2*, ser. 6, 1 (1953), pp. 1-15; D. C. M. Platt, *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815-1914* (Oxford, 1968).

31 Davis, en Davis (ed.), *Italy*, p. 247.

32 Owen, *Cotton and the Egyptian Economy.*

33 J. Y. Wong, *Deadly Dreams: Opium and the Arrow War (1856-1860) in China* (Cambridge, 1998).

34 Lyons, *Napoleon Bonaparte.*

35 John Cannon, *Parliamentary Reform, 1640-1832* (Cambridge, 1973).

36 T. C. W. Blanning y Peter Wende, *Reform in Britain and Germany, 1750-1850* (Oxford, 1999).

37 Raymond Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford, 1966), pp. 129-146.

38 Molnar, *Concise History of Hungary*, pp. 168-169.

39 Citado en J. P. T. Bury y R. P. Tombs, *Thiers 1797-1877: A Political Life* (Londres, 1986), p. 34.

40 Citado en John F. Coverdale, *The Basque Phase of Spain's First Carlist War* (Princeton, 1984), p. 274.

41 Hosking, *Russia, People and Empire.*

42 Stanford J. Shaw, *A History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol 2, *Reform, Revolution and Republic: The Rise of Modern Turkey 1808-1975* (Cambridge, 1975), pp. 43-56.

43 C. A. Bayly, *Indian Society and the Making of the British Empire* (Cambridge, 1988), cap. 4.

44 Spence, *Search for Modern China,* pp. 145-148; James M. Polacheck, *The Inner Opium War* (Cambridge, Massachusetts, 1992).

45 John Keep, *Soldiers of the Tsar: Army and Society in Russia, 1462-1874* (Oxford, 1985), p. 275.

46 Christopher Charle, *Social History of France in the Nineteenth Century* (Oxford, 1994), p. 169.

47 J. Stuart Anderson, *Lawyers and the Making of English Law, 1832-1940* (Oxford, 1992).

48 Thomas R. Forstenzer, *French Provincial Police and the Fall of the Second Republic* (Princeton, 1981), p. 226.

49 F. Calderón de la Barca, *Life in Mexico* (Berkeley, 1982), p. 462, citado por Bakewell en *History of Latin America*, p. 385; véanse también pp. 391-393.

50 Spence, *Search for Modern China*, pp. 165-193; Franz Michael y Chang Chung-li, *The Taiping Rebellion: History and Documents*, 3 vols. (Seattle, 1966-1971).

51 J. F. Cady, *The Roots of French Imperialism in East Asia* (Ithaca, Nueva York, 1954), pp. 103-118.

52 Thant Myint-U, *The Making of Modern Burma* (Cambridge, 1999).

53 C. A. Curwen (ed. y tr.), *Taiping Rebel: The Deposition of Li Hsiu-ch'eng* (Cambridge, 1977), pp. 79-80.

54 Barbara D. Metcalf y Thomas R. Metcalf, *A Concise History of India* (Cambridge, 1994); Bayly, *Indian Society*, cap. 5; E. T. Stokes, *The Peasant and the Raj* (Cambridge, 1979).

55 Peter Carey, «Waiting for the Ratu Adil: the Javanese village community on the eve of the Java war», *Modern Asian Studies*, 20, 1 (1986), pp. 55-137.

56 Jonathan Sperber, *The European Revolutions, 1848-1851* (Cambridge, 1994).

57 Sheehan, *German History*, p. 659.

58 Sperber, *European Revolutions*, p. 123.

59 D. Kertzer, en Davies (ed.), *Italy*, pp. 188-191: Roland Sart en Ibid., pp. 92-98.

60 Norman Davies, *God's Playground: A History of Poland*, vol. 2: *1795 to the Present* (Oxford, 1981), p. 35.

61 Sperber, *European Revolutions*, pp. 203-238.

62 Miles Taylor, «The 1848 revolutions in the British Empire», *Past and Present*, 166 (2000), pp. 146-181.

63 Brogan, *Penguin History of USA*, pp. 315-345; W. R. Brock, *Conflict and Transformation: The United States, 1844-1877* (Harmondsworth, 1973); Peter J. Parish, *The American Civil War* (Londres, 1975); C. Vann Woodward, *The Origins of the New South* (Baton Rouge, Luisiana, 1951).

64 Brian Holden Reid, *The Origins of the American Civil War* (Londres, 1996), pp. 368-395.

65 P. K. O'Brien, *The Economic Effects of the American Civil War* (Basingstoke, 1988).

66 Eugenio F. Biagini, *Gladstone* (Basingstoke, 2000), pp. 59-60.

67 Speck, *Concise History of Britain*, pp. 86-87.

68 Denoon *et al.*, *History of Australia*, p. 33.

5. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA NUEVA CIUDAD

1 Peter J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, vol. 1: *Innovation and Expansion, 1688-1914* (Londres, 1993).

2 Martin Wiener, *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* (Harmondsworth, 1981).

3 P. K. O'Brien y Ronald Quinalt (eds.), *The Industrial Revolution and British Society* (Cambridge, 1993).

4 Alfred D. Chandler, jr., *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism* (Cambridge, Massachusetts, 1990), p. 7.

5 Ibid.

6 Hay un resumen útil en P. K. O'Brien, «The reconstruction, rehabilitation and reconfiguration of the British industrial revolution as a conjuncture in global history», *Itinerario*, 3/4 (2000), pp. 117-134.

7 Roderick Floud y Deirdre McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain since 1700*, vol. 1 (Cambridge, 1994).

8 Parthasarathi, *Transition to a Colonial Economy.*

9 Pat Hudson, *The Industrial Revolution* (Londres, 1992); P. K. O'Brien y Leandro Prados de la Escosura (eds.), «The Costs and Benefits of European Imperialism from the Conquest of Ceuta (1415) to the Treaty of Lusaka (1974)», edición especial de *Revista de Historia Económica* (Madrid, 1998).

10 W. W. Rostow, *The World Economy: History and prospect* (Austin, Texas, 1978), pp. 51-53.

11 North, *Economic Growth of the United States.*
12 Chandler, *Scale and Scope.*
13 Sheehan, *German History*, pp. 501-504.
14 Ibid., p. 740.
15 Robert Tombs, *France, 1814-1914* (Londres, 1996), p. 399.
16 Rostow, *World Economy*, pp. 52-53.
17 Bakewell, *History of Latin America*, pp. 404-405.
18 Roger Owen, *The Middle East and the World Economy, 1800-1914* (Londres, 1981).
19 Pomeranz, *Great Divergence.*
20 Spence, *Search for Modern China*, p. 218.
21 Véase, por ejemplo, William T. Rowe, *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City, 1796-1895* (Stanford, California, 1989).
22 Rostow, *World Economy*, pp. 52-53.
23 Smith, *Agrarian Origins of Modern Japan.*
24 Totman, *History of Japan*, pp. 314-337.
25 Éstos eran grupos de manchúes supuestamente étnicos que en el siglo XIX estaban formados básicamente por pensionistas militares. Se parecían algo a los jenízaros otomanos antes de su abolición.
26 B. R. Tomlinson, *The Economy of Modern India, 1860-1970* (Cambridge, 1993).
27 R. S. Chandavarkar, *The Origins of Industrial Capitalism in India* (Cambridge, 1996).
28 C. A. Bayly, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion* (Cambridge, 1989).
29 Denoon *et al.*, *History of Australia*, p. 142; véase también p. 89.
30 Sheehan, *German History.*
31 Un estudio clásico de Inglaterra es el de Gareth Stedman Jones, *Outcast London* (Oxford, 1971).
32 Eric Foner y Olivia Mahoney, *Reconstruction: America's People and Politics after the Civil War* (Nueva York, 1995).
33 Pipes, *Russia under the Old Regime*, pp. 360 y ss.
34 Chandavarkar, *Origins of Industrial Capitalism.*
35 Bakewell, *History of Latin America*, p. 427.
36 Chandavarkar, *Origins of Industrial Capitalism*, p. 427.
37 Figes, *Natasha's Dance.*

6. LA NACIÓN, EL IMPERIO Y LA ETNICIDAD, *C.* 1860-1900

1 Un resumen muy perspicaz de la literatura británica importante sobre el tema se encuentra en John Breuilly, «Historians and the nation», en Meter Burke (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century* (Oxford, 2002), pp. 55-87.
2 Citado por B. Jelavich, *A History of the Balkans*, vol. 2: *Eighteenth and Nineteenth Centuries* (Cambridge, 1983), p. 197.
3 Hastings, *Construction of Nationhood.*
4 Blanning, *Culture of Power.*
5 Su última síntesis es Anthony D. Smith, *Nationalism and Modernism* (Londres, 1998).
6 Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (Oxford, 1983).
7 Lieven, *Empire*, p. 183.
8 E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780* (Cambridge, 1990).

9 John Breuilly, *Nationalism and the State* (Manchester, 1993).
10 Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres, 1991).
11 Sperber, *European Revolutions*, p. 97.
12 Véase el importante texto de Robert Wiebe, «Imagined communities: nationalist experiences», *Journal of the Historical Society*, 1, 1 (primavera de 2000), pp. 33-63.
13 François Furet y Jacques Ozouf, *Reading and Writing Literacy in France from Calvin to Jules Ferry* (Cambridge, 1982).
14 J. P. Parry, «The impact of Napoleon III on British politics, 1851-1880», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6 ser., II (2001), pp. 147-175.
15 Molnar, *Concise History of Hungary*, pp. 206-212.
16 Lieven, *Nicholas II*, p. 12.
17 Engin Deniz Akarli, *The Long Peace: Ottoman Lebanon, 1861-1920* (Berkeley, 1993).
18 Kayali, *Arabs and Young Turks.*
19 Charles Tripp, *A History of Iraq* (Cambridge, 2000), pp. 27-29.
20 Fahmy, *All the Pasha's Men.*
21 David Landes, *Bankers and Pashas: International Finance and Economic Imperialism in Egypt* (Londres, 1958); Ilbert (ed.), *Alexandrie.*
22 Juan R. I. Cole, *Colonialism and Revolution in the Middle East: Social and Cultural Origins of Egypt's Urabi Movement* (Princeton, 1993).
23 Amira K. Bennison, «*Muslim universalism and Western globalisation*», in Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, pp. 88-89.
24 J. Ayo Langley, *Ideologies of Political Thought from Colonial Times to the Present* (Londres, 1979).
25 Robert W. July, *The Origins of Modern African Thought: Its Development in West Africa during the Nineteenth and Twentieth Centuries* (Londres, 1968), p. 218.
26 Bayly, *Origins of Nationality in South Asia.*
27 Paul A. Cohen, *History in Three Keys: The Boxers as Event, Experience and Myth* (Nueva York, 1997).
28 J. Y. Wong, *The Making of a Heroic Image: Sun Yatsen in London 1896-1897* (Londres, 1986).
29 Ernest Gellner, «Do nations have navels?», *Nations and Nationalism*, 10 (1996), pp. 366-370.
30 Maya Shatzmiller, *The Berbers and the islamic State* (Princeton, 2000); Michael Brett y Elizabeth Fentress, *The Berbers* (Londres, 1996).
31 Harjot Singh Oberoi, *The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity and Diversity in the Sikh Tradition* (Delhi, 1997).
32 Citado por Davies, *God's Playground*, p. 254.
33 Molnar, *Concise History of Hungary*, p. 229.
34 Maurice Agulhon, *The French Republic 1879-1992* (Oxford, 1993), p. 68-70.
35 Un estudio conciso de estos temas es el de Andrew Porter, *European Imperialism, 1860-1914* (Londres, 1994); para un estudio más extenso véase *The Oxford History of the British Empire*, vol. 3, sobre todo Colin Newbury, «Great Britain and the partition of Africa, 1870-1914», pp. 624-650.
36 El mejor estudio general de la expansión no británica en África que también trata de los británicos es H. L. Wesseling, *Divide and Rule: The Partition of Africa, 1880-1914* (Westport, Connecticut, 1996). Esta obra enfoca las rivalidades europeas y la guerra.
37 Roger Owen y Bob Sutcliffe, *Studies in the Theory of Imperialism* (Londres, 1972), sigue siendo una colección importante.

[38] Los mejores textos generales son D. K. Fieldhouse, *Economics and Empire* (Londres, 1984), y Norman Etherington, *Theories of Imperialism: War, Conquest and Capital* (Londres, 1984).
[39] A destacar, Cain y Hopkins, *British Imperialism,* vol. 1.
[40] Por ejemplo, Alexander Scholch, *Egypt for the Egyptians* (Ithaca, Nueva York, 1981); Arthur Keppel-Jones, *Rhodes and Rhodesia: The White Conquest of Zimbabwe, 1884-1902* (Montreal, 1983).
[41] A destacar Ronald Robinson y John Gallagher, con Alice Denny, *Africa and the Victorians: The Oficial Mind of Imperialism* (Londres, 1963); W. Roger Louis, *The Robinson and Gallagher Controversy* (Nueva York, 1976).
[42] Daniel Headrick, *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851-1945* (Nueva York, 1991); *Idem, The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century* (Nueva York, 1981).
[43] Wesseling, *Divide and Rule.*
[44] Ronald Hyam, *Britain's Imperial Century, 1815-1914: A Study of Empire and Expansion,* 3ª ed. (Basingstoke, 2002).
[45] A. S. Kaanya-Forstner, *The Conquest of the Western Sudan: A Study in French Military Imperialism* (Cambridge, 1969).
[46] Hopkins, *Economic History of West Africa.*
[47] Citado por W. G. Beasley en «Japan and the West in the mid-nineteenth century», separata, *Proceedings of the British Academy* (Londres 1969), p. 83.
[48] C. Coquery-Vidrovitch, *Le Congo au temps des grands companies concessionaires* (París, 1972).
[49] Cole, *Colonialism and Revolution.*
[50] Véase, por ejemplo, Helen Ward, «Worth its weight in gold: women and value in northwest India», tesis doctoral inédita, Universidad de Cambridge, 1999.
[51] C. M. Clark, *Káiser Wilhelm II* (Londres, 2000).
[52] Collingham, *Imperial Bodies;* Charu Gupta, *Sexuality, Obscenity, Community: Women, Muslims and the Hindu Public in Colonial India* (Delhi, 2001).
[53] Por ejemplo, «The Magistrate of Trichinopoly asks the Madras government what action should be taken in the case of a Greek named Jacob Lucas and a Persian, Hime Ebba Usuf, arrested for travelling without a passport»: Colección Board, vol. 1685/64431, Oriental and India Office Collection, British Library, Londres.
[54] El proceso paralelo de utilizar las huellas dactilares para la vigilancia interna lo aborda Radhika Singha en «Settle, mobilize, verify: identification practices in colonial India», *Studies in History* (Delhi), 16, 2, n. s. (2000), pp. 151-198.
[55] Stanley Fisher, *Ottoman Land Law* (Oxford, 1919); he de dar las gracias a la profesora Leila Fawaz por esta referencia.
[56] Basado en Caroline Moorhead, *Dunant's Dream: War, Switzerland and the History of the Red Cross* (Londres, 1998).
[57] Mushirul Hasan, *A Nationalist Conscience, M. A. Ansari, the Congress and the Raj* (Nueva Delhi, 1987), caps. 6-8.
[58] *The Life of Swami Vivekananda by his Eastern and Western Disciples,* 2 vols (Calcuta, 1981); Vivekananda, *Chicago Addresses,* 16ª reimpresión (Calcuta, 1971).
[59] Romain Rolland, *Ramakrishna the Man god and the Universal Gospel of Vivekananda* (Calcuta, 1960), p. 103.

7. MITOS Y TECNOLOGÍAS DEL ESTADO MODERNO

[1] Michael Mann, *The Sources of Social Power,* vol. 2: *The Rise of Classes and Nation States, 1760-1914* (Cambridge, 1993).
[2] Drayton, *Nature's Government.*
[3] Gregg Kvistad, *The Rise and Demise of German Statism: Loyalty and Political Membership (Oxford, 1999)*
[4] G. F. Hegel (tr. T. M. Knox), *Hegel's Philosophy of Right* (1821; Oxford, 1952), p. 161.
[5] John Brewer, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783* (Londres, 1989).
[6] E. P. Thompson, *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Acts* (Londres, 1975); V. A. C. Gattrell, *The Hanging Tree: Execution and the English People, 1770-1868* (Oxford, 1994).
[7] Oliver MacDonagh, *Patterns of Government Growth 1800-1860: The Passenger Acts and their Enforcement* (Aldershot, 1993).
[8] Jose Harris, *Private Lives, Public Spirit* (Oxford, 1993); también Martin Daunton, *Trusting Leviathan: The Politics of Taxation in Britain, 1799-1814* (Cambridge, 2001).
[9] Bernard S. Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge: The British in India* (Princeton, 1996).
[10] James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed* (New Haven, 1998).
[11] Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920* (Cambridge, 1982), pp. 214-215.
[12] P. Harling y P. Mandler, «From fiscal-military state to laissez-faire state, 1760-1850», *Journal of British Studies,* 32, 1 (1993), pp. 1-34.
[13] C. M. Clark, *Káiser Wilhelm II.*
[14] Brogan, *Penguin History of the USA,* p. 209.
[15] Jean Comaroff, *Body of Power, Spirit of Resistance: The Culture and History of a South African People* (Chicago, 1985).
[16] Cleveland, *History of the Modern Middle East,* pp. 108-109; Nikki R. Keddie, *Roots of Revolution: An Interpretative History of Modern Iran* (New Haven, 1981).
[17] Oscar Salemink, *The Ethnology of Vietnam's Central Highlanders: A Historical Contextualisation, 1850-1930* (Londres, 2002).
[18] Hopkins, «Asante and the Victorians».
[19] Miles Taylor, *The Decline of British Radicalism, 1847-1865* (Oxford, 1995).
[20] Hosking, *Rusia, People and Empire.*
[21] Véase, por ejemplo, C. Soleillet, *L'Avenir de la France en Afrique* (París, 1876).
[22] Davis (ed.), *Italy,* pp. 54-61.
[23] Carr, *Spain,* pp. 98-99, 370 y 477.
[24] Joanna Innes, «The domestic face of the military fiscal state in eighteenth century Britain», en Lawrence Stone (ed.), *The Imperial State at War: Britain from 1689-1815* (Londres, 1990), pp. 96-127.
[25] Daunton, *Trusting Leviathan.*
[26] Jane Samson, *Imperial Benevolence: Making British Authority in the Pacific Islands* (Honolulu, 1998), pp. 48 y 65.
[27] Grewal, *Sikhs of the Punjab.*
[28] Myint-U, *Making of Modern Burma.*

[29] David K. Wyatt, *Thailand: A Short History* (New Haven, 1984); *idem, The Politics of Reform in Thailand: Education in the Reign of Chulalongkorn* (New Haven, 1969).
[30] M. Rankin, *Elite Activism and Political Transformation in China* (Cambrigde, Massachusetts, 1993).
[31] Cleveland, *History of the Modern Middle East*, pp. 110-112.
[32] El estudio clásico sigue siendo el de Roderick H. Davison, *Reform in the Ottoman Empire 1856-1876* (Princeton, 1963).
[33] Shaw, *History of the Ottoman Empire*, pp. 30-60.
[34] Cleveland, *History of the Modern Middle East*, pp. 71-75; al-Sayyid Marsot, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali.*
[35] Iliffe, *Africans*, p. 166.
[36] Charles-Robert Ageron, *Modern Algeria from 1830 to the Present* (Londres, 1991); Jamil Abun-Nasr, *A History of the Mahgrib* (Cambridge, 1971).
[37] Kayali, *Arabs and Young Turks*, pp. 21-22.
[38] Citado en David Robinson, *The Holy War of Umar Tal: The Western Sudan in the Mid-Nineteeth Century* (Oxford, 1985), pp. 114-115.
[39] Shaw, *History of the Ottoman Empire*, p. 439; Davison, *Reform in the Ottoman Empire.*
[40] Radhika Sigha, *A Despotism of Law: Crime and Justice in Early Colonial India* (Delhi, 2000).
[41] Totman, *History of Japan*, p. 296.
[42] Ricklefs, *History of Modern Indonesia.*
[43] Lyons, *Napoleon Bonaparte*, pp. 94-103.
[44] M. Foucault (tr. Alan Sheridan), *Discipline and Punish* (Harmondsworth, 1979).
[45] C. M. Clark, *Káiser Wilhelm II.*
[46] Brogan, *Penguin History of the USA*, pp. 399-402.
[47] Spence, *Search for Modern China*, p. 158.
[48] Davies, *God's Playground.*
[49] Michael Howard, en G. N. Clark *et al.* (eds), *New Cambridge Modern History*, vol. 11: *Material Progress and Worlwide Problems, 1870-1898* (Cambridge, 1963), p. 205.
[50] Stanley Wright, *Hart and the Chinese Customs* (Belfast, 1950).
[51] W. G. Beasley, *The Meiji Restoration* (Stanford, California, 1972); Totman, *History of Japan.*
[52] Ramon H. Myers, Peter Cuus y Mark R. Peattie, *The Japanese Informal Empire in China 1895-1937* (Princeton, 1989).
[53] Black, *European Warfare.*
[54] Sheehan, *German History.*
[55] Véase, por ejemplo, Richard J. Evans, *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910* (Harmondsworth, 1990).
[56] Otto Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, vol. 3: *The Period of Fortification, 1880-1898* (Princeton, 1990), pp. 145-184.
[57] Lothar Jall (tr. J. A. Underwood), *Bismarck: The White Revolutionary*, vol. 2: *1871-1898* (Londres, 1986), pp. 127-129.
[58] Speck, *Concise History of Britain*, pp. 135-139.
[59] Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 232-238.
[60] Cleveland, *History of the Modern Middle East*, pp. 126-128; Totman, *History of Japan*, pp. 298-302.
[61] Thongchai Winichakul, *Siam Mapped: A History of the Geo-body of a Nation* (Honolulú, 1994); para Vietnam, véanse los ejemplos en el Museo Nacional de Hanoi.

[62] Anne Godlewska, «Napoleon's geographers (1797-1815): imperialists and soldiers of modernity», en Anne Godlewska y Neil Smith, *Geography and Empire* (Oxford, 1994), pp. 31-53.
[63] Edney, *Mapping an Empire.*
[64] Douglas R. Reynolds, *China 1898-1912* (Cambridge, Massachusetts, 1993), p. 113.
[65] Skowronek, *Building a New American State*, p. 49.
[66] M. Mazower, *The Balkans* (Londres, 2000), p. 37.
[67] Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 3, pp. 610-616.
[68] Hans Van de Ven, *Military and Financial Reform in the Late Qing and Early Republic* (Taipei, 1999).

8. TEORÍA Y PRÁCTICA DEL LIBERALISMO, EL RACIONALISMO, EL SOCIALISMO Y LA CIENCIA

[1] C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke* (Oxford, 1962).
[2] Emma Rothschild, *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment* (Cambridge, Massachusetts, 2001).
[3] Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution* (Cambridge, Massachusetts, 1971).
[4] J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment* (Princeton, 1975).
[5] Simon Schama, *Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands 1780-1813* (Londres, 1992).
[6] Brading, *The First America.*
[7] *Ibid.*, pp. 582-602.
[8] François Furet, *Penser la Revolution française* (París, 1978).
[9] Gareth Stedman Jones, *Languages of Class* (Cambridge, 1983).
[10] J. D. Y. Peel, *Religious Encounter and the Making of the Yoruba* (Bloomington, Indiana, 2000).
[11] Totman, *History of Japan*, pp. 264-265; *cf.* Toshinobu Yashinaga, *Ando Shoeki: Social and Ecological Philosopher in Eighteenth-Century Japan* (Nueva York, 1992).
[12] *Cf.* Nasiruddin Tusi (tr. G. M. Wickens), *The Nasirean Ethics* (Londres, 1969); W. F. Thompson (ed.), *The Practical Philosophy of the Muhammadan People* (Londres, 1839), una traducción del «Akhlaq-i-Jalali».
[13] *Cf.* Nancy K. Florida, *Writing the Past, Inscribing the Future: History as Prophecy in Colonial Java* (Durham, Carolina del Norte, 1995).
[14] Robert Wardy, *Aristotle in China: Language, Categories and Translation* (Cambridge, 2000).
[15] Albert O. Hirschman, *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism befote its Triumph* (Princeton, 1972).
[16] Rothschild, *Economic Sentiments.*
[17] F. Vaughan, *The Political Philosophy of Giambattista Vico: An Introduction to La Scienza Nuova* (La Haya, 1972).
[18] Roy Porter, *Enlightenment: Britain and the Making of the Modern World* (Londres, 2000).
[19] Boyd Milton, *The Age of Atonement: The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought, 1785-1885* (Oxford, 1988).

[20] Ram Mohun Roy (ed. E. S. Bose), *The Selected English Works of Raja Ram Mohun Roy*, vol. 2 (Calcuta, 1887), p. 618.
[21] Dipesh Chakrabarty, *Provincialising Europe* (Princeton, 1999).
[22] S. Dixon, *Modernisation in Russia, 1676-1825* (Cambridge, 1999), pp. 208 y ss.
[23] P. I. Pestel, citado en G. Vernadsky *et al.* (eds), *A Source Book for Russian History from Early Times to 1917*, vol. 2: *Meter the Great to Nicholas II* (New Haven, 1972), p. 514.
[24] Brading, *First America*, pp. 663-664.
[25] Bernard Lewis, *What Went Wrong? Western Impact and Middle Eastern Response* (Oxford, 2002), p. 51.
[26] Richard Graharm, *Britain and the Onset of Modernisation in Brazil 1850-1914* (Cambridge, 1972), p. 263.
[27] Rosalind O'Haanlon, *Caste, Conflict and Ideology* (Cambridge, 1985), p. 83.
[28] Anthony Milner, *The Invention of Politics in Colonial Malaya: Contesting Nationalism and the Expansion of the Public Sphere* (Cambridge, 1994), pp. 10-31.
[29] Mill, *Autobiography*, pp. 248-251.
[30] Brading, *First America*, pp. 420-441.
[31] Alan Knight, *The Mexican Revolution* (Cambridge, 1986), vol. 1, pp. 96-99.
[32] Carr, *Spain*, p. 418.
[33] Uday Mehta, *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought* (Chicago, 1999).
[34] Eric Stokes, *The English Utilitarians and India* (Delhi, 1989).
[35] Emma Rothschild, «Smithianismus and enlightenment in nineteenth-century Europe», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 1998.
[36] David Marr, *Vietnamese Anti-Colonialism, 1885-1925* (Berkeley, 1971).
[37] Alexis de Tocqueville, *Old Regime and the French Revolution.*
[38] Speck, *Concise History of Britain*, pp. 89-114.
[39] Kvistad, *Rise and Demise of German Statism*, pp. 27-55.
[40] James Belich, *Making Peoples: A History of the New Zealanders from Polynesian Settlement to the End of the Nineteenth Century* (Auckland, 1996), pp. 265-266.
[41] Nakae Chomin (tr. Nobuko Tsukai), *A Discourse by Three Drunkards on Government* (New Cork, 1984), p. 25.
[42] Luke S. Kwong, *The Mosaic of the Hundred Days: Personalities, Politics and Ideas of 1898* (Cambridge, Massachusetts, 1984).
[43] Albert Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age, 1789-1939* (Oxford, 1970).
[44] Catherine Hall, Keith McClelland y Jane Rendall, *Defining the Victorian Nation: Class, Race and Gender and the Reform Act of 1867* (Cambridge, 2000).
[45] Denoon *et al.*, *History of Australia*, pp. 206-208.
[46] M. A. Kaki Badawi, *The Reformers of Egypt* (Londres, 1978), p. 90.
[47] *Ibid.*, p. 111.
[48] J. W. Burrow, *The Crisis of Reason: European Thought, 1848-1914* (New Haven, 2000).
[49] Walter Simon, *European Positivism in the Nineteenth Century: An Essay in Intellectual History* (Port Washington, Nueva York, 1963).
[50] Geraldine Forbes, *Positivism in Bengal: A Case-Study in the Transmission and Assimilation of an Ideology* (Delhi, 1998).
[51] Bakewell, *History of Latin America*, pp. 420-422.
[52] G. Haupt, *Aspects of Internacional Socialism, 1871-1914* (Cambridge, 1986), p. 10.
[53] S. Bernstein, *Auguste Blanqui and the Art of Insurrection* (Londres, 1971).
[54] E. F. Manuel, *The New World of Henri Saint Simon* (Cambridge, Massachusetts, 1956).

[55] Margot C. Finn, *After Chartism: Class and Nation in British Radical Politics, 1848-1874* (Cambridge, 1993).
[56] Gareth Stedman, Jones, Introducción a Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto* (Londres, 2000).
[57] Totman, *History of Japan*, p. 348.
[58] Spence, *Search for Modern China*, p. 260.
[59] Hu Hanmin, citado en Martin Bernal, *Chinese Socialism to 1907* (Ithaca, Nueva York, 1976).
[60] Para un resumen útil de las ideas de Spencer, véase Herbert Spencer (ed. Duncan Macrae), *The Man versus the State* (1884; 1886; reeditado en Londres, 1969), introducción.
[61] Drayton, *Nature's Government.*
[62] James Secord, *A Victorian Senation* (Chicago, 2000).
[63] Drayton, ob. cit.
[64] Tony Ballantyne, *Orientalism and Race: Aryanism in the British Empire* (Londres, 2001).
[65] Drayton, ob. cit., pp. 9-19.
[66] R. Cooter, *Phrenology in Europe and America* (Londres, 2001). La frenología clasificaba supuestamente a los seres humanos según su estructura craneal.
[67] Charles Darwin, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or The Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life* (Londres, 1859; 1920 Everyman edn.), p. 449.
[68] Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*, 8 vols. (Cambridge, 1965-1990).
[69] Burrow, *Crisis of Reason.*
[70] P. J. Vatikiotis, *The History of Modern Egypt: From Muhammad Ali to Mubarak* (Londres, 1991), pp. 114-115.
[71] John K. Fairbank y Kwang-Ching Liu (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 11, 2ª parte: *Late Ching* (Cambridge, 1980), pp. 170-171.
[72] Marius B. Cansen, en Cansen (ed.), *The Cambridge History of Japan*, vol. 5: *The Nineteenth Century* (Cambridge, 1989), p. 466.
[73] Watanabe Masao, «Science across the Pacific», en Ardath W. Burks (ed.), *The Modernisers: Overseas Students, Foreign Employees and Meiji Japan* (Boulder, Colorado, 1985), p. 377.
[74] David Arnold, *Science, Technology and Medicine in Colonial India* (Cambridge, 2000).
[75] Deepak Kumar, *Science and the Raj 1857-1905* (Delhi, 1995), p. 170.

9. LOS IMPERIOS RELIGIOSOS

[1] Mona Ozouf, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799* (París, 1976).
[2] Woolf, *History of Italy*, pp. 181-183.
[3] Lyons, *Napoleon Bonaparte*, pp. 84-93.
[4] Giuseppe Mazzini, *The Duties of Man and Other Essays* (*c.* 1870; reeditado, Londres, 1966), p. 307.
[5] David Kopf, *The Brahmo Samaj and the Shaping of the Modern Indian Mind* (Princeton, 1979).

[6] G. D. Bond, *The Buddhist Revival in Sri Lanka* (Columbia, Carolina del Sur, 1998); Steven Kemper, *Presence of the Past: Chronicles, Politics and Cultura in Sinhala Life* (Ithaca, Nueva York, 1991).
[7] Christian Troll, *Sayyid Ahmad Khan: A Reinterpretation of Muslim Theology* (Delhi, 1978); Jamal Mohammed Ahmed, *The Ideological Origins of Egyptian Nationalism* (Londres, 1960).
[8] John Ruskin, *The Stones of Venice* (Londres, 1960).
[9] Owen Chadwick, *The Secularisation of the European Mind in the Nineteenth Century* (Cambridge, 1975).
[10] Bipan Chandra, *Communalism in Modern India* (Delhi, 1984).
[11] Una técnica para obtener poder espiritual a través de ritos o sacrificios físicos.
[12] Oberoi, *Construction of Religious Boundaries.*
[13] Las diferencias han sido evaluadas por el antropólogo Harvey Whitehouse, *Arguments and Icons: Divergent Modes of Religiosity* (Oxford, 2000).
[14] Para un estudio general del budismo del sur de Asia, véase Stanley J. Tambiah, *World Conqueror and World Renouncer* (Cambridge, 1972).
[15] Milton Osborne, *The French Presence in Cochin China and Cambodia* (Berkeley, 1971).
[16] Jonathan Morris, *The Political Economy of Shopkeeping in Milan, 1886-1922* (Cambridge, 1993), pp. 163, 180, 196.
[17] Wyse, «Britain's African junior partners», pp. 5-8.
[18] Denoon *et al., History of Australia,* pp. 104-106.
[19] Comaroff, *Body of Power.*
[20] Belich, *Making Peoples,* pp. 221-222.
[21] William R. Roff, *Islam and the Political Economy of Meaning: Studies in Muslim Discourse* (Londres, 1987).
[22] Susan Bayly, *Saints, Goddesses and Kings: Christians and Muslims in South Indian Society, 1700-1990* (Cambridge, 1989).
[23] Sidney E. Ahlstrom, *A Religious History of the American People* (Nueva York, 1972).
[24] Agulhon, *French Republic,* pp. 103-108.
[25] Helen Hardacre, *Shinto and the State, 1868-1988* (Princeton, 1989).
[26] Kwong, *Mosaic of the Hundred Days,* pp. 105-108.
[27] Shaw, *Ottoman Empire,* vol. 2, pp. 19-22.
[28] Rizvi, *Shah Abd al-Aziz.*
[29] E. R. Norman, *Church and Society in England, 1770-1970: A Historical Study* (Oxford, 1976), pp. 151 y 144-145.
[30] «Baptist», en *Concise Dictionary of United States History* (Nueva York, 1983), p. 185.
[31] Owen Chadwick, *A History of the Popes, 1830-1914* (Oxford, 1998), pp. 165-214.
[32] F. C. R. Robinson, *Islam and Muslim History in South Asia* (Nueva Delhi, 2001).
[33] Spence, *Search for Modern China,* pp. 59-62.
[34] James Legge, *The Chinese Classics,* vol. (Taipei, 1994), pp. 1-111.
[35] Osborne, *French Presence in Cochin China.*
[36] Kwong Jones, *Mosaic of the Hundred Days.*
[37] Kenneth Jones, *Arya Dharm: Hindu Consciousness in Nineteenth-Century Punjab* (Berkeley, 1976).
[38] Véase David Kertzer, «Religion and society, 1789-1892», en Davis (ed.), *Italy,* pp. 181-205.
[39] Speck, *Concise History of Britain,* pp. 60-61.
[40] Carr, *Spain,* pp. 465-467.
[41] Eugene Genovese, *Roll, Jordan Roll: The World the Slaves Made* (Nueva York, 1974).

[42] Foner y Mahoney, *America's Reconstruction,* p. 92.
[43] Para una visión general, véase P. M. Holt (ed.), *The Cambridge History of Islam,* vol. 2 (Cambridge, 1970).
[44] Hiskett, *Development of Islam.*
[45] *Ibid.,* pp. 158-168, y Mervyn Hiskett, *The Sword of Truth: The Life and Times of the Shehu Usuman Dan Fodio* (Nueva York, 1976).
[46] Iliffe, *Africans,* pp. 200-201.
[47] *Ibid.,* pp. 177-179.
[48] Andrew Porter, «Religion, missionary enthusiasm and empire», en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3, pp. 235-239.
[49] Gwyn Prins, *The Hidden Hippopotamus: Reappraisal in African History: The Early Colonial Experience in Western Zambia* (Cambridge, 1980).
[50] Samson, *Imperial Benevolence,* pp. 65-68.
[51] William Yate, *An Account of New Zealand and of the Church Missionary Society's Mission in the Northern Island* (1985; repr. Shannon, 1970), p. 262. He de agradecer a la doctora Jane Samson esta referencia.
[52] Cleveland, *History of the Modern Middle East,* p. 72.
[53] C. Snouck Hurgronje (tr. A. O'Sullivan), *The Achehnese* (Leiden, 1906).
[54] Obert Voll, *Islam: Continuity and Change in the Modern World* (Boulder, Colorado, 1982).
[55] Peter Hardy, *The Muslims of British India* (Cambridge, 1969); Barbara D. Metcalf, *Islamic Revival in British India: Deoband, 1860-1900* (Princeton, 1982).
[56] Ruth Harris, *Lourdes: Body and Spirit in a Secular Age* (Londres, 1999).
[57] Chadwick, *History of the Popes,* p. 565.
[58] J. R. I. Cole, «Printing in urban Islam», en L. T. Fawaz y C. A. Bayly, *Modernity and Culture from the Mediterranean to the Indian Ocean* (Nueva York, 2003), pp. 344-364. Francis Robinson, «Technology and religious change: Islam and the impact of print», *Modern Asian Studies,* 27, 1 (1993), pp. 229-251.
[59] Niklaus Pevsner, *Ruskin and Viollet-le-Duc: Englishness and Frenchness in the Appreciation of Gothic Architecture* (Londres, 1969).
[60] Mazower, *Balkans,* p. 76.
[61] Davies, *God's Playground,* p. 9.
[62] Lord Frederick Hamilton, *The Days before Yesterday* (Londres, 1920), p. 228.

10. EL MUNDO DEL ARTE Y LA IMAGINACIÓN

[1] No soy especialista en la historia del arte, pero el arte es una fuente básica de información histórica ignorada por los historiadores sociales y políticos, sobre todo respecto al siglo XIX. Me han sido de gran utilidad los importantes tomos sintéticos de Stephen F. Eisenman con Thomas Crow, Brian Lukacher, Linda Nochlin y Frances K. Pohl, *Nineteenth Century Art: A Critical History* (Londres, 1998). También he aprendido mucho de mis visitas a galerías y museos del mundo, y me alegra saber que haya tanto material visual disponible en Internet.
[2] Mazzini, *Ricordi autobiografici,* p. 10.
[3] Alessandro Manzoni, *I promessi sposi* (1827; reeditado en Florencia, 1962). La novela describe la vida del campesino bajo un dominio extranjero anterior, el de los españoles.

[4] Jacob Burckhardt (tr. S. G. C. Middlemore), *The Civilisation of the Renaissance in Italy: An Essay* (Londres, 1920).
[5] Ananda K. Coomaraswamy, *Essays in Nacional Idealism* (Colombo, 1910).
[6] Galería china, Victoria and Albert Museum, Londres.
[7] Véase el palacio Malik, Calcuta.
[8] Claude Markovits, *The Global World of Indian Merchants 1750-1947: Traders of Sindh from Bulhara to Panama* (Cambridge, 2000).
[9] Galería africana, British Museum, Londres.
[10] Galería «Risorgimento», Museo Correa, Venecia, y Museo del Louvre, París.
[11] Sobre todo en el Gardner Museum, Boston, Massachusetts.
[12] Exposición «Shinto», galería Asahi Shimbun, Museo Británico, Londres, 2001.
[13] Galería africana, British Museum, Londres.
[14] Andrew Wilton y Robert Upstone (eds.), *The Age of Rosetti, Burne-Jones and Watts: Symbolism in Britain, 1860-1910* (Londres, 1997).
[15] Francesca Orsini, *The Hindi Public Sphere, 1920-1940: Language and Literature in the Age of Nationalism* (Delhi, 2002), cap. 1.
[16] Brian Allen, en Bayly (ed.), *The Raj*, pp. 119-120.
[17] A destacar la Villa Nazionale, Brenta.
[18] Regis Michel *et al., Aux armes et aux arts: les arts de la révolution, 1789-1799* (París, 1989). La mejor colección se encuentra en el Louvre de París.
[19] Eisenmann *et al., Nineteenth Century Art*, p. 39; el cuadro se encuentra en el Palacio de Versalles.
[20] Los Inválidos, París, Eisenman *et al., Nineteenth-Century Art,* p. 47.
[21] Brading, *First America.*
[22] S. J. Falk, *Qajar Paintings: Persian Oil Paintings of the Eighteenth and Nineteenth Centuries* (Londres, 1972).
[23] Eisenman *et al., Nineteenth-Century Art,* pp. 73-75.
[24] Las mejores colecciones se encuentran en el Victoria Memorial de Calcuta; la galería Nehru del Victoria and Albert Museum, Londres; el India Office Reading Room, British Library, Londres; véase también Allen en Bayly (ed.), *The Raj*, pp. 26-37.
[25] La mejor colección se encuentra en el Institut du Monde Arabe, París.
[26] Mildred Archer, *Early Views of India: The Picturesque Journeys of Thomas and William Daniell, 1786-1794* (Londres, 1980).
[27] Edward Said, *Orientalism* (Londres, 1970); véase también John M. MacKenzie, *Orientalism, Art, Literature and Society* (Londres, 1980).
[28] Pohl, en Eisenman *et al., Nineteeth-Century Art,* p. 146.
[29] Por ejemplo, John Vanderlyn, *The Death of Jane McCrea, ibid.*, p. 147.
[30] Sir Joseph Noel Paton, *In Memoriam*, colección privada, reproducida por Bayly (ed.) en *The Raj*, p. 325.
[31] Museo del Prado, Madrid.
[32] Véanse los ejemplos en la galería —poco visitada— de la Europa del siglo XIX, Victoria and Albert Museum, Londres.
[33] Exposición «Qayarí», galería de Brunei, School of Oriental and African Studies, Londres, 2000.
[34] Tapati Guha-Thakurta, *The Making of a New «Indian» Art: Artists, Aesthetics and Nationalism in Bengal c. 1850-1920* (Cambridge, 1992); Partha Mitter, *Art and Nationalism in Colonial India, 1850-1922* (Cambridge, 1994).
[35] Eisenman *et al., Nineteenth-Century Art,* p. 244.
[36] Los mejores ejemplos se encuentran en el Musée du Jeu de Paume, París.

[37] Elizabeth Cowling, *Interpreting Matisse, Picasso* (Londres, 2000), exposición en la Tate Gallery de Londres, 2000.
[38] Matthi Forrer, *Hokusai: Prints and Drawings* (Múnich, 1991), Galería Nacional de Japón, Tokio.
[39] Galería Japón, Victoria and Albert Museum, Londres.
[40] James A. Flash, «Liu Mingjie: a modern peasant? A nianhua printer's view of imperialism», en Robert Bickers (ed.), *The Boxer Rebellion* (en prensa).
[41] Galerías de los siglos XIX y XX, Museo Nacional de Vietnam, Hanoi.
[42] Sarabhai Museum, Amnedabad.
[43] Banmali Tandan, *The Architecture of Lucknow and its Dependencies, 1722-1856,* 2 vols. (Delhi, 2000).
[44] Eisenman *et al., Nineteenth Century Art*, p. 239. Véase también la exposición sobre 1851 en el Musée Carnavalet, París.
[45] Timothy Mitchell, *Colonising Egypt* (Londres, 1985).
[46] Robert Grant Irving, *Indian Summer: Lutyens, Baker and Imperial Delhi* (New Haven, 1981).
[47] J. D. Smith, *The Epic of Pabuji: An Essay in Transcription and Translation* (Cambridge, 1991).
[48] D. J. Singh, «Historical significance of Jhaggra Jatti te Katrani da», en F. Singh y A. C. Arora (eds.), *Maharaj Ranjit Singh: Politics, Society and Economics* (Patiala, 1984), pp. 289-291.
[49] M. Saidiq, *History of Urdu Literature* (Londres, 1964).
[50] Figes, *Natasha's Dance.*
[51] Galería de la Europa del siglo XIX, Victoria and Albert Museum, Londres.
[52] Exposición y catálogo de 1900, Royal Academy, Londres, 2000.

11. LA RECONSTITUCIÓN DE LAS JERARQUÍAS SOCIALES

[1] Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War* (Londres, 1981).
[2] Pero también porque las críticas de los expertos pusieron en duda su «argumento total». Véase Dominic C. B. Lieven, *The Aristocracy in Europe, 1815-1914* (Londres, 1992).
[3] Denis Mack Smith, *Italy and its Monarchy* (New Haven, 1989), pp. 123-125.
[4] Lieven, *Nicholas II*, pp. 161-203.
[5] Peter Burroughs, «Institutions of Empire», in Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3, pp. 173-175.
[6] Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century* (Madison, Wisconsin, 1975).
[7] Van de Ven, *Military and Financial Reform.*
[8] Spence, *Search for Modern China,* pp. 249-256.
[9] Akarli, *Long Peace;* Kayali; *Arabs and Young Turks.*
[10] Totman, *History of Japan,* pp. 332-338.
[11] R. O'Hanlon, en J. M. Brown (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 4: *The Twentieth Century* (Oxford, 1999), pp. 379-398.
[12] Amanda Vickery, *The Gentleman's Daughter: Women's Lives in Georgian England* (Londres, 1998), p. 289.
[13] Speck, *Concise History of Britain,* pp. 119-120.

[14] Himani Bannerji, «Age of consent and hegemonic social reform», in Clare Midgely (ed.), *Gender and Imperialism* (Manchester, 1998), p. 27.
[15] Totman, *History of Japan,* p. 299.
[16] William J. Koening, *The Burmese Polity, 1752-1819: Politics, Administration and Organization in the Early Kon-baung Period* (Ann Arbor, 1990).
[17] Bakewell, *History of Latin America,* pp. 414-415.
[18] Iliffe, *Africans,* pp. 130-131; Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: A Census* (Madison, Wisconsin, 1969).
[19] Suzanne Miers e Igor Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives* (Madison, Wisconsin, 1977).
[20] James Walvin, *Black Ivory: Slavery in the British Empire* (Oxford, 2001), pp. 259-272.
[21] Iliffe, *Africans,* pp. 152-153.
[22] David Watts, *The West Indies* (Cambridge, 1987).
[23] Bakewell, *History of Latin America,* pp. 447.
[24] Genovese, *Roll, Jordan Roll;* Robert W. Fogel y Stanley L. Engermann, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery* (Londres, 1989).
[25] Charles B. Dew, *Bond of Iron: Master and Slave at Buffalo Forge* (Londres, 1994).
[26] Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution* (Nueva York, 1956).
[27] D. B. Davis, *The Problem of Slavery and Law in Colonial India* (Delhi, 1999).
[28] Kayali, *Arabs and Young Turks,* pp. 155-156.
[29] S. Holsoe, «The Vai», en Miers y Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa,* p. 299.
[30] Indrani Chatterjee, *Gender, Slavery and Law in Colonial India* (Delhi, 1999).
[31] Tinker, *New System of Slavery.*
[32] No obstante, véase D. Northrup, *Indentured Labour in the Age of Imperialism, 1834-1922* (Londres, 1995).
[33] Walvin, *Black Ivory,* p. 281.
[34] Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilisation* (Nueva York, 1963).
[35] Walvin, *Black Ivory,* pp. 272-278.
[36] Véase Joseph C. Miller, *Way of Death: Merchant Capitalism and Angolan Slave Trade, 1730-1830* (Londres, 1988).
[37] J. H. Boeke, *Economies and Economic Policy of Dual Societies as Exemplified by Indonesia* (Haarlem, 1953).
[38] André Gunder Frank, *Mexican Agriculture, 1521-1630* (Cambridge, 1979).
[39] Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* (Nueva York, 1974).
[40] Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernisation of Rural France, 1870-1914* (Stanford, California, 1976).
[41] El principal resumen sobre Italia es de Davis (ed.), *Italy,* pp. 245-255.
[42] Knight, *Mexican Revolution,* pp. 1, 86-88.
[43] Las cifras están tomadas de Spence, *Search for Modern China,* pp. 94 y 210.
[44] Las cifras están tomadas de Owen, *Cotton and the Egyptian Economy.*
[45] David F. Good, *The Economic Rise of the Habsburg Empire, 1750-1914* (Berkeley, 1984), pp. 138-140.
[46] David Arnold, *Famine: Social Crisis and Historical Change* (Oxford, 1988).
[47] Nathan T. Brown, *Peasant Politics in Modern Egypt: The Struggle against the State* (Nueva York, 1990).
[48] H. Ooms, *Tokugawa Village Practice: Class, Status, Power, Law* (Berkeley, 1996).
[49] Por ejemplo, éste fue el caso del reino Maratha de Prune.

[50] Susan Bayly, *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age* (Cambridge, 1999).
[51] D. A. Washbrook, «Economic depression and making of "traditional" society in colonial India, 1820-1855», *Transactions of the Royal Historical Society,* 6, 3 (1993), pp. 237-263.
[52] A. S. Milward y S. B. Saul, *Development of the Economies of Central Europe, 1850-1914* (Londres, 1977), pp. 256-258.
[53] T. McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Europe, 1815-1914* (Berkeley, 1988).
[54] Alan Macfarlene, *The Origins of English Individualism* (Oxford, 1976).
[55] Lieven, *Empire,* pp. 245-246.
[56] Lieven, *Aristocracy in Europe.*
[57] J. McCann, *From Poverty to Famine in North East Ethiopia. A Rural History, 1900-1935* (Filadelfia, 1987); A. Seddon, *Moroccan Peasants: A Century of Change in the Eastern Rif, 1870-1920* (Londres, 1981).
[58] Una sociología histórica clásica es la de Barrington Moore jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Londres, 1984).
[59] Ping-ti Ho, *The Ladder of Success in Imperial China: Aspects of Social Mobility, 1368-1911* (Nueva York, 1962); Chang Chung-li, *The Chinese Gentry* (Berkeley, 1965).
[60] Citado en Peter Perdue, *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500-1850* (Cambridge, Massachusetts, 1987), p. 231.
[61] S. Tretiakov, *A Chinese Testament: The Autobiography of Tan Shih-Hua as Told to S. Tretiakov* (Nueva York, 1934), p. 5.
[62] Esta tendencia la originó Philip A. Kuhn, *Rebellion and its Enemies in Late Imperial China, 1798-1864* (Cambridge, Massachusetts, 1970).
[63] Totman, *History of Japan:* Beasley, *Meiji Restoration;* K. B. Pyle en Jansen (ed.), *Cambridge History of Japan,* vol. 5, cap. 11.
[64] Ricklefs, *History of Modern Indonesia,* pp. 120-125.
[65] Hopkins, *Economic History of West Africa,* pp. 142-144.
[66] Lauren Benton, *Law and Colonial Cultures: Legal Regimes in World History, 1400-1900* (Cambridge, 2002).
[67] T. R. Metcalf, *Law, Landlords and the British Raj: Northern India in the Nineteenth Century* (Berkeley, 1979).
[68] Davis (ed.), *Italy,* p. 49.
[69] Speck, *Concise History of Britain,* pp. 75-77.
[70] Cain y Hopkins, *British Imperialism,* vol. 1; Davis Cannadine, *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (Londres, 1992).
[71] David Cannadine, *Class in Britain* (Londres, 2000).
[72] David Cannadine, *Ornamentalism: How the British Saw their Empire* (Londres, 2001).
[73] Citado en Lieven, *Nicholas II,* p. 120.
[74] Roger Price, *Napoleon III and the Second Empire* (Londres, 1997); Tombs, *France.*
[75] Molnar, *Concise History of Hungary,* pp. 243-246.
[76] C. M. Clark, *Káiser Wilhelm II;* John G. C. Röhl, *The Káiser and his Court: Wilhelm II and the Government of Germany* (Cambridge, 1994).
[77] Irokawa Daikichi (tr. y ed. Marius B. Jansen), *The Culture of the Meiji Period* (Princeton, 1985), p. 266.
[78] Lieven, *Nicholas II.*
[79] Expuesto en «The Victorians», Victoria and Albert Museum, Londres, 2001-2002.
[80] Véase también Ernest Dawn, *From Ottomanism to Arabism* (Urbana, Illinois, 1973).

12. LA DESTRUCCIÓN DE LOS PUEBLOS NATIVOS Y LA DEPREDACIÓN ECOLÓGICA

1 Philip D. Morgan, «Encounters between British and "indigenous" peoples *c.* 1500-1800», en Martin Daunton y Rick Halpern (eds.), *Empire and Others: British Encounters with Indigenous Peoples, 1600-1850* (Londres, 1999), pp. 42-78.
2 Daniel R. Mandel, *Behind the Frontier: Indias in Eighteenth-Century Eastern Massachusetts* (Lincoln, Nebraska, 1996), p. 204.
3 Véase, por ejemplo, Sumit Guha, *Environment and Ethnicity in India, 1200-1991* (Cambridge, 1999).
4 Olive P. Dickason, *Canada's First Nations: A History of Founding Peoples from the Earliest Times* (Toronto, 1992).
5 Nigel Worden, *The Shaping of South African Society: Conquest, Segregation and Apartheid* (Oxford, 1994).
6 L. C. Duly, *British Land Policy at the Cape, 1796-1834* (Durham, Carolina del Norte, 1964).
7 Belich, *Making Peoples.*
8 Bruce G. Trigger (ed.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas,* vol. 1: *North America,* parte I (Cambridge, 1996).
9 Bakewell, *History of Latin America,* pp. 400,406.
10 Belich, *Making Peoples.*
11 R. Dalziel, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3, pp. 581-582.
12 Citado en Terence Ranger, *Voices from the Rocks: Nature, Culture and History in the Matopos Hills of Zimbabwe* (Londres, 1999), p. 45.
13 G. Martin, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3, p. 533.
15 Herbert Walsh, 1902, citado en Frederick E. Hoxie, *A Final Promise: The Campaign to Assimilate the Indians, 1880-1920* (Cambridge, 1984), p. 193.
15 James Belich, *The New Zealand Wars* (Londres, 1988).
16 Ajay Skaria, *Hybrid Histories: Forests, Frontiers and Wildness in Western India* (Delhi, 1999).
17 Ballantyne, *Orientalism and Race.*
18 Denoon *et al., History of Australia,* pp. 174-175.
19 John M. MacKenzie, *Imperialism and the Natural World* (Manchester, 1990).
20 Richard H. Grove, *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism* (Londres, 1995).

13. CONCLUSIÓN: LA GRAN ACELERACIÓN, *C. 1890-1914*

1 Agradezco a Deep Kanta Lahiri-Choudhury su traducción; véase también «Shelidah», citado por Krishna Dutta y Andrew Roberts en *Rabindranath Tagore: The Myriad-Minded Man* (Londres, 1995), p. 129.
2 Robinson y Gallagher, con Denny, *Africa and the Victorians.*
3 Cain y Hopkins, *British imperialism,* vol. 1.
4 Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism* (Cambridge, 1969).
5 Elie Kedourie, *The Chatham House Version and Other Middle-Eastern Studies* (Londres, 1986).

6 Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* (Londres, 1986).
7 Price, *British Society.*
8 Oliver Zunz, *Why the American Century?* (Chicago, 1998), pp. 7-10.
9 Eric Stokes, «Late-nineteenth-century colonial expansion: the attack on the theory of economic imperialism: a case of mistaken identity?», *History Journal,* 12 (1969), pp. 285-302.
10 «Russian expansion in Central Asia», Curzon Papers, MSS F111, 700, Oriental and India Office Collection, British Library, Londres.
11 Strachan, *First World War,* vol. 1.
12 Citado por Hugh Thomas en *Cuba: Or the Pursuit of Freedom* (Londres, 1971), p. 468.
13 Peter Duus, *The Abacus and the Sword: The Japanese Penetration of Korea, 1895-1910* (Berkeley, 1995).
14 Marr, *Vietnamese Anti-Colonialism.*
15 F. S. Lyons, *Ireland since the Famine: 1850 to the Present* (Londres, 1971), pp. 313-327; *ídem,* en W. E. Vaughan (ed.), *A New History of Ireland,* vol. 6, parte 2: *Ireland under the Union, 1870-1921* (Oxford, 1986), pp. 111-144.
16 Ricklefs, *History of Modern Indonesia,* pp. 143-146.
17 A. L. al-Sayyid-Marsot, en Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3, pp. 651-664; Bose y Jalal, *Modern South Asia.*
18 Johannes Meintjes, *President Paul Kruger: A Biography* (Londres, 1974), p. 172.
19 Kayali, *Arabs and Young Turks;* Feroz Ahmad, *The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914* (Oxford, 1969).
20 Duncan Tanner, Pat Thane y Nicholas Tiratsoo (eds.), *Labour's First Century* (Cambridge, 2000).
21 John A. Thompson, *Woodrow Wilson* (Londres, 2002).
22 Morris, *Political Economy of Shopkeeping in Milan.*
23 Alan Knight, *Mexican Revolution.*
24 Denoon *et al., History of Australia,* pp. 250-251.
25 Agulhon, *French Republic,* pp. 114-120.
26 *Cambridge History of China,* vol. 11, pt. 2, p. 492.
27 Prasenjit Durara, *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China* (Chicago, 1995).
28 Wong, *China Transformed;* Pomeranz, *Great Divergence.*
29 Véase A. G. Hopkins, introducción y también «The history of globalization... and the globalization of history», en ídem (ed.), *Globalization and World History,* pp. 12-44.
30 Jack A. Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World* (Berkeley, 1991).
31 Gellner, *Plough, Sword and Book; cf.* Macfarlane, *Riddle of the Modern World.*
32 E. J. Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914* (Londres, 1994).

BIBLIOGRAFÍA

ABU LUGHOD, Janet, *Before European Hegemony: the World System, 1250-1350*, Nueva York, 1989.

ABUN-NASR, Jamil, *A History of the Mahgrib*, Cambridge, 1971.

AGERON, Charles-Robert, *Modern Algeria from 1830 to the Present*, Londres, 1991.

AGULHON, Maurice, *The French Republic, 1879-1992*, Oxford, 1993.

AHLSTROM, Sidney E., *A Religious History of the American People*, Nueva York, 1972.

AHMAD, Feroz, *The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*, Oxford, 1969.

AHMED, Jamal Mohammed, *The Ideological Origins of Egyptian Nationalism*, Londres, 1960.

AKARLI, Engin Deniz, *The Long Peace: Ottoman Lebanon, 1861-1920*, Berkeley, 1993.

«AKHLAQ-I-JALALI» (tr. W. F. Thompson), *The Practical Philosophy of the Muhammadan People*, Londres, 1836.

ALEXANDER, John T., *Autocratic Politics in a National Crisis: The Imperial Russian Government and Pugachev's Revolt, 1773-1775*, Bloomington, Indiana, 1969.

ALGAR, Hamid, *Religion and State in Iran, 1785-1906*, Berkeley, 1969.

AL-RASHEED, Madawi, *A History of Saudi Arabia*, Cambridge, 2002. [trad. esp.: 2003, *Historia de Arabia Saudí,* Madrid, Cambridge University Press.]

AL-SAYYID MARSOT, Maf Lutfi, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge, 1984.

ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, 1991.

ANDERSON, J. Stuart, *Lawyers and the Making of English Land Law, 1832-1940*, Oxford, 1992.

APPADURAI, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, 2000.

ARCHER, Mildred, *Early Views of India: The Picturesque Journeys of Thomas and William Daniell, 1786-1794*, Londres, 1980.

ARMITAGE, David, *The Ideological Origins of the British Empire*, Cambridge, 2000.

ARNOLD, David, *Famine: Social Crisis and Historical Change*, Oxford, 1988.
—, *Science, Technology and Medicine in Colonial India*, Cambridge, 2000.
ATKINSON, Alan, *The Europeans in Australia. A History*, vol. 1, Oxford, 1997.
BADAWI, M. A. Zaki, *The Reformers of Egypt*, Londres, 1978.
BAILLYN, Bemard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Massachusetts, 1971.
BAINS, Dudley, *Emigration from Europe, 1815-1930*, Basingstoke, 1991.
BAKER, Keith, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the eighteenth Century*, Cambridge, 1990.
— (ed.), *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, 1987.
BAKEWELL, P. J., A *History of Latin America*, Londres, 1997.
BALLANTYNE, Tony, *Orientalism and Race: Aryanism in the British Empire*, Londres, 2000.
BAYLY, C. A., *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres, 1989.
—, *Indian Society and the Making of the British Empire*, Cambridge, 1988.
—, *The Origins of Nationality in South Asia: Patriotism and Ethical Government in the Making of Modern India,* Delhi, 1998.
—, *The Raj: India and the British, 1600-1947*, Londres, 1990.
—, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion,* Cambridge, 1989.
BAYLY, Susan, *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age*, Cambridge, 1999.
—, *Saints, Goddesses and Kings: Christians and Muslims in South Indian Society, 1700-1900*, Cambridge, 1989.
BEALES, D. E. D., *Joseph II, vol. 1: In The Shadow of Maria Theresa, 1741-1780*, Cambridge, 1987.
BEASLEY, W. G., *The Meiji Restoration*, Stanford, California, 1972. [Trad. esp.: 2007, *La restauración Meiji*, Asturias, Alfonso García Cabeza Editor.]
BEIK, W., *Absolutism and Society in Seventeenth-Century France: State Power and Provincial Aristocracy in Languedoc*, Cambridge, 1988.
BELLICH, James, *Making Peoples: A History of the New Zealanders from Polynesian Settlement to the End of the Nineteenth Century*, Auckland, 1996.
—, *The New Zealand Wars*, Londres, 1988).
BENTON, Lauren, *Law and Colonial Cultures: Legal Regimes in World History, 1400-1900*, Cambridge, 2002.
BERGERON, L., *Banquiers, négociants et manufacturiers Parisiens du directoire a l'empire,* París, 1975.
BERNAL, Martin, *Chinese Socialism to 1907*, Ithaca, Nueva York, 1976.
BERNSTEIN, S., *Auguste Blanqui and the Art of Insurrection*, Londres, 1971.
BIAGINI, Eugenio F., *Gladstone*, Basingstoke, 2000.
BLACK, Jeremy, *European Warfare, 1660-1815*, Londres, 1994.
BLANNING, T. C. W., *The Culture of Power and the Power of Culture*, Oxford, 2001.

— y WENDE, Peter, *Reform in Britain and Germany, 1750-1850*, Oxford, 1999.
BLOCH, Maurice, *Ritual, History and Power: Selected Papers in Anthropology*, Londres, 1998.
BLUSSE, Leonard, Strange *Company: Chinese Settlers, Mestizo Women and the Dutch in VOC Batavia*, Dordrecht, 1986.
BOEKE, J. H., *Economies and Economic Policy of Dual Societies as Exemplified by Indonesia*, Harlem, 1953.
BOND, G. D., *The Buddhist Revival in Sri Lanka*, Columbia, Carolina del Sur, 1988.
BOSE, Sugata y JALAL, Ayesha, *Modern South Asia: Culture, Political Economy*, Delhi, 1998.
BOWEN, H. V., *Revolution and Reform: The Indian Problem in British Politics, 1757-1773*, Cambridge, 1991.
BRADING, D. A., *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, 1991.
BRAUDEL, Fernand, *Civilisation matérielle, économie, capitalisme xve-xviiie siècle*, París, 1979.
BRAY, Francesca, *Technology and Gender: Fabrics of Power in Late Imperial China,* Berkeley, 1997.
BRETT, Michael y FENTRESS, Elizabeth, *The Berbers*, Londres, 1996.
BREUILLY, John, *Nationalism and the State*, Manchester, 1993.
BREWER, John, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783,* Londres, 1989.
BRIDGES, Roy E. (ed.), *Imperialism, Decolonisation and Africa: Studies Presented to John Hargreaves*, Basingstoke, 2000.
BROCK, W. R, *Conflict and Transformation: The United States, 1844-1877*, Haworth, 1973.
BROGAN, Hugh, *The Penguin History of the USA*, Londres, 1999.
BROOK, Timothy, *The Confusions of Pleasure: Commerce and Culture in Ming China,* Berkeley, 1998.
BROWN, J. M. (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 4: *The Twentieth Century*, Oxford, 1999.
BROWN, Nathan T., *Peasant Politics in Modern Egypt: The Struggle against the State,* Nueva York, 1990.
BURCKHARDT, Jacob (tr. S. G. C. Middlemore), *The Civilisation of the Renaissance in Italy: An Essay*, Londres, 1950. [Trad. esp.: 2004, *La cultura del Renacimiento en Italia,* Madrid, Akal.]
BURKE, Peter, *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven, 1992. [Trad. esp.: 1995, *La fabricación de Luis XIV,* San Sebastián, Nerea.]
— (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century*, Oxford, 2002.
BURKS, Ardath W. (ed.), *The Modernisers: Overseas Students, Foreign Employees, and Meiji Japan*, Boulder, Colorado, 1985.
BURROUGHS, Peter y STOCKWELL, A. J. (eds.), *Managing the Business of Empire. Essays in honour of D. K. Fieldhouse*, Londres, 1998.

BURROW, J. W., *The Crisis of Reason: European Thought, 1848-1914*, New Haven, 2000. [Trad. esp.: *La crisis de la razón: el pensamiento europeo entre 1848 y 1914,* Barcelona, Crítica.]

BURY, J. P. T y R P. TOMBS, *Thiers, 1797-1877: A Political Life*, Londres, 1986.

CADY, J. F., *The Roots of French Imperialism in East Asia*, Ithaca, Nueva York, 1954.

CAIN, Peter y HOPKINS, A. G., *British Imperialism,* vol. 1: *Innovation and Expansion, 1688-1914,* y vol. 2: *Crisis and Deconstruction, 1914-1990*, Londres, 1993.

CANNADINE, David, *Class in Britain*, Londres, 2000.

—, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, Londres, 1992.

—, *Ornamentalism: How the British Saw their Empire*, Londres, 2001.

CANNON, John, *Parliamentary Reform, 1640-1832*, Cambridge, 1973.

CARR, Raymond, *Spain, 1808-1939,* Oxford, 1966. [Trad. esp.: 1979, *España 1808-1939,* Barcelona, Ariel.]

CHADWICK, Owen, *A History of the Popes, 1830-1914*, Oxford, 1998.

—, *The Secularisation of the European Mind in the Nineteenth Century,* Cambridge, 1975.

CHAKRABARTY, Dipesh, *Provincialising Europe*, Princeton, 1999.

CHANDAVARKAR, R. S., *The Origins of Industrial Capitalism in India*, Cambridge, 1996.

CHANDLER, Alfred D. jr., *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*, Cambridge, Massachusetts, 1990.

CHANDRA, Bipan, *Communalism in Modern India*, Delhi, 1984.

CHARLE, Christophe, *Social History of France in the Nineteenth Century*, Oxford 1994.

CHATTERJEE, Indrani, *Gender, Slavery and Law in Colonial India*, Delhi, 1999.

CHATTERJEE, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?*, Londres, 1986.

CHATURVEDI, Vinayak, *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres, 2000.

CHAUDLMRI, K. N., *Asia before Europe: Economy and Civilisation of the Indian Ocean from the Rise of Islam to c.1750*, Cambridge, 1990.

CHOMIN, Nakae (tr. Nobuko Tsukai), *A Discourse by Three Drunkards on Government,* Nueva York, 1984.

CHRISTIE, Ian R. y LABAREE, Benjamin W., *Empire and Independence, 1760-1776,* Londres, 1976.

CHUNG-LI, Chang, *The Chinese Gentry,* Berkeley, 1965.

CLARK, C. M., *Káiser Wilhelm II*, Londres, 2000.

CLARK, G. N. *et al.* (eds.), *The New Cambridge Modern History,* vol. 11: *Material Progress and Worldwide Problems, 1870-1898*, Cambridge, 1963.

CLARK, Peter, *British Clubs and Societies, 1580-1800: The Origins of an Associational World*, Oxford, 2000.

CLEVELAND, William L., *A History of the Modern Middle East*, Boulder, Colorado, 1994.

COBB, R. C., *Death in Paris: The Records of the Basse-Géole de la Seine*, Oxford, 1978.

COHEN, Paul A., *History in Three Keys: The Boxers as Event, Experience and Myth*, Nueva York, 1997.

COHN, Bernard S., *Colonialism and its Forms of Knowledge: The British in India,* Princeton, 1996.

COLE, Juan R. I., *Colonialism and Revolution in the Middle East: Social and Cultural Origins of Egypt's 'Urabi Movement*, Princeton, 1993.

COLLEY, Linda, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837*, Londres, 1992.

COLLINGHAM, E. M., *Imperial Bodies: The Physical Experience of the Raj, c.1800-1947,* Londres, 2001.

COMAROFF, Jean, *Body of Power, Spirit of Resistance: The Culture and History of a South African People*, Chicago, 1985.

Concise Dictionary of United States History, Nueva York, 1983.

COOK, Chris y STEVENSON, John, *Longman Handbook of Modern European History, 1763-1991*, Londres, 1992.

— y WALLER, David, *Longman Handbook of Modern American History, 1763-1996,* Londres, 1997.

COOMARASWAMY, Ananda K., *Essays in National Idealism*, Colombo, 1910.

COOTER, R., *Phrenology in Europe and America*, Londres, 2001.

COQUERY-VIDROVITCH, C., *Le Congo au temps des grands compagnies concessionnaires,* París, 1972.

COVERDALE, John F., *The Basque Phase of Spain's First Carlist War*, Princeton, 1984.

COWLING, Elizabeth, *Interpreting Matisse, Picasso*, Londres, 2000; catálogo de exposición, Tate Gallery, Londres, 2000.

CRAY, Ralph D. y MORRISON, Michael A. (eds.), *New Perspectives on the Early Republic,* Urbana, Illinois, 1994.

CROSSLEY, Pamela, *A Translucent Mirror: History and Identity in Qing Imperial Ideology*, Berkeley, 1999.

CURTIN, Philip D., *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, Wisconsin, 1969.

CURWEN, C. A. (ed. y tr.), *Taiping Rebel: The Deposition of Li Hsiu-ch'eng*, Cambridge, 1977.

DAIKICHI, Irokawa (ed. y tr. Marius B. Jansen), *The Culture of the Meiji Period,* Princeton, 1985.

DAMTON, Robert, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Londres, 1996.

DARWIN, Charles, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or The Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres, 1859, 1920 (edición de Everyman). [Trad. esp.: 2005, *El origen de las especies,* Madrid, Alba Libros.]

DAUNTON, Martin, *Trusting Leviathan: The Politics of Taxation in Britain, 1799-1814,* Cambridge, 2001.
— y HALPEM, Rick (eds.), *Empire and Others: British Encounters with Indigenous Peoples, 1600-1850*, Londres, 1999.
DAVIES, Norman, *God's Playground: A History of Poland,* vol. 2: *1795 to the Present,* Oxford, 1981.
DAVIS, D. B., *The Problem of Slavery in Western Culture*, Ithaca, Nueva York, 1966.
DAVIS, John A. (ed.), *Italy in the Nineteenth Century*, Oxford, 2000.
DAVISON, Roderic H., *Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876*, Princeton, 1963.
DAWN, Ernest, *From Ottomanism to Arabism*, Urbana, Illinois, 1973.
DE VRIES, Jan, *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700*, New Haven, 1978.
— y VAN DE WOUDE, Adriaan, *The First Modern Economy*, Cambridge, 1997.
DENOON, Donald y MEIN-SMITH, Philippa, con Marivic WYNDHAM, *A History of Australia, New Zealand and the Pacific*, Londres, 2000.
DEW, Charles B., *Bond of Iron: Master and Slave at Buffalo Forge*, Londres, 1994.
DICKASON, Olive P., *Canada's First Nations: A History of Founding Peoples from the Earliest Times*, Toronto, 1992.
DIKOTTER, F., *The Discourse of Race in Modern China*, Londres, 1992.
DIXON, S., *Modernisation in Russia, 1676-1825*, Cambridge, 1999.
DOYLE, William, *The Ancien Regime*, Basingstoke, 1986.
—, *The Origins of the French Revolution*, Oxford, 1988.
DRAYTON, Richard, *Nature's Government: Science, Imperial Britain and the «Improvement» of the World*, Londres, 2000.
DU TOIT, A. y GILIOMEE, H. (eds.), *Afrikaner Political Thought,* vol. 1, Berkeley, 1983.
DUARA, Prasenjit, *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, 1995.
DUFFY, Michael, *Soldiers, Sugar and Seapower: The British Expeditions to the West and the War against Revolutionary France*, Oxford, 1987.
DULY, L. C., *British Land Policy at the Cape, 1796-1834*, Durham, Carolina del Norte, 1964.
DURAND, J. D., *Historical Estimates of World Population*, Philadelphia, 1974.
DUTTA, Krishna y ROBINSON, Andrew, *Tagore: The Myriad-Minded Man*, Londres, 1995.
DUUS, Peter, *The Abacus and the Sword: The Japanese Penetration of Korea, 1895-1910*, Berkeley, 1995.
EDNEY, Matthew, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago, 1997.

EISENMAN, Stephen F., con CROW, Thomas; LUKACHER, Brian; NOCHLIN, Linda, y POHL, Frances K., *Nineteenth-Century Art: A Critical History*, Londres, 1998.
EISENSTADT, S. N., *Modernisation, Protest and Change*, Englewood Cliffs, New Jersey, 1966.
ELIAS, Norbert (tr. Edmund Jephcott), *The Civilizing Process,* vol. 1: *The History of Manners,* y vol. 2: *State Formation and Civilization*, Oxford, 1994.
ELLIS, Geoffrey, *Napoleon: Profiles in Power*, Harlow, 1997.
ELPHICK, P. y GILIOMEE, H., *The Shaping of South African Society, 1600-1850*, Londres, 1983.
ELVIN, Mark, *The Pattern of the Chinese Past*, Londres, 1973.
ETHERINGTON, Norman, *The Great Treks: The Transformation of Southern Africa, 1815-1854*, Londres, 2001.
—, *Theories of Imperialism: War, Conquest and Capital*, Londres, 1984.
EVANS, Eric J., *The Forging of the Modern State: Early Industrial Britain, 1783-1870,* Londres, 1983.
EVANS, Richard J., *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910*, Harmondsworth, 1990.
FAHMY, Khaled, *All the Pasha's Men: Mehmed Ali, his Army and the Making of Modern Egypt*, Cambridge, 1997.
FAIRBANK, John K. y KWANG-CHING Liu (eds.), *The Cambridge History of China,* vol. 11, parte 2: *Late Ching*, Cambridge, 1980.
FALK, S. J., *Qajar Paintings: Persian Oil Paintings of the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Londres, 1972.
FAWAZ, Leila Tarazi, *Merchants and Migrants in Nineteenth-Century Beirut*, Cambridge, Massachusetts, 1982.
— y BAYLY, C. A., *Modernity and Culture from the Mediterranean to the Indian Ocean*, Nueva York, 2002.
FERGUSON, Niall, *Empire: How Britain made the Modern World, 1700-2000*, Londres, 2001. [Trad. esp.: 2005, *El imperio británico; cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial,* Barcelona, Debate.]
FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, *Millennium*, Londres, 1995.
FIELDHOUSE, D. K., *Economics and Empire*, Londres, 1984.
FIGES, Orlando, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia*, Londres, 2002.
FINDLEY, Caner V., *Bureaucratic Reform in the Ottoman Empire: The Sublime Porte, 1789-1922*, Princeton, 1980.
FINN, Margot C., *After Chartism: Class and Nation in British Radical Politics, 1848-1874*, Cambridge, 1993.
FISHER, Stanley, *Ottoman Land Law*, Oxford, 1919.
FLORIDA, Nancy K., *Writing the Past, Inscribing the Future: History as Prophecy in Colonial Java*, Durham, Carolina del Norte, 1995.
FLOUD, Roderick y MCCLOSKEY, Deirdre (eds.), *The Economic History of Britain since 1700,* vol. 1, Cambridge, 1994.

FOGEL, Roben W. y ENGERMANN, Stanley L., *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, Londres, 1989.
FONER, Eric y MAHONEY, Olivia, *America's Reconstruction: People and Politics after the Civil War*, Nueva York, 1995.
FORBES, Geraldine, *Positivism in Bengal: A Case-Study in the Transmission and Assimilation of an Ideology*, Delhi, 1998.
FORRER, Matti, *Hokusai: Prints and Drawings*, Múnich, 1991.
FORSTENZER, Thomas R., *French Provincial Police and the Fall of the Second Republic,* Princeton, 1981.
FOUCAULT, Michel (tr. Alan Sheridan), *Discipline and Punish*, Harmondsworth, 1979. [Trad. esp.: 1994, *Vigilar y castigar; el nacimiento de la prisión,* Madrid, Siglo XXI de España Editores.]
FRANK, Andre Gunder, *Mexican Agriculture, 1521-1630*, Cambridge, 1979.
—, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Londres, 1998.
FRANKLIN, Benjamin, *Autobiography*, Londres, Everyman, 1906. [Trad. esp.: 2001, *Autobiografía,* León, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales.]
FREYRE, Gilberto, *The Masters and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilisation*, Nueva York, 1963.
FURET, François, *Penser la Révolution Française*, París, 1978.
— y OZOUF, Jacques, *Reading and Writing Literacy in France from Calvin to Jules Ferry*, Cambridge, 1982.
— y OZOUF, Mona, *Dictionnaire critique de la Révolution Française,* París, 1988.
GATTRELL, V. A. C., *The Hanging Tree: Execution and the English People, 1770-1868,* Oxford, 1994.
GELLNER, Ernest, *Nations and Nationalism,* Oxford, 1983. [Trad. esp.: 2008, *Naciones y nacionalismo,* Madrid, Alianza Editorial.]
—, *Plough, Sword and Book: The Structure of Human History*, Londres, 1988.
GENOVESE, Eugene, *Roll, Jordan Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York, 1974.
GILROY, Amanda (ed.), *Romantic Geographies: Discourses of Travel, 1775-1844*, Manchester, 2000.
GODLEWSKA, Anne y SMITH, Neil, *Geography and Empire*, Oxford, 1994.
GOLDSTONE, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, 1991.
GOOD, David F., *The Economic Rise of the Habsburg Empire, 1750-1914*, Berkeley, 1984.
GOODY, Jack, *The East in the West*, Cambridge, 1996.
GOVERNMENT PRINTING OFFICE, Washington DC, «Documents Illustrative of the Formation of the Union of the American States», Washington DC, 1927.
GRAHAM, Richard, *Britain and the Onset of Modernisation in Brazil, 1850-1914*, Cambridge, 1972.

GREWAL, J. S., *The Sikhs of the Punjab*, Cambridge, 1994.
GROVE, Richard H., *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism*, Londres, 1995.
GUHA, Ranajit, *Towards a Rule of Property for Bengal*, La Haya, 1963.
GUHA, Sumit, *Environment and Ethnicity in India, 1200-1991*, Cambridge, 1999.
GUHA-THAKURTA, Tapati, *The Making of a New «Indian» Art: Artists, Aesthetics and Nationalism in Bengal, c.1850-1920*, Cambridge, 1992.
GUPTA, Charu, *Sexuality, Obscenity, Community: Women, Muslims and the Hindu Public in Colonial India*, Delhi, 2001.
HABIB, Irfan, *The Agrarian System of Mughal India, 1556 -1707)*, Bombay, 1963.
HALL, Catherine, *Civilising Subjects: Metropole and Colony in the English Imagination, 1830-1867*, Cambridge, 2002.
—, MCCLELLAND, Keith, y RENDALL, Jane, *Defining the Victorian Nation: Class, Race and Gender and the Reform Act of 1867*, Cambridge, 2000.
HAMILTON, Lord Frederick, *The Days before Yesterday*, Londres, 1920.
HARDACRE, Helen, *Shinto and the State, 1868-1988*, Princeton, 1989.
HARDY, Peter, *The Muslims of British India*, Cambridge, 1969.
HARRIS, Jose, *Private Lives, Public Spirit*, Oxford, 1993.
HARRIS, Ruth, *Lourdes: Body and Spirit in a Secular Age*, Londres, 1999.
HASAN, Mushirul, *A Nationalist Conscience, M. A. Ansari, the Congress and the Raj*, Nueva Delhi, 1987.
HASTINGS, Adrian, *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism,* Cambridge, 1997. [Trad. esp.: 2000, *La construcción de las nacionalidades,* Madrid, Cambridge University Press.]
HAUPT, G., *Aspects of International Socialism, 1871-1914*, Cambridge, 1986.
HEADRICK, Daniel, *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851-1945,* Nueva York, 1991.
—, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, Nueva York, 1981.
HEGEL, G. F. (tr. T. M. Knox), *Hegel's Philosophy of Right*, 1821; Oxford, 1952.
HEVIA, James L., *Cherishing Men from Afar: Qing Guest Ritual and the Macartney Embassy of 1795*, Durham, Carolina del Norte, 1995.
HILTON, Boyd, *The Age of Atonement: The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought, 1785-1885*, Oxford, 1988.
HIRSCHMAN, Albert O., *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton, 1972. [Trad. esp.: 1999, *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo,* Barcelona, Península.]
HISKETT, Mervyn, *The Development of Islam in West Africa*, Londres, 1984.
—, *The Sword of Truth: The Life and Times of the Shehu Usuman Dan Fodio*, Nueva York, 1976.

HO, Ping-ti, *The Ladder of Success in Imperial China: Aspects of Social Mobility, 1368-1911*, Nueva York, 1962.
HOBSBAWM, E. J., *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990. [Trad. esp.: 2004, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.]
—, *The Age of Revolution, The Age of Capital, The Age of Empire, The Age of Extremes*, Londres, 1988-1998. [Trad. esp.: 2003, *La era de la revolución, la era del capital, la era del imperio, la era de los extremos*, Barcelona, Crítica.]
HODGSON, Marshall G. S., *The Venturee of Islam: Conscience and History in a World Civilisation*, 3 vols., Chicago, 1974.
HOLT, P. M. (ed.), *Political and Social Change in Modern Egypt*, Londres, 1968.
—, *The Cambridge History of Islam*, vol. 2, Cambridge, 1970.
HOPKINS, A. G., *An Economic History of West Africa*, Londres, 1973.
— (ed.), *Globalization in World History*, Londres, 2002.
HOSKING, Geoffrey, *Russia, People and Empire, 1552-1917*, Londres, 1997.
HOURANI, Albert, *Arabic Thought in the Liberal Age, 1789-1939*, Oxford, 1970.
HOXIE, Frederick E., *A Final Promise: The Campaign to Assimilate the Indians, 1880-1920*, Cambridge, 1984.
HUDSON, Pat, *The Industrial Revolution*, Londres, 1992.
HUNT, Lynn, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, 1984.
HURGRONJE, C. Snouck (tr. A. O'Sullivan), *The Achehnese*, Leiden, 1906.
HYAM, Ronald, *Britain's Imperial Century, 1815-1914: A Study of Empire and Expansion*, 3ª ed., Basingstoke, 2002.
ILBERT, Robert (ed.), *Alexandrie entre deux mondes*, Aix-en-Provence, 1988.
ILIFFE, John, *Africans: The History of a Continent*, Londres, 1995.
IRICK, Robert L., *Ch'ing Policy towards the Coolie Trade, 1847-1878*, Taipei, 1982.
IRVING, Robert Grant, *Indian Summer: Lutyens, Baker and Imperial Delhi*, New Haven, 1981.
JALL, Lothar (tr. J. A. Underwood), *Bismarck: The White Revolutionary*, vol. 2: *1871-1898*, Londres, 1986.
JAMES, C. L. R., *The Black Jacobins: Toussaint L 'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Londres, 2001. [Trad. esp.: 2003, *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*, Madrid, Turner.]
JANSEN, Marius B. (ed.), *The Cambridge History of Japan, vol. 5: The Nineteenth Century*, Cambridge, 1989.
JELAVICH, B., *A History of the Balkans*, vol. 2: *Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Cambridge, 1983.
JONES, Kenneth, *Arya Dharm: Hindu Consciousness in Nineteenth-Century Punjab*, Berkeley, 1976.
JONES, P. M., *The Peasantry in the French Revolution*, Londres, 1988.
JULY, Robert W., *The Origins of Modern African Thought: Its Development in West Africa during the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Londres, 1968.

KANYA-FORSTNER, A. S., *The Conquest of the Western Sudan: A Study in French Military Imperialism*, Cambridge, 1969.
KASABA, Reçat, *The Ottoman Empire and the World Economy: The Nineteenth Century*, Albany, Nueva York, 1988.
KAYALI, Hasan, *Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918*, Berkeley, 1997.
KEDDIE, Nikki R., *Roots of Revolution: An Interpretative History of Modern Islam*, New Haven, 1981.
KEDOURIE, Elie, *The Chatham House Version and Other Middle-Eastern Studies*, Londres, 1970.
KEEP, John, *Soldiers of the Tsar: Army and Society in Russia, 1462-1874*, Oxford, 1985.
KEMPER, Steven, *Presence of the Past: Chronicles, Politics and Culture in Sinhala Life*, Ithaca, Nueva York, 1991.
KEPPEL-JONES, Arthur, *Rhodes and Rhodesia: The White Conquest of Zimbabwe, 1884-1902*, Montreal, 1983.
KINEALY, Christine, *This Great Calamity: The Irish Famine, 1845-1852*, Dublín, 1994.
KNIGHT, Alan, *The Mexican Revolution*, 2 vols, Cambridge, 1986.
KNIGHT, Franklin W., *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, Wisconsin, 1975.
KOENIG, William J., *The Burmese Polity, 1752-1819: Politics, Administration and Organization in the Early Kon-baung Period*, Ann Arbor, 1990.
KOLFF, D. H. A., *Naukar, Rajput and Sepoy: The Ethnohistory of the Military Market in Hindustan, 1450-1850*, Cambridge, 1986.
KOMLOS, John, *Stature, Living Standards and Economic Development: Essays in Anthropometric History*, Chicago, 1994.
KOPF, David, *The Brahmo Samaj and the Shaping of the Modern Indian Mind*, Princeton, 1979.
KUHN, Philip A., *Rebellion and its Enemies in Late Imperial China, 1798-1864*, Cambridge, Massachusetts, 1970.
—, *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1768*, Cambridge, 1990.
KUMAR, Deepak, *Science and the Raj, 1857-1905*, Delhi, 1995.
KUMAR, Dharma (ed.), *The Cambridge Economic History of India*, vol. 2, Nueva Delhi 1983.
KUNT, I. M., *The Sultan's Servants: The Transformation of Ottoman Provincial Government, 1550-1650*, Nueva York, 1983.
KVISTAD, Gregg, *The Rise and Demise of German Statism: Loyalty and Political Men*, Oxford, 1999.
KWONG, Luke S., *The Mosaic of the Hundred Days: Personalities, Politics and Ideas of 1898*, Cambridge, Massachusetts, 1984.
LANDES, David, *Bankers and Pashas: International Finance and Economic Imperialism in Egypt*, Londres, 1958.

—, *Favourites of Fortune: Technical Growth and Economic Development since the Industrial Revolution*, Cambridge, 1991.
—, *The Wealth and Poverty of Nations*, Londres, 1998. [Trad. esp.: 2003, *La riqueza y la pobreza de las naciones,* Barcelona, Crítica.]
LANGLEY, J. Ayo, *Ideologies of Political Liberation in Black Africa, 1856-1970: Documents on Modern African Political Thought from Colonial Times to the Present*, Londres, 1979.
LATHAM, A. J. H., *The International Economy and the Undeveloped World, 1865-1914,* Londres, 1978.
LEE, Ki-baik (tr. E. W. Wagner), *New History of Korea*, Seúl, 1986.
LEGGE, James, *The Chinese Classics,* vol. 1, reimp. Taipei, 1994.
LEWIS, Bernard, *The Emergence of Modern Turkey*, Londres, 1961.
—, *What Went Wrong? Western Impact and Middle Eastern Response,* Oxford, 2002. [Trad. esp.: 2002, *¿Qué ha fallado?: el impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo,* Madrid, Siglo XXI de España Editores.]
LIENESCH, Michael, *New Order of the Ages: Time, the Constitution and the Making of Modern American Political Thought*, Princeton, 1988.
LIEVEN, Dominic C. B., *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, Londres, 1992.
—, *Empire: The Russian Empire and its Rivals*, Londres, 2000.
—, *Nicholas II: Emperor of all the Russias*, Londres, 1993.
LIST, F. (tr. S. Uoyd), *The National System of Political Economy,* Londres, 1885. [Trad. esp.: 1955, *Sistema nacional de economía política,* Madrid, Aguilar.]
LOUIS, W. Roger, *The Robinson and Gallagher Controversy*, Nueva York, 1976.
LYONS, F. S., *Ireland since the Famine: 1850 to the Present*, Londres, 1971.
LYONS, Martin, *Napoleon Bonaparte and the Legacy of the French Revolution*, Londres, 1994.
MACDONAGH, Oliver, *Patterns of Government Growth, 1800-1860: The Passenger Acts and their Enforcement*, Aldershot, 1993.
MACFARLANE, Alan, *The Origins of English Individualism*, Oxford, 1976.
—, *The Riddle of the Modern World: Of Liberty, Wealth and Equality,* Basingstoke, 2000.
MACK SMITH, Denis, *Italy and its Monarchy*, New Haven, 1989.
MACKENZIE, John M., *Imperialism and the Natural World*, Manchester, 1990.
—, *Orientalism, Art, Literature and Society*, Londres, 1995.
MACPHERSON, C. B., *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke,* Oxford, 1962.
MALIK, Jamal (ed.), *Perceptions of Mutual Encounters in South Asian History, 1760-1860*, Wiesbaden, 2000.
MANDEL, Daniel R., *Behind the Frontier: Indians in Eighteenth-Century Eastern Massachusetts*, Lincoln, Nebraska, 1996.
MANN, Michael, *The Sources of Social Power,* vol. 2: *The Rise of Classes and Nation States, 1760-1914*, Cambridge, 1993.
MANUEL, E. F., *The New World of Henri Saint Simon*, Cambridge, Massachusetts, 1956.

MANZONI, Alessandro, *I promessi sposi,* 1827; reimpr. Florencia, 1962. [Trad. esp.: 2004, *Los novios,* Madrid, Alfaguara.]
MARKOVITS, Claude, *The Global World of Indian Merchants, 1750-1947: Traders of Sindh from Bukhara to Panama*, Cambridge, 2000.
MARR, David, *Vietnamese Anti-Colonialism, 1885-1925*, Berkeley, 1971.
MARSHALL, P. J. (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 2: *The Eighteenth Century*, Oxford, 1998.
MAYER, Arno, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Londres, 1981.
MAZOWER, M., *The Balkans*, Londres, 2000. [Trad. esp.: 2001, *Los Balcanes,* Barcelona, Mondadori.]
MAZZINI, Giuseppe, *The Duties of Man and Other Essays*, c.1870; reimp. Londres, 1966.
—, *Ricordi autobiografici di Giuseppe Mazzini, con introduzione e note di Mario Menghini*, Imola, 1938.
MCCANN, J., *From Poverty to Famine in North East Ethiopia: A Rural History, 1900-1935*, Filadelfia, 1987.
MCCARTHY, Thomas, *The Critical Theory of Jürgen Habermas*, Londres, 1984. [Trad. esp.: 1987, *La teoría crítica de Jürgen Habermas,* Madrid, Tecnos.]
MCCLAIN, James L.; MERRIMAN, John M. y KAORU, Ugawa, *Edo and Paris: Urban Life and the State in the Early Modern Era*, Ithaca, Nueva York, 1994.
MCDANIEL, T., *Autocracy, Capitalism and Revolution in Europe, 1815-1914*, Berkeley, 1988.
MCEVEDY, Colin y JONES, Richard, *Atlas of World Population History*, Harmondsworth, 1978.
MCLEOD, Mark W., *The Vietnamese Response to French Intervention, 1862-1874*, Nueva York, 1991.
MEHTA, Uday, *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought*, Chicago, 1999.
MEINTJES, Johannes, *President Paul Kruger: A Biography*, Londres, 1974.
MERIGGI, M., *Amministrazione e classi sociali nel Lombardo-Veneto, 1814-1848*, Bolonia, 1983.
METCALF, Barbara D., *Islamic Revival in British India: Deoband, 1860-1900*, Princeton, 1982.
— y METCALF, Thomas R., *A Concise History of India*, Cambridge, 1994. [Trad. esp.: 2003, *Historia de la India,* Madrid, Cambridge University Press.]
METCALF, Thomas R., *Land, Landlords and the British Raj: Northern India in the Nineteenth Century*, Berkeley, 1979.
MEYER, Michael C. y BEEZLEY, William H. (eds.), *The Oxford History of Mexico*, Oxford, 2000.
MICHAEL, Franz y CHUNG-LI, Chang, *The Taiping Rebellion: History and Documents,* 3 vols, Seattle, 1966-1971.

MICHEL, Regis *et al., Aux armes et aux arts: les arts de la révolution, 1789-1799*, París, 1989.
MIDGELY, Clare (ed.), *Gender and Imperialism*, Manchester, 1998.
MIERS, Suzanne e KOPYTOFF, Igor (eds.), *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*, Madison, Wisconsin, 1977.
MILL, John Stuart, *Autobiography*, 1873; reimp. Londres, 1949. [Trad. esp.: 1986, *Autobiografía,* Madrid, Alianza Editorial.]
MILLER, Joseph C., *Way of Death: Merchant Capitalism and Angolan Slave Trade, 1730-1830*, Londres, 1988.
MILNER, Anthony, *The Invention of Politics in Colonial Malaya: Contesting Nationalism and the Expansion of the Public Sphere*, Cambridge, 1994.
MILWARD, A. S. y SAUL, S. B., *Development of the Economies of Central Europe, 1850-1914*, Londres, 1977.
MITCHELL, Timothy, *Colonising Egypt,* Londres, 1985.
MITTER, Partha, *Art and Nationalism in Colonial India, 1850-1922*, Cambridge, 1994.
MOLNAR, Miklos, *A Concise History of Hungary*, Cambridge, 2001.
MOORE, Barrington, jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Londres, 1984. [Trad. esp.: 2002, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno,* Barcelona, Península.]
MOOREHEAD, Caroline, *Dunant's Dream: War, Switzerland and the History of the Red Cross*, Londres, 1998.
MORGAN, David, *Medieval Persia, 1040-1797*, Londres, 1988.
MORRIS, Jonathan, *The Political Economy of Shopkeeping in Milan, 1886-1922*, Cambridge, 1993.
MYERS, Ramon H.; DUUS, Peter y PEATTIE, Mark R., *The Japanese Informal Empire in China, 1895-1937*, Princeton, 1989.
MYINT-U, Thant, *The Making of Modern Burma*, Cambridge, 1999.
NEEDHAM, Joseph, *Science and Civilisation in China,* 8 vols, Cambridge, 1965-1990.
NORMAN, E. R., *Church and Society in England, 1770-1970: A Historical Study,* Oxford, 1976.
NORTH, Douglass C., *The Economic Growth of the United States, 1790-1860*, Englewood Cliffs, New Jersey, 1961.
NORTHRUP, D., *Indentured Labour in the Age of Imperialism, 1834-1922*, Londres, 1995.
OBEROI, Harjot Singh, *The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity and Diversity in the Sikh Tradition*, Delhi, 1997.
O'BRIEN, P. K., *The Economic Effects of the American Civil War*, Basingstoke, 1981.
— (ed.), *The Industrial Revolution in Europe,* 2 vols, Oxford, 1994.
— y PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (eds.), *The Costs and Benefits of European Imperialism from the Conquest of Ceuta (1415) to the Treaty of Lusaka (1974),* edición especial de la *Revista de Historia Económica,* Madrid, 1998.
— y QUINALT, Ronald (eds.), *The Industrial Revolution and British Society,* Cambridge, 1993.
O'GRADA, Cormac, *The Great Irish Famine*, Dublín, 1989.
O'HANLON, Rosalind, *Caste, Conflict and Ideology*, Cambridge, 1985.
OMER-COOPER, J. D., *The Zulu Aftermath*, Londres, 1966.
OOMS, H., *Tokugawa Village Practice: Class, Status, Power, Law*, Berkeley, 1996.
ORSINI, Francesca, *The Hindi Public Sphere, 1920-1940: Language and Literature in the Age of Nationalism*, Delhi, 2002.
OSBORNE, Milton, *The French Presence in Cochin China and Cambodia*, Berkeley, 1971.
OWEN, Roger, *Cotton and the Egyptian Economy: A Study in Trade and Development,* Oxford, 1969.
—, *The Middle East and the World Economy, 1800-1914*, Londres, 1981.
— y SUTCLIFFE, Bob, *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, 1972.
OZOUF, Mona, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, 1976.
PAGDEN, Anthony, *The Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c.1500-c.1800*, New Haven, 1995. [Trad. esp.: 1997, *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII),* Barcelona, Península.]
PALMER, R. R., *The Age of Democratic Revolution,* 2 vols, Londres, 1959-1964.
PAMUK, Sevket, *A Monetary History of the Ottoman Empire*, Cambridge, 2000.
—, *The Ottoman Empire and European Capitalism, 1820-1930*, Cambridge, 1987.
PARISH, Peter J., *The American Civil War*, Londres, 1975.
PARKER, Geoffrey, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, 1988. [Trad. esp.: 2002, *La revolución militar: innovación militar y apogeo de Occidente,* Madrid, Alianza Editorial.]
PARTHASARATHI, Prasannan, *The Transition to a Colonial Economy: Weavers, Merchants and Kings in South India*, Cambridge, 2000.
PEEL, J. D. Y., *Religious Encounter and the Making of the Yoruba*, Bloomington, Indiana, 2000.
PEIRIS, J. B. (ed.), *Before and After Shaka*, Grahamstown, 1983.
PERDUE, Peter, *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500-1850,* Cambridge, Massachusetts, 1987.
PERRY, J. R., *Karim Khan Zand*, Chicago, 1979.
PEVSNER, Niklaus, *Ruskin and Viollet-le-Duc: Englishness and Frenchness in the Appreciation of Gothic Architecture*, Londres, 1969.
PFLANZE, Otto, *Bismarck and the Development of Germany,* vol. 3: *The Period of Fortification, 1880-1898*, Princeton, 1990.
PIPES, Richard, *Russia under the Old Regime*, Londres, 1974.

PLATT, D. C. M., *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815-1914*, Oxford, 1968.
POCOCK, J. G. A., *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, 1975. [Trad. esp.: 2002, *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica,* Madrid, Tecnos.]
POLACHEK, James M., *The Inner Opium War*, Cambridge, Massachusetts, 1992.
POMERANZ, Kenneth, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000.
PORTER, Andrew, *European Imperialism, 1860-1914*, Londres, 1994.
— (ed.), *The Oxford History of the British Empire, vol. 3: The Nineteenth Century*, Oxford, 1999.
PORTER, Roy, *Enlightenment: Britain and the Making of the Modern World,* Londres, 2000.
PRICE, Richard, *British Society, 1680-1880: Dynamism, Containment and Change,* Cambridge, 1998.
PRICE, Roger, *Napoleon III and the Second Empire*, Londres, 1997.
PRINS, Gwyn, *The Hidden Hippopotamus: Reappraisal in African History: The Early Colonial Experience in Western Zambia*, Cambridge, 1980.
RALSTON, D. B., *Importing the European Army: The Introduction of European Military Techniques and Institutions into the Extra-European World, 1600-1914*, Chicago, 1990.
RANGER, Terence, *Voices from the Rocks: Nature, Culture and History in the Matopos Hills of Zimbabwe*, Londres, 1999.
RANKIN, M., *Elite Activism and Political Transformation in China*, Cambridge, Massachusetts, 1993.
RAWSKI, Evelyn S., *The Last Emperors: A Social History of Qing Imperial Institutions,* Berkeley, 1998.
— y NAQUIN, Susan, *Chinese Society in the Eighteenth Century,* New Haven, 1987.
REID, Brian Holden, *The Origins of the American Civil War*, Londres, 1996.
REYNOLDS, Douglas R., *China, 1898-1912*, Cambridge, Massachusetts, 1993.
RICHARDS, John F., *The Mughal Empire*, Cambridge, 1995.
—, *The Unending Frontier: Environmental History in the Early Modern Centuries*, Berkeley, 2003.
RICLEFS, M., *A History of Modern Indonesia since 1300*, Londres, 1993.
RIZVI, S. A. A., *Shah Abd al-Aziz: Puritanism, Sectarian Polemics and Jihad,* Canberra, 1982.
—, *Shah Walli-allah and his Times*, Canberra, 1980.
ROBINSON, David, *The Holy War of Umar Tal: The Western Sudan in the Mid-Nineteenth Century*, Oxford, 1985.
ROBINSON, F. C. R., *Islam and Muslim History in South Asia*, New Delhi, 2001.
ROBINSON, Ronald y GALLAGHER, John, con DENNY, Alice, *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism*, Londres, 1981.

ROFF, William R., *Islam and the Political Economy of Meaning: Studies in Muslim Discourse*, Londres, 1987.
ROHL, John G. C., *The Káiser and his Court: Wilhelm II and the Government of Germany*, Cambridge, 1994.
ROLLAND, Romain, *Ramakrishna the Man God and the Universal Gospel of Vivekananda,* Calcuta, 1960.
ROSTOW, W. W., *The World Economy: History and Prospect*, Austin, Texas, 1978.
ROTHSCHILD, Emma, *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*, Cambridge, Massachusetts, 2001.
ROWE, William T., *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City, 1796-1895,* Stanford, California, 1989.
ROY, Ram Mohun (ed. E. S. Bose), *The Selected English Works of Raja Ram Mohun Roy,* vol. 2, Calcuta, 1887.
ROY, Tirthankar, *Traditional Industry in the Economy of Colonial India*, Cambridge, 1999.
RULE, John, *The Vital Century: England's Developing Economy, 1714-1815,* Harlow, 1992.
RUSKIN, John, *The Stones of Venice*, Londres, 1960. [Trad. esp.: 2000, *Las piedras de Venecia,* Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos.]
SAID, Edward, *Orientalism*, Londres, 1970. [Trad. esp.: 2002, *Orientalismo,* Barcelona, Debate.]
SAIDIQ, M., *History of Urdu Literature*, Londres, 1964.
SAIZ, M. C. G., *Las castas mexicanas: un genero pictórico americano*, Ciudad de México, 1989.
SALEMINK, Oscar, *The Ethnography of Vietnam 's Central Highlanders: A Historical Contextualisation, 1850-1930*, Londres, 2002.
SAMSON, Jane, *Imperial Benevolence: Making British Authority in the Pacific Islands,* Honolulú, 1998.
SCHAMA, Simon, *Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands, 1780-1813,* Londres, 1992.
SCHOLCH, Alexander, *Egypt for the Egyptians*, Ithaca, Nueva York, 1981.
SCOTT, James C., *Seeing like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed*, New Haven, 1998.
SEAL, Anil, *The Emergence of Indian Nationalism*, Cambridge, 1969.
SECORD, James, *A Victorian Sensation*, Chicago, 2000.
SEDDON, A., *Moroccan Peasants: A Century of Change in the Eastern Rif, 1870-1970,* Londres, 1981.
SEVCHENKO, Ihor y SYSYN, Frank E. (eds.), *Eurcharisterion,* vol. 1, Cambridge, Massachusetts, 1978.
SEWELL, William H., *Work and Revolution in France: The Language of Labour from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.
SHATZMILLER, Maya, *The Berbers and the Islamic State,* Princeton, 2000.

SHAW, Stanford J., *A History of the Ottoman Empire and Modern Turkey,* vol. 2: *Reform Revolution and Republic: The Rise of Modern Turkey, 1808-1975*, Cambridge, 1975.
—, *Between Old and New: The Ottoman Empire under Selim III, 1789-1807*, Cambridge, Massachusetts, 1971.
SHEEHAN, James J., *German History, 1770-1866*, Oxford, 1989.
SHOWALTER, Dennis, *The Wars of Frederick the Great*, Londres, 1996.
SHULZE, Hagen, *The Course of German Nationalism: From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867*, Cambridge, 1982.
SIMON, Walter, *European Positivism in the Nineteenth Century: An Essay in Intellectual History*, Port Washington, Nueva York, 1963.
SINGHA, Radhika, *A Despotism of Law: Crime and Justice in Early Colonial India*, Delhi, 2000.
SKARIA, Ajay, *Hybrid Histories: Forests, Frontiers and Wildness in Western India*, Delhi, 1999.
SKOWRONEK, Stephen, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920*, Cambridge, 1982.
SMITH, Anthony D., *Nationalism and Modernism*, Londres, 1998.
SMITH, J. D., *The Epic of Pabuji: An Essay in Transcription and Translation*, Cambridge, 1991.
SMITH, T. C., *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford, California, 1959.
SOLEILLET, C., *L'Avenir de la France en Afrique*, París, 1876.
SPECK, W. A., *A Concise History of Britain, 1707-1975*, Cambridge, 1999.
SPENCE, Jonathan, *The Search for Modern China*, Nueva York, 1990.
SPENCER, Herbert (ed. Duncan Macrae), *The Man versus the State*, 1884, 1886, reimp. Londres, 1969. [Trad. esp.: 2003, *El hombre contra el Estado,* Barcelona, Folio.]
SPERBER, Jonathan, *The European Revolutions, 1848-1851*, Cambridge, 1994.
STAMPP, Kenneth M., *The Peculiar Institution*, Nueva York, 1956. [Trad. esp.: 1966, *La esclavitud en los Estados Unidos: la institución peculiar,* Vilassar de Mar, Barcelona, Oikos-Tau.]
STEDMAN Jones, Gareth, *Introduction to Karl Marx and Friedrich Engels, The Communist Manifesto*, Londres, 2000. [Trad. esp.: 2005, *El manifiesto comunista.* «Introducción» de G. Stedman Jones, Madrid, Turner.]
—, *Languages of Class,* Cambridge, 1983.
—, *Outcast London*, Oxford, 1971.
STEIN, Burton, *A History of India*, Oxford, 1998.
STOKES, Eric, *The English Utilitarians and India*, reimp. Delhi, 1989.
STOKES, E. T., *The Peasant and the Raj*, Cambridge, 1979.
STONE, Lawrence (ed.), *The Imperial State at War: Britain from 1689-1815*, Londres, 1990.
STRACHAN, Hew, *The First World War,* vol. 1, Oxford,2001.
SUTHERLAND, D., *France, 1789-1815: Revolution and Counter-Revolution*, Londres, 1985.

TAMBIAH, Stanley J., *World Conqueror and World Renouncer*, Cambridge, 1972.
TANDAN, Banmali, *The Architecture of Lucknow and its Dependencies, 1722-1856*, 2 vols, Delhi, 2000.
TANNER, Duncan; THANE, Pat, y TIRATSOO, Nicholas (eds.), *Labour's First Century,* Cambridge, 2000.
TARLO, Emma, *Clothing Matters: What to Wear in Colonial India*, Londres, 1998.
TAYLOR, George R., *The Transportation Revolution, 1815-1860*, Londres, 1951.
TAYLOR, Miles, *The Decline of British Radicalism, 1847-1865*, Oxford, 1995.
TERASSE, Henri, *Histoire du Maroc, des origines a l'établissement du protectorat français*, Casablanca, 1950.
THOMAS, Hugh, *Cuba: Or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971. [Trad. esp.: 2004, *Cuba: la lucha por la libertad,* Barcelona, Debate.]
THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1993.
—, *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Acts*, Londres, 1975.
THOMPSON, John A., *Woodrow Wilson*, Londres, 2002.
THOMPSON, W. F. (ed.), *The Practical Philosophy of the Muhammadan People*, Londres, 1839.
TILLY, Charles, *Coercion, Capital and States, AD 900-1992*, Cambridge, Massachusetts, 1992.
TINKER, Hugh, *A New System of Slavery: The Export of Indian Labour Overseas, 1830-1920*, Londres, 1974.
TOCQUEVILLE, Alexis de, *The Old Regime and the French Revolution*, Nueva York, 1955. [Trad. esp.: 2004, *El Antiguo Régimen y la revolución,* Madrid, Alianza Editorial / Istmo.]
TOMBS, Robert, *France, 1814-1914*, Londres, 1996.
TOMLINSON, B. R., *The Economy of Modern India, 1860-1970*, Cambridge, 1993.
TONE, Theobaldt Wolfe (ed. R. Barry O'Brien), *The Autobiography of Theobaldt Tone*, Londres, 1893.
TORPEY, John, *The Invention of the Passport: Surveillance, Citizenship and the State,* Cambridge, 2000.
TOTMAN, Conrad, *A History of Japan*, Londres, 2000.
TRETIAKOV, S., *A Chinese Testament: The Autobiography of Tan Shih-Hua as told to S. Tretiakov*, Nueva York, 1934.
TRIGGER, Bruce G. (ed.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas,* vol. 1: *North America,* Cambridge, 1996.
TRIPP, Charles, *A History of Iraq,* Cambridge, 2000. [Trad. esp.: 2003, *Historia de Iraq,* Madrid, Cambridge University Press.]
TROLL, Christian, *Sayyid Ahmad Khan: A Reinterpretation of Muslim Theology*, Delhi, 1978.
TULARD, J. (ed.), *Dictionnaire Napoléon*, París, 1987.
TUSI, Nasiruddin (tr. G. M. Wickens), *The Nasirean Ethics*, Londres, 1969.

VAN DE VEN, Hans, *Military and Financial Reform in the Late Qing and Early Republic,* Taipei, 1999.
VATIKIOTIS, P. J., *The History of Modern Egypt: From Muhammad Ali to Mubarak,* Londres, 1991.
VAUGHAN, F., *The Political Philosophy of Giambattista Vico: An Introduction to La Scienza Nuova*, La Haya, 1972.
VAUGHAN, W. E. (ed.), *A New History of Ireland,* vol. 6, parte 2: *Ireland under the Union, 1870-1921*, Oxford, 1986.
VERNADSKY, G. *et al.* (eds.), *A Source Book for Russian History from Early Times to 1917,* vol. 2: *Peter the Great to Nicholas II*, New Haven, 1972.
VICKERY, Amanda, *The Gentleman's Daughter: Women's Lives in Georgian England,* Londres, 1998.
VIVEKANANDA, *Chicago Addresses,* 16ª reimp., Calcuta, 1971.
VOLL, Obert, *Islam: Continuity and Change in the Modern World,* Boulder, Colorado, 1982.
VOTH, Hans Joachim, *Time and Work in England, 1750-1830*, Oxford, 2000.
VV. AA., *The Life of Swami Vivekananda by his Eastern and Western Disciples,* 2 vols., Calcuta, 1981.
WALEY-COHEN, Joanna, *The Sextants of Beijing: Global Currents in Chinese History*, Nueva York, 1999.
WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World System, 1,* Nueva York, 1974.
WALVIN, James, *Black Ivory: Slavery in the British Empire*, Oxford, 2001.
WARDY, Robert, *Aristotle in China: Language, Categories and Translation*, Cambridge, 2000.
WATTS, David, *The West Indies,* Cambridge, 1987. [Trad. esp.: 1992, *Las Indias Occidentales: modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492,* Madrid, Alianza Editorial.]
WEBER, Eugene, *Peasants into Frenchmen: The Modernisation of Rural France, 1870-1914*, Stanford, California, 1976.
WESSELING, Henri. L., *Divide and Rule: The Partition of Africa, 1880-1914*, Westport, Connecticut, 1996. [Trad. esp.: 1999, *Divide y vencerás: el reparto de África (1880-1914),* Barcelona, Península.]
WHITEHOUSE, Harvey, *Arguments and Icons: Divergent Modes of Religiosity*, Oxford, 2000.
WIENER, Martin, *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit*, Harmondsworth, 1981.
WILKS, Ivor, *Asante in the Nineteenth Century: The Structure and Evolution of a Political Order*, Cambridge, 1975.
WILLIAMS, Glyndwr y MARSHALL, P. J., *The Great Map of Mankind: British Perceptions of the World in the Age of Enlightenment*, Londres, 1982.
WILLS, John E. II, *1688: A Global History*, Londres, 2001.
WILSON, Kathleen, *The Sense of the People: Politics, Culture and Imperialism in England, 1715-1785*, Cambridge, 1995.

WILTON, Andrew y UPSTONE, Robert (eds.), *The Age of Rossetti, Burne-Jones and Watts: Symbolism in Britain, 1860-1910*, Londres, 1997.
WINICHAKUL, Thongchai, *Siam Mapped: A History of the Geo-body of a Nation*, Honolulú, 1994.
WONG, J. Y., *Deadly Dreams: Opium and the Arrow War (1856-1860) in China*, Cambridge, 1998.
—, *The Making of a Heroic Image: Sun Yatsen in London, 1896-1897*, Londres, 1986.
WONG, R. Bin, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Ithaca, Nueva York, 1997.
WOODWARD, C. Vann, *The Origins of the New South*, Baton Rouge, Luisiana, 1951.
WOOLF, Stuart, *A History of Italy, 1700-1860*, Londres, 1979.
—, *Napoleon's Integration of Europe*, Londres, 1989.
WORDEN, Nigel, *The Making of Modern South Africa*, Oxford, 1994.
—, *The Shaping of South African Society: Conquest, Segregation and Apartheid*, Oxford, 1994.
WRIGHT, Stanley, *Hart and the Chinese Customs*, Belfast, 1950.
WRIGLEY, E. A., *People, Cities and Wealth: The Transition of Traditional Society*, Oxford, 1988.
WU, Wang Gung, *The Chinese Overseas: From Earthbound China to the Quest for Autonomy*, Cambridge, Massachusetts, 2000.
WYATT, David K., *Thailand: A Short History*, New Haven, 1984.
—, *The Politics of Reform in Thailand: Education in the Reign of Chula-longkorn,* New Haven, 1969.
YANG, Anand A., *Bazaar India: Markets, Society and the Colonial State in Bihar*, Berkeley, 1998.
YASHINAGA, Toshinobu, *Ando Shoeki: Social and Ecological Philosopher in Eighteenth-Century Japan*, Nueva York, 1992.
YATE, William, *An Account of New Zealand and of the Church Missionary Society's Mission in the Northern Island*, 1835; reimp. Shannon, 1970.
ZUNZ, Olivier, *Why the American Century?*, Chicago, 1998.

ARTÍCULOS DE REVISTAS, CAPÍTULOS DE LIBROS Y DOCUMENTOS INÉDITOS

ANDERSON, Perry, «Confronting defeat», *London Review of Books,* 24, 20, 17 de octubre de 2002.
ANÓNIMO, «Spirit capture: the native Americans and the photographic image», *International Herald Tribune,* 25-26 de agosto de 2001.
BANNERJI, Himani, «Age of consent and hegemonic social reform», en Clare Midgely (ed.), *Gender and Imperialism*, Manchester, 1998, pp. 21-45.

BAYLY, C. A., «The first age of global imperialism 1780-1830», en Peter Burroughs y A. J. Stockwell (eds.), *Managing the Business of Empire: Essays in Honour of D. K. Fieldhouse*, Londres, 1998, pp. 28-43.

—, «Orientalists, informants and critics in Benares, 1790-1860», en Jamal Malik (ed.), *Perceptions of Mutual Encounters in South Asian History, 1760-1860,* Wiesbaden, 2000, pp. 172-210.

—, «South Asia and the great divergence», *Itinerario, 24, 314*, 2000, pp. 89-104.

BEASLEY, W. G., «Japan and the West in the mid-nineteenth century», separata, Proceedings of the British Academy, Londres, 1969.

BENNISON, Amira K., «Muslim universalism and Western globalisation», en A. G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Londres, 2002, pp. 74-97.

BREUILLY, John, «Historians and the nation», en Peter Burke (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century*, Oxford, 2002, pp. 55-87.

CAREY, Peter, «Waiting for the Ratu Adil: the Javanese village community on the eve of the Java War», *Modern Asian Studies,* 20, 1, 1986, pp. 55-137.

COLE, J. R. I., «Printing in urban Islam», en L. T. Fawaz y C. A. Bayly, *Mode Culture from the Mediterranean to the Indian Ocean,* Columbia, Carolina del Sur, 20, pp. 344-364.

DE VRIES, Jan, «The Industrial Revolution and the industrious revolution», *Journal of Economic History,* 54, 1994, pp. 240-270.

DOYLE, William, «The Union in a European context», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6 ser., 10, 2000, pp. 167-180.

EL-DIN EL-SHAYYAL, Gamal, «Some aspects of intellectual and social life in eighteenth century Egypt», en P. M. Holt (ed.), *Political and Social Change in Mode,* Londres, 1968, pp. 117-132.

FLETCHER, Joseph, «Turko-Mongolian tradition in the Ottoman Empire», en I. Sevchenko y Frank E. Sysyn (eds.), *Eurcharisterion,* vol. 1, Cambridge, Massachusetts, 1978, pp. 240-242.

GELLNER, Ernest, «Do nations have navels?», *Nations and Nationalism*, 10, 1996, pp. 366-370.

GODLEWSKA, Anne, «Napoleon's geographers (1797-1815): imperialists and soldiers of modernity», en Anne Godlewska y Neil Smith, *Geography and Empire*, Oxford, 1994, pp. 31-53.

HARLING, P. y MANDLER, P., «From fiscal-military state to laissez-faire state, 1760-1850», *Journal of British Studies,* 32, 1, 1993, pp. 1-34.

HOLSOE, S., «The Vai», en S. Miers y I. Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa*, Madison, Wisconsin, 1977, pp. 287-304.

HOPKINS, A. G., «Asante and the Victorians: transition and partition on the Gold Coast», en Roy E. Bridges (ed.), *Imperialism, Decolonisation and Africa. Studies presented to John Hargreaves,* Basingstoke, 2000, pp. 25-65.

INNES, Joanna, «The domestic face of the military fiscal state in eighteenth century Britain», en Lawrence Stone (ed.), *The Imperial State at War: Britain from 1689-1815,* Londres, 1990, pp. 96-127.

JOYCE, Patrick, «The return of history: post-modernism and the politics of academic history in Britain», *Past and Present,* 158, febrero de 1998, pp. 207-235.

KAUKIAINEN, Yrjo, «The improvement of communications in international freight markets, c.1830-1870», en Hiram Morgan (ed.), *Information, Media and Power through the Ages*, Dublin, 2001, pp. 137-152.

LEASK, Nigel, «Francis Wilford and the colonial construction of Hindu geography», en Amanda Gilroy (ed.), *Romantic Geographies: Discourses of Travel, 1775-1844,* Manchester, 2000, pp. 204-223.

LEWIS, Colin, «Pulling teeth in eighteenth-century Paris», *Past and Present,* 166, 2000, pp. 100-145.

MAKOTO, Takeuchi, «Festivals and fights: the law and the people of Edo», en James L. McClain *et al., Edo and Paris: Urban Life and the State in the Early Modern Era,* Ithaca, Nueva York, 1994, pp. 384-406.

MASAO, Watanabe, «Science across the Pacific», en Ardath W. Burks (ed.), *The Modernisers: Overseas Students, Foreign Employees and Meiji Japan*, Boulder, Colorado, 1985, pp. 369-392.

MORGAN, Philip D., «Encounters between British and "indigenous" peoples, c.1500-c.1800», en Martin Daunton y Rick Halpern (eds.), *Empire and Others: British Encounters with Indigenous Peoples, 1600-1850*, Londres, 1999, pp. 42-78.

«Newspaper», en *Encyclopaedia Britannica,* 13ª edición, Londres, 1911.

O'BRIEN, P. K., «The reconstruction, rehabilitation and reconfiguration of the British industrial revolution as a conjuncture in global history», *Itinerario,* 3/4, 2000, pp. 117-134.

OZOUF, Mona. «L'opinion publique», en Keith Baker (ed.), *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, 1987, pp. 419-434.

PARRY, J. P., «The impact of Napoleon III on British politics 1851-1880», *Transactions Of the Royal Historical Society,* 6 series, 11, 2001, pp. 147-175.

POMERANZ, Kenneth, «Rethinking the late imperial Chinese economy: development, disaggregation and decline, 1730-1930», *Itinerario,* 24, 3/4, 2000, pp. 29-75.

RAY, Rajat Kanta, «Asian capital in the age of European domination: the rise of the bazaar, 1800-1914», *Modern Asian Studies,* 29, 3, 1993, pp. 449-554.

ROBERTS, M., «Beyond Anderson: reconstructing and deconstructing Sinhala nationalist discourse», *Modern Asian Studies,* 30, 1996, pp. 690-698.

ROBINSON, Francis, «Technology and religious change: Islam and the impact of print», *Modern Asian Studies,* 27, 1, 1993, pp. 229-251.

ROBINSON, Ronald y GALLAGHER, John, «The imperialism of free trade», *Economic History Review,* 2, ser. 6, 1, 1953, pp. 1-15.

ROTHSCHILD, Emma, «The East India Company and the American Revolution», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 2002.
—, «Globalisation and democracy in historical perspective», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 2000.
—, «Smithianismus and Enlightenment in nineteenth-century Europe», inédito, Centre for History and Economics, Universidad de Cambridge, 1998.
SINGH, D. J., «Historical significance of Jhaggra Jatti te Katrani da», en F. Singh y A. C. Arora (eds.), *Maharaja Ranjit Singh: Politics. Society and Economics*, Patiala, 1984, pp. 289-291.
SINGHA, Radhika, «Settle, mobilize, verify: identification practices in colonial India», *Studies in History,* Delhi, 16, 2, n.s., 2000, pp. 151-198.
STOKES, Eric, «Late-nineteenth-century colonial expansion: the attack on the theory of economic imperialism: a case of mistaken identity?», *Historical Journal,* 12, 1969, pp. 285-302.
SUBRAHMANYAM, Sanjay, «Du Tage au Gange au XVI[e] siècle: une conjoncture millénariste a l'échelle eurasiatique», *Annales,* 1, enero-febrero de 2001, pp. 51-84.
TAYLOR, Miles, «The 1848 revolutions in the British Empire», *Past and Present,* 166, 2000, pp. 146-181.
WALEY-COHEN, Joanna, «Commemorating war in eighteenth-century China», *Modern Asian Studies,* 30, 4, 1996, pp. 869-899.
WARD, Helen, «Worth its weight in gold: women and value in northwest India», tesis doctoral inédita, Universidad de Cambridge, 1999.
WASHBROOK, D. A., «Economic depression and the making of "traditional" society in Colonial India, 1820-1855», *Transactions of the Royal Historical Society,* 6, 3, 1993, pp. 237-263.
WIEBE, Robert, «Imagined communities: nationalist experiences», *Journal of the Historical Society,* 1, 1, primavera de 2000, pp. 33-63.
WOOD, Gordon S., «The significance of the Early Republic», en Ralph D. Cray y Michael A. Morrison (eds.), *New Perspectives on the Early Republic,* Urbana, Illinois, 1994, pp. 1-22.
WYSE, Akintola J., «Britain's African junior partners: a re-examination of the role of the Krio in nineteenth-century West Africa», en Roy E. Bridges (ed.), *Imperialism, Decolonisation and Africa: Studies Presented to John Hargreaves,* Basingstoke, 2000 pp. 3-24.

ÍNDICE ANALÍTICO